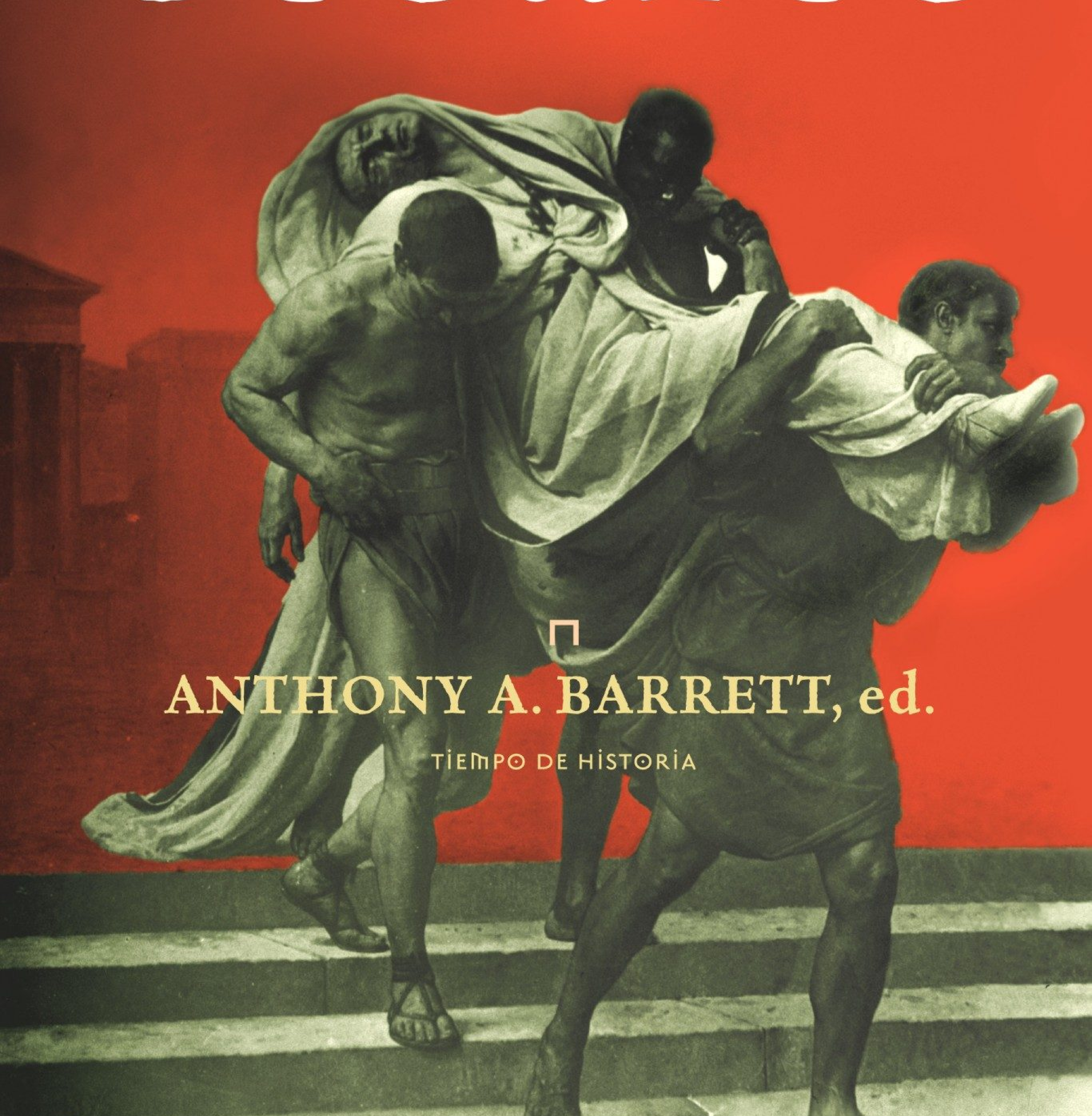
Vidas de los césares



ANTHONY A. BARRETT, ed.

TIEMPO DE HISTORIA

CRÍTICA

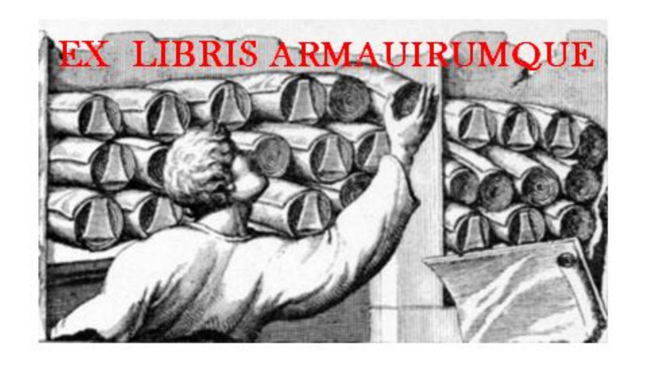
Anthony A. Barrett es catedrático emérito de Mundo Clásico y profesor distinguido de la Universidad de British Columbia, en Vancouver, así como *fellow* de la Royal Society of Canada. Es autor de numerosos libros y artículos sobre la antigüedad romana y autor de biografías de Calígula, Agripina y Livia.

Desde Tácito y Suetonio hasta Robert Graves, las vidas de los emperadores romanos, con su acompañamiento de intriga, perversión y crimen, han ejercido una auténtica fascinación en los lectores de todas las épocas. Lo que este libro nos ofrece es una visión enteramente renovada de esta vieja historia: doce de los más prestigiosos especialistas en el estudio de la historia de Roma nos cuentan aquí, de manera llana y accesible, las vidas de los grandes emperadores, de Augusto a Justiniano, a la luz de los resultados más recientes de la investigación, que enriquecen y modifican mucho de lo que tradicionalmente se afirmaba. Descubrimos así, entre otras muchas cosas, que lo sucedido en el asesinato de Calígula y la elección de Claudio tiene poco que ver con lo que sostiene el mito; que, contra lo que se nos ha hecho creer, el pueblo romano veneraba el recuerdo de Nerón y arrojaba flores en su tumba o que un Constantino que en algún momento se quiso presentar como un santo, se distinguió más por sus crímenes que por su religiosidad.

Anthony A. Barrett, ed.

Vidas de los césares

Traducción castellana de
Gonzalo García y Cecilia Belza





BARCELONA

Título original: *Lives of the Caesars*
Blackwell Publishing, Ltd, Oxford
Realización: Àtona, S. L.
Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Getty

Crítica, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
ed-critica.es

ISBN: 978-84-7423-926-3
Depósito legal: B- 2835-2009
2009 - EGEDSA (Barcelona)

Agradecimientos

La tarea de completar este libro se hizo mucho más llevadera gracias a la generosa colaboración de muchas personas. En una empresa conjunta como la nuestra no sería justo señalar solo unos pocos nombres, ya que todos los colaboradores han contado con la ayuda y la generosidad de colegas, amigos y familiares; sin embargo, no queremos dejar de manifestar nuestro agradecimiento expreso por la alentadora, paciente y firme ayuda prestada por el equipo editorial de Blackwell.

Cronología

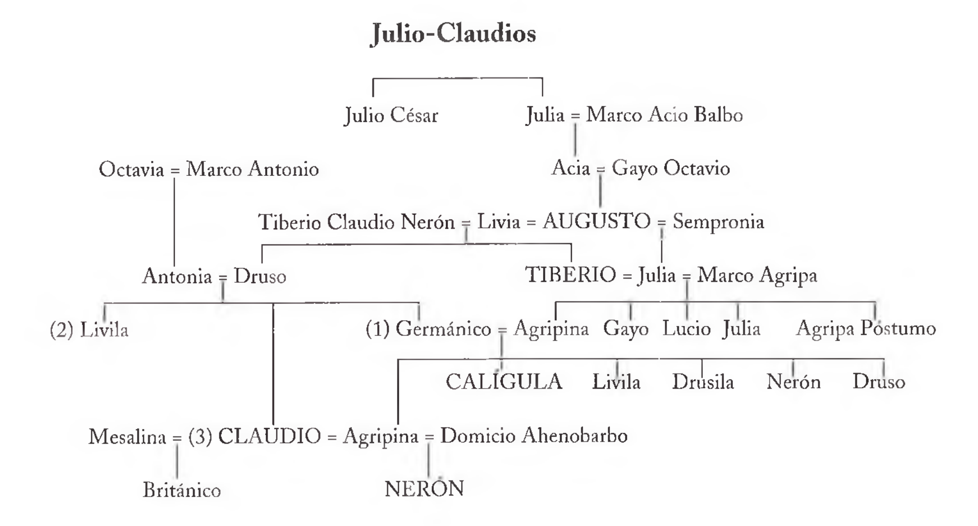
La siguiente lista muestra la secuencia de emperadores romanos desde Augusto hasta la dinastía Severa y, con algunas omisiones, hasta la de Justiniano. Aparecen en negrita aquellos que serán objeto de estudio en este libro. Tras la muerte del último miembro de la dinastía Severa en 235 d. C., el panorama se complica mucho más, por lo que hemos preferido no completar la lista con posterioridad a esa fecha.

27 a. C. – 19 d. C.	**Augusto**
19 – 37 d. C.	**Tiberio**
37 – 41	**Calígula**
41 – 54	**Claudio**
54 – 68	**Nerón**
68 – 69	Galba
69	Otón
69	Vitelio
69-79	**Vespasiano**
79-81	Tito
81-96	Domiciano
96-98	Nerva
98-117	Trajano
117-138	**Adriano**
138-161	Antonino Pío

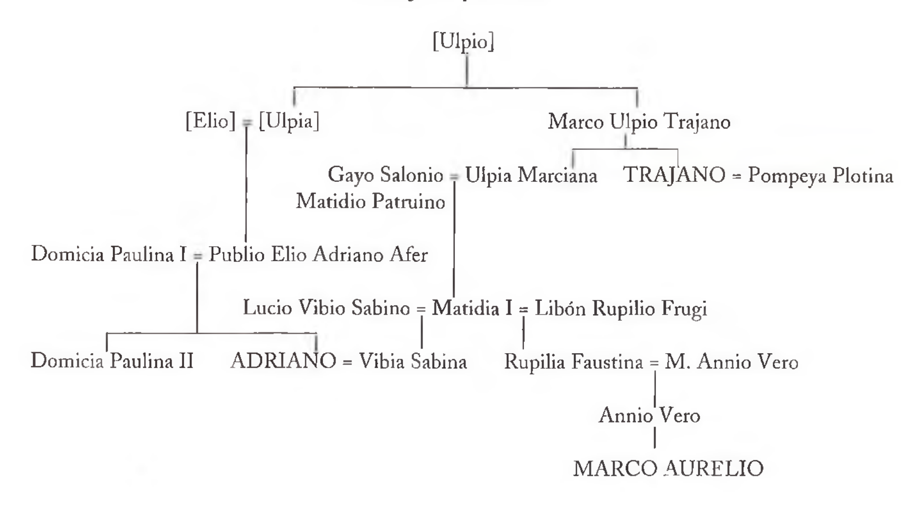
161-180	**Marco Aurelio**
161-169	Lucio Vero
177-192	Cómodo
193	Pertinax
193	Didio Juliano
193-211	**Septimio Severo**
211-217	Caracalla
211	Geta (coemperador)
217-218	Macrino
218-222	Heliogábalo
222-235	Alejandro Severo
[...]	
284-311/312	**Diocleciano**
[...]	
306-337	**Constantino**
[...]	
527-565	**Justiniano**

Árboles genealógicos

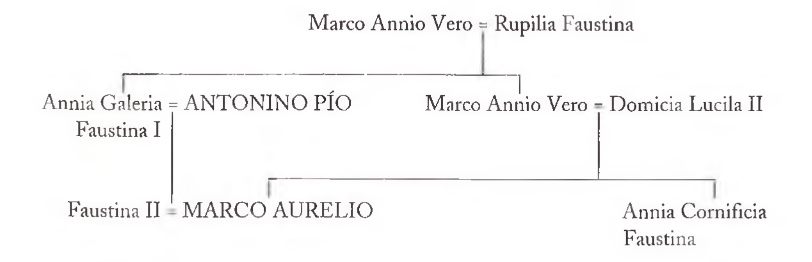
Julio-Claudios



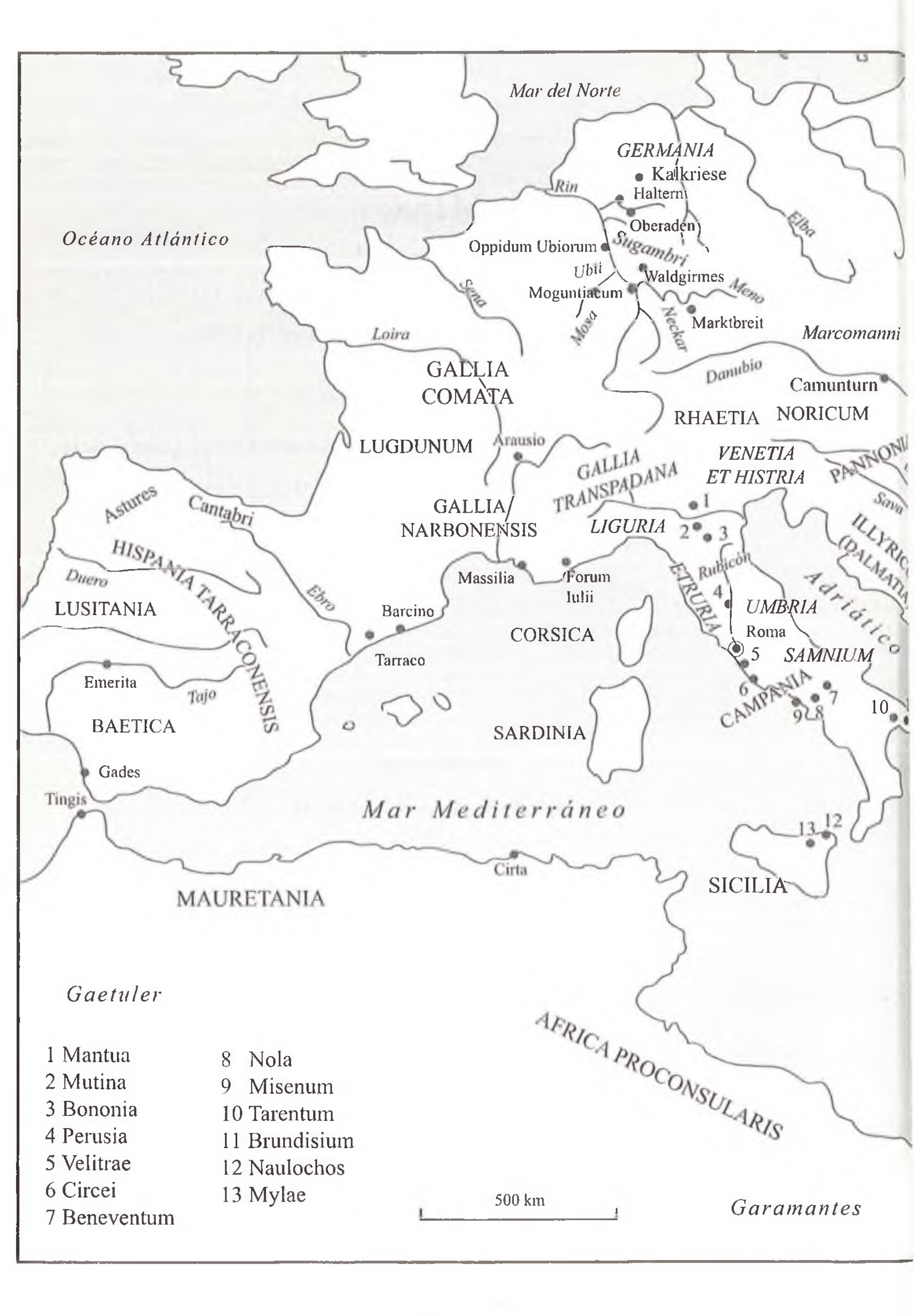
Trajano y Adriano

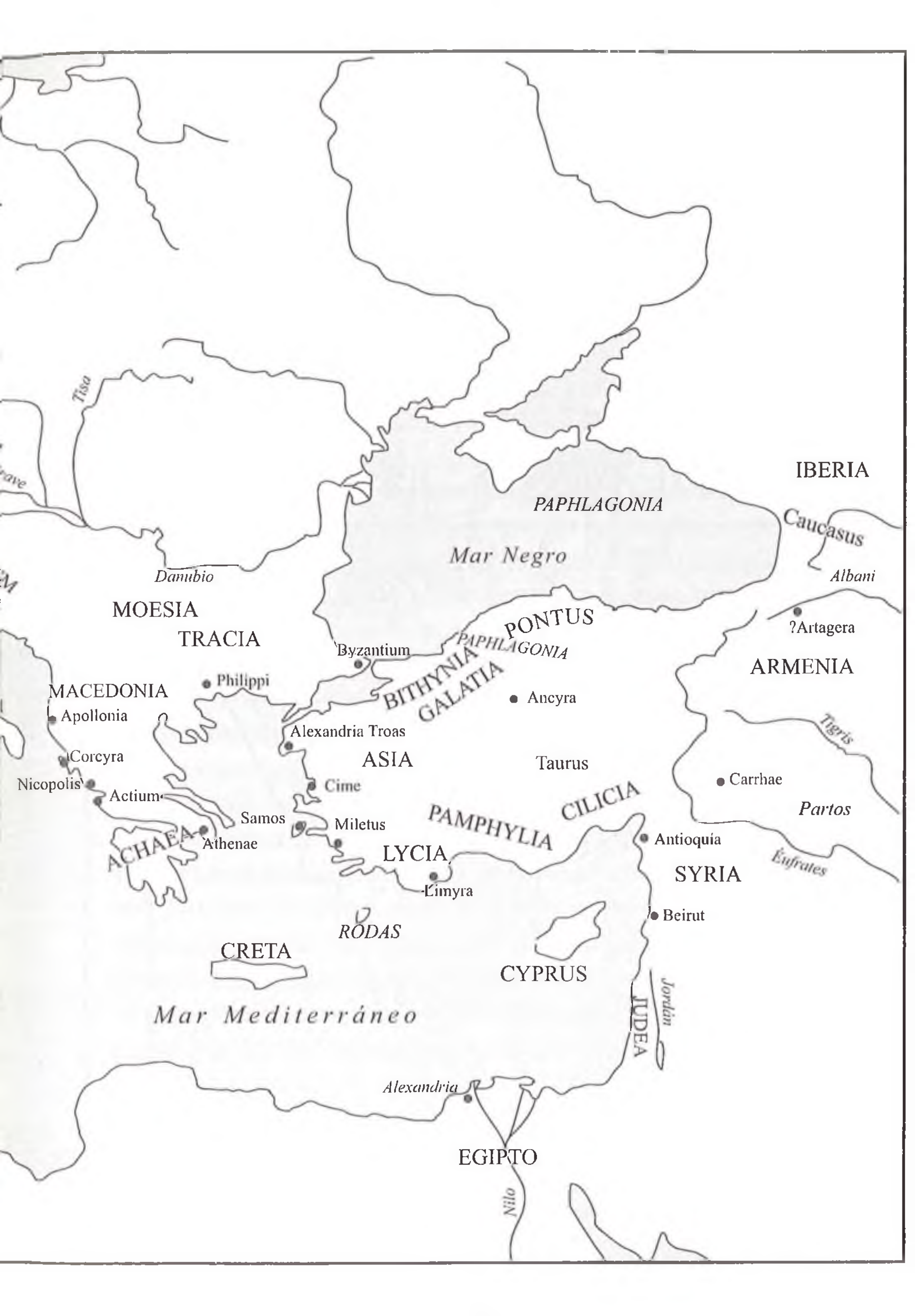


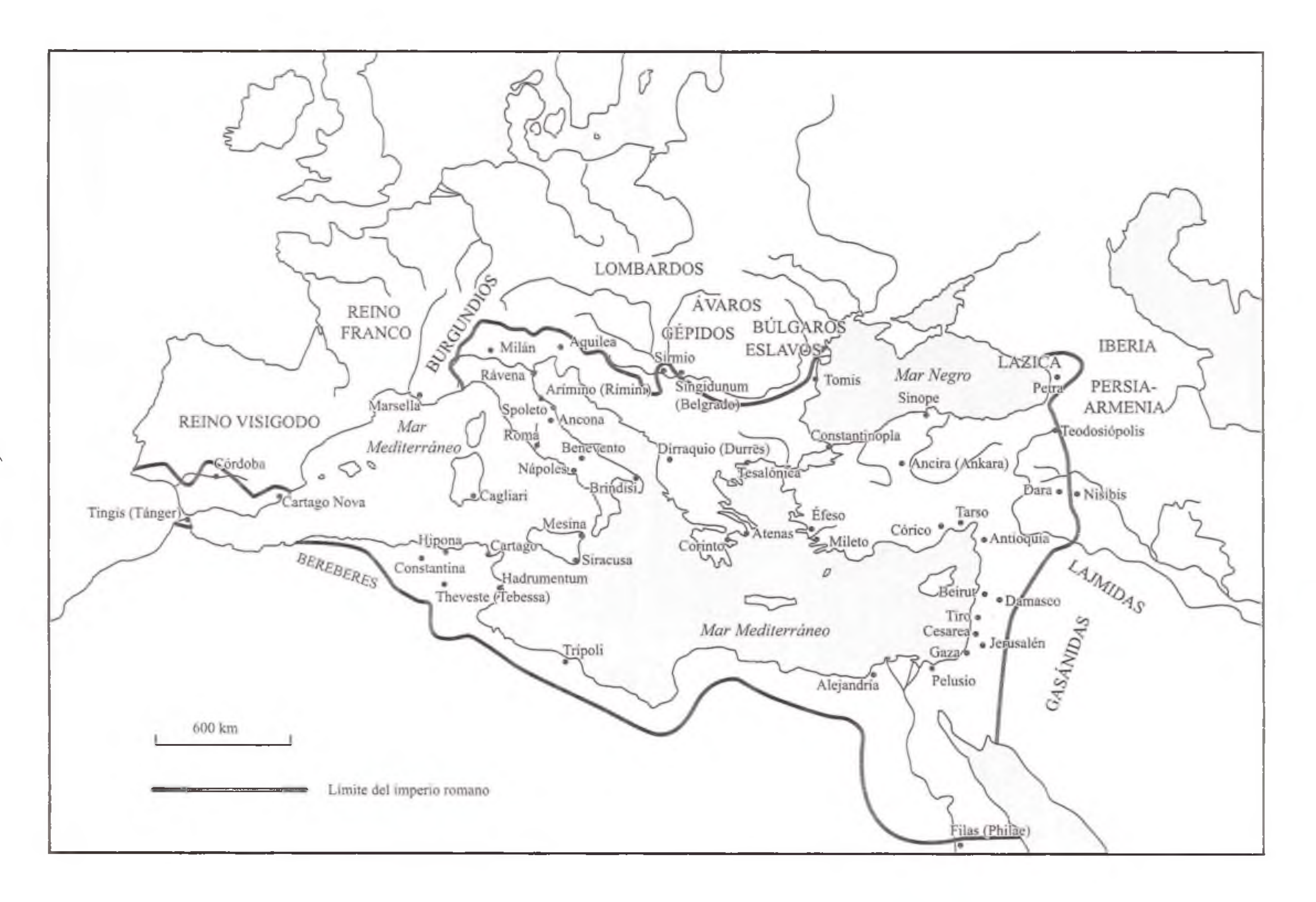
Marco Aurelio



Mapas


Mar del Norte
GERMANIA
Kalkriese
Haltern
Rin
Oberaden
Océano Atlántico
Oppidum Ubiorum
Sugambri
Ubii
Waldgirmes
Meno
Elba
Moguntiacum
Sena
Mosa
Neckar
Marktbreit
Loira
Marcomanni
Danubio
GALLIA COMATA
Camunturn
RHAETIA
NORICUM
LUGDUNUM
Arausio
VENETIA ET HISTRIA
GALLIA TRANSPADANA
Sava
Astures
Cantabri
GALLIA NARBONENSIS
LIGURIA
HISPANIA TARRACONENSIS
Rubicón
Duero
Massilia
Forum Iulii
ETRURIA
Ebro
LUSITANIA
Barcino
UMBRIA
Adriático
CORSICA
Roma
Tarraco
SAMNIUM
Emerita
CAMPANIA
Tajo
BAETICA
SARDINIA
Gades
Tingis
Mar Mediterráneo
Cirta
SICILIA
MAURETANIA
Gaetuler
AFRICA PROCONSULARIS
1 Mantua
2 Mutina
3 Bononia
4 Perusia
5 Velitrae
6 Circei
7 Beneventum
8 Nola
9 Misenum
10 Tarentum
11 Brundisium
12 Naulochos
13 Mylae
500 km
Garamantes


IBERIA
PAPHLAGONIA
Caucasus
Mar Negro
Albani
Danubio
MOESIA
PONTUS
?Artagera
TRACIA
Byzantium
PAPHLAGONIA
ARMENIA
BITHYNIA
MACEDONIA
Philippi
GALATIA
Ancyra
Apollonia
Tigris
Alexandria Troas
Corcyra
ASIA
Taurus
Carrhae
Nicopolis
Cime
Actium
CILICIA
Samos
Miletus
PAMPHYLIA
Partos
ACHAEA
Athenae
Antioquia
LYCIA
SYRIA
Éufrates
Limyra
Beirut
RODAS
CRETA
CYPRUS
Jordán
JUDEA
Mar Mediterráneo
Alexandria
EGIPTO
Nilo
Tisa


LOMBARDOS
REINO
FRANCO
BURGUNDIOS
ÁVAROS
GÉPIDOS
BÚLGAROS
ESLAVOS
IBERIA
LAZICA
PERSIA-
ARMENIA
REINO VISIGODO
Milán
Aquilea
Sirmio
Rávena
Arimino (Rimini)
Singidunum
(Belgrado)
Tomis
Mar Negro
Petra
Marsella
Mar
Mediterráneo
Spoleto
Ancona
Sinope
Roma
Benevento
Dirraquio (Durrës)
Constantinopla
Teodosiópolis
Córdoba
Nápoles
Tesalónica
Ancira (Ankara)
Brindisi
Cagliari
Dara
Nisibis
Cartago Nova
Tingis (Tánger)
Mesina
Éfeso
Tarso
Córico
Hipona
Cartago
Atenas
Corinto
Mileto
Antioquía
Siracusa
Constantina
BEREBERES
Hadrumentum
Theveste (Tebessa)
LAJMIDAS
Beirut
Damasco
Tiro
Cesarea
Jerusalén
Gaza
Mar Mediterráneo
GASÁNIDAS
Tripoli
Alejandría
Pelusio
600 km
Límite del imperio romano
Filas (Philae)

Introducción

Anthony A. Barrett

Desde, por lo menos, la época de Edward Gibbon, el imperio romano siempre ha venido a representar la aventura imperial por antonomasia. Otros grandes imperios han podido ascender y caer pero, al hacerlo, de algún modo siguen un camino trazado de antemano, que este modelo arquetípico marcó para ellos. Así que, cuando los agoreros predicen que nuestra civilización está a punto de hundirse, las más de las veces lo que hacen es demostrar que fueron los *romanos*, más concretamente, quienes nos enseñaron que se trata de un destino inevitable. Aunque seguimos intrigados por casi todos los aspectos de una institución tan extraordinaria, lo que más nos llama la atención es, sin duda, la sucesión de personas que se alzaron en su mismo centro: los emperadores. Durante la última década, aproximadamente, hemos visto cómo aumentaba en el mercado la presencia de libros, tanto populares como académicos, dedicados a sus vidas, una moda que ha prosperado pese a la considerable oposición de aquellos especialistas que albergan una profunda sospecha con respecto al enfoque biográfico de la historia. El fallecido historiador oxoniense sir Ronald Syme sostenía que conceder una importancia especial a la persona de los emperadores distorsionaba el análisis histórico y que, una vez puesto en marcha el sistema, poca diferencia podía representar fuera quien fuese el emperador, sobre todo en el siglo II d. C. Fergus Millar, quien más adelante

ocupó la misma cátedra que Syme en Oxford, sostiene una perspectiva similar cuando afirma que el emperador se define, de un modo esencial, por la institución, de modo que no debemos conceder gran importancia a la personalidad de cada uno de los emperadores. Ambos puntos de vista tienen bastante sentido, pero se pueden aducir argumentos muy sólidos para defender que, en determinadas circunstancias, las personas pueden influir en el curso de la historia de un modo muy profundo —si no decidir su rumbo— y estas circunstancias se dieron en efecto en la Roma imperial. De hecho, podría decirse que pocas materias son, potencialmente, más gratificantes para un estudioso de la Historia que las vidas de los emperadores romanos. Sin duda, nos pueden enseñar mejor que muchas otras la relación entre los seres humanos y el poder, además de mostrar hacia qué fines puede encaminarse el poder arbitrario, que en algunas ocasiones son buenos, pero las más de las veces resultan dañinos.

El título de este conjunto de ensayos sobre los emperadores más importantes (o quizá, en uno o dos casos, los más famosos) es, sin duda, reminiscencia de las *Vidas de los doce césares* de Suetonio, una obra escrita en el siglo II d. C., y el hecho de que nosotros hayamos incluido también doce vidas puede, en cierta medida, considerarse un homenaje inconsciente al gran clásico suetoniano. También debemos decir que nos dirigimos a un lector parecido al suyo, un lector no especializado. Pero aquí terminan las correspondencias. Por mucho que admitamos que Suetonio iba en pos de la verdad, igualmente conviene señalar que compartía con otros autores de su época un concepto de la verdad más flexible de lo que hoy consideramos aceptable en un texto de Historia. El historiador antiguo inventaba, por ejemplo —sin temer que sus contemporáneos lo censurasen por ello—, un discurso allí donde no había constancia escrita de ninguno, o aducía alegremente razones basadas solo en suposiciones. Los doce ensayos de este libro han sido escritos por personas que, sistemáticamente, someten las pruebas disponibles a un riguroso escrutinio, y que están comprometidas profesionalmente con el

ideal de una verdad histórica objetiva, dentro de lo humanamente posible. Todos los autores han publicado numerosos trabajos sobre su materia y pueden reivindicar una experiencia considerable en el período sobre el que escriben; en realidad, no exageraríamos al decir que a la mayoría se los reconoce como autoridades a nivel mundial con respecto a los emperadores elegidos.

Cada capítulo es independiente de los otros, aunque hemos tratado de que en los once primeros hubiera suficientes conexiones como para permitir una lectura seguida, como un conjunto provisto de un razonable hilo conductor. El último emperador, Justiniano, gobernó mucho más tarde que los demás, y se presenta, en cierto modo, aislado; pero haberlo incluido aquí se justifica plenamente por constituir el nexo entre el imperio romano y el bizantino, que llegó a continuación, o, se podría decir, fue fruto de la metamorfosis del primero. Aunque todos los trabajos cumplen con unas directrices generales y hay cierto grado de coherencia en algunas cuestiones mecánicas (como las citas y la terminología), hemos prescindido de cualquier conformidad estricta. Por lo tanto, no existe uniformidad en los enfoques. Estos capítulos introducirán al lector en la cambiante dinámica del imperio romano, pero a su vez también le presentarán las distintas formas en que los estudiosos actuales abordan sus materias. En consecuencia, a la par que los capítulos reflejan la idiosincrasia del emperador estudiado, también mostrarán la metodología personal (y quizá también algo de la idiosincrasia) del autor que lo estudia. De modo que, si bien esperamos que no se produzcan contradicciones discordantes, creemos que será bueno para el lector encontrarse con conclusiones diversas. Un ejemplo muy ilustrativo es la interpretación del período que señala el final del mandato de Calígula y el comienzo del de Claudio, donde se observará que el complicado testimonio de los antiguos se puede interpretar —legítimamente— de varias formas.

Tal vez lo que distingue al imperio romano por encima de todos lo demás es la forma en que combinó, dentro de una mis-

ma institución, lo revolucionario con lo conservador. Los romanos no eran innovadores; el principio que mantenían con más celo era el de la *mos maiorum*, «la tradición de nuestros antepasados». Así que cuando a finales del siglo I a. C. la república romana se hundió bajo el peso de los caudillos ambiciosos y las guerras civiles, no fue reemplazada por otro sistema radicalmente nuevo. Al contrario, se modificó y afinó la constitución de la república, de tal modo que siguió siendo república en las formas aunque en rea-lidad se trataba de una monarquía. Aquello marcó la pauta para los siglos venideros. Sorprende que, si bien en la época de Justiniano el sistema se había transformado ya en muchos sentidos, en otros seguía conservando la esencia de aquella gran contribución que Augusto hiciera a la historia en el nacimiento del imperio. Vale la pena ofrecer un resumen de aquel sistema augusteo, como telón de fondo sobre el que debe leerse este trabajo.

En Roma, el cuerpo legislativo y deliberante principal era el Senado, formado por unos seiscientos ex magistrados (en época romana, este término solo significaba «funcionarios, personas que desempeñaban puestos públicos») cuya condición mínima era la de cuestor. Podríamos decir que al principio no era *estrictamente* legislativo, puesto que el Senado, en el sentido más puramente técnico, no pudo aprobar la legislación durante el período augusteo ni, según parece, durante un siglo aproximadamente después de su muerte. Para que un decreto senatorial (*consultum*) tuviera el valor de ley (*lex*), tenía que ser ratificado por las asambleas populares, aunque ello tendía a ser poco más que una formalidad. Por un proceso que aún no hemos comprendido del todo, en el siglo II d. C. los decretos senatoriales habían asumido la categoría de ley. Los miembros del Senado solían serlo de forma permanente, pero estaban sometidos a la aprobación del censor. Este funcionario era responsable de las listas de ciudadanos y tenía la potestad de destituir a los senadores, ora por razones morales, ora si se daba el caso de que sus activos financieros caían por debajo de los requisitos de propiedad mínimos. Como consecuencia de las reformas de Augusto, los miembros

del cuerpo debían disponer de al menos un millón de sestercios. Hay que señalar que los romanos usaban habitualmente el sestercio (HS) para expresar las cantidades monetarias; era el valor más alto de las monedas normales, estaba hecho de latón (una aleación de cobre y cinc) y valía un cuarto de denario de plata. Es imposible citar equivalencias monetarias precisas, pero sabemos que en el período Julio-Claudio los soldados de la legión recibían una paga anual de 900 HS (225 denarios) brutos.

El primer acontecimiento realmente importante en la vida de un hombre romano solía llegar hacia los catorce años, cuando pasaba por la ceremonia oficial que marcaba su entrada en la edad adulta. En aquel momento cambiaba su toga con la banda púrpura en la parte inferior (*toga praetexta*) por una completamente blanca (*toga virilis*). Si aspiraba a cursar carrera senatorial (aspiraciones que una joven romana no podía albergar, ya que le estaban vedados los cargos públicos, a excepción de ciertos puestos sacerdotales), podía confiar en ingresar en la cuestura cuando hubiera alcanzado al menos los veinticinco años. Anualmente se escogían veinte cuestores; se les confiaba una serie de obligaciones, financieras y de otro tipo, y en virtud de su cargo, se les concedía la entrada en el Senado. Después de la cuestura cabía la posibilidad de que asumiesen uno de los puestos siguientes. El cargo de edil conllevaba la responsabilidad sobre ciertos aspectos de la administración municipal en Roma. La alternativa, el de tribuno de la plebe, se había creado en origen para proteger los intereses de los plebeyos y en época de Augusto el cargo seguía reservado para los plebeyos; pero el antiguo principio en virtud del cual cada romano pertenecía o a la clase baja de los plebeyos o a la clase alta de los patricios había quedado por entonces como una reliquia con escasísimas repercusiones prácticas y el tribuno se ocupaba fundamentalmente de cuestiones legislativas menores. Sin embargo, el cuestor podía saltarse las dignidades tribunicia o edilicia y pasar directamente al siguiente puesto en la jerarquía, el primero de los grandes: la pretura. Con Augusto, se escogían cada año doce pretores. Sobre ellos

recaía la responsabilidad de administrar justicia y luego podían competir por uno de los dos consulados, los altos cargos más prestigiosos y codiciados del estado. En términos estrictos, el consulado solo se podía alcanzar cumplidos los cuarenta y dos años, pero los orígenes familiares podían acortar mucho el proceso, posiblemente hasta los treinta y dos, mientras que los miembros de la familia imperial contaban con la posibilidad de tomar posesión incluso antes. A partir de 5 a. C. se hizo costumbre entre los cónsules renunciar al cargo durante el año. A quienes los sustituían se los conocía como cónsules sufectos (*suffecti*). Ser uno de los dos nombrados en la primera pareja del año implicaba cierta distinción, en parte, sin duda, porque el año se identificaba oficialmente con sus nombres. El cónsul nombrado en primer lugar era conocido como *ordinarius*.*

El campo de acción del magistrado era la *provincia*. En época augustea, este término solía aplicarse a las posesiones exteriores de Roma. La victoria sobre los cartagineses a finales del siglo III a. C. les había otorgado el control de buena parte de la península Ibérica, iniciando un proceso en el que Roma fue contando cada vez con más territorios bajo su dominio. Aquellas adquisiciones las conseguían normalmente por medio de guerras, pero también podían llegar de forma voluntaria, como fue el caso de la provincia de Asia, organizada a partir de un reino legado a Roma por Atalo III de Pérgamo, a su muerte en 133 a. C. Durante el período republicano, aquellas provincias eran gobernadas por pretores y cónsules una vez expirados sus plazos de servicio regular. Ejercían su poder, el *imperium*, en coherencia con la categoría de los puestos que antes habían ostentado, como *propraetores* o *proconsules*. En 27 a. C., Augusto entregó al Senado y al pueblo los territorios sobre los que ejercía su control. Ellos, por su parte, le otorgaron una «provincia» enorme (cuya exten-

* Entiéndase «ordinario» sin matices despectivos, en el sentido simple de una elección que ocurre de forma «regular, corriente, ajustada a las costumbres». (*N. del a.*)

sión exacta varió con el tiempo), formada básicamente por provincias de la Galia, de Siria y de la península Ibérica, durante un plazo de diez años y con la posibilidad de renovar la concesión. En estas provincias «imperiales», donde por lo general estaban destacadas las legiones romanas, los gobernadores (*legati Augusti*) y los comandantes de la legión (*legati legionis*) eran nombrados por el emperador, de modo que él era de hecho el comandante de los ejércitos romanos. En consecuencia, el momento culminante de una campaña militar —el magnífico desfile o «triunfo» que se celebraba tras una gran victoria en el campo de batalla— era una prerrogativa del emperador y su familia. Los comandantes que no contaban con tan buenas relaciones tenían que contentarse con las *insignia* triunfales. El resto de las provincias «públicas» —a las que algunas fuentes modernas llaman «senatoriales», término que sin embargo puede inducir a confusión— eran gobernadas por senadores escogidos por sorteo (en el sistema de «sorteo», la competencia se mantenía por un proceso estricto de selección de candidatos). De estas provincias, África y Asia eran las más deseadas. Por lo general, este tipo de provincias no hospedaba a tropas legionarias; África, con una legión, era la excepción más notable a este principio (y solo duró hasta la época de Calígula). Las disposiciones provinciales augusteas permanecieron prácticamente inalteradas hasta finales del siglo III d. C., cuando Diocleciano dividió las provincias en unidades menores y las organizó en doce «diócesis», todas encabezadas por un delegado (*vicarius*). La terminología de estas diposiciones aún sobrevive en el lenguaje eclesiástico.

Egipto pasó a engrosar las posesiones romanas en época de Augusto. Igual que otros distritos menores, estaba bajo el mando de un miembro perteneciente a la clase ecuestre, designado especialmente por el imperio. Se trata de los llamados «caballeros»: en líneas generales, hombres de elevada condición social pero con menos propiedades (400.000 HS), que participaban abiertamente en negocios comerciales. Un hombre no podía ser caballero y senador al mismo tiempo (había distintas series de pues-

tos por cada cargo), aunque sí se le permitía pasar de lo uno a lo otro, para corresponder al cambio, positivo o negativo, en su fortuna. El gobernador de Egipto ostentaba el rango de prefecto y la mayoría de prefecturas restantes eran prerrogativa de la clase ecuestre, siendo las más importantes la de la *annona* (provisiones de grano), la de los *vigiles* (servicios policiales y de extinción de incendios) y, por encima de todas, la de la guardia pretoriana imperial, el cuadro de élite de las tropas destacadas en la propia ciudad, y en origen por toda Italia, que gozaban de una paga y unos privilegios especiales. Había pocas prefecturas senatoriales; de ellas, la más importante fue el antiguo cargo de prefecto de la ciudad (*praefectus urbi*), que en época republicana era fundamentalmente ritual pero después, con Augusto, recibió funciones reales y estuvo encargado de mantener el orden en Roma. Fue desde el principio un cargo ostentado por un senador de rango consular, y así se mantuvo. Este prefecto de la ciudad contaba con capacidades para aplicar la justicia sumaria cuando se trataba de delitos menores y con el tiempo fue asumiendo más responsabilidad y se ocupó de causas más graves. A finales del imperio se convirtió en una persona de importancia considerable.

Augusto obtuvo dos de los derechos constitucionales de los tribunos de la plebe, aunque no ocupó el cargo oficial (una de las ficciones que permitía a la república funcionar como monarquía). Luego los heredaron también sus sucesores. La *sacrosanctitas* tribunicia convertía el asalto a su persona en sacrilegio, mientras que su *potestas* tribunicia le otorgaba una serie de derechos, incluidos el de convocar al Senado y las asambleas populares y el de iniciar o vetar procesos legislativos. Esta autoridad tan especial representaba un símbolo muy poderoso del principado; de hecho, en muchos sentidos, constituyó su núcleo. Los emperadores fechaban sus mandatos a partir del momento en que asumían la *tribunicia potestas*. En una fase tardía del período del que nos ocupamos en este libro, el emperador Diocleciano introdujo una innovación gubernativa que en muchos sentidos fue radical, pero continuó muy a la manera romana con

unas instituciones establecidas desde la época de Augusto. Para resolver las complicaciones del imperio, instituyó el principio de los dos *Augusti*, según el cual cada uno de los dos asumía una parte de las responsabilidades. Cada *Augustus* contaría con la ayuda de un sucesor en espera, un *Caesar*. Este sistema cuádruple se conoce habitualmente con el término griego de tetrarquía (aunque el concepto no se usaba en la Antigüedad). La reforma marcó un estadio importante en la última evolución del imperio hacia la división entre Occidente y Oriente, con la capital en Bizancio-Constantinopla. En virtud del origen compartido por los imperios romano y bizantino, la institución que Augusto creara en 27 a. C. aguantó en un sentido muy genuino durante casi quince siglos, hasta 1453, cuando los turcos otomanos derrotaron al último emperador de Bizancio.

I

Augusto

Werner Eck



El 15 de marzo de 44 a. C., un suceso catastrófico sacudió al pueblo romano. En la cámara del Senado, dentro del Teatro de Pompeyo, Gayo Julio César yacía en un charco de sangre: lo habían asesinado. Durante las desastrosas guerras civiles previas, y frente a la oposición de su rival más feroz, Pompeyo, y a la de casi todos los senadores, había logrado imponerse y seguir adelante hasta establecer un gobierno autocrático. Aún no se ha definido con precisión la naturaleza exacta de este gobierno, aunque sí estaba claro que César no tenía intención de renunciar al control de Roma o de permitir que la autoridad suprema se le escapara de las manos. Después de todo, ¿qué otra cosa podía significar el título de *dictator perpetuo* (dictador a perpetuidad), según proclamaban sus monedas? La frustración que sintieron buena parte de sus enemigos, entre ellos hombres tan respetados como los dos senadores Bruto y Casio, es bastante comprensible. No veían ningún lugar real para sí en aquel es-

quema político. Por eso pudo triunfar la conspiración homicida.

Por un breve instante pareció que los conspiradores habían alcanzado su objetivo: la libertad de Roma, lo que por supuesto significaba en realidad libertad para la aristocracia senatorial gobernante. Pero pronto se evidenció lo poco que habían conseguido en realidad. Habían atribuido la crisis de la república a un solo hombre y no habían sabido darse cuenta de que aquella crisis era mucho más honda y había muchos otros que luchaban por conseguir los mismos objetivos que César. Enfrentados a la ira popular y la astucia de Marco Antonio —que en su calidad de cónsul representaba la autoridad legal—, los conjurados tuvieron que abandonar la ciudad. Por numerosas razones, Antonio, que durante mucho tiempo siguió a César, tuvo en la batalla que se cernía sobre ellos la mejor oportunidad para sucederle.

Aparición de Octaviano

Sin embargo, desde la ciudad de Velitras entraría en la escena política de Roma un joven de diecinueve años —nacido durante el consulado de Cicerón, el 23 de septiembre de 63 a. C.— que ya no la abandonaría hasta su muerte, el 19 de agosto de 14 d. C., casi cincuenta y siete años después. En abril de 44 acababa de regresar a Roma desde la provincia de Macedonia, al otro lado del Adriático, donde había pasado un tiempo con las tropas de César mientras se ultimaban los preparativos de la guerra contra los partos. Hasta entonces había usado el nombre de su padre senatorial, Gayo Octavio; pero al poco de su regreso de Macedonia empezó a usar el de Gayo Julio César. Su tío abuelo, Julio César, lo había adoptado en su testamento en cuanto su pariente masculino más próximo, como nieto de su hermana Julia, y quiso legarle tres cuartas partes de su patrimonio. Normalmente, las adopciones constituían una transacción legal privada, pero no era así cuando las llevaba a cabo alguien como Julio César: aquella

decisión implicaba que el joven César sería también heredero político de su tío abuelo. Los observadores discretos habrían adivinado ya que la carrera hacia la monarquía en la que Julio César se habían embarcado no iba a terminar con su muerte. De hecho, también habrían reconocido que Octaviano —como lo llamamos después de la adopción, aunque él jamás usó tal nombre— no pudo hacer sino continuarla. Poco tiempo después dejó bien claras sus intenciones en un discurso público pronunciado en Roma (Cic., *ad Att.*, XVI, XV, 3).*

Antes incluso de llegar a Roma, Octaviano no había dejado lugar a dudas sobre el hecho de que representaba una fuerza nada desdeñable. Sin contar con la autorización del Senado o del pueblo, intentó reclutar un ejército por cuenta propia. En las *Res Gestae*, el resumen de su mandato escrito por él mismo en 14 d. C., lo exponía con la máxima claridad: «A los diecinueve años, por decisión propia y a mis expensas, recluté un ejército con el que liberé a la república oprimida por la tiranía de una facción» (*Res Gestae*, 1). No fue por casualidad que decidiera comenzar así su texto. Su asociación con el ejército no solo fue la base para su primera ascensión al poder, sino que volvió a depender de ella en ocasiones posteriores, como por otro lado les ocurriría a todos sus sucesores.

De todos modos, en 44 el joven Octaviano era solo un actor más en el escenario político y militar. Al principio, además, estaba entre los más débiles, pues su nombre recordaba a las claras que no era pariente consanguíneo de César, sino solo un hijo adoptado. Sin embargo, pronto consiguió consolidar su posición, valiéndose para ello de tácticas astutas y mudando lealtades sin contemplaciones. En un principio se antojaba que su mayor adversario sería el cónsul Antonio, así que Octaviano se asoció con

* En dos apéndices específicos de esta traducción española, el lector encontrará una tabla con el desarrollo de las abreviaturas utilizadas para obras y autores y la referencia bibliográfica a una serie de traducciones de las obras clásicas más citadas en este volumen. (*N. de los t.*)

los senadores que se oponían al creciente poder de aquel hombre. Su líder era Cicerón, quien vio la ocasión de representar el papel decisivo de su vida al timón de la república (*rector rei publicae*). Cicerón creyó de verdad que podría usar a Octaviano para favorecer sus propias ambiciones contra Antonio. Pero Octaviano superaba a Cicerón, tanto en la táctica como en su determinación implacable. Había conseguido que el Senado le otorgase un puesto oficial que le permitiría reclutar legalmente al ejército y participar en el Senado y las asambleas públicas. Junto con los cónsules de 43, Hircio y Pansa, veteranos partidarios de César, Octaviano se embarcó en una campaña contra Antonio, que estaba usando su ejército para levantar una sede de poder en el norte de Italia. En el enfrentamiento resultante, en Mutina, en abril de 43 a. C., el ejército de Antonio fue derrotado por Octaviano y los cónsules. Los dos cónsules cayeron en la batalla y, sin preocuparse de dar explicaciones, Octaviano asumió el mando de sus legiones. De este modo, el Senado y su dirigente, Cicerón, se habían quedado sin su puntal militar propio. Octaviano tomó la iniciativa. Un contingente de sus centuriones apareció en Roma y apoyó su elección para el consulado, el puesto oficial más alto que se podía conseguir. Cuando el Senado lo rechazó, Octaviano volvió a insistir, en aquella ocasión con las legiones. Ni el Senado ni el pueblo (en la medida en que participaba en las elecciones) pudieron resistirse al poderío de sus ejércitos. El 19 de agosto de 43 a. C., cuando Octaviano no había cumplido aún los veinte años, fue elegido cónsul por primera vez. Nunca antes se había nombrado a nadie tan joven para aquel puesto. Décadas después, cuando dispuso los nombramientos de sus propios sucesores, la concesión semejante de otro consulado también a una edad muy temprana fue una clara señal de sus intenciones dinásticas, como luego demostraría el ascenso prematuro de sus hijos adoptivos Gayo y Lucio, así como de su sobrino Marcelo.

El primer consulado acabó siendo solo un breve episodio para el nuevo y joven César. Antonio se había recuperado de su derrota y, con el apoyo de los gobernadores de las provincias de la

Galia e Hispania, se había establecido en el norte de Italia. Entre los aliados más importantes de Antonio se encontraban Lépido y Munacio Planco, hombres que, como él, habían tenido vínculos estrechos con el difunto César (y también representarían un papel bastante destacado en la futura carrera de Octaviano). Octaviano no hubiese podido mantener la firmeza contra la unión de una fuerza militar semejante. Pero no llegó el momento de ponerse a prueba, puesto que ambos bandos contaban con un estímulo para alcanzar un acuerdo si querían imponerse tanto en la esfera política como en la militar: había que derrotar a los asesinos de César. Se habían hecho fuertes en las provincias orientales, desde donde amenazaban a los cesarianos, a Octaviano y Antonio por igual. Muchos hombres del Senado, y sobre todos ellos Cicerón, depositaron sus esperanzas en Bruto, Casio y sus ejércitos. Su intención era evidente cuando acuñaron en sus monedas la fecha del asesinato de César, *Eid(us) Mart(iae)*: «los idus de marzo» (15 de marzo), que los identificaba como enemigo colectivo de los cesarianos.

El triunvirato

Antonio, Lépido y Octaviano se reunieron en una isla del río Reno, cerca de Bolonia. En un clima de profunda desconfianza entre ellos, pasaron tres días de negociaciones antes de llegar a un acuerdo. Su primer objetivo, y el más importante, era asegurarse sus propios puestos de poder, por lo que acordaron organizar un gobierno triple, un triunvirato. Como Antonio había abolido oficialmente el puesto de dictador —que hubiese resultado inadecuado en un triunviro, en cualquier caso— escogieron el título de *triumviri rei publicae constituendae* («consejo de tres hombres a los que se confía la organización del estado»). A primera vista pareció una denominación inocua. Pero hacía tan solo cuarenta años, Sila había utilizado la misma expresión, solo que entonces el primer término había sido el de «dictador».

Aquello tendría que haber sido una sombría advertencia, dado que nadie había olvidado el horror de aquellos años. De hecho, la reciente alianza había decidido, igual que hiciera Sila antes, librarse de sus enemigos mediante proscripciones: cerca de trescientos senadores y dos mil caballeros fueron identificados como opositores hostiles al régimen y fueron proscritos; esto es, de hecho, condenados a muerte. Quien fuera que los matase, recibía una parte de sus tierras como recompensa; el resto iba a parar a las arcas del estado; o sea, para uso de los triunviros. Según parece, Octaviano argumentó en contra de incluir en la lista de víctimas perseguidas a Cicerón, el hombre que le había ayudado de un modo tan decisivo en su propio ascenso (al tiempo que subestimaba mucho su capacidad). Pero Antonio sentía un odio profundo hacia el gran orador de Roma. Tras la muerte de César, parecía que Cicerón le había arrebatado a Antonio una sucesión casi asegurada, por lo que éste insistió en incluirlo en la lista. Al final, Octaviano accedió al asesinato. Tampoco se mostró misericordioso con los demás. Todas aquellas medidas eran perfectamente legales. La posición de los triunviros, y el poder absoluto que de ahí se derivaba, quedaron ratificados para un período de cinco años mediante una ley aprobada en asamblea popular el 27 de noviembre de 43 a. C. El suyo era un poder legalizado, por más que arbitrario.

Los triunviros distribuyeron entre sí la tarea de recuperar los territorios controlados por manos enemigas. Al principio, se creía que Antonio era el miembro más fuerte de la coalición. En consecuencia, se le asignó la provincia del norte de Italia y parte de la Galia anexionada por César, junto con todos sus recursos. Lépido se quedó con las provincias de la Galia Narbonense y de Hispania. Octaviano obtuvo las dos islas de Cerdeña y Sicilia, además de África. Todas aquellas zonas estaban bajo el control directo de los anticesarianos, que disponían de potentes flotas.

Antes de poder inaugurar un nuevo orden estatal, había que quebrar el poder de los asesinos de César. Octaviano promulgó una ley que los declaraba enemigos del pueblo romano, pero las

medidas legales eran insuficientes. Al final, el problema tuvo que resolverse con la fuerza de las armas. En octubre y noviembre de 42 a. C., en Filipos (norte de Grecia), los ejércitos republicanos, a las órdenes de Bruto y Casio, fueron derrotados en dos sangrientas masacres en las que ambos líderes perdieron la vida. Ya no quedaba nadie para organizar una defensa efectiva de la vieja república. Aquello tendría que haber dado paso a un nuevo orden político, pero ninguno de los tres aliados perseguía ese objetivo: su principal interés era determinar quién se impondría en la posterior lucha por el poder. Ni Antonio ni Octaviano se plantearon compartirlo. Una vez más, era Antonio quien se había situado en la posición más fuerte. Su cometido consistía en asegurar Oriente, donde hallaría los medios para sufragar enormes ejércitos; en Filipos habían luchado casi cuarenta legiones. Los soldados contemplaban el servicio al triunvirato como un trabajo a cambio de dinero y eran muchos los veteranos del ejército que deseaban retirarse y asentarse. Los triunviros dieron prioridad absoluta a satisfacer aquellos deseos y, puesto que las tropas estaban formadas por ciudadanos romanos que poseían casas situadas esencialmente en territorio italiano, era inevitable que los ubicaran allí. Octaviano fue el responsable de cumplir con aquella tarea. Como fuese que la llevase a cabo, iba a ganarse enemigos, puesto que en Italia no quedaba tierra libre que adjudicar, de modo que solo cabía una forma de obtenerla: confiscarla, recurriendo a los medios que fueran necesarios. Gente de dieciocho ciudades fue expulsada de sus casas y sus propiedades les fueron entregadas a los veteranos. Luego Octaviano se jactaría de que para colocar a los antiguos soldados en Italia y las provincias pagó las tierras de su propio bolsillo, pero la realidad es que después de Filipos no se produjo ningún desembolso de aquella naturaleza.

Los desplazados sentían un odio infinito hacia Octaviano. Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio y uno de los cónsules del año 41, reunió a los desposeídos y trató de acabar con él. Cuesta imaginar que Lucio se moviese sin el consentimiento de su hermano. Desde el principio, la unidad entre los dos miem-

bros clave del triunvirato, Octaviano y Antonio, fue muy frágil; Lépido ya no contaba para nada. Al final, la estrategia de Antonio falló y fue Octaviano el que se hizo con el control. Perusia (actualmente Perugia), donde sus oponentes habían buscado refugio, tuvo que rendirse. A Lucio le perdonaron la vida, pero un sinnúmero de contrincantes fueron sacrificados en un altar dedicado a César. Octaviano nunca pudo librarse por completo de su reputación como el carnicero de Perusia. Aún hoy perviven los ecos de la atrocidad perusiana en la poesía de Propercio (I, 22). Dicho esto, a largo plazo la ingrata tarea de ofrecer asentamiento en Italia a los veteranos acabó compensando a Octaviano: al contrario que los desposeídos furiosos, los soldados consideraron a Octaviano como su benefactor y le ofrecieron leal-tad, puesto que en adelante solo él podía garantizarles aquellos beneficios alcanzados con tanto esfuerzo. Muchos lo veían igual que el joven Virgilio, nacido en Mantua, desposeído al principio, pero que luego pudo recuperar la propiedad familiar. «Erit ille mihi semper deus» («un dios será siempre para mí aquél», declara el pastor Títiro en una de las *Bucólicas*, elogiando a Octaviano (Ver., *Ecl.*, I, 6).* Y fue en Italia, diez años después, donde Octaviano obtuvo el apoyo principal en la batalla definitiva contra Marco Antonio.

Pero en aquel momento, la posición de Octaviano era todavía bastante precaria. Desde el comienzo había considerado que su principal tarea consistía en establecer un refugio territorial seguro. Tras la muerte del gobernador de la Galia designado por Antonio, Octaviano asumió el mando en aquella provincia sin consultar a los otros dos miembros del triunvirato. Antonio no podía admitirlo y estuvo tentado incluso de aliarse con Sexto Pom-

* Traducción de Bartolomé Segura Ramos: Virgilio, *Bucólicas. Geórgicas*, Alianza, Madrid, 1981. En la hermosa versión de Aurelio Espinosa, Títiro dice: «Melibeo, / esta paz que disfruto un dios me ha dado, / dios que ha de serlo por mí siempre; / y sangre de corderos de mi aprisco / su ara a menudo embeberá» (Virgilio, *Obras completas*, Cátedra, Madrid, 2003). (*N. de los t.*)

peyo, hijo del que fuera gran compañero de César, Pompeyo. Con su flota, Sexto Pompeyo aún resultaba casi invencible en el Mediterráneo occidental. Los habitantes de la península Itálica sufrieron a consecuencia tanto de sus ataques como del estado precario de las líneas de abastecimiento, ya que sus barcos interceptaban a menudo los envíos de grano. A largo plazo, una alianza entre Antonio y Sexto Pompeyo habría resultado excepcionalmente peligrosa para Octaviano. Una vez hubo desembarcado Antonio en Brundisium (sur de Italia), sus legiones, comprometidas con los cesarianos, se resistieron a luchar contra las tropas de Octaviano. Además, la alianza con el «republicano» Sexto Pompeyo les resultaba detestable. Así pues, por obra de los soldados, sobre todo de los poderosos centuriones, Antonio y Octaviano se vieron obligados a firmar el pacto de Brundisium, en virtud del cual el mundo romano quedaba dividido más o menos en dos partes: Oriente quedaba para Antonio y Occidente principalmente para Octaviano (Lépido tendría que contentarse con África). Italia seguiría abierta para los tres, sobre todo a la hora de reclutar legionarios. Se hizo gala de la armonía reinante entre los dos rivales principales con la celebración de una unión «dinástica»: Octavia, la hermana menor de Octaviano, se casó con Antonio.

Sin embargo, los lazos familiares tampoco bastaron para garantizar una concordancia duradera en los intereses, puesto que el conflicto con Sexto Pompeyo continuó abierto. Presionado por la siempre amenazante cooperación entre Antonio y Sexto y la inquietud pública por las acciones de un Sexto que no admitía freno, al final Octaviano se vio obligado a llegar a un acuerdo con el soberano de los mares, cuya posición se reconoció por fin de un modo oficial. La consecuencia más notable fue que aquellos miembros de la aristocracia senatorial que habían huido de Pompeyo cuando se vieron amenazados de muerte por el triunvirato pudieron entonces regresar a Italia. Uno de ellos era Claudio Tiberio Nerón, de antigua estirpe patricia. Su esposa, Livia Drusila, también de la antigua nobleza, estaba embarazada de su segundo hijo. Hacía poco que Octaviano se había separado de su

esposa Escribonia, que le había dado una sola hija, Julia. Fue entonces cuando Livia entró en su vida. La atracción mutua fue tan fuerte que ella, embarazada de poco tiempo, abandonó a su esposo y, aun antes del nacimiento de la criatura, se casó con Octaviano. Dio a luz a su segundo hijo, Druso, en casa de él. Los sacerdotes les habían concedido un permiso especial para celebrar aquel matrimonio. Livia se llevó también a su primer hijo, Tiberio, a casa de Octaviano. Ambos hijastros representarían un papel principal en los planes del futuro *princeps* una vez hubo alcanzado el poder exclusivo.

Octaviano nunca perdió de vista ese objetivo. Sexto Pompeyo se movía muy cerca de Italia. Si Octaviano quería estabilizar su poder en la península y en el imperio occidental, debía ocuparse de aquel rival problemático. Solo podría lograrlo con una potente flota propia. Marco Vipsanio Agripa, el aliado más cercano a Octaviano desde 44 a. C., le suministró la flota y, superados algunos reveses iniciales, consiguió asestar una derrota decisiva al peligroso adversario y expulsarlo de la ciudad siciliana de Nauloco. Sexto se vio obligado a retirarse a Oriente, donde tuvo un fin bastante sórdido. Para evitar que aquella contienda pareciese una guerra civil, Octaviano la definió luego como una «guerra por los esclavos» (*Res Gestae,* 25): devolvió a 30.000 esclavos —que habían huido con Pompeyo y combatido a su lado— a sus dueños originales, para que recibiesen su castigo; a 6.000 esclavos cuyos señores no pudo localizar los crucificó a lo largo de la Vía Apia. Todo el mundo pudo ver que el despiadado triunviro respetaba y defendía los derechos tradicionales de los propietarios. El sufrimiento humano de los esclavos no significaba nada ni para Octaviano ni para la mayoría de la población.

Después de estos sucesos turbulentos, Lépido, el miembro más débil del triunvirato, intentó reafirmar su posición. Aquello acabó de eclipsarlo del todo, sin embargo: perdió su ejército y sus provincias en África y conservó solo su puesto de *pontifex maximus.* Pero aquel puesto, el único que le quedaba, era contemplado también como una concesión, ya que más tarde Octavia-

no aseveró que Lépido había usurpado el cargo a la muerte de César. No obstante, el nombramiento sacerdotal era vitalicio y aquel gesto de Octaviano fue interpretado como otra muestra más de respeto hacia la tradición republicana, algo que fue enfatizando cada vez más en su programa en la justa medida en que no entrase en conflicto con su plan más general. El plan consistía en hacerse él solo con todo el poder del imperio romano, y el único obstáculo era Antonio.

El conflicto con Marco Antonio

La zona de influencia de Antonio eran las provincias del Mediterráneo oriental: Egipto, sobre todo. A pesar de su matrimonio con la hermana de Octaviano, Octavia, inició una intensa aventura amorosa con Cleopatra, reina de Egipto, tras su primer encuentro en 41 a. C. Su pasión serviría a los objetivos políticos de ambos. Cleopatra intentó extender su esfera de poder para ella y sus hijos tanto con César como con Antonio. Por su parte, Antonio necesitaba reforzar su liderazgo dentro del mundo romano. Le sería más fácil de conseguir si derrotaba a los partos, la gran potencia establecida en la otra orilla del Éufrates. César ya había querido castigarlos por haber destruido al ejército romano en Carras, en 53 a. C. Antonio podría conseguir un prestigio que le compensaría por los errores políticos repetidos en varias ocasiones. Durante los primeros años de la guerra civil romana, los partos habían invadido la mayoría de las provincias orientales y dejaron bien claro el peligro que suponían para la dominación romana. Para su campaña, Antonio necesitaba soldados que solo podía conseguir en Italia. Había hecho concesiones importantes a Octaviano, llegando incluso a dejarle ciento veinte barcos en su acción final contra Sexto Pompeyo. Se suponía que Octaviano, por su parte, le ofrecería 20.000 legionarios, como parte del trato; pero no envió a Oriente más que una pequeñísima parte de lo prometido: 2.000 hombres. Antonio tuvo que recibirlo como

una profunda ofensa. Sin embargo, este suceso no explica por sí solo el fracaso de las campañas contra los partos. Los primeros anuncios de victoria en Oriente resultaron ser poco más que palabras vacías y le brindaron a Octaviano la oportunidad de socavar la reputación de Antonio como gran comandante. Y lo que era más grave, Antonio había transferido a Cleopatra y sus hijos varias partes de provincias romanas. Se corrió el rumor y se interpretó el hecho como una capitulación de los intereses romanos en Oriente. La acusación tuvo un impacto terrible en Italia, en especial entre buena parte de los senadores. Fue un golpe muy fuerte, si tenemos en cuenta que hasta entonces unos cuantos habían pensado que, para restaurar la república, podrían confiar más en el distante Antonio que en Octaviano; o, por lo menos, que Antonio ejercería un liderazgo menos despiadado. Octaviano estaba allí, en persona, y por lo tanto la gente sufría de primera mano los efectos de sus inmisericordes maniobras políticas, pese a sus esfuerzos por transmitir una imagen de respetuoso con la tradición y portador de la libertad. Tras derrotar a Sexto Pompeyo, Octaviano llegó incluso a declarar de forma oficial el fin de las guerras civiles. No todos le creyeron. Los errores de Antonio ayudaron, en consecuencia, a que Octaviano se distinguiese de su rival con la imagen de un defensor de los intereses romanos e italianos. Todo lo que necesitaba era una excusa para enfrentarse con Antonio en una batalla abierta. Pero quien diera el primer paso acabaría cargando con el título de destructor de la paz.

A final de 34 a. C. Antonio presentó sus planes para las provincias orientales en el marco de una ceremonia pública celebrada en Egipto. Los hijos de Cleopatra recibirían varios territorios a modo de dominios personales, incluidos algunos que llevaban bastante tiempo sujetos a Roma; Cleopatra sería elevada al rango de «reina de reinas» (*regina regum*), y todo gracias a Antonio, un romano. A ojos de los romanos, aquello se veía como un ataque contra la ciudad. Durante la lucha entre los cesarianos, la acción que sin duda se vio como más peligrosa fue aquella en la que An-

tonio reconoció oficialmente a Cesarión, el hijo de César con Cleopatra, y le concedió un puesto en el nuevo orden. Como consecuencia, el hijo natural del divinizado César se alzaba frente a Octaviano, que solo era adoptivo, por más que Octaviano se llamase a sí mismo *divi filius* (hijo del divino César). Octaviano respondió a lo que a su entender era una provocación por parte de Antonio con implacables ataques en el Senado. Por encima de todo, estaba clarísimo que, por el momento, Antonio no iba a poner un pie en Italia. Octaviano ni siquiera le permitiría obtener más reclutas. El auténtico significado de todo aquello fue que Antonio, en lo sucesivo, quedó proscrito de Roma. Aquella ciudad, e Italia, «pertenecían» desde entonces exclusivamente a Octaviano. En términos políticos, si no estrictamente legales, aquello constituía una declaración de guerra contra Antonio. En efecto, fue entonces cuando Antonio dio un paso decidido hacia la guerra, tal como Octaviano esperaba que hiciera. Aunque Antonio estaba observando una nueva aventura militar en Armenia y Partia, en 33 a. C., interrumpió la campaña en respuesta a los cambios en la situación general de Italia y preparó entonces sus ejércitos y su flota para lanzar un ataque sobre Octaviano y Occidente.

A principios de 32 a. C., el conflicto se limitaba a justas verbales en el Senado. Los dos nuevos cónsules de aquel año, Gayo Sosio y Domicio Ahenobarbo, atacaron a Octaviano en la cámara. Uno de los asuntos más importantes era la cuestión de si la autoridad de los triunviros, a quienes habían renovado por otros cinco años en 37 a. C., aún ofrecía base legal a los papeles representados por ambos rivales. Las dudas que surgieron a este respecto en el Senado supusieron una amenaza para Octaviano, que estaba presente, pero no para Antonio. La inminencia de la amenaza hizo que Octaviano respondiese aún con más energía. En la sesión posterior asumió la ofensiva, protegido por seguidores armados, y dejó claro que a su entender no hacía falta continuar discutiendo aquel asunto. Anunció que, en la siguiente reunión, presentaría cargos explícitos contra Antonio y contra Sosio. Sin

aguardar la ocasión, Sosio y Domicio abandonaron la ciudad y huyeron con Antonio. Se les unieron más de trescientos senadores. La cuestión ya solo se resolvería por las armas.

Antonio se acercó a Italia. Atenas pasó a ser su base militar y política y allí fue donde se reunieron los senadores fugitivos. Cleopatra también estaba en Atenas y se colocaba claramente al lado de Antonio cuando se trataban en público cuestiones políticas y militares. Muchos de sus seguidores romanos lo encontraban inaceptable, llevados en parte por su arraigada sensación de que las mujeres deberían mantenerse al margen de aquellas cuestiones, pero sobre todo porque sentían que aquellas apariciones tan ostentosas de Antonio al lado de la reina egipcia solo podían socavar su papel, así como su propia posición, en Italia, en una sociedad que interpretaba aquel comportamiento como señal de desintegración social. Y, por supuesto, Octaviano hizo saber a los romanos que la reina de Oriente aspiraba a reinar asimismo en el Capitolio. Cuando Antonio no logró responder a las urgentes preocupaciones de sus partidarios, fueron muchos los senadores que decidieron abandonarlo. Dos de ellos, Munacio Planco y su sobrino Marco Titio, regresaron a Roma y coronaron su cambio de lealtad con un valioso regalo para Octaviano: habían sido testigos del sello del testamento de Antonio y conocían sus detalles más delicados. Además, sabían dónde se custodiaba: en el templo de Vesta, en Roma. Aunque acceder a un testamento sin autorización se consideraba sacrilegio en Roma —igual que lo era el simple hecho de entrar en los dominios sagrados de las vírgenes vestales—, Octaviano no podía dejar escapar aquella oportunidad. Obligó a la vestal suma a entregar el testamento y leyó en voz alta, en el Senado, aquellas partes que más convenían a su objetivo. Entre otras cosas, Antonio había confirmado la concesión de los territorios orientales a los hijos de Cleopatra. Pero lo más sorprendente era que había confesado que a su muerte deberían enterrarle al lado de Cleopatra, en Alejandría. Él, un romano, había querido que su lugar de descanso definitivo estuviera en la decadente capital de Oriente. Todo romano que

desease aquello no podía, sin duda alguna, ser dueño de sus decisiones. Cuando Antonio mandó a Octavia, que aún era su esposa oficial, la carta de divorcio, sirvió como prueba final que confirmaba el embrujo de la hechicera de Egipto. ¿Quién se iba a atrever entonces a prestarle apoyo? De este modo, sin oposición en el Senado, se retiró el consulado de Antonio para el próximo año junto con sus otras funciones públicas. A nivel político estaba acabado. Por el contrario, Octaviano inició abiertamente la construcción de su monumental mausoleo en el Campo de Marte, haciendo hincapié más allá de toda duda en que Roma era el centro no solo de su mundo político, sino también personal.

Culparon oficialmente a Cleopatra de la amenaza que pesaba en aquel momento sobre Italia. Nadie podía vacilar en tomar las armas contra ella. Por esa razón, cuando declararon la guerra lo hicieron contra su persona, contra una reina extranjera, no contra los ciudadanos romanos. Las guerras *civiles*, según la propaganda octaviana, se habían terminado hacía mucho tiempo. Toda Italia había jurado lealtad a Octaviano como *dux*, cabeza de la lucha contra la amenaza oriental, tal como él mismo la describiría más adelante (*Res Gestae*, 25). Las provincias de Occidente le ofrecieron asimismo su lealtad. Entonces Octaviano cosechó la recompensa, sobre todo en Italia, de las inversiones hechas en los últimos años. Mediante juramento, los veteranos le aseguraron el respaldo político de las ciudades italianas, así como el apoyo militar. A cambio, él tenía que garantizar que Italia no volvería a sufrir una guerra civil (que, pese a fingir lo contrario, era lo que en realidad se libraba).

A finales de 32 a. C., Antonio y Cleopatra apostaron una parte de sus tropas a lo largo de la costa oeste de Grecia y el Epiro, mientras que el contingente principal terminó en Accio. En términos de capacidad nominal de combate, sus fuerzas tuvieron que parecer superiores a las de Octaviano; sin duda, aquella debía ser la impresión que causaban en el mar, gracias a su enorme flota. Por tanto, existía el peligro de que un ataque desde el Adriático pudiera terminar en la victoria antoniana. No obstante,

aquello se compensaba con el hecho de que Agripa era, de lejos, el mejor estratega. Octaviano consiguió trasladar sus fuerzas de tierra desde Italia sin bajas importantes. En Accio establecieron el cuartel general justo enfrente de la fuerza enemiga principal. En una serie de batallas navales, aniquilaron a varias flotillas enemigas, superadas por los barcos menores, más ágiles, al mando del inspirado liderazgo táctico de Agripa; en consecuencia, cortaron el paso a los refuerzos que venían desde Egipto. En tierra, Antonio era incapaz de obligar a Octaviano a lidiar una batalla decisiva. La inactividad forzosa debilitó sobre todo a las tropas de Antonio, que no podían reabastecerse. Desertaban, cada vez con más frecuencia, unidades enteras. A la postre, aquello convenció a Antonio de no presentar una gran batalla en tierra, puesto que Octaviano se le había impuesto. El combate naval llegó a un resultado decisivo el 2 de septiembre de 31 a. C. Si se alcanzó por medio de un plan trazado de antemano, deliberadamente, o si fue porque Antonio intentó escapar de la trampa en la que había caído es una incógnita aún sin despejar. En cualquier caso, el resultado supuso el desastre militar para Antonio; Cleopatra huyó y Antonio partió con ella. Tras un período de negociaciones, las fuerzas de tierra, acéfalas, se rindieron. Octaviano atribuyó aquella victoria de Accio a Apolo, en adelante uno de los grandes protectores del nuevo líder. Disponía de un magnífico templo erigido al dios, muy cerca de su propia casa en la colina del Palatino.

Lo que sucedió a continuación de Accio fue poco más que un acto de clausura del conflicto interno de Roma. Las provincias de Oriente se rindieron sin resistencia. Los reyes clientes también acudieron a Octaviano, entre ellos Herodes de Judea, que con ello no solo salvó su reino sino que además consiguió expandirlo. Octaviano usó de forma exhaustiva el sistema de los soberanos clientes. En muchas regiones fueron ellos los que mantuvieron la seguridad en las fronteras. En el verano de 30 a. C., Octaviano llegó a las puertas de Egipto, hasta donde Antonio había seguido a Cleopatra. Derrotado en Accio, en su abatimiento

Antonio albergaba aún la esperanza de obtener una victoria militar definitiva ante los muros de Alejandría. Pero la mayoría de sus defensores lo habían abandonado y no le quedó más salida que el suicidio. Murió en los brazos de Cleopatra. Ella se había convertido, verdaderamente, en el centro de su vida.

La reina quizá había abrigado asimismo la esperanza de llegar a algún acuerdo con el vencedor, igual que antes hiciera con César y Antonio. Pero Octaviano no demostró interés por ningún pacto: tan solo quería conservarla como botín selecto para su procesión triunfal en Roma. Ella esquivó la humillación final con una mordedura de serpiente. Así escapó de Octaviano, aunque Egipto y los tesoros de la casa real ptolemaica cayeron en manos del vencedor. Todos aquellos trofeos de guerra lo dejaron en situación de ofrecer a los romanos signos tangibles de victoria. Egipto iba a verse sometido a la autoridad del pueblo romano, tal como escribió el propio Octaviano en sus *Res Gestae* (27): la tierra del Nilo se había convertido en provincia romana. Aquella disposición perviviría hasta el siglo VII d. C.

De este modo, Octaviano emergió como vencedor único y quedó con el poder supremo en sus manos, sin que ningún contrincante serio asomase por el horizonte. Inmediatamente después de la caída de Alejandría, condenó a muerte a Cesarión, el hijo que Cleopatra había tenido con César. Su derecho como heredero político de César ya no se pondría en duda. Una vez más, volvía a enfrentarse al problema de cómo definir su propio papel en el futuro estado romano; pero en aquella ocasión, debía dar con la respuesta. Una cosa era indudable: jamás volvería a renunciar a ostentar el liderazgo político. Pero aún necesitaba encontrar la forma precisa que asumiría ese liderazgo.

Consolidación de Augusto

Durante tres días consecutivos, en agosto de 29 a. C., Octaviano desfiló ante el pueblo romano alardeando de sus victorias so-

bre Ilírico (Illyricum) sobre Cleopatra y Accio y sobre Egipto; nunca antes se había producido semejante exhibición de poder en la conquista militar. Pero antes incluso de la triple victoria, Octaviano ya había empezado a encaminar el debate político hacia su futuro papel dentro de la *res publica*. El proceso llegó a una conclusión provisional en enero de 27 a. C., confirmada formalmente por dos espectaculares sesiones cuidadosamente organizadas del Senado, el 13 y el 16 de enero. La nueva forma de gobierno no surgió tras un acontecimiento aislado, pese a la impresión generalizada que se impuso a partir del único testimonio histórico conservado originario de aquella época, preservado en la obra de Dión Casio, compuesta a principios del siglo III (Dio, LIII, II-XII). El propio Octaviano afirma en su texto que, durante su sexto y séptimo consulados, en los años 28 y 27 a. C., entregó de nuevo el estado —la *res publica*— al pueblo y al Senado, aunque por consenso general le habían otorgado «la potestad sobre todas las cosas» (era *potens rerum omnium*; véase *Res Gestae*, 34).[1] No sabemos con exactitud cómo se desarrollaron los detalles de este proceso, cuáles fueron las propuestas exactas y quiénes los principales personajes. No hay ninguna controversia en cuanto al hecho de que dentro del círculo de Octaviano se barajaron varios modelos de gobierno. Más tarde, Dión Casio resumió aquellas discusiones en dos discursos supuestamente dirigidos a Octaviano: el de Agripa, que se mostraba partidario de volver a la república; y el de Mecenas, su amigo íntimo y consejero, que proponía una forma de gobierno abiertamente monárquica (Dio, LII, I-XL). Las discusiones son ficticias; pero sin duda las ideas de la época se debatían entre estos dos extremos, una república libre o una monarquía directa. Ambos modelos, sin embargo, ya estaban descartados de antemano.

En todo aquel tiempo, Octaviano asumió el principio de no volver a ceder jamás el control del cuerpo político. Sin embargo, era del todo evidente que una monarquía abierta, tal como César la había empezado a conformar, era imposible, puesto que en ella no cabían quienes ostentaban hasta entonces el poder po-

lítico: los senadores. Ni siquiera en ese momento, con casi veinte años de guerras civiles a la espalda, estarían mínimamente dispuestos a dejarse apartar por completo. Necesitaban que, por lo menos, se mantuviesen las apariencias conforme ellos seguían conservando una cuota de poder. El Senado (junto con el pueblo) constituía la *res publica*. Para Octaviano resultaba esencial reconocerlo, pero siempre sin comprometer su propia posición. El poder que pretendía ejercer debería serle entregado voluntariamente por el Senado y el pueblo, en una forma que fuese fundamentalmente irrefutable en el futuro. Por tanto, Octaviano tenía que conseguir demostrar, con éxito a ojos del público o al menos del Senado, una confianza mínima en cuanto a que la restauración del poder y la autoridad no eran acciones meramente simbólicas. En cualquier caso, ya había anunciado —en una moneda acuñada en 28 a. C.— que había devuelto *iura et leges* («la ley y los estatutos») a los romanos. La institución oficial del estado, los tribunales y las reuniones públicas recuperarían su forma tradicional, casi olvidada en la época de las guerras civiles.

El 13 y el 16 de enero de 27 a. C. se representó en el Senado la escena final de la restauración del estado. Quizá Octaviano anunció realmente a los senadores que anhelaba retirarse de todas las obligaciones públicas. De ser así, no se trataba, por descontado, de su verdadera intención. Al contrario, tenía en mente otro propósito, bien meditado: que le rogasen abiertamente que asumiera la responsabilidad de la *res publica*, de forma que nadie pudiera acusarlo de haberse adueñado ilegalmente del poder. Lo más probable es que por lo menos unos cuantos senadores estuvieran avisados de su plan. Las cosas salieron según lo previsto. El Senado presionó a Octaviano con urgencia para que se pusiese a disposición del estado y, a la postre, él accedió. Ni siquiera fue necesario transferirle autoridad legal alguna, puesto que ya era cónsul, junto con su leal amigo, Agripa. De este modo, perfectamente de acuerdo con los principios de la república, ya ostentaba la más elevada de las autoridades de los magistrados, el *imperium*. Solo quedaba por definir qué incluiría aquel puesto.

La solución de Octaviano fue genial. Junto con las obligaciones del cónsul, y tomando como base su *imperium* consular, el Senado le transfirió ciertas provincias del imperio para su gobierno: las dos provincias hispanas, toda la Galia, Siria, Cilicia, Chipre y Egipto. Junto con las provincias obtuvo también el control de las legiones destacadas en la mayoría de aquellos lugares, de forma que el grueso del ejército quedaba bajo su mando. En el terreno formal, no incumplía los procedimientos republicanos, en la medida en que el mandato tenía un límite temporal concreto: el tiempo que se pudiese considerar que las provincias estaban en paz y, en cualquier caso, nunca más de diez años. Oficialmente, un poder temporal no podía interpretarse como monárquico. Augusto respetó aquel límite temporal hasta sus últimos días, aunque al cabo de los años, su prolongación apenas era ya una formalidad. Pero desde el punto de vista simbólico, el límite era extraordinariamente importante. Más adelante, podría defender que jamás dispuso de más poder del que hubieran dispuesto otros colegas en el mismo cargo. Únicamente los superaba a todos en autoridad e influencia, *auctoritas* (*Res Gestae*, 34). Se trataba de una simplificación extraordinaria con respecto a las auténticas condiciones en las que ejerció el poder.

El acto oficial de devolver el poder al Senado y al pueblo romano pudo celebrarse en el Senado como la restauración de la *res publica*. El hombre que había hecho posible que aquello sucediese libremente fue recompensado por sus servicios con expresiones de gratitud universal. Hubo que inventar honores y distinciones especiales. La entrada a su casa en la colina del Palatino fue decorada con laureles; sobre la puerta habían colocado la «corona cívica», que se entregaba a los hombres que habían rescatado a ciudadanos romanos de un peligro mortal. En las monedas de aquella época aparecieron esta corona y las palabras: *ob cives servatos* («por haber rescatado a los ciudadanos»). Algunos recordaron a los ciudadanos para quienes Octaviano no había significado ninguna liberación, sino la ruina. Pero nadie hablaba abiertamente de ellos. ¿Cómo iba a atreverse nadie a hablar con-

tra un personaje honrado por tantos servicios? Tan grandes eran que haría falta un nuevo nombre para expresarlos. A propuesta de Munacio Planco, el Senado votó conceder a este hombre, en el centro del estado, el nombre de Augusto, elevándolo a la esfera de los dioses. En adelante, su nombre pasó a ser: *Imperator Caesar divi filius Augustus*. Era único. Al poco tiempo, Octaviano dejó de lado su nombre adoptivo de Gayo Julio César y se hizo llamar *Imperator Caesar*. El primer nombre, *Imperator*, expresaba, por lo menos de forma ideal, el poder de la comandancia militar; del nombre *César* hizo nacer un nuevo nombre familiar, que no pertenecía a nadie más. Así surgió la nueva dinastía de los césares. Además, su título como hijo de un padre deificado, *divi filius*, lo situaba por encima de todos los mortales. Y a todos aquellos nombres se les unió además el extraordinario cognomen de Augusto, que se bastaba por sí solo para demostrar lo excepcional que era su portador. Su dotes se proclamaron públicamente en un escudo de oro en la cámara del Senado, la Curia: valor militar (*virtus*), *clementia*, integridad (*iustitia*) y sentido del deber hacia los dioses y los hombres (*pietas*).

Esta nueva forma de gobierno tenía que demostrar su valía. Como Augusto había recibido oficialmente muchas provincias que debía mantener en paz, éstas fueron, sin duda alguna, las primeras en exigir su atención. Al poco de haber puesto en marcha el nuevo sistema, salió de Roma y se encaminó primero a la Galia y luego a Hispania, que en su zona septentrional se resistía aún a la dominación romana. Podría ser que allí hubiera ejercido el mando en persona. Pero Hispania no era la única región que le había sido transferida, había otras. Todas necesitaban a algún representante que encarnase al hombre legalmente autorizado para ejercer sus atribuciones gubernamentales. A este fin, Augusto nombró *legati* («legados») que lo representarían. Aquellos hombres pertenecían al orden senatorial y por tanto estaban capacitados para participar directamente en el gobierno del imperio, que ya no obedecía al Senado y al pueblo, claro está, sino que rendía cuentas a Augusto. Lógicamente, por lo tanto, todos

llevaban el título de *legatus Augusti*, legados de este hombre en concreto, Augusto. Para que no pudiera parecer que se los igualaba en rango a Augusto, que era cónsul, este título fue matizado después como *pro praetore*, lo que significaba que ostentaban el rango de pretor; en la república, el poder de gobierno de un cónsul, en caso de discrepancia, estaba por encima del pretor. En los últimos años de vida de Augusto, solo quedaban unos pocos gobernadores que no eran representantes suyos sino que se mantenían como gobernadores legalmente independientes; de hecho, eran solo diez, bastantes menos que en 27 a. C. Pero ni siquiera un número tan desproporcionadamente bajo de gobernadores que no dependían directamente de Augusto da cuenta de toda la historia de su auténtico poder. Estos gobernadores, oficialmente independientes, ostentaban el puesto con el título de *procónsul*, destinado en teoría a las provincias que ya se consideraban en paz y en las que estaban apostadas tan solo unas pocas legiones (cuando quedaba alguna). En 27 a. C. había aún por lo menos tres provincias proconsulares de esta categoría con sus respectivas legiones: África, Ilírico y Macedonia. Sus gobernadores contaban con el *imperium* absoluto y, nominalmente, su posición se equiparaba con la de Augusto, si bien su poder real no podía igualarse al de éste. Cuatro décadas más tarde, cuando murió Augusto en 14 d. C., solo el procónsul de África estaba al mando de las tropas, que no constituían más que una sola legión. Durante todos aquellos años nadie había modificado oficialmente el poder de los gobernadores; el cambio se había producido simplemente por el hecho de colocar una provincia bajo la autoridad de Augusto, como por ejemplo la de Ilírico, o transfiriendo las tropas a las provincias que él controlaba en épocas de guerra. De este modo, el equilibrio del poder se fue redefiniendo a sí mismo, de forma progresiva, pero siempre a favor de Augusto.

La aristocracia senatorial tuvo que ajustarse a esta obvia concentración del poder. Se vieron incluso en la necesidad de aprender a manejarse con la posición recién legalizada del «primer hombre» del estado, el *princeps*, tal como se hacía llamar el propio

Augusto. Los miembros de la aristocracia, todos ellos, tuvieron que determinar qué nivel de prestigio y de participación les permitía aquel nuevo régimen. El primer gobernador asignado a la rica provincia de Egipto en 30 d. C., Cornelio Galo, nos ofrece un excelente ejemplo. Al contrario de lo que se afirma tradicionalmente, él no fue un senador, sino un *eques* (miembro de la clase de los caballeros) y estuvo al mando de las legiones. Al parecer, en Egipto se comportó como si se considerase el dueño de aquellas tierras, en lugar de representar a su señor en Roma. Augusto lo destituyó y le retiró la amistad, lo que significaba la muerte política. Fue juzgado por el Senado y Galo solo logró evadir las consecuencias quitándose él mismo la vida. Ni siquiera él, íntimo amigo del *princeps*, había comprendido hasta dónde podía llegar Augusto. Fue un buen ejemplo para los demás.

Augusto también tuvo que aprender a pactar y admitir algunos cambios moderados, para equilibrar los intereses de otras familias poderosas, al mismo tiempo que las exigencias de sus propios seguidores, los cesarianos. El rango de una persona y de su familia seguía midiéndose con los estándares fijados durante la república: la participación en la *res publica* se representaba con la concesión del atuendo de los magistrados supremos, los cónsules. Durante buena parte del período del triunvirato fueron nombrados varios cónsules cada año (de aquel modo pertenecían, al menos de nombre, a este grupo de élite y podían moverse en público como hombres de condición consular). La vuelta a las normas de la república tras el fin de las guerras civiles había significado un regreso a los consulados que se prolongaban durante todo el año. El consulado fue la base de la posición del propio Augusto, quien ostentó uno de 31 a 23 a. C., sin interrupción. El consulado ininterrumpido suponía un cambio importante con respecto a una *res publica* de carácter propiamente republicano. Además, también implicaba que cada año solo uno de entre los numerosos aspirantes lograría ostentar el codiciado puesto y situarse al lado de Augusto, lo cual fue motivo de considerables descontentos.

Además, Augusto dejó claro que pretendía que la autoridad se mantuviese en el seno de su familia, por línea de sangre. El hijo que su hermana Octavia tuvo en su primer matrimonio, Claudio Marcelo, nacido en 42 a. C., era el pariente masculino más próximo a Augusto. Hizo los preparativos para que se casase con su única hija, Julia. Marcelo todavía no había conseguido ninguna meta importante y tan solo había ostentado el cargo de edil, pero un decreto senatorial le permitía ir en pos del consulado diez años antes del plazo legal. Todo el mundo tuvo que entenderlo como señal evidente de que la intención de Augusto era que Marcelo ocupase algún día el puesto como su sucesor. Aquello generó tensiones incluso entre los de su bando, en particular con Agripa, que siempre había respetado a Augusto pero que, al parecer, le dio la espalda entonces y abandonó la ciudad. Por añadidura, en 23 a. C., el cónsul compañero de Augusto tomó parte en una conspiración contra el príncipe y estalló una crisis que dejó a Augusto tocado de gravedad. Aunque los sucesos quedaron sumidos en la oscuridad, sabemos positivamente que tras recuperarse en junio de 23 a. C., Augusto renunció al consulado.

Aquello representó un modesto repliegue, pero no se apreció ningún cambio en el control que ejercía sobre las provincias que, junto con sus legiones, se le habían asignado en 27 a. C. El *imperium* que estuvo ostentando hasta entonces como cónsul, pasó a partir de 23 a. C. a justificarse con el cargo de procónsul. Un edicto fechado en 15 a. C., hallado en El Bierzo (actual provincia de León), no deja duda alguna a este respecto.[2] Parece más bien que tras renunciar al consulado, su *imperium*, que ejercía como procónsul, se amplió hasta cubrir sus tratos con las otras provincias, de modo que en caso de conflicto su potestad sería superior a la del gobernador. Agripa también recibió el *imperium* como procónsul, reconocido para cinco años y al principio solo en Oriente. De este modo Augusto esquivó el conflicto con su partidario más directo y a la vez recibía cierta compensación por la pérdida del consulado. En Roma, sin embargo, la renuncia al puesto republicano más elevado significó que perdiera todos los meca-

nismos para manejar los asuntos inevitablemente asociados con aquella posición; no podía dejarlos escapar, si pretendía conservar la iniciativa política. Dio con un sustituto parcial cuando se le confirieron todos los poderes legales del tribuno de la plebe; ya contaba con una parte de los derechos inherentes al cargo, a saber, la inmunidad personal (*sacrosanctitas*), desde 36 a. C. Poseía también el *ius auxilii ferendi*, derecho a ofrecer ayuda, desde 30 a. C.; con esto pudo presentarse como el protector ideológico de la gente de la calle. En adelante, haciendo uso de la *tribunicia potestas*, pudo aprovecharse de toda la autoridad del puesto para convocar las asambleas populares; tenía derecho, incluso, a reunir al Senado. Además de todo esto, se le concedieron privilegios especiales en el Senado, de modo que allí tampoco hallaba obstáculos para manejar sus asuntos. Pero en cambio, el control de las elecciones al consulado —el nervio político central del estado— no estaba incluido.

Las consecuencias de la renuncia de Augusto al consulado se dejaron sentir pronto en Roma. El pueblo llano parecía estar descontento con la decisión. Cuando surgieron problemas con el abastecimiento de cereales, intentaron obligar a Augusto a que aceptase la dictadura. En un gesto público muy teatral rechazó abiertamente sus peticiones. Lo que sí asumió fue la tarea de asegurar el aprovisionamiento de grano (*cura annonae*), sin haber definido todavía la naturaleza institucional de su responsabilidad: eso no sucedería hasta 8 d. C., cuando nombró a un prefecto (o un miembro de la clase ecuestre) que en adelante se ocuparía de forma permanente de supervisar el envío correcto de cereales desde el exterior de Italia. Durante los tres años siguientes, desde 22 a 19 a. C., Augusto pasó parte de su tiempo en Oriente, ocupándose de los problemas entre Roma y los partos, junto con su hijastro Tiberio. Mientras tanto, en Roma se hacían los esfuerzos finales para crear un escenario político donde los ambiciosos candidatos pudieran entablar una auténtica competición. Este primer experimento afectó a las elecciones al consulado, que terminaron en escenas de caos. Una y otra vez o resultó imposible

restaurar el orden, o solo era posible la actuación normal de uno de los cónsules. No podemos saber a ciencia cierta hasta qué punto el sistema estaba manipulado para que Augusto pudiera seguir controlándolo. En cualquier caso, una vez más quedó patente que a menos que él dispusiera de los poderes necesarios para imponer el orden, la supervivencia de la recuperada *res publica* corría peligro. Sin duda, aquello era justamente lo que él había estado esperando. Pudo, por lo tanto, a su regreso de Oriente en 19 a. C., efectuar otro cambio en su situación legal, que lo llevaría a extender su *imperium* hasta incluir Roma e Italia. Se trató del mismo *imperium* que había ejercido previamente en las provincias como procónsul, solo que sin restricciones territoriales a su autoridad. Como señal de que su *imperium* también estaba vigente en el centro de sus dominios, en adelante se le permitió lucir las *fasces* —el haz de varas— como símbolo del poder magistral absoluto (incluida Roma) y pudo sentarse en la silla curul, como un cónsul. Desde este momento no tenemos noticia de que se produjeran más disturbios durante las elecciones consulares. En adelante, Augusto ejerció su poder en Roma y en Italia de acuerdo con su *imperium*, como un cónsul, y en las provincias, atendiendo al mismo criterio, en calidad de procónsul.

Con este nuevo gobierno, el papel del príncipe había alcanzado en lo esencial su definición legal. Se dio, no obstante, otra innovación más en 12 a. C. Quizá no fuera importante en términos de poder político, pero ayudó realmente a que Augusto se presentase más que nunca como representante del estado romano en su sentido más amplio. Llegó tras la muerte de Emilio Lépido, el menos importante de los triunviros de 43 a. C. Aunque en 36 a. C. fue despojado de todo su poder, Lépido conservaba el puesto de *pontifex maximus*, en calidad de funcionario romano más antiguo en cuestiones religiosas. A su muerte, aquel puesto también pasó a manos de Augusto. En las *Res Gestae* (10) llama la atención sobre el hecho de que para aquella elección acudió más gente desde todas partes de Italia que en cualquier ocasión anterior. La participación de tanta gente confirmó su extraor-

dinaria posición como *princeps*, «el que va a la cabeza», de todos los ciudadanos. En consecuencia, Augusto podía efectuar cambios en los colegios religiosos, que tenían la responsabilidad de las relaciones entre los dioses y los romanos. Una manifestación palpable de ello fue el nombramiento de un nuevo sacerdote sacrificial de Júpiter, el *flamen Dialis*. Aquel puesto llevaba décadas inactivo, porque ningún senador quería vivir atendiendo a sus múltiples reglas restrictivas. Augusto se impuso, en su papel de *pontifex maximus*: la *res publica* restaurada no debía ahorrar nada en el culto a los dioses.

Legislación

La imagen pública que proyectaba Augusto era la de alguien que vinculaba sus políticas contemporáneas con las del pasado, y proseguía con ellas dentro de las pautas romanas tradicionales. Los viejos métodos habían demostrado su valor y tenían que ser respetados. En sus *Res Gestae* se enorgullece de haber no solo mantenido, sino también reforzado las leyes tradicionales. Al mismo tiempo hace referencia a las numerosas leyes nuevas que se habían introducido como un modelo para las generaciones venideras (*Res Gestae*, 8). Además, este vínculo quedaba recalcado en las galerías que celebraban a los renombrados hombres del pasado, erigidas por él en los pórticos del foro que acabaría conociéndose como el Foro de Augusto. El templo central estaba dedicado a Mars Ultor, el Vengador, como recuerdo de la victoria sobre los asesinos de César. La sucesión de hombres distinguidos que habían engrandecido a Roma iba directamente de Rómulo a Augusto y confirmaba que él se encontraba, de hecho, en el cénit de la historia romana, tal como había descrito Virgilio en la *Eneida*. Además, la imagen de Augusto se alzaba en el Foro sobre dos cuadrigas y había sido erigida por un decreto del Senado cuando, con el consenso del pueblo y los miembros de la clase ecuestre, lo honraron en 2 a. C. con el título de *pater patriae*, pa-

dre de la patria. Aquel papel, como el del padre de una familia, comprendía rasgos contradictorios: preocupación paternal y firmeza necesaria. La responsabilidad de Augusto englobaba el estado en su conjunto y, por ende, estaba obligado a emprender acciones duras cuando fuera preciso. Participaba de las vidas cotidianas, y privadas, de los ciudadanos con una intensidad que jamás se había visto en la historia de Roma. Aquellos ciudadanos dejaron de tener el pleno control sobre las decisiones relativas a su comportamiento personal. Augusto lo consideraba un elemento particularmente crucial para preservar los valores morales, que incluían el matrimonio y la maternidad. La desintegración moral del período de las guerras civiles había erosionado aquellos valores, sobre todo en las capas más altas de la sociedad, entre los senadores y los caballeros. Mediante una serie de leyes estableció nuevas normas que afectaron significativamente el estilo de vida. El matrimonio pasó a ser obligatorio a cierta edad, tanto para hombres como para mujeres, así como la engendración de hijos. Quienes no consiguiesen cumplir con aquellos requisitos no recibirían castigos rotundos, pero sí se hallarían con restricciones considerables a la hora de ocupar cargos y, sobre todo, en los derechos de herencia. En una sociedad como la romana, con una elevada tasa de mortalidad, las herencias valiosas pasaban bastante rápido de una generación a otra; una persona también podía recibir el legado de ciertas sumas en los testamentos de sus amigos. Por fuerza, las sanciones debieron considerarse rigurosas en la época, pero en cualquier caso, según parece, la legislación no disfrutó de un éxito duradero.

Otras leyes se ocupaban de la emancipación de esclavos, una práctica que, sobre todo en Roma propiamente dicha y en Italia, tenía un efecto considerable en la estructura social. Antes de aquella época, toda emancipación por parte de un ciudadano romano conducía automáticamente a la creación de nuevos ciudadanos romanos. No era raro, en consecuencia, que las emancipaciones testamentarias redujesen considerablemente el patrimonio heredado, desde el momento en que los esclavos representaban



Foro de Augusto, Roma

un importante activo económico. Por tanto, aquellas emancipaciones estaban muy restringidas y sujetas a ciertas condiciones. Supuestamente, Augusto pretendió minimizar la dilución de la sangre romana con los extranjeros, pues los esclavos procedían de todos los grupos étnicos, incluso de fuera del imperio.

Muchas de estas leyes tuvieron que hacer frente a una considerable oposición, pero la más rechazada fue aquella en virtud de la cual las herencias —por primera vez— se gravarían con impuestos. Las rentas irían a parar al recién creado fondo de compensación militar (*aerarium militare*). La tasa consistiría en tan solo el 5 por 100 del valor del patrimonio heredado y no se aplicaría a los familiares más cercanos. De todos modos, la mayoría de los senadores (en particular) mantuvo una protesta persistente en su contra. Aun así, Augusto ganó la partida. Estaba en juego el bienestar social de los veteranos y, con ello, el mantenimiento a largo plazo tanto de su poder como de la paz interna.

Tras las guerras civiles, Augusto tuvo que licenciar y encontrar tierra para varias decenas de millares de soldados, no solo de sus propios ejércitos sino también de los de Marco Antonio. Aquellos asentamientos (*coloniae*) fueron emplazados en parte en Italia, pero sobre todo en las provincias: en este sentido, siguió el ejemplo de César. En las *Res Gestae* (28) cita África, Sicilia, Macedonia, las dos provincias hispánicas, Acaya, Asia, Pisidia, Siria y la Galia Narbonense. Aquellos asentamientos correspondían en gran parte al primer período de su gobierno, cuando se licenciaban de una sola vez grandes unidades militares o por lo menos secciones enteras de las legiones. Puesto que había que mantener a un ejército de entre veintiséis y veintiocho legiones para proteger las fronteras y respaldar la política imperial de Augusto, tuvo que encontrar una forma de impedir que un ejército como aquél fuese usado en conflictos políticos, como había sucedido en las últimas épocas de la república. Sería más fácil de conseguir si el propio Augusto podía garantizar que se haría cargo de la mayor preocupación de los soldados, que había constituido el factor clave en la politización de los ejércitos: un período de servicio fijo, con una fecha de licencia claramente establecida, junto con un asentamiento posterior adecuado. Augusto lo garantizó todo, aunque aquello implicase recurrir a su propios recursos (*Res Gestae*, 16). Pero al cabo de un tiempo, incluso la tremenda riqueza del príncipe resultó insuficiente para hacer frente al compromiso. Por esta razón necesitaba nuevas fuentes de ingresos, que derivaría principalmente del patrimonio de los ciudadanos romanos. Bajo Augusto, la mayoría de los romanos aún vivían en Italia, pero aquella región no se había visto sometida a ninguna forma regular de gravamen desde las guerras civiles. Se suponía que los romanos, como señores del mundo que eran, estaban libres de aquellas minucias. Por otra parte, los veteranos que habían servido en las legiones como ciudadanos romanos recibían compensaciones. Evidentemente, Augusto sintió que era ideológica y económicamente correcto que la carga para apoyar a aquellos soldados tras el servicio activo recayera en los ciuda-

danos romanos. No había que esperar que fueran las provincias quienes se hicieran cargo de ellos. Por lo tanto, solo los romanos estaban obligados a pagar el 5 por 100 de su herencia, destinada, como hemos señalado, al fondo de compensación militar.

Las fronteras

Los soldados se habían merecido, sin duda, la atención que Augusto les prestaba. No solo le habían permitido hacerse con el poder; contribuían además a su política de expansión del imperio. En este aspecto, Augusto llegó más lejos de lo que nadie había llegado. En casi todas las fronteras extendió el dominio del pueblo romano y se hizo cargo de nuevas provincias, todas bajo su control directo. En contra de los planes de Antonio y de César, no expandió el *imperium romanum* hacia Oriente por medio de la intervención militar directa; sin embargo, estableció provincias allí. Además de Egipto contó con el reino de Galacia, en la Anatolia central, que fue incorporado al imperio tras la muerte del rey Deyotaro. Judea también se organizó de forma provincializada en 6 d. C., cuando los habitantes ya no pudieron soportar por más tiempo el gobierno del hijo de Herodes, Arquelao. El prefecto que representaba a la autoridad de Roma en la zona no era, sin embargo, un gobernador provincial; se trataba más bien de un gobierno de Judea integrado como parte de la provincia de Siria y subordinado a su *legatus Augusti*. Pero, en contra de lo que se esperaba en Roma, Augusto no libró ninguna guerra contra los partos, pese a todas las tensiones que podrían haber servido como motivo de guerra. En 19 a. C., su hijastro Tiberio negoció con éxito para recuperar las águilas de la legión y los prisioneros de guerra supervivientes que habían caído en manos del enemigo en Carras, en 53 a. C., y en enfrentamientos posteriores. En Roma, aquel logro se festejó como una victoria; un arco del triunfo celebraba el regreso de los estandartes legiona-

rios. Cerca de veinte años después, el nieto de Augusto, Gayo, se vería obligado a viajar a Oriente en nuevas misiones diplomáticas. Pero Augusto consideró que no era necesario ni oportuno ampliar su autoridad directa en Oriente. Las expediciones tempranas de dos prefectos, desde Egipto a Arabia y Sudán, pasaron sin mayores consecuencias.

El centro de su estrategia expansionista se dirigía al Rin y el Danubio. Hasta la época de Augusto, se desataban continuos problemas de seguridad en aquellos distritos de la parte norte de Italia que lindaban inmediatamente con territorios no romanos. Aquellas zonas, así como las rutas terrestres por los Balcanes, exigían su atención independientemente del impulso de extender el poder de Roma (y el suyo propio) hasta que Roma fuera dueña y señora del mundo. En sus *Res Gestae* (26) escribe que él había aumentado el territorio de todas las provincias limítrofes con pueblos que aún no se hallaban bajo dominio romano. El famoso *imperium sine fine* de Virgilio («un imperio sin límites [temporales o espaciales]»), refleja una concepción similar. Poco después de ver consolidado su poder, Augusto preparó una expedición contra las regiones independientes de la zona septentrional de la península Ibérica. En la campaña participaron al menos seis legiones. Cuando la conquista hubo terminado, en 19 a. C., ya no se necesitaba mantener allí a todas las legiones, por lo que muchas se trasladaron a la frontera del Rin. Todas las pruebas disponibles sugieren que Augusto y Agripa desarrollaron la ambiciosa estrategia de ampliar el imperio hasta el Danubio y, en realidad, más allá de las aguas del Rin. Hasta que no lo consiguieran, las tribus ya conquistadas bajo control romano podían unirse fácilmente con los parientes que habitaban en las regiones vecinas y aún sin subyugar del otro lado de los ríos Sava y Rin y amenazar con ello la seguridad del territorio romano.

La urgente necesidad de pasar a la acción se hizo aún más evidente cuando dos tribus germánicas invasoras, los *usipeti* y los *tenecteri*, derrotaron al legado augusteo Marco Lolio en la Galia en 16 a. C., con la pérdida de un águila legionaria. Aquello ocu-

rría poco después de la tan aclamada y espectacular recuperación de los estandartes capturados por los partos. Pero aquella derrota no fue la causa del plan de conquista. Aquella política era mucho más grandiosa y llevaba mucho tiempo en proceso de gestación. Tras haber conquistado toda la región alpina entre 16 y 15 a. C. (lo que aún se recuerda hoy con el monumento a la victoria de La Turbie, en Mónaco), creyeron que un ataque doble contra el Danubio y el Rin les prometería una victoria rápida. Agripa, experimentado estratega, iba a derrotar a los panonios, mientras que los dos hijastros de Augusto pasarían a la acción en el Rin. La división de tareas muestra que en el plan de conquista la prioridad se otorgaba a los Balcanes. Cuando Agripa murió inesperadamente en la primavera de 12 a. C., Tiberio asumió el mando de Ilírico y su hermano Druso pasó al Rin. La conquista de Panonia parecía asegurada en 9 a. C. A finales del verano de 12 a. C., Druso había comenzado el asalto sobre los germánicos y en 9 a. C. acababa de llegar al Elba cuando cayó de su caballo y halló una muerte repentina sin haber completado su misión. Tiberio tomó el mando y avanzó la conquista por lo menos hasta el Weser; lo más probable es que incluso llegase al Elba. El 1 de enero de 7 a. C. pudo celebrar la victoria de los romanos sobre los germanos en Roma.

Con frecuencia se ha admitido que la Germania de la orilla derecha del Rin nunca fue una auténtica provincia para Augusto, sino tan solo un lugar en el que la expansión había quedado empantanada. Pero se trata de un supuesto que se basa sobre todo en la pérdida posterior del territorio, pues inmediatamente después de la victoria de 7 a. C. se establecieron verdaderos asentamientos en aquellas regiones germánicas al este del Rin que estaban bajo la administración militar romana; así se demostró hace unos pocos años, cuando se descubrieron vestigios de aquellos asentamientos en Waldgirmes. Bastante más al este del Rin se arrendaron minas de plomo como propiedad de Augusto, y en el *oppidum Ubiorum* (lo que hoy es Colonia) se estableció un culto provincial de la *dea Roma* y Augusto, que abarcaba los dis-

tritos germánicos de las dos orillas del río. Todo esto demuestra que Germania era considerada una provincia, exactamente igual que Ilírico. Las dos regiones fueron posesiones precarias, en cierto sentido. Según parece, Tiberio fue capaz de sofocar un levantamiento en Ilírico que se inició en 6 d. C., si bien con un gran esfuerzo; pero a los pocos días de haber anunciado la victoria en Roma, en 9 d. C., llegó la noticia de la catastrófica derrota de Quintilio Varo en la zona noroccidental de la Germania. En la década de 1990 se descubrieron restos de las tropas romanas asesinadas en el yacimiento de Kalkriese. Una coalición de tribus germánicas, bajo el liderazgo de Arminio como jefe de los queruscos, había aniquilado casi por completo una parte fundamental del ejército romano: tres legiones y numerosas tropas auxiliares. El golpe fue importante, pero Augusto no contempló la idea de abandonar las tierras germánicas anexionadas. Tiberio estabilizó la situación con prontitud y el hijo de su difunto hermano, Germánico (que había heredado aquel nombre honorífico de su padre), logró una victoria inmediata sobre los germanos, que le reportaron a Augusto sus últimas aclamaciones como *victor*, la vigésima y vigésimo primera. Mientras tanto, los romanos ya habían iniciado la reconstrucción en Waldgirmes, que había quedado destrozada a manos de los germánicos. Los territorios germanos del este del Rin se perdieron por completo cuando el sucesor de Augusto, Tiberio, abandonó la idea de anexionárselos de nuevo en 16 d. C. Aquella fue la única provincia que perdieron. La habían conservado durante casi dos décadas, lo cual hizo que la pérdida fuera bastante dolorosa para los romanos.

A pesar de aquellos pocos reveses, Augusto amplió el imperio más que ningún otro líder romano antes que él. Destaca sobre todo la victoria de sus generales sobre casi toda la región del Danubio. Solo en el siglo V las grandes migraciones de la población terminaron con la autoridad romana en la zona.

Hacia el final de la vida de Augusto el nuevo *imperium romanum* que él había creado abarcaba veinticinco provincias distintas, quince de las cuales estaban bajo su control directo. Las

otras diez eran provincias del pueblo romano (mal llamadas en ocasiones provincias «senatoriales»), gobernadas por los procónsules. Augusto no introdujo ningún cambio radical en el sistema de administración provincial. No se le ocurrió innovar un sistema administrativo que cubriera toda la provincia entera. La autoridad de los gobernadores siguió siendo esencialmente la misma que antes. Bajo su autoridad, las provincias florecían gracias a la paz casi universal y a la protección frente a los excesos de los diversos gobernadores, hecho que había podido garantizar desde 30 a. C. El bienestar de toda una provincia era mucho más importante para Augusto que los intereses privados de los gobernadores aristocráticos. La recaudación de impuestos aún se llevaba a cabo recurriendo al sistema de recaudación que tantos resentimientos había provocado en contra del gobierno romano a finales de la república. Pero los *publicani* («recaudadores de impuestos») habían perdido su respaldo político y ahora tenían que vérselas con el Señor del Mundo. También a él le convenía que las provincias prosperasen. En sus propias provincias Augusto creó nuevos puestos de funcionarios para que supervisasen la recaudación de los impuestos, los procuradores, que solo respondían ante el *princeps*. El equipo estaba formado exclusivamente por esclavos y libertos de Augusto. Pero ni siquiera ellos recogían personalmente los impuestos; se limitaban a supervisar localmente tanto a las empresas como a los recaudadores particulares nombrados por las ciudades. En caso de necesidad, Augusto podía llamar a sus procuradores para exigirles cuentas. Sus gobernadores de rango senatorial no participaban en modo alguno en la recaudación de impuestos.

Después de 27 a. C., Augusto pasó por lo menos doce años en las provincias. Solo este hecho ya indica lo importantes que eran para él y cuánta atención les prestó. No es ninguna sorpresa, entonces, que en varias lo contemplasen como un salvador y se establecieran cultos a su persona. Ya en 29 a. C., en las provincias de Asia y de Ponto-Bitinia, se creó un culto provincial en el que Octaviano —pues aún se llamaba así— era venerado junto a la dio-

sa Roma. Otras provincias se sumaron al culto, para demostrar con claridad que ellas también eran súbditas leales; y varias ciudades se apresuraron a imitar el modelo, tanto en el Oriente griego como en el Occidente romano. Solo en la propia Roma y en cierta medida en Italia era imposible declarar abiertamente el culto a Augusto. No obstante, en todas las regiones de Roma se podían celebrar sacrificios en honor al genio de Augusto. Se trataba, en lo esencial, de una simple manifestación pública de las costumbres observadas en las casas particulares romanas. Pero la naturaleza pública de la práctica y la escala a la que se observaba confirió a toda la tradición un nuevo carácter.

Roma e Italia

Por más que Augusto pasase muchísimo tiempo en casi todas las regiones del imperio, Roma e Italia seguían siendo sus centros indiscutibles. Era importante proclamarlo así dando un aspecto de esplendor a la capital. Según cuenta Suetonio, Augusto afirmaba haber encontrado Roma como ciudad de ladrillo y haberla transformado en una de mármol (Suet., *Aug.*, XXVIII, 3). El hecho de que adoptase una política deliberada de mejorar la apariencia física de los edificios para expresar su posición como centro del mundo queda demostrado por la forma en la que habla de las estructuras individuales que él construyó o restauró en la ciudad (*Res Gestae*, 19-21). Prestó atención a muchos templos que habían sido abandonados a finales de la república. Durante su sexto consulado (en 28 a. C.), Augusto por sí solo había restaurado ochenta y dos templos, según anota él mismo. Aunque la mayoría eran santuarios menores, también reconstruyó otros a mayor escala y con gran esplendor: los templos de la tríada capitolina, de Júpiter Feretrio y de Júpiter Tonante en la colina Capitolina; o los santuarios de Minerva, de Juno Regina y de Júpiter Libertas en el Aventino, entre otros muchos. El edificio de la asamblea del Senado, la Curia, y el Teatro de Pompeyo fue-

ron renovados gracias a él, así como otras muchas estructuras funcionales, como los acueductos y la amplia red de carreteras de Italia. Agripa levantó otras estructuras según la línea de los planes acordados con Augusto: no solo el Panteón —a cuya entrada se alzaba una monumental estatua de Augusto—, sino también los primeros baños termales para el pueblo de Roma y las numerosas fuentes que facilitaban el acceso al agua por toda la ciudad. Aquello mejoró de forma significativa la calidad de vida de los habitantes. Se continuó y se consolidó la distribución gratuita de cereales para las masas urbanas y se mejoró la protección contra los frecuentes incendios, creando siete brigadas de bomberos, una para cada distrito romano. Los juegos públicos también se celebraban aún más a lo grande y se prolongaban durante muchos días. En numerosas ocasiones —en festivales y juegos en el circo, en el anfiteatro y el teatro— se recordaban directamente los logros del príncipe. Todo esto hacía que los romanos pensaran que eran muy importantes para él, aun cuando a nivel político apenas les quedaba nada que decir. Las elecciones anuales se celebraban igualmente y Augusto se aseguraba de que los miembros de las unidades votantes a las que pertenecía no pudieran ser sobornados: ya de entrada les pagaba lo suficiente como para disuadirlos de la corrupción. Dicho esto, solo resultaban elegidos aquellos senadores a los que Augusto había recomendado para el consulado.

Desde que terminaron las guerras civiles, Augusto había representado el centro de la vida política romana. Pero había pocas muestras de ello en los edificios desde los que ejercía el poder. Durante su vida no hubo palacio del *princeps* en Roma. Su casa en la colina del Palatino estaba repleta de simbolismos, diferenciándose de las estructuras residenciales ordinarias en la entrada bordeada de laureles y en su gablete al estilo del de los templos. Conectado directamente con la casa había un templo dedicado a Apolo de Accio, construido con mármol blanco de Carrara. Con frecuencia, el Senado se reunía en su pórtico, sobre todo cuando Augusto fue haciéndose mayor. Pero aun así,

los edificios no se parecían a los de una monarquía; en realidad, eran bastante modestos en relación con el poder de quien los habitaba. Era una casa de la *res publica*. Cuando fue elegido *pontifex maximus*, en rigor Augusto debería haberse trasladado a la *regia*, la residencia oficial del sumo sacerdote, al lado del Foro Romano. Puesto que no tenía deseos de que así fuera, transfirió una parte de aquella casa al dominio público. Su esposa Livia creó allí un santuario dedicado a Vesta, en el que ella cumplía las funciones de sacerdotisa. El ámbito de la vida privada del príncipe y su esposa asumieron un cariz público. La identificación de Roma y su destino con el primer hombre del estado avanzó considerablemente después de 12 a. C. Todo lo que estaba asociado con él tenía repercusiones para Roma y para el mundo entero.

La sucesión

Los primeros adversarios de Augusto se mofaban de su físico endeble. De hecho, jamás gozó de una constitución fuerte. Pocos de los que le vieron en 42 a. C., mientras yacía enfermo en su tienda durante la carnicería de Filipos, habrían previsto que aún viviría otros cincuenta y cinco años. En realidad, sobrevivió a casi todos los hombres de aquella época. La muerte era para él, por supuesto, una amenaza constante, igual que para cualquier otro ciudadano en época romana. Según parece, ya desde bien temprano había pensado en qué ocurriría cuando él no estuviese. En un estilo típicamente romano, pensó en Roma y en sus propias conquistas en términos familiares. Desde los primeros tiempos se había asumido en Roma que el hijo seguiría los pasos del padre en la esfera política. Cuando el joven C. Octavio supo en 44 a. C. de su adopción testamentaria por parte de César, comprendió de inmediato que aceptar la herencia y admitir ser el hijo de César implicaban apropiarse de las aspiraciones políticas de su padre adoptivo, pese a las advertencias de su madre y su padrastro, antiguo cónsul y hombre muy considerado, Marcio Filipo.

Una vez se desató la lucha por el poder y se le confió a él, como príncipe, el bienestar de todos los romanos del imperio, Augusto tuvo que pensar en el futuro si no quería poner en peligro todo aquel gran logro. ¿Qué forma tendría que tomar la dirección del imperio a su muerte? Había dos consideraciones esenciales subyacentes a todos sus pensamientos. No dudó ni por un segundo que el poder debía permanecer dentro de su propia familia. Todas las grandes familias de la república lo habían entendido así. Si en la familia no había ningún hijo, contaban con el recurso de la adopción, que en la vida romana representaba un papel de gran importancia. Augusto creía firmemente en la tradición de transmitir el poder dentro de la familia. Él mismo solo tenía un descendiente inmediato, que no era niño sino niña: Julia. Su esposa Livia había aportado dos hijos al matrimonio: primero Tiberio, nacido en 42 a. C., y luego Druso, nacido en 38 a. C. En los planes de futuro, sin embargo, Augusto concedía la máxima importancia a la línea de sangre, incluso cuando quizá a primera vista no lo pareciera. Ésta fue la razón de que su pariente masculino más cercano, Claudio Marcelo, hijo de su hermana Octavia, pasara a ocupar un lugar destacado poco después de 27 a. C. Cuando Marcelo se casó con la única hija del príncipe, muchos dieron por sentado que Augusto esperaba que algún día, aquél asumiera su papel.

¿Cómo convenía presentar aquellas disposiciones? Durante la crisis de 23 a. C., para evitar cualquier conjetura, Augusto se ofreció a leer su testamento. Lo más probable es que hubiera podido hacerlo sin crear problemas. Estaba descartado que pudiera legar su puesto oficial en su testamento, puesto que todo su poder le había sido transferido formalmente por el Senado y el pueblo; es decir, no disponía de él para transmitirlo a otro. En su testamento solo podía disponer de su riqueza privada, que sin duda era considerable y que necesitaba con urgencia para financiar numerosas «empresas» públicas. Las *Res Gestae* nos ofrecen abundantes ejemplos. Quien fuera que heredase todos aquellos recursos podría, solo con ellos, ejercer una gran influencia. Pero la trans-

ferencia del liderazgo político de la *res publica* no podía producirse de aquel modo; Augusto tendría que encontrar otros medios.

A la muerte de Marcelo pronto se vio claro quién «sucedería» a Augusto, en caso de fallecimiento repentino. El fiel amigo de Augusto, Agripa, recibió un *imperium*, igual que éste, por un período de cinco años como procónsul; esto lo situaba en una posición bastante ventajosa en caso de que otros ostentadores del *imperium* quisieran desafiarlo. Pero fue más importante su matrimonio con la hija de Augusto, Julia, con lo cual pasó a ser miembro de la familia. Cuando en 20 y en 17 a. C. nacieron dos niños, Gayo y Lucio, el futuro se presentó especialmente prometedor. En 17 a. C. Augusto adoptó a sus nietos, a modo de declaración política cuyo sentido no escapa a nadie. En adelante sus nombres fueron Gayo Julio César y Lucio Julio César. Al principio, cuando eran demasiado jóvenes para interpretar cualquier papel directo, aparecían como esperanzas de futuro; de ahí que su padre Agripa alcanzara una posición aún más notoria. Aparte de su *imperium*, ya había recibido, hacía cinco años, la *tribunicia potestas*, restringida también en su caso a un período de cinco años. Su posición estaba subordinada a la de Augusto, pero de todos modos disponía de las mismas dos herramientas políticas más importantes que poseía también su superior: el *imperium* y la *tribunicia potestas*. Si el príncipe moría de forma inesperada, el Senado y el pueblo no tendrían más elección que confiar en él para que continuase la misión. La alternativa era la guerra civil. Cuando los hijos de Agripa —legalmente, de Augusto— llegasen a la mayoría de edad, la cuestión se resolvería mediante una fórmula de dos generaciones.

Pero antes de que aquellas consideraciones tan amplias entrasen en juego, Agripa murió repentinamente en la primavera de 12 a. C. Gayo tenía ocho años y Lucio cinco. Un tercer hijo, Agripa Póstumo, nació, como su nombre indica, póstumamente. Los tres eran demasiado jóvenes para entrar en la vida política. Pero Augusto no podía hacer de la seguridad política una

prioridad; estaba demasiado comprometido con la sucesión por parte de un pariente de sangre. Es muy probable que Livia presentase a su hijo mayor —Tiberio— como el heredero más adecuado, dado que había acumulado experiencia política y militar: de ser así, Augusto aprovechó la oportunidad, pero solo en parte. Preparó el matrimonio de la viuda de Agripa, su hija Julia, con Tiberio, que en los años siguientes consiguió victorias espectaculares en las zonas del Danubio y del Rin. Pero los jóvenes hijos adoptivos aparecían en las escenas políticas cada vez con más frecuencia. Por ejemplo, durante su última estancia en la Galia en 8 a. C., Augusto distribuyó una paga especial en el nombre de Gayo a los ejércitos del Rin, al mismo tiempo que Tiberio conseguía completar sus conquistas. Los hijos fueron presentados como «los primeros entre la juventud [ecuestre]» (*principes iuventutis*); todo el mundo se vio obligado a reconocer el paralelismo buscado con Augusto como *princeps senatus*, «el primero de los senadores». Por supuesto, Augusto se negó a reconocer que una personalidad fuerte como la de Tiberio lo encontraría inaceptable, sobre todo dadas las tempestuosas relaciones que pronto se desarrollaron con su esposa Julia. Tiberio no quería esperar durante largo tiempo y solo a modo de recurso provisional para los dos hijos aún demasiado jóvenes de su padrastro, por más que en 6 a. C. se le otorgase por fin la autoridad tribunicia, similar a la de Augusto. Se retiró a la isla de Rodas y abandonó la política. Impertérrito, Augusto perseveró en su objetivo de preparar a sus «hijos» para que un día ocupasen su mismo puesto. Cuando cumplieron los veinte años, el Senado les concedió el derecho de aspirar al consulado, que aún era el cargo más elevado en Roma. La decisión se inscribió en lugares destacados, para que todo el mundo la viera, en los grandes monumentos del Foro Romano. Los jóvenes carecían todavía tanto de experiencia militar como del aura del líder victorioso (la *virtus*), que solo las conquistas militares podían otorgar. Por esta razón Gayo fue enviado a Oriente, para que alcanzara el éxito entre los partos mediante una mezcla de amenazas militares y de diplomacia. Lu-

cio iba a unirse a los ejércitos de Hispania, para forjar su primera experiencia. Sin embargo, murió en el camino, en 2 d. C., en Marsella. Su hermano murió dos años después, en Oriente. Augusto volvía a encontrarse solo. Contaba ya sesenta y seis años y el tiempo apremiaba.

Al final, Augusto se dispuso a aceptar a su hijastro y sucesor, aunque para entonces Tiberio hacía dos años que estaba divorciado de Julia. Ella dejó de ser tan importante para su padre, puesto que discrepaban demasiado en ciertos aspectos de su política y ella tuvo que exiliarse en la isla de Pandateria. Augusto adoptó entonces a Tiberio y, al mismo tiempo, lo obligó a adoptar a Germánico, de dieciocho años, que estaba directamente emparentado con el príncipe por vía de su madre Antonia la Menor, sobrina segunda de Augusto. Las perspectivas de futuro de Tiberio quedaban de este modo sobrecargadas por unas condiciones irritantes; después de todo, su propio hijo Druso era casi de la misma edad que Germánico. Augusto también adoptó a Agripa Póstumo, el hermano pequeño, con diferencia, de Gayo y Lucio. El impulso por encontrar parientes de sangre se convirtió en una especie de obsesión. Inmediatamente después de haber entrado en la familia de Augusto, Tiberio recibió del Senado y el pueblo la *tribunicia potestas* y el *imperium*, que ejerció como procónsul. De este modo, Tiberio se encontró en la misma posición que había ocupado Agripa. El Senado y el pueblo ya no podían seguir pasando por encima suyo. Así designó Augusto a su sucesor; aunque en términos estrictamente legales carecía de la autoridad para hacerlo, no había forma de evitar las consecuencias de las acciones de Augusto.

Tras adoptar a Tiberio, Augusto permaneció firmemente en la vida activa, como el verdadero centro de la política romana, aunque su «hijo» ejerciese cierta influencia por medio de las decisiones políticas y la selección de los que habían de ocupar los puestos. Se aprobaron muchas leyes en la última década de la vida de Augusto. Luchó sin descanso por fortalecer la demografía del pueblo romano, sobre todo de las clases altas. Aquello ocasio-

nó más descontentos con respecto a la legislación de 18 a. C., que había consolidado la obligación de casarse. Se fijaron añadidos a aquella legislación en 5 d. C., entre los que se incluía un nuevo límite de edad para ostentar determinados cargos. Por último, en 9 d. C. se introdujo una nueva legislación muy importante, la *Lex Papia Poppaea*, que completaba y fortalecía la ley anterior. En 5 d. C. se terminó también una reforma de las elecciones de los magistrados. La selección previa de candidatos para presentarlos a la elección posterior quedaba ahora en manos de un grupo selecto de senadores y caballeros. Los nuevos comités de elección recibieron el nombre de los fallecidos Gayo y Lucio César; de este modo, la realidad monárquica se hacia más evidente a nivel público, por más que los cambios siguiesen respetando las formas republicanas. En 13 d. C., el comité de los quince hombres del Senado, que tanto tiempo llevaba establecido y con el cual Augusto solía debatir las cuestiones pendientes, se transformó en un círculo íntimo de veinte. Para entonces, como él ya era demasiado viejo para presentarse en el Senado con la frecuencia de antaño, Augusto podía adoptar decisiones vinculantes con la ayuda de este grupo, como si todo el Senado estuviese de acuerdo. Aquello podría haber tenido consecuencias muy graves si Tiberio no hubiese derogado la nueva norma.

La muerte

Augusto pensó mucho en su propio fin y en el mundo que llegaría tras él. El 3 de abril de 13 d. C. redactó su testamento. Tiberio y Livia fueron nombrados herederos principales, y ambos lucirían su nombre de Augusto (Augusta, en el caso de Livia). Legaba una importante suma al pueblo de Roma, así como a los soldados romanos; a los miembros de la guardia imperial, los pretorianos, les dejó mil sestercios por cabeza; quinientos para cada miembro de las cohortes urbanas; y trescientos a cada legionario. Aquellos ciudadanos romanos lo iban a recordar con mu-

chísima gratitud. A su hija Julia, a quien había exiliado por mediación del Senado a la isla de Pandateria —por sus elecciones vitales poco convencionales—, Augusto le negó ser enterrada en el mausoleo del Campo de Marte, en el que tantos miembros de la familia había sepultados (Suet., *Aug.*, 101).

También escribió sobre sus servicios al pueblo romano en sus «Logros» (*Res Gestae*), una relación de sus hazañas y el dinero invertido (*impensae*). Sabemos que aún estaba trabajando en aquel proyecto después del 26 de junio de 14 d. C. (*Res Gestae*, 4). El relato debía exhibirse tras su muerte en las columnas de bronce que se alzaban frente a su mausoleo, según se disponía en su testamento (las impresiones dejadas por aquellos pilares todavía se pueden contemplar en el pavimento de la entrada). Las inscripciones se han perdido, pero el texto por el cual Augusto se dirigió directamente a la posteridad fue descubierto copiado en la Ankara actual y en otras dos ciudades de la provincia de Galacia: Antioquía y Apolonia. Con ellas nos transmite hasta hoy su visión de aquella época y, sobre todo, de su propia personalidad. Así, aun bajo tierra, sigue siendo el gran comunicador público que había sido en vida.

Al poco tiempo de terminar las *Res Gestae*, Augusto murió, el decimonoveno día de agosto —el mes que aún lleva su nombre— de 14 d. C., en Nola, en la Campania. Estaba a punto de cumplir los setenta y seis años. Trasladaron su cuerpo a Roma, primero portado por los funcionarios de las comunidades por las que pasaba la procesión, y en los últimos pasos por miembros del orden ecuestre. Allí se celebró el funeral oficial. La última parte del trayecto discurrió desde su casa en la colina Palatina al Foro Romano. Una vez más pudo apreciarse sin lugar a dudas la estrecha relación que existió entre el fallecido y el pueblo romano y su pasado. A continuación de las andas en las que se transportó el cadáver iban no solo los miembros de la familia Julia y sus parientes, como era habitual en las procesiones funerarias de la aristocracia, sino también todas las grandes figuras ya fallecidas del pasado de Roma, desde Rómulo hasta las propias de los tiem-

pos de Augusto, interpretadas por actores con máscaras de la muerte y la toga apropiada al cargo que habían ocupado en vida. Aquella exhibición pretendía reforzar la idea de que Augusto había completado el pasado. Tiberio y su hijo Druso celebraron las oraciones fúnebres en el Foro. La procesión continuó luego por el Campo de Marte y el mausoleo, preparado desde 28 a. C.: Augusto había enterrado muchas esperanzas allí. El cadáver fue incinerado en una pira funeraria de la que sobresalía un águila como símbolo de inmortalidad. Un magistrado superior, un pretor, afirmó haber visto cómo Augusto ascendía hacia los dioses; Livia recompensó su testimonio con el pago de un millón de sestercios. De este modo, a los pocos días (el 17 de septiembre) el Senado pudo anunciar el ingreso del difunto en el mundo de los dioses, al concederle el atributo de *divus*. Se le construyó un templo y se estableció un sacerdocio especial: el fundador de la monarquía romana conservaría una presencia específica en las futuras cuestiones de estado como dios oficial. La transición política y la ascensión de Tiberio se desarrollaron sin problemas legales. Augusto ya lo había planeado de antemano.

Una de las máximas que determinaron la vida de Augusto la formaban tan solo dos palabras: *Festina lente* («Apresúrate despacio»). Ateniéndose a este mandamiento, la ambición que lo impulsaba se combinó con una racionalidad serena. No abandonó nunca este principio. El éxito que obtuvo a largo plazo se debe a los pasos inteligentes y progresivos que concedieron al pueblo en su conjunto tiempo para acostumbrarse a la nueva situación. Augusto no creó una forma de gobierno monárquica desde el principio; al contrario, la fue dejando prosperar a lo largo de las décadas. De este modo se aseguró la estabilidad. No rompió de forma directa ni radical con el pasado. Optó por hacer hincapié en la continuidad, que proyectó una tenue luz sobre lo que en realidad constituían cambios radicales en los sistemas políticos del gobierno. Supo ver que su objetivo claro era convertirse en la primera persona de la *res publica* y mantenerse en aquel puesto, pese a que en ocasiones la meta tuvo efectos brutales: casi todos aque-

llos —incluidos unos cuantos miembros de su familia— que se negaron a someterse a él se convirtieron en víctimas de su ambición. No obstante, trajo estabilidad y seguridad generalizadas tanto al gobierno como al imperio. La *pax Augusta* —paz augustea— no era simplemente un vistoso lema propagandístico. Al contrario, para la mayoría de los romanos representó un símbolo de liberación tras varias décadas de guerras civiles y caos militar. La mayoría deseaba conformarse con la seguridad; buena parte de la clase alta romana aceptaba incluso una restricción de las libertades, si con ello podían garantizarse la seguridad. No resultó demasiado difícil en época de Augusto, al contrario de lo que ocurrió con sus sucesores, desde el momento en que él observó siempre un código de limitaciones. El principado que fundó y desarrolló supuso un sólido cimiento para la prolongada era de gobierno de la Roma imperial.*

Notas

1. *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 154 (2005), pp. 232-233.

2. *AE* 2000, p. 760.

Lecturas recomendadas

Bleicken, Jochen, *Augustus. Eine Biographie*, Fest, Berlín, 1998.

Crook, J. A., «Political History, 30 BC to AD 14», *Cambridge Ancient History*, vol. 10, Cambridge, 1996, pp. 70-112.

Eck, Werner, *The Age of Augustus*, Oxford, Blackwell, 2007[2]. [Traducción de *Augustus und seine Zeit*, Beck, Múnich, 2006[4]; hay tra-

* Este capítulo se redactó originalmente en alemán y fue traducido al inglés por Ruth Tubbesing; Werner Eck ha revisado la versión española. (*N. del ed.*)

ducción castellana anterior: *Augusto y su tiempo,* Acento, Madrid, 2001.]
Kienast, Dietmar, *Augustus. Prinzeps und Monarch*, Wiss. Buchges., Darmstadt, 1999[3].
Raaflaub, Kurt A. y Mark Toher (eds.), *Between Republic and Empire: Interpretations of Augustus and his Principate*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1990.
Shotter, David C. A., *Augustus Caesar*, Routledge, Londres, 2005[2].
Syme, Ronald, *The Roman Revolution*, Clarendon, Oxford, 1939 [hay traducción castellana: *La revolución romana*, Taurus, Madrid, 1989].
Zanker, Paul, *The Power of Images in the Age of Augustus*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1988 [hay traducción castellana de Pablo Diener Ojeda: *Augusto y el poder de las imágenes*, revisión técnica de Walter Trillmich, Alianza, Madrid, 1992].

II

Tiberio

Greg Rowe



El poeta Ovidio se encontraba exiliado en la isla de Tomis, en el mar Negro, cuando recibió la noticia de que Tiberio había sucedido a Augusto como emperador de Roma. Hace referencia al acontecimiento en su poesía: en una ocasión, de forma profética —«Después, el hijo y nieto de un dios, aunque él mismo lo niegue, llevará el peso de su padre con espíritu celeste» (Ov., *Fast.*, I, 533-534)—,* y en otra ocasión, mirando al pasado: «cediendo a los ruegos, tomó las riendas del imperio, que a menudo había rehusado» (Ov., *Pont.*, IV, XIII, 25-28).** El historiador Veleyo Patérculo, presente en Roma, también hace referencia a la ascensión al trono de Tiberio. Tiberio, según escribió, «rechazó el

* Traducción de Bartolomé Segura Ramos, *Fastos*, Gredos, Madrid, 2001, p. 44. (*N. de los t.*)

** Traducción de José González Vázquez, *Pónticas*, Gredos, Madrid, 2001, p. 478. (*N. de los t.*)

principado casi tanto tiempo como otros habían luchado para conseguirlo» (Vell. Pat., II, CXXIV, 2). Ovidio moriría en 17 d. C., tres días después de la ascensión de Tiberio. Veleyo completaría su historia universal, dedicada al cónsul en 29 d. C., antes de la caída de Sejano en 31 d. C. Ovidio describe la entronización de Tiberio en términos monárquicos: para el poeta de las *Metamorfosis*, aquél fue el último gobernante en una sucesión dinástica de soberanos divinos, omnipotentes. La descripción que hace Veleyo de su ascensión está redactada en términos más republicanos: para Veleyo, es el último en una línea de dirigentes (*principes*) y su pacífica llegada al poder contrasta con la violencia del pasado. Pero ambos, Ovidio y Veleyo, coinciden en un punto: que, en el momento de su ascensión, Tiberio vaciló.

Esta vida de Tiberio pondrá de relieve las perspectivas ofrecidas por los escritores contemporáneos, como Ovidio y Veleyo, así como por las obras de arte, los papiros, las inscripciones y las monedas conservadas del período. Autores posteriores, como Tácito, Suetonio y Dión Casio, supieron que, tras su ascensión, Tiberio seguiría gobernando durante veintitrés años; que le sucedería su nieto Calígula; y que a los emperadores Julio-Claudios los sucederían los Flavios, los Antoninos y los Severos. Para estos escritores, la vacilación de Tiberio fue un acto de hipocresía. Pero los autores contemporáneos solo manejaban esperanzas y temores de futuro; no estaban seguros con respecto al nuevo emperador y su forma de gobierno, y además percibieron que el propio Tiberio albergaba también sus dudas.

Ascendencia e infancia, 42-31 a. C.

Tiberio era descendiente de tres de las casas más ilustres de la república romana: por un lado estaba su padre, Tiberio Claudio Nerón, de los Claudii Nerones; por otro, su madre Livia Drusila (58 a. C.-29 d. C.), de los Claudii Pulchri; y como el padre de Livia, el abuelo de Tiberio, había sido adoptado por Livio Dru-

so (tribuno de la plebe en 91 a. C.), también provenía de los Livii Drusii. Incluso después de que Augusto lo adoptase, con lo cual pasó a formar parte de la familia Julia, sus contemporáneos siguieron recordándolo por sus otros antepasados, los Claudios. Por eso Valerio Máximo, cuando escribió sus *Hechos y dichos memorables*, tras la caída de Sejano en 31 d. C. y antes de la muerte de Tiberio en 37 d. C., se refirió a Tiberio y a su hermano Druso como el «que una vez fuera gloria del clan Claudio y ahora lo es también del Julio» (Val. Max., V, v, 3). El propio Tiberio era consciente de sus distinguidos antepasados Claudios y organizó un espectáculo de gladiadores en honor de su abuelo materno. Los antepasados de Tiberio, incluidos tanto los incondicionales de la república como los radicales (por ejemplo, Clodio Pulcro, tribuno de la plebe en 58 a. C.), no le brindaban una línea política única. De entre ellos, Veleyo quiso destacar a Livio Druso, a quien dedicó elogios especiales: «Su objetivo fue recuperar el antiguo prestigio del Senado ... Pero en las mismísimas medidas que Livio adoptó en defensa del Senado, fue a encontrar un oponente en el propio Senado». En el momento en que lo asesinaban, cuando se dirigía del Foro Romano al Palatino, exclamó: «¡Parientes míos y amigos! ¿Acaso tendrá jamás la república otro ciudadano como yo?» (Vell. Pat., II, XIII, 1-2; XIV, 2). Los elogios de Veleyo hacia Livio Druso reflejaron el propio carácter de Tiberio y su apurada situación: sus métodos tortuosos y paradójicos, su defensa incomprendida del Senado romano y su consiguiente sensación de martirio.

Tiberio fue afortunado al sobrevivir a su infancia. Su padre Tiberio Claudio Nerón había sido un cesariano, comandante de la flota de César en Alejandría y fundador de las colonias cesarianas de Narbo y Arelate. Pero en la reunión del Senado del 17 de marzo de 44 a. C., propuso recompensar a los asesinos de César. Cuando su esposa Livia dio a luz a Tiberio el 16 de noviembre de 42 a. C., Claudio Nerón ostentaba la pretura. Conservó las insignias pretorianas durante el año siguiente, defendió Perusia frente al sitio impuesto por Octaviano, escapó y trató de levan-

tar una revuelta de esclavos en la Campania, que Octaviano aplastó. Entonces decidió huir con su familia a Sicilia, con el enemigo de Octaviano, Sexto Pompeyo; una fuga en la que casi los traiciona el llanto de su hijo pequeño. Sexto Pompeyo los rechazó. El niño tuvo un recibimiento más cálido y la hermana de Pompeyo le dio una capa militar griega, un broche y amuletos de oro; aquellos regalos acabaron luego expuestos en Bayas (Baiae), donde al cabo de muchos años los contemplaría Suetonio. Tras reanudar la fuga —la nueva meta era Marco Antonio, en Grecia—, la familia buscó un refugio temporal con los espartanos, clientes ancestrales de los Claudios. Pero de nuevo se vieron obligados a escapar y Tiberio «corrió peligro de perder la vida, pues de repente estalló por todas partes un incendio en los bosques que rodeó tan de cerca a toda la comitiva que las llamas llegaron a alcanzar parte del vestido y los cabellos de Livia» (Suet., *Tib.*, VI).* Veleyo da una imagen de las vicisitudes de la fortuna:

> Considérese el ejemplo de Livia. Ella, hija del valiente y noble Druso Claudiano, la más eminente de las mujeres romanas por su nacimiento, sinceridad y belleza, aquella a la que veremos más adelante como esposa de Agusto y como su sacerdotisa e hija tras la divinización de éste, era a la sazón una fugitiva que huía del ejército y las huestes del mismo César que pronto se convertiría en su marido, y portaba en su pecho al infante de dos años, el actual emperador Tiberio César, destinado a ser el defensor del imperio romano y el hijo del mismo César (Vell. Pat., II, LXXV).

Al final, en 38 a. C., Octaviano permitió que Claudio Nerón y su familia se beneficiasen de una amnistía y regresasen a Roma. Una vez allí Livia, madre de Tiberio, entonces embarazada de seis meses, se divorció de su marido y se casó con Octaviano. Cuando nació el niño, Druso, Octaviano se lo entregó a Claudio Nerón, para que creciese con su hermano Tiberio.

* Traducción de Rosa M.ª Agudo Cubas, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

Y cuando su padre murió en 33 o 32 a. C., Octaviano permitió que se celebrase un funeral público en su honor, en el que Tiberio pronunció un panegírico desde los *rostra* del Foro, su primera aparición pública.

Carrera civil y militar, del 31 al 7 a. C.

Tiberio recibió una educación que lo haría notablemente distinto a Octaviano: estudió filosofía griega con el académico Néstor, retórica griega con Teodoro de Gadara y oratoria latina con Marco Valerio Mesala Corvino. Tras la muerte de su padre, quedó más próximo a Octaviano. Aunque no lo adoptaron, creció junto al sobrino de Octaviano, Marcelo (42-23 a. C.). En 31 a. C. lo prometieron en matrimonio con Vipsania, la hija del brazo derecho de Octaviano, Marco Agripa. Ella le daría el que fue su único hijo, Druso. En su necrológica de Agripa, Veleyo señala: «Aunque era un hombre desconocido, con sus muchos logros arrojó distinción sobre su oscuro nacimiento, hasta el extremo, incluso, de convertirse en suegro de Nerón» (Vell. Pat., II, XCVI, 1). A los dos años, cuando Octaviano entró triunfante en Roma tras derrotar a Marco Antonio, Tiberio avanzaba por la izquierda, junto a su carro, mientras que Marcelo cabalgaba en la posición privilegiada de la derecha. Después de que Octaviano hubiera conseguido su primer acuerdo con el Senado y hubiese «restaurado» la *res publica* y recibido el nombre de *Augustus*, Tiberio vistió la toga viril y Augusto, como su tutor, lo condujo al Foro para que su nombre fuese inscrito en el registro de los ciudadanos. Tiberio inició enseguida su carrera como abogado, representando a reyes y comunidades orientales ante Augusto y el Senado y, en 23 a. C., persiguiendo a Fanio Cepio, que «había participado en una conjura para asesinar a César» con el cónsul Lucio Murena, según la versión autorizada de Veleyo Patérculo (Vell. Pat., II, XCI, 2). Un año antes, el Senado había decretado que Tiberio podría presentarse a la elección de cargos cinco años antes de

la edad legal, y fue elegido cuestor. Como tal purgó los asilos de Italia, las infames *ergastula*, de todos los viajeros raptados y los hombres que deseaban evitar el servicio militar. Veleyo escribió que «a partir del modo en el que ejecutó su cometido, evidenció lo grande que estaba destinado a ser» (Vell. Pat., II, XCIV, 3). Pero en realidad, en aquella época la postura de Tiberio era ambigua: estaba separado de sus contemporáneos y alineado con la casa imperial, pero ésta aún no lo había adoptado.

En ese momento, Tiberio inició su andadura en los mandos militares, la fase más gloriosa de su carrera, por la que no recibió el reconocimiento merecido. La política de Augusto consistía en avanzar tierra adentro desde las costas del Mediterráneo hacia las fronteras naturales: hacia los Alpes en el norte, los Pirineos en la península Ibérica, en Germania hacia el Elba y hacia el Danubio en los Balcanes. Aquellas campañas se desarrollaban a las órdenes de Augusto en persona o de los legados a quienes auspiciaba. Los puestos de mando de mayor relevancia quedaban reservados para los vinculados a la familia imperial: Agripa y Marcelo, Tiberio y Druso. Tiberio y Marcelo sirvieron primero como tribunos militares en Hispania, mientras Augusto y Agripa sometían la provincia. En 20 a. C., Tiberio condujo a dos legiones hacia Armenia, coronó a un nuevo rey y recibió rehenes de los partos, así como los estandartes romanos que aquéllos les habían arrebatado antes. Horacio dirigió dos epístolas poéticas a los miembros del equipo de Tiberio (Hor., *Epist.*, I, III y I, VIII) y una tercera al propio Tiberio, recomendando a un tal Septimio como «alguien digno del espíritu y la casa de Nerón, que aprecia la integridad» (*Epist.*, I, IX). En una cuarta epístola, Horacio contaba que Armenia había caído ante Tiberio (*Epist.*, I, XII). Durante los años siguientes, Tiberio gobernó la Galia, donde implantó el sistema de impuestos romano (19-18 a. C.); conquistó los Alpes con su hermano Druso (16-15 a. C.); asumió el mando en la Panonia y Dalmacia tras la muerte de Agripa (12-9 a. C.); y tomó el mando en Germania tras la muerte de Druso (9-7 a. C.).

Fueron unas campañas salvajes. En la Galia, a Tiberio se le atribuyó el mérito de haber eliminado a los druidas. Durante la campaña alpina se decía que los retos habían asesinado a todos sus prisioneros masculinos, incluso a los nonatos, cuyo sexo revelaban mediante artes adivinatorias; Tiberio tomó represalias deportando a casi todos los hombres en edad militar. Desarmó la Panonia y vendió como esclavos a los hombres en edad de prestar servicio militar. De la región de Germania expulsó a 40.000 prisioneros de guerra, reubicándolos en la zona occidental del Rin. Veleyo exageró la actuación de Tiberio, pero subestimó sus logros: «después de atravesar todos los rincones de Germania en una campaña victoriosa, sin pérdida alguna del ejército que se le había confiado —pues hizo de ello una de sus inquietudes principales—, sometió al país hasta el extremo de reducirlo prácticamente a la condición de provincia estipendiaria» (Vell. Pat., II, XCVII). En realidad, su hermano Druso había sido el primero en llegar al Elba. Pero Tiberio dejó la Germania como tal provincia estipendiaria, y así permaneció durante quince años, hasta que Augusto se dio cuenta de que no podía mantenerla. La relación de Tiberio con la familia imperial le había resultado valiosa, pero, irónicamente, recibió por sus méritos menos reconocimiento del que le hubieran concedido por ellos en tiempos de la república, porque en el sistema imperial no luchaba como un comandante independiente, sino bajo los auspicios de Augusto. En 12 a. C. el Senado aprobó el triunfo completo para Tiberio, pero Augusto solo dio permiso para que se le concediesen las insignias triunfales; tres años más tarde, el Senado aprobó una ovación para Tiberio, un triunfo menor. En la relación de sus campañas (*Res Gestae*), Augusto menciona en ocasiones a Tiberio como su instrumento, pero en otras lo omite por completo.

Tiberio adquirió fama de mostrar una devoción (*pietas*) interesada hacia Augusto y su familia. En una de las celebraciones por el regreso del emperador a Roma, en 13 a. C., Tiberio llevó al pequeño Gayo César, de siete años —hijo de Agripa y Julia, hija de Augusto (que había adoptado tanto a Gayo como

a su hermano Lucio)— a la parte delantera del palco, para que recibiera los aplausos de la multitud. Cuando Agripa murió en 12 a. C., Tiberio accedió a divorciarse de Vipsania y casarse con Julia. Cuando en 9 a. C. su hermano Druso tuvo una caída mortal desde su caballo, en Germania, Tiberio corrió a su lado. Valerio Máximo escribió: «Cuán rápido y pertinaz fue en su viaje, como si fuera llevado por un único aliento, resulta obvio por el hecho de que tras cruzar los Alpes y el Rin, viajando día y noche hasta agotar los caballos de las postas, cubrió todo un trayecto de al menos doscientas millas a través de un país bárbaro y recién conquistado» (Val. Max., V, v, 3). Según Plinio el Viejo, aquél fue el viaje más largo en una sola jornada del que se tenía noticia (Plin., *NH*, VII, 84). Al final era demasiado tarde. En el funeral de Druso, Tiberio pronunció un panegírico público, descrito por el autor anónimo de una *Consolatio* escrita para Livia: «Contemplamos a Nerón aturdido por la muerte de su hermano, llorando pálido y despeinado, irreconocible en su expresión apenada y doliente, ¡ay! ¡Cómo se reconocía ese dolor en cada verso!» (*Consolatio ad Liviam*, 85-88).

Retiro, 6 a. C.- 1 d. C.

Tras las campañas en la Germania, Tiberio alcanzó por fin el reconocimiento merecido. Pero su *pietas* entró entonces en conflicto con su ambición y se apartó de Roma. En 7 a. C. vio cumplida la mayor de las aspiraciones republicanas: el consulado, con Gneo Calpurnio Pisón como compañero, y un triunfo completo. Tras la ceremonia del triunfo, Livia celebró banquetes con las señoras mientras Tiberio lo hacía con los hombres y se unió a su madre para inaugurar en Roma un espléndido monumento que llevaba su nombre, el Pórtico de Livia, de doble columnata. En 6 a. C. Tiberio superó las posibilidades republicanas cuando le otorgaron una participación en el poder tribunicio de Augusto y el mayor *imperium* (mando militar) de todos los

posibles, exceptuado el del propio Augusto, ambos para un período de cinco años. Habían planeado una segunda misión a Armenia. Veleyo apenas exagera cuando dice que en aquel momento Tiberio era «el más eminente de los ciudadanos romanos, salvo uno (y ello, porque así lo deseaba), el más grande de los generales, respetado por igual por la fama y la fortuna, la segunda luz y la segunda cabeza de la *res publica*» (Vell. Pat., II, IC, 1). Pero la situación era bastante más complicada de lo que puede parecer a partir de estas palabras. La familia imperial de la época incluía (además de a Augusto, Livia y Tiberio) a Gayo y Lucio César, los hijos del fallecido Agripa que habían sido adoptados por Augusto, y a su madre, Julia, hija a su vez de Augusto. En la Germania, el año anterior, a Gayo se le había permitido ejercitarse con las tropas, que recibieron un donativo en su nombre. La presentación de Gayo ante los ejércitos fue conmemorada en una moneda: Tiberio jamás había recibido aquella distinción. Para entonces habían aflorado las tensiones entre él y Julia, quien escribió una carta a Augusto atacando a su esposo; Tiberio quizá temió que ella quisiese hacer pasar a su hijo por delante de él. En cualquier caso, en lugar de partir hacia Armenia, anunció su retiro. En el Senado, Augusto se lamentó del abandono y Tiberio, para tranquilizarlo a él y a Livia con respecto a su compromiso hacia ellos, les pidió que leyesen su testamento. No obstante, al abandonar Roma y a Julia, manifestó su vacilación característica. Cuando avanzaba cerca de la costa de la Campania, tuvo noticia de que Augusto había caído enfermo y consideró la posibilidad de regresar a Roma; pero pensó que con ello daría a entender que había estado aguardando el fallecimiento del emperador y siguió adelante con su viaje. Por el camino se detuvo en Paros, obligó a los parios a que le vendiesen su estatua de Vesta (diosa del hogar y la familia) y la envió para que la dedicasen en el Templo de la Concordia, en Roma, posiblemente a modo de comentario irónico sobre el estado de su propia casa. En años posteriores, Tiberio afirmaría que al marcharse lo único que deseaba era dejar sitio para Gayo y Lucio, y ésta es la versión

que repitió Veleyo, quien añade: «Este hombre, movido por un singular, increíble e inefable sentimiento de devoción [*pietas*] hacia Augusto, se alejó del lado de quien era tanto su padre político como su padre adoptivo, para descansar de la ininterrumpida sucesión de sus trabajos» (Vell. Pat., II, IC, 2). Al retirarse a Rodas, Tiberio también buscaba, tras su «ininterrumpida sucesión de trabajos», el *otium* propio de un aristócrata romano. Se compró una casa en la ciudad y una villa modesta, hacía ejercicio en el gimnasio, sin séquito, saludaba a los lugareños «casi como a iguales» y participaba en los debates de filósofos y sofistas. Pero su posición seguía siendo ambigua y provocaba confusión. Seguía siendo un magistrado romano y se le mostraban todas las deferencias propias de su clase. En una ocasión, por ejemplo, cuando preguntó por alguien que estaba enfermo, los rodios llevaron a todos los enfermos a un pórtico, los clasificaron atendiendo a sus dolencias y se los presentaron a un Tiberio algo avergonzado. Pero a veces no podía olvidar su condición. Cuando en una ocasión intervino en una disputa entre sofistas y uno de ellos se le dirigió con acritud, Tiberio regresó a su casa, volvió allí con los lictores, mandó llamar al sofista ante un tribunal y lo condenó a prisión. Los funcionarios romanos que viajaban a Oriente le presentaban sus respetos, según Veleyo (Vell. Pat., II, IC, 4).

Pero su posición en el orden imperial iba decayendo. Se había omitido su nombre de unos cuantos juramentos provinciales. Ya en 6 o 5 a. C., los magistrados, el consejo y el pueblo de Conobaria en Hispania prometieron una alianza eterna con Augusto, Gayo y Lucio, y con el hermano de éstos, Marco Agripa (hijo póstumo de Agripa, así reflejado en su cognomen Póstumo, a quien Augusto aún no había adoptado); pero omitieron a Tiberio. Los súbditos de Roma dieron por sentado que la ciudad estaba gobernada por una casa dinástica y que Tiberio ya no formaba parte de ella. De este modo, nadie mencionó a Tiberio en 5 a. C., cuando Samos juró lealtad a Augusto y sus descendientes, o en 3 a. C., cuando los habitantes de Gangra en Paflagonia, junto con los residentes romanos, juraron asimismo

fidelidad a Augusto, sus hijos y descendientes. Luego, en 2 a. C., la esposa de Tiberio, Julia, cayó en desgracia. Acusada de adulterio, fue condenada al exilio en Pandateria, mientras que se mandó ajusticiar a sus amantes. A través de sus misivas, Tiberio intentó sin éxito reconciliar a Augusto con su hija; pronto tuvo noticias del divorcio «por la autoridad de Augusto». Por último, Augusto mandó que Gayo capitanease la campaña de Armenia. Ovidio —que, como caballero romano, participó en la ceremonia de partida de Gayo— decía de él: «eres ahora el príncipe de los jóvenes y después lo serás de los mayores» (*AA*, I, 194).* Dión Casio (LV, X, 18) afirma que Tiberio viajó a Quíos para postrarse a los pies de Gayo. Veleyo, oficial del equipo de Gayo, cuenta la historia al revés: «De camino a Siria, Gayo se reunió con Tiberio Nerón, a quien trató con todo el honor, como a su superior» (Vell. Pat., II, CI, 1). Pero ni siquiera Veleyo pudo ocultar su asombro al ver el intercambio de cortesías diplomáticas entre Gayo y el rey de los partos en el Éufrates. A finales de 1 d. C. o principios de 2, Augusto le escribiría a Gayo: «Ruego a los dioses que pueda pasar cuanto tiempo me quede de vida con todos nosotros en buena salud, con la *res publica* en la más próspera de las condiciones y con vosotros dos interpretando vuestros papeles como hombres y sucesores de mi posición [*statio*]» (Aul. Gell., *NA*, XV, VII, 3).

En 1 a. C., los poderes formales de Tiberio estaban tocando a su fin. Livia elevó una petición a Augusto solicitándole que nombrase legado a su hijo. Pero el *princeps* reaccionó mal ante los rumores de que Tiberio estaba enviando mensajes a las legiones valiéndose de centuriones que había tenido antes a sus órdenes. Para complacer al emperador, Tiberio abandonó los ejercicios armados y se ofreció voluntariamente a ser sometido a vigilancia. No obstante, al mismo tiempo la ambición renació en

* Traducción de Vicente Cristóbal López: Ovidio, *Amores. Arte de amar*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

él. En Rodas había trabado amistad con el filósofo y astrólogo griego Trasilo, quien le dijo que Lucio y Gayo pronto morirían y que Tiberio ostentaría el poder supremo. Se habían dado ciertos augurios de poder futuro —un águila se posó sobre el tejado de Tiberio; su túnica parecía brillar cuando se cambiaba de ropa— y aquellos presagios fueron divulgados por el epigramista griego Apolónides.

> Yo, el pájaro sagrado, que en los días pasados no visité a los rodios —el águila, en los días pasados una mera fábula para los hijos de Cércafo—,* llegué justo entonces, atravesando los cielos anchurosos con mis alas de alto vuelo, cuando Nerón ocupó la isla del Sol. Y en su casa me alojé, dócil a la mano del soberano, sin temor alguno del futuro Zeus (Apolónides, XXIII).[1]

Tiberio y Livia solicitaron luego a Augusto que permitiese el regreso de Tiberio a Roma. Augusto consultó a Gayo y éste consintió. Se cuenta que en el momento en que el barco que le devolvería a casa llegó a Rodas, Tiberio estaba caminando por la muralla junto con Trasilo. Tiberio, que había hecho a su compañero partícipe de sus secretos, contempló la posibilidad de empujarlo al vacío. Pero cuando Trasilo dijo que presentía un peligro personal inminente y que el barco que se atisbaba en el horizonte traía las noticias que el otro había estado esperando, Tiberio quedó impresionado por sus poderes mánticos y lo perdonó.

Cuando Tiberio regresó a Roma en 1 d. C., nadie —salvo él mismo, Trasilo y, posiblemente, Livia— podía haber previsto que recuperaría el favor de Augusto e ingresaría de nuevo en la vida pública, y mucho menos que sucedería a Augusto en el imperio. Era un ciudadano particular, sin responsabilidades públicas, y residía lejos del Palatino, en una casa situada en los antiguos jardines de Mecenas. Su única aparición pública fue para con-

* Cércafo, hijo del dios Helios y la ninfa Rodo, era uno de los reyes mitológicos de Rodas. (*N. de los t.*)

ducir a su hijo Druso al Foro, donde recibiría la toga viril. Pero las circunstancias iban a cambiar pronto. En primer lugar, en 2 d. C., murió Lucio. (Tiberio compuso un poema lamentando su pérdida.) Al año siguiente, Gayo fue herido en Armenia. Gayo solicitó permiso a Augusto para retirarse de la vida pública y vivir en Siria; Augusto comunicó aquellos deseos al Senado y a su hijo tan solo le pidió que regresase a Italia. Cuando Gayo murió a principios de 4 d. C., el dolor y el pánico se apoderaron de todos aquellos que se jugaban algo en el régimen. La colonia de Pisa publicó un decreto conmemorativo que empezaba:

> Cuando nos llegaron las noticias de que Gayo César ... fue arrebatado por el hado cruel al pueblo romano, habiendo sido designado ya *princeps*, pues era el más justo y el más parecido a su padre en sus virtudes, y única defensa de nuestra colonia, ello renovó y multiplicó [nuestro] pesar ... en un momento en que el duelo que la colonia había asumido de forma colectiva inmediatamente después de la muerte de su hermano Lucio César aún no había terminado (*ILS*, 140).

Adopción y corregencia, 4-14 d. C.

El principado augusteo era por entonces una monarquía dinástica reconocida y Augusto necesitaba un sucesor dinástico. El 26 de junio de 4 d. C. rehabilitó a Tiberio a todos los efectos. Persuadido por Livia, solicitó al Senado que prorrogasen su potestad tribunicia durante diez años, «a pesar de las constantes objeciones formuladas por Tiberio tanto en privado como en el Senado mismo» (Vell. Pat., II, CIII). Aquel mismo día, Augusto, con sesenta y cinco años, adoptó a Tiberio, que contaba cuarenta y cuatro; las edades de ambos hicieron que el acontecimiento se destacase dentro de la tradición romana de las adopciones políticas. Al mismo tiempo Augusto adoptó también al único hijo vivo de Agripa, Agripa Póstumo (a la sazón, de catorce años), y obligó a Tiberio a adoptar a su sobrino Germánico, de dieci-

nueve años. Este hijo del difunto hermano de Tiberio, Druso, estaba casado entonces con la nieta de Augusto, Agripina, y posiblemente se lo contemplaba como el hombre que podría aportar la sucesión fundamental en la línea de Augusto. De este modo, Germánico ocupó su lugar junto al propio hijo de Tiberio, Druso, de diecisiete años. «En el caso de [Tiberio] Nerón —escribió Veleyo— se añadió una frase a la fórmula de adopción en las palabras del propio César: "Hago esto por el bien de la *res publica*"» (Vell. Pat., II, CIV). Los senadores responsables de la acuñación de monedas emitieron piezas con el lema: «Calma, más de la que jamás se habría podido esperar»; el Senado declaró una festividad anual y encargó un *ara providentiae augustae*, «altar de la previsión de Augusto», que ocuparía su sitio entre los demás monumentos augusteos en el Campo de Marte.

Una vez adoptado, Tiberio regresó inmediatamente al campo de batalla. Pero la situación había cambiado desde que él no ostentaba los puestos de mando: era una situación de crisis y Tiberio se vio obligado a sofocar revueltas y vengar derrotas, pero con el fin de mantener el imperio, no de expandirlo. Entre 4 y 6 d. C. desarrolló sus campañas en la Germania. En 5 d. C. había llegado al Elba, donde Veleyo vio cómo un viejo germánico remaba en una canoa y pedía permiso para tocar a Tiberio, considerado una manifestación divina (Vell. Pat., II, CVII). En la Panonia, donde luchó entre 6 y 9 d. C., había estallado una revuelta. Los rebeldes, según anunció Augusto en el Senado, estaban a diez días de Roma; de acuerdo con los informes posteriores, representaron la peor amenaza desde los tiempos de Aníbal. Tiberio pidió quince legiones —más de medio ejército romano— para restaurar el orden. En Germania se habían perdido tres legiones romanas en el bosque de Teutoburgo, al mando del comandante Quintilio Varo (9 d. C.). Tiberio pasó los tres años siguientes desarrollando campañas en aquella zona, pero cuando abandonó la Germania en 12 d. C., la frontera estaba a unos seiscientos cincuenta kilómetros al oeste, en el Rin. El error de Varo, afirma Veleyo, había sido tratar como un área pacificada

la región comprendida entre el Rin y el Elba. Sus palabras tienen cierta autoridad porque, tal como cuenta: «Fue en esta época cuando me convertí en soldado en el campamento de Tiberio César ... y durante nueve años seguidos, como prefecto de la caballería o comandante de una legión, fui espectador de sus conquistas celestiales y lo ayudé cuanto pude, hasta donde alcanzaba mi mediocridad» (II, CIV). El lenguaje que emplea Veleyo —con el contraste entre el comandante celestial y su propio yo mediocre— es reflejo de una conciencia que no corresponde ya a un ciudadano, sino al súbdito de una monarquía.

Al final de aquellas campañas se habían producido más modificaciones constitucionales. En 12 d. C. Tiberio fue reconocido como corregente de Augusto, si no como su igual. En su viaje a la Germania, en 4 d. C., había recibido a una embajada de los partos que Augusto le había remitido desde Roma, y otra de los ezanos en la Anatolia central, a quienes respondió: «He recibido con la mayor alegría de sus embajadores el extraordinario decreto de la buena voluntad de vuestra ciudad hacia mí. Pondré todo el empeño de que sea capaz en promover vuestros intereses siempre que solicitéis mi ayuda» (*ILS*, 9463). Pero en el arte y los ceremoniales romanos, Tiberio seguía siendo el subordinado de Augusto. En su entrada a la ciudad durante su ceremonia del triunfo, en 12 d. C., desmontó y cayó a los pies de Augusto. Esa misma subordinación se manifiesta en dos conmemoraciones artísticas contemporáneas del triunfo. La primera está representada por dos copas de plata de Boscoreale, en la Campania; en una aparece Tiberio practicando un sacrificio cuando parte hacia la guerra y luego montado en un carro triunfal a su regreso, con el cetro del águila y la rama de laureles en la mano, mientras un esclavo sujeta la corona de laurel sobre su cabeza; pero en la otra se ve a Augusto con el globo que significa el dominio en su mano derecha. El segundo es un *intaglio* de sardónice de 23 cm de ancho, conocido como la Gema Augustea. En la parte inferior de la gema, los soldados romanos levantan un trofeo mientras los germánicos miran. En la par-

te de arriba, Augusto sostiene el cetro y está siendo coronado con los laureles, mientras Tiberio desciende a su lado del carro triunfal. El mensaje resulta aún más inequívoco cuando vemos que Augusto sujeta el *lituus*, la vara curvada de los augures que simbolizaba los auspicios de Augusto, bajo los que luchaba Tiberio.

Al final, en 13 d. C., Tiberio se convirtió en el par oficial de Augusto: «Por petición de su padre, quien solicitó que tuviera un derecho igual al suyo propio en todas las provincias y todos los ejércitos, el Senado y el pueblo romano lo decretaron así» (Vell. Pat., II, CXXI). Aun así, Veleyo continúa lamentando que Tiberio recibiera menos de lo merecido. Era el «vengador y custodio del imperio (*vindex, custos*, II, CIV); su «protector perpetuo» (*perpetuus patronus*, II, CXX); y expresaba *moderatio* al contentarse con tres triunfos (Veleyo cuenta la ovación de 9 a. C.), «aunque sin duda se había hecho merecedor de siete» (II, CXXII).

Emperador en Roma, 14-25 d. C.

Cuando Augusto murió el 19 de agosto de 14 d. C., Tiberio actuó con prontitud. Entendió enseguida que el Senado no compartía su concepción de su nuevo papel y, en efecto, sus veintitrés años de mandato estuvieron marcados por la confusión y la desconfianza. Utilizó su *imperium* para dar la consigna a las cohortes urbanas y escribir a las legiones. Con la *tribunicia potestas* pudo convocar al Senado para deliberar sobre los honores con los que se trataría a Augusto. En el Senado, Druso leyó en voz alta el testamento de Augusto, en el que nombraba a Tiberio heredero de los dos tercios de su hacienda y legaba a Livia la otra tercera parte, además de adoptarla en la familia Julia con el nombre de Julia Augusta. Antes de la reunión del Senado, los cónsules habían jurado fidelidad a Tiberio; a éstos los siguieron los prefectos ecuestres, los senadores, los soldados y el pueblo. Durante la asamblea, Valerio Mesala propuso que el juramento se

renovase anualmente. «¿He provocado yo esto?», preguntó Tiberio. «No», fue la respuesta de Valerio.

Antes de que se hiciera pública la muerte de Augusto, el único rival de Tiberio, Agripa Póstumo, fue ejecutado en unas circunstancias bastante turbias. Tras su adopción, Agripa ocupó un puesto de mando durante un breve período; pero al final fue desterrado a la isla de Planasia, bajo sospecha de demencia. Corrieron rumores de que se había reconciliado con Augusto en los meses previos a la muerte del emperador. No se sabe si Agripa murió por orden de Augusto o de Livia; Tiberio, por su parte, negó saber nada al respecto.

En una segunda reunión del Senado, Tiberio propuso compartir con él su poder y fue rechazado enérgicamente. Los senadores le pidieron que mantuviese la *statio* de su padre; era el mismo término vago y genérico que Augusto había usado para definir su papel en una carta enviada unos años antes a Gayo César:

> Sin embargo, en un aspecto concreto se produjo lo que podríamos calificar de lucha en el estado, puesto que el Senado y el pueblo romano lucharon con César para conminarlo a ocupar la misma posición de su padre [*ut stationi paternae succederet*], mientras que él, por su parte, luchaba por obtener el permiso de actuar en función de ciudadano, en paridad con el resto [*aequalis civis*], antes que como *princeps* (Vell. Pat., II, CXXIV).

El debate que se produjo a continuación lo narra Tácito, que se basó, claramente, en las actas oficiales. Tiberio protestó alegando que «solo la mente del divino Augusto estaba a la altura de tan inmensa mole» y propuso que «en un estado que se apoyaba sobre tantos ilustres varones, no debían concentrarlo todo en uno solo; entre varios y aunando esfuerzos llevarían a término con mayor facilidad las tareas de la república» (Tac., *Ann.*, I, XI, 1).* Los senadores manifestaron su objeción y Tiberio pre-

* Traducción de José Luis Moralejo: Tácito, *Anales*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

sentó un documento escrito por el propio Augusto en el que figuraban todos los ciudadanos y las tropas aliadas; los reinos dependientes, las provincias, los impuestos directos e indirectos y los pagos regulares y ocasionales. Tiberio dijo que asumiría cualquier parte que le fuera encomendada de todo aquello. «Quiero preguntarte, César, qué parte de la *res publica* deseas que se te encomiende», le dijo Asinio Galo. Tiberio vaciló y respondió que no quería escoger. Galo afirmó que solo se lo había preguntado para demostrarle que la *res publica* no podía dividirse y Lucio Arruncio se mostró de acuerdo. Entonces fue Quinto Haterio quien preguntó: «¿Hasta cuándo permitirás, César, que la república esté sin cabeza?», a lo que Tiberio respondió con invectivas. Mamerco Escauro expresó «su esperanza en que no serían vanas las preces del Senado, habida cuenta que no había interpuesto el veto de su potestad tribunicia a la moción de los cónsules»; Tiberio «lo dejó por el momento sin respuesta».* Durante el debate, Tiberio sostuvo que por su edad avanzada y su miopía pronto se vería obligado a dimitir y dejó claro que aceptaba el puesto solo hasta que los senadores tuviesen a bien concederle el reposo.

En realidad, eran muchos quienes compartían la idea de que Tiberio gobernaría durante un breve período y luego dejaría paso a Germánico o a Druso. A medida que transcurría el mandato, abundaron las referencias a la inesperada longevidad de Tiberio, incluso entre sus partidarios; tal fue el caso de Valerio Máximo, quien, bajo el título de «Sobre la vejez», pidió que «la seguridad de nuestro *princeps* y salvador se prolongue tanto cuanto permitan los límites de la condición humana» (Val. Max., VIII, XIII, *praef.*). La renuente ascensión de Tiberio fue recibida entre dudas y confusiones. El pueblo de Palaipafos, en Creta, por ejemplo, al parecer no sabía si el nuevo emperador recibiría el nombre de *imperator* ni si, de ser así, lo usaría como primer nombre o como título. Por lo tanto, en su juramento, dejaron espacios en blanco

* *Ann.*, I, XII, 2, XIII, 4, traducciones de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

antes y después de su nombre.[2] Las legiones del Rin y del Danubio querían saber si Tiberio cumpliría los compromisos de Augusto relativos al pago, las primas y la duración del servicio. Las tropas fueron tratadas como amotinadas, motines que sofocaron Germánico (en el Rin) y Druso (en el Danubio). Veleyo, el viejo oficial, estaba indignado: «¡Pretendían determinar por sí solos la cuantía de su pago y la duración de su servicio!» (Vell. Pat., II, CCXXXV). El pueblo de Gytion, al sur de Grecia, consideró inteligente ofrecer al nuevo emperador honores divinos. Tiberio contestó:

> Os elogio y considero adecuado que en general todos los hombres, y en particular vuestra ciudad, deben preservar —debido a la magnitud de los beneficios de mi padre a todo el mundo— los honores apropiados para los dioses; yo me contento con otros más moderados, como corresponde a los hombres. Mi madre os hará llegar su respuesta, cuando sepa de vuestra decisión sobre vuestros honores para con ella.[3]

Aun así, los gicios se cubrieron las espaldas, miraron hacia el futuro y decretaron honores divinos para Augusto, Tiberio, Livia, Germánico y Druso.

En los primeros años de mandato, Tiberio había insistido en que los senadores eran sus señores: «He dicho ahora y en muchas otras ocasiones, senadores, que un príncipe bueno y compasivo, al que habéis investido de un poder tan grande y tan ilimitado, debe estar al servicio del Senado y de todos los ciudadanos, e incluso, a menudo y casi sin excepción, al de cada uno de ellos en particular» (Suet., *Tib.*, XXIX).* En consecuencia, parece que hizo un esfuerzo por colaborar con el orden senatorial. De hecho, trató de aumentar la dignidad y responsabilidad de las dos órdenes superiores de Roma: senadores y caballeros. Siguiendo las instrucciones de Augusto, transfirió el poder electoral, clave, del pueblo al Senado. En lo sucesivo, Tiberio reco-

* Traducción de Rosa M.ª Agudo. (*N. de los t.*)

mendaba a determinados candidatos para el puesto, el Senado rellenaba la lista electoral y el pueblo ratificaba la lista. Entre los primeros candidatos recomendados por Augusto y presentados al Senado por Tiberio figuraban Veleyo y su hermano (Vell. Pat., II, CXXIV). También se dice que Tiberio dio a la orden ecuestre una nueva configuración. Tradicionalmente, los caballeros habían formado parte de la aristocracia terrateniente que no ostentaba cargos públicos, pero Augusto les había concedido un papel en el gobierno. Como cuerpo colectivo, se distinguían de un modo impreciso por ciertos privilegios, como el derecho a sentarse, en el teatro, en las catorce primeras filas posteriores a las de los senadores. La confusión y la usurpación reinaron hasta que Tiberio impuso el orden y «el orden ecuestre adquirió unidad», según un caballero: Plinio el Viejo (*NH*, XXXIII, 32). El Senado de Tiberio también aprobó un decreto que prohibía a los senadores y caballeros aparecer en el escenario. El decreto «concernía a aquellos que, en contra de la dignidad de su orden social, habían aparecido en el escenario o en los juegos o habían aceptado entrar en la arena ... y de este modo habían cometido una ofensa en virtud de la cual habían reducido la dignidad del Senado». A aquellos que habían renunciado a los asientos ecuestres para aparecer en la arena o en el escenario se les prohibía un entierro digno de su clase anterior.[4] Con este mismo espíritu, Tiberio permitió que el Senado dictara sentencias por sí mismo. Ya en época de Augusto, el Senado había empezado a reunirse como un tribunal y a tratar los insultos al emperador como traición contra el pueblo romano. Pero la práctica se fue deteriorando con Tiberio, pues los senadores resucitaron las antiguas rivalidades y usaban el Foro y la acusación de traición como instrumento de ataque entre ellos. Tiberio había querido apartarse de la función de juez pasándosela al Senado. Pero sucedió al contrario cuando, debido a las acusaciones de traición, se vio implicado de forma directa en varias causas y los senadores no dudaron en involucrarlo aún más. Cuando en 16 d. C., Granio Marcelo fue acusado de haber colocado su propia estatua por encima de las

de los césares y de haber difundido chismes sobre Tiberio, éste expresó su deseo de votar como un senador más, sin distinción. Su antiguo colega consular Gneo Pisón preguntó, de un modo bastante significativo: «¿En qué lugar, César, quieres declarar? Si eres el primero, tendré una pauta para guiarme; pero si lo haces el último, tengo miedo de disentir de ti sin saberlo» (Tac., *Ann.*, I, LXXIV, 5).* Cuando, en aquel mismo año, Escribonio Libón Druso fue acusado de conspirar contra Tiberio, se interpretó que Tiberio y Livia estaban ajustando cuentas con una descendiente de la primera esposa de Octaviano, Escribonia. El Senado decretó un día de fiesta para celebrar el encarcelamiento de Libón Druso «porque en este día se condenaron los perversos planes contra la salud de Tiberio César, sus hijos y otros *principes* de la ciudad, y contra la *res publica*, iniciados por Marco Libón» (*F. Amit.*). Cuando Gayo Silio fue condenado por conspiración en 21 d. C., su propiedad no pasó a manos del tesoro público, sino que engrosó el patrimonio imperial. En el transcurso del gobierno de Tiberio, los juicios senatoriales se desarrollaban en tres grupos: primero, algunos senadores que acusaban a senadores en nombre de Tiberio; en segundo lugar, senadores que acusaban a senadores siguiendo instrucciones de Sejano, el comandante de la guardia pretoriana; y por último, senadores que acusaban a senadores siguiendo las instrucciones de Tiberio. Cuando salía de las sesiones del Senado, muchas veces se lo oía farfullar acerca de «los hombres que se precipitan hacia la esclavitud». Pero era a Tiberio a quien se responsabilizaba de los juicios y los procesos judiciales, por lo que Tácito afirmaría que acabó con las primeras familias de la república.

Tiberio también se ganó la desconfianza y la enemistad de la plebe urbana. Los plebeyos habían llegado a tener una relación muy personal con la familia imperial, un vínculo que se reflejó en un relato de Plinio acerca del cuervo que «cada maña-

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

na solía volar hacia los *rostra* que hay frente al Foro y saludaba a Tiberio y luego a Germánico y a Druso César por su nombre», y cuyo «funeral se celebró con una gran multitud de seguidores, y llevaron el féretro cubierto a hombros de dos etíopes y al frente de la procesión iba un flautista y todo tipo de coronas justo al pie de la pira» (Plin., *NH*, X, 60). Pero, pese a los esfuerzos de Veleyo por retratarlo como un hombre semejante al pueblo («¡Cuántas veces honró al pueblo con obsequios!», II, CXXIX-CXXX), Tiberio encargó pocos edificios públicos, se mantuvo apartado de los espectáculos que producían otros e incluso rechazó regalos de Año Nuevo de los plebeyos. El aspecto popular del principado no le interesaba.

La brecha en el principado de Tiberio se abrió con las muertes de Germánico y Druso. Siguiendo la práctica augustea, Tiberio los había enviado a los dos al campo de batalla. Siguiendo también el consejo de Augusto, su intención era seguir con una política de mantenimiento de la paz. Pero Germánico, que



Tiberio

se quedó en Germania durante 15 y 16 d. C., tras los amotinamientos, llevó las legiones al otro lado del Rin y permaneció en el campo de batalla durante otra estación, incluso después de que le hubiesen concedido un triunfo, hasta que recibió órdenes de regresar a casa para aceptar el honor en mayo de 17 d. C. A Druso lo mandaron a un puesto de mando militar en Ilírico y Germánico recibió un encargo especial en Oriente: debía ocuparse de una serie de problemas, pero fundamentalmente de mediar con Partia sobre la controvertida condición de Armenia. También se le encomendó que pusiese orden con respecto a la situación del reino de Capadocia, cuyo monarca Arquelao III murió cautivo en Roma poco antes de la partida de Germánico. Mientras estuvo en Oriente, Germánico se excedió en su autoridad y visitó Egipto sin permiso del emperador, lo cual le valió una reprimenda de este último. En Egipto le ofrecieron honores divinos, que rechazó en un edicto: «odiosos me resultan vuestros gritos hacia mí, como si fuera un dios, y los declino en todos los sentidos. Le corresponden solo al auténtico salvador y benefactor de la raza toda de los hombres, mi padre, y a su madre (que es) mi abuela».[5] Cuando volvía de Egipto a Siria, en 19 d. C., Germánico cayó enfermo y murió. En su lecho de muerte, acusó al legado de Siria Gneo Pisón (el compañero de Tiberio en el consulado de 7 d. C.) de haberlo envenenado y lo expulsó de la provincia.

Cuando la noticia de la muerte de Germánico llegó a Roma, toda la ciudad se sumió en el duelo. Empezó a circular un rumor falso según el cual se había recuperado y la gente normal y corriente irrumpía en los templos para ofrecer votos por su salud, despertando a Tiberio con sus salmodias: *Salva Roma, salva patria, salvus est Germanicus* («¡Roma está a salvo, la patria está a salvo, Germánico está a salvo!», Suet., *Cal.*, VI). Pero cuando los restos de Germánico fueron enviados a Roma, ni Tiberio ni Livia aparecieron en público. Tiberio llegó incluso a publicar un edicto en el que ordenaba a todos los plebeyos que volvieran al trabajo, porque «no eran unas mismas actitudes las que estaban bien a

los príncipes y al pueblo imperial que las que cuadraban a las casas o naciones modestas. El luto había sido adecuado al reciente dolor ... pero ya era hora de hacer volver el ánimo a la firmeza ... Los príncipes eran mortales, la república eterna. Por tanto, debían volver a sus ocupaciones habituales y, ya que se acercaba el tiempo de los juegos Megalenses, también a las diversiones» (Tac., *Ann.*, III, VI).* De este modo el Senado tomó cartas en el asunto, promulgando un decreto que hacía público un apagado panegírico de Tiberio por Germánico («este documento tan íntimo de Tiberio César Augusto no contenía tanto un elogio a su hijo Germánico César como un relato de toda su vida y un auténtico testimonio de su valor») y atestiguaba el «consenso de todos los ciudadanos al honrar la memoria de Germánico César» (*T. Siar.*).

Cuando Pisón regresó a Roma en la primavera siguiente (20 d. C.), el pueblo pidió que lo juzgasen por asesinato. Los acusadores rogaron a Tiberio, quien transfirió el caso al Senado. Durante el proceso judicial, tanto Tiberio como Pisón rechazaron revelar su correspondencia. Al oír esto, los plebeyos derribaron las estatuas de Pisón y amenazaron con tomarse la justicia por su mano. Pisón se dio cuenta de que había perdido el apoyo tanto de Tiberio como de su propia esposa, Plancina, se suicidó y fue condenado a título póstumo. En el veredicto hecho público, el Senado buscó el consenso y trató de reforzar la cohesión social, incluyendo tanto a los soldados, cuya «lealtad y devoción mostrada hacia la casa augustea espera el Senado que demuestren para siempre, puesto que saben que la seguridad de nuestro imperio reposa en la custodia de esta casa» (*SCPP*, 159-162), como a los plebeyos, que, «pese a encenderse con el entusiasmo más desbordante con el cumplimiento del castigo del propio Gneo Pisón el Mayor, sin embargo ... permitieron que los controlase nuestro *princeps*» (*SCPP*, 155-158).

Pero el Senado a duras penas podía ocultar las fisuras, por ejemplo, entre su mismo organismo y Tiberio, así como la distancia

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

surgida entre Tiberio y Livia, según se revela en un pasaje excepcional del veredicto que perdonaba a la viuda de Pisón:

> En cuanto al caso de Plancina, contra quien se presentaron abundantísimos cargos de extrema gravedad, puesto que ella admite que todas sus esperanzas residen en la merced de nuestro príncipe y del Senado, y puesto que nuestro príncipe con frecuencia y con celo ha solicitado a este orden que el Senado, contento con haber castigado a Gneo Pisón *maior*, le perdone la vida a su esposa del mismo modo que está perdonando a su hijo Marco y él mismo suplicó por Plancina a petición de su propia madre y aceptó las razones muy justas que le había formulado su madre para asegurar aquella petición, el Senado cree que habría que conceder apoyo e indulgencia a Julia Augusta —que ha servido al estado de un modo supremo, no solo alumbrando a nuestro príncipe sino también mediante sus numerosos y grandes favores hacia hombres de todos los órdenes y que, a pesar de que por derecho y por méritos le correspondería la mayor influencia al realizar una petición al Senado, aun así usa esa influencia con gran moderación— y a la suprema devoción de nuestro príncipe hacia su madre; y es un placer (para el Senado) renunciar a la pena de Plancina (*SCPP*, 109-119).

Todo lo que el Senado podía hacer era apremiar al emperador, ya envejecido, para que pensase en la sucesión:

> El Senado pide y solicita con urgencia que entregue toda la atención que había repartido entre sus dos hijos al único que ahora le queda; y el Senado alberga la esperanza de que el hijo superviviente tenga aún más atención de los dioses inmortales para que comprendan que todas las esperanzas de continuar la *statio* de su padre en el estado recaen sobre las espaldas de este único hijo (*SCPP*, 123-131).

Inmediatamente después del funeral de Pisón, se le concedió una ovación a Druso. En los años siguientes actuó como cónsul con Tiberio y recibió el poder tribunicio. Podría haber representado las esperanzas de futuro de Tiberio, en efecto; pero en 23 d. C. cayó enfermo y murió.

Tras las muertes de Germánico y Druso, a juicio de Tácito, Tiberio entró en una fase irregular, de momentos buenos y malos, mientras su madre Livia siguió con vida.

Fue un período de creciente frustración para el emperador, que en 26 decidió retirarse a la Campania y a Capri, de donde la mayoría de la gente dedujo que jamás regresaría. Tiberio ya se había retirado antes: además de los siete años que pasó en Rodas, se había marchado a la Campania en 21 d. C., tras el juicio de Pisón, dejando solo a Druso en el consulado. Se ofrecieron varias razones para aquel retiro final. Estaba feo: calvo, encorvado, con tendencia a las erupciones cutáneas y con el rostro cubierto de emplastos. Quería escapar de una madre dominante. Quería evitar a las multitudes; el año en el que murió Germánico, se había producido un brote de sicosis* que había obligado al emperador a promulgar un edicto prohibiendo los besos (Plinio, *NH*, XXVI, 3). Pero, sobre todo, Tiberio estaba ansioso por disfrutar del *otium*, a la manera tradicional de los aristócratas romanos. Aquello implicaba cultivar las letras griegas. Tiberio se llevó a Trasilo con él a su reclusión, y recibía la visita de estudiosos, a quienes interrogaba: «¿Quién fue la madre de Hécuba? ¿Cómo se llamaba Aquiles entre las doncellas? ¿Qué solían cantar las sirenas?» (Suet., *Tib.*, LXX).** En el *otium* también se incluían actividades agrícolas de caballero. Dice Plinio:

> El pepino era uno de los favoritos del emperador Tiberio y, de hecho, nunca le faltaban, pues había levantado los sembrados en unas estructuras movidas por ruedas que le permitían mover los pepinos y exponerlos al pleno calor del sol, al par que, en invier-

* «Enfermedad inflamatoria de la piel que afecta a los folículos pilosos, especialmente de la barba y da lugar a la formación de pápulas, pústulas o tubérculos», según el *DRAE*, 22.ª edición. (*N. de los t.*)

** Traducción de Rosa M.ª Agudo. (*N. de los t.*)

no, los retiraba y los ponía bajo la protección de estructuras acristaladas (Plin., *NH*, XIX, 23/64).

Los gustos de Tiberio están plasmados en la decoración de Sperlonga, una gruta para las cenas festivas que había decorado con estatuas de Ulises y en la que le gustaba detenerse en sus viajes a la Campania. Las estatuas mostraban al héroe recuperando el cadáver de Áyax, robando el Paladio, enfrentándose a Escila y, en la composición culminante, cegando a Polifemo. En ellas se reflejaba el filohelenismo del emperador, y sugieren el modo en que Tiberio se veía a sí mismo, como otro Ulises: astuto, primero con unos pocos compañeros, luego en soledad, hasta que por último consigue descansar transcurridos diez años desde que abandonara el campo de batalla. En Capri, Tiberio aguantó otros once años. Pero estuvo a punto de perecer antes: en cierta ocasión, mientras cenaba en Sperlonga, la entrada se derrumbó y mató a varios invitados y miembros del séquito. La vida de Tiberio la salvó su prefecto del pretorio, Lucio Elio Sejano, quien se lanzó sobre el emperador como un escudo.

Sejano iba a convertirse en el personaje más infame del principado de Tiberio. Aparece por primera vez en el registro histórico con un título indeterminado en el equipo de Gayo César. Fue nombrado coprefecto de la guardia pretoriana junto con su padre en 14 d. C. y luego prefecto (en solitario) en 16-17. Para entonces ya contaba con la atención de Tiberio, cuyas inseguridades aprovechó durante las campañas de Germánico en la Germania, en los primeros años del mandato. Se le otorgó un papel algo indefinido en la cuestión de Pisón, para que se encargase de eliminar los documentos incriminatorios. Sejano era de los que trabajaban en la sombra. Pese a sus brevísimas apariciones en los testimonios históricos, en 20 d. C. se había convertido en la mano derecha del emperador, a quien Tiberio describía como «compañero de trabajo» (*socius laborum*). Estableció también una base de su poder tanto en el ejército como en el Senado. Buscó muchos apoyos y según se dice trató de alistar a Livia, entre otros, en el bando de sus aliados. En 23 había conso-

lidado aún más su posición concentrando a las cohortes de la guardia pretoriana en un solo grupo de barracones permanentes en la Porta Viminalis. El principal obstáculo para su creciente influencia sobre el emperador desapareció en septiembre de aquel mismo año, cuando Druso murió, asesinado tal vez por iniciativa del propio Sejano.

En Capri, Tiberio intentó conservar la autoridad, mientras dejaba la responsabilidad del gobierno cotidiano a otros: al Senado, a los magistrados y al propio Sejano. Tiberio mantenía correspondencia con el Senado, pero no atendía a las recomendaciones de candidatos para el puesto ni enviaba a los gobernadores a sus provincias o los reemplazaba una vez estaban allí (por ejemplo, Poncio Pilato, el prefecto de Judea, permaneció en el puesto diez años, de 26 a 36 d. C.). Aquella negligencia no tardó en causar desastres. Como no se había preocupado de producir espectáculos en Roma, la muchedumbre de la ciudad acudió en masa a la vecina Fidenae, a ver a los gladiadores. En 27 d. C., aquel anfiteatro se derrumbó y causó la muerte de veinte mil personas, tras lo cual Tiberio se vio obligado a regresar al continente para reunirse con las familias agraviadas.

En Roma, el representante reconocido de Tiberio era Sejano. Escribe Veleyo: «Se indujo a Sejano a ayudar al emperador con sus cargas, y eso hizo que el Senado y el pueblo romano llegasen a un punto en el que, para mantener su seguridad, estaban dispuestos a llamar al hombre a quien considerasen como instrumento más útil» (II, CXXVIII). Fruto de su relación con el emperador, Sejano se movía en los círculos senatoriales; un senador compró a uno de sus eunucos por cincuenta millones de sestercios (Plin., *NH*, VII, 39). Sedujo a Livila, la esposa del joven Druso, mientras su marido aún vivía, y quiso desposarla (aunque Tiberio se negó). También ejercía su influencia en el Senado en su conjunto, dirigiendo acusaciones contra los que percibía como sus enemigos, sobre todo los miembros del círculo de la viuda de Germánico, Agripina, y su hijo Nerón. En 29 convenció a Tiberio para que escribiera al Senado denunciando directamen-

te a Agripina y a Nerón y ordenando su arresto. Cuando el cónsul realizó la moción correspondiente, los plebeyos se reunieron para apoyar al acusado, blandiendo sus efigies y declarando que la carta de Tiberio era espuria. Sejano se indignó con el Senado; Tiberio se dirigió al pueblo con un edicto y reiteró los cargos; y el Senado envió a los acusados al exilio, como se esperaba de la institución. Un año después, el Senado ordenó el arresto de Druso, que había respaldado a Sejano contra su hermano Nerón. Siguieron más arrestos.

¿Qué motivos impulsaban a Sejano? Tal como veía la situación Veleyo, su posición era parecida a la de Marco Agripa en tiempos de Augusto, pero, a diferencia de Agripa, Tiberio le impidió que entrara en la familia imperial valiéndose del matrimonio; tal vez el emperador fuese más consciente de la dignidad senatorial que su predecesor. Probablemente, Sejano albergaba la esperanza de que, eliminando a los príncipes adultos, a la muerte de Tiberio él quedaría como guía del emperador-niño: por ejemplo, del joven hijo de Druso, Tiberio Gemelo.

En 29 d. C., antes de que Sejano hubiera iniciado sus movimientos contra Agripina y sus hijos, Livia había muerto. Tiberio se había sentido molesto por las deudas contraídas con ella y porque ella continuase en el poder y gozase de independencia; de modo que permitió que se celebrase un funeral, pero modesto, y no hizo ejecutar su última voluntad: erigirle un monumento o aprobar su divinización. Un poeta contemporáneo lamentó la pérdida de su influencia moderadora: «Augusta, que puede enorgullecerse de dos césares divinos y con cetro, alumbró dos idénticos porches de Paz; digna compañía de las Musas del Helicón, compañera en el coro del sabio concilio, su sabiduría fue salvadora del mundo entero» (Helicón, XXI).[6]

El reinado de Sejano solo estuvo libre de obstáculos durante dos años, hasta que llegó a un fin abrupto. Tras el arresto del hijo de Germánico, Druso, Sejano fue elegido cónsul y recibió el *imperium* proconsular. Esperaba que lo siguiente sería el poder tribunicio. Pero, en su lugar, Tiberio envió una carta al Se-

nado donde denunciaba a su antiguo aliado y daba instrucciones para su arresto (era habitual la presencia de *vigiles*, a la vista de las dudosas lealtades de la guardia). Fue sustituido de inmediato como prefecto del pretorio por el viejo comandante de los *vigiles*, Macrón, y ejecutado. En sus notas autobiográficas, Tiberio afirmaba crípticamente que había actuado como respuesta a lo que Sejano le había hecho a los niños de «su hijo» Germánico. En un discurso pronunciado ante varios compañeros de su tribu electoral, un hombre ya mayor —quizá el propio Tiberio— condenó la elección de Sejano como cónsul:

> Pero ahora, después de la instigación criminal y las asambleas irregulares que se han producido en el Aventino, donde Sejano fue nombrado cónsul —y yo, débil amigo del inútil bastón, me convertí en suplicante—, ahora con todo mi corazón yo os pregunto, mis buenos compañeros de la tribu, si siempre os he parecido bueno, un miembro útil para la tribu, y si alguna vez he abandonado mis deberes.[7]

El calendario municipal de Ostia reflejó las muertes de Sejano y su familia con total naturalidad, registrando que entre el 18 y el 26 de octubre de 31 d. C., Sejano y su hijo fueron estrangulados, su antigua esposa se suicidó y su hija y su yerno fueron arrojados por las escaleras Gemonias (*F. Ost.*). Pero una parte de la violencia de la condena oficial de Sejano se ha conservado en la retórica de Valerio Máximo:

> Pero ¿por qué censuro aquellas [atroces palabras y actos criminales] o pienso en ellas, cuando veo que todos los crímenes han quedado superados por la idea de un solo parricidio? ... Porque ¿quién con palabras de merecida execración y suficientemente efectivas podrá empujar hasta el abismo tu intento de enterrar a la raza humana en una sangrienta oscuridad, extinguiendo la lealtad de los amigos? ... Si hubieras logrado cumplir con tu locura, ¿habría permanecido el mundo en su lugar? Roma capturada por los galos, el río Cremera desfigurado por la matanza de trescientos guerreros de un famoso clan, el día del río Allia, los Escipiones des-

truidos en Hispania, el lago de Trasimene, Cannas, los hierros de las guerras civiles chorreando con la sangre de la patria: todo esto querías manifestar y superar con los enloquecidos planes de tu delirio. Pero ... el autor y guardián de nuestra seguridad tuvo cuidado de que en su política divina sus mejores obras no cayesen en medio de las ruinas del mundo entero (Val. Max., IX, 11 ext. 4).

En todo el imperio elogiaron a Tiberio. En el marco de una dedicación celebrada en la Vía Flaminia, el asistente de un magistrado le deseó larga vida (*ILS*, 159, 31 d. C.). En cuanto a los demás lugares, por ejemplo un liberto de Interamna, en Italia, conmemoró «la previsión de Tiberio César Augusto, nacido para la eternidad del nombre de Roma, que había eliminado a un enemigo peligrosísimo del pueblo romano» (*ILS*, 157, 32 d. C.).

La caída de Sejano coincidió con el ascenso del último hijo de Germánico, Gayo, más conocido como Calígula (12-41 d. C.). Se contaba que quien advirtió a Tiberio en contra de Sejano fue la madre de Germánico, Antonia, con quien había vivido Gayo tras la muerte de Livia. En cualquier caso, tras la caída del prefecto, Gayo se trasladó a Capri, donde Tiberio le entregó la toga viril, lo prometió en matrimonio con Junia Claudila y lo nombró *pontifex* y *quaestor*. La «previsión» que habían alabado los súbditos de Tiberio (véase arriba p. 87) fue sin duda una disposición concebida para la sucesión imperial. Aun antes de la caída de Sejano, Veleyo había cerrado su historia rogando que los sucesores fueran dignos:

Guarda, preserva, protege el estado actual de las cosas, la paz de la que disfrutamos, al emperador actual y cuando éste haya completado su *statio* —y ojalá sea la más larga concedida a los mortales— otórgale sucesores hasta el último momento, pero sucesores cuyas espaldas puedan sostener con bravura el imperio de este mundo, tal como hemos visto que hacía él: favorece los piadosos planes de todos los buenos ciudadanos y aplasta los impíos designios de los perversos (Vell. Pat., II, CXXXI).

Pero esto sería cosa del futuro. Contra toda probabilidad, Tiberio aguantó aún otros seis años. En Roma, el Senado inició pro-

cedimientos criminales enérgicos contra los presuntos cómplices de Sejano. En Capri, Tiberio fue objeto de conjeturas y rumores sombríos: celebraba orgías; solo él entre los hombres, se decía, poseía visión nocturna; había llegado a un grado tal de superstición que solo se cortaba el pelo antes de la luna nueva y llevaba laureles durante las tormentas eléctricas como protección contra los rayos. En sus últimos días, Tiberio cruzó a Miseno para asistir a los juegos. Para demostrar su fuerza, lanzó dardos desde su palco a un cerdo salvaje en la arena. Pero cayó y murió al poco tiempo, el 16 de marzo de 37 d. C. Vacilante hasta el final, había afirmado que estaba preparándose para regresar a Roma. En su testamento, nombró a Gayo y Tiberio Gemelo herederos por igual, «cada uno de ellos heredero único, en caso de que el otro muriera». Aquel mismo año, Gemelo murió ejecutado por orden de Gayo.

Conclusión

Ovidio, Veleyo Patérculo y Valerio Máximo habían confiado en que Tiberio sería divinizado a su muerte. Valerio dedicó sus *Hechos y dichos memorables* a Tiberio con estas palabras:

> Por lo tanto yo te invoco para esta tarea, César, la más certera salvación de la patria, a cuyo cargo la unánime voluntad de dioses y hombres ha confiado el gobierno de la tierra y el mar, por cuya celestial providencia las virtudes de las que hablaré son fomentadas con generosidad y los vicios, castigados con la mayor severidad ... Pues los otros dioses, los hemos recibido como tales, pero a los césares les hemos otorgado la divinidad. (Val. Max., I, *praef.*)

Pero cuando el emperador falleció, los plebeyos romanos gritaban: «¡Tiberio al Tíber!» y rogaban a la Madre Tierra y a los Manes que solo entre las almas de los condenados se diera descanso al alma de Tiberio. En el Senado, Gayo propuso la deificación, pero los senadores la rechazaron y se limitaron a vali-

dar los actos de Tiberio. De este modo, Tiberio pasó a ser el único emperador romano que no fue ni condenado ni divinizado.

Notas

1. Andrew S. F. Gow y Denys L. Page (eds.), *The Greek Anthology. Hellenistic epigrams*, Cambridge University Press, Cambridge, 1965.

2. Victor Ehrenberg y A. H. M. Jones, *Documents Illustrating the Reigns of Augustus and Tiberius*, Clarendon, Oxford, 1975[2], 105b.

3. Ehrenberg y Jones, *Augustus and Tiberius*, 102b.

4. Barbara M. Levick, *Tiberius the Politician*, Routledge, Londres, 1999[2].

5. Ehrenberg y Jones, *Augustus and Tiberius*, 320.

6. Gow y Page (eds.), *The Greek Anthology. Hellenistic epigrams.*

7. Ehrenberg y Jones, *Augustus and Tiberius*, 53.

Lecturas recomendadas

Griffin, Miriam T., «The Senate's Story», *Journal of Roman Studies*, n.º 87 (1997), pp. 249-263.

Levick, Barbara M., *Tiberius the Politician*, Routledge, Londres, 1999[2].

—, «The Senatus Consultum from Larinum», *Journal of Roman Studies*, n.º 73 (1983), pp. 97-115.

Seager, Robin, *Tiberius*, Blackwell, Oxford, 2005[2].

Shotter, David, *Tiberius Caesar*, Routledge, Londres, 2004[2].

Stewart, Andrew F., «To Entertain an Emperor: Sperlonga, Laokoon and Tiberius at the Dinner-Table», *Journal of Roman Studies*, n.º 67 (1977), pp. 76-90.

Syme, Ronald, «History or Biography: The Case of Tiberius Caesar», *Historia*, n.º 23, 1974, pp. 481-496, reimpreso en Anthony R. Birley (ed.), *Roman Papers*, Oxford, 1984, pp. 937-961.

Woodman, A. John, *Velleius Paterculus: The Tiberian Narrative, 2. 94-131*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977, reed. 2004.

III

Calígula

Anthony A. Barrett



Salvo, posiblemente, Nerón, ningún otro emperador romano ha dejado una impresión más duradera en el interés popular que Gayo Calígula. Pese a que su gobierno apenas duró cuatro años escasos, se labró una reputación como arquetipo del autócrata depravado, y el impacto que causó resulta aún más sorprendente por el hecho de que disponemos de relativamente poca información digna de confianza sobre él. El relato que hizo Tácito del mandato de Calígula y la primera mitad del de Claudio se ha perdido, por lo que nos vemos obligados a recurrir a la animada biografía de Suetonio y la muy posterior y a menudo poco fidedigna historia de Dión Casio, complementándolas con información de dos testigos contemporáneos, marcadamente hostiles al emperador: el filósofo Séneca y el prolífico escritor judío Filón de Alejandría, que conoció a Calígula al encabezar una delegación a Roma.

Pese al júbilo generalizado con que se saludó la muerte de Tiberio en marzo de 37 d. C., los romanos más reflexivos debieron

de ver empañado aquel humor festivo con la inquietud por la situación constitucional sin precedentes. Cuando Augusto murió en 14 d. C., había un administrador con experiencia esperando para sustituirle: Tiberio, que había estado vinculado con Augusto en el ejercicio del cargo y fue señalado de forma inequívoca como su sucesor. En 37, por el contrario, no había ningún candidato claro. Tiberio tenía dos nietos. Tiberio Gemelo aún no había alcanzado la mayoría de edad oficial. Gayo Calígula, su nieto adoptivo, era mayor —pero aun así solo contaba veinticuatro años— y carecía de experiencia política. Más allá de designarlos a ambos herederos conjuntos en su testamento, Tiberio no había dado ninguna pauta sobre cuál de los dos le sucedería, se supone que con la pretensión de que cualquier elección de aquella naturaleza fuese obra del Senado. La resolución de este asunto tuvo un efecto muy profundo en el ulterior desarrollo de la historia de Roma.

Los primeros años

Calígula era hijo de Germánico, el sobrino e hijo adoptivo de Tiberio, y de Agripina (la Mayor), nieta de Augusto. Nacido en 12 d. C. en la villa imperial de Ancio, de niño fue enviado con su padre al distrito del Rin. La madre lo había vestido con un uniforme a su medida y él se convirtió en «mascota» de los legionarios, que le dieron el nombre con el que más se lo conoce: Calígula es el diminutivo de *caliga* (sandalia de cuero de la milicia romana). Desde el Rin, el joven Calígula viajó con su padre hacia Oriente en 17 d. C., cautivando al público con sus precoces discursos.[1] La felicidad de aquel viaje se hizo añicos con la muerte de Germánico en Siria, a finales de 19 d. C., y la necesidad de regresar al lado de su madre en Roma pudo ofrecer a Calígula poco solaz, puesto que el ambiente en la corte imperial estaba muy cargado con la tensión política. Germánico había dejado tres hijos y tres hijas. Calígula era el menor de los hijos, lo cual resultó una suerte para él, ya que los otros dos cayeron

víctimas de Sejano, el despiadado comandante de la guardia pretoriana. Junto con su madre Agripina, fueron encarcelados y a la postre murieron en cautividad; es de suponer que a Calígula se lo veía demasiado joven como para considerarlo una amenaza real. En 31, Tiberio lo hizo acudir a Capri, lejos de la corrupta influencia de la capital (Tac., *Ann.*, I, XLI, 3 y LXIX, 5; Suet., *Cal.*, VIII, 1 y IX, 1; Dio, LVII, V, 6).

Pese a las morbosas historias de excesos sexuales y fiestas decadentes, es probable que la temporada que Calígula pasó en Capri la dedicara en gran parte a prepararse para las responsabilidades que se esperaban de un miembro adulto de la familia imperial. En 33, Tiberio le destinó una cuestura y le ofreció la posibilidad de un puesto aún más elevado a largo plazo, pero solicitando al Senado, con prudencia, que no votase por unos honores inmerecidos que podrían trastornar a un hombre joven. También en 33 Tiberio hizo una de sus raras visitas a la patria continental, para participar en la ceremonia nupcial de Calígula y Junia Claudila, hija de Marco Junio Silano, miembro de una destacada familia aristocrática. Se trataba de un matrimonio de cierta notoriedad y, al mismo tiempo, era una señal de que Tiberio no pretendía mostrarse nada hostil hacia su nieto adoptivo. Junia murió al poco tiempo, durante un parto, al que el niño tampoco sobrevivió.

Tenemos constancia de dos personas que mantuvieron una relación estrecha con Calígula durante este período de Capri. Trabó amistad con uno de los nietos de Herodes de Judea, apodado el Grande: se trata de Agripa (comúnmente conocido como Herodes Agripa), un sujeto pintoresco y no siempre escrupuloso, pero que gozaba a su vez de un carácter considerablemente encantador y habilidoso. Calígula también captó la atención de Macrón, el comandante de la guardia imperial, un hombre ambicioso que anteriormente, en calidad de comandante de los *vigiles*, había tomado parte en el derrocamiento de Sejano. Macrón supo ver que era probable que Calígula sucediera a Tiberio y no ahorró esfuerzos para congraciarse con él; llegó al extremo,

según se contaba, de ofrecer su propia esposa al futuro emperador (Phil. *Leg.*, 39, 61; Jos., *AJ*, XVIII, 143, 165, 168-204; Tac., *Ann.*, VI, XX, 1, XLV, 5; Suet., *Cal.*, XII, 1-2; Dio, LVIII, XXV, 2 y XXVIII, 4, LIX, VIII, 7).

Ascensión al trono

A la muerte de Tiberio, en marzo de 37, Calígula llevaba seis años recluido en Capri y debía de ser prácticamente un desconocido para el mundo romano en general. Pero contaba con dos grandes ventajas. Era el hijo de Germánico, a quien, merecida o inmerecidamente, el pueblo adoraba por la imagen que se había formado de su capacidad militar y sus puntos de vista políticos, supuestamente progresistas (imperaba la convicción, común pero ingenua, de que era partidario de restaurar las libertades de la antigua república). Germánico había heredado esta doble reputación de su padre, Druso, y las muertes prematuras de ambos hicieron que las primeras expectativas no se hubieran visto afectadas por las inevitables decepciones que trae consigo el paso del tiempo. La segunda ventaja, y a la larga la más importante, fue que Calígula era el candidato preferido de Macrón, que tenía a la guardia pretoriana de su lado. La muerte de Tiberio puso en marcha una desafortunada secuencia de acontecimientos que iban a suponer un precedente peligroso para el resto de la historia de Roma, mediante el cual el sucesor imperial no se escogía principalmente de acuerdo con los procedimientos legales o según fuera su cualificación personal, sino de acuerdo con el apoyo militar del que gozaba, sobre todo el de la guardia pretoriana. A diferencia de los restantes elementos del ejército romano, aquella unidad estaba destacada en la propia ciudad de Roma y, por lo tanto, ocupaba una posición idónea para ejercer su influencia sobre los acontecimientos políticos.

A la muerte de Tiberio, Macrón envió mensajes a los comandantes militares y a los gobernadores provinciales informándoles

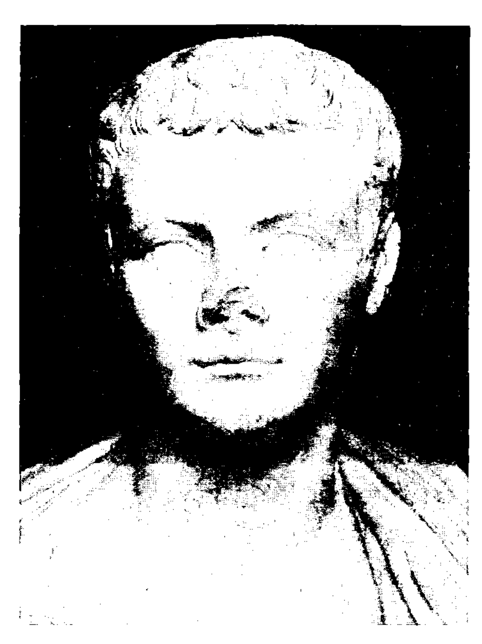
de la ascensión de Calígula. Para controlar el desarrollo de los acontecimientos en Roma hizo un viaje precipitado a la ciudad. Allí informó de la muerte de Tiberio y leyó una carta de Calígula en la que solicitaba para aquél los mismos honores que antes se habían concedido a Augusto. Aquella petición, sin duda, fue meramente una exhibición de piedad tradicional, puesto que no había ninguna posibilidad de que el Senado ordenase la divinización del impopular Tiberio; no lo hicieron, ni Calígula insistió en la cuestión. Por otro lado, Josefo afirmó que la carta contenía instrucciones para la sucesión de Calígula. No es probable que contuviese una directriz tan clara, pero la idea de que el sucesor ya hubiera sido aprobado por la guardia imperial y los comandantes de las legiones en el exterior de Italia habría servido para persuadir a cualquier senador titubeante de que concediese la autorización política formal. Al final, parece ser que el Senado no pretendía mostrarse reticente a aceptar un hecho consumado. Quizá imaginaban a Calígula como buen hijo de su padre, un posible segundo Germánico, y sin duda supusieron que, dada su juventud e inexperiencia, podrían manipularlo a su antojo de una forma que había sido imposible en los casos de Augusto y Tiberio. En cualquier caso, el 18 de marzo, tan solo dos días después de la muerte de su predecesor, Calígula fue proclamado emperador por el Senado (Jos., *AJ*, XVIII, 234; Dio, IL, III, 7).[2]

Para facilitar el proceso sucesorio, Macrón solicitó que se anulara el testamento de Tiberio, lo que privaba a Tiberio Gemelo de cuantas esperanzas pudieran quedarle de conservar algún derecho imperial. Es una cuestión muy interesante. Tiberio no podía legar el principado, pero Macrón tuvo que darse cuenta de que el testamento del *princeps* acarreaba, de forma implícita, un considerable peso político. En consecuencia, el testamento fue invalidado. Pero la estratagema sentó un precedente notorio. En ausencia de un testamento válido, Gemelo tendría que haber disfrutado de una parte del patrimonio, junto con los otros nietos. Pero no sucedió así; todo el patrimonio pasó a manos de Calígula y, de este modo, se estableció un principio muy importan-

te, según el cual en el caso de la propiedad imperial no se debían aplicar las leyes civiles sobre la herencia. Las propiedades del *princeps* le pertenecían a él no como individuo particular, sino en su calidad de príncipe. Los emperadores siguientes, por lo general, prescindieron del testamento. El trato otorgado al testamento de Tiberio supone un paso de importancia en la evolución del principado (Phil., *Leg.*, 23-27; Suet., *Cal.*, XVI, 3; Dio, LIX, I, 1-3).

Macrón había actuado bien y sin duda fue, en gran medida, el responsable de las espléndidas series de acontecimientos orquestados que marcaron el regreso de Calígula a la capital con el cuerpo de Tiberio. Turbas de admiradores salieron a expresar su adulación hacia un joven de quien apenas sabían nada hacía unos pocos días, cubriéndolo de saludos y aclamándolo con apodos cariñosos como «bebé» y «pollito». Tras llegar a Roma a finales de mes, Calígula se encaminó primero al Senado, donde se le otorgó «poder y autoridad sobre todas las cosas». La base legal para esta medida, en ausencia (o anulación) de un testamento, parece haber sido que Calígula se convirtió en emperador porque tal era la elección de todos los órdenes de la sociedad, es decir, mediante un proceso de *consensus*. Augusto, cuando se refería a la base de su propia posición en las *Res Gestae*, usaba la frase *per consensum universorum potens rerum omnium*. Es interesante notar que Suetonio emplea casi la misma frase para describir la ascensión de Calígula: «con el consentimiento del Senado y de las masas», mientras que Dión cuenta que recibió el apoyo de senadores, caballeros y gente corriente. Parece razonable concluir que Suetonio y Dión manejaron fuentes que reflejaban el lenguaje oficial de la época. En cierta moneda de Calígula aparece Augusto entronizado, con la leyenda: «con el consentimiento del Senado, del orden ecuestre y del pueblo». De hecho, era una descripción fidedigna de lo que había sucedido (*Res Gestae*, XXXIV; Phil., *Leg.*, 13, 356; Suet., *Cal.*, XIII y XIV, 1; Dio, LIX, III, 1).

El carácter del nuevo régimen no es menos sorprendente que su base legal. Suetonio cuenta que el Senado otorgó a Calígula



Calígula

la *ius arbitriumque omnium rerum* (derecho y autoridad sobre todas las cosas) y que le concedió en una medida única los poderes que Augusto y Tiberio solo habían alcanzado de forma paulatina. Fue éste un progreso constitucional notable. Augusto, al convertirse en señor del mundo romano, había intentado conservar la ficción de que no era más que el primer ciudadano, un magistrado común, por más que provisto con poderes especiales. Tiberio había asumido, aunque de mala gana, lo que había visto como una carga derivada del puesto y había intentado, con menos éxito, mantener la misma propiedad legal. En el transcurso de sus gobiernos, ambos acumularon poderes *de facto*, pero lenta y gradualmente, y tendieron a abstenerse de ejercerlos, pues por lo general prefirieron confiar en su prestigio (*auctoritas*). Según parece, Calígula fue el primer romano al que invistieron en el comienzo de su mandato con todos los poderes imperiales en un acto formal del Senado.

De todos modos, el primer documento conservado en el que se expone la autoridad del emperador romano es de diciembre

de 69, o unos pocos meses más tardío, en relación con la ascensión de Vespasiano. La *lex de imperio*, grabada en una placa de bronce, describe los poderes conferidos por el Senado a Vespasiano y los precedentes en los que se basan. Calígula no aparece citado de forma expresa como precedente (ni tampoco Nerón) por razones políticas obvias, pero no cabe la menor duda de que algunas de las cláusulas se remontaban a aquella época, en concreto una disposición radical que concedía al emperador, si éste lo juzgaba oportuno, el derecho de actuar a su arbitrio. Esta disposición tiene un asombroso parecido con el *ius arbitriumque omnium rerum* de Suetonio. Se cuenta que Calígula haría notar a su abuela Antonia, cuando ella le dirigía algún tipo de reproche, que él gozaba de un poder absoluto sobre todas las cosas y en todo momento. Era un comentario espeluznante, pero, en realidad, bastante correcto. No es sorprendente, por tanto, que Filón contemplase a Calígula como un hombre con ilimitada autoridad y súbditos que, de hecho, eran sus esclavos. Aquella autoridad se la había entregado el Senado de forma constitucional, cabe suponer que con la ingenua esperanza de que podrían moldearlo para sus fines. En cierto sentido se puede afirmar que Calígula fue importante desde el punto de vista histórico porque fue el primer emperador romano en el auténtico sentido de la palabra; Augusto y Tiberio quedan como figuras esencialmente de transición que representaron un equilibrio con las antiguas ideas de la república. En cierto modo, pues, podemos decir que el imperio romano empezó con Calígula en 37 d. C. (Phil., *Leg.*, 119, 190; Suet., *Cal.*, XIV, 1; Dio, LIX, III, 1-2).

¿Qué clase de individuo fue el nuevo emperador, al que se concedieron poderes tan enormes de un modo tan inaudito? Se trata de un asunto complejo, y más cuando se han perdido los capítulos correspondientes en la obra de Tácito. El retrato que ofrecen las demás fuentes es el de un gobernante excéntrico en una sociedad que no valoraba mucho la excentricidad, un individuo muy crispado, que padecía gravemente de insomnio y tensión nerviosa. Pero también lo describen como alguien cuyo com-

portamiento era tan exótico y singular que podría haber sufrido de locura clínica. Los estudiosos modernos han discutido largo y tendido sobre el estado mental de Calígula. En el siglo XIX se sostuvo que estaba totalmente perturbado. Los diagnósticos modernos han sido más complejos y sutiles y se ha sugerido que adolecía de esquizofrenia o alguna enfermedad semejante. Los dos autores antiguos que lo conocieron directamente, Séneca y Filón, afirman que era un loco, pero ninguno le atribuye ninguna acción concreta que pueda analizarse razonablemente como prueba de locura en el sentido clínico del término.

Sin duda, es importante recordar que Calígula murió asesinado y que lo sucedió su tío Claudio, que era bastante ambicioso y muy astuto. Claudio se habría enfrentado a un dilema. Solo era emperador gracias al asesinato de su predecesor, así que hasta cierto punto tuvo que aceptar que el acto estaba, en cierta medida, justificado; pero no habría querido sentar un precedente que habría resultado muy peligroso para sí mismo. Así que tuvo que moverse con pies de plomo y sugerir que la institución del principado estaba sana, que había que conservarla, pero que Calígula había sido un príncipe desequilibrado que se había buscado su propia destrucción. De este modo, Claudio puso énfasis en las cualidades más irregulares de Calígula en cuanto persona. Téngase en cuenta que Claudio era un historiador y es bastante probable que hubiera dado ejemplo a otros historiadores de la primera generación posterior a la muerte de Calígula, de modo que la información podría haber quedado empañada ya desde el principio.

En el otro extremo del abanico se encuentran los que defienden la figura de un Calígula racional, alguien decidido a sustituir el principio augusteo del gobierno por otro mucho más próximo al modelo helenístico, derivado en concreto de los gobernantes ptolemaicos de Egipto. Quienes avanzan en esta línea atribuyen la distorsión del registro histórico a la hostilidad e irresponsabilidad de las fuentes. Probablemente, la cuestión jamás llegue a resolverse a menos que se recuperen materiales antiguos desconocidos hasta ahora. Posiblemente, la verdad descanse en un

punto intermedio. A Calígula le gustaba llamar la atención, era arrogante, irresponsable, se mostraba indiferente e irrespetuoso hacia las opiniones de los demás; era un individuo completamente egocéntrico, que no había desarrollado ningún tipo de sentido de la moral o de la responsabilidad, carecía de dotes de mando, y tampoco estaba preparado para ello. En consecuencia, su mandato fue un auténtico desastre; pero, probablemente, se trató del desastre propio de un ególatra incompetente, más que del de un loco.

Los primeros meses

Por poco atractivos que fuesen los síntomas que pudiera haber manifestado más adelante, Calígula se comportó sin tacha aparente durante los primeros meses de su mandato. Trató a los senadores con grandísimo respeto, emulando a Augusto con la promesa de trabajar junto con ellos en beneficio de los objetivos comunes. Lo que debió de generar mayor sosiego fue la abolición de lo que probablemente había sido la fuente principal de resentimiento contra Tiberio: los juicios por *maiestas,* la traición contra el estado y —aún más siniestra— contra el emperador. En una ceremonia pública se quemaron todos los papeles relativos a los anteriores ataques contra miembros de su familia y concedió una amnistía para todos aquellos que habían sido desterrados al exilio. A modo de espléndido gesto de reconciliación hacia cualquiera que hubiera favorecido a su «rival», adoptó a Tiberio Gemelo como hijo, con lo cual lo designaba de forma implícita para la sucesión. También se aseguró de apuntalar su popularidad allí donde era necesario. El testamento de Tiberio había sido anulado, pero partiendo de sus fondos personales (si bien la línea que separaba los fondos personales del emperador y el dinero público era difícil de trazar), Calígula dobló el legado de Tiberio a la guardia pretoriana, siendo así el primer emperador en reconocer de forma indirecta el papel de aquellos hombres en su sucesión. De aquel modo sentó asimismo un precedente para

los emperadores posteriores, incluido su inmediato sucesor, Claudio. También se retribuyó a las legiones y al pueblo ordinario. Dio grandes muestras de piedad hacia sus familiares difuntos. Partió hacia las islas en las que habían muerto cautivos su madre y uno de sus hermanos y trajo de vuelta a casa las cenizas, que dispuso junto a las de su padre Germánico, dentro del mausoleo de Augusto. Dedicó honores especiales a sus padres, acuñó monedas en su memoria y ordenó celebrar sacrificios en los días de sus aniversarios. Por analogía con los meses de julio y agosto, el mes de septiembre fue rebautizado como «germánico», aunque fue un cambio que no se perpetuó (Phil., *Leg.*, 25-28; Suet., *Cal.*, XV; Dio, LIX, II, 1-3, III, 5, IV, 3, VI, 1-3, VIII, 1).

Calígula combinó este derroche público con un espléndido programa de edificaciones, en contraste con el parco Tiberio, que había puesto freno a los proyectos públicos más costosos. Su contribución más notable, al principio de su mandato, fue la de finalizar un magnífico Templo de Augusto cuya construcción se había decretado tras la muerte del emperador, en 14 d. C., pero que aún seguía inconcluso 23 años después. Lo terminaron a los pocos meses de haber ascendido Calígula al trono y fue inaugurado con una gran exhibición de coros, carreras de caballos y sacrificios de animales. A modo de símbolo final de la continuidad del ideal augusteo, a Calígula le concedieron en septiembre el título de *pater patriae* (padre de la patria), honor que Augusto situaba entre los de mayor prestigio. Se eligió un escudo de oro para conmemorar la ocasión, escudo que un cuerpo de sacerdotes, acompañados por senadores y un coro de jóvenes, debería llevar al Capitolio en cada aniversario del acontecimiento (Suet., *Cal.*, XVI, 4; Dio, LIX, VII, 1-4).

LAS PRIMERAS TENSIONES

Los primeros meses de Calígula fueron de euforia y es de suponer que también agotadores, puesto que a principios de otoño de 37

había caído gravemente enfermo. Se ha debatido mucho acerca de la naturaleza de su dolencia. Muchos estudiosos creen que se trató de alguna manifestación de crisis nerviosa, que quizá le dejase con dificultades mentales permanentes. Sin duda, se trató de algo grave y duradero; mientras la multitud dormía a cielo raso fuera del palacio imperial, se mandaban despachos a las provincias, inquietas. Su recuperación fue acogida con júbilo en todo el imperio: Filón cuenta que en Alejandría los judíos lo celebraron con sacrificios. La recuperación de la salud del emperador, sin embargo, llegó acompañada de un claro cambio en el clima del régimen. Sin duda se había terminado el período de buena voluntad, por razones sobre las que no podemos sino conjeturar: algunos sostienen que se trató de daños cerebrales provocados por la enfermedad; otros apuntan que Calígula sospechaba de los motivos de quienes sostuvieron la marcha del imperio mientras él se encontraba incapacitado. Unas cuantas personas principales perdieron la vida en los meses siguientes a su recuperación. Entre ellas se encontraba Gemelo, acusado de haber dado por hecha la muerte de Calígula. Luego llegó la ejecución del suegro del emperador, Junio Silano, y al poco tiempo Calígula eliminó al hombre más poderoso de la corte después de su propia persona: Macrón. Sin duda estaba irritado por las constantes recomendaciones de Macrón acerca de qué conducta era la adecuada, pero difícilmente podría haber constituido ese fastidio la causa directa de una medida tan extrema. Quizá se sospechaba que Macrón había conjurado con Gemelo y Silano. La presencia de aquellos tres entre las víctimas, con fuertes vínculos de unión con el principado, apunta a ciertas sospechas, fundadas o quizá no, de cierta clase de conspiración. En adelante, sin duda, Calígula tomó la precaución de dividir el control de la guardia imperial entre dos hombres (Phil., *Flacc.*, 13-16, *Leg.*, 14-73, 356; Suet., *Cal.*, XIV, 2, XXIII, 3 y XXVI, 1; Dio, LIX, VIII, 1, 4-5, X, 6).

Con la muerte de Macrón, no quedó en la corte ninguna figura en posición de guiar y dirigir a Calígula. Como cada vez estaba más aislado y cada vez más inseguro de hasta qué punto po-

día confiar en los que le rodeaban, no cabe duda de que buscó guía y consuelo en los demás miembros de su familia, sus tres hermanas, a las que llovían las distinciones del emperador. Fueron honradas en las monedas y contaron con los privilegios y derechos de las vírgenes vestales. Calígula hizo incluir sus nombres en distintos votos y fórmulas legales usadas para presentar propuestas al Senado y, quizá lo más destacado, en los votos de fidelidad al emperador: «No me consideraré ni a mí ni a mis hijos más valioso de lo que considero a Gayo y sus hermanas». Se trataba de un gesto sin precedentes y una señal de que el principado estaba todavía en un estadio bastante experimental (Suet., *Cal.*, XV, 3).

Los estrechos vínculos de Calígula con sus hermanas le valieron acusaciones de incesto, una acusación que era habitual lanzar contra los enemigos de uno en el mundo antiguo. Suetonio afirma que su abuela Antonia lo sorprendió en flagrante con su hermana menor, Drusila, pero admite que no eran más que habladurías. Como es norma general con las afirmaciones sobre faltas sexuales, no hay forma de demostrar o desmentir la acusación, pero hay que señalar que el escritor judío Filón —que tenía razones para odiar a Calígula, pues lo consideraba enemigo de su pueblo, y que tendía a ver las cosas desde una posición moral muy elevada— no menciona el incesto entre las difamaciones que lanza contra el emperador. Además, Tácito, cuando analiza los cargos de incesto entre una de las hermanas, Agripina, y su hijo Nerón, unos veinte años después, atribuye el comportamiento de Agripina a su anterior corrupción y, como ejemplos de su incesto, cita una supuesta aventura con su cuñado Lépido, marido de la fallecida Drusila, y su boda con su tío Claudio. Es evidente que no acusó a Calígula de incesto en los libros que se nos han perdido. Las acusaciones, por tanto, han de tomarse con cautela.

Calígula sufrió un golpe tremendo en 38 cuando murió Drusila, que parecía haber sido su hermana preferida. Se retiró a su villa en el campo y se dejó crecer el pelo y la barba de forma des-

cuidada durante el período especial de luto público decretado por el Senado. Podría parecer una reacción extrema, pero en realidad estaba dentro del marco de la tradición romana. Lo más sorprendente es que se decretó la divinización de Drusila, con su propio sepulcro y su propio sacerdocio. Pero hay que recordar también que el Senado había sugerido el mismo honor para Livia, la esposa de Augusto (propuesta que vetó Tiberio) y, de hecho, Livia fue divinizada más tarde, en época de Claudio. Además, Nerón otorgó la misma distinción a su esposa y a su hija. De este modo, aunque sin precedentes, el gesto de Calígula no careció de imitadores (Jos., *AJ*, XIX, 204; Tac., *Ann.*, XIV, II, 4; Suet., *Cal.*, XXIV, 1-3, *Claud.*, XI, 2; Dio, LIX, XXII, 6).

Crisis

A principios de 39, las muertes de los sospechosos de conspiración y la consagración de su hermana tuvieron que servir para que el Senado tomase conciencia de que Calígula no era el joven dócil que habían dado por supuesto. Aquella concienciación vino a confirmarse con un acto simbólico: al principio del año, Calígula entró en su segundo consulado y continuó ostentando el puesto cada año hasta su muerte. Aunque renunciaba al poco tiempo, solo con asumir el cargo rompía con el precedente de Tiberio y Augusto (por lo menos después de 23 a. C.), quienes habían evitado asumir el consulado salvo en ocasiones especiales.

Para dejar clara la realidad de su independencia como *princeps* a título propio, a principios de 39 Calígula entró en la cámara del Senado en persona y denunció a sus miembros. Los reprendió por criticar a Tiberio y los culpó de las muertes que habían arruinado el mandato de su predecesor, llamándolos lacayos de Sejano y traidores a su madre y hermanos. Las pruebas que subyacían a aquellos insultos provenían de los mismos documentos que había fingido destruir al principio de su gobierno. Lo que tuvo que provocar mayor consternación fue la noticia de que se

introducían de nuevo los jucios por *maiestas*. No se puede decir que los senadores respondieran precisamente con valor, pues dieron su aprobación formal a la reintroducción y echaron sal sobre la herida al votar por sacrificios especiales de celebración de la clemencia del emperador. Parece sorprendente que siguieran creyendo que aún podrían controlar y manipular a Calígula, que parecía darse perfecta cuenta de la eficacia del miedo colectivo (Suet., *Cal.*, XXX, 2; Dio, LIX, IV, 3, VI, 3, XVI, 3).

Las fuentes suelen situar las peores épocas del comportamiento extraño de Calígula justo en este período en el que las relaciones entre emperador y Senado empiezan a deteriorarse seriamente. En algún momento de 39 mandó traer barcos de todo el mundo romano para unirlos por parejas y formar un pontón de cerca de cinco kilómetros de largo, que comunicaba Baiae y Puteoli, en las orillas opuestas de la bahía de Nápoles. Calígula se puso la coraza de Alejandro y, con una corona de roble y portando el escudo y la lanza, cabalgó desde Baiae, seguido por sus tropas, pasó la noche en Puteoli y luego regresó al día siguiente en un carro tirado por cuatro caballos de carreras. De vuelta a su destino original, regaló dinero y celebró una desenfrenada fiesta con multitud de gente. La celebración se descontroló: varios asistentes se emborracharon, cayeron al mar y se ahogaron. Algunas fuentes afirman que Calígula se metió en semejante problema por demostrar que podía cabalgar sobre las aguas y, con ello, rivalizar con Neptuno; pero es posible que tuviera una intención más racional: demostrar su poder político mediante un consumo extravagante y desmedido. La historia está plagada de ejemplos parecidos: lo atestiguan Luis XIV y el palacio de Versalles o Enrique VIII y Francisco I en el Campo del Paño de Oro. Quizá el objetivo de Calígula fuese demostrar al Senado, de un modo vívido y concreto, cuánto poder podía ejercer (Jos., *AJ*, XIX, 5-6; Suet., *Cal.*, XIX; Dio, LIX, XVII).

Es de sobras sabido que Calígula exigió recibir el culto propio de un dios, pero hay que situar este comportamiento en el contexto adecuado. Había quedado establecido —con el prede-

cente de Julio César— que a la muerte de un emperador, éste podía convertirse en dios mediante un decreto del Senado. Durante sus vidas, los emperadores recibían culto de forma habitual como dioses en las provincias; disponemos de numerosas pruebas según las cuales eran adorados como dioses en Italia, e incluso en Roma hay indicios de que, de manera informal, recibían un trato casi divino. Podría ser que Calígula sobrepasara este último límite, pero hay que mantener la cautela con respecto a las pruebas y, en particular, deberíamos tener cuidado con respecto a otorgar demasiado peso histórico a lo que quizá fueran comentarios superficiales o jocosos. Quizá aquellas historias conforme mandó levantar una casa que lindaba con el Templo de Cástor y Pólux para emplear a la pareja como porteros, o que planeaba tener un palacio en el Capitolio para gozar de la vecindad de Júpiter ocultaran un sentido del humor algo estrafalario. Un humor un tanto cruel explicaría también la historia que se contaba sobre el general Lucio Vitelio, padre de uno de los usurpadores posteriores a Nerón. Tras haber regresado de Siria, el emperador preguntó a Vitelio si podía ver la Luna en su presencia. El contexto es muy importante en este caso: Vitelio era un adulador de categoría; más adelante llevó siempre consigo el zapato de Mesalina, la esposa del emperador Claudio, como muestra de su devoción por ella. Calígula disfrutó sin duda de su turbación: si Vitelio negaba la presencia de la Luna, se arriesgaba a ofender al emperador, pero si asentía, parecería loco. Al final, supo estar a la altura del juego y declaró que solo los dioses pueden contemplar a los dioses (Suet., *Cal.*, XXII, 2, 4, *Vit.*, II, 5; Dio, LIX, XXVII, 4-6 y XXVIII, 5, LX, VI, 8).

¿Acaso pretendía Calígula establecer su propio culto formal en Roma? Al respecto, es útil tener en consideración el testimonio de las monedas. Si hubiera pretendido que el mundo lo concibiera en verdad como un dios, disfrutó de incontables oportunidades de retratarse a sí mismo como tal en sus monedas. Ahora bien, pese a las muy variadas e imaginativas series de monedas que caracterizaron su mandato, no hay el menor rastro de que se con-

siderase más que un mortal. Ni siquiera llevaba la corona radiada, símbolo de asociaciones divinas que sí utilizó Nerón, si bien consta que este emperador en concreto rechazó una propuesta de recibir culto en Roma. Sin duda, las monedas son pruebas concretas de que deberíamos mostrarnos escépticos con respecto a las historias que afirman que Calígula exigía la divinidad. Es posible que solo buscase el culto de su numen, el poder, sobre todo el divino, que reside en cualquier persona, o el de su *genius*, el espíritu (con sus cualidades divinas) que todo romano poseía. Aquel tipo de culto habría estado muy cerca de reconocer que una persona era divina, pero hablando en términos estrictos no cruzaba la línea; además, Calígula podría haber citado precedentes del mandato de Augusto.

El cruel sentido del humor de Calígula podría haber sido responsable, también, de la historia según la cual nombró cónsul a su caballo. Era un gran entusiasta de las carreras de caballos, igual que tantos otros romanos. Trataba a su caballo favorito como una auténtica celebridad; comía en platos de oro y, antes de las carreras importantes, lo mantenía en lo que era esencialmente una comunidad cerrada, con soldados apostados para detener a la gente que le estorbaba el sueño. Sin embargo, a pesar de la arraigada creencia popular, las fuentes no aseveran realmente que nombrase cónsul al equino. Solo dicen que planeaba hacerlo: Dión afirma que lo prometió; Suetonio, que corrían rumores de semejante plan (y hay otra variante según la cual elevó al caballo a la categoría de sacerdote de su propio culto). Esta historia podría haber empezado a modo de burla deliberada en el Senado. Era costumbre que el emperador designase a los candidatos para el consulado. En 39, Calígula tenía una opinión tan baja del orden senatorial que podría haber lanzado el comentario de que el mejor candidato que se le ocurría era su caballo *Incitatus*, una salida que sus enemigos ansiarían explotar y presentar en los términos más oscuros (Suet., *Cal.*, LV, 3; Dio, LIX, XIV, 7 y XXVIII, 6).

La tensión entre Calígula y el Senado llegó a un punto crítico en septiembre de 39, cuando destituyó a los dos cónsules de su puesto y formuló varias acusaciones contra diversas personas. Las fuentes hablan de un clima de miedo y una oleada de lo que en la actualidad denominaríamos «mccarthismo»: ser amigo de un enemigo convicto del emperador podía acabar siendo peligroso. Desde el presente resulta bastante complejo determinar el grado de peligrosidad de aquella situación, pues carecemos de pruebas concretas. Un signo claro de la lucha fue el intento de mutilar el poder de los legados provinciales. Se retiró a los gobernadores de Dalmacia y Lusitania, aunque no sufrieron ninguna desgracia. Ya hemos conocido al más importante de los comandantes, Lucio Vitelio, legado en Siria, donde llevó a cabo una exitosa campaña contra los partos; según se cuenta, era objeto de sospechas y se le ordenó volver a casa. Hubo otros dos comandantes que no tuvieron tanta suerte. Calvisio Sabino, gobernador de la Panonia, fue despojado de su mando y acusado, junto con su esposa, probablemente de *maiestas*. Escaparon a su destino con el habitual recurso del suicidio. Posiblemente, la más destacada de las víctimas militares de importancia fue Cornelio Léntulo Getúlico, legado de la Germania Superior. Getúlico había permitido, sin duda, que la disciplina y el orden se deteriorasen entre sus tropas, pero su caída no puede adscribirse sencillamente a la incompetencia, puesto que contamos con un testimonio de las celebraciones de octubre de 39 con las que se conmemoró en Roma el descubrimiento de las «nefandas conjuras» de Getúlico.[3] Podría ser que formase parte de una conspiración mayor, tal vez vinculada a personas de la propia casa de Calígula. A finales de 39, el emperador viajó al norte, acompañado de un nutrido séquito en el que se incluía una unidad de la guardia imperial y algunos miembros de su familia: su hermana Agripina y probablemente su otra hermana, Livila, y Lépido, el que fuera marido de la fallecida Drusila y, según se cuenta, uno de los amigos más ín-

timos de Calígula. Cuando el grupo estuvo bien lejos de la custodia protectora de Roma, Lépido fue ejecutado: un tribuno de la guardia lo degolló. Tal vez había estado conspirando con Getúlico, pero no hay pruebas claras de ello, y podría tratarse de dos conjuras separadas e independientes (Sen., *Ep.*, IV, 7; Tac., *Hist*, I, XLVIII, 2-3; Suet., *Cal.*, XXIV, 3, XXVI, 3, XXIX, 1, *Galb.*, VI, 2; Dio, LIX, XX, 1, XXI, 4, XXII, 5-9, XXIII, 8, XXVII, 4).

La situación tenía tintes aún más sombríos. Las dos hermanas de Calígula estaban implicadas y se las acusó, a las dos, de haber sido amantes de Lépido. Los que se consideraban delitos políticos de las mujeres imperiales romanas a menudo se disimulaban bajo manto de mala conducta sexual, y tal podría haber sido el caso en aquella ocasión. A modo de castigo especial, Agripina se vio obligada a llevar la urna que contenía las cenizas de su presunto amante de vuelta a Roma, antes de ser desterrada, junto con su hermana, a las islas Pontinas. Podríamos preguntarnos por qué habría querido Agripina conspirar contra Calígula, puesto que ya gozaba de una situación privilegiada. Es posible que la causa fuese una de las tendencias básicas que se dieron a lo largo de la historia romana: la obsesión por la dinastía. Agripina tenía un hijo pequeño, por quien sin duda albergaba ambiciones (que se cumplirían, puesto que se convirtió en el emperador Nerón). En 39 Calígula ya se había casado tres veces. Su primera esposa murió siendo él aún joven. Se casó en segundas nupcias (con una esposa que no sabemos a ciencia cierta cómo se llamaba) al poco de recuperarse de su enfermedad, pero no tardó en divorciarse de esta segunda mujer para desposarse con Lolia Paulina, una de las mujeres más ricas de Roma, que llevaba consigo las facturas de compra de sus joyas para aquellos que no daban crédito a su precio. Aunque Lolia pudo suministrarle el dinero que tanto necesitaba —y sin duda las extravagancias de Calígula eran onerosas— no tuvo más éxito que sus predecesoras en ofrecerle el mayor de los beneficios: un heredero. Así, en 39 Calígula dejó a Lolia y se volvió a casar. Aquella vez la novia fue Milonia Caesonia, que al mes de haberse casado dio a luz a una niña. Qui-

zá en esta etapa Agripina quedó consternada al descubrir que Calígula, contra todas las expectativas, podía tener hijos, por lo que las perspectivas para su hijo eran cada vez más débiles. Tal vez tuvo también la sensación de que su distanciamiento del Senado auguraba un panorama peligroso para toda la familia y, por una mezcla de todas estas razones, había asociado su suerte con la de Lépido (Pers., VI, 47; Plin., *NH*, VII, 39, IX, 117; Jos., *AJ*, XIX, 11 y 192-193; Juv., *Sat.*, VI, 615-617; Suet., *Cal.*, XXV y L, 2; Dio, LVIII, XXV, 2 y LIX, VIII, 7, XII, 1, XXIII, 7, XXVIII, 7).

BRITANIA

La destitución de Getúlico preparó el escenario para uno de los episodios más infames de la carrera de Calígula: su proyecto de invadir Britania. Las fuentes nos cuentan que dispuso la campaña en 39 por razones puramente frívolas, que carecía de los preparativos adecuados, que tomó parte en algunas maniobras absurdas en Germania y que luego avanzó hasta el canal de la Mancha. Una vez allí, alineó a sus tropas, salió al mar, regresó, les dijo a sus soldados que avanzasen hacia el agua, que recogiesen conchas y luego se las llevó para usarlas en las celebraciones de la victoria como botín del Océano. Esta expedición se ha contemplado como una de sus locuras más insensatas. Ello no obstante, se podría justificar en términos de *realpolitik*. En primer lugar, es importante señalar las condiciones en las que se encontraba entonces Britania, donde los elementos más favorables a Roma, en el sur de la isla, estaban siendo dominados de forma gradual por pueblos encabezados por el poderoso rey Cunobelino y su hijo Carataco, nacionalista acérrimo. Aquello suponía una seria amenaza para la Galia romana, puesto que los celtas contaban con fuertes lazos familiares a ambos lados del Canal.

Las afirmaciones que sostienen que el aprovisionamiento dispuesto para la empresa era inadecuado deben tratarse con cautela. Los relatos antiguos, cuando hablan del acierto de la inva-

sión, afirman que no se desarrolló una programación adecuada. Pero en un contexto distinto, cuando de lo que se trata es de la *irracionalidad* del emperador, se contradicen fundamentalmente entre ellos y hablan de reclutamientos a gran escala, como prueba de la megalomanía: Dión ofrece una cifra que ronda los doscientos mil hombres. De hecho, podemos confirmar que se realizaron unos preparativos responsables; lo confirman de nuevo las pruebas materiales, en esta ocasión, las inscripciones. Calígula murió antes de poder conquistar Britania y legaría a su sucesor Claudio la tarea de llevar a cabo la invasión propiamente dicha en 43 d. C. En esta invasión posterior, Claudio usaría tres de las cuatro legiones del ejército del Rin, de modo que, por supuesto, hizo falta un reemplazo al menos parcial. Así, para rellenar el hueco que aquéllas dejaban se reclutaron dos nuevas legiones, la XV y la XXII, y las inscripciones de las lápidas, donde suelen figurar con cierto detalle las carreras militares de los hombres que habían servido en aquellas unidades, demuestran que las dos nuevas legiones fueron reclutadas por Calígula. Las pruebas indican, pues, que los preparativos fueron concienzudos y responsables (Tac., *Agr.*, XIII, 2, *Germ.*, XXXVII, 5; Suet., *Cal.*, XLIII, *Galb.*, VI, 2-3; Dio, LIX, XXII, 2).[4]

¿Qué sabemos del comportamiento de Calígula en Germania? Las fuentes afirman que cruzó el Rin al frente de sus tropas, luego regresó despavorido y repitió aquel proceder en distintas localidades. Pero hay que comprender la estrategia subyacente a cualquier proyecto de invasión de Britania. Una empresa de aquellas características aislaría al ejército romano de sus bases. Aun en las mejores circunstancias sería algo bastante peligroso, pero rozaría el suicidio si la frontera germánica quedaba sin asegurar, puesto que una invasión de Germania podía incomunicar a la expedición romana por completo. Sabemos que el conspirador Getúlico había sido un comandante poco estricto y que había permitido que decayese la disciplina entre las legiones romanas del Rin. Fue sustituido por el que sería el emperador Galba, un soldado de considerable destreza y estricto con la disciplina, que no perdió tiem-

po en devolver la forma a las legiones. Asegurar la frontera del Rin era uno de los preliminares cruciales para la campaña británica. Esta estrategia no requería una expedición a gran escala; de hecho, la experiencia habría enseñado a los romanos que una gran incursión podía llevarlos al desastre. Lo que se requería era una serie de asaltos en la zona del Rin, para intimidar a los germánicos, asaltos tales que diesen la impresión de que los romanos estaban no ya listos para la batalla, sino incluso con ganas de pelea. Esto podría explicar las limitadas incursiones de Calígula en territorio germánico (Suet., *Cal.*, XLV, 1-2, LI, 2-3, *Galb.*, VI, 2-3; Dio, LIX, XXI, 3).

¿Qué sucedió con el incidente del Canal? Es importante señalar que Calígula dejó el Canal en marzo, como muy tarde. Es importante que fuese en el mes de marzo puesto que partió antes de lo que los romanos consideraban la estación segura para navegar: durante los meses de invierno no se emprendían viajes salvo en casos de emergencia extrema. Es bastante improbable que Calígula se hubiera arriesgado a cruzar con sus tropas un canal peligroso durante los meses de invierno y por tanto podemos descartar cualquier tipo de invasión en aquel momento. Tenemos constancia de que aproximadamente en este período Adminio, uno de los hijos de Cunobelino, desertó de las filas británicas y se pasó a las romanas. Las fuentes no conectan su deserción con las actividades de Calígula en la costa, pero la presencia del emperador ofrece el mejor contexto y la llegada de Adminio habría sido una bendición para Calígula. El emperador había abandonado Roma rodeado de expectativas sobre la invasión de Britania. Pero el lamentable estado de la frontera germánica podría haberlo convencido de que no era una iniciativa viable (a la postre, harían falta varias temporadas de campaña en Germania para darle viabilidad, campañas que se realizaron durante el mandato siguiente). Tal vez no sea sorprendente, entonces, que aprovechase la rendición de Adminio y exagerase su importancia presentándola como si de la conquista de toda la isla se tratase. La historia de las conchas puede, probablemente, tomar-

se como algo más o menos creíble. En la tradición literaria romana relativa a la conquista anticipada de Britania, uno de los temas recurrentes es que implicó la conquista del Océano, el gran Océano que circundaba el mundo civilizado. Este motivo habría sido el que Calígula quiso enfatizar en sus celebraciones, de vuelta en Roma, y las conchas habrían servido como instrumento perfecto para simbolizar aquella supuesta conquista (Suet., *Cal.*, XLIV-XLVII; Dio, LIX, XXI, 3, XXV, 1-3; Oros., *Con. pag.*, VII, V, 5).

ÁFRICA

Podemos percibir una racionalidad similar en las medidas que se tomaron en el norte de África. Aquella provincia era singular. Estaba expuesta a amenazas militares, pero en tanto que se trataba de una región próspera en la que los senadores habían depositado grandes inversiones y eran dueños de grandes fincas, existía allí un interés senatorial claramente marcado. La provincia era de las poquísimas designadas como «públicas», cuyos gobernadores eran nombrados por el Senado, pero que albergaban tropas: en el caso de África, una legión, al mando del gobernador senatorial. Esto generaba una anomalía, puesto que los comandantes militares eran nombrados regularmente por el emperador. Con Calígula, la legión dejó de estar bajo el control del gobernador y pasó a las órdenes de un legado nombrado por el emperador. Fue ésta una medida prudente y la alternativa habría resultado bastante más draconiana: excluir África de la jurisdicción del Senado. La disposición distaba mucho de ser perfecta, sin embargo, y se produjeron tensiones jurisdiccionales aisladas, que no se solventaron hasta que Severo creó la provincia imperial independiente de Numidia (Tac., *Hist.*, IV, 48; Dio, LIX, XX, 7).

En la zona occidental de la provincia africana estaba el reino de Mauritania, que se extendía a lo largo de cerca de mil trescientos kilómetros hacia la costa atlántica. En la época en la que

Calígula ascendió al trono, era una entidad nominalmente independiente, una estrecha aliada de Roma, gobernada además por su rey prorromano, Ptolomeo, que había socorrido a sus aliados luchando contra el rebelde Tacfarinas durante el mandato de Tiberio. Cuesta determinar la secuencia exacta de acontecimientos, pero en cierto momento, probablemente en 40 a. C., Ptolomeo fue llamado desde Roma y ejecutado. Las circunstancias de su muerte suelen atribuirse a la despiadada irresponsabilidad de Calígula; las explicaciones varían desde la cólera por verse eclipsado ante el espléndido vestuario de Ptolomeo en una función teatral hasta el deseo de meter mano a la riqueza del rey. Pero la pérdida de la independencia de Mauritania tal vez fuera algo inevitable: aquél era el destino general de los reinos clientes de Roma y aquella zona quizá hubiera experimentado ya algunos años de gobierno directo de los romanos poco antes de 40 a. C. Su incorporación en una estructura imperial superior puede entenderse en términos estratégicos: las rebeliones constantes en la región, sobre todo la de Tacfarinas, habrían hecho tomar conciencia a los romanos de lo desprotegida que se encontraba la provincia africana y Ptolomeo y sus predecesores no habían demostrado la competencia suficiente a la hora de ofrecerles protección, ya fuera para África o para las colonias romanas dentro de Mauritania. El cambio de estado de Mauritania puede contemplarse como un complemento a la reforma de la estructura de mando que se produjo en la provincia africana. Dicho esto, quizá cabría esperar que Ptolomeo hubiera podido disfrutar de un retiro cómodo y honorable, por lo que es posible que, de algún modo, se hubiese implicado en una de las conjuras contra Calígula. La región estaba pacificada y se determinó que, debido a su tamaño, se la dividiría en dos provincias separadas, aunque la puesta en práctica de esta última disposición podría haberse producido tras la muerte de Calígula (Sen., *Tranq.*, XI, 12; Plin., *NH*, V, 2; Tac., *Ann.*, IV, XXIII, 1, XXVI, 4; Suet., *Cal.*, 35; Dio, LIX, XXV, 1, LX, IX, 5).

La esfera exterior que muestra claramente un fuerte deterioro durante el mandato de Calígula es la de las relaciones de Roma con los judíos. Las cuestiones en juego eran complejas e implicaban a dos comunidades judías distintas: los que vivían en la zona original de asentamientos judíos conocida en términos generales como Judea, y los judíos de la Diáspora, ubicados sobre todo en la ciudad egipcia de Alejandría, donde los inmigrantes judíos vivían en una difícil cercanía de la población predominante, la griega. No sería justo tachar a Calígula de antisemita. Él mantenía relaciones excelentes con algunos líderes judíos, sobre todo con Herodes Agripa, y probablemente su comportamiento hacia los judíos no fue más brusco que hacia los demás grupos. Pero los sentimientos especiales —nacionales y religiosos— de los judíos necesitaban de un hábil manejo diplomático, y de aquello, sin duda, Calígula estaba terriblemente falto.

Fue en Alejandría donde empezaron a aflorar los problemas; resulta un tanto irónico que, hasta la época de Calígula, los judíos alejandrinos habían considerado a los romanos como defensores de sus derechos políticos y religiosos. El prefecto de Egipto, Avilio Flaco, un hombre nombrado por Tiberio en 32, había gobernado de una forma enérgica y capaz al principio, pero parece ser que las cosas empezaron a escapársele de las manos cuando Calígula subió al trono, pues se olvidó, por ejemplo, de mandar a Roma una resolución de los judíos alejandrinos que rendía honores al nuevo emperador; el escritor judío Filón afirmó que Flaco estaba bajo la influencia de nacionalistas griegos extremistas. La tensión iba en aumento y estalló en 38, cuando llegó a Alejandría Herodes Agripa, que desfiló por la ciudad exhibiendo de una forma muy llamativa su favor imperial y jactándose de los beneficios que podría otorgar a los judíos de la zona. Aquello desencadenó serios desórdenes, durante los cuales se incendiaron y derribaron algunas sinagogas. El propio Agripa solo se salvó huyendo de la ciudad. Parece ser que Flaco había creído que los

extremistas del bando judío eran los responsables del descontento y los sometió a estricta vigilancia, trasladándolos a dos barrios específicos de la ciudad. Si algo consiguió la medida fue solo agravar el problema. Las tensiones aumentaron y desataron una violencia considerable, llegando incluso al asesinato, que Flaco intentó controlar mediante el arresto de los más destacados líderes judíos. En octubre de 38 Flaco fue sustituido por Gayo Polión, mucho más diplomático, que consiguió mantener un cierto nivel de calma en la ciudad. Los delegados de ambas comunidades, la griega y la judía, encabezada ésta por Filón, fueron enviados a Roma para exponer sus casos, y probablemente se reunieron con el emperador en el año 40, cuando él acababa de regresar de su expedición en el norte.

Filón nos ha legado un relato muy vivo de su encuentro con Calígula, que se desarrolló en un clima de casi desesperación por parte de la delegación judía, puesto que mientras ellos se encontraban en Roma llegaron noticias de que el Templo de Jerusalén iba a ser convertido en un centro de culto imperial (véase más adelante). La reunión se celebró en la residencia imperial de la colina del Esquilino. La delegación judía siguió al emperador mientras él iba pasando de una habitación a otra revisando los muebles y la decoración, una situación que se vio agravada por una sarta de enigmáticas bromas acerca de las costumbres judías y el famoso comentario de que más que delincuentes, los judíos deberían ser considerados unos locos desventurados por no creer que él era un dios. Al final, la discusión no tuvo efectos prácticos puesto que Calígula fue asesinado antes de que alcanzase a tomar una decisión (Phil., *Flacc.*, 25-62, *Leg.*, 349-367).

La secuencia exacta de los acontecimientos sucedidos en Judea no está clara, pero no cabe la menor duda de que también se agravaron mucho durante la época de Calígula. Tácito hizo un comentario, luego famoso, acerca de que en Judea «todo estaba tranquilo con Tiberio» y, aunque se trataba de algo bastante exagerado, los problemas en aquel tiempo fueron sobre todo de índole local y se calmaron con la suspensión de Poncio Pilato,

prefecto de Judea, por parte de Vitelio, gobernador de Siria, a quien estaban subordinados los prefectos de Judea. Al subir al trono, Calígula mandó a un nuevo funcionario, Marulo, muy poco conocido. El nombramiento fue bastante irrelevante, puesto que los acontecimientos tomaron un cariz tan grave que requirieron la intervención directa del nuevo legado en Siria, Publio Petronio. Los problemas se iniciaron en la ciudad costera de Jamnia, probablemente en invierno de 39, cuando los judíos derribaron un altar dedicado al culto imperial. Calígula, enfurecido, respondió decretando que el Templo de Jerusalén se convertiría en un santuario imperial, junto con una descomunal estatua de su propia figura con aspecto de Júpiter. Las repercusiones eran inevitables. Estallaron disturbios en Siria que derivaron en ataques contra los judíos y la quema de la sinagoga. Petronio usó sus habilidades diplomáticas lo mejor que supo, pero se topó con el rechazo categórico de los líderes judíos a aceptar lo que a sus ojos era la profanación del templo. Las manifestaciones por toda Judea y la decisión deliberada de no atender la cosecha convencieron a Petronio de que se avecinaba un desastre. Con astucia, insinuó a los escultores de Sidón ocupados en la colosal estatua que realizaran la tarea con morosidad e informó a Calígula de la gravedad de la situación. Se cuenta que el emperador se negó a creer a Petronio y sospechó que recibía sobornos, pero en cualquier caso acabó desistiendo de imponer sus planes en el templo y se dejó convencer por su buen amigo Herodes Agripa, tan abatido por el plan que cayó gravemente enfermo (Phil., *Leg.*, 188-338; Jos., *AJ*, XVIII, 261-309, *BJ*, II, 184-203; Tac., *Hist.*, V, IV, 2).

Es difícil determinar hasta qué punto fue Calígula responsable directo de la grave desintegración de aquellas buenas relaciones, puesto que nuestras fuentes de información son muy confusas al respecto. Los escritores judíos como Josefo y Filón estaban convencidos de que aquél odiaba a los judíos y planeaba una gran guerra contra ellos. La idea no resulta convincente. Probablemente, los romanos experimentaban dificultades para distinguir entre el fervor religioso y el político. Actos como la des-

trucción del altar de Jamnia podrían haberse interpretado como un desafío al protectorado y el fervor de las facciones judías más extremadamente entusiastas sin duda habría agravado la situación. Tras la muerte de Calígula, los judíos de Alejandría, empeñados en la venganza, recurrieron a los alijos de armas previamente almacenados y se lanzaron a un saqueo contra los griegos. Aquello no fue más que un episodio en la larga serie de duros conflictos que siguieron a la muerte de Calígula y que antes que hubieran transcurrido treinta años acabaron llevando a un enfrentamiento definitivo y al saqueo devastador de Jerusalén (Jos., *AJ*, XIX, 278-291).

Los últimos años

Calígula inició su viaje de vuelta a Roma tras su expedición al norte en la primavera de 40, y el 30 de mayo se encontraba en los alrededores de la ciudad; sin embargo —quizá por temor a que lo asesinasen— evitó entrar hasta finales de agosto, mes en el que celebró su ovación —una forma menor de triunfo— por su «victoria» sobre los britanos. En adelante, las relaciones con el Senado se hicieron cada vez más tensas y se multiplicó el número de ejecuciones y de juicios por traición. Es muy difícil encontrar un patrón en los episodios aislados y determinar si existió una conspiración conjunta contra él ya desde 40. Aun teniendo en cuenta su parte de exageración, las historias de aquella época eran especialmente horribles: senadores apalizados hasta la muerte, o decapitados, e individuos a los que se ejecutaba en presencia de sus familiares. Como antes, Calígula explotó la fuerza del miedo colectivo, incitando a los senadores a volverse en contra de sus compañeros. Respondieron unidos con su tradicional servilismo, votándole los festivales y las acciones de gracias e, irónicamente, otorgándole una escolta cuando entraba en la cámara, se supone que para protegerlo de los mismos hombres que le estaban aprobando la protección (Sen., *Ep.*, XXIX, 6, *Ben.*, II,

XII, 1, XXI, 5, *De ira,* II, XXXIII, 3-6, III, XVIII, 3-19, *Tranq.*, XIV, 4-10; Jos., *AJ*, XIX, 32-36; Tac., *Agr.*, IV, 1; Suet., *Cal.*, 16, 26, 27-28; Dio, LIX, XXV, 5b-9, XXVI, 1-4; Oros., *Con. pag.*, VII, V, 10).

De los tres grupos principales en la sociedad romana —el pueblo, el Senado y el ejército—, Calígula solamente había conseguido hacerse con la lealtad general del primer grupo. Había comenzado siendo una figura de gran popularidad frente al pueblo ordinario y parece ser que disfrutó del afecto de las masas hasta el final. Algunas de sus medidas fueron decididamente populistas, por ejemplo la prolongación de festivales como los Saturnalia. Otras quizá tuvieron unos dejes más serios, políticos y constitucionales. Restableció para el pueblo un antiguo derecho constitucional que había pasado de ellos al Senado en época de Tiberio: el proceso mediante el cual los magistrados eran elegidos por las asambleas populares. Con Tiberio, las elecciones pasaron al Senado y las asambleas se limitaron a ratificar la selección que ya se había hecho. Por supuesto, el gesto de Calígula fue en su mayor parte simbólico, puesto que sería el emperador quien controlaría la elección de los candidatos y podría controlar los nombramientos de los dos cargos más elevados: el consulado y la pretura. Al final, incluso aquel gesto simbólico tuvo que ser revocado, puesto que al parecer el pueblo en general tenía pocas ganas de participar en un proceso que estaba vacío en lo esencial (Suet., *Cal.*, XIV, 3, XVI, 2-3; Dio, LIX, VI, 4, IX, 6, XX, 3-4, XXVIII, 10).

Sin embargo, en alguna ocasión Calígula demostró estar dispuesto a sufrir la impopularidad si las circunstancias así lo requerían. Tal vez su medida más innovadora fue establecer una serie de impuestos directos antes desconocidos para los romanos. Impuso gravámenes a las tabernas, los esclavos y el alquiler de esclavos. Se fijó un impuesto para todos los comestibles vendidos en la ciudad y otro del 2,5 por 100 sobre el total del dinero movido en las acciones legales; existió incluso un impuesto sobre las ganancias de las prostitutas. Anteriormente, los italianos habían estado exentos de aquellos impuestos directos, de

modo que disfrutaban de una ventaja injusta con respecto a otras zonas del imperio. Las nuevas medidas no cayeron nada bien y Claudio fue aboliéndolas casi todas, de manera gradual (una señal de que durante su mandato, el tesoro no se encontraba en un desor-den financiero tan grave como se suele creer). Pero la prueba final fue que, tras su asesinato, el pueblo no parecía considerar la desaparición de Calígula como un golpe a la libertad. La reacción del pueblo en el teatro, al recibir la noticia, fue de aflicción; Josefo dice groseramente que era lo que cabía esperar, puesto que el público estaba formado por mujeres, niños y esclavos. Unas horas más tarde, sin embargo, se volvieron a manifestar sentimientos similares, cuando una multitud encolerizada se reunió en el Foro y pidió el arresto de los asesinos (Jos., *AJ*, XIX, 28, 128-129, 159, 228; Suet., *Cal.*, 40; Dio, LIX, XXVIII, 8).

Sin duda, el nivel de hostilidad entre Calígula y el Senado se exageró muchísimo en la tradición establecida tras su muerte. Uno de los temas recurrentes en las fuentes es el de la huida, en el último momento, de personajes políticos que habían provocado la cólera del emperador y, condenados a morir, solo se salvaron por la intervención del hado en forma de daga del asesino. Se cuenta que Séneca se enfrentaba a la ejecución y que solo sobrevivió porque se creyó que su enfermedad pulmonar era incurable. Memio Régulo, gobernador de Mesia, Macedonia y Acaya, Casio Longino, procónsul de Asia, y Publio Petronio eran todos, según se dice, candidatos seguros a morir, pero recibieron un indulto de última hora con el fallecimiento del propio Calígula. En realidad, parece que fueron muchos los que prosperaron en época de Calígula, por lo que estos relatos suenan más bien a historias preparadas para explicar por qué murieron algunos mientras que otros vivieron... y además, bastante bien. Los senadores debían enfrentarse a la verdad: la mayoría de los miembros del cuerpo satisfizo a Calígula, la mayoría sobrevivió ilesa y posiblemente colaboró en contra de los pocos valerosos que asumieron una postura de resistencia. De hecho, el Senado en su conjunto no solo aprobó pasivamente las acciones de Calígula sino que

estaba ansioso por colmarlo de honores (Phil., *Leg.*, 330-334; Jos., *AJ*, XVIII, 305, XIX, 8-10; *BJ*, II, 203; Suet., *Cal.*, LVII, 1; Dio, LIX, XIX, 7-8, XXIX, 3-4).

Conspiración y muerte

Calígula podría haber perdido algo del apoyo popular y haberse distanciado del Senado, y aun así, haber sobrevivido. Pero el único elemento cuyo respaldo le resultaba crucial era el ejército y, sobre todo, la sección emplazada en la propia ciudad de Roma: la guardia pretoriana. Como hemos indicado antes, su ascensión al poder fue la primera en la que el uso declarado de la guardia imperial representó un papel importante a la hora de determinar los acontecimientos. Pues bien, su mandato también sería el primero en el que la guardia representaría un papel clave en el derrocamiento de un emperador. Por desgracia, hay pocas certezas acerca de cómo sucedió; los últimos días de Calígula figuran entre los episodios mejor documentados, pero peor comprendidos de la Antigüedad clásica.

Parece que hacia finales del año 40 la oposición fue creciendo y se fue concentrando más a principios del 41. Se supone que el conspirador principal fue un tribuno de la guardia, Casio Cerea. Por supuesto, las motivaciones de la guardia imperial no venían marcadas por los sentimientos. Ellos constituían una unidad especialmente privilegiada dentro del ejército, cuya existencia dependía de que el principado no se interrumpiese. Si con su comportamiento un emperador ponía a la institución en peligro, lo más probable era que la guardia cambiase de bando antes que traicionar a la institución. Josefo retrata a Casio Cerea como un noble idealista, que luchaba por los principios republicanos, pero cuesta dar crédito a ese papel. Dión nos ofrece una información más vistosa: que su oposición era personal; que Casio tenía una voz afeminada y Calígula solía burlarse de él cuando le transmitía el santo y seña. Disponemos de otra información increíble: que

este tribuno de la guardia fue haciendo visitas y reclutando a otras personas, incluso a sus comandantes y a unos cuantos senadores importantes. Es, a todas luces, absurdo. Cerea estaba implicado en la trama, sin duda, pero algún personaje más poderoso lo utilizó como herramienta (Jos., *AJ*, XIX, 17-23, 37-69; Tac., *Ann.*, I, XXXII, 5; Suet., *Cal.*, LVI, 1; Dio, LIX, XXIX, 1-2).

A finales de enero de 41, durante una representación teatral en el monte Palatino, Calígula se marchó a su palacio para comer. En un túnel subterráneo, Casio Cerea y otro tribuno lo abatieron. Se nos ha contado que la guardia imperial empezó a registrar el palacio y se encontró con Claudio, escondido tras una cortina y muerto de miedo. Se cuenta que la guardia decidió que sería un gesto divertido hacerlo emperador y lo llevaron a su campamento. Pero resulta muy sorprendente que un Claudio supuestamente aterrorizado recuperase tan pronto la compostura. Mientras el Senado se entregaba a una discusión abstracta sobre la restauración de la república, él organizó a los pretorianos detrás de sí, los sobornó con un enorme donativo en metálico y mandó al Senado instrucciones definidas y explícitas conforme era él quien estaba al mando. Parece muy claro que los soldados no buscaban acabar con el sistema imperial, sino cambiar de emperador, y cuesta no sospechar que, aunque se mantuviera a cierta distancia, Claudio estaba detrás de lo ocurrido, como personaje crucial. Así pues, no debemos contemplar el asesinato como un golpe libertario para eliminar a un tirano depravado. Era el intento de un bando —algo habitual, por otra parte— de robar el poder al otro. Sin duda, Claudio fue considerado un usurpador; no acudió a las reuniones del Senado durante varios meses y, cuando lo hizo, adoptó la precaución caligulea de usar una escolta (Sen., *Const.*, XVIII, 3; Jos., *AJ*, XIX, 99-271; Suet., *Cal.*, LVIII, 2-3; Dio, LIX, XXIX, 7, LX, 1).

El breve mandato de Calígula fue un desastre, pero la culpa de ello debe reservarse a los romanos. El ejército, en forma de guardia imperial, inyectó en el sistema imperial el peor de los rasgos de la Roma republicana de finales de siglo: el uso de la fuer-

za militar para decidir los resultados políticos. El Senado, sin duda, no emergió con honores del mandato de Calígula. Quizá estuvieran bajo presión militar desde el principio; pero tuvieron que cargar con la mayor parte de la culpa por los poderes, notabilísimos y sin precedentes, concedidos a un joven totalmente inexperto. Además, se diría que corrieron a responder a todas las humillaciones, una tras otra, con una adulación cada vez más empalagosa. Lo más trágico de todo es que, trece años después de su muerte, pasaron por un proceso casi idéntico al entregar el poder absoluto a otro joven que, de modo parecido, también carecía de la experiencia o el talento necesarios para el cometido: Nerón.

NOTAS

1. Decreto de Assos, en Mary E. Smallwood, *Documents illustrating the principates of Gaius Claudius and Nero*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967, p. 33.

2. Smallwood, *Gaius Claudius and Nero*, 3.10 (Actas de los Hermanos Arvales): «porque en este día fue aclamado emperador por el Senado».

3. Smallwood, *Gaius Claudius and Nero*, 19.17 (Actas de los Hermanos Arvales): «por las perversas conjuras de Cn. Léntulo Getúlico contra Gayo Germánico».

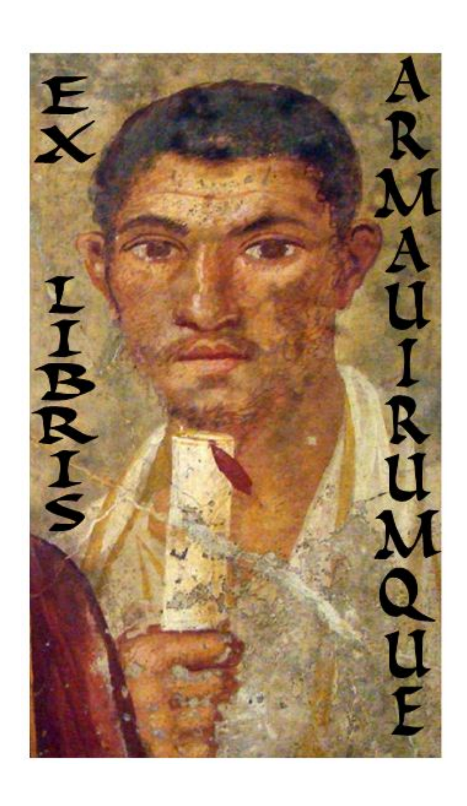
4. Véase también Smallwood, *Gaius Claudius and Nero*, 278.

LECTURAS RECOMENDADAS

Balsdon, John P. V. D., *The Emperor Gaius (Caligula)*, Clarendon Press, Oxford, 1934; reimpr. en Greenwood Press, Westport (Conn.), 1977.

Barrett, Anthony A., *Caligula, the Corruption of Power*, Batsford, Londres, 1989.

Ferrill, Arther, *Caligula: Emperor of Rome*, Thames & Hudson, Londres, 1991.
Hurley, Donna W., *An Historical and Historiographical Commentary on Suetonius' Life of C. Caligula*, Scholars Press, Atlanta, 1993.
Wilkinson, Sam, *Caligula*, Routledge, Londres y Nueva York, 2005.
Wiseman, T. Peter, *Flavius Josephus: Death of an Emperor*, University of Exeter Press, Exeter, 1991.



IV

Claudio





Cuando a primera hora de la tarde del 24 de enero de 41 d. C., el emperador Calígula abandonó el espectáculo que estaba viendo en el Palatino, su tío, Tiberio Claudio Nerón Germánico se hallaba entre sus acompañantes. Calígula se separó de su compañía directa antes de ser asesinado y, en el tumulto que siguió, un Claudio comprensiblemente asustado se refugió en el complejo del palacio. Los leales guardaespaldas germánicos de Calígula habían arremetido al azar y nadie parecía estar a salvo. Según una versión de la historia, Claudio intentó pasar desapercibido en un lugar oscuro y apartado, ocultándose tras una cortina que cubría la puerta de un balcón; pero sus pies, que sobresalían por debajo de la cortina, lo traicionaron. Un miembro ordinario de la guardia pretoriana —de nombre acertado para la ocasión, pues se llamaba Gratus («agradecido»)— lo descubrió por casualidad allí encogido e inmediatamente lo saludó como emperador. Pusieron a Claudio en una litera y lo trasladaron lo antes posible al

campamento de la guardia pretoriana instalado extramuros. Algunos testigos temieron que un inocente fuera a recibir el castigo (Suet., *Claud.*, X, 1-2; Dio, LX, I, 2-3; Jos., *AJ*, XIX, 212-220).

Ésta es una versión, pero un relato alternativo describe un saludo y un rapto menos espontáneos. Justo después del asesinato, los pretorianos se reunieron y discutieron sobre las medidas a tomar. Decidieron que les convenía que en el poder se estableciese un solo individuo y que, además, aquella persona les debiese a ellos la posición. El prestigio y la paga extraordinaria que recibían les llegaba de la protección prestada al emperador. Claudio era un candidato adecuado y salieron deliberadamente en su busca, lo secuestraron y lo llevaron a su cuartel general (Jos., *AJ*, XIX, 162-165).

Las dos versiones plantean la cuestión del liderazgo. No resulta muy convincente que un soldado cualquiera osara reconocer a Claudio y lo nombrasen emperador en el acto. Tampoco es probable que los pretorianos celebrasen una reunión al enterarse de que Calígula estaba muerto, que evaluasen sus intereses en medio de la crisis y solo entonces saliesen a buscarlo. Por lo menos uno de los prefectos del pretorio tuvo que dar la orden de llevar a Claudio al campamento pretoriano. Había dos: Marco Arrecino Clemente, a quien nuestras fuentes atribuyen cierta simpatía con los asesinos, y otro, de nombre desconocido. Claudio reemplazó a uno de ellos (o a los dos) en cuanto fue nombrado emperador. Pero no es de extrañar que las fuentes antiguas eviten entrar en detalles acerca del papel que representó cada uno de ellos durante aquel día. La impaciencia por cambiar a un emperador de poca confianza por uno que pudiera resultar más aceptable debía equilibrarse con las consecuencias de no haber sabido proteger la vida que tenían a su cargo (Jos., *AJ*, XIX, 37-45).

La conspiración que terminó con el asesinato de Calígula quizá no fue tanto una conjura aislada como una acción emprendida por un grupo desordenado de personas con distintos objetivos. Si había senadores implicados, habrían compartido una fantasía acerca de un renovado poder de clase. A los libertos más notables

de Calígula no les faltaría el interés, puesto que desearían conservar sus puestos de privilegio mientras contemplaban la caída en espiral de su patrón. Dos altos cargos de la guardia, los tribunos pretorianos Casio Cerea y Cornelio Sabino, y quienes se hallaban bajo su mando directo, fueron los autores materiales de la sangrienta acción. Se supone que contaban con razones personales para ver en la figura del emperador a un hombre detestable. Muchos fueron cómplices, pero más numerosos aún serían los que habrían percibido que aquel comportamiento arrogante y errático de Calígula no iba a ser tolerado indefinidamente, por lo que el asesinato no debió de cogerlos por sorpresa. El propio Claudio no pudo permanecer completamente ciego a las posibilidades que se darían si su sobrino era eliminado, y en el capítulo sobre Calígula de este mismo libro se apunta la posibilidad de que quizá hubiera tomado parte activa en su asesinato (Jos., *AJ*, XIX, 17-69; Tac., *Ann.*, XI, 29; Suet., *Cal.*, LVI, 1; Dio, IL, XXV, 8, XXIX, 1-2).

El Senado ya se estaba reuniendo mientras Claudio iba de camino al campamento. En cuanto sus miembros pudieron congregarse, se pusieron a las órdenes de los cónsules. Protegidos por las tres cohortes de *vigiles*, discutían sobre la restauración de la república. Al enterarse de que Claudio estaba en el campamento pretoriano, mandaron una delegación con el propósito de convencerlo para que se les uniese y se rindiera a su autoridad. Después de todo, él también era senador. Pero Claudio lo rechazó. Si aceptaba, estaría reconociendo su dependencia con respecto a ellos; y además, separarse de sus protectores militares podría acabar siendo ciertamente fatal. La esposa y la hija de Calígula ya habían sido asesinadas y Claudio también era miembro de la familia. El historiador judío Josefo hace hincapié en el papel que representó el príncipe judío Agripa (al que se conoce como Herodes Agripa) como intermediario con el Senado. Animó a Claudio para que se mantuviese firme. El Senado anunció una segunda reunión para la mañana siguiente, que en aquella ocasión se celebraría expresamente en la colina Capitolina, sede de la tradición republicana. Solo asistieron un centenar de valientes. La po-

sibilidad de restaurar la república estaba descartada y los senadores ya contemplaban la alternativa de escoger a un *princeps* entre ellos. Marco Vicinio, casado con una de las hermanas de Calígula, y Valerio Asiático, un acaudalado galo, fueron quienes se presentaron. Pero el equilibrio de un principado senatorial también resultó estar fuera de su alcance. Los *vigiles*, que reconocieron no ser rivales para los soldados profesionales de Claudio, desertaron y el brevísimo interregno llegó a su fin.

Mientras tanto, Claudio había aceptado el juramento de fidelidad de los pretorianos y les prometió una generosa recompensa por sus servicios y su lealtad. Los regalos a cambio del apoyo militar no eran nada nuevo: Germánico, Tiberio y Calígula también habían sido generosos. Pero aquélla era la primera vez en la que el pago estaba directamente vinculado al acceso al principado. Cuando Claudio se enteró de que los senadores habían reconocido que no estaban al mando de la situación, hizo que los pretorianos lo llevasen a la colina Palatina, sede del poder imperial, y convocó al Senado para que se reunieran con él allí. La historia del emperador reacio, secuestrado en contra de su voluntad e indefenso ante la necesidad, cumplió dos funciones en la historia de Claudio, como se vería más adelante. En primer lugar, se podía usar para rebatir cualquier insinuación de que él estaba implicado en el asesinato o había comprado el principado. Al mismo tiempo, la imagen de un Claudio pasivo y temeroso, sacado a rastras de detrás de una cortina, se ajusta a la caracterización que lo acosaba entonces (y que sigue manteniéndose): la percepción de que era indecoroso, débil y manipulable por los demás (Jos., *AJ*, XIX, 166-184, 229-260, 265-266; Suet., *Claud.*, X, 3-4; Dio, LX, I, 1, 3a-4).

Los primeros años

Claudio nació como Tiberio Claudio Druso el 1 de agosto de 10 a. C., en la Galia, en la ciudad de Lugdunum (hoy Lyon).

Lugdunum era la ciudad principal de la Galia Comata, la zona central y septentrional de la Galia, donde se hallaba un altar en el que los dignatarios provinciales se reunían una vez al año para renovar su alianza con Roma. Sus padres estaban allí para las ceremonias de dedicación del altar cuando nació Claudio, el último de sus tres hijos. Siempre se lo asociaría con su cuna gala. Su padre, Nerón Claudio Druso, era el hijo pequeño de la esposa de Augusto, Livia Drusila, y su primer marido. Su otro hijo, Tiberio, se convertiría en emperador. La madre de Claudia, Antonia la Menor, era hija de Marco Antonio y Octavia, la hermana de Augusto. Druso estuvo al frente de las fuerzas romanas que avanzaban hacia los Alpes y la Germania desde 15 a. C. hasta que murió en una campaña en 9 a. C. Recibió póstumamente el *cognomen* honorífico de Germánico, y sus descendientes también llevarían el mismo nombre. Aquel linaje prometía mucho.

El primer hijo de Druso y Antonia fue el hermano mayor de Claudio, Germánico (no disponemos de su nombre de nacimiento), nacido hacia 15 a. C. En 4 d. C. fue adoptado por su tío Tiberio, momento en que él y Tiberio abandonaron la familia Claudia y se unieron a la Julia, y él se convirtió en Germánico Julio César, aunque pasaría a la historia simplemente como Germánico. Ostentó puestos militares de responsabilidad y otros cargos administrativos y estaba en la línea de sucesión para el principado cuando lo alcanzó una muerte prematura, en 19 d. C. El recuerdo de este joven príncipe continuó siendo un elemento de peso en la política de la corte hasta que se terminó la línea Julio-Claudia con el emperador Nerón. La hermana intermedia era Livila. Ella, como todas las princesas imperiales, nació para casarse en beneficio de la familia. Se enredaría en intrigas de la corte y en 31 d. C. fue condenada a muerte.

Cuando su hermano Germánico pasó a ser un Julio, el nombre de nacimento de Claudio cambió por el de Tiberio Claudio Nerón Germánico. Él debería haber seguido una carrera similar a la de su hermano, pero la promesa de su nacimiento no pudo cumplirse, porque sus condiciones físicas no lo permitían (Suet.,

Claud., II, 1; Sen., *Apoc.*, VI, 1). Casi con seguridad, Claudio sufría de cierto grado de parálisis cerebral, como daño neurológico congénito. Se trata de una condición que no afecta de forma necesaria a las funciones cerebrales y sus logros de adulto demuestran que poseía una inteligencia razonable. En cualquier caso, su afección no era especialmente severa. Tenía la parte derecha del cuerpo muy débil, lo que hacía que caminase con torpeza. Le temblaba la cabeza, babeaba y se le notaba un defecto en el habla. La tensión y los nervios exacerbaban aquellos síntomas, pero cuando estaba descansado o relajado se hacían menos patentes. Si se preparaba los discursos con tiempo, podía pronunciarlos de un modo satisfactorio. En su expresión espontánea era menos afortunado. Pero el mundo antiguo no toleraba bien la discapacidad física (Suet., *Claud.*, IV, 6 y XXX; Dio, LX, II, 1-2, XII, 3; Sen., *Apoc.*, I, 2, V, 2-3, VII, 3; Juv., *Sat.*, VI, 622-623).

Durante la niñez y la juventud siempre lo mantuvieron apartado de la atención pública. No se le permitía sentarse en el palco imperial en los juegos ni participar en ceremonias en las que su aparición fuera a avergonzar a la familia. La ceremonia de su mayoría de edad se celebró tan discretamente como fue posible y su malograda carrera avanzó solo entre sacerdocios inocuos y en gran medida honoríficos. Según la concepción de la época, aquella conducta indecorosa no era sino culpa suya y podía corregirla imitando un comportamiento adecuado, y así lo animaban para que diese con mentores aceptables. Pero no tuvo una educación descuidada y permaneció dentro de la familia, que lo consideró lo suficientemente presentable como para usarlo, al igual que a las mujeres, a modo de peón en los matrimonios dinásticos. Lo comprometieron dos veces y se casó tres antes de convertirse en emperador (Suet., *Claud.*, II y IV, 1-5).

En principio, el plan era que Claudio se casase con una prima, Emilia Lépida, hija de Lucio Emilio Paulo y la joven Julia, nieta de Augusto. Aquel matrimonio mantendría el prestigio del nacimiento de Emilia en el seno de la familia extensa. El compromiso se rompió cuando sus padres fueron acusados de adul-

terio y traición en 8 d. C. Al poco tiempo, le entregaron la mano de Livia Medulina Camila, vinculada a familias importantes de la época, además de ser descendiente del legendario Camilo del siglo IV a. C. Ella murió el día de su boda. La siguiente elección fue la de Plaucia Urgulanila, cuyo padre había sido compañero militar de Tiberio y cuya abuela Urgulania era íntima amiga de Livia. Claudio y ella se casaron en 12 d. C. y tuvieron dos hijos. Un niño, Druso, que murió en un extraño accidente quizá hacia 24 o 25, cuando se ahogó con un trozo de fruta con el que estaba jugando. La niña, Claudia, fue apartada de la casa poco tiempo después de que Claudio se divorciase de Urgulanila, más o menos en la misma época, por sospechas de adulterio y homicidio. A raíz de las infidelidades de la madre, se sospechó de la paternidad de estos niños. El siguiente matrimonio de Claudio fue con Elia Petina, que pertenecía a la familia de un poderoso prefecto del pretorio, Lucio Elio Sejano. La elección prueba la inmensa influencia de Sejano durante la tercera década del siglo. Tuvo una hija con Elia, llamada Antonia, en 29 como muy tarde. La siguiente esposa fue Valeria Mesalina. Su historia y la de su última esposa, Agripina, adquieren mucha fuerza en la relación del mandato de Claudio (Suet., *Claud.*, XXVI, 1-2, XXVII, 1).

La decisión de que Claudio permaneciera relegado de forma permanente al margen de la familia se tomó en época de Augusto. El testamento del primer emperador no dejaba dudas: Claudio recibió solo un modesto legado y se lo consideró un heredero de «tercera categoría», nivel que solo se hacía activo en ausencia de los dos primeros. Se trataba de un gesto vacío que no prometía dinero. Con Tiberio no mejoró su situación. En cierto momento, quizá poco después de la muerte de Augusto en 14 d. C., Claudio albergó la esperanza de presentarse a la cuestura, el primer paso en el *cursus honorum*. Tiberio descartó la petición y en un gesto insultante le ofreció dinero y la pompa vacía de otro cargo. El orden ecuestre, sin embargo, del que Claudio era miembro por nacimiento, lo nombró su representante para los tratos con la familia imperial. El Senado también le mostró su respeto

cuando votó una concesión para reconstruir su casa después de que fuese destruida por el fuego, aunque Tiberio no dio ninguna importancia a este reconocimiento cuando pagó la nueva casa de sus propios fondos. Se cuenta que Claudio, rechazado, se retiró para entretenerse con los vicios de los que siempre había sido acusado: el vino, los dados y las compañías poco recomendables. El testamento de Tiberio, como el de Augusto, volvió a dejarlo como heredero de «tercera categoría» (Suet., *Claud.*, IV, 7 y V-VI).

Con Calígula, Claudio ganó y perdió a un tiempo. Al final entró en el Senado y ocupó su primer cargo de magistrado cuando Calígula lo nombró cónsul sufecto junto con él para los meses de julio y agosto de 37 d. C., en el primer año de su mandato. Calígula era el único hijo vivo de Germánico y tenía que apuntalar su posición recurriendo a la familia, las únicas referencias que tenía. Su tío Claudio era su pariente masculino más cercano y, en consecuencia, ascendería. Se divorció de Elia Petina, cuyo vínculo con Sejano, caído en desgracia y muerto, constituía un grave impedimento, y de este modo dejó vía libre para otra unión acorde con su nueva condición más prominente; probablemente celebró sus terceras nupcias, con Valeria Mesalina, a principios del mandato de Calígula. Como bisnieta de Octavia por vía de Antonia la Mayor —hermana de la madre de Claudio, Antonia la Menor— formaba parte de la extensa familia imperial y por lo tanto era pariente de Claudio en segundo grado. Claudio y Mesalina tuvieron dos hijos: una niña, Octavia, que nació en 38 o 39 o, como muy tarde, a principios de 40, y un hijo, Tiberio Claudio César Germánico, nacido tres semanas después de que Claudio se convirtiese en emperador en 41. Más tarde, a este niño se lo conocería como Británico. En este sentido, el cambio de régimen benefició a Claudio en varias formas. Pero hubo también una parte negativa: era de forma casi constante el blanco del cruel humor de Calígula, quien estuvo a punto de destituirlo de su cargo como sufecto cuando tardó en levantar las estatuas que le había pedido. Se vio obligado a actuar como acusado en serios procedimientos judiciales y, en una ocasión, cuan-

do saludó a Calígula en Lugdunum, como jefe de la delegación senatorial, fue arrojado al río. A los invitados en las cenas se los animaba para que le lanzasen comida. Aquélla era la posición de Claudio cuando sucedieron los acontecimientos de enero de 41 y se vio, a los cincuenta años, nombrado emperador (Suet., *Claud.*, VII-IX, XXVI, 2, XXVII, 1; Dio, IL, VI, 5-6).

Ascensión al poder

Claudio entró en el principado como un hombre asustado. Necesitó un mes para volver a enfrentarse al Senado tras su reunión inicial el día del asesinato de Calígula; y cuando lo hizo, llevó consigo a la guardia armada. Su posición se veía complicada por una relación ambivalente con su predecesor. Ni podía parecer que se refugiara en las faldas de su sobrino ni podía repudiarlo por completo, puesto que su único derecho al principado era precisamente el mismo que el de Calígula: el de la familia, nada más. Claudio carecía de experiencia militar y apenas sabía nada de los asuntos del estado. Por un lado, para distanciarse de Calígula, se negó a ratificar las *acta* de su predecesor, destruyó los papeles y venenos que había dejado atrás, hizo regresar a los exiliados y abolió la ley de la traición. Por otro lado, no declaró el día del asesinato de Calígula como ocasión de celebraciones públicas. Mandó que se fuesen retirando sus estatuas, pero en silencio y por la noche. Consideró que lo mejor era dejar atrás lo antes posible las circunstancias de su ascensión. Decretó una amnistía para todos aquellos que habían coqueteado con la idea de una república y no investigó la posibilidad de que el Senado estuviera complicado en la muerte de Calígula. Pero, por descontado, un emperador no podía permitirse aprobar el tiranicidio, así que los pretorianos que cometieron el crimen fueron ejecutados (Jos., *AJ*, XIX, 268-270; Suet., *Claud.*, XI, 1; Dio, LX, III, 4-IV, 5).

Como hiciera Calígula antes que él, Claudio puso a su familia de inmediato en el centro del escenario, una táctica tanto más

necesaria cuanto que, a diferencia de sus predecesores, él no era miembro de la *gens Iulia*. Siguió siendo un Claudio, pero dio a entender que asumía el papel de cabeza de familia al añadir a su nombre el *cognomen* juliano de *Caesar*, que estaba en proceso de convertirse en título imperial. Declaró que su juramento favorito era el que tomó en nombre de Augusto. Concedió los honores divinos tanto tiempo pospuestos a su abuela Livia y organizó unos juegos en memoria de sus padres, su hermano Germánico, e incluso su abuelo Marco Antonio. Para su persona escogió un perfil más discreto. Rechazó los honores excesivos y los títulos, y celebró con moderación el nacimiento de su hijo y, más adelante, de su nieto. Perdonó a quienes lo juzgaron mal en la época anterior a su imperio. Intentó mantener la ficción con el Senado de que era un ciudadano corriente, tan solo el primero entre sus iguales. Aquel despliegue de modestia tal vez podría distanciarlo de su predecesor, que había insultado a sus compañeros de la aristocracia con sus arrogantes excesos (Suet., *Claud.*, XI, 2-XI, 1; Dio, LX, V, XII, 5 y XXX, 6a).

Claudio afrontó de inmediato el difícil e incómodo asunto de la sucesión. Puesto que técnicamente el principado no era una monarquía, ni hereditaria ni de ningún otro tipo, no permitía disposiciones para su continuidad, pero un sucesor posible que estuviera aguardando a las puertas representaría cierto grado de protección contra las intrigas de la corte. El hijo de Claudio era el candidato obvio, y como tal fue anunciado al exhibirlo ante el público y los militares. Pero pasarían años antes de que pudiese iniciar su carrera y Claudio ya no era joven. En el período intermedio se valdría de sus dos hijas. Casó inmediatamente a Antonia, la hija que había engendrado Elia Petina, con Gneo Pompeyo Magno, joven de una familia ambiciosa. Octavia, la hija que tuvo con Mesalina, aún pequeña, fue prometida a Lucio Junio Silano, descendiente directo de Augusto por vía de la familia de Julia la Menor. Aquellos dos jóvenes, el yerno real y el futuro, no solo servían de posibles herederos o de regentes; su inclusión en la familia eliminó la posibilidad de que pudieran lle-

gar a convertirse en focos externos que desafiasen su posición. Llegado el momento, aquellas disposiciones quedaron obsoletas y hubo que buscar otras soluciones (Suet., *Claud.*, XXVII, 2; Dio, LX, v, 7).

La conspiración

La primera crisis a la que tuvo que enfrentarse Claudio llegó en 42, un año después de haber sido nombrado emperador, cuando intentaron derrocarlo con un golpe militar. En cierto modo, se trataba de un asunto inconcluso que se arrastraba ya desde el momento de su ascensión cuando, gracias a los pretorianos, se estableció su principado antes de que la oposición militar tuviera tiempo de organizarse. El desafío lo inició Lucio Arruncio Camilo Escriboniano, gobernador de Dalmacia, al mando de dos legiones. Sus hombres juraron lealtad al gobernador y él envió una misiva a Claudio solicitándole que abdicase. De su lado estaban unos cuantos senadores destacados en Roma, entre los que sobresalía Annio Viniciano, uno de los líderes de las negociaciones del Senado tras el asesinato de Calígula, que podría haber tomado parte en la conjura del asesinato mismo. Pero a Escriboniano no se le unieron otros generales con tropas de combate: ni Servio Sulpicio Galba con las legiones de la Germania Superior ni Aulo Plaucio en la Panonia. Apio Silano, que había estado al mando de tres legiones en Hispania, fue llamado desde Roma a principios de 42 y lo casaron con la madre de Mesalina, con miras a neutralizar su amenaza. El trato dispensado a Apio sugiere que Claudio preveía la conjura. Con el paso de los días, las legiones de Dalmacia cambiaron de bando, se terminó la rebelión y Escriboniano o bien se suicidó o fue asesinado. Aunque breve, la cuestión no carecía de gravedad; el biógrafo Suetonio la llamó «guerra civil» (Suet., *Claud.*, XIII, 2). A su estela, Viniciano y otros se vieron obligados a suicidarse. Luego llegarían más atentados contra la vida de Claudio, en 43, 46 y 47, pero al parecer

no estaban respaldados por los militares (Suet., *Claud.*, XIII, XXXV, 2; Suet., *Otho*, I, 3; Dio, LX, XV, 1-4, XVIII, 4, XXVII, 5).

LAS FRONTERAS

En 43 fue Claudio quien asumió la ofensiva con una acción militar. El papel de comandante en jefe le habría brindado la ocasión de ganar crédito con el ejército y tal vez eso pudiera protegerle de los ambiciosos generales en un futuro. Conquistar Britania era un plan que se maduraba ya desde las primeras incursiones de Julio César en 55 y 54 a. C. Augusto contempló la posibilidad de una invasión y Calígula llegó hasta el extremo de reclutar dos legiones y de organizar el apoyo logístico con el que se encontraría Claudio. Las nuevas legiones XV y XXII estaban disponibles para relevar a las legiones permanentes en las cuatro bases emplazadas en el Rin y en la Panonia y liberarlas para que participasen en una campaña de verano en Britania. Como había ocurrido con frecuencia, Roma aprovechó los conflictos internos entre caudillos locales como excusa para intervenir. Al cargo de la fuerza expedicionaria estaba Aulo Plaucio, a quien se recompensaba entonces la lealtad exhibida durante la conspiración del año anterior. En un principio, las tropas no mostraron voluntad de embarcar en las naves que los llevarían al otro lado del Canal, considerado el límite del mundo conocido; hasta que, a bordo mismo, Narciso, liberto de Claudio, les hizo sentir vergüenza; Narciso había acudido allí como representante de su patrón. Una vez atravesado el Canal, las fuerzas romanas avanzaron con rapidez contra un enemigo menos organizado que ellos, aunque esporádicamente no faltó la resistencia tenaz. Plaucio se detuvo al llegar al Támesis, siguiendo las instrucciones que se le habían dictado: llamar al emperador si se veía en dificultades. Pero la presencia de Claudio en Britania estaba claramente concertada de antemano; no podía completar un viaje que requería de varias semanas sin noticia previa. Se unió a las fuerzas que aguar-

daban, tomó el mando de forma nominal y guió a los soldados a la victoria en la capital local de Camulodunum. El triunfo ya casi debía de estar en manos romanas por entonces, puesto que Claudio jamás se habría atrevido a aventurarse en una situación incierta. Aquello le permitía arrogarse el éxito militar, aunque lo hubiera obtenido con los mínimos peligros o incomodidades (Suet., *Claud.*, XVII, 1-2; Dio, LX, XIX-XXI).

Ausentarse de Roma tan poco tiempo después del golpe fallido no carecía de riesgos políticos para Claudio. Para guardarse las espaldas, dejó allí a Lucio Vitelio, compañero en el consulado y el más leal de sus aliados, al par que padre del Aulo Vitelio que sería emperador por un breve espacio de tiempo en 69. Su séquito, de considerable amplitud, estaba elegido con cuidado. Con él iban su yerno Pompeyo Magno y su futuro yerno Lucio Junio Silano, a quienes se les concedía la oportunidad de compartir la gloria. Pero había otros a quienes tal vez deseaba tener más a mano y no a sus espaldas: Marco Vicinio, Valerio Asiático y Gneo Sencio Saturnino, cónsul en 41, todos ellos implicados en el debate del Senado durante las horas posteriores al asesinato de Calígula. Es posible que Galba también hubiera sido apartado de sus legiones en la Germania Superior para unirse al grupo (Suet., *Galb.*, VII, 1; Dio, LX, XXI, 2).

Claudio regresó a Roma en 44, tras una ausencia de seis meses, de la que solo unas semanas transcurrieron en Britania. Celebró un triunfo, preparó una extravagante recreación del asalto a Camulodunum, colgó la estimada corona naval sobre su puerta y recibió del Senado el nombre honorífico de Británico, para él y para sus descendientes. Concedió vestiduras triunfales a todos aquellos miembros de condición senatorial que le habían acompañado. Hizo que le erigieran un arco conmemorativo en el lugar de embarque en la Galia e incorporó otro en un acueducto, el Aqua Virgo, en Roma. En adelante, todos los años se celebrarían unos juegos como aniversario de la victoria. Plaucio recibió una ovación y fue tratado como un gran personaje cuando regresó en 47. En 50 Claudio extendió el *pomerium* —los lí-

mites de la ciudad que representaban los límites del imperio— e hizo desfilar al jefe de los britanos, Carataco, por las calles de Roma. Sacó de aquella conquista todo el provecho que pudo, pero aun así, fue de hecho un logro genuino, que le serviría como piedra angular sobre la que construir su reputación (Tac., *Ann.*, XII, 36; Suet., *Claud.*, XVII, 3 y XXI, 6; Dio, LX, XXIII).

Claudio fue saludado como *imperator* por los pretorianos el día en que se convirtió en emperador, y de nuevo por la conquista de Britania, pero también sucedió en otras ocasiones: en total veintisiete veces, lo que da idea del fuerte vínculo que se desarrolló entre el ejército y el emperador. Pero el intenso esfuerzo desplegado en Britania redujo las acciones definitivas en el resto de escenarios. En Mauritania se sofocó una revuelta casi al final del mandato de Calígula, y Claudio se arrogó el mérito, aunque la victoria no había sido estrictamente suya. Coherente con el modesto perfil que intentaba proyectar, se conformó con los honores triunfales, no con el auténtico triunfo que aceptaría por Britania. Las luchas continuaron en Mauritania hasta 44 y el territorio se dividió en dos provincias bajo el control imperial (Suet., *Claud.*, XVII, 1; Dio, LX, VIII, 6 y IX).

En la Germania no intentó añadir más territorios; solo perduraba la necesidad constante de que las belicosas tribus se mantuviesen en un régimen de pacificación aceptable y no se adentraran en el territorio galo. Uno de los primeros éxitos se alcanzó con la recuperación del último de los tres estandartes que tan desastrosamente había perdido Varo en 9 d. C., una victoria simbólica que le valió a Claudio otra de sus salutaciones imperiales. Cuando los queruscos, a falta de jefe, solicitaron un rey en 47, Claudio les mandó a Itálico, un príncipe germánico que se había criado en Roma. A Itálico no le fue bien y su intervención no fue satisfactoria. En ese mismo año, el general romano Gneo Domicio Corbulón consiguió aquietar las diferencias entre los frisios y los caucos y luego retiró sus fuerzas al oeste del Rin, en una política más coherente con la contención que con la conquista. Al poco tiempo Corbulón fue retirado; se dio por sentado que Claudio se había

sentido amenazado por la popularidad de un general al mando de una fuerza tan importante (Tac., *Ann.*, XI, 16-20; Dio, LX, VIII, 7 y XXX, 4-5).

En Oriente, Claudio y sus consejeros observaron las prácticas romanas más antiguas. Las amenazas se contenían mediante exhibiciones esporádicas de fuerza, pero lo más habitual era el uso de estados tapón y fomentar el descontento interno dentro de las naciones hostiles. La política con respecto a los territorios fronterizos alternaba entre instalar reyes ostensiblemente amistosos con Roma e incorporarlos en el imperio como provincias. Roma controló el país de los partos durante aquella época por la vía de provocar conflictos entre facciones e intentando controlar el estado colindante de Armenia, una táctica que evitó las pugnas hasta casi el final de la vida de Claudio (a Nerón le tocó lidiar con un desasosiego renovado). Al poco tiempo de aceptar el imperio, Claudio entregó Judea a Herodes Agripa, el príncipe judío que lo había animado a asumir el trono. Pero cuando Agripa murió en 44, el territorio volvió a estar bajo control romano y fue anexionado a Siria, como Iturea en 49. Licia fue anexionada en 43. En 46 perdió la independencia Tracia. Rodas perdió al principio su autonomía pero luego la recuperó. Claudio mantuvo a reyes amigos en Comagene y el Bósforo, y las provincias de Acaya y Macedonia se transfirieron del control imperial al senatorial (Tac. *Ann.*, XI, 10; XII, 10, XXIII; Suet., *Claud.*, XXV, 3; Dio, LX, VIII, 1, XVII, 3, XXIV, 4).

Gobierno

Antes de ser emperador, Claudio se vio relegado a actividades suplementarias. Al final no le resultó algo tan desfavorable, porque le concedió tiempo de sobra para observar las operaciones gubernamentales antes de encontrárselas en sus manos. Era conservador por naturaleza, demostraba interés por las antigüedades y parece que intentó comportarse como a su juicio corres-

pondía al emperador. Cumplió con la farsa que Augusto había escrito, la idea de que el príncipe y el Senado pueden gobernar juntos, y los esfuerzos para alcanzar este objetivo fueron más allá de la cortesía inicial con la que respondió a las incómodas circunstancias de su ascensión y su deseo de distanciarse de los excesos de Calígula. Quizá creyó sinceramente que se podía llegar a un acuerdo, que el Senado no solo podía disfrutar del respeto sino también compartir la responsabilidad.[1] Se trataba, por supuesto de una ilusión, derivada posiblemente de su interés por la historia y del respeto que sentía hacia la tradición. En cierto momento reprendió al Senado por no haber participado en una discusión abierta, aunque las discusiones libres eran imposibles, tan imposibles como que el Senado y el príncipe compartieran el auténtico poder en una época en que la iniciativa pasaba cada vez más por monopolizar la corte. En ocasiones pedía la aprobación del Senado en cuestiones que podía solventar por sí mismo; por ejemplo, solicitaba permiso a los cónsules para mantener mercados de su propiedad. Trabajaba con los magistrados como iguales o subordinados cuando podía o cuando así lo quería. En un gesto de cortesía, se ponía de pie para dirigirse a los cónsules y permanecía al lado de la multitud en los juegos que organizaban otros. Pero sus esfuerzos le valieron de poco. La desconfianza no desapareció y a Claudio lo acusarían de no hacer más que «presumir de llaneza» (*iactator civilitatis*; Suet., *Claud.*, XXXV, 1).* Aparte, el Senado jamás le perdonó la forma de ascender al trono (Suet., *Claud.*, XII, 2; Dio, LX, VI, 1, XII, 3).[2] Como los emperadores que le precedieron, Claudio usó el consulado para llamar la atención sobre sí mismo y recompensar a los demás. Además del consulado sufecto que ocupó durante el mandato de Calígula, fue cónsul en cuatro ocasiones más durante el suyo propio y los años en los que escogió prestar ese servicio

* Traducción de Rosa M.ª Agudo: Suetonio, *Vidas de los doce césares*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

fueron importantes. Fue *consul ordinarius* en 42, su primer año de imperio. En 43 volvió a ostentar el cargo, con lo cual mejoraba su papel como comandante en jefe de la expedición británica. Gayo Cecina Largo compartió el consulado con él en 42 y Lucio Vitelio lo hizo en 43, dos hombres que siguieron siendo sus compañeros más próximos entre la clase alta. Fue cónsul otra vez en 47, también con Vitelio; en ese año fue cuando preparó los Juegos Seculares. El último consulado lo ostentó en 51, en el décimo aniversario de su ascenso al trono (Suet., *Claud.*, XIV).

Claudio restableció la institución republicana de la censura, un cargo ocupado por última vez en 22 a. C., cuando Augusto nombró a dos hombres destacados de condición consular para que sirviesen durante el período tradicional de dieciocho meses. Pero para entonces las funciones del cargo ya se habían cedido al príncipe. Los censores eran responsables de la economía y las obras públicas; también supervisaban la moralidad pública y, en razón de ello, la responsabilidad para representar papeles senatoriales y ecuestres. Claudio no necesitó la censura para manejar ninguna de estas cuestiones, pero la antigüedad y formalidad de la institución habrían apelado a su sentido de la tradición y el respeto por los antecedentes augusteos. Así pues, ocupó el cargo de censor en 47, una vez más con Vitelio como colega. Sin duda, sirvieron durante los dieciocho meses prescritos.

En la censura, Claudio no solo fue justo con la mayoría sino también generoso, además de diplomático. Ascendió a senadores de orígenes más humildes al rango de patricios, una clase cuyo número hacía falta reponer para las tareas ceremoniales. Pidió a los senadores cuya condición resultaba dudosa que examinasen su posición y permitió a los que no cumplían los requisitos que renunciasen de forma voluntaria. Para evitar la vergüenza de aquellos que se veían obligados a renunciar, publicaba sus nombres junto con los de aquellos que se marchaban por voluntad propia. Sin embargo, a los miembros de la clase ecuestre que disponían de recursos financieros adecuados para asumir la condición de senadores, los obligaba a incorporarse sin tener en cuenta su vo-

luntad, y a los que se negaban, los eliminaba también de la clase ecuestre. Degradó a los caballeros con dudosa reputación o que no cumplían los requisitos financieros. Defendió la idoneidad de los dignatarios galos para ejercer en puestos de la magistratura romana. El Senado lo halagó nombrándolo «padre del Senado», pero él rechazó el título. Ahora bien, a menudo era incoherente y por ello se vio expuesto a ser tildado de caprichoso. Fue indulgente con un joven caballero solamente porque su padre respondió por él y excusó a un adúltero limitándose a sugerirle cautela. Sus errores hacían reír a muchos cuando reprochaba a padres ricos y casados que fueran pobres, célibes y carecieran de descendencia. Su entusiasmo por las trivialidades lo llevó a publicar veinte edictos en un solo día. Uno que trataba del calafateo de las jarras de vino se consideró rídiculo, en otro sugería una cura para la mordedura de serpiente (Tac., *Ann.*, XI, 13, 23-25; Suet., *Claud.*, XVI y XIV, 1; Dio, LX, XXIX, 1-2).

Una vez más, Claudio siguió la tradición republicana cuando organizó los Juegos Seculares, una celebración de tres días en la que se disputaban carreras, se realizaban representaciones teatrales y se oficiaban sacrificios. Según lo estipulado, aquellos juegos debían tener lugar cada 100 o 110 años: una sola vez, a lo sumo, en la vida de una persona. Augusto los había proclamado en 17 a. C. para anunciar una nueva era de paz y prosperidad. Claudio volvió a calcular las fechas y los celebró otra vez en 47 d. C., probablemente para conmemorar el octavo centenario de la fundación de la ciudad. Fue el año en que era cónsul y asumió la censura. El breve intervalo entre las dos celebraciones suscitó burlas, porque aún había personas vivas que presenciaron la celebración anterior: incluso uno de los actores, por lo menos, tomó parte en ambas. El anuncio formal de aquel acontecimiento, supuestamente único, fue recibido entre risas (Plin., *NH*, VI, 159; Tac., *Ann.*, XI, 11; Suet., *Claud.*, XXI, 2).

Claudio difrutaba mucho al producir una gran variedad de entretenimientos extravagantes. Hubo numerosas carreras de cuadrigas, luchas entre gladiadores y cacerías de fieras, además de

espectáculos rebuscados como la recreación del asalto a la ciudad, que pretendía celebrar su victoria en Britania. Aquellos espectáculos formaban parte del tradicional *panem et circenses* (pan y circo) con el que se buscaba contentar al pueblo. Pero el entusiasmo de Claudio por ellos sobrepasó sin duda la generosidad cuando se unió al público que coreaba su aprobación por cómo se estaba desarrollando todo. Con aquella familiaridad tan llamativa adquirió más popularidad entre los ciudadanos corrientes, pero al mismo tiempo se colocaba en posiciones indignas. Gustaba sobre todo de las exhibiciones más violentas, cuanto más sangrientas mejor (Suet., *Claud.*, XXI, 3-6; Dio, LX, XIII).

Se había llegado a suponer que un emperador no solo entretendría a sus súbditos sino que además se preocuparía por ellos y les aseguraría los suministros de cereales, emprendería obras públicas y reconstruiría la ciudad tras los incendios. A este respecto, Claudio cumplió su parte con creces. Para evitar las hambrunas y asegurarse un suministro alimentario adecuado (los *panes* que acompañaban al *circenses*), garantizó el peligroso transporte invernal de grano importado, ofreció incentivos para que se construyesen barcos mercantes y emplazó un destacamento armado en los puertos para prevenir incendios. A modo de solución más perenne, amplió y protegió los puertos mismos, para lo cual recurrió sobre todo al colosal proyecto de construir un puerto en Ostia, en la desembocadura del Tíber. Los trabajos se iniciaron al poco de convertirse él en emperador y concluyeron en época de Nerón. Hizo levantar acueductos, o repararlos, para asegurar un suministro de agua fiable. La desecación del lago Fucino —un lago poco profundo en la región montañosa que se alzaba a unos ochenta kilómetros al este de Roma— era un proyecto ambicioso que pretendía controlar las inundaciones y ofrecer más tierras para el cultivo. Claudio celebró la conclusión del canal de vaciado con una extravagancia de su gusto: una puesta en escena de una batalla naval (naumaquia) entre Sicilia y Rodas. Por desgracia, el proyecto resultó un fiasco de ingeniería y el espectáculo fue decepcionante. Restauró el Templo de Cástor y Pó-

lux que Calígula había modificado y dedicó a Tiberio el Teatro de Pompeyo, reconstruido. Se mostró muy activo a la hora de construir carreteras en Italia y en Oriente. Pagó en persona a quienes combatieron uno de los incendios que frecuentemente asolaban la ciudad de Roma (Tac., *Ann.*, XII, 56-57; Suet., *Claud.*, XVIII-XXI, 1; Dio, LX, VI, 8, XI, 1-5).

Siguiendo una vez más los pasos de Augusto, Claudio consideró que recuperar las antiguas prácticas religiosas podría ser útil para lograr una mayor estabilidad social. Asumió personalmente la responsabilidad de purificar la ciudad cuando un búho de mal agüero se instaló en el Capitolio y suscribió un tratado relativo a los antiguos ritos de los *fetiales*, sacerdotes responsables de los rituales de la paz y la guerra. Restableció el «augurio de la seguridad», una ceremonia expiatoria que eliminaba la maldición del incesto. Durante su época como censor, se aseguró de que se alentara y mantuviera a los adivinos etruscos (los arúspices). Mostró sus simpatías hacia aquellas prácticas y ritos ex-



Claudio

tranjeros que hubieran tenido alguna relación prolongada con Roma. Restauró el Templo de Érice en Sicilia y pensó en trasladar los misterios de Eleusis desde Atenas a Roma. También purgó las prácticas menos aceptables. En 52 los astrólogos fueron prohibidos en Italia y se abolió el druidismo. Se mostró duro con los judíos cuando provocaban disturbios en Roma, pero justo con sus derechos en Alejandría (Tac., *Ann.*, XI, 15, XII, 52; Suet., *Claud.*, XXII y XXV, 4-5; Dio, LX, VI, 6 y XXXIII, 3b).

Parece ser que Claudio mostró un sincero interés por que se administrase justicia y se hiciese de modo eficiente. Fue diligente tanto con las medidas civiles como con las penales en los tribunales pretorianos heredados de la república y él mismo participó en los intrincados requisitos de elegibilidad del jurado y revisó los plazos de reunión de los tribunales. Un sistema judicial paralelo que se estaba desarrollando en aquella época le brindó la ocasión de implicarse en un nivel aún más personal. Los cónsules, así como los pretores, podían actuar como jueces debido a su poder como magistrados y el emperador podía dirimir causas porque gozaba del *imperium* perpetuo. En aquellas *cognitiones* (vistas o pesquisas) se dirimían acusaciones relativas a una serie indefinida de infracciones y por lo tanto se mostraban más flexibles que los antiguos tribunales pretorianos, que se ocupaban de violaciones específicas de la ley. Claudio podía usar su tribunal privado (*intra cubiculum*) para acusar a quien quisiera, inculparlo como le pluguiera y atender a la causa en sus propias condiciones (Suet., *Claud.*, XIV y XXIII, 1; Dion, LX, IV, 3-4).

Cuando Claudio presidía los juicios públicos, que podían celebrarse en cualquier sitio, quedaba a la vista de todos y aquella exposición invitaba a la misma irreverencia que cuando asistía a los juegos. Durante la hambruna de 51 d. C., una muchedumbre lo acosó y le arrojó trozos de pan mientras él recibía al tribunal en el Foro. En una ocasión, un demandante lo detuvo agarrándolo de la ropa, un demandado le lanzó el estilo* y otro

* Punzón de escritura. (*N. de los t.*)

litigante lo llamó descaradamente viejo y loco. Según parece, su comportamiento provocaba aquella clase de trato, porque algunas veces tomaba decisiones arbitrarias u ofrecía interpretaciones demasiado literales. Una y otra vez fallaba en contra de todo litigante que no pudiese presentarse, cualquiera que fuese la razón de su ausencia, y declaraba como un estúpido, leyendo una sentencia preparada e incoherente para el caso, que estaba decidiendo a favor de «aquellos que habían dicho la verdad». De un modo indignante, hacía llamar a vulgares prostitutas para que sostuviesen testimonio contra los caballeros y en una ocasión ordenó que, sin demora, se le cortasen las manos a un ladrón (Tac., *Ann.*, XII, 43; Suet., *Claud.*, XV y XVIII, 2).

Pese a lo que parece haber sido diligencia aplicada a la hora de administrar justicia —o tal vez como consecuencia de ella— se acusó a Claudio de inmiscuirse en exceso y abusar del poder, sobre todo en los casos en que celebraba vistas privadas con tan solo unos pocos consejeros presentes. Se decía que muchas veces emitía un jucio después de haber oído solo a una de las partes, y aquella acusación se convirtió en un rasgo distintivo de su carácter. Su tribunal privado le permitía manejar las amenazas reales, como cuando castigó a los conspiradores de 42, pero también le permitía manipular o inventar acusaciones. Apio Silano fue condenado a ejecución sumaria como consecuencia de un juicio privado precipitado, en el mismo 42. En 47 Valerio Asiático fue juzgado en privado y se le obligó a suicidarse. Se decía que Claudio había ordenado matar a un total de entre treinta y treinta y cinco senadores y hasta a trescientos caballeros. No podemos dar cuenta de los totales, pero sabemos con seguridad los nombres de dieciocho víctimas senatoriales, y las cifras no estarán tan lejos (Tac., *Ann.*, XI, 1-3; Suet., *Claud.*, XV, 3, XXIX, 2; Sen., *Apoc.*, XII, 3, 19-22; XIV, 1-2).[3]

Claudio se dedicó por igual a la redacción de las leyes, no solo a administrar justicia. Las leyes se dictaban de varias formas y nuestras fuentes no siempre distinguen entre una regulación derivada por medio de un *senatus consultum* y un edicto imperial.

Él se valía de ambos medios: promulgaba muchos edictos pero también trabajaba mediante el Senado. El resultado final era el mismo, puesto que una propuesta del emperador al Senado recibía, de forma invariable, el voto afirmativo y al final terminaba convertida en ley; la ratificación de la asamblea de votantes representaba, en el mejor de los casos, una mera formalidad. Igual que con la administración de la justicia, parece ser que Claudio también demostró un sincero deseo de hacer todo lo posible por sus súbditos y según se cree, inició una legislación justa y eficiente en general.

La mayoría de la legislación de Claudio era coherente con su deseo de mantener la estratificación de la sociedad romana, una preocupación que afrontó durante su época como censor y también desde su puesto de gobierno. Sus resoluciones reafirmaron las diferencias de condición entre senadores, caballeros, personas libres de nacimiento, libertos y esclavos. Destinó unos cuantos asientos en el circo como zona especial para los senadores. Con el fin de causar el bochorno de aquellos caballeros que habían aparecido de forma tan inapropiada en el escenario en tiempos de Calígula, les obligó a aparecer de nuevo en la escena. Permitió que los libertos ingresasen en el orden ecuestre si eran adoptados por un caballero, pero confiscó las propiedades de aquellos que intentaban hacerse pasar por caballeros y sometió a esclavitud a uno que dio muestras de falta de respeto hacia su patrón. Cambió la secuencia de la carrera militar ecuestre, aunque la reforma no duró mucho tiempo. Su liberto Palas preparó una legislación que castigaba a las mujeres libres que cohabitaban con esclavos y definía la condición de sus hijos. Claudio insistió en marcar claramente las diferencias entre los extranjeros y los ciudadanos y en la primacía del latín en las cuestiones de estado. A los extranjeros les estaba vetado el uso de nombres familiares romanos, y aquellos que usurpaban la ciudadanía eran ejecutados. Privó de la ciudadanía a un distinguido hombre de origen griego porque no sabía latín (Tac., *Ann.*, XII, 53; Suet., *Claud.*, XXIV, 1, XXV, 1; Dio, LX, VII, 1, 4; LX, XVII, 4-5).

Algunas de las medidas eran humanitarias. Prohibió el asesinato arbitrario de los esclavos. Los esclavos enfermos, a los que sus señores abandonaban para dejarlos morir, obtenían la libertad si eran capaces de recuperarse. Pidió que nombrasen tutores para los huérfanos e hizo más eficientes las normas que regían los fideicomisos de fincas. Los honorarios de los abogados tenían un límite. No se podía prestar dinero a un menor contando con la muerte próxima del padre. También demostró su preocupación por el orden público y un gobierno más eficiente. Sus ajustes relativos a los plazos de los tribunales y la elegibilidad del jurado corresponden también a esta categoría. En un intento por poner al día la enorme lista de casos atrasados, sobre todo los más frívolos, instituyó que los demandantes que no se presentasen a las vistas que habían iniciado fueran castigados. Cambió el número de pretores y reorganizó sus cometidos. Los cuestores recuperaron la responsabilidad sobre el tesoro y se les pidió que preparasen los juegos de gladiadores que habían prometido durante sus candidaturas. Reprendió la indisciplina en el teatro, disolvió las asociaciones comerciales y se ocupó de los disturbios de los judíos. De sus iniciativas, la que sin duda causó mayor impacto en el gobierno fue la expansión de la autoridad otorgada a los procuradores en las provincias. El incremento en la responsabilidad judicial de aquellos hombres designados por el imperio, caballeros en su mayoría, que juraron lealtad solo al emperador, se obtuvo a expensas de la autoridad senatorial (Tac., *Ann.*, XI, 6-7, 13, 22, XII, 60; Suet., *Claud.*, XXIII, 2, XXIV, 2, XXV, 2 y 4; Dio, LX, x, 4, xxiv, 1-2, xxix, 7, 2).[4]

En tiempos de Claudio, el gobierno de Roma cayó cada vez más en manos del emperador y sus agentes. A Claudio se le ha atribuido una «política de centralización» deliberada,[5] pero el fortalecimiento del centro era inevitable y derivaba, con toda probabilidad, no tanto de una «política» consciente, sino más bien de la adición de cada una de las leyes y edictos que se ocupaban de asuntos inmediatos. Por ejemplo, Claudio privó al Senado de la prerrogativa de conceder permiso a los senadores para ausen-

tarse de la ciudad y la asumió él mismo. En este proceso resultó crucial delegar responsabilidades en los procuradores de las provincias. Claudio estuvo el suficiente tiempo en el gobierno como para asegurar que cada una de aquellas medidas pasaría a ser definitiva, y tal vez sea este factor lo que hace que parezcan constituir una política deliberada. Otra razón era la creciente cantidad de asuntos públicos y el amplio círculo de libertos imperiales vinculados con la corte que hacían falta para manejar aquellos asuntos. Los emperadores, en tanto que meros *principes* o «primeros entre los ciudadanos», disponían de unos pocos sirvientes civiles que les ayudaban en las cuestiones cada vez más numerosas y más complejas, de modo que dirigían el estado como si de una extensa casa se tratase, confiando en los más capaces de sus libertos. Se trataba de una práctica evolucionada a partir de una convención anterior. Los romanos acaudalados habrían confiado mucho en los libertos para desempeñar cargos de secretarios o de regentes del estado, y los predecesores de Claudio —Augusto, Tiberio y Calígula— también habían hecho uso de ellos; pero fue con Claudio con quien alcanzaron el máximo prestigio. Como los procuradores imperiales, también habían jurado lealtad exclusiva al emperador (Tac., *Ann.*, XII, 23; Dio, LX, XXV, 6-7).

Intereses eruditos

El interés de Claudio hacia las antigüedades y la historia dejó huella en su producción literaria. Algunas de sus obras pertencen a su época como *princeps*, pero ya había iniciado una labor de historiador de Roma en su juventud, con el género de los anales. Los abrió con la muerte de César, pero su madre Antonia y su abuela Livia le impidieron investigar en el difícil y espinoso período del triunvirato que precedió a la firme supremacía de Augusto. Al terminar aquella historia, sus cuarenta y un libros recorrían, probablemente, el período desde 27 a. C. hasta la muerte

de Augusto en 14 d. C. Escribió una defensa de Cicerón contra un ataque de Asinio Galo. El tratado sobre el juego de dados podría haberse inspirado en el entusiasmo que profesaba hacia este pasatiempo. Sus historias de Cartago y los etruscos estaban escritas en griego, lengua que dominaba y reverenciaba, pese a su insistencia por imponer el latín como lengua del imperio. Compuso una historia de los alfabetos y, durante su etapa como censor, ordenó poner en uso tres letras nuevas fruto de su propia invención. Escribió una autobiografía en ocho libros. Según Suetonio, tenía un estilo presentable pero utilizaba materiales incompatibles con la dignidad propia de un emperador (Tac., *Ann.*, XI, 13; Suet. *Claud.*, XXXIII, 2, XLI).

La afición de Claudio por los libros halló un corolario en su forma de expresión, que cabe calificar de pedante. Cuando hablaba de permitir la carrera de magistrado a los galos importantes, se remontaba a los orígenes de la ciudad y divagaba sobre la historia de la inmigración a Roma.[6] Cuando justificaba la ampliación del papel de sus procuradores, hablaba largo y tendido sobre la historia de la función judicial de los caballeros; cuando modificó las responsabilidades de los cuestores, recitó la historia de la cuestura. Justificó la inmunidad tributaria en la isla de Cos basándose en el famoso médico que había nacido allí. La promoción de los libertos suscitó la referencia a su antepasado Apio Claudio. Su fomento de los arúspices y la ampliación del *pomerium* también dieron lugar a unas conferencias explicativas que parecían ser costumbre en él (Tac., *Ann.*, XI, 14-15, 22, 24, XII, 61; Suet., *Claud.*, XXIV, 1).

Carácter

Si se le juzga solamente por el testimonio público, Claudio ofrece la imagen de un monarca relativamente sensible y más bien serio, aunque conservador. La conquista de Britania, sus obras y apariciones públicas así como la actividad legislativa encami-

nada a mejorar y mantener el orden representaron logros positivos. Pero sus contemporáneos (tanto los estrictos como los ligeramente posteriores) nos han dejado el retrato de un hombre que encaja de un modo extraño con la descripción más sobria y objetiva de su mandato. Suele encarnar cierta dificultad evaluar las personalidades del mundo antiguo, en tanto que nos llegan nubladas por varias capas de interpretaciones y prejuicios; pero Claudio dejó, sin lugar a dudas, la impresión constante y única del bufón y el tirano cruel a capricho, ambas a la vez. Causó a sus contemporáneos la misma impresión que causó a Suetonio su autobiografía: que se comportaba de forma inadecuada para un emperador.

El variado retrato de Claudio se halla en diferentes contextos y proviene de diversas fuentes. Aparece retratado como un hombre destacado de forma un tanto extraña y carente de la contención propia que suele salvar a las personas de una expresión torpe. Suetonio nos habla de su «falta de memoria y de reflexión» (*Claud.*, XXXIX, 1) y escribe: «daba la impresión de no saber ni parar mientes en quién era, ni ante quiénes, en qué circunstancia o en qué lugar hablaba» (*Claud.*, XL, 1).* Abundan las anécdotas sobre esta visión irreflexiva de sí mismo, según la mostraba al mundo. Se cuenta que en una ocasión convocó ante el tribunal a un testigo muerto y otras veces preguntaba el paradero de una víctima a la que habían inducido al suicidio, incluida su esposa Mesalina, después de ser ejecutada. Siguió refiréndose a su sobrina Agripina como su «hija», y con ello empeoró aún más el oprobio del incesto al contraer matrimonio con ella. Como ya hemos visto, se comportaba de un modo demasiado familiar cuando asistía a los juegos. Calcular de nuevo la fecha de los Juegos Seculares le supuso el ridículo y los edictos que promulgó en su época de censor fueron maniáticos y banales. Se burlaban de él en el tribunal. En su defensa, cabe alegar que padecía cierta sordera evidente en un oído y eso podría haber provocado que se

* Traducciones de Rosa M.ª Agudo. (*N. de los t.*)

perdiese detalles de lo que sucedía a su alrededor. La fuerte afición a la bebida también se habría sumado a su indiferencia, y tanto la cojera como los problemas para hablar se percibieron probablemente como pruebas de una disminución psíquica (Tac., *Ann.*, XI, 2, XXXVIII; Suet., *Claud.*, XV, 3, XXXIX-XL; Dio, LX, XXXIII, 6).

No obstante, no todos los rasgos de su carácter fueron tan inocuos. Se lo consideraba timorato y, en consecuencia, desconfiado. Por supuesto contaba con buenas razones para sentir temor, tanto en el inicio de su principado como más adelante, en respuesta a las amenazas que le dirigieron; pero parece que otros fueron capaces de manipular su timidez en beneficio propio. A lo largo de su mandato, aquellos que se presentaban ante él eran registrados. Tenía tendencia a la autocompasión, a la ira y a ofenderse por poco, y arremetía físicamente contra los hombres que lo abordaban de forma inadecuada. El gusto que mostraba por las escenas más sangrientas de los juegos de gladiadores era coherente con el placer que experimentaba al presenciar las ejecuciones públicas y con su reputación de hombre cruel, derivada del rastro de senadores y caballeros muertos que dejó tras de sí. Él, por supuesto, consideraría que eliminar a sus enemigos era un acto necesario, de defensa propia. El carácter de Claudio sobrepasa, por lo tanto, la estupidez y la crueldad, cualidades que ilustran las anécdotas que hablan de él y fueron identificadas por Suetonio ante todo con la *stultitia* y la *saevitia* (Suet., *Claud.*, XV, 4, *Ner.*, XXXIII, 1). Sus contemporáneos lo consideraban un idiota despreciable (Suet., *Claud.*, XXXIV-XXXVIII, 2, XL, 3; Dio, LX, II, 6-7, XIV, 1).

Sin embargo, una segunda caracterización se sumó pronto a la primera. Se lo percibía como una figura pasiva, un hombre dirigido por dos grupos: sus esposas y sus libertos. Los libertos eran ciertamente consejeros muy influyentes y los más destacados recibían una jugosa compensación, tanto en el favor imperial como en las oportunidades que su cargo les ofrecía para acumular una gran riqueza. A Palas, responsable de las cuentas, se le concedieron

las *ornamenta praetoria* y el estatus ecuestre por preparar la legislación relativa a la cohabitación de las libertas con los esclavos. Narciso, encargado de la correspondencia, recibió las *ornamenta quaestoria* como premio a su lealtad. Las dos últimas esposas de Claudio, Mesalina y Agripina, usaron, como los libertos, la información cortesana para ejercer su influencia. No obstante, es exagerado decir que dependía totalmente de ambos grupos, porque buena parte de lo que sucedía mientras él vigilaba lleva su marca personal. Su apariencia física, carente de toda autoridad, junto con su aire de indiferencia, podrían haber contribuido a formar la idea de que no era más que un elemento decorativo (Tac., *Ann.*, XII, 1, LX; Suet., *Claud.*, XV, 5, XXVIII, XXIX, 1; Dio, LX, VIII, 4, XIV, 1, XXXIII, 3a).

Intrigas sucesorias

Las dos mujeres con las que Claudio se casó siendo emperador no dominaron a su esposo tanto como dominaron la narrativa posterior sobre su mandato. Los papeles que interpretaron en el eterno problema de la sucesión fueron la causa de que ocupasen un puesto central en el desarrollo de la acción. La primera fue Valeria Mesalina, cuyo prestigio provenía de sus vestigios de la «sangre azul» de la familia Julia y del hecho de ser madre del posible heredero, Británico. Claudio le permitió participar en su triunfo, usar el carruaje ceremonial y ocupar un sitio de honor en los juegos. Se cuenta que ella fue responsable de acusar y dar muerte a muchos inocentes, hombres y mujeres. Apio Silano cayó entre las víctimas porque se negó a dejarse seducir por ella. Valerio Asiático fue obligado a suicidarse porque ella codiciaba sus jardines. Sus celos resultaron fatales para Julia, la nieta de Tiberio, y para Julia Livila, la hija de Germánico. Su influencia en el asunto sucesorio quedó patente en el momento en que Pompeyo Magno —el marido de Antonia, la hija de Claudio— fue asesinado en 47 y Antonia se casó de nuevo con el hermanastro de Mesa-

lina, Cornelio Fausto Sula. Su hijo, el sobrino de Mesalina, se convertiría en el primer y único nieto de Claudio. Dicho esto, por más que ella no hubiera vivido ajena a las intrigas de la corte, tampoco cabe duda de que no fue agente único en la destrucción de tantísimas personas (Tac., *Ann.*, XI, 1-3, XIII, 32; Suet., *Claud.*, XVII, 3, XXIX, 1-2, XXVII, 2; Dio, LX, XIV, 2-4, XVIII, 4, XXII, 2, XXIX, 6-6a).

Mesalina fue acusada de promiscuidad y de intrigas. Se cuenta que regentaba un burdel en el que trabajaban mujeres de la clase alta y que ella misma había sido una prostituta más. Este tipo de acusaciones amañadas arrojaban dudas sobre la paternidad de Británico y resultaban útiles para aquellos que no deseaban verlo acceder al principado. Se trataba, no cabe duda, de invenciones; pero no hay por qué aceptar que fuese una casta esposa y el último capítulo de su historia demuestra su capacidad para usar los favores sexuales en beneficio propio. En 49 d. C., Claudio tenía cincuenta y siete años y, aunque en apariencia su estado de salud era razonablemente bueno —dejando a un lado sus discapacidades congénitas—, podía considerarse que se aproximaba al final de sus días. Mesalina era mucho más joven, pero, lo que era más importante, Británico solo tenía siete años. El poder y el prestigio podían venir de un hijo igual que de un marido, pero a ella le resultaría muy difícil, si no imposible, llegar a ser una madre regia con influencia si Claudio moría antes de que su hijo estuviese establecido en su lugar, sano y salvo. Halló un protector en la persona de Gayo Silio, cónsul electo en 49. En el otoño de 48 se divorció de Claudio por iniciativa propia y se casó en secreto con Silio; aunque no tan en secreto como la pareja habría deseado. Parece ser que la idea consistía en que él actuase como regente del pequeño Británico o se declarase emperador, mientras el vínculo juliano de Mesalina serviría para asegurar la lealtad de los militares hacia la nueva configuración familiar. Aquella reestructuración tan radical desató el pánico en una corte que intentaba sobrevivir al naufragio de la estructura de poder. Narciso, el liberto, se arriesgó a informar a Claudio del ma-

trimonio. Luego dirigió los acontecimientos para que Claudio continuase siendo el emperador y él pudiera mantenerse a flote. Silio y Mesalina perdieron la vida, igual que tantos otros, puesto que en el golpe fallido había más implicados que sus dos protagonistas (Tac., *Ann.*, XI, 26-38; Suet., *Claud.*, XVI, 2, XXIX, 3; Dio, LX, XVIII, 1, XXXI, 1).

Tal vez Mesalina se movía por una razón adicional, que explicaría su prisa y la impaciencia de su arriesgada decisión. Agripina (la Menor) estaba a las puertas y aguardaba con un hijo propio. Era hija del hermano de Claudio, Germánico, y su esposa, una nieta de Augusto, de igual nombre, Agripina (la Mayor). En 28 d. C. Tiberio la había casado con un primo, Gneo Domicio Ahenobarbo, descendiente, como Mesalina, de Antonia la Mayor. En diciembre de 37 tuvieron un hijo, Lucio Domicio, que se convertiría en el emperador Nerón. En 48 Agripina estaba libre para volver a casarse; Gneo Domicio había muerto, al igual que su segundo marido. Lucio Domicio tenía diez años, tres más que Británico. Todas las versiones retratan a Agripina como una mujer enérgica y ambiciosa, y es fácil que Mesalina hubiera pensado que estaba preparándose para ocupar su puesto, como en efecto sucedió al poco tiempo (Tac., *Ann.*, XI, 12).

Apenas había fallecido Mesalina, Claudio se casó con su sobrina. Pese a los que lo acusaron de haberla seducido, la suya era una unión estrictamente política. Esta hija de Germánico aportaría aún más prestigio al principado que la propia Mesalina y sería más aceptable a ojos del ejército. El impedimento del incesto se superó cuando los aliados de Claudio en la corte persuadieron al Senado de la conveniencia de legalizar el matrimonio de un hombre con la hija de su hermano. Agripina recibiría todos los honores que había tenido Mesalina, además del título de Augusta y de una colonia que llevaría su nombre, la Colonia Agrippinensis (la moderna Colonia). Hizo su aparición pública cubierta con un manto dorado y ocupó su sitio junto a Claudio para recibir el homenaje de Carataco, el caudillo británico derrotado (Plin., *NH*, XXXIII, 63; Tac., *Ann.*, XII, 6, XXVI-XXVII,

XXXVII, LVI; Suet., *Claud.*, XXVI, 3; Dio, LX, XXXI, 8, XXXIII, 2, 1-2a, 3, 7, 12).

Al igual que a Mesalina, se acusó a Agripina de urdir la destrucción de personas importantes. Estatilio Tauro era vulnerable por su riqueza; Lolia Paulina y Domicia Lépida, porque las consideraba rivales. Hizo que una mujer de la clase alta, Calpurnia, fuera desterrada con el mero argumento de que Claudio la había elogiado. Lucio Junio Silano, prometido desde hacía tiempo con la hija de Claudio, Octavia, fue acusado de incesto hasta llevarlo al suicidio. Aquello dejaba vía libre para prometer a Octavia con el hijo de Agripina. Claudio adoptó al niño en 50 d. C., le cambió el nombre para incluir el cognomen claudiano de Nerón y se puso en práctica un nuevo plan sucesorio. En aquel momento Claudio tenía dos hijos, el mayor de los cuales era Nerón. La tradición histórica ha responsabilizado a Agripina de ingeniárselas para dejar a Nerón en aquella posición, pero los planes también favorecían a Claudio. Otro heredero, algunos años más próximo que Británico a la mayoría de edad, le suponía más protección. A Nerón se le concedió pronto la condición de adulto: recibió la toga viril cuando solo tenía trece años. Octavia fue adoptada en otra familia para permitir que la unión entre ella y Nerón continuara resultando posible y se casaron en 53 (Tac., *Ann.*, XII, 3-4, 9, 22, 25-26, 58-59; Suet., *Claud.*, XXVII, 2; Dio, LX, XXXII, 1-4, XXXIII, 2-2b).

Pero de nuevo, como había sucedido con Mesalina, se cuenta que Agripina estaba cada vez más impaciente. Británico le pisaba los talones a Nerón, preparado para recibir la *toga virilis* en 54, y cuando aquello sucediese Nerón ya no sería el único hijo adulto de Claudio. Se corrió el rumor de que Claudio había empezado a lamentar su último matrimonio y la importancia que había otorgado al adoptivo Nerón. Quizá había planeado que Británico y Nerón fuesen herederos conjuntos, puesto que los encomendó a ambos a la protección del Senado, es de suponer que en previsión de su propia muerte. Claudio contaba entonces con sesenta y tres años, una edad avanzada para un romano, y mu-

rió el 13 de octubre de 54 d. C. Perdió el conocimiento en una cena y se lo llevaron, suponiendo que estaba borracho, como le sucedía a menudo. Podría ser que hubiera padecido una apoplejía o algún otro tipo de trastorno médico grave, pero como era inevitable, se sopesó la posibilidad de que Agripina lo hubiera envenenado, motivada por el inminente paso a la edad adulta de Británico y el desafío que eso supondría para ella y para su hijo (Tac., *Ann.*, LXIV-LXV; Suet., *Claud.*, XLIII-XLIV, 1; Dio, LX, XXXIV, 1).

Una de las historias que nos ha llegado cuenta que el veneno le fue administrado en un banquete de los *augustales*, los sacerdotes de Augusto. Según otra versión, Agripina se lo dio con sus propias manos en un plato de setas envenenadas. Los relatos de las últimas horas de Claudio difieren entre sí. Uno de ellos sostiene que jamás recuperó el sentido; otro que expulsó el veneno y hubo que darle una dosis adicional; en ambos casos, había muerto a la mañana siguiente. Agripina no anunció su fallecimiento hasta el mediodía, la hora que los astrólogos habían declarado propicia. El retraso le dio tiempo para disponer que la guardia pretoriana saludase a Nerón como emperador, y mientras tanto Agripina mantuvo a Británico y sus hermanas alejadas del público. Claudio fue enterrado con unos honores funerarios que imitaban a los de Augusto. El Senado lo declaró divino enseguida (Sen., *Apoc.*, II, 2, XII, 1; Tac., *Ann.*, LXVI-LXIX; Suet., *Claud.*, XLIV, 2-XLV; Dio, LX, XXXIV, 2-3, XXXV, 2).

Pronto circuló un librito por la corte: la *Apocolocyntosis Divi Claudii* (*La conversión del divino Claudio en calabaza*), probablemente de la mano de Séneca,* que satirizaba la incongruencia de la divinización del difunto emperador por una parte con su ineptitud, y por otra con sus prácticas asesinas (Dio, LX, XXXV, 3). Pero Claudio había ampliado los límites del imperio

* Hay traducción de Juan Mariné Isidro: Séneca, *Apocolocintosis; Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio*, Gredos (BCG, 220), Madrid, 1996. (*N. de los t.*)

y su comportamiento había evitado algunos de los excesos cometidos antes que él por Tiberio y Calígula, y posteriormente por Nerón; en conjunto, eso hizo aconsejable reconciliarse con las contradicciones de su legado. Si se podía determinar que fue una simple herramienta en manos de sus esposas y libertos, su crueldad se vería mitigada por su influencia positiva. La indecorosa figura que resultaba de todo ello era, comparación, inofensiva.

NOTAS

1. Arnaldo Momigliano, *Claudius: The Emperor and his Achievement*, Greenwood Press, Westport (Conn.), 1981, p. 52.

2. Véase también Mary E. Smallwood, *Documents illustrating the principates of Gaius Claudius and Nero*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967, p. 367, col. 3, lín. 10-23.

3. Las cifras corresponden a D. McAlindon, «Claudius and the Senators», *American Journal of Philology*, n.º 78, 1957, pp. 279-280.

4. Según parece, Claudio dedicó especial atención a la legislación, de todo tipo, aunque en cierta medida el dato podría constituir un accidente de las pruebas que nos han llegado. Barbara Levick (*Claudius*, Batsford, New Haven y Londres, 1990), pp. 115-126, Momigliano (*Claudius*), p. 72, y H. H. Scullard (*From the Gracchi to Nero*, Methuen, Londres y Nueva York, 1982[5], pp. 293-294) se han ocupado de clasificar las leyes creadas durante la época imperial de Claudio.

5. Momigliano, *Claudius*, pp. 39-73.

6. Se conserva una parte del discurso de Claudio sobre los galos, grabado en una placa de bronce descubierta cerca de Lyon, su lugar de nacimiento (Smallwood, *Gaius Claudius and Nero*, p. 369).

Griffin, Miriam T., «Claudius in the Judgement of the Next Half-Century», en Volker M. Stroka (ed.), *Die Regierungszeit des Kaisers Claudius (41-54 n. Chr.): Umbruch oder Episode?*, Von Zabern, Maguncia, 1994, pp. 307-321.

Hurley, Donna W. (ed.), *Suetonius: Divus Claudius*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

Levick, Barbara, *Claudius*, Batsford, New Haven y Londres, 1990.

McAlindon, D., «Claudius and the Senators», *American Journal of Philology*, n.º 78, 1957, pp. 279-280.

Momigliano, Arnaldo, *Claudius: The Emperor and his Achievement*, Clarendon Press, Oxford, 1934; Greenwood Press, Westport (Conn.), 1981.

V

Nerón

Miriam T. Griffin



Nerón Claudio César Augusto Germánico, que ocupó el trono imperial durante catorce años —de 54 a 68 d. C.—, es uno de los emperadores romanos más conocidos, si no el más famoso. Nació el 15 de diciembre de 37, como hijo de Agripina la Menor, por entonces la esposa de Gneo Domicio Ahenobarbo; en 50 fue adoptado por su padrastro, el emperador Claudio, con cuya hija, Octavia, se casó tres años después. Su posición dinástica era entonces más sólida que la del hijo biológico del emperador, Británico, y cuando Claudio falleció en octubre de 54 fue a Nerón a quien saludó como *imperator* la guardia pretoriana y a quien el Senado votó otorgar los poderes necesarios. Durante los cinco años posteriores aceptó la guía del filósofo Séneca y del prefecto del pretorio Sexto Afranio Burro. Su madre, Agripina, intentó influir en lo posible, pero con un éxito bastante limitado, y murió asesinada en 59. A medida que Nerón ganaba independencia, su conducta parecía cada vez más caprichosa a ojos de algunos

romanos. Se divorciaría de Octavia, con quien no tuvo hijos, en 62, para casarse con Popea Sabina. Ella falleció en 65, tras darle una hija que tan solo vivió unos meses. Cuando lo abandonaron unos cuantos comandantes del ejército —a quienes se sumó después la guardia pretoriana—, Nerón fue declarado enemigo público por el Senado y se suicidó, el 9 de junio de 68, a los treinta años. Era el último de la dinastía Julio-Claudia y su caída del poder precipitó una guerra civil que amenazó con destruir el sistema político del principado, puesto que había sido pensado precisamente para evitar aquel tipo de conflictos. El fracaso de Nerón habría bastado para obtener la notoriedad. Pero en realidad, la reputación que dejó tras de sí fue una mezcla de cosas positivas y negativas, que suscitó reacciones tanto de nostalgia como de disgusto.

La reputación de Nerón

Por más que la tradición literaria preservada muestra una hostilidad uniforme hacia su figura, sabemos por Flavio Josefo —historiador judío en lengua griega— que existieron asimismo relatos favorables, escritos por historiadores agradecidos a Nerón (Jos., *AJ*, XX, 154). Podría tratarse de escritores griegos, porque Nerón había sido popular en las provincias orientales del imperio, pues también apreciaba la música, los deportes y las carreras de cuadrigas como habilidades aristocráticas, había visitado Grecia y había competido por las coronas en los juegos griegos, y además, en última instancia liberó a la antigua Grecia, a la provincia romana de Acaya, del gobierno directo y las obligaciones tributarias. Solo por esto el escritor griego Pausanias lo declararía más adelante «un alma noble corrompida por una educación inconveniente» (Paus., VII, XVII, 3)* y Plutarco afirmaría que ha-

* Traducción de María Cruz Herrero Ingelmo, *Descripción de Grecia*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

llaría la bendición en el otro mundo, reencarnándose en «una rana que cantaba en los lagos y las marismas» (Plut., *De sera*, 567F). En cuanto a este mundo, en 69, justo después de la muerte de Nerón, y luego transcurridos intervalos de diez años, aparecieron en Oriente tres Nerones, todos ellos jóvenes y tañedores de lira (Tac., *Hist.*, II, 8-9; Suet., *Ner.*, LVII; Dio, LXIV, IX, 3, LXVI, XIX, 3b). Aunque algunos consideraron que aquellos farsantes eran merecedores de espanto, otros muchos les dieron la bienvenida. Dión Crisóstomo, un filósofo de Asia Menor, escribió hacia finales del siglo I d. C.: «incluso ahora sus súbditos desean que estuviera vivo y casi todos los hombres creen que lo está» (*Or.*, XXI, 10). Los dos falsos Nerones posteriores recibieron el apoyo del rey parto, el único rival imperial que le quedaba a Roma, porque Nerón había establecido un acuerdo sensato con el imperio parto, que permitió un largo período de estabilidad en lo relativo a las fronteras orientales. De hecho, el rey parto solicitó que Nerón recibiese honores en Roma tras su muerte (Suet., *Ner.*, LVII).

También en Roma la gente de la calle recordaba su belleza y sus generosos espectáculos y hacían comparaciones poco favorecedoras con su sucesor, Galba, anciano, tacaño y de apariencia austera (Tac., *Hist.*, I, IV, 7). Incluso algunos miembros de las clases más prósperas y educadas —los grupos que más habían sufrido como consecuencia de la crueldad y la paranoia de Nerón— recordaban sus espectáculos y la elegante y refinada escena social que presidía, el clímax de un estilo de vida lujoso que se terminaría con las guerras civiles y la ascensión al trono del mezquino Vespasiano (Tac., *Ann.*, XIV, XXI, III, LV).

A largo plazo, el recuerdo de Nerón perduró, en Roma y en Oriente, pese a la destrucción de buena parte de sus estatuas y al *deleatur* de su nombre en los monumentos. Su biógrafo señala que «hubo quienes adornaron largo tiempo su tumba con flores, en primavera y en verano, y expusieron en la tribuna de las arengas estatuas que lo representaban vestido con la [toga] pretexta, o edictos suyos, como si estuviera vivo y pensara volver pron-

to para castigar a sus enemigos» (Suet., *Ner.*, LVII, 1).* Al haber muerto joven y en circunstancias misteriosas, resultó más fácil que se alimentase la fe en su supervivencia. En el mundo antiguo se daba crédito a supersticiones con respecto a los que morían antes de tiempo, sobre todo si terminaban con una muerte violenta y en particular si se trataba de suicidio: se temía que el fantasma no descansase. Además, en el caso de Nerón, fueron muy pocos los que habían visto el cadáver, porque se mató en la villa de su liberto, a las afueras de Roma, y fue enterrado por su antigua ama y sus viejas niñeras en la tumba familiar de los Domicios, al no permitírsele, por ser enemigo público, la celebración de un funeral público y el uso del mausoleo de los césares (Suet., *Ner.*, IL, 2-L; Plut., *Galb.*, VII, 2). También quedaban los restos materiales para preservar vivo su recuerdo y hacer que la gente no lo olvidase: su fascinante arquitectura, sus hermosas monedas (aunque algunas acabaron desfiguradas), la literatura que él y sus colegas —Séneca, Lucano, Petronio— habían producido antes de atraerse su envidia y morir asesinados. «¿Qué es peor que Nerón? ¿Qué es mejor que los baños de Nerón?», escribió el poeta Marcial tras su muerte (*Ep.*, VII, 34), añadiendo elogios hacia Nerón como poeta erudito (VIII, 70). De los cuatro emperadores que siguieron en rápida sucesión en 69, dos de ellos, Otón y Vitelio, juzgaron prudente revelar su vínculo con Nerón, adoptando su nombre, cantando sus canciones, trabajando para terminar el palacio (Plut., *Otho*, 3; Tac., *Hist.*, I, 78; Suet., *Otho*, VII, 10, *Vit.*, XI; Dio, LXIV, VIII, 3; LXV, VII, 3). Y tres siglos después de que el Senado lo declarase enemigo público, los espectadores de los juegos seguían recibiendo *contorniates* (recordatorios) en los que se exhibía la cabeza del mayor *showman* de todos.

Incluso los relatos literarios conservados, predominantemente hostiles a su persona, muestran el entusiasmo que generaba la exu-

* Traducción de Rosa M.ª Agudo: Suetonio, *Vidas de los doce césares*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

berancia neroniana. Suetonio, que nació a los dos años de morir Nerón, se supera a sí mismo en esta vida al escribir un prolongado y conmovedor relato de los últimos días de vida y la muerte del emperador (*Ner.*, XL-IL), que constituye la principal fuente del magnífico capítulo inicial del reciente libro de E. Champlin, que también recurre al libro LXIII del historiador Dión Casio, nacido un siglo después de que muriera Nerón. El relato de Dión de estos años se ha conservado de forma irregular y, aun así, el mágico sentido de la teatralidad de Nerón aparece incluso en los pasajes bizantinos, y el lector se tropieza con muchos momentos asombrosos, como la coronación del rey armenio Tiridates (LXIII, 4-5) en 66 d. C. Dión describe el aspecto del Foro lleno de soldados con sus brillantes armaduras y los civiles, vestidos de blanco, portadores de ramas de laurel. Nerón apareció al alba, ataviado con su vestido triunfal y sentado en la tribuna de los oradores. A continuación, Tiridates y su séquito avanzaron entre las filas de soldados armados, se detuvieron ante la tribuna y se postraron ellos también.

> En aquel momento estalló un enorme rugido, que causó tanta alarma en Tiridates que quedó sin habla por unos instantes, temeroso por su vida. Luego se declaró el silencio, recuperó el coraje y, tragándose el orgullo, adoptó una posición servil tal como requería la ocasión.
>
> —Señor, soy descendiente de Arsaces, hermano de los reyes Vologeso y Pacoto, y vuestro esclavo. Y he venido a rendiros culto como hago con Mitras: el destino que vos hiléis para mí será el mío, pues vos sois mi Fortuna y mi Destino.
>
> Nerón respondió:
>
> —Ahora yo te declaro rey de Armenia, para que comprendas que tengo el poder de dar y quitar reinos.
>
> Entonces, cuando Tiridates hubo ascendido a la tribuna y estaba sentado a sus pies, le quitó el turbante de la cabeza y lo reemplazó con la diadema.*

* Versión algo adaptada y abreviada. (*N. de la a.*)

Este día «áureo» también incluyó una celebración en el teatro, dorado por dentro y por fuera para la ocasión, con un toldo púrpura en lo alto que mostraba a Nerón conduciendo un carro con estrellas doradas a su alrededor. Luego, Nerón tocó la lira y condujo en efecto un carro.

Suponemos que este espectáculo también fue descrito por el mejor de los escritores de historia con obra preservada, Cornelio Tácito, un contemporáneo de Suetonio mayor que él, que vivió durante casi todo el mandato y utiliza encuentros con testigos presenciales de los hechos (*Ann.*, XV, LXXIII). Pero de los seis libros (*Ann.*, XIII-XVIII) que es probable que Tácito dedicara a Nerón en sus *Anales* —una historia que se ocupa de toda la dinastía Julio-Claudia con la salvedad de Augusto— hemos perdido, o quizá Tácito no los terminó, cerca de la mitad del libro XVI y los libros XVII y XVIII. No obstante, podemos afirmar que Tácito puso de relieve el sentido de la teatralidad de Nerón y su creciente exhibicionismo, convirtiendo su discurso acostumbrado en dramas y cuadros más vivos, largos y complejos. Mientras que los tres primeros libros se ocupan de once años de mandato, los tres últimos solo habrían referido otros dos años y medio o tal vez tres, dependiendo de dónde terminase Tácito el relato, si con la muerte de Nerón (el 9 de junio de 68) o con el fin de aquel año.[1] Su relato del mandato de Nerón avanza a un ritmo cada vez más lento a medida que concede cada vez más espacio a los delitos imperiales y las grandes crisis: en el libro XIII el asesinato del hermano de Nerón, Británico, en 55, se desarrolla a lo largo de cinco capítulos; en el libro XIV el de su madre, Agripina, en 59, ocupa once; en el libro XV, la conspiración de Pisón en 65 se alarga hasta los veintisiete capítulos.[2]

Las razones que explican la mala reputación de Nerón, a corto y largo plazo, son bastante obvias. Los primeros historiadores que escribieron sobre él vivían bajo la nueva dinastía de los emperadores Flavios y refrendaban el punto de vista oficial según el cual Nerón había deshonrado a Augusto y a los demás gobernantes respetables de la familia Julio-Claudia. Plinio el Vie-

jo, amigo de Vespasiano y de su hijo Tito, vilipendió a Nerón en su *Naturalis Historia* (una obra enciclopédica) como destructor de la raza humana (*NH*, VII, 45) y un veneno lanzado sobre el mundo (XXII, 92); su historia general, perdida para nosotros, era igualmente aduladora hacia la nueva dinastía (*NH*, pref., 20). Aunque Tácito deja ver cierto escepticismo hacia las supuestas atrocidades neronianas, él y otras dos autoridades cuya obra se ha conservado adoptaron el tono general de hostilidad de aquellos primeros historiadores. No sin razón, sin embargo. Es de suponer que el examen de las actas del Senado y los interrogatorios que Tácito practicó a los exiliados a su regreso (*Ann.*, XV, LXXIII) hizo poco por contrarrestar la actitud de sus fuentes, puesto que muchos miembros de la clase gobernante habían sido condenados al exilio y asesinados, mientras que la carta que Séneca había redactado para Nerón, en la que explicaba la muerte de su madre, casi confiesa el asesinato cuando a modo de justificación enumera todos los delitos por ella cometidos (Tac., *Ann.*, XIV, X-XI). De hecho, uno de los oficiales de la guardia pretoriana le echó en cara a Nerón el asesinato de su madre Agripina y su esposa Octavia (Tac., *Ann.*, XV, LXXVII, 2) y es probable que, aun antes de que los escritores flavios iniciasen su tarea, una tragedia histórica, escrita en imitación de Séneca y titulada *Octavia*, retratase a Nerón como un tirano, responsable de la muerte de su hermano Británico así como de la de su madre y su esposa.[3] El mismo oficial había incluido entre sus reproches las carreras de carros de Nerón y sus interpretaciones, porque escandalizaban la sensibilidad de los militares y de buena parte de la clase gobernante, por más que entretuvieran al populacho. La posterior acusación de haber prendido fuego a Roma (veáse más adelante, la p. 203), aunque probablemente era falsa, también fue digna de crédito para muchos, entonces y ahora.[4]

Como hemos señalado antes, Nerón gozaba de popularidad en las provincias orientales. Pero no todos los súbditos romanos de Oriente estaban contentos con él. Los judíos, que se habían rebelado contra su cruel y abusivo procurador Gesio Floro, per-

dieron, como consecuencia, el gran Templo de Jerusalén y sus tesoros, que se exhiben adornando el triunfo Flavio en el Arco de Tito. En los *Oráculos sibilinos* judíos, escritos en 79, al poco de la destrucción, Nerón aparece representado como el exiliado de Roma, gran rey y matricida que había huido con los partos y que atravesaría el Éufrates con decenas de miles de hombres para destruir Roma y el mundo entero (IV, 119-124, 1137-1139; V, 137-152, 362-376). Los cristianos, castigados inmerecidamente por el gran incendio de Roma en 64, invirtieron de forma similar la esperanza griega según la cual el emperador filoheleno acabaría regresando: en sus respuestas oraculares y apocalípticas, Nerón es el Anticristo cuya persecución de los cristianos presagia la destrucción de Roma. Este punto de vista siguió siendo observado por los Padres de la Iglesia (*Or. Sib.*, VIII, 68-72, 139-159; Ter., *Apol.*, V; Lact., *Mort. Pers.*, 2; Aug., *De Civ. D.*, XX, XIX, 3; Jer., *Dial.*, XXI, 4). El retrato de Nerón como encarnación del mal fue triunfando de la mano del cristianismo.

La Edad Dorada

Los tres relatos históricos que conservamos atestiguan, en efecto, el deterioro del gobierno con el paso del tiempo. Suetonio, Tácito y Dión creían que Nerón sentía una inclinación natural por el vicio, pero que en épocas anteriores de su mandato se había comportado de forma razonable por consideración o temor hacia su madre. Luego, a jucio de los dos últimos, estuvo bajo el control de sus consejeros durante un tiempo: su tutor de retórica, Lucio Anneo Séneca, y su prefecto de la guardia, Sexto Afranio Burro. Esta tradición relativa a un primer período de buen gobierno se mantuvo y disfrutó de una larga vida. De hecho, encontramos a finales del siglo IV a dos historiadores que interpretan en este mismo sentido una anécdota que atribuye al buen emperador Trajano la opinión de que, durante cinco años, Nerón superó a todos los *principes* (Aur. Vict., *Caes.*, V, 2-4; *Epit. de*

Caes., V, 2-5). Aunque estos autores confirman el posterior declive moral de Nerón, ya no sabían qué podía decirse con exactitud a favor del primer quinquenio. Por lo tanto, adujeron los trabajos de construcción y las anexiones provinciales; a todas luces, no supieron ver que se trataba en su mayoría de acciones de fecha más tardía.[5] Pero la tradición de una ruptura a partir de los cinco años tomó forma, de hecho, ya en vida del propio Nerón, tal como demuestran las palabras del tribuno pretoriano mencionado antes, que Tácito afirma citar literalmente (*Ann.*, XV, LXVII, 2): «Empecé a odiarte cuando te convertiste en asesino de tu madre y de tu esposa, en auriga y en histrión y en incendiario».* Eran palabras de Subrio Flavo, cuando fue acusado de participar en la conspiración de 65 y Nerón le preguntó por qué había roto su juramento de lealtad. El primer crimen mencionado, el asesinato de Agripina en marzo de 59, se desarrolló apenas transcurridos cinco años desde octubre de 54, cuando Nerón se convirtió en *princeps*, y tanto Tácito como Dión Casio hacen notar que 59 fue un año importante pues ambos inician nuevo libro llegados a este punto.

Los poetas coetáneos de aquellos primeros años celebraron el período como una Edad Dorada y dan cierta idea de la política del régimen. Así Calpurnio Sículo escribe: «En medio de una tranquila paz, la Edad Dorada da comienzo a un segundo nacimiento; al fin la bondadosa Temis [diosa de la justicia], librándose del polvo acumulado en su duelo, regresa a la tierra; tiempos de gozo asisten al joven príncipe» (I, 42-45). El poeta sigue celebrando la pacífica ascensión al trono de Nerón, su clemencia en la jurisdicción, la recuperación del gobierno de la ley y la libertad del Senado y de los magistrados.

Con tanta imprecisión no es difícil ver toda una serie de temas similares a los que incluía el discurso de ascensión que pronunció Nerón ante el Senado en el otoño de 54, del que Tácito nos ofrece el resumen más completo (Tac., *Ann.*, XIII, IV; pero

* Traducción de José Luis Moralejo, *Anales*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

veáse también Suet., *Ner.*, X; Dio, LXI, III, 1). Tras hacer mención de los respetables precedentes que esperaba seguir (sobre todo el de Augusto), el nuevo *princeps* afirmó que él se hallaba por encima de los prejuicios de facciones, una promesa necesaria si quería tranquilizar a los vinculados con su predecesor Claudio, de cuyas prácticas más detestables habló a continuación, para abjurar de ellas: «Él no iba a ser juez de todas las causas, de manera que, encerrados entre las cuatro paredes de una misma casa acusadores y reos, medrara el poder de unos pocos; en su hogar no habría venalidad ni daría paso a la intriga; había de mantener separadas su casa y la república» (Tac., *Ann.*, XIII, IV, 2).* Ahí, Nerón estaba abjurando, primero, del monopolio casi absoluto sobre la jurisdicción y la negligencia en el correcto proceder, tal como era práctica habitual en Claudio; en segundo lugar, de la excesiva y corrupta influencia que sobre él y los asuntos de estado ejercieron sus esposas y los secretarios libertos de su casa. Aquella influencia se había dejado sentir sobre todo en el ejercicio de la justicia y el patrocinio imperiales, pero también de forma ocasional en la legislación e incluso en cuestiones militares. Nerón terminó con una fórmula en la que repartía la responsabilidad entre su propia persona y el Senado: «El Senado debía conservar sus antiguas prerrogativas; Italia y las provincias senatoriales habían de acudir a los tribunales de los cónsules, que les facilitarían acceso al Senado; él, por su parte, se ocuparía de los ejércitos que le estaban encomendados» (Tac., *Ann.*, XIII, IV, 2).**

Solo podremos comprender el significado de esta fórmula tan banal si examinamos atentamente lo que el emperador hizo durante los primeros años, pues Tácito asegura que Nerón cumplió con sus promesas (*Ann.*, XIII, V). En cuanto a la extinción de las costumbres claudianas, redujo la jurisdicción personal y, lo que es más importante, puso fin al hábito de Claudio de llevar los casos políticos de hombres destacados a puerta cerrada,

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)
** Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

tras los muros de palacio y sin permitir el acceso al Senado. Nerón también anuló las acusaciones frívolas de traición, y el primer individuo juzgado por tal causa, en 62, fue llevado ante el Senado (Tac., *Ann.*, XIII, X; XIV, XLVIII-IL). En cuanto a la influencia de los subalternos de palacio, Nerón despidió inmediatamente a Palas, el poderoso secretario financiero (*a rationibus)* de Claudio, y poco se supo de la intervención de aquellas personas, salvo en momentos de crisis que afectasen directamente al palacio, hasta 61 y algo después.[6]

La fórmula de cierre prometía que no habría una división real de los poderes y las funciones entre emperador y Senado. Sobre esto no quedan dudas gracias a la obra de Tácito quien, tras afirmar que Nerón cumplió sus promesas, demuestra que no se produjo tal separación. De hecho, el abrumador poder militar y financiero del emperador, sumado a estos amplios poderes constitucionales, convierte en irreal cualquier posible idea de una auténtica separación de las esferas de autoridad senatoriales.[7] Fuera como fuese que los emperadores expresasen el ideal —como cooperación con el Senado o repudio del monopolio del poder—, lo que hacía de ellos buenos *principes* era el respeto a las formas constitucionales, la deferencia hacia el Senado como un organismo y la creación de un espacio para las ambiciones de los órdenes superiores. Puesto que eran los miembros de los órdenes senatorial y ecuestre los que dominaban los ejércitos y gobernaban las provincias, el principado como sistema de gobierno podía resultar eficiente y seguro solo si contaba con el consentimiento y la cooperación del Senado en peso y de cada uno de los senadores y *equites* que ostentaban los cargos. Nerón estaba cumpliendo sus promesas cuando permitió que el Senado revocase algunas de las medidas claudianas que tanto odio habían despertado (Tac., *Ann.*, XIII, L), cuando evitaba aceptar honores para sí mismo (Tac., *Ann.*, XIII, X, 1, XI, XLI, 4; Suet., *Ner.*, VIII), y cuando encomendó la guerra en Armenia al experto general Gneo Domicio Corbulón, a quien Claudio había marginado (*Ann.*, XIII, VIII; cf. XI, XIX-XX).

La descripción de los primeros años del gobierno de Nerón que acabamos de exponer se corresponde con la idea que Tácito se formó de él. Porque aunque Tácito y Casio comparten la impresión de que, tras un primer intento de Agripina de llevar la batuta,[8] Séneca y Burro ejercieron la influencia dominante sobre el gobierno de los primeros años, sin embargo discrepan en cuanto al carácter de tal gobierno y los límites temporales de su autoridad. Según Dión, Séneca y Burro introdujeron numerosos cambios en las instituciones existentes e hicieron que se promulgase una nueva legislación (LXI, IV, 2). Se trata de una perspectiva difícil de confirmar, puesto que Dión no ofrece ejemplos, ni tampoco los epitomadores bizantinos. Aunque la narrativa de Tácito, más rica en detalles, contiene algunas medidas de la reforma, el autor precisa que no fueron aquéllas las leyes que constituyeron la parte más positiva de los primeros años de Nerón: las señala como algo más aparente que sustancial (*Ann.*, XIII, XXXI, 2) y muestra que las medidas para controlar la mala conducta de los gobernadores provinciales (XIII, XXXI, 3, XV, XX-XXII), que él aprueba, iban acompañadas de cierta laxitud en los castigos impuestos a tales abusos (XIII, XXXIII, XLII, LII). Tampoco abundan las señales de que Séneca asistiese de forma regular al Senado o de que, incluso en el *consilium* de asesoramiento del emperador, Séneca y Burro se cuidasen especialmente de la legislación.[9] En cuanto a Suetonio, él muestra más interés por el carácter de su tema, y entiende las promesas de la ascensión en términos morales: «declaró que gobernaría siguiendo los preceptos de Augusto e hizo gala, en cuantas ocasiones se le presentaron, de liberalidad, de clemencia, e incluso de amabilidad» (*Ner.*, X).* Aunque Suetonio usa las medidas legislativas y reformistas para ilustrar este punto, no cabe duda de que las contempla como ejemplos de un comportamiento virtuoso, a la par con los comentarios populares de Nerón y la relación personal con sus súbditos. Como

* Traducción de Rosa M.ª Agudo. (*N. de los t.*)

Tácito, pero a diferencia de Dión, a sus ojos las claves de los primeros años de buen gobierno son el espíritu y las costumbres con que actuaba el príncipe.

En cuanto a la duración de aquel afortunado período inicial, Dión Casio cree que la influencia activa de Séneca y Burro terminó con la muerte de Británico en 55, y que incluso su gobierno de costumbres tocó a su fin con la muerte de Agripina en 59, tras lo cual concluyó el período de bonanza (LXI, IV-V, VII, 5, XI, 1). Tal como hemos visto, Tácito también señala el año 59 como un hito importante, pero él indica que fue 62 el año en que Nerón empezó a romper sus promesas anteriores y a cometer sus desmanes fuera de los límites de la familia directa: toma el primer juicio por traición y la muerte de Burro como señales del fin de la buena época (*Ann.*, XIV, LI, 1, LII, 1, LVI, 3, LVII, 1). Suetonio sostiene que, en un principio, fue Agripina la que estuvo al cargo de todos los asuntos, públicos y privados (*Ner.*, IX, XXXIV, 1), pero no menciona la influencia de ningún otro consejero. Además, puesto que su relato no es esencialmente cronológico, no queda claro cuándo considera que se produjo el cambio de estilo de gobierno, aunque sostiene que los vicios de Nerón se hicieron más pronunciados y los practicó más abiertamente (*Ner.*, XXVI, 1, XXVII, 1, XXXVIII, 1).

Suetonio también se aparta de Tácito y de Dión en su idea del papel interpretado por Nerón. Como es natural en un biógrafo, presenta a su personaje como la fuente de la actividad en todo el imperio, olvidándose incluso de lo que había afirmado sobre el papel de Agripina. La única excepción aparece en el uso de la pasiva en los capítulos XVI y XVII, en los que incluye con aprobación medidas que nuestras otras fuentes nos permiten datar en distintos períodos en su mandato, incluida la persecución de los cristianos en 64. Es de suponer que Suetonio intentaba minimizar el conflicto entre estos intentos de reducir los banquetes suntuosos, los espectáculos y la superstición, y su retrato de Nerón como un hombre despreocupado en cuanto a los principios morales y desprovisto de austeridad. Tácito y Dión con-

sideraban que Nerón no hizo más que liberarse de forma gradual de la influencia de Séneca y Burro, pero discrepan en la forma de entender el funcionamiento preciso de esta influencia. Para Dión, cuando Séneca y Burro desbancaron a Agripina y asumieron el control del gobierno, alentaron al emperador para que se permitiese placeres sin demasiadas intromisiones (LXI, IV). Tácito también creía que Séneca y Burro satisfacían los caprichos de Nerón hasta cierto punto, con tal de contrarrestar la nefasta influencia de su madre, ansiosa por perpetuar el estilo de gobierno claudiano y el papel que ella había representado en éste; pero los muestra implicándolo en el gobierno como colaborador activo y esforzándose por enseñarle que con tacto, generosidad y clemencia se ganaría la admiración de los demás. De este modo, vemos que el joven príncipe añade a su discurso de ascensión al trono otros sobre la clemencia (Tac., *Ann.*, XIII, XI). Como veremos más adelante, el filósofo Séneca, un testimonio clave, respalda la idea de Tácito.

EL PROBLEMA DE LA JUVENTUD DE NERÓN

Ya desde un principio sobresalen dos rasgos del carácter de Nerón: su sensación de inseguridad y su anhelo de fama. Ambos están estrechamente vinculados. Séneca y Burro supieron canalizarlos por vías saludables, pero una vez desaparecidos ellos, los nuevos consejeros, su segunda esposa, Popea Sabina y el prefecto del pretorio Ofonio Tigelino alentarían por un lado su exhibicionismo como medio para aumentar la popularidad y por otro, la represión como antídoto contra el miedo.

El tutor de Nerón, Séneca, supo desde el principio que el pronóstico no era bueno. No le hacía falta ningún asistente social que le contase el pernicioso efecto que para un niño tiene verse separado de su madre a los dos años y perder a su padre a los tres (Suet., *Ner.*, VI, 3). Séneca también conocía bien la crueldad y el exhibicionismo de los antepasados paternos de Nerón, los Domicios

Ahenobarbos, sobre uno de los cuales recogió este comentario ingenioso: «sobre este personaje dijo el orador Licinio Craso que no era de extrañar que tuviese la barba de bronce, puesto que su boca era de hierro y su corazón de plomo» (Suet., *Ner.*, II, 2).*

No obstante, el problema principal al que se enfrentó Nerón a la muerte de Claudio el 13 de octubre de 54 fue que, según las costumbres romanas, era demasiado joven para ocupar ningún puesto de poder. Tenía menos de diecisiete años cuando a mediodía abandonó el palacio y fue presentado a la guardia pretoriana por su prefecto Burro como el nuevo *princeps*. Es cierto que su madre se había encargado de acelerar la transición de la niñez a la condición de adulto, haciendo que tomase la *toga virilis* a los trece años, pero Cicerón se había referido a su sobrino Quinto, cuando la tomó a los dieciséis años —la edad tradicional— como «el niño Cicerón, o quizá ahora (sonriendo con indulgencia), el joven» (*ad Att.*, VI, II, 2). Aunque técnicamente hacía años que Nerón había dejado de ser un niño, fueron varias las personas que consideraron que su ascensión significaba confiar cuestiones de gravedad —como la guerra con los partos— a un niño (*puer*) dominado por su madre y aconsejado por su tutor (Tac., *Ann.*, XIII, I, 6). Vale la pena recordar que la edad habitual para ostentar la primera magistratura en Roma, la cuestura, llegaba a los veinticinco años, edad que el tío de Nerón, Calígula, había alcanzado cuando se convirtió en el primer *princeps* joven e inexperto. Ni siquiera los príncipes imperiales habían ostentado cargos antes de los veinte años. Nerón no contaba con la suficiente edad siquiera para los cargos senatoriales preliminares del vigintivirato, ni tampoco para el servicio militar. Su propio tutor, el filósofo Séneca, creía que el pensamiento racional solo se alcanzaba tras la niñez (*Ep.*, CXVIII, 13-14; XXXIII, 7) y existen motivos que hacen pensar que tras su ascensión siguió

* Traducción de Rosa M.ª Agudo. «A(h)enobarbus» significaba «de barba broncínea» (véase más adelante). «Boca de hierro» puede entenderse también, a juzgar por la traducción inglesa citada por la autora, como «cara de hierro». (*N. de los t.*)

viendo a Nerón como un niño. En efecto, algunos años antes, Séneca había ofrecido en su tratado *Sobre la cólera* (*De ira*) unos consejos para manejar a los niños (*pueri*) de clase alta que recuerdan muchísimo a la descripción que Tácito da de la forma en que Séneca y Burro trataban a Nerón durante los comienzos de su mandato: «Eran éstos los mentores de la juventud del emperador y —cosa rara en un poder compartido— procedían de modo concorde con una autoridad equivalente por medios diversos: Burro con su experiencia militar y la severidad de sus costumbres, Séneca con su magisterio oratorio y su honrada benevolencia, se ayudaban entre sí para controlar más fácilmente la deleznable juventud del príncipe, en caso de que rechazara la virtud, por medio de los placeres lícitos» (*Ann.*, XIII, II, 1).* Quizá Tácito tenía en mente el consejo de Séneca: «hay que dirigir [el espíritu] entre lo uno y lo otro, de modo que nos serviremos unas veces de las bridas, otras, de la fusta ... le daremos algún respiro, mas no lo libraremos a la desidia y la inac-tividad» (*De ira*, II, XXI, 3-6).** Es como si Séneca estuviese aplicando a Nerón métodos adecuados para los niños; o por lo menos, como si Tácito lo creyera así.

El paralelo más cercano a la situación de Nerón es el del joven Octaviano, que se unió al triunvirato con Lépido y Marco Antonio a los diecinueve años. Pero incluso él fue denominado *puer* por Marco Antonio (Cic., *Phil.*, XIII, 24). En cualquier caso, se trataba de un precedente siniestro que implicaba la toma del consulado por la fuerza y que, un año después, inició las sangrientas proscripciones. El propio Augusto había rogado que nadie se viese en la necesidad de ascender al consulado con menos de veinte años, como él hizo (Dio, LV, IX, 2). Séneca explotaría el paralelo en beneficio de Nerón al año de su ascenso, a finales de

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

** Traducción de Juan Mariné Isidro: Séneca, *Diálogos. Sobre la Providencia. Sobre la ira. Sobre la vida feliz. Sobre el ocio. Sobre la tranquilidad del espíritu. Sobre la brevedad de la vida*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

55 o en 56, cuando rindió al príncipe un empalagoso tributo en su tratado *De clementia*:

> El divino Augusto era un príncipe moderado, si se lo juzga desde el principio de su gobierno como *princeps*. Pero cuando formó parte de una coalición, empuñó la espada. Cuando él tenía tu edad actual, nada más cumplir su décimo octavo año, ya había enterrado la daga en el pecho de sus amigos ... A comparar la moderación del divino Augusto con la tuya, nadie se atreverá, incluso si tus años de juventud se comparasen con su edad madura y anciana ... No puedo llamar «clemencia» al cansancio de la crueldad. La verdadera clemencia, oh, César, es la que tú exhibes (I, 9 y 11).

En la época en que Séneca escribió esto, Nerón ya había asesinado a su joven rival, Británico, el hijo de Claudio; el pasaje pone de manifiesto no solo los nuevos temores que Séneca debía disipar entonces a propósito del joven Nerón, sino las siniestras expectativas engendradas desde el principio por el único ejemplo previo de un gobernante menor de veinte años.

Existía también una razón más profunda por la que la juventud y la inexperiencia de Nerón habrían hecho aflorar un sentimiento de hostilidad. Era la prueba más espectacular de que el principado estaba resquebrajando el molde republicano en el que supuestamente lo había esculpido Augusto. Mientras que el primer *princeps* y su hijo adoptivo Tiberio habrían podido afirmar, los dos, que habían demostrado su valía antes de alcanzar el poder, e incluso Calígula había alcanzado al menos la edad para ostentar cargos públicos, en cambio la ascensión de Nerón dejó meridianamente claro que pertenecer a la familia real era más importante que estar preparado para el cargo en términos republicanos, esto es: contar con experiencia militar y haber prestado servicios al estado. Cuando Tiberio propuso que su hijo Druso debería recibir la potestad tribunicia a los treinta y cuatro años, como forma de señalar que sería el sucesor definitivo, escribió al Senado «que ahora, sin precipitación, antes bien con la experiencia de ocho años, tras haber reprimido sediciones y terminado guerras,

triunfador y dos veces cónsul, lo tomaba como partícipe de unos trabajos que ya conocía» (Tac., *Ann.*, III, LVI).* Por el contrario, lo que llevó a Nerón hasta el poder fueron el tocador imperial y la matriz de la reina. Algunos quizá tuvieron la sensación de que Agripina, la bisnieta de Augusto, estaba ocupando el puesto prácticamente para sí, y las primeras monedas que se acuñaron en el mandato no fueron muy tranquilizadoras al respecto. En ellas aparecían Nerón y Agripina, uno frente a otra, en situación de aparente igualdad.[10]

Nerón corrigió las monedas al cabo de un año y puso la efigie de su madre detrás de la suya.[11] Pero también demostró que estaba decidido a convertir la desventaja de su juventud en un beneficio. Sacó el máximo provecho de su hermoso rostro (Suet., *Ner.*, LI) y joven cuerpo, y de la comparación con el aspecto de un Claudio viejo y con dificultades de palabra y movimiento: para lucirse declamó en público e invitó a que quienes lo escuchaban contemplasen el estilo con el que sabía montar por el Campo de Marte (Suet., *Ner.*, X, 2).

Llegó incluso a hacer de su problema un espectáculo: instituyó la celebración de las Juvenalia (Juegos de la Juventud), en las que se afeitó la barba por primera vez en público para un sacrificio de animales, y luego llevó aquel afeitado, depositado en una caja de oro adornada con perlas preciosas, hasta la colina Capitolina, donde la colocó en el Templo de Júpiter (Suet., *Ner.*, XII, 4). Esto sucedía en 59, cuando contaba veintiún años y la barba le tuvo que crecer de forma impresionante, sobre todo si cuando la describían como «bermeja» (*subflavus*) querían decir que tenía el color propio del bronce que había dado a la familia de su padre el cognomen de Ahenobarbus (Suet., *Ner.*, L; cf., I, 1). Nerón había tenido que aplazar la ceremonia hasta deshacerse de su madre, porque él quería participar personalmente en las re-

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

presentaciones teatrales y en cambio ella desaprobaba que cantase y tocase la lira en público. En aquel momento, todavía actuó sólo en un teatro privado, construido expresamente en la otra orilla del Tíber; pero se animó a bastantes invitados distinguidos a que actuasen también allí y el propio prefecto del pretorio, el austero Afranio Burro, estuvo de guardia, «doliéndose y alabándolo» a un tiempo, según lo refiere Tácito (*Ann.*, XIV, XIV-XV; cita de XV, 4).*

SOLUCIONES OPUESTAS: NERÓN CONTRA SÉNECA

Hubo un punto en que el joven emperador jamás llegó a coincidir con sus consejeros: la pasión que Nerón sentía hacia los espectáculos musicales y teatrales al estilo griego y su propio deseo de participar en ellos. Séneca había intentado encontrar alguna forma de ofrecerle en este asunto su parte de freno y su parte de aguijón. En la *Apocolocintosis* —parodia de la divinización de Claudio, atribuida a Séneca y representada para la corte al mes o dos meses de iniciarse el nuevo mandato—, había hecho que Apolo loase a Nerón:

> No quitéis nada, oh, Parcas
> —Febo les dice—, supere en tiempo a las vidas mortales
> este mi igual por su rostro y mi igual por su grande belleza,
> ni en canto ni en voz mi inferior. A los desfallecidos, felices
> siglos proporcionará y de la ley va a romper el silencio.
> ...
> cual, cuando la Aurora bermeja, disueltas ya las tinieblas,
> el día ha traído, el Sol radiante contempla la tierra
> y más allá del recinto al pronto lanza su carro,
> tal César se yergue, tal Roma a Nerón ha de contemplar ya.

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

Con suave fulgor se ilumina su rostro resplandeciente
y el cuello hermoso en virtud del cabello desparramado (*Apoc.*, IV, vv. 20-32).*

La suma de la referencia a las promesas del discurso de ascensión —el retorno a los procedimientos legales adecuados, el fin de los abusos claudianos— y de este tipo de halagos muestran cómo había que engatusar al joven emperador para guiarlo hacia un comportamiento correcto. Los intereses artísticos de Nerón formaban parte de su concepción del trabajo que debía desempeñar como príncipe. Estaba decidido a educar a las clases altas en el canto y la danza para las Juvenalia de 59 (Tac., *Ann.*, XIV, XIV; Dio, LXI, XIX, 1) y para los Juegos Neronianos, un nuevo concurso quinquenal que creó según las modas griegas (*Ann.*, XIV, XX-XXI), así como a fomentar el interés por los deportes griegos, para lo que incluyó un gimnasio en su nuevo complejo de baños públicos en 61 (*Ann.*, XIV, XLVII; Suet., *Ner.*, XII, 3; Dio, LXI, XXI, 1). Quiso que sus pares romanos adoptasen lo que él contemplaba como la visión griega del valor supremo del arte. Hubo muchos dispuestos a complacerle, pero tampoco faltaron los personajes a los que, al ser tan pomposos como Tácito, les causó resentimiento, sobre todo porque anhelaba destacar y ser un virtuoso. Puesto que se suponía que el *princeps* era justo eso, el primero entre sus iguales, y Nerón carecía de los logros precisos para reclamar esta posición, éste fue uno de los medios mediante los cuales decidió sobresalir magníficamente. Estaba dispuesto a poner empeño en su actividad cantora, para lo que practicaba colocándose grandes pesos sobre el pecho y sometiéndose a enemas y dietas estrictas. Había decidido actuar ante el público. Consiguieron persuadirlo para que avanzase lentamente: primero, la representación privada en las Juvenalia; en los primeros Juegos Neronianos, de 60, no hizo ninguna aparición personal; luego se presentó en un escenario público en 64, pero

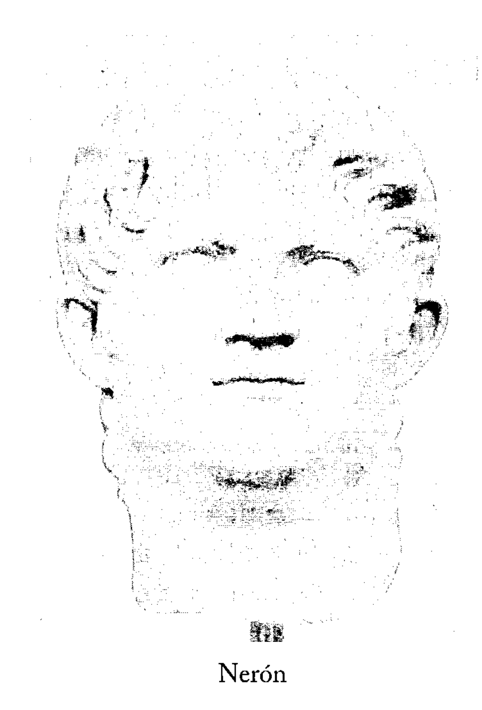
* Traducción de Juan Mariné Isidro: Séneca, *Consolaciones. Apocolocintosis*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

lo hizo en Nápoles, una ciudad griega en la que las clases altas romanas llevaban por tradición la vestimenta griega y acostumbraban a desmelenarse; por último, participó en una actuación pública en Roma en los segundos Juegos Neronianos, en 65 (*Ann.*, XIV, XV, XX-XXI; XV, XXXIII; XVI, IV-V). Al final, su sensibilidad a los halagos y el deseo de sobresalir en acciones que implicasen aplausos y una corona (Dio Cris., *Or.*, LXXI, 9) lo llevaron hasta Grecia, donde participó en los seis grandes festivales griegos, que, tras ciertos cambios en la planificación, pudieron celebrarse todo en el año 66-67: solo los griegos —decía él— tenían oído para la música y eran dignos de su éxito (Suet., *Ner.*, XXII, 3). Consiguió que lo saludasen como *períodonikes pantonikes*, «el vencedor absoluto del gran circuito» (Dio, LXIII, X, 1).[12]

Séneca había intentado enseñar a Nerón, en *De clementia*, cómo lograr que lo amasen más que a Augusto y a partir de ahí adquirir más seguridad en su posición imperial. Aunque el hincapié en la virtud de la clemencia, interpretada por el filósofo para que cuadrase con los procedimientos flexibles de la jurisdicción imperial y senatorial,[13] era un claro eco del discurso de ascensión, no se encuentra allí ningún paralelo a la concepción constitucional del poder del príncipe, una autoridad que emanaba del Senado y compartía con él. En su lugar aparece una concepción orgánica —el gobernante es el *anima* de la *res publica* (Sen., *Clem.*, I, III, 5-IV, 3)— y el papel del *princeps* se compara con el del rey (I, VIII, 1, cf. I, XVII, 3; II, V, 2): la virtud del gobernante es la única salvaguarda de la libertad y el gobierno de la ley está garantizado porque el gobernante se comporta como si estuviera obligado a respetar las leyes (I, I, 4). La recompensa ofrecida es el afecto: «Príncipes y reyes y guardianes del orden público, *sea cual sea el nombre que ostenten*, son tenidos aún en mayor estima que aquellos a quienes nos une una estrecha relación».[14] Séneca recurría allí a los argumentos tradicionales de los tratados sobre la realeza; también los usaba para amonestar al príncipe, apremiándolo para que contuviese su cólera y su crueldad, en beneficio de una seguridad personal que solo conseguiría por medio

del amor que los súbditos profesan a su gobernante (I, VIII, 6-XIII; I, XIX, 5; I, XXVI).

La política propugnada públicamente por Nerón en el discurso de ascensión que redactó Séneca puede catalogarse como *civilis*. Implicaba evitar la autocracia de un modo categórico, comportarse como un igual entre los demás ciudadanos (sobre todo, los de órdenes superiores) en la medida en que lo permitiese la condición imperial y fomentar la libertad de acción y expresión. Pero se trataba de una difícil tarea, hipócrita, tal como demuestran las ideas contradictorias sobre el poder del príncipe en las dos obras de Séneca. El *De clementia* cuenta con una concepción más realista, pero que exigía las virtudes de un autócrata benévolo: autocontrol y la determinación de no usar todo el poder. Parece ser que al final Nerón acabó cansándose de seguir los consejos que le recomendaban el camino de la virtud estoica, pues triunfaba entonces el argumento, sostenido primero por Tigelino en 62, según el cual la adhesión a la filosofía estoica demostraba una ac-



Nerón

titud sediciosa hacia el emperador (Tac., *Ann.*, XIV, LVII; XVI, XXI-XXII). Se trataba de una exageración basada en el hecho de que ciertos senadores estoicos, sobre todo Trasea Peto y sus colegas, dejaron traslucir su descontento con el gobierno —concretamente con la conducta inmoral de Nerón y con la dificultad de desempeñar adecuadamente el cargo de senadores— absteniéndose de participar en varios actos de la vida pública. Eran unas medidas para las que el estoicismo ofrecía una justificación, pero que Séneca deploraba (por ejemplo, *Ep.*, LXXIII) temiendo que eso llevaría —como sucedió en efecto— a la persecución de la secta. En cuanto a la auténtica sedición, el único participante en la posterior conspiración pisoniana de 65 que era genuinamente estoico fue el sobrino de Séneca, Lucano, aunque se acusó falsamente también al tío y se le conminó a suicidarse (Tac., *Ann.*, XV, LX-LXIV; cf. Dio, LXII, XXIV-XXV).

Ser *civilis* no era la única dificultad. Todo el sistema presentaba tensiones ideológicas. Así pues, Nerón, que había renunciado a los abusos del mandato de Claudio, no podía aparecer desacreditando a su predecesor abiertamente sin socavar al mismo tiempo su propia posición, puesto que su derecho al poder se fundamentaba en ser el hijo adoptivo de su tío. No se limitó a elogiar los logros y las cualidades de Claudio como gobernante en su elogio fúnebre; se encargó de que el Senado declarase su divinidad (Tac., *Ann.*, XIII, II-III; Suet., *Ner.*, 9; Dio, LX, XXXV, 2), y él se hizo llamar *divi Claudi filius*. Agripina, por su parte, empezó a construir un templo en su honor, aunque luego Nerón decidió usarlo como parte del complejo de la Casa Dorada (Suet., *Vesp.*, 9).

Por último, hacía falta un actor magistral —de la categoría de Augusto— para representar aquel papel tan complejo; pero las dotes dramáticas de Nerón eran de otra naturaleza, de modo que intentó conseguir la ansiada fama por otros medios: una popularidad tal, que le otorgaría una posición indestructible.

Del príncipe se esperaba una generosidad extraordinaria, semejante a la que practicaban Pompeyo y César con sus botines en tiempos de la república, pero aún en mayor medida. La generosidad personal siempre había subvencionado los gastos estatales en Roma, puesto que los ingresos públicos eran limitados y con dotaciones espléndidas podía comprarse crédito y poder políticos. Más adelante, en la época imperial, se esperaba del príncipe que ayudara a los miembros de la clase alta en los momentos de apuro debidos al gasto derivado de su condición; que enviara ayuda a las ciudades azotadas por un terremoto o por hambrunas; que levantara grandes obras de utilidad pública; y que concediera subvenciones al Tesoro público para que pudiera equilibrar su presupuesto. Nerón aceptó el reto. Solo en regalos personales gastó, en los catorce años de su mandato, una suma comparable al total de los regalos que Augusto concedió a los soldados, al pueblo y al Tesoro público durante sus cuarenta años de gobierno (Tac., *Hist.*, I, XX; *RG*, Ap. 1). Ofreció un banquete público en el que la ciudad entera fue escenario de espectáculos fastuosos (Tac. *Ann.*, XV, 37). Dispuso pensiones anuales para los aristócratas empobrecidos (Tac., *Ann.*, XIII, 34). Construyó un anfiteatro (Plin., *NH*, VI, 200; Tac., *Ann.*, XIII, 31; Suet., *Ner.*, XII, 1), un acueducto (Frontin., *Aq.*, I, 20; II, 76, 87, cf. *ILS*, 218), un amplio mercado (Dio, LXI, XIX, 1), y el magnífico complejo de los baños que ya hemos mencionado (Tac., *Ann.*, XIV, 47; Suet., *Ner.*, XII, 3; Dio, LXI, XXI, 1). Además subvencionaba el tesoro del estado anualmente y, en caso de que el hecho tuviese poca resonancia, pronunciaba discursos alardeando de su propia generosidad y reprochando a los anteriores emperadores que no hubieran cuadrado las cuentas (Tac., *Ann.*, XV, 18).

Tal como era de esperar, pronto afloraron los problemas financieros, puesto que en la guerra no conseguía botines sustanciosos y en cambio sí incurrió en terribles gastos militares: luchando contra los partos en Oriente, una pugna que se prolongó

hasta finales de 63, y sofocando la rebelión de Boudica en Britania, en 61-62. En julio de 64 sobrevino el catastrófico incendio de la ciudad de Roma, que conllevó graves problemas de falta de viviendas y hambruna (Tac., *Ann.*, XV, 39). El fuego también inspiró a Nerón una visión de una Roma más extensa e ignífuga, con amplios bulevares, casas adosadas de piedra incombustible, patios interiores, pórticos para recoger los desechos que caían y muros que circundasen todas las tierras hasta el puerto de Ostia (Tac., *Ann.*, XV, 43; Suet. *Ner.*, 16). Y en el centro de todo, el palacio imperial, la Casa Dorada, con un lago, una cascada, un zoológico abierto y una novedad arquitectónica: un comedor octogonal en el centro del bloque residencial principal en la colina Opiana, en el que habría un techo rotatorio o una linterna que representaría, se nos cuenta, las distintas posiciones, según cada estación, de los cuerpos celestes, a medida que iban moviéndose. Otros comedores contaban con artilugios para rociar a los invitados con perfumes y flores. El dorado, tal vez con baldosas de mosaico, haría brillar la casa, por dentro y por fuera (Mart., *Spect.*, II; Tac., *Ann.*, XV, XLII; Suet., *Ner.*, XXXI, 1-2). En cuanto a la cuestión solar, que evocaba la comparación de Nerón con Apolo, el tañedor de la lira y auriga, quizá pretendía desarrollarla colocando en el vestíbulo una colosal estatua de bronce que probablemente representaría al sol con unos rasgos que recordarían a los del propio emperador (Mart., *Spect.*, II, 1-3; Plin., *NH*, XXXIV, 45; Suet., *Ner.*, XXXI, 1; Dio, LXVI, XV, 1).[15]

La Casa Dorada debería ser una gran villa de las afueras, expuesta en medio de Roma, como si no hubiera problemas de espacio. Nerón afirmó que por fin viviría como un hombre merece (Suet., *Ner.*, XXXI, 2). Pero no se trataba de un recinto privado. Una Vía Sacra, recién ampliada, atravesaría el Foro, flanqueada por soportales, y terminaría en su puerta principal. En los jardines se levantaría un templo de la Fortuna y otro para Júpiter justo al sur de su vestíbulo de entrada: debería haber sido de acceso público para los fieles. La nueva casa de la moneda oficial y el mercado de Nerón estaban uno junto a otro. La Casa Do-

rada tenía que funcionar como un complejo de espléndidos edificios gubernamentales dispuestos en un parque ajardinado en el centro de Roma, que los ciudadanos también disfrutarían cuando solicitasen una audiencia con el emperador o asistiesen a uno de sus grandes espectáculos sociales.[16]

La generosidad de Nerón solía manifestarse con gestos histriónicos. «Dudó Nerón si ordenar la supresión de todos los impuestos [en Italia y las provincias]», sugirió un día al consejo, después de que se produjesen movimientos de agitación social como consecuencia de los abusos de los recaudadores de impuestos. Sería hacer «al género humano el más hermoso de los dones» (Tac., *Ann.*, XIII, L, 1).* Esto sucedía en 58 y los consejeros más prudentes se impusieron. Pero al cabo de nueve años ya no pudieron detenerlo. Al final de su viaje por Grecia, decidió recrear la espectacular liberación de Grecia por parte de Flaminino dos siglos y medio antes, como hiciera antes en Corinto y antes también en los Juegos Ístmicos (Plut., *Flam.*, XII, 8). Pero en aquellos casos, un heraldo había leído la breve declaración; en esta ocasión, el propio emperador realizaría un prolongado discurso en persona, haciendo gala de su griego. El discurso, que concedía a Grecia la inmunidad en el pago de los impuestos y la liberaba de la administración directa de Roma (Suet., *Ner.*, XXIV, 2), se conserva en una columna de mármol en Beocia, que también testimonia los extravagantes honores con los que los griegos recompensaron a Nerón. Después de todo, según afirmó: «Otros gobernantes han liberado ciudades; solo Nerón una provincia».[17]

La gloria imperial

La ciudad de Atenas también había honrado a Nerón hacía cinco o seis años, de un modo espectacular. Nerón jamás fue a ver la inscripción colocada en el arquitrabe del propio Partenón, en

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

la que lo proclamaban «el mejor de los emperadores», como anticipo de su propia decisión de anteponer a su nombre el *praenomen* de *imperator*. Las cuidadas letras de bronce de la inscripción fueron retiradas a su muerte, pero se ha podido descifrar el texto a partir de los agujeros que quedaron en la piedra.[18] Puesto que el Partenón era un monumento asociado durante mucho tiempo a las victorias atenienses sobre los persas y luego ornado por Alejandro con escudos dedicados a Atenea (originarios de sus botines persas), es probable que los atenienses estuviesen esperando que fuese el propio Nerón quien dirigiese la campaña contra los partos, los sucesores de los persas. Sin duda en la época en que inició su viaje por Grecia, y quizá ya antes, Nerón había preparado algún plan semejante.[19]

Los romanos del período imperial seguían la tradición republicana que consideraba los éxitos militares como la mayor fuente de gloria. Como diría Tácito en *Agrícola* (XXXIX, 2): «el valor de un buen caudillo era privativo del emperador» (*ducis boni imperatoriam virtutem esse*).* De hecho, todo el mundo entendía claramente lo que se esperaba del príncipe atendiendo a su designación como *imperator*, un término con fuertes connotaciones militares (Dio, LIII, XVII, 4), a la corona de laurel que llevaba el príncipe y a la toga triunfal que lucía en los festivales. La inscripción que recoge los éxitos de Augusto —conocida como *Res Gestae*— proclamaba que si consiguió hacerse con el control absoluto de los asuntos políticos con el consentimiento universal, ello fue gracias a la victoria obtenida durante las guerras civiles (XXXIV, 1). Los honores registrados para su resolución constitucional conservaban el énfasis militar, mientras que sus victorias y anexiones ocupan un lugar muy importante en el cuerpo del documento. Flanqueó el nuevo foro con estatuas de los vencedores republicanos vestidos con sus togas triunfales, «declarando en un edicto que había ideado esto para que tanto él mis-

* Traducción de J. M. Requejo: *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, Gredos (BCG, 36), Madrid, 1981. (*N. de los t.*)

mo, mientras viviese, como los príncipes de las siguientes generaciones fueran juzgados por sus conciudadanos con arreglo a “la pauta” establecida por aquéllos, tomándola como modelo» (Suet., *Aug.*, XXXI, 5).* Tiberio contaba con una buena carrera militar a sus espaldas cuando accedió al principado y tanto Gayo Calígula como Claudio, que carecían de aquella experiencia, intentaron asegurarse la gloria militar siguiendo los caminos tradicionales. Ambos salieron de Roma al frente de sus ejércitos; Claudio llegó a celebrar un triunfo y recibió veintisiete saludos imperiales, seis más que Augusto.

Hasta finales de su mandato, cuando decidió capitanear las tropas, Nerón se contentó con honrar a sus generales y recibir los saludos por sus victorias: Duvio Avito en la Germania Inferior en 57-59; Domicio Corbulón contra los partos en 57-59; y Suetonio Paulino, que había sofocado la grave rebelión en Britania en 61 o 62. Aunque Tácito narra la posterior sustitución de este último como gobernador en términos de humillación (*Ann.*, XIV, XXXVIII-XXXIX), un disco de plomo que exhibía la palabra PAULLINI junto a unos símbolos de victoria indica, probablemente, que de vuelta a casa Paulinio fue honrado con un reparto especial entre la plebe o los soldados.[20] El último saludo imperial fue recibido en 62 por los éxitos inútiles de Cesenio Peto en Armenia. Después de aquello, se hizo más hincapié en la gloria personal de Nerón. De hecho, en sus últimos años Nerón se mostró reticente a reconocer el éxito militar (véase, por ejemplo, *ILS*, 986) y empezó a nombrar como comandantes militares a hombres fiables, que no se distinguían por su linaje y en muchos casos ya mayores, aunque no llegaban a ser incompetentes.[21]

En la época en que se dispuso a capitanear el ejército, sin embargo, Nerón había introducido ciertas variaciones novedosas en la cuestión de la gloria militar. En 59, tras el asesinato de su madre Agripina en la bahía de Nápoles, regresó a Roma atemori-

* Traducción de Rosa M.ª Agudo. (*N. de los t.*)

zado. Tácito describe su entrada en la ciudad como una especie de triunfo informal sobre su difunta madre, indicando que

> salían al paso las tribus, el Senado con atuendo de gala, formaciones de esposas e hijos ordenados por sexos y edades, y había tribunas levantadas a su paso como las que se hacen para contemplar los triunfos. En consecuencia, soberbio y vencedor sobre el público servilismo, se dirigió al Capitolio [e] hizo una acción de gracias (Tac., *Ann.*, XIV, XIII, 2).*

No sabemos con certeza si Nerón celebró realmente haberse librado del supuesto atentado que su madre había preparado contra su vida como una especie de triunfo o si Tácito quiere presentar el contraste entre la conducta de Nerón y lo que debería hacer un príncipe. Es la misma incertidumbre que envuelve una afirmación de Tácito a propósito de los intentos de Nerón por justificar su participación en las carreras de cuadrigas como «algo propio de reyes y cultivado por los antiguos caudillos» (Tac., *Ann.*, XIV, XIV, 1).**

No existe ningún tipo de ambigüedad, sin embargo, con respecto a lo que sucedió seis años después, en 65, cuando el propio Nerón presentó de forma explícita el desvelo de una conspiración urbana como una victoria militar. Las amenazas contra el emperador eran auténticas: un grupo de senadores, *equites* y oficiales de la guardia urdieron una especie de recreación del asesinato de Julio César, que debía tener lugar el 19 de abril de 65: un miembro de la antigua aristocracia republicana, Gayo Calpurnio Pisón, reemplazaría a Nerón como *princeps*. En agradecimiento a la ayuda prestada para detectar la conjura, Nerón recompensó al ex cónsul Petronio Turpiliano, al pretor electo Coceyo Nerva, y a su prefecto del pretorio Tigelino con las insignias triunfales y estatuas; incluso su liberto Epafrodito recibió condecoraciones militares

* Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)
** Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

(*ILS*, 9505; Tac., *Ann.*, XV, LXXI-LXXIV; Suet., *Ner.*, XV, 2; Dio, LXII, XXVII, 4). El propio Nerón recibió su décimo saludo imperial.[22] Tácito tenía motivos para decir que Nerón convocó al Senado «como si fuera a exponer lo realizado en una campaña militar».* El año 66 fue el de la visita de Tiridates, que ya hemos descrito antes (p. 183), por la cual Nerón recibió su undécimo saludo. El éxito que así se celebró no era despreciable, puesto que Corbulón había suscrito un acuerdo con los partos que acabaría siendo estable: Armenia sería gobernada por la casa real de los partos, pero el gobernador recibiría la corona de manos del emperador romano, en señal de reconocimiento de la soberanía de Roma (Tac., *Ann.*, XV, XXIV-XXXI). Pero el atuendo triunfal de Nerón y la presencia de soldados, así como el acto final de colocar la corona de laurel en las rodillas de la estatua de Júpiter en el Capitolio, donde se terminaban tradicionalmente las procesiones triunfales (Suet., *Ner.*, XIII, 2), supuso un extraño contraste con su histriónica actuación con la lira y el carro. Se trata de una sorprendente mezcla de vencedor y virtuoso.

Luego, tras regresar en 67 de sus victorias en los juegos griegos, Nerón llevó a cabo algo que solo puede considerarse como la respuesta a un triunfo romano. Avanzó sobre el carro triunfal de Augusto, por en medio de una ciudad cuyos muros habían sido abiertos en parte para los vencedores, como sucedía en los juegos griegos; llevaba el púrpura triunfal, pero también se vistió con el manto griego; lo acompañaba su claque, en lugar de sus soldados; y ante él desfilaba una procesión que mostraba las coronas de sus victorias en los juegos, en lugar de los nombres de las ciudades que había conquistado. Por último, para hacer notar que se trataba del triunfo de un artista, la procesión terminó, no en el Templo de Júpiter en la colina Capitolina, sino en el Templo de Apolo, patrón de las artes, en el Palatino (Suet., *Ner.*, XXV; Dio, LXIII, XX). Nerón reclamaba la gloria por sus actuaciones de canto y sus interpretaciones con la lira, hasta el punto de que,

* *Ann.*, XV, LXXI, 1. Traducción de José Luis Moralejo. (*N. de los t.*)

de todos los insultos que le lanzó el rebelde Víndice, los que peor le sentaron fueron las burlas que lo atacaban como mal tañedor de la lira (Suet., *Ner.*, XLI, 1; cf. LX, 2).

«¡QUÉ ARTISTA MUERE CONMIGO!»

Julio Víndice era un aristócrata galo, ciudadano romano y gobernador de la provincia desarmada de la Galia Lugdunense, y el objetivo de su sublevación en marzo de 68 era sustituir a Nerón por un emperador más adecuado. Las críticas que levantaba contra el príncipe reinante iban más allá de lo estético, puesto que atacó sus asesinatos, sus robos y sus escándalos sexuales, además de sus indecorosas actuaciones en el escenario (Dio, LXIII, XXII-XXIII). Mientras tanto, en Hispania, quien acabaría sucediendo a Nerón se lamentaba por los ilustres hombres a los que había ejecutado (Plut., *Galb.*, V, 2).

Las razones por las que Nerón incumplió las promesas de su discurso de ascensión, reintrodujo las denuncias de traición por acusaciones verbales y otros cargos triviales y las dirigió contra miembros de la alta nobleza están vinculadas a su falta de éxitos previos a aquella ascensión, un problema que se agravó por la cuestión sucesoria. Augusto había preparado el terreno para una sucesión dinástica y su ejemplo era muy poderoso. Sin embargo, puesto que el principado no era una monarquía declarada, no podía existir ninguna ley de sucesión que determinase al aspirante legal. Habiendo descartado asimismo los matrimonios con realezas extranjeras, los sucesores de Augusto se casaron con miembros de la aristocracia romana, lo que significaba que el gran número de senadores romanos vinculados por lazos de sangre a la dinastía gobernante se multiplicaba de forma alarmante conforme iba pasando el tiempo. Nerón se enfrentó a los descendientes de Augusto y Tiberio, sobre todo a Junio Silano y Rubelio Plauto, además de al hijo de Claudio, Británico, y a los Plautos que estaban emparentados con su primera esposa Plaucia Urgulani-

la. En las inscripciones, Nerón anunciaba su derecho dinástico haciendo gala de toda su genealogía, que empezaba con «hijo del divino Claudio» y luego seguía (saltando a la línea materna, pero evitando astutamente mencionar que descendía por línea materna) «nieto de Germánico, bisnieto de Tiberio, tataranieto de Augusto».[23] Su doble descendencia de los emperadores anteriores pretendía demostrar hasta qué punto su derecho estaba por encima del de los demás, incluidos sus rivales dinásticos.

Fue el vínculo con Claudio lo que impidió a Nerón divorciarse de la hija de aquél, Octavia, con quien se había casado en 53 antes de su ascensión, pese a que no le resultaba atractiva y era estéril, al menos en apariencia. Tal como dijo Burro cuando Nerón quiso divorciarse de ella para casarse con Popea Sabina, hermosa y de probada fertilidad: «Bien, pero entonces devuélvele su dote», en referencia al trono (Dio, LII, XIII). Incluso tras el asesinato de Agripina en 59, que vino motivado por su oposición al enlace de Nerón con Popea, no osó divorciarse de Octavia hasta 62, cuando el embarazo de Popea ya era un hecho. Pero cuando su hija pequeña, Claudia Augusta, murió a los cuatro meses en 63 (Tac., *Ann.*, XV, XXIII), Nerón recuperó los mismos métodos de lidiar con los rivales dinásticos que había usado antes su madre para conseguir su propia sucesión. Ella se había deshecho de dos de los Junios Silanos (Tac., *Ann.*, XII, VIII, XIII, I); Nerón condenó a otros dos por traición en 64 (Tac., *Ann.*, XV, XXXV) y 65 (*Ann.*, XVI, VIII-IX), siendo las únicas pruebas inculpatorias su generosidad y la costumbre de otorgar a sus secretarios libertos los mismos títulos que se usaban para los libertos imperiales (y que sin duda, eran tradicionales en las casas aristocráticas). Junto con ellos sufrieron también muchos de sus parientes.

La conspiración de los Pisones demuestra que la posición teóricamente constitucional, por la que la elección del príncipe recaía en el Senado y el pueblo que le confería los poderes necesarios, aún era fuerte. Podían tenerse en consideración candidatos adecuados que careciesen de vínculos dinásticos, tal como había explicitado Séneca en su versión del discurso de Augusto al cons-

pirador Cinna (*Clem.*, I, 9). La carencia de un principio hereditario reconocido se demuestra en el intento de colocar a Gayo Calpurnio Pisón —miembro de la antigua nobleza republicana— en el trono en el año 65. A pesar de todo, se rumoreaba que Pisón intentó fortalecer su posición contra posibles rivales dinásticos, como Lucio Junio Silano, casándose con la hija mayor de Claudio, Antonia, a la sazón viuda (Tac., *Ann.*, XV, LIII, 3-4). Tanto si Nerón propuso matrimonio a Antonia tras la muerte de Popea a finales de aquel mismo año (Suet., *Ner.*, XXXV, 4) como si no, a ella la ejecutaron en 66, antes de partir de Roma para un viaje por Grecia.[24]

Después de la conspiración de los Pisones, Nerón empezó a dejar traslucir su miedo hacia los comandantes más famosos. En 66 y 67 hizo acudir a Grecia y conminó a suicidarse a Domicio Corbulón y a los hermanos Escribonios, gobernadores de la Alta y Baja Germania (Dio, LIII, XVII, 3-6). Cuando Víndice abordó a unos cuantos gobernadores provinciales como posibles sustitutos de Nerón, la mayoría mandaron cartas al príncipe (Plut., *Galb.*, IV, 2; Suet., *Galb.*, IX, 2). El único que no lo hizo, y luego interceptó las órdenes para su destitución, fue Servio Sulpicio Galba, un anciano consular de la nobleza republicana con un espléndido historial militar, que llevaba ocho años gobernando la provincia de la Hispania Tarraconensis.

Además de la participación de senadores que gobernaban en las provincias, fue el amplio resentimiento por los expolios financieros de Nerón lo que marcó la diferencia entre este alzamiento y la conspiración anterior, que habían provocado los asesinatos, la desvergüenza y el libertinaje del emperador (Tac., *Ann.*, XV, LXVII; Dio, LXI, XXIV, 1-2). La carga económica de las extravagancias de Nerón había ido en aumento con los gastos derivados del incendio de 64: la reducción en el peso de las monedas de oro y plata y la reducción del porcentaje de plata en los denarios es una clara muestra del extremo al que llegó la presión en 64-65. En aquella época, Séneca había solicitado retirarse de Roma, con la voluntad de desvincularse de los sacrilegios que por

entonces estaban cometiendo los agentes de Nerón, que recogían tesoros de los templos griegos para la Casa Dorada (Tac., *Ann.*, XV, XLV, cf. XVI, XXIII; Dio, LIII, XI). Víndice se sintió afectado por el aumento de los impuestos y las contribuciones obligatorias en la Galia y en Britania; en Hispania, Galba simpatizó con los perseguidos por los agentes de Nerón (Plut., *Galb.*, IV, 1); en África, se dice que Nerón ejecutó a seis terratenientes que poseían entre todos la mitad de la tierra; Judea padeció en manos del codicioso procurador Gesio Floro, y Egipto, con las exacciones del prefecto Cecina (Dio, LIII, XXII. 1a; Plin., *NH*, XVIII, 35; Jos., *BJ*, II, 293; Dio, LIII, XI).[25]

Sin embargo, a diferencia de lo sucedido con la sublevación británica de 61 y el alzamiento de los judíos en 66, esta rebelión sacó a la luz la opinión que las clases gobernantes de Roma tenían sobre su emperador. Tal como dijo Galba: «No fue Víndice, con su provincia desarmada, ni fui yo con mi única legión quien liberó al pueblo del yugo de Nerón, sino su propia monstruosidad y su derroche» (Tac., *Hist.*, I, V). A pesar de todo, la caída de Nerón, aunque era explicable, también pudo evitarse. Tácito nos cuenta que lo apartaron del trono «mediante mensajes y rumores, más que por la fuerza de las armas» (*Hist.*, I, XIC). Porque, por vacilante que se mostrase el gobernador de la Germania Superior, Virginio Rufo, ni él ni su colega Fonteyo Capitón fallaron a Nerón al final, y las siete legiones a sus órdenes derrotaron a los rebeldes comandados por Víndice en Vesoncio, en mayo de 68. Si el propio Nerón hubiera aparecido a la cabeza de sus tropas germánicas o de los soldados en el norte de Italia, no habrían exigido el nombramiento de Virginio como emperador, una demanda que en cualquier caso el gobernador denegó. La legión XIV británica fue leal a Nerón incluso después de muerto (Tac., *Hist.*, II, XI; cf. II, XXVII, 2). En Roma, la guardia pretoriana, «acostumbrada durante mucho tiempo a jurar lealtad a los césares, había llegado a abandonar a Nerón más por engaños e instigaciones que por inclinación propia», según afirma Tácito (*Hist.*, I, V, 1). Su prefecto, Ninfidio Sabino, les contó que Nerón ya

había partido hacia Alejandría (Plut., *Galb.*, XIV, 2). Solo cuando Nerón hubo abandonado realmente la ciudad los guardias aclamaron a Galba en el campamento pretoriano (Suet., *Ner.*, XLVIII, 2); y solo entonces el Senado, que había declarado a Galba enemigo público, condenó a Nerón y proclamó a Galba emperador. Si Nerón se hubiera enfrentado a la crisis con más decisión, probablemente la guardia no habría aceptado el liderazgo de un prefecto que había traicionado a oficiales pretorianos en la conspiración de los Pisones (Tac., *Ann.*, XV, LXXII).

Nerón, como una forajido acorralado, se ocultó en la villa de su liberto Faón, en las afueras de Roma y consiguió suicidarse con la ayuda de otro liberto, Epafrodito. Su preocupación última fue que su cuerpo no sufriese mutilaciones y, en efecto, el liberto de Galba le perdonaría aquella humillación estética (Suet., *Ner.*, IL). Mientras ordenaba que decorasen su tumba con todas las piezas de mármol que pudiesen hallar profirió su famoso lamento: «¡Qué artista muere conmigo!» (*Qualis artifex pereo!*). Como insinúa Dión, pensaba sobre todo en sus habilidades como tañedor de la lira (cf. Suet., *Ner.*, XX, 1), porque, a medida que se acercaba el fin, había abrigado la esperanza de huir y ganarse el pan como juglar errante (LIII, XXIX, 2; cf. LIII, XXVII, 2). De haberle permitido solamente actuar como músico profesional en lugar de como emperador, ¡cuánto mejor habría sido para Roma y para él mismo!

Notas

1. Véase *Annales.*, XV, 72, donde Tácito anuncia que recordará al prefecto de la guardia pretoriana, Ninfidio, que «es la primera vez que aparece en mi obra», pero luego «se contará entre las desdichas de Roma». Debe de ser una referencia a los golpes de estado que siguieron a la muerte de Nerón. De este modo se demuestra que los *Annales* continuaban hasta el punto en que había concluido el trabajo anterior de Tácito, las *Historiae*. Pero tal vez el comentario solo indicase que Nin-

fidio abandonó a Nerón en favor de Galba, lo que aseguró el triunfo de éste y el inicio de los conflictos civiles. Suponer que los *Annales* contaron con dieciocho libros, en contraposición a la hipótesis de dieciséis, encaja con la idea de una organización tripartita de la obra, cuyo primer defensor fue Ronald Syme, *Tacitus*, Oxford University Press, Oxford, 1958, ap. 35.

2. Anthony J. Woodman, «Amateur Dramatics at the Court of Nero: Annals 15. 36-7», en T. J. Luce y A. J. Woodman (eds.), *Tacitus and the Tacitean Tradition*, Princeton University Press, Princeton, 1993, pp. 104-128.

3. Patrick Kragelund, *Prophecy, Populism, and Propaganda in the «Octavia»*, Museum Tusculanum Press, Copenhage, 1982; cf. Rolando Ferri (ed.), *Octavia: a play attributed to Seneca*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 2003.

4. Miriam T. Griffin, *Nero, the End of a Dynasty*, Batsford, Londres, 19872, p. 132.

5. Griffin, *End of a Dynasty*, p. 84 y n. 8.

6. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 52-55.

7. Podría parecer que las preciosas acuñaciones de metal de los primeros diez años de su mandato muestran la abdicación de autoridad por parte de Nerón y la adquisición del poder por parte del Senado, puesto que se diferencian de todas las demás emisiones imperiales de oro y plata por llevar la fórmula EX SC (*ex senatus consulto*, esto es: «de acuerdo con el decreto del Senado»). Una fórmula relacionada con esta, SC, había aparecido en las monedas de menor valor en época de Augusto. ¿Significa esto que el Senado imperial había sido responsable hasta entonces de algunas acuñaciones menores, solo para cubrir las apariencias, pero que entonces obtuvo el control sobre las de oro y plata? Aunque la cuestión resulta controvertida, se pueden aducir otras explicaciones. La presencia de SC en el bronce pretendía, probablemente, distinguirlo de las monedas de bronce locales en las provincias, sin que tal distinción fuese necesaria para la plata y el oro (A. Wallace-Hadrill, «Image and Authority in the Coinage of Augustus», *Journal of Roman Studies*, n.º 76, 1986, pp. 66-87, esp. 80-82). El EX SC neroniano quizá solo pretendía hacer hincapié en la

autorización senatorial con respecto a los honores y poderes del emperador inscritos en la moneda: una señal de respeto, coherente con la interpretación del discurso de ascensión que hemos sugerido aquí. Véase K. Kraft, «S(enatus) C(onsulto)», *Jahrbuch für Numismatik and Geldgeschichte*, n.º 12, 1962, pp. 7-49, reimpreso en Walter Schmitthenner (ed.), *Augustus, Wege der Forschung*, n.º 128, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1969, pp. 336-403; Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 57-59; Wallace-Hadrill, «Image and Authority», p. 81, nota 93; Griffin, *Seneca, a Philosopher in Politics*, Clarendon, Oxford, 1992², p. 514.

8. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 38-40.

9. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 50-51 y 79-81.

10. *Roman Imperial Coinage*, 12: 150, n.º 1 y 2.

11. *Roman Imperial Coinage*, 12: 150, n.º 6 y 7.

12. Véase N. M. Kennel, «ΝΕΡΩ ΠΕΡΙΟ∅ΟΝΙΚΗΣ», *American Journal of Philology*, n.º 109, 1988, pp. 239-251.

13. Griffin, «Clementia after Caesar: from Politics to Philosophy», en Francis Cairns y Elaine Fantham (eds.), *Caesar against Liberty? Perspectives on his Autocracy*, Francis Cairns, Cambridge, 2003, pp. 157-182, pp. 175-177.

14. «Ideo principes regesque et quocumque alio nomine sunt tutores status publici non est mirum amari ultra priuatas etiam necessitudines» (Sen., *Clem.*, I, IV, 3).

15. Véase Marianne Bergmann, *Die Strahlen der Herrscher: theomorphes Herrscherbild und politische Symbolik im Hellenismus und in der römischen Kaiserzeit*, Von Zabern, Maguncia, 1998; R. R. R. Smith, «Nero and the Sun-god: Divine Accessories and Political Symbols in Roman Imperial Images», *Journal of Roman Archaeology*, n.º 13, 2000, pp. 532-542.

16. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 138-141; Robin H. Darwall-Smith, *Emperors and Architecture: A Study of Flavian Rome*, Latomus, Bruselas, 1996; Edward Champlin, *Nero*, Belknap Press (Harvard Univ. Press), Cambridge (Mass.) y Londres, 2003, pp. 200-206.

17. Véase también Mary E. Smallwood, *Documents illustrating the principates of Gaius Claudius and Nero*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967, 64.

18. Kevin K. Carroll, *The Parthenon Inscription*, Duke University, Durham (NC), 1982.

19. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 161 y 229.

20. Griffin, «Nero's Recall of Suetonius Paullinus», *Scripta Classica Israelica*, 3 (1976/1977), pp. 138-152.

21. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 116-118 y 231-232.

22. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 232 y nota 69.

23. Smallwood, *Gaius Claudius and Nero*, pp. 149 y 349.

24. Griffin, *End of a Dynasty*, pp. 193-194.

25. Véase también Smallwood, *Gaius Claudius and Nero*, 391. 1, 4.

Lecturas recomendadas

Champlin, Edward, *Nero*, Belknap Press (Harvard Univ. Press), Cambridge (Mass.) y Londres, 2003.

Griffin, Miriam T., *Nero, the End of a Dynasty*, Batsford, Londres, 1987[2].

—, *Seneca, a Philosopher in Politics*, Clarendon, Oxford, 1992[2].

—, «Nero's Recall of Suetonius Paullinus», *Scripta Classica Israelica*, 3 (1976/1977), pp. 138-152.

—, «Clementia after Caesar: from Politics to Philosophy», en Francis Cairns y Elaine Fantham (eds.), *Caesar against Liberty? Perspectives on his Autocracy*, Francis Cairns, Cambridge, 2003, pp. 157-182.

Shotter, David C. A., *Nero*, Routledge, Londres, 2005.

Woodman, Anthony J., «Amateur Dramatics at the Court of Nero: Annals 15. 36-7», en T. J. Luce y A. J. Woodman (eds.), *Tacitus and the Tacitean Tradition*, Princeton University Press, Princeton, 1993, pp. 104-128.

VI

Vespasiano

Barbara Levick



EL ASCENSO AL PODER

En la república romana, el cargo y la condición social, fácilmente accesibles para los hombres de alta cuna, también podían alcanzarse de manera convencional por méritos, sobre todo por el coraje en el campo de batalla (*virtus*). A partir de César, los emperadores juzgaron conveniente mantener la convención. Los hombres respetables a los que ascendían eran útiles y no representaban amenaza alguna. Como blanco de las conspiraciones en 65 y 66, Nerón escogió a uno de estos hombres para que resolviese el alzamiento que había estallado en Judea en este último año.

Tito Flavio Vespasiano, nacido en 9 d. C., provenía de Reate, una ciudad situada en territorio sabino (al norte de Roma), origen que delataban sus vocales. Sus antepasados habían sido soldados, recaudadores de impuestos y banqueros, hombres de

rango ecuestre o inferior; pero el hermano de su madre había ingresado en el Senado y alcanzó la pretura. Esto ayudó a Vespasiano, así como a su hermano mayor Sabino, aunque se cuenta que Vespasiano se mostró reticente a embarcarse en una carrera senatorial, algo que quizá no deba sorprendernos si pensamos en los últimos años del mandato de Tiberio. Vespasiano consiguió el cargo de edil en su segundo intento, en época de Calígula, y se dice que cumplió con su deber de un modo tan poco satisfactorio que el emperador ordenó ensuciarle la toga con el barro que no había limpiado de las calles (Suet., *Vesp.*, V, III; Dio, LIX, XII, 3). Las historias sobre su comportamiento degradante y las vejaciones sufridas lo acompañaron hasta el final de sus días, pues las recordaban todos aquellos que guardaban resentimientos por la medra de una persona como él. También cabe la posibilidad de que su posterior ascenso hasta la pretura se debiese a su relación con la liberta de Antonia la Menor, Antonia Cénide, igual que se cuenta que su posterior nombramiento en calidad de comandante de la Legio II Augusta, en Argentorate (Estrasburgo), le llegó gracias a la recomendación de uno de los consejeros libertos más influyentes de Claudio, Narciso. Pero Vespasiano también disfrutaba del apoyo de los círculos senatoriales elevados: los Plaucios, Petronios y Vitelios, amigos de Claudio. Para Vitelio, emperador en 69, Vespasiano era un «cliente».

Claudio usó la Legio II en su invasión de Britania (43-47) y Vespasiano se distinguió en el flanco oeste, con la conquista de la isla de Wight, tomando al asalto cierto número de fuertes en lo alto de colinas y estableciendo la presencia romana en Isca Sumniorum (Exeter) y quizá también en Alchester, en Oxfordshire. Aquel servicio lo hizo merecedor de los *regalia* triunfales y lo encaminó hacia el consulado, aunque solo en 51 y durante los dos últimos meses del año. Vespasiano, en tanto que pretor designado, había propuesto incrementar los castigos impuestos a Marco Lépido por Calígula y era el protegido de Narciso; no habría contado con el favor de Agripina, la última esposa de Claudio. Hacia el año 62 fue gobernador de África, donde

aún lo perseguían informes hostiles, en marcado contraste con la popularidad de la administración de Aulo Vitelio: le lanzaron nabos en Hadrumetum (Sousse), quizá durante un período de carestía de cereales (Suet., *Vesp.*, IV, 3). La hostil Agripina había muerto hacía mucho, en 67, y en 66 Domicio Corbulón —el general más exitoso de Nerón en aquel tiempo— se vio obligado a suicidarse. Pero la experiencia de Vespasiano lo convertía en una buena opción para abordar los puntos fuertes de Judea. Se le permitió incluso emplear a su hijo mayor Tito, nacido en 39, como legado de una de sus tres legiones. Mientras tanto, su hermano Sabino, que también había luchado en Britania, ostentaba la prefectura de la ciudad de Roma. En 67-68, Vespasiano estuvo al mando de unas campañas que lo dejaron a un paso de Jerusalén.

A la muerte de Nerón, en junio de 68, Vespasiano suspendió las operaciones. Reconoció a Galba como emperador, pero es de suponer que desde Roma lo mantendrían bien informado acerca del precario estado del régimen. Desde el comienzo del Año de los cuatro emperadores (69 d. C.) estuvo preparado tanto para continuar con las campañas como para participar en la lucha por el poder con sus legiones y fuerzas auxiliares equivalentes (y probablemente con las tres legiones de su vecino, Gayo Licinio Muciano, gobernador de Siria, y las dos de Tiberio Julio Alejandro, prefecto de Egipto). Tito había sido enviado a Roma para presentarse ante Galba, pero regresó en enero al recibir noticias de su muerte y ayudó a establecer una buena relación entre Vespasiano y Muciano. Aquellos dos hombres no se habían llevado bien en el pasado, un modelo que se observa también en la tirantez existente entre otros gobernadores de Siria y los hombres que habían recibido prestigiosos cargos de mando en Oriente (Germánico y Gneo Pisón fueron el primer ejemplo, en los inicios del mandato de Tiberio); pero ambos sabían que debían unirse para hacer frente a un poder central fuerte, congregando para ello todos los recursos de Oriente.

Otón, que se puso al frente de la guardia pretoriana y asesinó a Galba, solo duró en el cargo hasta abril, cuando fue derro-

tado en el norte de Italia por una fuerza invasora que obedecía a los intereses de Aulo Vitelio, jefe de los ejércitos del Rin. Su victoria, seguida de una marcha sobre Roma, dejó tras de sí una plétora de descontentos y derrotados: habitantes de provincias, senadores y —lo que era aún más peligroso— soldados, en especial los pretorianos de Otón y las legiones de Mesia. Se cuenta que fueron ellos los primeros en pronunciarse a favor de Vespasiano, aunque la apuesta oficial no se produjo hasta el 1 de julio de 69. La acción se llevó a cabo por iniciativa de Alejandro en Egipto y le siguió, dos días más tarde, una salutación «espontánea» de las tropas en Judea. La apuesta se puso en marcha con gran habilidad.

Vespasiano marchó a Egipto y permaneció allí, controlando buena parte del suministro cerealístico de Roma y madurando la idea de avanzar hacia África para completar el monopolio. Muciano, al cargo de una fuerza expedicionaria, marchó por Asia Menor hacia los Balcanes, aniquilando a su paso a un grupo de tribus invasoras del otro lado del Danubio. Pero antes de que Muciano pudiese invadir Italia, irrumpió un comandante legionario del acuartelamiento de Mesia, Antonio Primo, y derrotó a los seguidores de Vitelio en una segunda batalla al norte de Italia. Primo entró en Roma a finales de diciembre, seguido al poco tiempo por Muciano, aunque no antes de que el hermano de Vespasiano hubiese muerto asesinado cuando fracasaron las negociaciones para la rendición de Vitelio. En la inevitable lucha por el poder entre Muciano, al servicio de Vespasiano, y Primo, la balanza se decantó del lado del primero y Primo se retiró a su lugar de nacimiento en la Narbonense (Provenza). Muciano asesinó al hijo de Vitelio junto con otros posibles rivales y vio cómo el Senado y el pueblo ofrecían su lealtad a Vespasiano con la misma prontitud con que se habían entregado a sus tres predecesores. A varios días de distancia, en Alejandría (una ruta aún más larga en invierno), Vespasiano se había mantenido al margen.

A finales de diciembre de 69, Vespasiano tenía en su mano todos los poderes formales de los que habían disfrutado sus predecesores. De todos modos, las ventajas de haber aparecido como vencedor cuando el mundo romano estaba agotado por las luchas se equilibraron con las desventajas, ineludibles para cualquier emperador en aquella situación. Tuvo que hacer frente al inevitable resentimiento y temor de aquellos que habían estado en el bando perdedor. Luego llegaron las consecuencias económicas y morales propias de una guerra civil. Y a todo ello se sumaron, además, los problemas específicos de Vespasiano.

Hasta la ascensión de Nerón (ésta inclusive), la sucesión de los emperadores «Julio-Claudios» había contado con cierta apariencia de legitimidad. A algunos —a Tiberio, en concreto, pero también a Nerón, hasta cierto punto— ya se les habían concedido algunos poderes en vida de sus predecesores. No sucedió lo mismo con Calígula y Claudio, pero también existió para ellos el factor hereditario: Calígula era el nieto de Tiberio y Claudio, por lo menos, el tío de Calígula y hermano del malogrado y heroico Germánico. Aquella línea se rompió en 68, pero Galba era de una familia aristocrática de la república y tenía vínculos de amistad con la casa imperial, que complementaban su reputación como hombre militar; la familia de Otón era nueva en el período triunviral, pero él participó de la amistad de Nerón y fue su alma gemela; Vitelio, de cuyos antepasados se decía que habían sido esclavos, provenía sin embargo de una familia que había llegado a ocupar el consulado y cargos militares a finales del mandato de Augusto, mientras que su padre compartió la censura con Claudio y ostentó el consulado tres veces. En todo este período se puede observar que la familia empieza a perder importancia; con Vespasiano cayó en picado. Los vencedores carecían de autoridad personal y de prestigio (*auctoritas*). Además, Vespasiano se alzó en armas contra Vitelio, habiéndolo reconocido en un principio, bajo el pretexto de que el nuevo emperador era de temer y que

la lucha por Italia había sido sangrienta. Incluso entre los plebeyos había supervivientes que quizá parecerían exhibir una candidatura más adecuada que la de Vespasiano: los generales Gayo Suetonio Paulino y Tiberio Plaucio Silvano Eliano. Dio la casualidad de que, llegado el momento, ellos no estaban al mando de los ejércitos. Vespasiano consoló a Silvano ofreciéndole los *regalia* triunfales merecidos desde hacía mucho tiempo.

Antes de regresar a Roma en otoño de 70, Vespasiano hizo cuanto pudo para consolidar su posición y asegurar su autoridad. Primero, compensó su falta de linaje y reputación experimentando una visión en el santuario del gran dios Serapis, en Alejandría, y ejecutando «milagros» que consistieron en la curación de enfermos (Suet., *Vesp.*, VII). Todo aquello estaba muy bien, pero probablemente aquel tipo de efectos impresionasen más a los alejandrinos que a los aristócratas romanos, o incluso a los plebeyos de Roma. En segundo lugar, estiró sus poderes formales hasta el extremo y trató de ganar cierta *auctoritas* por medio de una serie de consulados que ostentó cada año, excepto en 73 y 78. Algunos estudiosos defienden que la famosa *lex de imperio Vespasiani* —parte de una ley que lo favorecía y hemos conservado en un bronce— expresa la medida original que el Senado aprobó en diciembre de 70; otros, que representa una ley especial de unos pocos meses más tarde, prevista para llenar los huecos que había dejado la ley anterior, y para garantizar a Vespasiano el derecho de promulgar cualquier ley que juzgase beneficiosa para la comunidad (esto es: le permitía hacer por derecho justo lo que los emperadores Julio-Claudios habían hecho mediante la *auctoritas*). El modelo pretendido era Augusto, el fundador, pero el precedente inmediato era Claudio, el despreciado populista; es significativo que Vespasiano completase su ruinoso templo.

Algunos senadores se lo habían hecho pasar mal a los representantes de Vespasiano en Roma. En su ausencia, al frente del nuevo régimen se encontraba su hijo de diecinueve años, Domiciano, que había escapado del Capitolio cuando Sabino fue apresado y que se convirtió en pretor con los poderes propios de

un cónsul; el auténtico poder estaba en manos de Muciano, un hombre capaz y con gran experiencia, pero comprometido por anteriores fracasos públicos y escándalos privados. En aquellos días, los hombres que habían sufrido por sus principios durante el régimen de Nerón, o que habían sufrido el castigo de sus amigos o parientes, buscaban la oportunidad de perseguir a quienes habían acusado a las víctimas. Además, algunos abrigaban la esperanza de provocar un retorno a la forma de gobierno que había prevalecido cuando Nerón se hallaba bajo la tutela de Séneca y Burro, durante los primeros años de su mandato: el Senado recibía la consulta de numerosas cuestiones, podía expresar libremente sus opiniones y era probable que su consejo fuera tomado en consideración. Quizá esperaban algo aún mejor: que el Senado se convirtiese en el órgano decisivo del gobierno. Había un hombre que pertenecía a ambos grupos y que estaba evidentemente dispuesto a luchar por todos los derechos del Senado: Gayo Helvidio Prisco, el yerno de Trasea Peto; ostentó la pretura muy oportunamente en el año 70.

Una serie de confrontaciones sacaron aquellas cuestiones a la luz. La causa senatorial perdió en todas las ocasiones, pues solo se le otorgaron concesiones menores. Pero lo que también se revela es el sentido de la proporción, incluso el humor, que el emperador demostró al enfrentarse a aquellas tácticas. Salvo en una ocasión, su respuesta fue limitada y, pese a su determinación de mantener el control y la iniciativa con que habían contado sus predecesores Julio-Claudios, se hizo merecedor de los elogios de Tácito: fue el único emperador que mejoró en el cargo. Las monedas, con sus motivos manidos y complacientes, prometían lo que Vespasiano ofrecía. A la larga, sin embargo, su circunspección —digna de elogio por sí misma, atendiendo al poder que ejercía— no dependía sino de la personalidad del *princeps*: los senadores no podían estar seguros de que sus sucesores siguieran aquel ejemplo.

Una vez se le otorgaron los poderes originales, fue necesario solventar la cuestión de quién debería transmitir al nuevo em-

perador las felicitaciones del Senado. El candidato a cónsul propuso formar una embajada escogida por suertes; Helvidio quería excluir a los amorales neronianos y que los miembros fuesen elegidos por los magistrados y luego sometidos a votación en el Senado. Había dos cuestiones encima de la mesa: si el Senado estaba dispuesto a adoptar decisiones en los temas importantes; y quiénes iban a ser los amigos oficiales de Vespasiano. Eprio Marcelo, el famoso incriminador de Trasea Peto y otros que se vieron obligados a suicidarse por mostrar deslealtad hacia Nerón, espantó al Senado al manifestar su opinión. Luego se presentó un asunto religioso urgente: la restauración del Capitolio incendiado. El pretor Helvidio Prisco propuso que el estado romano —esto es, el tesoro, el *aerarium*— sufragase la restauración; sin embargo, éste llevaba tiempo escaso de fondos, en parte como consecuencia del control que el *princeps* ejercía sobre el dinero público. De modo que Helvidio propuso que Vespasiano debería «contribuir». La propuesta fue rechazada, pero Vespasiano respondió, al regresar a Roma en otoño de 70, recogiendo la primera tanda de escombros del lugar. La propuesta de Helvidio para contener el gasto público, que debería haber revisado los límites entre la financiación imperial y la pública, fue suspendida por un veto tribunicio. Sería el emperador quien controlaría las finanzas (Tac., *Hist.*, IV, VI-IX).

Uno de los intentos de censurar o expulsar a los acusadores contó con el estímulo de una pequeña victoria sobre un personaje menor. Pero Domiciano negó el acceso a los archivos imperiales. Y Marcelo sabía que sus servicios para mantener el Senado en orden eran indispensables, y así lo dijo; un nuevo emperador estaba observando para ver en quién podía confiar, quién le ofrecería apoyo y una información fiable. Se volvió a enviar al exilio a dos infractores y el Senado se vio cumpliendo otra función judicial gratamente tradicional: la de someter y penalizar a una ciudad que había demostrado un respeto insuficiente hacia uno de sus miembros, lo había tratado mal. Se castigó a los cabecillas y se reprendió a la gente de Siena. Vespasiano se mostró hábil en

su siguiente respuesta: Marcelo pasó tres años como gobernador de la provincia de Asia, que habría necesitado estabilizarse después de las guerras. Normalmente, los dos antiguos ex cónsules se sorteaban los destinos de África y Asia para ocupar sus puestos durante un año. La continuación de Marcelo, si no a su buena suerte, se debió a la mano de Vespasiano, que de aquel modo recompensó su lealtad a expensas de otros candidatos impacientes; pero de esa forma, también apartaba de la vista de sus pares a una persona censurable. Marcelo regresó para ostentar un segundo consulado en 74.

En cuanto a los miembros del Senado en general, Vespasiano y Tito ocuparon el ingrato puesto de censores en 73-74, siguiendo el ejemplo dictado por Claudio y ejerciendo así el derecho a inscribir a su criterio a los hombres de mérito, o eliminar a los que eran de dudosa reputación o estaban sumidos en la pobreza (a menos que decidiesen subvencionarlos). Los vacíos abiertos por las bajas de la guerra neroniana dieron margen para rellenar las filas. En primer lugar habría que buscar en las ciudades rurales de Italia, pero dinero y ambición se encontraban en todas partes, y buena parte de los defensores de Vespasiano llegaron de Oriente. Los hombres a quienes escogió recibieron, en su mayoría, la aprobación de Tácito, que sin embargo hace notar que algunos de ellos contaban con más dinero que méritos. Entre ellos figuraban hombres que habían servido en las legiones orientales, como por ejemplo Tiberio Julio Polemeano de Sardes, tribuno de la Legio III en Siria, que alcanzaría el consulado en 92, y Gayo Caristanio Frontón de la colonia de Antioquía de Pisidia, otro soldado, cuyo consulado tuvo lugar incluso antes, en 90. Los méritos de algunos monarcas depuestos, como Tiberio Claudio Antíoco Epífanes Filopapo, de la casa real de los Commagenos, cónsul en 109, son dudosos, pero en este caso la riqueza perpetuó su recuerdo y su monumento aún se alza frente a la Acrópolis de Atenas. No hay nada que decir con respecto a la idea de que Vespasiano igualase la situación de Italia con la de las provincias; simplemente estaba empezando a haber más dinero fuera

de Italia; las ciudades crecían —fueron famosas las de Britania con Agrícola— y se multiplicaban. Pero incluso Hispania recibió solo el *ius Italicum*, que otorgaba la ciudadanía a los magistrados de la ciudad una vez completado su año en el cargo.

Otro privilegio asociado a la incorporación de hombres en el Senado —o su promoción o expulsión— consistía en permitirles ingresar en la clase patricia; fue un privilegio que tanto Vespasiano como Tito ejercieron en buena medida para favorecer a los militares, como por ejemplo Gneo Julio Agrícola, Sexto Julio Frontino y Marco Ulpio Trajano, el padre del emperador Trajano; el propio Vespasiano había pertenecido a la clase plebeya hasta que se convirtió en emperador y la membresía en la clase patricia tuvo que concedérsele en diciembre de 69.

En cuanto a Helvidio Prisco, Vespasiano se mostró implacable, aunque una fuente —Dión, influenciado tal vez por el lenguaje de Muciano— retrata a Helvidio como si mantuviera una agresiva enemistad contra el emperador y desafiara a Vespasiano para que actuase en su contra. Sin duda, en los edictos pretorianos Helvidio se refirió a Vespasiano como si se tratase de un individuo particular. En una ocasión, Helvidio fue expulsado del Senado por los tribunos de la plebe, lo cual, si el suceso se produjo mientras aún ostentaba su cargo, representó un conflicto evocador y simbólico entre unas magistraturas que ya habían chocado en el pasado y que, de vez en cuando, siguieron haciéndolo en el principado: los tribunos representaban los intereses populares; los pretores, magistrados curules, representaban las prerrogativas del Senado. Según otra fuente, Vespasiano solicitó a Helvidio que no asistiese y Helvidio se negó, insistiendo en que su deber era acudir y aun tomar la palabra. Desconocemos cuándo o por qué Helvidio fue exiliado, pero su expulsión coincidió probablemente con el exilio de los filósofos de la calle, incluidos los cínicos radicales y los astrólogos. Los estudiosos han vinculado este episodio con una frase que se le atribuye a Vespasiano mientras salía precipitadamente del Senado en una ocasión: «¡O me sucederán mis hijos [o «mi hijo»], o no lo hará na-

die!» (Dio, LVI, XII). Siempre que el comentario forme parte de la pelea con Helvidio, eso daría a entender que la crisis giraba en torno de la sucesión.

Existieron objeciones personales para aceptar a Tito como heredero, pero además estaba en juego un principio. La última vez que el Senado había tenido voz y voto en la elección del emperador —elección frustrada, es cierto— fue en 41. Hombres como Helvidio creían que el Senado tenía derecho a elegir al sucesor, o por lo menos a que su consejo fuese tomado en consideración. No parecía que aquél fuese el caso con Tito: se les presentó una moción que le confería el poder tribunicio en junio de 71, tras el triunfo conjunto con el que Plinio, prudentemente, concluyó su *Historia*.

Helvidio no sobrevivió al exilio: llegó una orden para ejecutarlo, acto que supuestamente se llevó a cabo antes de que pudiese llegar una segunda orden que rescindiese la primera. Si no damos crédito a esta historia, quizá Vespasiano quiso cambiar de opinión para salvar su reputación o, posiblemente, la de Tito (véase más adelante). La muerte de Helvidio, heredero del héroe estoico Trasea Peto, deslució el prestigio de Vespasiano. Pero la segunda mitad de su mandato fue comparativamente tranquila.

PROBLEMAS ECONÓMICOS Y FINANCIEROS

Ya hemos señalado las dificultades del tesoro estatal romano, el *aerarium*. En parte eran atribuibles al desvío de ingresos hacia las finanzas controladas por el emperador, que consistían en gran medida en sus fondos como gobernador de unas provincias que mantenían a importantes fuerzas militares; los fondos privados del gobernante, incrementados por la herencia de sus predecesores, provenían de diversas fuentes. La pobreza del erario no acarreaba grandes consecuencias fuera de Roma e Italia, pero Vespasiano, tras los derroches de Nerón —a los que siguieron dieciocho meses de disturbios, luchas, saqueos, devastación y re-

vueltas provinciales—, tuvo que hacer frente a los problemas de los fondos imperiales. Al parecer se lamentó de un déficit de cuatro mil millones de sestercios, esto es, unas cinco veces la previsión anual de las rentas públicas del imperio (en el manuscrito original de Suetonio se habla de cuarenta mil, lo cual resulta increíble: Suet., *Vesp.*, XVI, 3).

Sea cual sea la cifra, Vespasiano tenía problemas. Tomó una decisión rápida y a todas luces drástica. Recaudó un nuevo impuesto mientras aún estaba en Egipto, en 70, por el cual se ganó las imprecaciones de la masa popular alejandrina que lo tildaba de «pescaderuelo».* En Roma llamó mucho la atención el nuevo impuesto sobre la orina en los baños públicos que los lavanderos usaban para su trabajo. El más famoso de todos fue el impuesto que los judíos debían pagar por el mantenimiento del Júpiter Capitolino, antes de presentar sus ofrendas en el templo. Se nos cuenta que Vespasiano multiplicó los impuestos, pero no hay pruebas de unos incrementos específicos.

Las operaciones del censo prometían más eficiencia a la hora de determinar con precisión qué estaba sujeto al pago de impuesto o pertenecía a las provincias imperiales o a las fincas del emperador. Domiciano fue a la Galia en 70, se dice que para llevar a cabo un censo. Había más motivos para hacerlo después del desorden de las guerras civiles y las oportunidades de invasiones ilegales de la propiedad del estado, fomentadas por la desatención o la ausencia de los oficiales militares. Vespasiano y Tito ostentaron la censura en 73-74; de aquel modo podían tener en cuenta las propiedades de cada uno de los hombres y recuperar las verdaderas lindes. Ya fuera entonces o en 70, Vespasiano había señalado adecuadamente los límites de la zona del norte de África conocida como Fossa Regia. Se restituyó la tierra regia al «pueblo romano» en la Cirenaica. A una escala menor, las fronteras de la colonia de Arausio (Orange) en la Galia Narbonense fueron demarcadas de nuevo. También en Italia Vespasiano prestó aten-

* Más propiamente, de «salazonero, vendedor de salazones». (*N. de los t.*)

ción no solo a su propio territorio sino también al de las ciudades y santuarios, que de este modo pasaron a tener controlados sus impuestos y rentas legítimos. En las colonias italianas la tierra que había quedado tras las asignaciones (*subseciva*) fue vendida en beneficio del tesoro imperial, lo cual suscitó protestas tan fuertes por parte de quienes las explotaban que Domiciano abandonó el plan (*ILS*, 5955; Suet., *Dom.*, IX, 3).

Hubo también otros modos de recaudar impuestos. Uno de ellos consistía en hacerse cargo de los estados «libres», como por ejemplo las ciudades de Acaya liberadas por Nerón, y adquirir así las rentas públicas que deberían pagar en consecuencia. El coste de la defensa recaería entonces sobre el gobierno romano; pero muchas ciudades «libres» con o sin inmunidad para los impuestos estaban muy lejos de ser zonas de importancia militar y solo necesitaban vigilancia. Luego estaban los reinos «clientes», sobre todo en la zona oriental de Asia Menor; Vespasiano se encargó de reducir a unos cuantos a la condición de provincias. El caso mejor conocido es el de Commagene. Antíoco IV lo había controlado desde el mandato de Calígula, después de que le fuese restituido tras un período de provincialización en tiempos de Tiberio. Sus importantes rentas públicas, tal vez de cinco millones de sestercios anuales, entraban entonces en las arcas imperiales, porque pese a su leal servicio, el reino fue absorbido en 72 con el pretexto de que Antíoco había trabado contacto con los partos (Jos., *BJ*, VII, VII, 1; Suet., *Vesp.*, 4). Existieron también factores y efectos estratégicos (véase más adelante), pero para garantizar la seguridad de Commagene bastó con reorganizar las tropas, así que el coste añadido fue escaso.

Otro método para aumentar los ingresos, más arriesgado, era la conquista militar. El esfuerzo, caro por sí mismo, podía fracasar; por otro lado, incluso en el caso de obtener la victoria, quizá el resultado no justificase los costes. A la vista de aquello, las dos zonas en las que Vespasiano ordenó una expansión, Britania y la Selva Negra entre el Rin y el Danubio, entraron por igual en esta última categoría. Incluso a mediados del el siglo II, cuan-

do el poder romano en Britania estaba en su mejor momento, delimitado por el Muro de Adriano, el historiador Apiano dictaminó que aquellas zonas bajo control romano no equilibraban el gasto de la ocupación (App., *Rom.*, *praef.*, 5). Otras consideraciones, que analizaremos más adelante, determinaron los avances flavios en la Germania y Britania. El caso de Judea fue distinto: los romanos se habían comprometido a aplastar la provincia insurrecta ya desde antes de la muerte de Nerón. Lo consiguieron en parte cuando Tito tomó Jerusalén en agosto de 70 y destruyó el templo, y lo completaron cuando cayó Masada en 73. El botín fue espectacular, tanto por la parte en metálico como por los hombres apresados, a quienes podrían usar en la arena o venderlos como esclavos a los propietarios privados. Como consecuencia de aquella «liberación» de oro en el mercado, por obra de Tito, los tipos de interés cayeron de forma notoria en las provincias vecinas. Mediada la década del 70, el Templo de la Paz de Vespasiano y el Coliseo se financiarían con el botín de guerra. Las operaciones de construcción en Roma consumían los fondos pero también los distribuían entre los contratistas y los trabajadores: «mis pequeños plebeyos», como decía Vespasiano.

También hubo austeridad, aparte de la expansión. Vespasiano era famoso por su frugalidad personal y ese mismo rasgo caracterizó su administración. Como el gasto en el ejército representaba la carga principal del presupuesto, no quería aumentar las filas de los militares. Se había disuelto una legión, la XVI, pero la reorganizaron para que apareciese en Oriente, en Satala (Capadocia). Antes de las guerras civiles y durante su transcurso se habían reclutado dos legiones adicionales; las conservaron, pero no añadieron más. Cuando Vitelio favoreció a sus legionarios reclutándolos en los acuartelamientos italianos había aumentado notablemente el número de hombres en la guardia pretoriana; se afirma que Vespasiano redujo de nuevo el número de cohortes de dieciséis a las nueve originales.

A excepción de unas pocas zonas en guerra —Judea, el Rin, las áreas al sur del Danubio a las que habían acudido tribus, el

norte de Italia, la propia Roma y una zona limitada en el norte de África—, durante los conflictos civiles se produjeron daños relativamente escasos dentro del imperio romano. Cremona sufrió un saqueo mientras celebraba una feria aún en el fragor de la guerra civil. Luego Vespasiano dio confianza a los hombres con dinero disponible, quienes volvieron a sus ocupaciones normales, las granjas y el comercio. Había más dinero que ganar y pronto aparecerían los impuestos. Roma «se alzaba de nuevo», como anunciaban las monedas, y era un símbolo para el imperio. Aun así, Domiciano se quejaba porque las provincias apenas podían sostener los costes del imperio.

Vespasiano fue incapaz de mantener el denario al nivel en que lo puso Nerón, de modo que redujo el contenido del metal precioso hasta que, en 82, Domiciano volvió a aumentarlo y luego a reducirlo de nuevo en 85, con fluctuaciones que al parecer no se reflejaron en las acuñaciones provinciales. La carestía duradera de monedas fue especialmente notoria en Italia, cuyos habitantes tenían costumbre de vivir bien y se habían mostrado dispuestos (según lamenta Plinio el Viejo) a gastar metales preciosos en las suntuosidades de Oriente, tales como la pimienta, la seda y las especias; y en cambio no siempre estaban dispuestos (según lamentaba en este caso el emperador Tiberio) a sacar el máximo partido de sus haciendas.

De los cultivos de Italia, parece ser que el más floreciente, durante el período flavio, fue la viticultura, hasta ocupar un lugar que al emperador Domiciano se le antojaba inadecuado. Lo que el pueblo de Roma necesitaba eran cereales y éstos se tenían que importar del extranjero, sobre todo de África y Egipto, lo que a su vez implicaba depender de las naves y de la meteorología. La falta de cereales había provocado numerosas revueltas en Roma, mientras que el efecto del vino era a todas luces indeseable. Hacia el final de su imperio, Domiciano creyó haber hallado una solución simple a todos estos problemas: prohibió plantar nuevas viñas en Italia y ordenó la destrucción de la mitad de la viticultura de provincias. No había medios para implantar la norma, sin

embargo, y se recibió al menos una embajada de la provincia de Asia para solicitar su revocación. Domiciano transigió.

Motines y rebelión

Al tiempo que el Senado se tragaba las humillaciones de diciembre de 69 y enero de 70, la rebelión estallaba en el norte y parecía que el imperio iba a desintegrarse. Los druidas tuvieron noticia del incendio en el Capitolio y lo predijeron tal cual. Para comprender cómo se había llegado hasta aquel punto debemos remontarnos a marzo de 68, durante la primera rebelión en la Galia, en la que se enfrentaron Víndice y Nerón. Víndice era un galo de Aquitania, pero también un senador romano, gobernador de la Lugdunense. Las dificultades personales y una posible deshonra lo empujaron al camino revolucionario. Su influencia como hombre noble y el odio que sentían los galos por las cargas que debían soportar le reportaron (según se dice) un ejército de veinte mil hombres; cuántos de ellos estaban al corriente de por qué luchaban, eso ya lo desconocemos. Víndice fue aplastado y asesinado por las legiones del Rin, a las órdenes de Lucio Virginio Rufo. Cuando llegó al poder Galba (supuestamente, el único partidario declarado de Víndice entre los gobernadores occidentales), las legiones supieron que no obtendrían favores de él. Así que respaldaron a Aulo Vitelio en su ataque contra Roma; los galos y los germanos, estrechamente vinculados con las fortalezas del Rin y sus municipios circundantes, compartían resentimientos. Además de los vitelianos contrariados estaban los bátavos, a quienes había reclutado Vespasiano en su contra, pero que padecieron durante mucho tiempo las consecuencias del reclutamiento en las tropas auxiliares romanas y del servicio lejos de casa. Sigue debatiéndose si el alzamiento debería considerarse «nacionalista» o no. En la Antigüedad, solo los judíos constituían una nación (los galos y los germanos solo concebían unidades menores). Se unían para defender sus distintos intereses, políticos y económicos,

en una época de crisis, y usaban el vocabulario político romano para manifestar su unidad. Los nobles treviros y lingones se hicieron con el mando, presentándose a sí mismos como líderes «romanos» que velarían por los intereses de sus parientes y aliados mejor que ninguna autoridad central; vestían como comandantes romanos, o afirmaban descender de un hijo que Julio César tuvo en aquella zona.

La rebelión no duró mucho en la Galia. La ruptura con el resto del imperio significaba perder beneficios comerciales. Los pueblos remos, entre el Rin y el Canal, iniciaron la retirada. En el Rin, sin embargo, se mantenía una obstinada resistencia. Muciano partió hacia el norte, acompañado por el hijo de Vespasiano, Domiciano, el único miembro de la dinastía que aún no había ganado la gloria militar. Pero un general despreocupado (por más que brillante), Quinto Petilio Cerial, derrotó a los rebeldes antes de que llegasen Muciano y Domiciano y el príncipe regresó a casa. Al final, como se cuenta en las *Historias* de Tácito, el líder bátavo Julio Civil consiguió un modus vivendi que le permitió partir libre hacia la orilla oriental. Los romanos no deseaban continuar con una lucha que distanciase a más habitantes de provincias y convirtiera sus territorios en lugares permanentemente hostiles.

Adelantando las fronteras

Esto no significa que Vespasiano pretendiera seguir el consejo que Augusto le dio a Tiberio: dejar el imperio en las fronteras existentes. Él contaba con buenas razones políticas y estratégicas para llevarlas más allá, incluso en Britania y Germania, y ello por la fuerza, más que por la vía diplomática.

En 9 d. C. Augusto fracasó en su intento de someter a las tribus situadas entre el Rin y el Elba y, tras unos cuantos asaltos a modo de represalia —que Germánico intentó convertir en reconquista entre 14 y 16—, se optó por la estrategia de permitir

que las tribus se destruyesen mutuamente e imponer gobernadores amigos siempre que fuera posible, hasta que Roma dispuso de la fuerza suficiente, una vez más, para abordar a un pueblo debilitado y continuar con su inexorable avance hacia el océano. El equilibrio de poder entre las tribus germánicas también varió. La tribu de Arminio —los queruscos— perdió la preeminencia y los catos empezaron a llamar más la atención de Roma. Entre las fuentes del Rin y el Danubio había un valle que dejaba a las provincias expuestas a los ataques. Vespasiano confió la tarea de poner la zona de los *Decumates Agri* (la Selva Negra y los territorios adyacentes) bajo control romano a Gneo Pinario Clemente, quien lo consiguió sin alboroto en dos años de campañas. Se construyeron calzadas y en el centro se fundó una ciudad como núcleo de administración y de culto: *Aquae Flaviae* (hoy Wiesbaden). Era un sustituto mínimo de la conquista augustea y no hacía falta contemplarlo necesariamente como el último paso. De hecho, Domiciano, tras una victoriosa acción contra los catos en 83, expandió la zona de control romana en el Wetterau y fijó allí una frontera permanente (*limes*), así como en el extremo oriental de los *Decumates Agri*. Se continuó poniendo en práctica la estrategia de permitir que las tribus germánicas se alzasen unas contra otras: Tácito se regodeó con la masacre de los «sesenta mil» bructeros (Tac., *Agr.*, XXXIII).

En Britania, la victoria de Vespasiano fue más espectacular, y ésa era la intención. Augusto había rehusado la opción de conquista que Julio César dejó a sus sucesores, alegando que Roma estaba obteniendo de las rentas de sus clientes lo mismo que ganarían con una ocupación. Tiberio siguió su ejemplo, pero Claudio quiso exhibir sus cualidades militares. Desde la primera campaña de Vespasiano en Britania, el control romano había avanzado siguiendo una línea que iba de norte a este, desde lo que más tarde sería Exeter hasta Lincoln, a lo largo de la Vía Fossa, aunque en el oeste, algunas tribus de Gales habían repelido los intentos de penetrar en sus territorios. En 60, mientras Suetonio Paulino estaba concentrado en Anglesea, las tribus de la zona del An-

glia Oriental se alzaron a las órdenes de Boudica en contra de las abusivas cargas fiscales y la brutalidad. La reina fue sometida y a su derrota siguió una década de sosegada reconstrucción. En el momento en que los romanos se disponían a extender su control más hacia el norte, comandados por un general experimentado en la guerra en las montañas, Vetio Bolano, descubrieron que tenían que suspender el ataque mientras durasen las guerras civiles. El gobernador mantuvo la provincia en calma y el gobernador subordinado, Tiberio Claudio Cogidubno trabajó, obviamente, por los intereses de Vespasiano: se quedó en su reino de Hampshire y Sussex hasta la época flavia.

En aquella provincia era donde Vespasiano había ganado su primera distinción. Desde la revuelta no se había conseguido nada; se afirmaba que Nerón meditó en cierta ocasión la conveniencia de abandonar la conquista claudiana. Ahora Vespasiano asumiría la empresa de su patrón, recuperaría la gloria imperial para el pueblo romano y sacaría a la luz recursos que ayudasen a pagar el avance de las líneas. El plomo de Flintshire (y en la época de Domiciano, también el de Yorkshire) llevaría un sello con el nombre imperial.

El primer gobernador al que encomendaron la ofensiva fue el gallardo Petilio Cerial, el comandante que había recuperado el Rin. Era la clase de hombre a la que se le podían confiar tres legiones en cualquier provincia, puesto que era un pariente político (otro fue el general de Nerón en Siria, Cesenio Peto, obligado a rendirse ante los partos en Randeya, pero al que concedieron una segunda oportunidad). Naturalmente, las victorias de los predecesores de Agrícola no fueron pregonadas a los cuatro vientos por su biógrafo, pero Bolano había dejado su huella en el norte. Se produjo un cambio que exigía mano firme: la deposición de Cartimandua, jefe de los brigantes, que había entregado amablemente a Carataco a los romanos en época de Claudio. Los brigantes eran una formidable confederación que se extendía en todo el territorio de la Gran Bretaña desde Yorkshire (en la parte sur) hasta el norte del futuro Muro de Adriano. Ahora ya no eran amis-

tosos. A las operaciones de Cerial siguieron las de quienes en Gales avanzaban bajo el mando de otro general, fiel y de categoría: Sexto Julio Frontino, que sobrevivió hasta el mandato de Trajano y ostentó tres consulados. Luego, en 77 (o quizá en 78, aunque es menos probable) llegó Agrícola, que sometió el norte de Gales, conquistó por fin Anglesea y siguió avanzando más allá de los brigantes, hacia Escocia. Ganó para Vespasiano, Tito y Domiciano los saludos como *imperator*. Agrícola —en una batalla en el monte Graupio, muy reñida, en la que combatieron sobre todo los auxiliares— derrotó al líder rebelde Calgaco en 93 y consiguió, al menos de forma temporal, controlar el norte (había pensado en avanzar hasta Irlanda, pero a la postre decidió no invadirla). Allí terminó su período de siete años como gobernador. Había asuntos urgentes en la Europa central, en especial las invasiones de los catos en el Rin y los problemas en el Danubio en 85. Aquellos asuntos desaconsejaban destinar más recursos a Britania (para otras consideraciones, véase más abajo). Evacuaron Inchtuthil, una fortaleza en construcción en la entrada de las cañadas de las Highlands. Los sucesores de Agrícola no fueron generales de primera línea. Más adelante, Trajano continuaría con la retirada y situaría de nuevo a las tropas tras la línea del Muro de Adriano.

La frontera del Danubio era permeable, tal como habían demostrado las incursiones en época de Nerón y en 69. El primer gobernador enviado para reforzar Mesia después de que Muciano hubiera repelido a aquellos invasores, Fronteyo Agripa, resultó asesinado. Vespasiano no buscó una represalia a gran escala, pero mandó a Rubrio Galo para restaurar la moral y reforzar el acuartelamiento de las provincias mesias, convirtiendo el Danubio de una vez por todas en el verdadero centro de atención septentrional. Mientras que al final del mandato de Nerón había siete legiones en el Rin y seis en los Balcanes, en época de Nerva (25 años después) había seis en el Rin y diez en los Balcanes. La solución de Vespasiano demostró ser adecuada hasta mediada la década de 80, cuando Domiciano tuvo que intervenir en persona. Utilizó tanto el dinero como la intimidación, pero una fuerza a las

órdenes de Cornelio Fusco, prefecto de Domiciano en la guardia pretoriana, fue masacrada en 88 por los dacios y la cuestión terminó en tablas. A Trajano le quedó la tarea de reducir al rey de Dacia a una obediencia aparente y luego derrotar y provincializar el reino.

Vespasiano tampoco tenía planes inmediatos para expandir el imperio hacia Oriente, pero se aseguró de dejar la puerta abierta. La amenaza obvia provenía de los partos, viejos contrincantes de Roma. Le habían ofrecido su ayuda cuando él intentaba hacerse con el poder, pero Vespasiano era demasiado inteligente como para aceptarla. Se produjeron refriegas con los partos durante el mandato de Vespasiano, pero todo terminó en nada. Sus anexiones de reinos clientes como Commagene y probablemente Enmesa, y su reticencia a devolver Judea al hijo del favorito de Claudio, Agripa I —prefirió asignarla a un gobernador pretoriano con una legión—, fueron testimonio de su firme estrategia. Ello se puso aún más de relieve (aunque las medidas no se tomaron al mismo tiempo) con la creación de la extensa provincia de Capadocia-Galacia y la instalación de legiones en Commagene y Capadocia, que, salvo durante las guerras partas de Nerón, habían estado gobernadas desde que Tiberio las provincializara por un procurador ecuestre. El hincapié flavio en proteger el mar Negro, la Capadocia y los pasos del Cáucaso quizá estuviese relacionado también con la llegada al Cáucaso de las tribus del norte. Domiciano colocó a un centurión cerca de Baku para que vigilase a los amigos de Roma en el Cáucaso. Se cuenta que en una ocasión el rey parto solicitó ayuda a Vespasiano para enfrentarse a sus contrincantes de Oriente, los hircanios. Se la negaron (Dio, LXV, XV, 3).

Los hijos de Vespasiano

Se consideraba que Vespasiano contaba con una ventaja puesto que, a diferencia de sus predecesores —exceptuando a Claudio,

que al final terminó manipulado por su esposa Agripina—, tenía hijos propios que le podían suceder; quizá este factor fue uno de los que indujeron al homosexual Muciano a dar rienda a sus pretensiones. Su hijo mayor, Tito, aunque no había pasado de la condición de cuestor, había formado parte del ejército de Vespasiano como legado. Su éxito militar continuó con la toma de Jerusalén y el incendio del templo, que las fuentes amigas eran reticentes a atribuirle.

Tito era inteligente, agradable y valiente, si hemos de dar crédito a los relatos de Josefo acerca de sus osadas proezas durante la guerra de los Judíos. De vuelta con Vespasiano se detuvo en Chipre para consultar al oráculo de Pafos. Eran épocas peligrosas; la ambición también podía haber sido un motivo. Pero había argumentos en contra de Tito, aparte de la baja condición de su difunta madre, que se suponía de origen servil. Él tenía una amante oriental, Berenice, la hermana, consorte y supuestamente querida de Agripa II de Calcis. La ambición de Berenice y Agripa estaba suficientemente clara: albergaban la esperanza de recuperar el reino de Judea que Claudio había entregado a su padre Agripa I. Los romanos la verían como la Cleopatra VII de los pobres, dispuesta a transferir el poder de Italia hacia Oriente.

Tito regresó a Roma en junio de 71 para celebrar un triunfo compartido con su padre, ostentar más consulados y ocupar su puesto como censor, pero sobre todo para desempeñar dos cargos que dejaron bien claras las intenciones de Vespasiano. Concluido su consulado en 71, tomó la autoridad tribunicia, prueba de la supremacía que su padre había ostentado desde que el Senado se la concedió en diciembre de 69 (pero que él consideraba vigente desde el 1 de julio, el día de su declaración). Hasta aquí en lo que respectaba a la autoridad del Senado. Ahora Tito también estaba contando el período de su ejercicio y solo estaba a dos años de su padre. Era compañero de su padre y lo sucedería. Más importante, desde el punto de vista práctico, fue el poder proconsular que Tito tuvo que compartir hasta cierto punto con su padre. En la época en que Tiberio apareció para

asumir los poderes de Augusto, gobernaba el imperio en situación de igualdad. Lo mismo se podía haber afirmado de Tito, que era al mismo tiempo consorte y heredero, pero en realidad no sabemos cuándo o hasta dónde llegó su autoridad en el control de las provincias orientales; probablemente adquirió control sobre todo el imperio y ello ocurrió en 71, cuando se le otorgó la autoridad tribunicia.

Pero Vespasiano fue un paso más allá, subió un peldaño sin precedentes, porque la prefectura de la guardia pretoriana era un puesto ecuestre. Algunos de los que antaño habían ocupado el puesto, desde Sejano a Ninfidio Sabino, habían resultado peligrosos para sus señores. Ahora fue Tito, de vuelta en Roma, quien fue nombrado para el cargo. Como comandante de la guardia, Tito podía hacer que se cumplieran las ejecuciones. La brutalidad era otro de los defectos que se le imputaban: a los sospechosos se los denunciaba en el teatro o en los barracones pretorianos y eran ejecutados sumariamente, según Suetonio. Tuvo que haber sido un oficial de la guardia quien matara a Helvidio. La orden podría haber llegado de Tito, no de Vespasiano. Podría incluso haber sido falsificada por Tito. Es lo que podría haber creído la gente, dada la habilidad del príncipe para imitar la letra ajena (Suet., *Tit.*, III).

El hijo menor de Vespasiano, Domiciano, que había estado en Roma al final de las luchas contra las fuerzas vitelianas, ocupó un puesto de primera fila en el nuevo régimen. Pero el momento de gloria fue efímero, puesto que intentó conciliar a enemigos a muerte: Domiciano no consiguió participar en la represión de la revuelta del Rin y una vez completado su año de pretura se sumió en la oscuridad y solo retomó sus funciones de vez en cuando, casi siempre como cónsul sufecto. Además, entre la lluvia de honores obtenida por la familia al principio del mandato, figuraba el de *princeps iuventutis* (líder de la juventud) para cada uno de los dos jóvenes. A Tito no le duró mucho tiempo, pero Domiciano lo mantuvo hasta el final del imperio. Eso significó que pertenecía a la siguiente generación dinástica y que por el momento no lo considerarían compañero de Tito en el poder, sino más bien el su-

cesor de éste. A pesar de los consulados acumulados, Domiciano no parece haber ostentado el poder proconsular de ningún modo hasta que se convirtió en emperador en septiembre de 81.

Seguro que la inquietud con respecto a los jóvenes no se desvaneció con la muerte de Helvidio en 74. El desasosiego por la situación política se observa en el *Dialogus* de Tácito, situado en aquel mismo año. Escasean las pruebas relativas al fin del mandato de Vespasiano, pero se produjo al menos otro acto violento en el que Tito estuvo implicado. De los viejos aliados de Vespasiano, Muciano perdió el favor tras los meses de gloria vividos durante el asalto sobre Italia y los primeros meses de 70. Probablemente no sobrevivió a la mitad del mandato. Eprio Marcelo, su amable aliado Vibio Crispo y Aulo Cecina, que había desertado (abandonando la comandancia de las tropas de Vitelio en el norte de Italia), sobrevivieron todos ellos. Sin embargo, solo Crispo alcanzó a ver también los gobiernos de Tito y Domiciano. Hacia el final de la vida de Vespasiano se descubrió que Marcelo y Cecina habían conjurado contra el emperador. Marcelo fue arrestado y lo llevaron ante el Senado (se cortó el cuello), mientras que Cecina fue asesinado al salir de un banquete al que asistía Tito, que halló pruebas de la conspiración en sus ropas: el texto de un discurso, escrito de su puño y letra, que pensaba pronunciar ante la guardia pretoriana. La historia resulta inverosímil. Los dos «conjurados» estaban entrados en años y eran prescindibles; la explicación más probable de los hechos es que Tito, hombre sin escrúpulos, decidió que no deseaba cargar con sus consejos y las obligaciones que la dinastía tenía para con ellos.

En 79, Vespasiano se vio aquejado por problemas intestinales cada vez más graves. Murió la noche del 23 al 24 de junio, en el balneario de Aquae Cutiliae, cerca de su ciudad natal. Sin obtener el saludo imperial, Tito fue reconocido como emperador en el Senado al día siguiente, asumió el nombre de Augusto, recibió el sumo pontificado y, el 7 de septiembre, el título de *pater patriae*, «padre de la patria».

Se cuenta que Vespasiano, en sus últimos días, exclamó: «¡Ay! Creo que voy a convertirme en dios!» (Suet., *Vesp.*, XXIII, 4).* Este comentario, que a veces se ha considerado una muestra reconfortante del humor imperial, representa un ataque satírico en contra de su persona, inspirado en las que se creían fueron las últimas palabras del emperador Claudio. Vespasiano fue divinizado, aunque algunos estudiosos han afirmado que Tito estuvo vacilando durante unas semanas: las monedas que mencionan la divinización aparecieron después de un compás de espera. Los únicos emperadores a quienes se les había otorgado anteriormente la condición de dios oficial de la religión del estado, con todos los servicios y costes que ello representaba, fueron Augusto y Claudio (Vespasiano, según contaba otra anécdota de la época, había ofrecido permitir que lanzasen su cuerpo al Tíber a cambio del dinero del funeral). Pero tal como señaló Plinio el Joven (*Pan.*, XI, 1), fue la necesidad del heredero lo que provocó la deificación: los Flavios plebeyos necesitaban obtener prestigio de cualquier fuente posible. Al final, Vespasiano fue uno de los pocos gobernantes cuyos *flamines*** continuaron prestando servicio tras su muerte, y al templo tradicional Domiciano añadió otro, dedicado a toda la *gens* Flavia.

Las ciudades, las personas y las provincias habían visto a sus gobernantes como entes superiores a los humanos desde la época de Augusto, en Occidente, y en Oriente desde los tiempos de Alejandro Magno y sus sucesores. Aquello resultaba beneficioso para varios grupos: el emperador o cualquier pariente al que se le rindiera el tributo; los iniciadores del culto, que llamaban la atención sobre su homenaje; las personas que proponían y qui-

* Traducción de Rosa M.ª Agudo: Suetonio, *Vidas de los doce césares*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

** Flámenes, sacerdotes romanos adscritos al culto de una divinidad concreta. (*N. de los t.*)

zá pagaban la construcción de los edificios y la realización de las ceremonias y los juegos que formaban el culto; y las personas que se beneficiaban de las nuevas instalaciones.

Dadas las anécdotas que se contaban acerca de la actitud práctica de Vespasiano con respecto a su propia condición, resulta sorprendente el grado de desarrollo que se cree alcanzaron los cultos en su época de mandato; pero las necesidades de la dinastía urgían y por ello había permitido que lo representaran en Alejandría como un obrador de milagros. Lo más llamativo, en tiempos de Vespasiano, fue la difusión geográfica del culto, no tanto su intensificación. Un documento descubierto en Narbo (Narbona), datado en época de Vespasiano o Domiciano, establece las normas de conducta de los sumos sacerdotes (*ILS* 6964).[1] Se ha descubierto la presencia de cultos introducidos en el período flavio en otras provincias: Bética, África, Mauritania, la Armenia Inferior. Sigue habiendo interrogantes al respecto. La fecha del documento de Narbona aún es incierta y resulta difícil creer que una de las provincias públicas más ricas hubiera funcionado de forma voluntaria hasta la época flavia sin gozar de las ventajas de una representación unificada para su élite gobernante, honores públicos para sus jefes y nada que mereciese la pena ofrecer a los emperadores que el culto le otorgaba. Que las estructuras que sostenían los cultos se documenten por primera vez en tiempos de Vespasiano no significa que no hubieran existido previamente.

En Roma, tras la muerte de Vespasiano, se erigió un templo en su honor que pronto se convertiría en el Templo de Vespasiano y Tito. Quedó para Domiciano, que necesitaba de adulación personal, prescribir el uso de «Señor y Dios» a sus agentes ecuestres como tratamiento con el que debían dirigirse a él. Domiciano también desarrolló el interés de los Flavios por Júpiter, frente al patrocinio de Apolo al que Augusto se había dedicado. Se inició con la restauración del Capitolio y continuó con la instauración de los Juegos Capitolinos quinquenales. En concreto, Domiciano se consideraba a sí mismo bajo la protección de la hija de Júpiter, Minerva, si no como su hijo. Minerva había

nacido de la cabeza de Júpiter, y, como la diosa era virgen, el nacimiento de Domiciano habría contenido cierto elemento prodigioso... lo que habría apartado del mapa a la embarazosa madre del futuro emperador.* Si la inteligencia era el distintivo de Minerva, también lo fue de Domiciano.

La vida cultural

Vespasiano, aunque no había recibido una formación excepcional, tenía dotes para la palabra (escribió sus propias memorias de guerra) y respetaba la educación; durante un tiempo se dice que Tito fue el compañero de estudios de Británico y que tanto Tito como Domiciano escribían poesía. Vespasiano fundó cátedras de retórica en Atenas y Roma y concedió privilegios a los profesores, doctores y fisioterapeutas en las ciudades donde residían. También subvencionó a escritores particulares. El ascenso a la clase alta de hombres de las ciudades rurales de Italia y las provincias se dejó notar en las formas, según Tácito, y vino acompañado de una reacción en contra de la concisión inteligente en la literatura, así como de una vuelta a los gustos poéticos de las grandes formas, la épica, con Virgilio como modelo. Valerio Flaco inició su *Argonáutica*, ornamentada con aduladoras dedicatorias a los miembros de la dinastía, pero no la pudo terminar antes de morir, a principios de la década de los años 90; Silio Itálico (*c.* 25-101) escribió una obra titulada *Púnica* (y restauró la tumba de Virgilio en Nápoles) y Estacio (*c.* 45-96) redactó su *Tebaida*. Las *Silvas* del mismo autor eran lisonjeras y, como en el caso de Marcial (*c.* 40-104), cuya carrera literaria se extendió durante cuatro mandatos, existe una fuerte controversia con respecto a las supuestas adulaciones en el tratamiento hacia Domiciano. En su descargo, hay que decir que tratar un tema de tiranos con

* Flavia Domitila, esposa de Vespasiano, era de origen humilde y quizá ni siquiera fue ciudadana romana de nacimiento. (*N. de los t.*)

audacia, como sucede en la *Tebaida*, suponía desafiar al gobernante a que demostrase que él no era tal; los elogios le ofrecían un modelo positivo que mantener. Los mordaces epigramas de Marcial sin duda tuvieron que vérselas con la controladora aprobación de Domiciano, dados los ataques que profería contra las *mores* contemporáneas.

En la misma medida, en la oratoria el estilo mordaz también dio paso a otro más expansivo; estaba en boga Cicerón, y no Séneca, al igual que su política, como podemos ver a partir de Quintiliano (*c.* 35-década 90), uno de los primeros profesores de Vespasiano y tutor de los herederos de Domiciano. Cuando en 74 se puso en circulación el ciceroniano *Dialogus* de Tácito, éste —a diferencia de Quintiliano— responsabilizaba al sistema político imperial de lo que se advertía como un declive en la oratoria. La elocuencia seguía cultivándose con asiduidad, a pesar de todo, como puede observarse por el interés de Tácito o las *Epístolas* de Plinio el Joven, en las que se celebran las virtudes de los escritores, pero faltan las grandes causas. Los hombres cultivaban más la poesía y las obras dramáticas, aunque también entrañaban cierto peligro.

En la arquitectura también se observó una afirmación de los estilos clásicos, pese a la frescura del Coliseo; en la escultura, una recuperación del aticismo, los retratos realistas (tal como atestigua el busto del propio Vespasiano) y el arte pictórico ilusionista, llevado a cabo con gran habilidad y técnicamente de gran efecto. Pero corremos el peligro de resumir en exceso. El cuarto estilo de la pintura mural, muy complicado, ilustrado en la casa de los Vettii de Pompeya, era uno de los varios disponibles en la época y se remontaba hasta los tiempos de Claudio.

En cuanto a la religión, pese al hincapié de Silio Itálico en la tradición, se experimentó una recuperación de los dioses egipcios fuera de Egipto; quizá los dos cambios más importantes a largo plazo en el mandato de Vespasiano (aunque él no lo pretendiese) fueron la precipitación del cristianismo en una religión de ámbito panimperial distinta del judaísmo y el crecimiento del



Vespasiano

judaísmo rabínico en la Diáspora, ambos a consecuencia de la destrucción del Templo de Jerusalén.

Los imperios de Tito y Domiciano

Había una aprensión natural en contra del ascenso de Tito (el emperador Adriano mencionó una historia según la cual había envenenado a su padre). El derroche, el destino de sus oponentes y el vínculo de Tito con Berenice justificaban el miedo. Pero acabó siendo injustificado. Tito sabía que no era popular y que necesitaba causar buena impresión. En su breve mandato —de apenas dos años largos, de junio de 79 a septiembre de 81— se mostró como un hombre afable, generoso y sensible con respecto a la opinión pública; los escépticos se preguntaban cuánto tiempo duraría. De hecho, castigó a los espías y prometió ignorar la difamación; no hubo ejecuciones políticas y probablemente

fue Tito quien inició el juramento que comprometía a un emperador a no ejecutar a ninguno de sus iguales (Domiciano lo rechazó). Hizo alejarse de inmediato a Berenice, y la ceremonia de inauguración del Coliseo (que embelleció con una inscripción en la que reivindicaba el edificio para sí mismo) estuvo acompañada de exhibiciones espectacularmente abundantes, con las que se ganó el favor del pueblo. Al poco tiempo se vio obligado a dispensar trabajos de socorro. Habían transcurrido tan solo dos meses de gobierno cuando una catástrofe vino a empañarlo: la erupción del Vesubio, que destruyó Pompeya, Herculano y Estabias.

Cuando Tito murió, hubo un duelo profundo: se había perdido el «amor y el corazón de la raza humana». Además, se sabía que aquel joven de treinta años que lo sucedería, pese a haber ocupado un puesto central en el gobierno durante más de diez años, había quedado apartado del poder real después de su extraordinaria pretura de 70, y aquello levantó las sospechas con respecto a su capacidad y buena voluntad. Empezaron a correr rumores sobre el envenenamiento, probablemente infundados. Tito murió por unas fiebres, según parece, y al igual que su padre, en su territorio natal, a los cuarenta y dos años.

Domiciano se apresuró a acudir al lecho de muerte de su hermano y con igual premura regresó a Roma para reclamar sus derechos. El Senado no se demoró. El 13 de septiembre Domiciano fue investido, como se hiciera con Vespasiano, con todo el poder de una sola vez y todas las adiciones que se habían acordado más adelante. Nunca se preocupó de celebrarlo, por lo menos si atendemos a lo que aparece en los testimonios. Les dijo a sus iguales que él había entregado el poder a su padre y a su hermano; el Senado se lo devolvía. También se mencionó la falsificación del testimonio de Vespasiano; aunque tal vez no en el Senado.

Siendo un joven sin experiencia militar, que había establecido poco contacto con las tropas y tampoco había hecho obras de beneficencia para ganarse al pueblo de Roma, Domiciano se enfrentaba a un gran reto. Cabe preguntarse cuáles eran los peligros que acechaban en concreto a Domiciano, pero la familia

Flavia era prolífica y ahí es donde el emperador veía la amenaza. El hermano de Vespasiano, Sabino, que murió en 69, dejó un nieto, casado con (Flavia) Julia, hija de Tito. Al propio Domiciano le habían ofrecido a su sobrina, en una unión que se consideraba legal desde que Claudio se casó con Agripina la Menor. Desde el punto de vista dinástico, el matrimonio habría fortalecido el derecho de Domiciano a ostentar el poder, pero lo rechazó. Tal vez se debiera a que recordaba los anteriores matrimonios de aquella naturaleza en los que los hombres se habían casado con la hija del emperador. Por otro lado, el parentesco de yerno colocaba al novio en una posición clara dentro de la generación más joven y quizá Domiciano había tenido la sensación desde el primer momento de que debía acompañar a su hermano en el poder. No sabemos en qué momento se produjo el rechazo, pero en una fecha aún temprana del mandato de Vespasiano, Domiciano se casó con la hija del gran general neroniano Gneo Domicio Corbulón. Tal vez abrigaba la esperanza de congregar a su alrededor a los amigos de Corbulón. Julia fue entregada a Flavio Sabino y ello contribuyó a convertirlo en un rival por el principado. Durante los primeros años de la época domiciana —los conciliadores—, Sabino fue agasajado con el consulado en 82, el primer consulado regular que Domiciano debía ofrecer. Fue, en realidad, el heredero putativo de Domiciano, puesto que el único hijo conocido del emperador, un niñito, murió durante la infancia.

Después de esta etapa entramos en una zona gris, cuya reconstrucción resulta bastante insegura. Suetonio cuenta que cuando Sabino fue declarado cónsul electo, el heraldo tuvo un lapsus y lo declaró emperador (Suet., *Dom.*, X, 4). Muchos estudiosos relacionan esta anécdota con su segundo consulado. Dado que Sabino murió ejecutado y que hay testimonios de una conspiración en 87, suponen que tras el error Sabino fue arrestado antes de poder asumir el cargo. Pero también hubo problemas en 83, y quizá el error se cometió en contra de Sabino cuando ya se había cumplido su período en el cargo. Las fechas son importantes, porque nos indican cuánto tiempo duró la «buena época» de

Domiciano. Los años 83 y 84 fueron de especial importancia por otros motivos. Para asegurarse el poder, el principal objetivo de Domiciano era ganarse la voluntad del ejército (ni Vespasiano ni Tito habían tenido que abandonar Italia tras su triunfo de 71). Domiciano llevó a cabo sus campañas como emperador, pero al principio permaneció en Roma y recibió sus saludos como *imperator* de las victorias de Agrícola. En 83 partió hacia Germania y consiguió una victoria contra los catos, que se estaban infiltrando. En ese mismo año, la victoria final de Agrícola sobre los britanos regaló a Domiciano otra salutación y le permitió retirar al gobernador de su puesto, que había ostentado durante un período excepcionalmente largo. Ahora Domiciano contaba con un éxito militar propio y a partir de 85 realizó otras expediciones, en la zona del Danubio. Sufrieron derrotas a manos de los dacios, pero es evidente que se ganó los corazones de los soldados; con la ayuda, sin duda, del hecho de haberles subido el sueldo en una tercera parte. Cuando lo asesinaron, las tropas —por descontado, Suetonio se refiere aquí a la guardia pretoriana— pasaron momentos de intranquilidad. Durante aquel mismo período de 83-84 alejó de su lado a su esposa Domicia Longina y pensó en casarse con Julia (no necesariamente porque su marido tuviera que estar muerto, aunque habría sido más fácil si lo estaba). Al final lo disuadieron (matrimonio incestuoso; insulto al prestigioso marido anterior, si estaba aún vivo, y a Domicia Longina y su círculo de amistades). El hombre que le dio estos consejos fue Lucio Julio Urso, prefecto de la guardia (Dio, LXVII, III, 1-2). Fue retirado del puesto en 83-84 y «ascendido» al rango senatorial y al consulado.

Estos acontecimientos parecen vinculados entre sí, y la importancia de 83-84 la pone de manifiesto un acontecimiento posterior, de 85: Domiciano, como sus parientes, asumió la ingrata censura, y en aquella ocasión no lo hizo durante dieciocho meses sino de por vida. Controlaba, de forma abierta y permanente, la pertenencia al Senado y el ascenso de sus miembros. Eso no significaba que algunos hombres de los que se hubiera esperado que

se opusiesen firmemente a él hallasen dificultades en su carrera. El más destacado de este grupo fue Helvidio Prisco, hijo del mártir que murió en época de Vespasiano. Parece ser que fue cónsul en 87; Quinto Junio Aruleno Rústico, un tribuno desafiante en 66, obtuvo el cargo en 92. Cabría sospechar que en sus primeros años como emperador, Domiciano estaba desarrollando relaciones políticas que había conformado en las épocas de Vespasiano y Tito, esto es, favoreciendo a hombres con quienes se había aliado mientras estuvo fuera del poder.

Esta actitud no se mantuvo. El mandato entró en su fase final en 93, cuando los políticos cuya defensa de los derechos del Senado se basaba en principios filosóficos terminaron delante del propio Senado, conducidos por sus oponentes y acusados de haber infringido la *maiestas* del emperador. Las víctimas más famosas fueron Aruleno Rústico y Herenio Senecio. El joven Helvidio cayó a consecuencia de su biografía de Trasea Peto. En *Agricola*, Tácito presenta de un modo expresivo la angustia del Senado, derivada de sus remordimientos por haber condenado a aquellos hombres (Tac., *Agr.*, II y XLV). En ocasiones se ha intentado exonerar a Domiciano, pero cuando menos, autorizó la celebración de los juicios. También se produjo una serie de sucesos que llevaron a los acontecimientos finales y no los podemos ignorar. Domiciano estaba decidido, sin duda alguna, a controlar las vidas de sus iguales, y las violaciones de las normas antiguas eran castigadas sin piedad: se cuenta que las vestales que rompían sus votos de castidad eran quemadas vivas y a sus amantes los apalizaban hasta darles muerte. Una vez más, Domiciano dejó ver su codicia cuando impuso embargos incluso a las provincias. El acaudalado ateniense Hiparco, absuelto en época de Vespasiano, no sobrevivió. Su codicia provocó acusaciones de despilfarro —el dinero se habría destinado a pagar al ejército, los edificios y los Juegos Capitolinos—, pero no son convincentes. No hace falta andar escaso de dinero para querer más.

Después de 83, la primera conspiración llegó en 87, y más adelante, a principios de 89, estalló la revuelta de Antonio Sa-

turnino en el Rin. Saturnino se asemeja más bien a un hombre apresado en el motín de sus propias tropas. Pero luego llegó la muerte de militares; entre ellos el destacado Salustio Lúculo, antiguo gobernador de Britania, y del gobernador de Asia, a quien sucedió por el momento, con gran escándalo, un procurador ecuestre. En 95 murió otro pariente, Flavio Clemente, el hermano de Sabino, acusado de «ateísmo», lo que quizá significaría falta de respeto hacia el culto imperial o quizá proximidad con el judaísmo.

Domiciano, sin heredero que lo sucediese o lo vengase si caía víctima del asesinato, había adoptado a los hijos de su primo Clemente. Sin embargo, esa acción no le salvó la vida. El círculo íntimo de cortesanos, incluido un prefecto de la guardia pretoriana, el liberto Estefano, chambelán de Domiciano, vieron que caería y que tras ello les aguardaba un futuro funesto, de modo que decidieron tomar la iniciativa. Es probable que hubiera participantes senatoriales, pero permanecieron ocultos; la supuesta participación de su esposa es dudosa. El 18 de septiembre de 96, Domiciano fue asesinado y en su lugar ascendió un dócil y antiguo senador de la época de Nerón: Marco Coceyo Nerva.

CONCLUSIÓN

El veredicto de Suetonio sobre la dinastía es aprobatorio con ciertas reservas: tomaron el imperio y le otorgaron una fuerza renovada. No consiguieron estar a la altura de sus sucesores, contemporáneos de él y de Tácito. Los defectos personales, así como el excesivo impulso controlador de Domiciano, provocaron el fin de la dinastía y la recuperación, nominal, de la «Libertad». Pero Domiciano hizo de sus defectos una virtud: su gobierno fue aplicado y observador, y Suetonio cuenta que los gobernadores de las provincias fueron particularmente competentes. Idéntica virtud gubernamental pusieron en práctica, aunque en menor medida, los concienzudos Vespasiano y Tito. En una época de res-

tablecimiento, su inquietud por todos los aspectos del gobierno, incluso la tacañería de Vespasiano, cuando el dinero ahorrado se gastaba en obras públicas, resultó particularmente valiosa.

Pero el servicio más valioso y aun más básico que prestaron fue demostrar que el imperio podía sobrevivir a la caída de la familia cuyo ejercicio del poder durante todo un siglo había garantizado la paz y cualquier prosperidad que la economía y la tecnología antiguas pudieran ofrecer. La absoluta tenacidad con la que se esforzaron por conservar el poder aumentó la confianza, y la austeridad personal de Vespasiano, junto con la munificencia pública (mucho tiempo atrás, Cicerón había señalado la combinación de ambos elementos como la más deseada por el pueblo romano), hicieron que tanto él como Tito fuesen amados por sus súbditos; Suetonio afirma que se mostraron indiferentes ante el asesinato de Domiciano (Suet., *Dom.*, XXIII, 1). El Senado se alegró de que hubiera caído, pero la contribución de Domiciano al éxito de los Flavios fue ante todo la siguiente: redujo el Senado a una tertulia prudente y en estado de alerta, que satisfacía las ambiciones provinciales y ofrecía administradores conscientes. Ya no causaría ningún otro problema a los emperadores.

Su origen humilde también resultó útil a los Flavios. Vespasiano prescindió de disimulos con respecto a su nacimiento. Pragmáticos y realistas —con la excepción de Domiciano—, ofrecieron una imagen del principado nueva, eficiente y consciente de sus deberes; una imagen que alcanzaría la perfección en los mandatos de Adriano, el viajero, Antonino Pío y el filósofo estoico Marco Aurelio.

NOTAS

1. McCrum, Michael y Arthur G. Woodhead, *Select Documents of the Principates of the Flavian Emperors, including the Year of Revolution AD 68-96*, Cambridge University Press, Cambridge, 1961, p. 128.

Brunt, Peter A., «The *Lex de imperio Vespasiani*», *Journal of Roman Studies*, n.º 67, 1977, pp. 95-116.

Griffin, Miriam T., *Cambridge Ancient History, vol. XI*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000², pp. 1-84 .

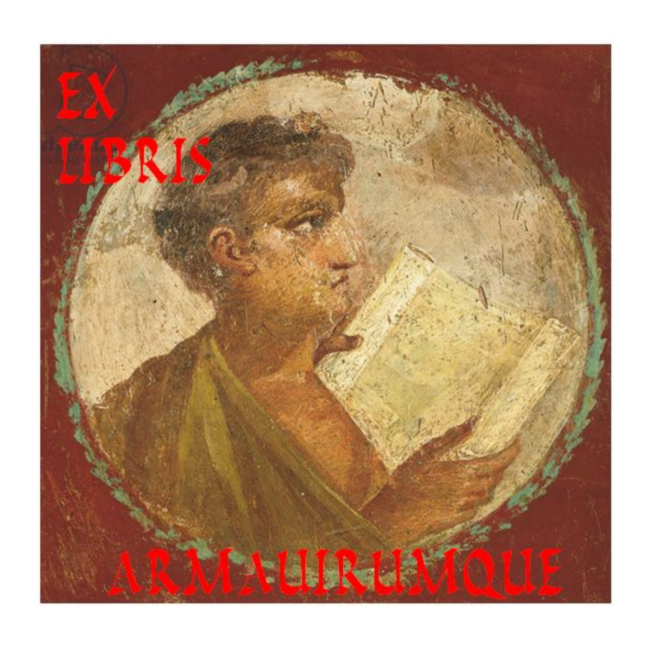
Jones, Brian W., *The Emperor Domitian*, Routledge, Londres, 1992.

—, *The Emperor Titus*, Routledge, Londres y Nueva York, 1982.

Levick, Barbara, *Vespasian*, Routledge, Londres y Nueva York, 1999.

Nicols, John, *Vespasian and the Partes Flavianae, Historia. Einzelschriften* (Heft 28), Steiner, Múnich, 1978.

Southern, Pat, *Domitian: The Tragic Tyrant*, Routledge, Londres, 1997.



VII

Adriano

Mary T. Boatwright



De Domiciano a Adriano: Nerva y Trajano

Cuando los senadores proclamaron emperador a Marco Coceyo Nerva, después del asesinato de Domiciano, dieron paso a una nueva y más feliz era de la historia de Roma. Nerva no vivió lo suficiente como para causar un efecto de calado, excepto por mediación de un acto importante: nombró sucesor a Marco Ulpio Trajano, un hombre elegido no por la buena situación de su familia, sino por su competencia demostrada. Trajano había desempeñado una carrera exitosa como soldado antes de acceder al trono en 98. Como emperador, sus logros militares fueron considerables, ante todo por la conquista de Dacia (*grosso modo*, las actuales Rumanía y Moldavia), que incorporó a una provincia romana, así como por la anexión de una notable fracción del imperio parto, lo que llevó el dominio romano hasta las costas del golfo Pérsico. En el ámbito doméstico, su trato fue humano y abierto.

Bajo su mando, Roma vivió un programa constructivo ambicioso —cuyo fruto más notorio fue el que se conoce como Foro de Trajano— y una revisión del sistema fiscal y el suministro de cereales. Murió en 117, respetado y admirado por la mayoría.

ADRIANO

Escribir una biografía de Adriano, el sucesor de Trajano, es presentar al mundo romano en su cima, en lugar de describir completamente al hombre que lo gobernó del 11 de agosto de 117 al 10 de julio de 138. En gran medida, ello se debe a la naturaleza de nuestra información, que podemos subdividir en tres categorías. Tenemos fuentes documentales abundantes, aunque dispersas, incluida una inscripción honorífica detallada erigida en Atenas en honor de Adriano, en 112;[1] monedas y medallones; y las respuestas públicas y leyes del emperador, conservadas en inscripciones y papiros.[2] Ello se complementa con materiales obviamente menos factuales: unos pocos poemas, agudezas y frases citables, numerosas imágenes de Adriano y su círculo íntimo[3] y las obras escritas por otros ora durante su prolongada vida y reinado, ora después.[4] En cuanto a los análisis históricos antiguos del emperador y los efectos de su imperio, solo poseemos hoy unas pocas piezas breves. Éstas —secciones de la *Historia Augusta*, Dión Casio e historias abreviadas del siglo IV— adolecen de varias deficiencias. Su cronología, por lo general pobre, se refleja más abajo en la disposición temática (a grandes rasgos) de su biografía.[5] Sin embargo, coinciden en presentar a Adriano como un emperador intranquilo, mudable, con múltiples intereses e impulsos contrarios, lo que parece validar el material hallado desde Britania hasta Egipto y desde el norte de África hasta Dacia. El atisbo que se deriva de las fuentes —un Adriano competitivo, de dirección firme, talento administrativo y voluntad estética— revela un hombre que supo mantener unidas tendencias contrarias durante muchos años.

Este «grieguete», como se lo denominaba despectivamente por su estudio y sensibilidad apasionadamente griegos, fue también un líder romano ejemplar en los campos del ejército y el gobierno. Fue deliberadamente sociable con todas las filas y clases y mostraba un respeto llamativo hacia sus parientes femeninas de más edad. Pero con frecuencia parece un solitario que se hallaba más cómodo con sus perros de caza o sus caballos, o con su joven amante Antínoo, que en la interacción larga y sincera con otras personas, incluida su esposa Sabina. A pesar de sus muchas capacidades y de todos los recursos de Roma, Adriano era un perfeccionista imposible de satisfacer. Con frecuencia se lo veía malhumorado y, en última instancia, era infeliz. Pero la curiosidad erudita y humana que subyacía a su inquietud, incluso a su indiscreción, implicó que tocara la mayoría del mundo romano que habitó de 76 a 138. Dada la base carismática del imperio romano tanto la vasta interacción personal como los notorios cambios estructurales de Adriano reforzaron grandemente el gobierno imperial y lo convirtieron en uno de los emperadores más señeros de Roma.

Vida de Adriano antes de su acceso al poder

Publio Elio Adriano estaba más que cualificado para el cargo cuando, a los cuarenta y un años de edad, fue nombrado emperador de Roma. La parte más importante de su instrucción se había producido en múltiples períodos de servicio en cuanto comandante del ejército romano y gobernador romano de provincias inestables. En 94 o 95, cuando contaba solo dieciocho o diecinueve años, fue tribuno de la Legio II Adiutrix, a la sazón destacada en Aquincum, en Panonia (cerca de la actual Budapest, en Hungría). Al año siguiente (96-97) desempeñó un segundo tribunado militar, ahora para la Legio V Macedonica, destacada en Oescus, en Mesia (Gigen, Bulgaria). En 97-98 fue tribuno de nuevo, esta vez de la Legio XXII Primigenia en Moguntiacum (Maguncia, Alemania). Era muy raro que alguien sirviera tres veces como tribuno mili-

tar. Los tres puestos otorgaron a Adriano un conocimiento singularmente bueno de la complicada frontera norte de Roma, desde la cuenca baja del Rin a la del Danubio. La intervención de Domiciano en Germania (en 85) y Dacia (en 85-86 y 88) había desestabilizado la zona y Aquincum y Oescus vieron mucha acción durante las guerras de Dacia, que libró Trajano entre 101 y 106. Los tribunados también ocuparon a Adriano fuera de Roma durante los años difíciles del asesinato de Domiciano (96) y del breve imperio de Nerva (96-98). Situaron a Adriano cerca de Trajano, su pariente lejano y antiguo tutor (véase más adelante), cuando Trajano fue gobernador por dos veces en la frontera septentrional. Se eligió a Adriano para que llevara las felicitaciones de la Legio XXII a Trajano cuando Nerva lo adoptó en 97 y para una misión similar en 98, cuando la muerte de Nerva hizo ascender a Trajano al poder imperial. Pero el servicio militar repetido también tuvo el efecto importante de presentar a Adriano en persona a muchos de los soldados y oficiales de Roma. Como emperador, se contaba que nunca necesitó que le recordaran el nombre de nadie, pues era capaz de reconocer a todos los soldados a los que había licenciado con honores (véase *HA Hadr.*, X, 8; Dio, LXIX, IX, 2). Probablemente desarrolló en esta época sus costumbres de hombre duro, como cabalgar sin casco junto con las tropas y compartir sus comidas magras y su vida disciplinada.

Los méritos militares de Adriano llevaron a Trajano a elegir al joven como compañero y luego comandante de la legión durante la primera y segunda guerra de Dacia (101-102, 105-106). Durante estos conflictos, que fructificaron con la adquisición de una nueva provincia para Roma —la de Dacia, que se extendía desde la cuenca de los Cárpatos hasta el mar Negro—, Adriano obtuvo en dos ocasiones premios militares de manos de Trajano, sin duda por su distinción real en los combates. Hacia el final de las guerras se le confió el gobierno de la Baja Panonia (¿106-108?), una de las dos provincias en las que se acababa de dividir Panonia. Destacado de nuevo en Aquincum, quizá fuera el responsable de la construcción del «palacio del gobernador», que se

erigió por esta época en una isla del Danubio; sus baños y su opulento mobiliario reflejan la impresión de paz que Roma quería transmitir en la zona tras haber dado muerte al rey enemigo Decébalo y haber diezmado a los dacios. No habían transcurrido diez años desde entonces cuando se necesitó de nuevo la pericia militar de Adriano. Junto con otros hombres elegidos es probable que acompañara a Trajano en las fases iniciales de la guerra contra los partos, en 113. En 115, Adriano y Trajano escaparon de milagro al terremoto que devastó la Antioquía siria (Antakia, en Turquía), a la sazón repleta de soldados que realizaban los preparativos militares para una operación oriental. Dos años más tarde, Adriano había medrado más aún: con el fin de la guerra contra los partos, Trajano —enfermo— se dirigió hacia Roma y escogió a Adriano para que fuera gobernador de Siria en 117. Administrar esa provincia, como ocurría con la Baja Panonia diez años antes, exigía una lealtad inquebrantable, mano firme y una organización estricta.

Pero en esta época, Adriano también había prestado ya servicio político a Roma en numerosas circunstancias. Fueron servicios cruciales para su futuro éxito como emperador. Le abrieron los ojos a las muchas tareas mundanas que eran fundamentales para el complejo funcionamiento de Roma, y el carácter colegiado de muchos de los puestos sentó un precedente de importancia para el gobierno del principado. A los dieciséis años, quizá Adriano era parte del equipo de diez hombres que presidía juicios menores (*decemviri stlitibus iudicandis*). Unos dos años más tarde (¿en 94?) sirvió como *praefectus feriarum Latinarum*, el prefecto que nominalmente quedaba a cargo de la ciudad de Roma cuando los magistrados curules subían al monte Albano para celebrar el antiquísimo festival de la Liga Latina. Como *sevir turmae equitum Romanorum* Adriano capitaneó en 94 un escuadrón de caballeros romanos que desfiló ante el emperador Domiciano en una revista ecuestre anual. Desde el presente, cabe aventurar que el período de Adriano como juez menor despertó su interés por las cuestiones jurídicas a la vez que le hizo ver

la necesidad de organizar mejor el Derecho romano: como veremos, las fuentes tienden a destacar este interés, como emperador, en las leyes de Roma. Los otros dos puestos eran de carácter arcaico y prestigioso y solían corresponder a jóvenes de condición senatorial y situación elevada. Coinciden con el posterior interés arcaizante de Adriano por el Lacio y los cultos y las prácticas de la Roma antigua. Además, la buena relación con los caballeros —el segundo estrato social de Roma— fue también un hito característico del imperio de Adriano.

Tras estos pasos iniciales (a los que siguieron los tribunados militares), Adriano fue ascendiendo progresivamente en el *cursus honorum* de Roma. Fue tribuno de la plebe en 102, pretor (quizá en 195) y luego *consul suffectus* en 108, cargo que alcanzó diez años antes de lo habitual. Se lo designó de nuevo para servir como cónsul en 118. En el camino ingresó en dos prestigiosas sociedades religiosas y asumió de por vida los cargos religiosos de *septemvir epulonum* y *sodalis Augustalis*. También ocupó puestos especiales, como el *ab actis senatus* que lo situó al frente de los informes oficiales de actas del Senado (¿en 101 o 102?); una cuestura especialmente vinculada con el emperador Trajano en 101; y el puesto de redactor de los discursos de Trajano. El primer cargo se vincula con el detallismo de Adriano y, posiblemente, también con su posterior interés por la historia. El servicio de Adriano como *quaestor imperatoris Traiani* y redactor de los discursos del emperador indica que éste veía con buenos ojos a aquel joven que destacaba, aunque en este período no fue extraordinario que los emperadores estimularan de esa forma el talento. Las fuentes literarias hacen hincapié en que Adriano no fue designado nunca como un heredero claro de Trajano. Cabe la posibilidad de que un soldado campechanote como era Trajano se sintiera desconcertado por la inquietud más artística de Adriano, que tal vez ya era perceptible por entonces (véase más adelante).

Sin embargo, Adriano y Trajano eran de origen similar y compartían algunos lazos especiales. Al igual que Trajano, Adriano procedía de una familia senatorial rica con propiedades en la ciu-

dad bética de Itálica (hoy Santiponce, en Sevilla); de hecho, no sabemos si Adriano nació en Itálica o en Roma. Trajano era un primo lejano, cuyo padre había logrado el consulado y la codiciada posición de gobernador de Asia. Aunque el padre de Adriano, Publio Elio Adriano Afer, no había ascendido más que a la pretura, su familia gozaba de condición senatorial desde hacía varias generaciones y cabe suponer que poseía tierras tanto en Roma como en su Adria de origen (en la costa italiana del Adriático). La madre de Adriano, Domicia Paulina, tenía tierras en Gades (Cádiz). Poco antes de 90, se cree que la hermana de Adriano, también llamada Domicia Paulina, pudo casarse con Lucio Julio Serviano (cónsul sufecto en 90). Cuando falleció el padre de Adriano, en 85 u 86, el niño, a la sazón de diez años, quedó bajo la tutela de Trajano, que por entonces se embarcaba en su propia carrera, así como de Publio Acilio Atiano, quien más adelante sería prefecto del pretorio tanto con Trajano como con Adriano. Quizá en este período inicial Adriano desarrollara su cariñosa y profunda relación con las mujeres de la familia de Trajano: la esposa de Trajano, Plotina (nacida antes de 70 y tal vez casada con Trajano en 84 u 86), su hermana Marciana y la hija de Marciana, Matidia («Matidia la Mayor», nacida antes de 68). Los lazos de Adriano con la familia se hicieron aún más próximos cuando, probablemente en 100 d. C., se casó con Sabina, hija de Matidia la Mayor y, por tanto, sobrina nieta de Trajano. Es probable que ella contara unos quince años, edad habitual de matrimonio entre las mujeres de la élite romana. Tales vínculos podrían haber facilitado el ingreso de Adriano en la vida política, en 94, y quizá desencadenaron el favor imperial de 101. Pero sin su talento personal y su determinación, Adriano no podría haber logrado el éxito sostenido.

Hasta aquí, las pruebas hablan de un romano de la élite, de talento y entrega, que abrazó de forma eminente los medios tradicionales del ascenso en Roma. Como ocurre con casi todos los demás personajes de su posición, apenas poseemos información sobre la vida personal de Adriano en su juventud. Lo poco que

sabemos se infiere de sus actividades e intereses como emperador. Se da por sentado que fue en su juventud cuando desarrolló la fascinación por la caza y la cultura griega, lo que le valió el ya mencionado sobrenombre de *Graeculus* («grieguete»). En la época en la que redactaba los discursos de Trajano, este joven erudito quizá hubiera empleado ya sus gustos arcaizantes para dar más dignidad a las palabras de un emperador caracterizado por su estilo llano. El interés de Adriano por la poesía, la pintura, la escultura y la arquitectura, bien documentado (Dio, LXIX, III, 2, IV, 2-6; *HA Hadr.*, XVI, 8-10; *Epit. de Caes.*, XIV, 2), también debió despertarse a temprana edad. La mayoría de los emperadores escribían poesía y prosa y se esperaba de todos ellos que estuvieran capacitados en oratoria y retórica; pero Adriano es uno de los pocos de los que consta que se entregaron en persona a unas artes que, por lo general, practicaban personas de inferior condición social.

La inscripción que Atenas erigió en honor de Adriano en 112, cuando éste desempeñaba el arcontado de la ciudad, quizá se inspire en la vida de Adriano antes de ascender al trono imperial. Ofrece más detalles de la carrera política de Adriano de los que solemos conocer sobre la mayoría de los demás romanos. Pero lo que llama nuestra atención aquí son las circunstancias de la inscripción. Para identificar una estatua de Atenas que fue erigida en el Teatro de Dioniso por el areópago de Atenas, el consejo de los seiscientos y el *demos*, el texto inscrito, que es bilingüe, recoge el extenso *cursus honorum* de Adriano en latín, más una breve dedicatoria a «su propio arconte» en griego. Aunque varios emperadores, miembros de la familia imperial y senadores habían ocupado de modo esporádico magistraturas y sacerdocios locales, la mayoría desempeñaba los puestos *in absentia* y fueron relativamente pocos los que Atenas honró de esa manera. Pero apenas caben dudas de que Adriano estuvo en Atenas durante su arcontado de 112. Como emperador, Adriano demostró ampliamente su amor por Atenas, al visitar la ciudad en tres ocasiones, alcanzar el nivel más alto de iniciación en los misterios de Eleu-

sis y proporcionar con frecuencia a los atenienses edificios, festivales, reconstrucciones y ayuda administrativa. De hecho, en una carta enviada a la ciudad en 132, Adriano declaró: «Como saben, aprovecho cualquier excusa para hacer bien a la ciudad en su conjunto y a gran número de atenienses».[6] La división bilingüe de la inscripción de 112, junto con la ubicación de la estatua, ponen de manifiesto que Adriano prestó atención de forma simultánea a las tradiciones griegas y romanas: los ideales políticos y militares de Roma y la historia y la estética de Grecia.

Finalmente, debemos llamar la atención sobre un grupo de hechos previos a la entronización de Adriano, pues tuvo efecto en sus decisiones como emperador: la guerra contra los partos de 115-117 y la segunda gran revuelta de Judea, que fue contemporánea. En 116, Trajano había avanzado mucho en tierra de los partos. En el norte, las tropas romanas habían cruzado la cuenca superior del Tigris y en el sur habían llegado a Babilonia, desde donde los comandantes pensaban aventurarse hasta el golfo Pérsico. Pero la adquisición territorial, organizada en las provincias de Armenia, Mesopotamia y Asiria, no se pudo afianzar. Se produjeron rebeliones en los territorios recién conquistados que hicieron necesario desplegar de nuevo las tropas romanas de vanguardia y, por lo tanto, abandonar los nuevos proyectos ofensivos. Además, en 115 llegaron noticias de que los judíos se habían rebelado en Egipto, Cirene y Chipre. No estaba claro si las diversas revueltas eran coordinadas, se expandirían a otras zonas de la Diáspora o consumirían a la propia Judea. Dión Casio se complace morbosamente en describir la muerte y la destrucción atribuidas a los rebeldes judíos (Dio, LXVIII, XXXII). La rebelión de los judíos, desesperada y violenta, contribuyó a que se cancelaran las nuevas misiones y se abandonaran las provincias recién conquistadas. Esta retirada se atribuyó más tarde a Adriano, no a Trajano, el *optimus princeps*: la ideología romana prefería la expansión y la audacia militares a la consolidación y la vigilancia (por ejemplo, *HA Hadr.*, IX, 1-2; Eutrop., VIII, VI, 1). No hay justicia en la atribución, pero, sea quien fuere el que adoptó las

decisiones, parece ser que Adriano fue el primero en darse cuenta de que una ampliación excesiva podría debilitar a Roma al distribuir a las tropas de un modo demasiado disperso por los territorios recién adquiridos y, además, distraer la atención del descontento interior. En efecto, son rasgos característicos del gobierno de Adriano que optara por no expandir el imperio y vigilara sin cesar al ejército romano, sin descuidar nunca su instrucción. También cabe aventurar que la segunda gran revuelta de Judea, que continuó hasta 117 en Alejandría y unos pocos lugares más, podría haber contribuido al trato errático y, a la larga, letal que dispensó a los judíos (véase más adelante).

ACCESO AL PODER Y PRIMEROS DOS AÑOS DE GOBIERNO

Sin embargo, en 117 pocos habrían imaginado a Adriano como el siguiente emperador, aun a pesar de haber sido nombrado gobernador de Siria para aquel año y designado cónsul en 118. Muchos hombres trabajadores y con talento del norte de Italia, de Hispania, del sur de Francia, Grecia y otras partes del imperio ya figuraban entre las clases senatorial y ecuestre o estaban accediendo a ella. Trajano, pese a no tener descendencia y haberse hallado cada vez más enfermo durante la guerra con los partos, no había adoptado a nadie en público (a diferencia de Nerva, quien celebró la adopción de Trajano en 96), quizá con miras a estimular el servicio meritorio y aplacar las envidias. Pero mientras Trajano regresaba a Roma con Plotina y el resto del séquito imperial, su salud empeoró. La adopción de Adriano se anunció justo antes de su muerte, acaecida en Selinunte de Cilicia (Selinti, Turquía).* Muchos sospecharon que aquella adopción en el lecho de muerte fue una falsedad, un invento de Plotina para

* No debe confundirse con una Selinunte probablemente más famosa, la de Sicilia. (*N. de los t.*)

beneficiar a su favorito, Adriano. Pero las dudas no impidieron que se aceptara oficialmente aquella adopción y las tropas de Adriano en Antioquía lo saludaron como emperador el 11 de agosto de 117 (*HA Hadr.*, IV, 6). Al igual que Trajano, Adriano no tuvo hijos, pero fue más metódico a la hora de transmitir el poder imperial a un sucesor al terminar su vida; aquella previsión contribuía a que fuera más probable que se mantuviera la estabilidad política durante los días de inevitable inestabilidad que rodeaban siempre la muerte de un emperador.

A pesar de los rumores sobre la adopción, Adriano, a la sazón de cuarenta y un años, exhibía muchos méritos que lo cualificaban para la nueva función, puesto que aportaba una amplia experiencia militar, política y religiosa. Hablaba y escribía de un modo muy persuasivo, gracias a una educación excelente que no dejó de reforzar con la memorización y composición constantes (véase *HA Hadr.*, III, 1). Conocía de antiguo Roma y la Italia central, pero también conocía de primera mano la frontera septentrional de Roma (de Germania a Media), la Hispania meridional y occidental, Atenas, Antioquía, otras zonas de Siria y Partia. Sus viajes a esas áreas le habían permitido conocer otras muchas ciudades situadas por los caminos, costas y ríos del imperio romano, además de muchas zonas de cultivo, bosque o páramos. Los años pasados en el ejército y la administración lo habían familiarizado con la mayoría de la élite gubernamental de Roma y como emperador fue notoriamente generoso para con los senadores —a los que con frecuencia visitaba en persona e invitaba a su carruaje— y los caballeros. Su genuina amistad con Plotina y otras mujeres de la familia de Trajano prometía continuar en la corte imperial. También había desarrollado una afabilidad natural con el hombre común, de la que disfrutaba. Inspiraba lealtad y contención entre su personal de asistentes, que incluían por ejemplo al liberto y erudito Flegón de Tralles, uno de los muchos de los que se sabe colaboraron estrechamente con Adriano.

Además, el nuevo emperador era fuerte y elegante y lo favorecía una constitución alta y vigorosa, una mirada centelleante y



Adriano

una buena mata de pelo. Su barba bien recortada, opuesta a la moda romana más habitual, quizá disfrazara una cicatriz o pretendiera demostrar su entusiasmo por la filosofía y la cultura griegas; pero también refleja su voluntad de distinguirse. Se rumoreó que de joven cometió excesos con el vino y los muchachos para congraciarse con Trajano, que amaba apasionadamente lo uno y a los otros. Pero en 117, Adriano no seguía más que sus principios. Su propio estilo combinaba una disciplina rigurosa, una curiosidad muy viva y atenta a los fenómenos naturales, la historia y las artes y el compromiso con la excelencia. A ello se unían la adhesión estricta a ciertas tradiciones como la preparación militar y la piedad familiar, y una valoración singular del mérito.

Como emperador, Adriano se centró primero en el ejército de Roma, base del imperio, y en la organización de las provincias. Con frecuencia acompañaba a los cambios de emperador la inestabilidad provincial y militar y todavía no se había contenido del todo la segunda gran revuelta de Judea. De la inestabilidad de Dacia se tenían noticias desde 116, pero aún aque-

jaba a la nueva provincia; también se informó de disturbios en Mauritania y Britania. Adriano comenzó por destituir al nuevo gobernador de Judea, Lusio Quieto, quizá por su brutal supresión de la revuelta judía en Mesopotamia; esta decisión imperial podría haber sido la que motivó la temprana reivindicación de Adriano como libertador de los judíos (por ejemplo, *Or. Sib.*, V, 46ss). Envió a personas cualificadas a Egipto y otras zonas, con una actitud razonable que pretendía tanto calmar los disturbios como colocar en los lugares clave a hombres leales al nuevo régimen. Pero Dacia y las regiones del Danubio eran demasiado inseguras e importantes como para confiarlas a otros, por lo que Adriano fue allí en persona, cerca de un mes más tarde de haber sido aclamado como emperador en Antioquía.

En el invierno de 117-118 se hallaba en el bajo Danubio, en una zona que conocía bien desde que sirviera como tribuno militar en 96-97 y luego durante las guerras de Dacia. Tomó una decisión similar a la que acababa de poner fin a la guerra con los partos: retirarse de los territorios adquiridos. Cuando se fundó en 106, en tiempo de Trajano, la nueva provincia de Dacia se extendía desde el río Dniéster hasta el mar Muerto. Roma combatió por este vasto territorio nororiental incluso mientras se anexionaba la Arabia Pétrea (sur de Jordania y noroeste de Arabia Saudí) en 105-106. La anexión de Arabia ayudó a precipitar la guerra con la vecina Partia, una década más tarde, cuando el despliegue de las tropas de Trajano en Oriente comenzó a socavar el control romano de Dacia. Adriano decidió abandonar, por insostenibles, las conquistas de Trajano por encima del Danubio inferior, lo que le valió ser criticado en comparación con su predecesor, considerado de gloriosa marcialidad. Tras limitar la nueva provincia romana de Dacia al interior de los montes Cárpatos, Adriano negoció con varios grupos transdanubianos. En 118 había estabilizado la frontera nororiental del imperio y pudo centrar su atención en la «cuestión de los cuatro consulares», una manifestación del descontento que se había impuesto entre los ciudadanos mejor situados de Roma, que manchó para siempre la reputación de Adriano.

Al igual que con otras conspiraciones imperiales fallidas, hoy no podemos comprender como nos gustaría ni las motivaciones ni los hechos de aquel asunto. Mientras Adriano estaba aún en el norte, se acusó a cuatro senadores eminentes (Lusio Quieto, Gayo Avidio Nigrino, Aulo Cornelio Palma y Lucio Publilio Celso) de haber organizado una conjuración en su contra. Como los dos primeros sirvieron durante la guerra con los partos y en Dacia, se ha aventurado que la conjura respondió a la mencionada renuncia de Adriano a los territorios nororientales. La represión fue muy rápida: el Senado se reunió y los condenó, y los mataron en sus mismas residencias o de camino a ellas, a quienes vivían fuera de Roma. Atiano, el prefecto del pretorio y antiguo tutor de Adriano, fue el responsable directo de esas muertes, pero Adriano protestó y aseveró que no había autorizado las ejecuciones. Al llegar a Roma, en 118, anunció el cese de los juicios por traición y durante todo su gobierno se tomó muchas molestias para ocuparse de los senadores y el Senado. Sin embargo, la muerte de tantos hombres eminentes con la complicidad del Senado mancilló el acceso de Adriano al poder.

La ausencia de Roma del nuevo emperador favoreció que se difundieran los rumores y las sospechas. Tras arreglar la cuestión de Dacia, Adriano no fue directamente a Roma, sino que marchó al oeste, a Panonia, sede de su primer puesto de gobernador, donde cazó, pasó revista a las tropas y realizó tareas administrativas, tales como otorgar diferentes tipos de ciudadanía a varias comunidades nuevas y emergentes. La lápida de un miembro de su guardia montada personal, un buen arquero originario de Batavia (en el delta del Rin), es una muestra de cómo Adriano premiaba el mérito, así como de la espléndida relación que estableció con sus tropas. Dice así, en parte:

> Yo soy el hombre antaño bien conocido en la costa de Panonia, valiente y señero entre un millar de hombres de Batavia: con Adriano como testigo fui capaz de nadar las vastas aguas del hondo Danubio pertrechado con mi panoplia completa ... Mientras

una flecha de mi arco aún estaba en el aire y comenzaba a caer ... disparé otra ... y la partí en dos. Ningún romano ni bárbaro me pudo vencer nunca ... Falta por ver si alguien podrá, alguna vez, rivalizar con mis hazañas.[7]

La atmósfera de agresiva competitividad también es palpable en otro incidente de la época. Entre los visitantes de la corte viajera de Adriano en Panonia estaba el joven Herodes Ático, de diecisiete años de edad, con un discurso ambiciosamente preparado. Herodes, que adquiriría fama como sofista y hombre político, quedó tan desconcertado en presencia del emperador que se le hizo un nudo en la garganta y, de la desesperación, estuvo a punto de arrojarse al Danubio (Philostr., *VS*, II, XIV, 565). Estas historias, que dan cuerpo a la cronología de los viajes de Adriano, contextualizan la biografía del emperador y su inagotable impulso de excelencia.

En los primeros días del mes de julio de 118, Adriano entró por fin en la capital del imperio como el nuevo *princeps*. Su presencia en Roma, durante los tres años siguientes, estableció su autoridad y lo mantuvo en el centro de la mirada pública. Entre otros gestos espectaculares, entregó a los soldados un donativo doble, y al pueblo romano, obsequios asimismo duplicados. Declinó aceptar las contribuciones que solían hacer las comunidades italianas con el acceso al trono de un nuevo emperador, redujo las de las provincias, moderó los impuestos y quemó públicamente archivos fiscales en el Foro de Trajano. Solicitó al Senado que concediera honores divinos a Trajano y honró entonces a su predecesor con un triunfo póstumo en recuerdo de las victorias contra los partos. En la capital, comenzó un programa constructivo impresionante, que incluía el Panteón y el enorme Templo de Venus y Roma: aquellas estructuras públicas proporcionaban empleo, embellecían la ciudad, publicitaban la paz y favorecían la confianza en la *pax Augusta*. Otros cambios urbanos, como la restauración de los límites sagrados de Roma (*pomerium*), junto con el ascenso del nivel del suelo del Campo de Marte, tenían un sentido tanto práctico como simbólico: la construcción

de las terrazas contribuía a frenar las inundaciones y la cuidadosa atención de Adriano a la franja pomerial evidenciaba su devoción por las tradiciones más antiguas de Roma. El Panteón, un santuario augusteo que Adriano había reconstruido con un diseño único, se dedicó de nuevo y en su inscripción original consta como donante Agripa, mano derecha de Augusto. Es un ejemplo claro de cómo Adriano emulaba a Augusto, el primer *princeps*, pero su arquitectura excepcional lleva el sello idiosincrásico de Adriano.

Viajes de Adriano

También al igual que Augusto, Adriano realizó viajes largos y pesados a las provincias, pero viajó mucho más que su modelo, puesto que pasó fuera de Italia más de la mitad de sus veintiún años de emperador. Visitó casi todas las provincias romanas, en viajes que fueron recogidos por las fuentes literarias y corroborados por inscripciones, monedas y otras fuentes documentales. Tal como correspondía a la ideología romana del beneficio —que sostenía que el emperador y las otras personas de condición muy elevada debían demostrar y justificar su eminencia beneficiando a terceros—, con frecuencia Adriano fue generoso con las comunidades y personas que hallaba en sus viajes. A cambio, o a veces anticipándose a los favores, las ciudades y las personas acaudaladas conmemoraban la presencia del emperador o exhibían sus mejores galas para demostrar que eran dignos de recibirlo. Para viajar a Roma en 117-118, el nuevo emperador partió de Siria, atravesó Cilicia, Capadocia, Galacia y Bitinia (y probablemente Tracia), y luego cruzó Mesia, Dacia y Panonia. Tras llegar a Roma en 118, no permaneció mucho tiempo en la ciudad, pues emprendió nuevos viajes por las provincias en 121-125 y 128-132 (o, con menos probabilidad, 128-134). Los itinerarios que se mencionan a continuación muestran el grado de conocimiento personal que había adquirido del mundo romano; de-

tallaremos algunos actos para arrojar más luz sobre la figura del propio Adriano.

En 121, Adriano emprendió un viaje de cuatro años que comenzó en el noroeste de Italia y terminó en el este de la Península, tras pasar por la mayoría de las provincias situadas al norte del Mediterráneo. Pasó por la Galia Narbonense y la Galia Lugdunense (sur de Francia) y visitó a las tropas romanas en la Germania Inferior y Superior, así como en Retia y Nórico. En el verano de 122 dedicó su atención a Britania (donde cabe suponer que comenzó su famosa muralla, que a la postre se extendería por 117 kilómetros). A través de la Galia regresó a las zonas meridionales, más templadas, y pasó el invierno de 122-123 en Tarraco (actual Tarragona). Pero a los pocos meses ya había cruzado el Mediterráneo con rumbo a Siria, por la que viajó hasta el Éufrates. Todavía en los confines más orientales del imperio romano, Adriano giró hacia el norte, hacia la costa sur del mar Negro (en concreto, hasta Trebisonda, en Capadocia, la actual Trabzon turca). En el invierno de 123-124 había vuelto hacia el oeste, a Nicea y Nicomedia, en Bitinia (Iznik e Izmit, Turquía). Descendió a Asia en la primavera de 124, con lo que vio ciudades reconocidas por su vida intelectual, sus brillantes sofistas, arte y arquitectura sorprendentes e historia fabulosa: Ilión / Troya (hoy Hisarlik, Turquía), Esmirna (Izmir) y Éfeso (Efes), entre otras. En otoño había girado hacia el oeste. Atenas, a la que llegó desde Rodas en octubre de 124, sería su base hasta finales de la primavera o principios del verano de 125. Utilizó la ciudad como punto de partida desde el que viajar por el Peloponeso: Delfos, la Fócide y el lago Copais; también Eubea (Evia), entre otros lugares. Regresó a Roma a través de Sicilia y en septiembre de 125 estaba en su villa recién construida de Tibur (Tívoli, Italia). Permaneció en Roma y los alrededores durante unos tres años.

Lo que con frecuencia se denomina «segundo viaje» de Adriano se conoce con menos precisión. A diferencia del primero, incluyó provincias del sur del Mediterráneo. En el verano de 128, Adriano visitó brevemente África y Mauritania y regresó a Roma

en los primeros días de otoño; pero no tardó en abandonar de nuevo la capital. El invierno de 128-129 lo pasó en Atenas, con al menos un viaje adicional a Esparta. A principios de la primavera se hallaba en Asia y primero viajó a Éfeso (marzo-abril) y luego más al sur, a Mileto. Una ruta continental lo llevó por las ciudades del valle fluvial del Meandro, incluida Tralles (Aydin, Turquía). Luego giró al sureste, pasó por Pisidia y Cilicia y llegó a la Antioquía de Siria en otoño de 129. Hacía por entonces más de diez años de su primera estancia en la capital siria; a juzgar por los muchos edificios y festejos que financió allí (véase más adelante), estaba interesado en reconstruir la ciudad tras el terrible terremoto de 115, que había vivido en persona. En los primeros meses de 130, Adriano había continuado hacia el sureste, a Palmira (Tadmor, Siria) y, fugazmente, a la nueva provincia trajánica de Arabia, donde se detuvo (en Gerasa, actual Jerash, en Jordania). Un breve trayecto hacia el oeste lo condujo a Judea, donde visitó Gaza y quizá Jerusalén. Luego fue a Egipto por el camino de Pelusio, en la desembocadura más oriental del Nilo. Adriano y su séquito pasaron la mayor parte de 130 en Egipto, sobre todo en el refinado centro de Alejandría, pero también en otras zonas como Tebas (Luxor), remontando el Nilo. Dejó Egipto a principios de 131 y bordeó las costas de Judea, Siria y el sur de la moderna Turquía (antiguas Cilicia, Panfilia y Licia). En la segunda mitad de 131 se hallaba de nuevo en el sureste de Europa: en Tracia, Mesia, Dacia y Macedonia. El invierno de 131-132 lo volvió a pasar en Atenas y es probable que regresara a Roma en 132. Después de esta fecha, no tenemos noticia de ningún otro viaje, por lo que se supone que Adriano pasó el resto de su vida en Roma y en sus villas de Tibur y Baiae, quizá con breves estancias en otras zonas del centro de Italia.

Por lo general, los emperadores romanos habían viajado ante todo con fines militares: hacia o desde los lugares de las campañas extranjeras y, en ocasiones, a puntos de insurrección interior. Algunos de los viajes de Adriano obedecían claramente a tales objetivos y confirman el hincapié que realizan las fuentes en el cons-

tante interés de Adriano por las fuerzas armadas. Ya hemos visto el viaje a Dacia en 117; en 123 fue al Éufrates, para disipar una amenaza de los partos con su intervención personal (*HA Hadr.*, XII, 8). Parece seguro que los dos viajes habrían incluido asimismo la revista de las tropas e inspección de las fronteras romanas, objetivos conocidos de Adriano en la Germania Inferior y Superior, en Retia y en Nórico (en 121), en Britania (122), en África (129), y probablemente también en la nueva provincia trajánica de Arabia (130). Un documento inusual arroja luz sobre el modo en el que Adriano trataba a las tropas de frontera. En Lambesis (hoy Tazzoult-Lambèse, en Argelia), el 1 de julio de 128, Adriano pronunció una arenga ante la Legio III Augusta, que se acababa de mudar al campamento, recién levantado, desde otro punto de la provincia.[8] La serie de alocuciones breves a las distintas cohortes, grabadas luego en inscripciones para su exhibición pública en el campamento, muestran el trato atento y personalizado que Adriano dispensaba a sus soldados. Anota minuciosamente las distinciones y la instrucción en maniobras de varias unidades y compara sus ejercicios con los de otros grupos, por lo general para elogiarlos como la disciplina idónea. Aun a pesar de criticar a un miembro de la caballería, elogia personalmente a diversos oficiales, así como a las propias tropas, reforzando su lealtad y moral. Ese contacto con los soldados fue esencial para el poder y la longevidad militares de Roma.

Pero incluso aquellos recorridos prácticos y convencionales ofrecían otras posibilidades a Adriano. En su época, las tropas de Roma se hallaban destacadas en fronteras distantes, a las que solo se podía llegar después de emprender trayectos prolongados a través de ciudades y territorios pacíficos: de camino a Lambesis, por ejemplo, el emperador se detuvo en Sicilia. Por lo demás, otros destinos, como los de Tarraco, Egipto, Asia y, sobre todo, Atenas, carecían de justificación militar clara. Los viajes eran onerosos para las comunidades y las personas que daban cobijo a la comitiva, por mucho que Adriano renunciara al boato imperial en su transcurso. Aun así, una visita imperial confería mucho pres-

tigio a una comunidad. Esto, que se apreciaba mucho dentro del sistema competitivo de Roma, explica la amplia documentación de sus viajes. No es menos importante señalar que las visitas imperiales ofrecían, tanto a nivel personal como colectivo, acceso directo al emperador, lo que suponía una ventaja destacable a la vista de los obstáculos reales para la comunicación y el desplazamiento en el mundo romano. En presencia del emperador se podían zanjar las disputas regionales, aclarar los problemas financieros y resolver las debacles políticas; los proyectos locales, ya fueran urgentes o secundarios, podían adquirir nuevo impulso. Tenemos constancia de que todo esto ocurría durante los viajes de Adriano, junto con otros muchos beneficios materiales o estructurales.

Por otro lado, son muchos los detalles sobre la actividad y personalidad de Adriano que se incluyen en los relatos de sus viajes, lo que nos permite apreciarlo como persona, no solo como un «buen» emperador romano. Su curiosidad insaciable por la naturaleza y la historia se puso de relieve en su ascenso al monte Etna en 125, para ver su arco iris; la noche de ascensión al monte Casio (cerca de la Antioquía siria), para poder ver el amanecer desde lo alto; y el viaje con el que, en 130, remontó el Nilo hasta Tebas, para oír el «canto» de los Colosos de Memnón al alba. Su pasión por la caza y la vida salvaje ha quedado corroborada de múltiples formas: desde el poema que dedicó a su corcel Borístenes en la espléndida tumba de la criatura en Apta (Apt, Francia),[9] hasta otro poema compuesto en recuerdo de una caza peligrosa, pero a la postre exitosa, perseguida con Antínoo en la costa libia en 130 (Athen., XV, 677 d-f; *P. Oxy.*, 1085). Adriano unió a este fervor la práctica de la generosidad en el interior montañoso de Turquía, donde en 124 fundó al menos dos ciudades en los emplazamientos de caza exitosa (Hadrianoutherae y Hadrianoi, cerca de las actuales Balihesir y Orhaneli).

La valoración particular y algo idiosincrásica del mérito por parte de Adriano, evidente en las inscripciones relativas a su trato con los soldados, se reafirma en las cartas que escribió a Éfe-

so para favorecer la elección como concejales de la ciudad de los capitanes de barco Lucio Erasto y Filoquírios.[10] Al apoyar a estos dos marinos, que lo habían transportado sin contratiempos hasta y desde aquella ciudad costera, estaba desafiando la tradición romana según la cual los que ocupaban cargos políticos debían contar con una riqueza de base agrícola, antes que comercial. La generosidad que puede derivarse del poder supremo se percibe en el discreto perdón que concedió Adriano a un esclavo desequilibrado que lo había atacado, sin efecto, en Tarraco (*HA Hadr.*, XII, 3). Aunque su aprecio por las artes es bien conocido, su admiración por la pulcritud estética y erudita se manifestó con especial claridad en una historia relativa a rivalidades intermunicipales: Adriano quedó tan impresionado por la brillantez retórica del sofista Polemón que en un día transfirió a Esmirna (ciudad que representaba Polemón) todo el dinero que en principio había destinado a Éfeso (Philostr., *VS*, I, XXV, 2). Por otro lado, también hay episodios que muestran cómo en ocasiones caía en la arrogancia intelectual. Por ejemplo, un sofista de gran experiencia, Favorino, cedió en una disputa gramatical con el emperador pese a que éste no tenía razón, y más adelante afirmó que siempre consideraría más erudito al hombre capaz de dirigir treinta legiones (*HA Hadr.*, XV, 10-13). Es menos encantadora la historia de la visita de Adriano al «Museo» de Alejandría, una biblioteca y academia intelectual en la que expresó su desprecio por los profesores más destacados de la institución (*HA Hadr.*, XX, 2).

Las aficiones y pasiones de Adriano también quedan de manifiesto en varias historias referidas a las provincias. Entre ellas destaca la relación de la muerte de Antínoo y sus consecuencias (Dio, LXIX, XI, 2-4; *HA Hadr.*, XIV, 5-6; Aur. Vict., *Caes.*, XIV, 7-9). La pena de Adriano ante la muerte de su amante fue aún más dolorosa porque se produjo en el entorno exótico del Nilo, donde las tradiciones sobre Osiris, el dios resucitado, favorecían el reconocimiento de Antínoo como héroe/dios después de que el joven falleciera ahogado en octubre de 130. La angustia

incontenida de Adriano se manifiesta en la fundación de una ciudad con el nombre del joven en el lugar de su ahogamiento, y su desprecio por la opinión ajena en lo relativo a su vida personal se ve claro al comparar esta «reacción excesiva» con la moderación con la que recibió la muerte de su hermana. El hecho de que la ciudad floreciera como admirable amalgama de elementos griegos, romanos y egipcios acentúa aún más el brillo conceptual y organizativo de Adriano. La donación a Nemausus (Nimes), la ciudad natal de Plotina, de una basílica o un templo a nombre de ella, así como la construcción en Roma de un templo dedicado a su madre política Matidia, tras su muerte y deificación, sirvió para conmemorar llamativamente su afecto hacia las mujeres más ancianas de la corte imperial (*HA Hadr.*, XII, 1-2; Dio, LXIX, X, 3[1]-3a). Además, la correspondencia mantenida con Plotina al respecto de los favores que cabía conceder a la escuela epicúrea de Atenas, en 121, muestra que los lazos intelectuales eran importantes en su amistad.[11] Ello contrasta con la apatía —cuando no frialdad— hacia su mujer Sabina, según se reflejó en el contexto de un viaje a Britania en 122 (*HA Hadr.*, XI, 2), pero no se antojará tan cruel si se tiene en cuenta que el viaje, durísimo, apenas les dejaba tiempo para estar juntos sin otra compañía. Aun así, Adriano parece posesivo y protector de la figura de su esposa, pues despidió a Septicio Claro, el prefecto del pretorio, y a Suetonio, el biógrafo y escritor que se hallaba al cargo de la correspondencia oficial de Adriano (*ab epistulis*), porque habían tratado a Sabina con más informalidad de la exigida en la corte imperial. Se diría que Adriano era un hombre incapaz de olvidarse de los deberes propios de su posición.

Las numerosas localizaciones provinciales de esta y otras escenas ponen de relieve la amplitud de los intereses y las actividades de Adriano. Aunque cabe verlo como una persona mudable e inconstante —crítica frecuente en las fuentes literarias, por ejemplo, *HA Hadr.*, XIV, 8-11 y XV, 10 a XVI, 11; Dio, LXIX, III, 1, V, 1 y XI, 3—, también admira su flexibilidad. Los mejores emperadores de Roma, atentos a la gran diversidad de las tierras y pue-

blos que tenían bajo su control, fueron reticentes a establecer reglas rígidas de cumplimiento universal. Además, el constante movimiento de Adriano habla de una visión descentralizada de Roma y su imperio. Sus viajes recurrentes, junto con su curiosidad extrema, intensificaron su impacto en las distintas partes constituyentes del mundo romano. Pero la atención a sus viajes no debería oscurecer los cambios estructurales asociados con Adriano.

Derecho

Adriano se implicó en las leyes y la administración de Roma, en la estela del precedente augusteo; entre las varias personificaciones que se muestran en sus monedas está la de *Iustitia* (Justicia) como mujer hermosa. Dio respuesta personal a peticiones de varia índole y el *Digesto* recoge más rescriptos suyos que los atribuidos a los emperadores anteriores.[12] Sus rescriptos y otros pronunciamientos legales muestran una gran diversidad. Incluyen materias que van desde permitir heredar de soldados difuntos que habían fallecido intestados (interpretación en un «sentido más humano» de una «norma no poco rigurosa impuesta por mis predecesores»;[13] los soldados no se pudieron casar legalmente hasta el imperio de Septimio Severo), hasta los castigos adecuados para un ladrón de ganado. Un estudioso ha concluido que las determinaciones legales de Adriano muestran impaciencia con la corrupción, las pérdidas de tiempo y la elusión de los deberes públicos; al mismo tiempo, sin embargo, muestran los impulsos hondamente generosos del emperador, así como su convicción de ser un buen jurista.[14] Los rescriptos de Adriano, al igual que sus otras medidas legales, hacen hincapié en que la ley se origina en el emperador.

Fue responsable de la codificación de los trámites legales y de las clases de procedimientos que usarían los pretores durante su cargo: lo que se conoce como *edictum perpetuum*. Anteriormente, los distintos pretores podían elegir qué reglas y pro-

cedimientos seguirían durante su jurisdicción, o también modificarlos, aunque en la etapa inicial del imperio los diversos edictos pretorios quedaron más o menos unificados. Adriano pidió al eminente jurista Publio Salvio Juliano que compusiera una versión revisada de ese edicto pretorio y en 131 el Senado ratificó el documento. Resulta difícil discernir tanto la motivación específica como los efectos de la iniciativa. Por lo que podemos colegir, el edicto perpetuo de Adriano no se caracterizó por ser demasiado sistemático, pero al menos implicó que, en adelante, los procedimientos del derecho civil romano solo podían cambiarse por decreto del Senado o decisión del *princeps*.

En otros ámbitos, Adriano favoreció que la jurisdicción estuviera en manos de personas designadas que fueran responsables, en última instancia, ante el emperador. Creó un nuevo puesto, el consejo de los cuatro *consulares*, nombrados por el emperador, que decidirían al respecto de las causas no criminales de Italia (dividida administrativamente en cuatro regiones, para este propósito). Anteriormente, los ciudadanos romanos de Italia tenían que acudir al Senado romano en persona para que se oyeran sus peticiones o se resolvieran causas de importancia superior a la local. Aunque la innovación de Adriano reconoce la pesadez del sistema antiguo, al parecer equiparaba Italia a una provincia, lo que tal vez hizo que el Senado la considerase insultante. Fue suprimida por Antonino Pío y se sabe poco del consejo y sus funciones. Adriano también declaró que, en las causas judiciales, la opinión unánime de juristas autorizados podía contarse «como si fuera derecho» (Gaius, *Inst.*, I, 7). Al señalar con claridad que la ley no era prerrogativa exclusiva del *princeps*, estaba reconociendo la experiencia de los juristas; de hecho, tal como asevera Gayo, en los casos de desacuerdo el juez podía seguir la opinión que le pareciera más adecuada a la causa. Los juristas, peritos en la ley, habían ido adquiriendo cada vez más influencia en la Roma de finales de la república y principios del imperio. Muchos aconsejaron a los emperadores e incluso se consultó a hombres de menor experiencia legal (por ejemplo, Trajano consultó a Plinio el

Joven, como se ve en sus cartas, IV, 22). El hecho de que Adriano especificara la condición de la unanimidad, sin embargo, actuaba en contra del poder personal de los juristas. En adelante, las opiniones legales se formularon como rescriptos imperiales emitidos por el emperador.

Otro supuesto cambio, sin embargo, indica que Adriano tenía en mucha estima a los juristas. Una referencia lacónica sitúa a Adriano como juez junto con los grandes jurisconsultos Salvio Juliano, Publio Juvencio Celso y Lucio Neracio Prisco (*HA Hadr.*, XVIII, 1). Algunos autores han interpretado el pasaje como indicio de que Adriano estableció de nuevo el *consilium principis*, cuerpo no oficial de amigos que servía como caja de resonancia del emperador, como una especie de órgano de estado permanente entre cuyos miembros (que eran estables y remunerados) figuraban juristas de primera categoría. Aunque es probable que la suposición sea exagerada, Adriano sí optó por consultar con expertos legales en las materias de Derecho y gobierno. La tendencia parece menos ligada a un interés por la innovación legal que al deseo, atestiguado asimismo de otras muchas formas, de implicar al mayor número posible de senadores y *equites* en la administración de Roma.

La delicada interacción de este emperador y sus consejeros legales se refleja en la descripción que realizó Dión Casio de las actuaciones de Adriano como juez (LXIX, VII, 1):

> Dirigía todas las cuestiones de genuina importancia en conjunción con el Senado y escuchaba las causas relativas a las materias más relevantes. En ocasiones lo hacía en el palacio; en otras ocasiones, en el Foro o el Panteón, o en otros muchos lugares, desde una plataforma elevada, para que el procedimiento fuera público. También solía unirse a los cónsules cuando juzgaban alguna causa.

Todos aquellos que han entrado en el Panteón —quizá el más impresionante de los edificios adrianinos conservados— podrán imaginar de forma vívida cómo el espacio centralizado y la

luz natural difusa habrían concentrado la atención en el emperador, elevado en sus funciones judiciales pese a hallarse entre una multitud de amigos y consejeros.

ADMINISTRACIÓN, SOCIEDAD Y ECONOMÍA

Pero nadie habría podido responder en solitario a todas las responsabilidades del mundo romano. Algunas informaciones indican que Adriano dio pasos para conseguir un servicio imperial más articulado, con la apertura de nuevos cargos. Tenemos pruebas de una reforma administrativa en la esfera fiscal, dado que el puesto de contable, el *a rationibus*, comenzó a coordinar las actividades de sus tres inferiores. Quizá también se reorganizaron los puestos de *a libellis* y *ab epistulis*, encargados de responder a la correspondencia enviada al emperador, respectivamente, sobre cuestiones administrativas y de derecho civil. Además, ciertas inscripciones del siglo II, que documentan la actuación de funcionarios de Roma y varios municipios, indican que durante el gobierno de Adriano los cargos administrativos inferiores de servicio imperial se organizaron de un modo más regular y jerárquico que antes. A juzgar de nuevo por el registro epigráfico (que sin embargo, es de carácter bastante errático), Adriano también apostó por reforzar el ascenso social en las provincias de Egipto y el norte de África, creando nuevos caballeros. Pero estas variaciones no llegan a dar la impresión de ninguna puesta a punto sistemática de la administración. Más bien debieron de ser, muy probablemente, resultado de respuestas ad hoc a preocupaciones inmediatas.

Durante el gobierno de Adriano, la composición del Senado cambió ligeramente. En consonancia con su reputación de filohelénico, se cree que Adriano fue el primer emperador en cuyo mandato hubo senadores originarios de Acaya nombrados como gobernadores en el Occidente latino. Al mismo tiempo, se aceptó a numerosos hombres de África y Numidia como senadores. La expansión de la base gubernativa de Roma a las provincias

fue un proceso que comenzó a finales de la república y se intensificó con el paso de los siglos, pero no fue nunca una política imperial deliberada. A lo largo de la historia del imperio, fueron pocos o ninguno los senadores venidos de ciertas provincias (entre ellas, la Mesia Inferior, la Mauritania Tingitana, Britania y Egipto) e Italia siempre predominó en el número de senadores identificados.[15] Adriano no alteró el sesgo tradicional hacia una élite gobernante del imperio romano originaria de Roma e Italia. Sin embargo, su defensa de la cultura y la estética grecorromanas quizá apuntara un camino por el que los «extraños» podían adquirir relevancia en la Roma adrianina. Es más difícil documentar en detalle las diferencias sutiles que introdujo Adriano en las vidas de las clases medias de la sociedad romana: las élites municipales y los hombres libres que constituían la espina dorsal del ejército de Roma. En el Senado, Adriano defendió atender a las tradiciones políticas locales de los diversos municipios romanos, pues creía que valía la pena conservarlas (Aul. Gell., *NA*, XVI, XIII, 1-9). Siempre se esforzó por hablar con la gente común y tratar personalmente a sus soldados (véase por ejemplo *HA Hadr.*, XX, 1 y compárese con Dio, LXIX, VI, 3). Sus constantes viajes, la revista frecuente de las tropas y la curiosidad omnívora lo llevaron a conocer muchas regiones y a muchas personas. Aunque no pudo prestar atención a todas las ciudades del imperio romano —que probablemente comprendía en su momento sesenta millones de habitantes, unos doce de ellos en ciudades—, consta que dejó una huella personal en muchas comunidades de África, la Mauritania Cesarense, Cirenaica, Siria, Asia, Bitinia-Ponto, Acaya e Italia y realizó más de doscientas diez intervenciones en más de ciento treinta comunidades locales.

Los términos generales que usan las fuentes antiguas para esa labor —como *beneficia*, *euergesia* y otras voces que connotan beneficiación— cubren una gran variedad de actividades y estructuras. Cabe calificar más de cuarenta intervenciones como fundaciones de ciudades o reconocimiento oficial de ellas. Se incluyen ciudades completamente nuevas (Antinoópolis; Mursa, en la Pa-

nonia Superior [hoy Osijek, en Croacia]), reconstrucciones de ciudades devastadas (como Cirene, en la Cirenaica [cuyo yacimiento se halla hoy cerca de Banghazi, en Libia], que fue saqueada durante la segunda gran revuelta de Judea; o la Antioquía de Siria, destruida en el terremoto de 115) y la concesión, mucho más frecuente, de la condición de ciudad romana a una comunidad ya existente (como los derechos coloniales otorgados a su ciudad natal, Itálica, o la condición de municipio concedida a Elio Choba, en Mauritania [ruinas cerca de Bejaia, en Argelia]). Animó a emprender una vida civil activa al asumir en persona puestos locales: además del arcontado de Atenas en 112, como emperador Adriano actuó nominalmente como magistrado o sacerdote urbano al menos en trece ciudades, a veces en períodos repetidos. También se lo asocia con una innovación más general, la de los «derechos latinos mayores» (*Latium maius*), que otorgaba la ciudadanía romana a aquellos hombres que eligieran servir en sus ayuntamientos locales. Así pues, tanto con el ejemplo como con incentivos, Adriano favoreció el orgullo local y procuró que los lugareños desearan asumir responsabilidades municipales.

Además de donar numerosos edificios cívicos (como veremos más adelante), Adriano benefició a las ciudades entregándoles territorios (como cuando entregó a Esparta dos islas y un puerto cercano en el Peloponeso) o costeando parcial o totalmente abastecimientos de cereales (por ejemplo, a Atenas, Éfeso y Tralles). En ocasiones confirmó antiguas exenciones de impuestos (como en Delfos o la Afrodisias asiática [hoy Geyre, Turquía]). Estos beneficios, como el patrocinio o el reconocimiento imperial de juegos de celebración periódica que aportaban fama, competidores y espectadores a la ciudad (como los Demostenia de Enoanda [Fethiye, Turquía]), otorgaban a los receptores ventajas económicas inmediatas. Esto era igualmente cierto para los más de veinte proyectos de ingeniería que emprendió, que iban desde los drenajes (como el lago Copais en Acaya o el Fucine en Italia) y acueductos (el de Argos, en Acaya; el de Sarmizegetu-

sa, en Dacia) a carreteras y puertos en la Italia central y meridional, así como en otras zonas.

Este nivel de generosidad cívica no se podía sostener sin una paz general. Aunque el éxito de Trajano en las guerras de Dacia consiguió quinientas mil libras de oro y un millón de libras de plata para las arcas del Tesoro, la construcción pública de Trajano se había limitado en gran medida a la propia Roma y las carreteras y los puertos que servían a sus necesidades militares. Pese a que bajó los impuestos al comenzar su gobierno, Adriano experimentó dificultades económicas (*HA Hadr.*, VI, 5) que, sin duda, se debieron a la infructuosa guerra contra Partia. La retirada de Adriano en Dacia y el abandono del enfrentamiento con los partos redujo los gastos del estado, lo que permitió destinar más dinero a los proyectos de reconstrucción o embellecimiento. El ejemplo de Adriano, al parecer, animó a otras personas acaudaladas a aportar contribuciones materiales a sus ciudades. Muchas de las ciudades romanas que han conservado su aspecto magnífico, de Ostia a Éfeso, son ante todo fruto del siglo II.

El interés de Adriano por los municipios tuvo que estar relacionado con su preocupación por el ejército romano. Antes hemos visto el interés con el que trataba personalmente a los soldados o pasaba revista a los ejercicios: tal disciplina y liderazgo garantizaban la cohesión y la preparación militar, rasgos que citaron positivamente los autores posteriores (Dio, LXIX, IX, 4; *Epit. de Caes.*, XIV, 11). Al parecer, Adriano añadió una cuarta prefectura (o mando inferior) a la jerarquía del ejército, decisión que incrementó el número de cargos para la clase de los caballeros, a la vez que contribuía a una supervisión más atenta. Durante su imperio, fue habitual reclutar nuevos soldados localmente, con frecuencia en los nuevos municipios que surgían cerca de los campamentos militares (como en Aquincum). Tal reclutamiento quizá fuera una consecuencia inevitable de la mayor atención a la paz dentro de fronteras delimitadas. Éstas se reconocen no solo en la Muralla de Adriano, en Britania, sino

también en las empalizadas de madera entre el Rin superior y el Danubio (en la Germania suroccidental) y en el *fossatum Africae*, una barrera mixta de foso y ladrillos de adobe, hallada al sur del Mons Aurasius (montes Aurès, en Argelia y Túnez). Su criticado abandono de la tradicional expansión del imperio romano liberó de la guerra, en buena medida, a las tropas de base.[16] Aunque Adriano no aparentaba tener interés en la fundación de ciudades o en promover una urbanización clara en las provincias más distantes de Roma, su preferencia por destacar las tropas romanas en campamentos fronterizos trajo consigo cambios económicos y sociales muy notables, al menos en lo que respecta a Britania, la Germania Superior e Inferior y las regiones del Danubio.[17]

Religión

Pero el mundo romano no estuvo en absoluto libre de problemas bajo la tutela de Adriano. En sus primeros dos años, la acción firme y decisiva había servido para solventar con rapidez los disturbios desatados en la región del Danubio, Britania y Mauritania; cuando finalizó la segunda gran revuelta de Judea, Adriano fue incluso aclamado como el salvador de Judea. Pero el mismo emperador precipitó la violenta tercera gran revuelta de Judea, conocida asimismo como la guerra de Bar Kojba. Duró de 132 a 135, supuso la muerte de quinientos ochenta mil rebeldes, destruyó casi un millar de aldeas, mató a innumerables soldados romanos, diezmó Judea y aceleró la difusión de la Diáspora. Los autores antiguos atribuyen la violencia a dos decisiones de Adriano: la de fundar una colonia romana en Jerusalén (la Colonia Aelia Capitolina) y la de construir un templo a Júpiter Óptimo Máximo en el emplazamiento de un templo judío (Dio, LXIX, XII, 1). Adriano agravó las afrentas al prohibir universalmente la circuncisión (*HA Hadr.*, XIV, 2) y vetar la presencia de judíos en Jerusalén. Como insulto adicional, al parecer, una de las puer-

tas de la ciudad de la nueva colonia romana fue decorada con la estatua de un cerdo salvaje. Era un emblema de la Legio X Fretensis, destacada en Jerusalén desde la primera revuelta judía (66-70/73), pero era evidente su poder como símbolo de suciedad para los judíos. Aunque en la actualidad se antoja evidente que Adriano provocó la revuelta, en su momento la instigación quizá no fuera tan obvia. Un coetáneo como Pausanias observa, con neutralidad, que «sometió a los hebreos del lado de allá de Siria que se habían sublevado», después de haberlo elogiado con estas palabras: «el emperador Adriano ... llegó al más alto grado de la piedad hacia los dioses e hizo todo por la felicidad de cada uno de sus súbditos. Por propia iniciativa no emprendió ninguna guerra» (Paus., I, V, 5).*

Resulta difícil conciliar la insensibilidad de Adriano hacia los judíos con las numerosas pruebas de apoyo abierto a muchos rituales y cultos distintos. El emperador adquirió fama de cumplir a conciencia sus deberes como *pontifex maximus*, sumo pontífice de la religión pública de Roma. En Atenas se inició en el primer grado, y más adelante en el más elevado de los misterios de Eleusis (en 123 y 128). Se afirma repetidamente que hizo uso de la astrología, la adivinación y los conjuros. Desde el principio de su reinado se conocen relatos sobre sus amables disputas con los rabinos. En cerca de veinticinco ciudades patrocinó o se identificó de otro modo con juegos y festejos. Éstos variaban desde los asociados con las religiones dionisíacas y «místicas» (como en Ancyra [Ankara, Turquía]) a los venerables juegos de Nemea (Paus., VI, XVI, 4). En las provincias y en la propia Roma, muchos de los edificios que restauró, erigió *ex novo* o embelleció eran estructuras religiosas, hasta un total de unas cuarenta.[18]

Las divinidades honradas de tal forma también eran muy diversas. Hallamos los dioses olímpicos, entre los que Zeus (Olym-

* Se cita por la traducción de María Cruz Herrero Ingelmo, *Descripción de Grecia*, Gredos, Madrid, 2002. (*N. de los t.*)

pios) fue especialmente frecuente en el oriente de Grecia (por ejemplo, el Templo de Zeus Olímpico en Atenas; el imponente Templo de Zeus en Esmirna; el Templo de las Ninfas en Antioquía, al que Adriano añadió una estatua de Zeus), así como dioses itálicos arcaicos, como la Diana de Nemi, Juno Gabina de Gabii y la Bona Dea de Roma. Muchos de los edificios y festejos de Adriano implicaban asimismo el culto imperial (*HA Hadr*., XIII, 6). Fue algo particularmente perceptible en Roma, donde Adriano erigió un templo a su madre política divinizada, Matilda la Mayor; otro templo a Trajano y Plotina deificados; y el Panteón, reconstruido por completo. En otros santuarios, sin embargo, se observa una conexión más sutil del emperador y la familia imperial con una religión más consagrada. Así, Adriano aprobó la incorporación de una gran estatua de sí mismo al venerable Templo de Hermes en Trebisonda. En Megara (Acaya), donde reconstruyó por entero con mármol blanco un templo arcaico de Apolo, asociado con los Juegos Píticos menores, Adriano es descrito como *pythios* (al igual que Apolo Pitio).

Otros santos lugares que exhiben la huella de Adriano, como las tumbas de los héroes que reconstruyó u ornamentó de otro modo (incluidas las de Áyax y Héctor en Troya, o la de Pompeyo en Pelusio), indican una interpretación aún más ecléctica de la sacralidad y la religiosidad. Esta impresión la confirma el hecho de que Adriano favoreciera el culto a Antínoo después de que su joven amante se ahogara en el Nilo en 130. La muerte de Antínoo fue considerada variamente como un azar desgraciado, un suicidio o incluso una ofrenda ritual en representación del propio Adriano. Todas las fuentes coinciden, sin embargo, en que Adriano fue declarado oficialmente héroe-dios y se lo adoró sobre todo en el oriente de Grecia. Los numerosos bustos y estatuas de Antínoo, de los que se han identificado más de ochenta, sugieren cuando menos que se creyó que el culto contaba con el favor de Adriano. En cuanto a la escasa información relativa a Adriano y los cristianos ésta también indica, por lo general, tolerancia: al parecer, Adriano continuó en su mayor parte con la política

establecida por Trajano, según la cual las autoridades no saldrían a perseguir a los cristianos ni aceptarían denuncias anónimas (véanse las cartas de Plinio el Joven, XI, 96-97).

Con tales precedentes, resulta aún más difícil comprender las medidas implacables de Adriano contra los judíos. No hay más remedio que aventurar conjeturas al respecto, que son aún más insatisfactorias ante la ausencia de provocaciones evidentes por parte judía. Quizá Adriano acabó considerando que aquel pueblo era contrario a los ideales grecorromanos que él defendía (véase *HA Hadr.*, XXII, 10) y, en un arranque de cólera, intentó erradicar su diferenciación y su memoria colectiva. El hecho de que más adelante lamentara aquel estallido de violencia es evidente en las palabras que dirigió ante el Senado cuando las terribles bajas de los soldados romanos lo llevaron a suprimir el acostumbrado saludo imperial, que rezaba: «Yo y las legiones gozamos de buena salud» (Dio, LXIX, XIV, 3).

Estética de Adriano y otros rasgos de personalidad

Una faceta notable de Adriano fue su interés constante por las artes y la literatura, que fomentó de muchas formas. Nunca se alejó de las letras: escribió prosa y poesía, buscó emplazamientos y yacimientos históricos, discutió sobre temas de gramática y estilo con los eruditos y confirmó de nuevo privilegios para los filósofos, rétores y gramáticos. Un rasgo más inusual fue el hecho de que también diseñaba edificios y pintaba. Se cree que el primero de esos dos pasatiempos explica la extraña concepción del Panteón y las estructuras de cúpulas audaces en la villa de Adriano en Tibur. Pero otros de los proyectos arquitectónicos patrocinados por Adriano son igual de sorprendentes, aunque sea por otras razones. El enorme Templo de Venus y Roma, erigido en el límite del centro urbano tradicional —el Foro Romano— combinaba de modo ecléctico un exterior clásico con una

decoración helenística. La Biblioteca de Adriano en Atenas evocaba, en su diseño, el Templo romano de la Paz (de época flavia), así como los gimnasios del Oriente helenístico, quizá para transmitir que Roma era fundamental para el renacimiento intelectual de Atenas y el oriente griego. En otras ocasiones, la novedad de la labor arquitectónica de Adriano radica en su estricta adhesión a los precedentes arcaicos, como ocurrió con el Templo de Apolo en Megara (mencionado más arriba). A veces, obedecía a combinaciones inusuales, como la adición de una gran terraza romana al descomunal Templo ateniense de Zeus Olímpico, cuya escultura arquitectónica antigua reprodujeron fielmente los obreros de Adriano.

Los enormes recursos de Adriano garantizaron que pudiera cumplir con proyectos inmensos: por ejemplo, el Templo de Zeus que completó en Cícico (Kapu-Dagh, Turquía) se consideró una de las siete maravillas del mundo. Pero también lo atrajeron lo delicado, lo recóndito y la pequeña escala. Dedicó una nueva estatua de Alcibíades en mármol de Paros a la tumba, prácticamente olvidada, de este general ateniense —brillante, aunque poco de fiar— en el interior de Asia; y escribió un nuevo epigrama para la tumba del genio militar tebano Epaminondas, en Mantinea (Paus., VIII, XI, 8). Muchos de los mosaicos conservados en su villa de Tibur son *emblemata*, pinturas delicadas realizadas con minúsculos cubitos de cristal que atrapaban la luz y solo podían usarse para la decoración mural. La variedad y elegancia de las monedas de Adriano es sorprendente y permitió que su gusto se expandiera por todo el mundo romano. La delicadeza de sus esculturas, que con frecuencia yuxtaponen una superficie muy pulida y suave con el claroscuro derivado de la perforación profunda se antojan en la actualidad reflejos de la asimilación adrianina de los contrastes, así como de su perfeccionismo.

Incluso con su talento innegable y medios ilimitados, Adriano era un hombre que se exigía sin cesar. Esta naturaleza inflexible afectó a los que lo rodeaban, pues al parecer se sintió con frecuencia frustrado tanto por sus propias limitaciones como por

las ajenas. Sus proclamaciones y respuestas legales animan repetidamente a las personas y las comunidades a adoptar sus propias decisiones con justicia y regirse por sí mismos. Criticó en público a Sabina por su carácter taciturno y afirmó que se habría divorciado de ella de haber sido un ciudadano particular. Siempre buscaba el modo de situarse por encima de los demás, lo que no debía resultar fácil, y según ciertos rumores, su competitividad podía llegar a ser letal, como cuando discutió de cuestiones de concepción arquitectónica con Apolodoro de Damasco, ingeniero y arquitecto de Trajano (Dio, LXIX, IV, 1-5). El elevado número de «amigos» y conocidos de Adriano, junto con la presión abrumadora de las labores imperiales, debieron de contribuir a aislarlo, aunque resulte paradójico. Se diría que solo confiaba plenamente en una persona: Antínoo. Pero la honda conmoción que sufrió Adriano ante la muerte de Antínoo, así como la relativa abundancia de imágenes de éste, no debe ocultar la disparidad de los dos personajes. A su muerte, en 130, Antínoo contaba solo diecinueve años, frente a los cincuenta y cuatro de Adriano. No sabemos nada sobre aquel joven, aparte de su belleza, su muerte misteriosa y el amor que sentía el emperador por él. Pero incluso esta escasez de datos pone de relieve la complejidad de Adriano y nos permite verlo como un ser humano con emociones sinceras que, en el resto de las ocasiones, subordinaba a su vocación y sus obligaciones imperiales.

Últimos años y muerte de Adriano

La ausencia de detalles posteriores a 132, cuando Adriano regresó de Atenas, sirve para recalcar la importancia de sus viajes para la historia del principado. Permaneció en Italia, quizá en un aislamiento cada vez más intenso. Al menos una parte de su tiempo la pasó en su magnífica villa de Tibur, que se afirma evocaba diversas partes del mundo —e incluso el submundo— de Roma, con sus múltiples pabellones, habitaciones y arboledas (*HA*

Hadr., XXVI, 5; Aur. Vict., *Caes.*, XIV, 6). No podemos fechar la aparición de su enfermedad mortal, al parecer de carácter coronario. La fatiga resultante y la falta de aliento debieron de ser particularmente irritantes para un hombre de costumbres tan activas; Adriano lamentó con amargura su debilidad, tan extrema que le impedía incluso suicidarse. También había quedado aislado por las muertes de parientes y conocidos en los dos últimos años. Hubo rumores que afirmaban que el hecho de que Adriano hablara sobre posibles sucesores preparados para el trono imperial causó la muerte de los candidatos más eminentes (*HA Hadr.*, XXIII, 2-9; Dio, LXIX, XVII-XX). Se obligó al cuñado de Adriano, Serviano, a la sazón de noventa años, a suicidarse tras ser acusado de conspiración, junto con su nieto Gneo Pedanio Fusco. Sabina falleció en 137. Lucio Ceyonio Cómodo, al que Adriano adoptó como Lucio Elio César para garantizar la sucesión, murió el 1 de enero de 138. Adriano adoptó entonces a Tito Aurelio Fulvio Antonino y le hizo adoptar a su vez a los dos jóvenes que luego gobernarían como Marco Aurelio y Lucio Vero. Estas decisiones contribuyeron a que el poder imperial pasara sin sobresaltos a Antonino Pío cuando le llegó al fin la muerte. Adriano falleció de muerte natural en su villa de Baiae el 10 de julio de 138, tras varios intentos frustrados de suicidio. Contaba sesenta y dos años de edad.

La biografía de nuestro emperador afirma que Adriano murió odiado por todos y que Antonino tuvo grandes dificultades para que el Senado accediera a divinizarlo (*HA Hadr.*, XXVII, 1-2). En el primer comentario se refleja la personalidad de Adriano; en el segundo, su renombre merecido en el mundo romano. Adriano no cejó nunca en su empeño de excelencia, rasgo que lo convirtió en una persona difícil; y no cabe duda de que su perfeccionismo debió contribuir a sus venenosas decisiones sobre los judíos. Pero no es menos evidente que hizo avanzar a Roma empleando sus puntos fuertes tradicionales: el ejército y el Derecho romanos; los municipios y las provincias del imperio; y la apertura de Roma a las innovaciones religiosas y culturales. El vigor

resultante se mantuvo durante el benigno, pero inactivo, reinado de Antonino Pío y aún más tarde.

NOTAS

1. Mary E. Smallwood, *Documents Illustrating the Principates of Nerva, Trajan and Hadrian*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966, p. 109.

2. Véase por ejemplo N. Lewis, «Hadriani sententiae», en *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 32 (1991), pp. 267-280, para las *sententiae* de Adriano, al parecer respuestas espontáneas a peticiones, que fueron recopiladas para su empleo como ejercicio escolar de traducción al griego. Pueden verse traducciones inglesas de otros escritos de Adriano en Robert K. Sherk: *The Roman Empire: Augustus to Hadrian (Translated Documents of Greece and Rome)*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, y en J. H. Oliver, *Greek Constitutions of Early Roman Emperors from Inscriptions and Papyri*, American Philosophical Society, Filadelfia, 1989.

3. Véase por ejemplo Max Wegner, *Hadrian, Plotina, Marciana, Matidia, Sabina* (Das römische Herrscherbild II, 3), Mann, Berlín, 1956; Hugo Meyer, *Antinoos: die archäologischen Denkmäler unter Einbeziehung des numismatischen und epigraphischen Materials sowie der literarischen Nachrichten; ein Beitrag zur Kunst- und Kulturgeschichte der hadrianisch-frühantoninischen Zeit*, Fink, Múnich, 1991.

4. Plinio el Joven (que falleció antes de que Adriano ascendiera al poder), Plutarco, Arriano (amigo personal), Apiano, Pausanias, Frontón, Aulo Gelio y Filóstrato, por ejemplo, aunque resultan indispensables para conocer el medio cultural de nuestro emperador, solo ofrecen información indirecta sobre el propio Adriano.

5. La de Adriano es la primera de las biografías recogidas en la *Historia Augusta* de finales del siglo IV (citada en adelante como *HA Hadr.*); el compendioso resumen de toda la historia romana que hizo Dión Casio en el siglo III se ocupa de Adriano en una sección seriamente recortada; y los sumarios del siglo IV tienden a ser tropos breves.

6. Smallwood, *Documents Illustrating the Principates*, 445, 10-11.

7. Smallwood, *Documents Illustrating the Principates*, p. 336; véase Dio, LXIX, IX, 6.

8. Smallwood, *Documents Illustrating the Principates*, p. 328.

9. Smallwood, *Documents Illustrating the Principates*, p. 520.

10. Oliver, *Greek Constitutions of Early Roman Emperors*, 82 A-B.

11. Smallwood, *Documents Illustrating the Principates*, p. 442.

12. Trajano, por ejemplo, se abstuvo de ofrecer tales respuestas escritas a las peticiones privadas (o *libelli*) para evitar sentar precedentes legales (*HA Macr.*, XIII, 1).

13. Smallwood, *Documents Illustrating the Principates*, p. 333.

14. Wynne Williams, «Individuality in the Imperial Constitutions: Hadrian and the Antonines», *Journal of Roman Studies*, 66 (1976), pp. 67-83, esp. 70-74.

15. La proporción de los senadores de provincias ascendió a cerca del 50 por 100 a mediados del siglo II y permaneció en ese nivel hasta principios del siglo III, cuando se elevó de nuevo: Mason Hammond, «Composition of the Senate, AD 68-235», *Journal of Roman Studies*, 47 (1957), pp. 74-81, esp. 77.

16. En algunos casos, se sabe que las tropas contribuyeron a los proyectos constructivos de Adriano en las provincias (por ejemplo, el acueducto de Cesarea, en Judea, situado a medio camino de las actuales Tel Aviv y Haifa, en Israel).

17. Su interés por el bienestar rural en general quizá pueda verse asimismo en las leyes que favorecieron el cultivo de tierras marginales en África (Smallwood, *Documents Illustrating the Principates of Nerva, Trajan and Hadrian*, pp. 463-464).

18. Comprendían más de la mitad de los edificios que sabemos que erigió o reconstruyó. Como es natural, la mayoría de los templos tenían usos múltiples, incluidos los que podríamos considerar usos seculares (como guardar dinero o archivar leyes) y todos los templos y cultos públicos tenían que contar con la ratificación del Senado de Roma.

Lecturas recomendadas

Alexander, Paul J., «Letters and Speeches of the Emperor Hadrian», *Harvard Studies in Classical Philology,* 49 (1938), pp. 141-177.

Birley, Anthony R., *Hadrian: The Restless Emperor*, Routledge, Londres y Nueva York, 1997 [hay trad. cast. de J. L. Gil Aristu: *Adriano: la biografía de un emperador que cambió el curso de la historia*, Península, Barcelona, 2003].

Boatwright, Mary T., *Hadrian and the City of Rome*, Princeton University Press, Princeton, 1987.

—, *Hadrian and the Cities of the Roman Empire*, Princeton University Press, Princeton, 2000.

Smallwood, Mary E., *Documents Illustrating the Principates of Nerva, Trajan and Hadrian*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966.

Speller, Elizabeth, *Following Hadrian: A Second-Century journey through the Roman Empire*, Review, Londres y Nueva York, 2002.

Yourcenar, Marguerite, *Mémoirs d'Hadrien*, 1951 ([hay trad. cast.: *Memorias de Adriano*, trad. Julio Cortázar, Edhasa, Barcelona, 1982, numerosas reediciones]).

VIII

Marco Aurelio

Anthony R. Birley



ORIGEN FAMILIAR

Marco Aurelio nació el 26 de abril de 121 en la mansión que tenía la familia en el monte Celio, en Roma. Los primeros diecisiete años de su vida llevó los mismos nombres que su padre y su abuelo: Marco Annio Vero. El abuelo fue cónsul por segunda vez en aquel año y prefecto de la ciudad de Roma; cinco años más tarde, ocupó de nuevo el consulado, símbolo de la condición excepcional que ostentaba en tiempos de Adriano. Un tercer consulado, como *ordinarius*, era algo excepcional para los que no pertenecían a la familia imperial; los casos anteriores habían correspondido siempre a los aliados más próximos de sus emperadores respectivos.[1] La familia de los Annii procedía del sur de España, en la colonia cesariana de Ucubi, en la Bética (la actual Espejo, en Córdoba). Vero, el abuelo, quien como Trajano y Adriano era parte de la «élite colonial», estaba casado con

Rupilia Faustina, descendiente de varias grandes casas republicanas: los Pompeyo, Licinio Craso, Calpurnio Pisón y Escribonio Libón. Los matrimonios de los hijos de Vero consolidaron aún más la pujanza de la familia. Una de las cuñadas, la madre del futuro emperador Marco, fue Domicia Lucila, una gran heredera, bisnieta del inmensamente rico Domicio Tulo. Dión Casio afirma que Marco fue elegido por Adriano como sucesor, entre otras razones, «por su parentesco». Se suponía que entre sus antecesores figuraba asimismo un rey legendario: «Malemnio, hijo de Dasummo, fundador de Lupiae», en el sur de Italia. Marco quizá estuviera emparentado indirectamente con Adriano a través de su madre; Adriano se jactaba de estar relacionado con los Dasumio de Córdoba y parece ser que la abuela de Lucila (bisabuela de Marco) fue miembro de esa familia.[2]

La sucesión de Adriano

El hombre que quizá Adriano —que no tuvo hijos— consideraba en principio como su heredero fue Pedanio Fusco, yerno de su hermana Domicia Paulina y el marido de ésta, Julio Serviano; compartió el consulado con Fusco en 118. Pero en adelante, Fusco y su mujer Julia Paulina desaparecen de la documentación histórica. Parece evidente que murieron jóvenes; dejaron un hijo, llamado asimismo Pedanio Fusco, que sería criado por los abuelos. En la década de 130, sin embargo, Adriano se sintió cautivado por el joven Marco (que en aquella etapa exhibía aún el nombre de su abuelo, Marco Annio Vero), al que denominó «Verissimus», «el más honrado», jugando con el cognomen *Verus*. Después de que su padre falleciera a edad temprana, el chico había sido adoptado y criado por el abuelo. Marco «se interesó apasionadamente por la filosofía» de niño y a los once años «comenzó a estudiar vestido con el palio [manto tradicional en la vestimenta de los filósofos griegos] y a dormir en el suelo, aunque debido a la insistencia de su madre, aceptó a su pesar yacer

sobre un pequeño catre cubierto de piel de animal» (*HA Marc.*, II, 6). Más adelante recordó que la inspiración de tal régimen y su primera aproximación a la filosofía se debió a un maestro llamado Diogneto (*Med.*, I, 6), llamado «maestro de pintura» en la *Historia Augusta* (*HA Marc.*, IV, 9), quien también le enseñó, entre otras cuestiones, a no dar crédito a «encantamientos, conjuración de espíritus y otras prácticas semejantes».* Marco tuvo muchos profesores. Antes de comenzar con las lecciones regulares, cuando era solo un niño pequeño, tuvo un «preceptor» (*educator* o *tropheus*) cuyo nombre no conservamos, pero al cual recordó con afecto por haberle enseñado a «soportar las fatigas y tener pocas necesidades, el trabajo con esfuerzo personal y la abstención de excesivas tareas», hacer caso omiso de las calumnias y no ser partidario fanático de aurigas ni gladiadores (*Med.*, I, 5).** Los tutores más antiguos nombrados por el biógrafo de la *Historia Augusta* eran tres maestros del nivel elemental, a los que siguieron gramáticos, dos para el latín y uno para el griego. Este último, el gramático Alejandro de Cocieo, aconsejó a Marco que no fuera pedante ni reprendiera o censurase a quienes cometieran errores gramaticales (*Med.*, I, 10). Aparte de Diogneto, Alejandro es el único profesor recordado en las *Meditaciones.*

«En su decimo quinto año» Marco tomó la toga viril, probablemente en marzo de 136, poco antes de cumplir los quince años, y «lo prometieron en matrimonio de inmediato, por deseo de Adriano, con la hija de Lucio Cómodo». Lucio Ceyonoi Cómodo, un nuevo patricio, era uno de los *consules ordinarii* de aquel año. La salud de Adriano estaba decayendo y era obvio que se sentía obligado a nombrar sucesor por el medio de adoptar un hijo. Entre la élite cundió la sorpresa y una considerable indignación cuando se anunció al elegido: el cónsul Cómodo, bauti-

* Traducción de Ramón Bach Pellicer, *Meditaciones*, Gredos (Biblioteca Básica Gredos, 98), Madrid, 2001 (en adelante, citada como «Traducción de Ramón Bach»). (*N. de los t.*)

** Traducción de Ramón Bach. (*N. de los t.*)

zado de nuevo como Lucio Elio César, escogido para un segundo consulado en 137 y enviado con *imperium* proconsular a gobernar las dos provincias panónicas, con el fin claro de que acrecentara su experiencia. La mayoría de los coetáneos quedaron confundidos por la decisión de Adriano. Es típico el comentario del biógrafo de la *Historia Augusta*, quien indicó que «la única virtud [de Elio César] era su belleza».[3] Un historiador moderno se ha esforzado incluso por demostrar —sin pruebas convincentes— que Elio era hijo bastardo de Adriano. La verdad es, probablemente, más simple: Adriano quería que Marco lo acabara sucediendo, pero era todavía demasiado joven, por lo que se necesitaba un sucesor intermedio. De aquí nacería el matrimonio acordado previamente entre Marco y la hija de Elio César. Como Elio no gozaba de buena salud —pues «tosía sangre»—, era de esperar que no sobreviviera a Adriano por mucho tiempo. El hijo de Elio contaría a la sazón un máximo de seis o siete años, pero su yerno de quince, Marco, estaría preparado para ocupar el poder al cabo de unos pocos años.

Tal parece haber sido el cálculo. Adriano no previó cómo reaccionaría —o no le dio importancia— su sobrino nieto Pedanio Fusco, a la sazón con venticuatro o veinticinco años. Fusco intentó dar un golpe de estado, pues pensaba que lo habían privado de un derecho que ostentaba por nacimiento, y fue condenado a muerte; por su parte, el viejo Serviano, su abuelo, se vio forzado a suicidarse. Elio César regresó entonces a Roma, tras pasar menos de un año en Panonia, y debía hablar en el Senado el 1 de enero de 138. Pero la noche anterior cayó enfermo y falleció al poco por efecto de «una hemorragia». Adriano prohibió el duelo público, pero aun así aguardó otras tres semanas, hasta su sexagésimo segundo aniversario (el 24 de enero), antes de anunciar un nuevo heredero. Se hallaba gravemente enfermo e hizo acudir a su residencia a un grupo de senadores destacados. Dión Casio recoge un discurso breve que sin duda encaja *grosso modo* con el que habría pronunciado Adriano. Tras encomiar el principio de la adopción, explicó que como los cielos se habían llevado a su primer elegido:

Os he encontrado un emperador en su lugar ... un hombre que es noble, afable, razonable y prudente, ni demasiado joven como para actuar precipitadamente ni demasiado viejo como para ser descuidado, instruido de acuerdo con nuestras leyes, con experiencia de autoridad practicada a nuestra manera tradicional y que no ignora ninguna de las materias propias del ejército imperial, antes bien, es perfectamente capaz de lidiar con todas ellas.

Y luego reveló el nombre: Aurelio Antonino.

Acceso al poder de Antonino Pío

Adriano sabía —añadió— que Antonino carecía de ambición para ocupar el poder imperial, pero confiaba que terminaría aceptando, aunque fuera de mala gana. Antonino pidió un tiempo para pensarlo, en efecto, pero dio su consentimiento a las cuatro semanas y fue adoptado formalmente el 25 de febrero, con el título de Imperator Caesar Titus Aelius Aurelius Caesar Antoninus. De acuerdo con los deseos de Adriano, Antonino debía adoptar a su vez tanto al sobrino de su esposa, Marco, como al hijo de Elio César, Lucio; y Lucio se prometió con Faustina, hija de Antonino. Marco se convirtió en Marco Aurelio Vero César; su hermano adoptivo devino Lucio Aurelio Cómodo, sin el título de *césar*, pues Antonino nunca se lo concedió. Se había impuesto de modo explícito un sistema de sucesión con dos escalones, sin duda ya planeado en 136 con Elio César y Marco. El modelo seguía la organización de Augusto en verano de 4 d. C., cuando adoptó a Tiberio, a quien se pidió a su vez que adoptara a Germánico, sin lugar a dudas con la intención de que el último pudiera gobernar conjuntamente con Druso, el hijo de Tiberio, a la muerte de éste.

La adopción de Antonino «causó dolor a muchos, especialmente a Catilio Severo, el prefecto de la ciudad, quien albergaba deseos de ostentar él mismo el poder imperial»; fue destituido de su puesto. En otros pasajes de la *Vita Hadriani* se relaciona

con Catilio a Umidio Cuadrato y Marcio Turbo, prefecto de la guardia durante muchos años: los tres fueron «atacados con dureza» por Adriano. Catilio estaba conectado con la familia de Marco, pues probablemente se había casado, unos treinta años atrás, con la bisabuela viuda de Marco; él es, sin duda, el *propappos* (bisabuelo) innominado que había recomendado que Marco no fuera a la escuela, sino que recibiera a un preceptor en casa (*Med.*, I, 4) y Marco había llevado sus nombres en la infancia primera. Umidio quizá hubiera estado casado con otra tía de Marco; su hijo se casaría, más adelante, con la hermana de Marco. Tanto Catilio como Umidio poseían una experiencia muchísimo más amplia en lo relativo a las provincias y el ejército que Antonino, puesto que éste no había prestado servicio militar alguno y solo una vez había gobernado una provincia: fue procónsul de Asia durante un año. Cabe suponer que los dos hombres, uno de ellos tal vez con el apoyo de Marcio Turbo, se veían a sí mismos como «guardasientos» mejor cualificados para hacer que el trono no se helara antes de que lo ocupara Marco, el favorito de Adriano.

Fuentes

Antonino solo era diez años más joven que Adriano, pero a la postre reinó tanto tiempo como Tiberio, casi veintitrés años, tras lo cual Marco gobernó durante más de dieciocho. Pero no es en absoluto fácil narrar la historia de los años 138-180. No se conserva nada que se parezca ni remotamente a los *Anales* de Tácito. Para el mandato de Marco, la historia de Dión Casio solo se conserva en la *Epítome* de Xiphilino (siglo XI) y en unos pocos extractos más del libro LXXI, asimismo bizantinos. El libro LXX, sobre el reinado de Antonino, ya faltaba cuando Xiphilino redactaba su obra. Así pues, debemos confiar esencialmente en la *Historia Augusta*; por fortuna, su breve *Pius* apenas contiene ficción y la mayoría de *Marcus* también resulta de fiar, en lo que se

refiere a los hechos. La fuente de las *vitae* antiguas eran, probablemente, las *Vitae Caesarum* de Mario Máximo, una obra hoy perdida, compuesta a principios del siglo III según el modelo de los *Césares* de Suetonio, aunque evidentemente, era mucho más extensa. Como parte de su intento de originalidad, sin embargo, el autor de la *Historia Augusta* creó una vida separada de Lucio Vero, evidentemente tomada de la extensa vida de Marco escrita por Máximo y, aún peor, creó *vitae* en gran medida ficticias de dos figuras menores, Elio César y el usurpador Avidio Casio. Al recortar la fuente, el autor se metió en un lío del que no supo salir: el *Marcus* se hace pedazos desde la muerte de Vero (169) en adelante. Primero el autor intentó reducir las bajas y terminar el relato con la inserción de un largo pasaje de Eutropio, el cronista del siglo IV; pero luego decidió que, bien mirado, aquello no era suficiente, así que añadió varios elementos sobre la década de 170, junto con adiciones ficticias. El resultado es que hechos tan principales como las invasiones de Grecia e Italia ni siquiera se mencionan.

Sea como fuere, podemos compensar la carencia de relatos históricos, en parte, con una gran abundancia de inscripciones, papiros y monedas de tiempos de los Antoninos. Para la cronología resulta particularmente importante el registro de Ostia, *Fasti Ostienses*, así como el número creciente de diplomas militares. Entre las obras latinas es preciso señalar las cartas de Frontón, como las enviadas a Marco y Vero, con sus respuestas; las *Noches áticas* de Aulo Gelio y varias obras de Apuleyo: *Apología*, *Flórida* y *Metamorfosis* (o *El asno de oro*). Los escritos griegos son mucho más completos. De la copiosa obra de Elio Arístides, su *Encomio de Roma*, discurso pronunciado en 143 o 144, que probablemente es el que más ha contribuido a la percepción de la época antonina como una edad de oro. La *Descripción de Grecia*, de Pausanias, los numerosos ensayos de Luciano y el vasto corpus de tratados médicos de Galeno contienen todos ellos una considerable cantidad de material histórico, que es mucho más abundante aún en una obra de principios del siglo III, las *Vidas de los*

sofistas, de Filóstrato. Era la época en la que comenzaban a escribir los primeros apologistas cristianos y contamos también con la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, que, pese a haberse compuesto a principios del siglo IV, cita literalmente muchas fuentes del siglo II. Además, son copiosos los rescriptos de Antonino y Marco conservados en los códigos legales; y, naturalmente, disponemos del cuaderno de anotaciones personales de Marco, las que se ha dado en llamar *Meditaciones*. La Columna de Marco, aunque no proporciona exactamente una narración pictórica continuada en orden cronológico, nos ofrece, junto con otros relieves históricos, detalles que permiten comprender mejor la naturaleza de sus guerras.

El imperio de Antonino Pío

Tras la muerte de Adriano, acaecida el 10 de julio de 138, la sucesión de Antonino fluyó sin contratiempos. El único problema fue su insistencia en obtener la divinización de Adriano, en contra de los deseos del Senado. No cabe duda de que su lealtad (*pietas*) al recuerdo del hombre que lo había adoptado fue la razón más genuina de que adquiriera el nombre adicional de Pío (que se usará para denominar a este emperador en las páginas que siguen). Como una de sus primeras acciones, Pío dejó de lado los acuerdos matrimoniales organizados por Adriano, de su hija Faustina con el joven Lucio —los dos contaban por entonces solo siete u ocho años— y de Marco con la hermana de Lucio, Ceyonia Fabia. Pío había preguntado primero a Marco si estaba dispuesto a aceptarlo; el nuevo compromiso con su prima Faustina suponía esperar durante siete años.

En 139, Marco entró en el Senado como cuestor y fue nombrado *princeps iuventutis*; causó una buena impresión, según Dión Casio, que pese a este cargo «entrara en el Foro con el resto [de los *equites*], aunque era un césar». Muchos años más tarde, Marco se dijo a sí mismo: «¡Cuidado! No te conviertas en un césar,

no te tiñas siquiera, porque suele ocurrir» (*Med.*, VI, 30).* Tenía que trasladarse a la residencia imperial del Palatino. El disgusto que le causó es un tema recurrente en las *Meditaciones*. Pero su padre adoptivo logró «arrancar de mí todo orgullo y llevarme a comprender que es posible vivir en palacio sin tener necesidad de guardia personal, de vestidos suntuosos, de candelabros, de estatuas y de cosas semejantes y de un lujo parecido; sino que es posible ceñirse a un régimen de vida muy próximo al de un simple particular, y no por ello ser más desgraciado o más negligente en el cumplimiento de los deberes que soberanamente nos exige la comunidad» (*Med.*, I, 17).** En 140, con dieciocho años, fue cónsul junto con Pío; volvieron a ocupar el cargo conjuntamente en 145, cuando al fin se produjo el matrimonio con Faustina, concertado tiempo atrás. Los *Fasti Ostienses* indican que su primer hijo —una niña, Domicia Faustina— nació el 30 de noviembre de 147 y que al día siguiente se concedió a Marco el *imperium* y los poderes de tribuno, al par que su mujer era nombrada augusta. La hija, que falleció en 151, fue la primera de una descedencia numerosa. Le siguieron unos gemelos de corta vida, en 149, y dos hijas más en 150 y 151; estas últimas, Lucila y Annia Faustina, llegaron a la edad adulta y se casaron, al igual que otras dos hijas nacidas en 159 (Fadila) y 160 (Cornificia). Entre tanto, otros dos hijos habían fallecido al poco de nacer, en 152 y 157.

Formación intelectual de Marco

En el momento de su adopción, Marco había iniciado estudios de oratoria y se le impuso asimismo un preceptor en materia de Derecho, el jurista Lucio Volusio Meciano (quien escribió para su pupilo un manual, conservado en parte, sobre el sistema de

* Traducción de Ramón Bach. (*N. de los t.*)
** Traducción de Ramón Bach. (*N. de los t.*)

acuñación de la moneda romana). Tuvo tres preceptores griegos en cuestiones de oratoria: probablemente uno de ellos —Herodes Ático, el «millonario» ateniense— era demasiado magnífico como para impartir más que alguna clase ocasional;* otro fue Caninio Celer, que había sido secretario principal (*ab epistulis*) de Adriano. Su único tutor en oratoria latina fue Marco Cornelio Frontón, nacido en Cirta (Numidia) y considerado un rétor formidable; de hecho, un segundo Cicerón. Aparte de unos pocos fragmentos de sus discursos, sin embargo, solo han perdurado unas pocas cartas de Frontón, que apenas aguantan la comparación ciceroniana, pero abren una ventana preciosa a la vida de Marco en el cuarto de siglo posterior. Marco ya había obtenido de su futuro suegro Elio César un primer preceptor de filosofía, un estoico, Apolonio de Calcedonia, cuyas clases continuó recibiendo aun después de ingresar en la familia imperial. En su debido momento «también recibió clases de Sexto de Queronea [sobrino de Plutarco], Junio Rústico, Claudio Máximo y Cinna Catulo, todos ellos estoicos». Marco «reverenciaba y seguía en especial» a Rústico (*HA Marc.*, II, 7-III, 5), cuyo padre del mismo nombre, el «mártir estoico», había sido ejecutado por Domiciano en 93, cuando su hijo era aún un niño. Tiempo después, Marco dio las gracias a los dioses por «haber conocido a Apolonio, Rústico y Máximo» (*Med.*, I, 17). Otro mentor filosófico fue el peripatético Claudio Severo, cuyo hijo se casó más adelante con una hija de Marco, Annia Faustina.

Marco rindió homenaje a todos sus maestros y mentores filosóficos, al par que a varios miembros de su familia, en el libro I de las *Meditaciones*, que probablemente escribió una vez completados los otros once. Su expresión de gratitud por el recuerdo de Pío (I, 16) es con mucho la más extensa, demasiado ex-

* Herodes Ático donó fondos cuantiosísimos para realizar o reparar numerosas construcciones públicas monumentales de Atenas, así como de Corinto, Olimpia o Delfos. (*N. de los t.*)

tensa como para poder citarla aquí. Antes había escrito un breve tributo en el que se aconsejaba a sí mismo: «En todo, procede como discípulo de Antonino». «Para que así te sorprenda, como a él, la última hora con buena conciencia», se decía a sí mismo que debía recordar

> su constancia en obrar conforme a la razón, su ecuanimidad en todo, la serenidad de su rostro, la ausencia en él de vanagloria, su afán en lo referente a la comprensión de las cosas. Y recuerda cómo él no habría omitido absolutamente nada sin haberlo previamente examinado a fondo y sin haberlo comprendido con claridad; y cómo soportaba sin replicar a los que le censuraban injustamente; y cómo no tenía prisas por nada; y cómo no aceptaba las calumnias ... Y cómo tenía bastante con poco, para su casa, por ejemplo, para su lecho, para su vestido, para su alimentación, para su servicio ... y su firmeza y uniformidad en la amistad ... y cómo era respetuoso con los dioses sin superstición (Med., VI, 30).*

La versión más extensa del libro I amplía la apreciación y añade, entre otros puntos, que Antonino tenía en mucha estima a los filósofos genuinos y era presto a reconocer sin envidias la excelencia de aquellos dotados con virtudes especiales para la oratoria pública, el Derecho, la ética o cualquier otro tema (el contraste con un polímata envidioso como Adriano es evidente); también comenta que fue leal a la práctica política tradicional de Roma, pero sin exhibir el hecho. Marco desvela aquí que Antonino sufría violentos dolores de cabeza (migrañas, probablemente), pero que nada más sentirse aliviado regresaba al trabajo con la tenacidad de costumbre; y que guardaba pocos secretos y éstos quedaban reservados a los asuntos de estado.

Frontón y Diogneto, el maestro de pintura, son los únicos preceptores incluidos en el libro I que no son filósofos. Pero a Frontón no se le da las gracias por sus lecciones de retórica, sino por

* Traducción de Ramón Bach. (*N. de los t.*)

haber enseñado a Marco a «haberme detenido a pensar cómo es la envidia, la astucia y la hipocresía propia del tirano, y que, en general, los que entre nosotros son llamados "eupátridas" son, en cierto modo, incapaces de afecto» (*Med.*, I, 11).* El contenido de muchas de las cartas tempranas entre Frontón y Marco se refiere a la literatura y los ejercicios que debía realizar Marco. Algunos dan detalles sobre actividades y anécdotas de la vida familiar en la casa imperial: visitaron la antigua ciudad de Anagnia (moderna Anagni) para contemplar los monumentos y templos; fueron tomados por ladrones de ganado y ahuyentados por los pastores mientras paseaban por unos cerros; fueron a cazar jabalíes o ayudaron con la vendimia. A mediados de la década de 140, Marco se había cansado de la retórica y centró su atención en la filosofía, para desazón de Frontón. Pero el tutor y el pupilo siguieron siendo buenos amigos.

Campañas militares durante el reinado de Antonino Pío

La naturaleza aparentemente pacífica y estable del gobierno de Pío no es tan genuina como se antoja. Aparte de la escasez de las fuentes narrativas, quizá la impresión se deba, sobre todo, a su negativa a salir de Italia bajo ningún concepto y a la mano firme con la que dirigió el imperio. Pero hubo cierta actividad militar, que la *Historia Augusta* resume en pocas frases:

> Libró numerosas guerras por mediación de sus legados: así, derrotó a los britanos por obra de su legado Lolio Urbico y, una vez rechazados los bárbaros, hizo construir un nuevo muro de tierra; obligó a los moros a solicitar la paz; y aplastó a los germanos y dacios y a muchos otros pueblos, incluidos los judíos, que se estaban rebelando, siempre por mediación de gobernadores y legados.

* Traducción de Ramón Bach. (*N. de los t.*)

En Acaya también, como en Egipto, sofocó revueltas y con frecuencia contuvo a los alanos cuando intentaban sublevarse (*HA Ant. Pius*, V, 4-5).

La guerra de Britania duró tres años completos. Urbico ya estaba activo en el norte de la provincia en 139 y Pío había recibido su segunda aclamación imperatoria (la única de su reinado) el 1 de agosto de 142.[4] El Muro de Adriano se abandonó, aun cuando se acababa de completar; se ocupó de nuevo el sur de Escocia y se construyó la nueva Muralla Antonina donde Agrícola había hablado de un posible *in ipsa Britannia terminus* (Tac., *Agr.*, 23), entre los estuarios de Forth y Clyde.* Pausanias también hace referencia a un conflicto británico: el emperador no comenzó ninguna guerra voluntaria, pero «se anexionó ... la mayor parte del territorio de los brigantes de Britania porque comenzaron a atacar con armas la parte de Genunia, que era súbdita de Roma» (VIII, XLIII, 4). No se conoce ningún distrito británico de «Genunia»: es evidente que Pausanias confundió dos episodios, el de la guerra de Urbico y alguna acción no conocida en esta ni otras fuentes de combates en Retia entre los brigantes y sus vecinos genaunios. Ni la *Historia Augusta* ni Pausanias explican los motivos que llevaron a ocupar de nuevo el sur de Escocia, lo que supone un giro político notable. J. P. Gillam ofreció dos explicaciones: «En cierto sentido, la Muralla de Adriano había sido un fracaso estratégico, porque los enemigos potenciales del norte y el noroeste quedaban fuera de su alcance ... Tácticamente, la Muralla había sido un éxito tan completo que se decidió trasladar físicamente el sistema, con alguna modificación, al norte».[5] Es de sospechar que existieron también motivos políticos: tal vez fue una «concesión» de Pío a los *viri mi-*

* «Si el valor del ejército y la gloria del nombre romano lo hubieran permitido, se habría encontrado *un límite* a nuestra expansión *en la misma Britania*», en la traducción de J. M. Requejo (cursiva nuestra): Tácito, *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, Gredos, Madrid, 2001. (*N. de los t.*)

litares, que estarían molestos con la reducción de las campañas por parte de Adriano. Además, como Claudio un siglo atrás, un emperador sin experiencia militar necesitaba prestigio bélico. Quizá el *casus belli* fue alguna clase de revuelta, por ejemplo en el suroeste de Escocia, cuyo asedio de la colina fortificada de Burnswark quizá podría fecharse en esta época. Sea como fuere, se desmanteló la mayoría de las instalaciones de la Muralla de Adriano, a la sazón obsoletas, y los destacamentos adelantaron terreno. La nueva barrera, de tierra y solo la mitad de extensa que la adrianina, era mucho más económica. Pero también hubo puestos de avanzada en el norte: Camelon, Ardoch, Strageath y, en la confluencia del Almond con el Tay, Bertha. Todos habían sido ocupados previamente en el período flavio.

El éxito británico recibió el encomio de Frontón, probablemente en su discurso de agradecimiento por el consulado de 142. Un panegirista que elogia a Constancio I por haber recuperado Britania 150 años más tarde citó un pasaje del discurso: «Frontón ... cuando ensalzaba al emperador Antonino por completar la guerra britana —aunque él permaneciera en el palacio de la ciudad y hubiera delegado el mando de la operación— aseveró que merecía la gloria de haberla iniciado y dirigido, como si la hubiera presidido al timón de un barco de guerra (*Pan. Lat. Vet.*, VIII, [V], XIV, 2). También se alude a la Muralla en el *Encomio de Roma* de Elio Arístides, pronunciado un año o dos más tarde. Tras evaluar la magnificencia de Roma en todos los aspectos, se refiere a la «obra perfecta y sin parangón» de los romanos, el ejército, «enviado a las fronteras del imperio». En cuanto a las fortificaciones,

> considerabais innoble situar murallas en torno de la propia ciudad, como si la ocultarais o huyerais de vuestros súbditos. No olvidasteis sin embargo las murallas, que situasteis en torno del imperio, no ya de la ciudad ... Más allá de los confines extremos del mundo civilizado, trazasteis una segunda línea ... Aquí erigisteis murallas para defenderos ... Un ejército acampado como una muralla encierra el mundo en un anillo ... desde los lugares más remotos, desde

> Etiopía hasta el río Fasis* y desde el Éufrates hasta la isla mayor y más alejada por el oeste. Todo esto forma un anillo, un circuito de murallas. No se han construido con asfalto y ladrillo cocido, ni se yerguen allí guarnecidas con estuco. Pero estas obras ordinarias también existen, sin duda, y son muy numerosas, y tal como afirma Homero de la muralla de palacio, «son tupidas, minuciosamente henchidas de piedras y de dimensión colosal, y brillan y relucen más que el bronce» (*Or.*, 26K., 72, 78, 80-83).

Irónicamente, la descripción del estuco, el cuidado en la construcción y el brillo no se podía aplicar a la nueva muralla de tierra erigida por delegación de Pío, sino a la recién abandonada muralla de piedra del Muro de Adriano, que quizá estuviera revestida de yeso blanco.

Arístides afirmó que la guerra era entonces una cosa del pasado, a pesar de «unos pocos desdichados como los libios y los getas, o malhechores como los que habitan en el mar Rojo», como alusión a las campañas de Mauritania, Dacia y Egipto, también mencionadas en la *Historia Augusta*. Solo la guerra de Mauritania la conocemos mejor gracias a las inscripciones, que registran el envío de tropas a la zona desde otras partes del imperio en la primera mitad de la década de 140. Hubo más problemas en Dacia poco antes de 160. No se sabe nada sobre las revueltas de Acaya y Judea (ahora rebautizada como Siria Palestina). En cuanto a los alanos del Cáucaso, mucho más allá de las fronteras, Pío los controló con mano firme, al igual que a otros estados clientes, y se ven ejemplos de ello en la *Historia Augusta*.

Conspiración

Todas las fuentes ofrecen un retrato positivo de Antonino, por lo que resulta sorprendente que la *Historia Augusta* mencione que

* Fluye de Georgia hasta el mar Negro y fue considerado por varios autores antiguos como uno de los extremos del mundo (conocido o civilizado). (*N. de los t.*)

dos hombres conspiraron en su contra: Atilio Ticiano y Prisciano (*Ant. Pius*, VII, 3-4; cf. *Epit. de Caes.*, XV, 6). El primero tenía que ser Tito Atilio Rufo Ticiano, cónsul ordinario en 127, cuyo nombre se borró de los *Fasti Ostienses* con respecto a aquel año; los mismos *Fasti*, en el 15 de septiembre de 145, ofrecen detalles sobre el segundo hombre: «Se juzgó en sesión abierta en el Senado a Cornelio Prisciano, pues provocó disturbios hostiles en la provincia de Hispania», quizá mientras era gobernador de la Hispania Tarraconensis. La *Historia Augusta* comenta: «Después de ser acusado de intento de usurpación, se suicidó y el emperador no permitió que se investigara la conjura» (*Ant. Pius*, VII, 4).

CELEBRACIÓN

El noveno centenario de la fundación de Roma, en 148, fue motivo de celebración general. La acuñación se había estado preparando con mucha antelación, al incluir alusiones a los orígenes legendarios de la ciudad. Estos recuerdos del pasado distante encajaban con las aspiraciones de la época —arcaizante en la literatura latina, como demuestran Frontón y Aulo Gelio— y del propio Pío, a quien se comparaba no sin cierta razón con Numa, el segundo rey de Roma, quien se suponía fue responsable de la mayoría del ritual religioso del estado. La correspondencia entre Marco y Frontón en estos años se ocupa ante todo de las noticias familiares, incluidas las enfermedades. Cierto pasaje de una carta del orador nos recuerda que las imágenes de la familia imperial eran omnipresentes:

> Ya sabéis que en todas las casas de cambio, tiendas, tabernas, aleros, vestíbulos y ventanas, en todas partes, se exponen retratos vuestros a la vista del vulgo, mal pintados y modelados en su mayor parte, o grabados con un estilo simple, por no decir despreciable. Sea como fuere, vuestra imagen, por muy distinta que pueda ser de vos, nunca se cruza en el camino de mis ojos sin que me haga despegar los labios con una sonrisa y soñar con vos (*Ad M. Caes.*, IV, 12, 6).

En la década de 150 Lucio había ingresado en el Senado y en 154, con poco más de veinte años, se le permitió ostentar el consulado. Pero aún se lo mantenía apartado de la primera línea. En los viajes oficiales, Marco se desplazaba en el mismo vehículo que Antonino, pero no así Lucio, que iba en un segundo carruaje junto con el prefecto del pretorio. A finales de aquella misma década se sustituyó al prefecto, Gavio Máximo, quien había ocupado el cargo desde el principio del reinado (*HA Ant. Pius*, VIII, 7). Es probable que Gavio hubiera sido el principal responsable de la dirección militar. Quizá no sea casualidad que en este momento hubiera un cambio de estrategia sorprendente. La Muralla Antonina, construida hacía unos quince años (en los primeros años de la década de 140) fue abandonada hacia 158[6] y se pasó a reconstruir la Muralla de Adriano (*RIB* 1389). El gobernador era Gneo Julio Vero, anterior legado de la Germania Inferior. Varias inscripciones atestiguan su presencia en Britania, incluida una dedicación en Newcastle por parte de la *vexil[l]atio leg. II Aug. et leg. VI Vic. et leg. XX V. V. con[t]ributi ex[ercitibus] Ger[manicis] duobus sub Iulio Vero leg. Aug. pr. pr.* Pero la interpretación es incierta: ¿Son hombres de las legiones británicas que están a punto de ir a Germania?, ¿hombres enviados anteriormente a Germania que regresan?, ¿refuerzos de los ejércitos germanos para las legiones británicas? (*RIB* 1322 + *add.*). Fueran cuales fuesen las circunstancias, es paradójico que justo cuando se abandonaba el *limes* exterior de Britania se estuviera creando otro en la Germania Superior, donde se estaba trasladando hacia el norte la línea creada por las empalizadas de Adriano.

La sustitución de Gavio Máximo pasaba, probablemente, por hacer recaer más responsabilidad sobre los hombros de Marco. Había varias nuevas amenazas militares. En Dacia, Marco Estacio Prisco, un hombre ascendido a la condición senatorial en los primeros años del reinado de Pío, obtuvo una victoria que se recompensó con su nombramiento como cónsul ordinario en 159.

En Oriente, un legado legionario en el ejército sirio, Lucio Neracio Próculo, hizo venir refuerzos a la provincia «por la guerra contra los partos». La salud de Pío, que contaba entonces setenta y cinco años, estaba muy debilitada. «Mientras deliraba por efecto de la fiebre, no hablaba más que de la *res publica* y de los reyes con los que estaba enfadado». Murió en su finca de Lorio el 7 de marzo de 161, tras dar su último santo y seña al oficial de la guardia: «Ecuanimidad».

Acceso al poder de Marco

En 161, Marco y Lucio fueron cónsules al mismo tiempo, probablemente en previsión de la muerte de su padre adoptivo. En la práctica, Marco había sido el suplente del emperador durante más de trece años, al poseer el *imperium* y la potestad tribunicia: para ser emperador solo le faltaba el nombre de Augusto y la posición de *pontifex maximus*. Pero en la primera reunión del Senado se negó a aceptar el cargo salvo que también se le confiriesen los mismos poderes a Lucio. Sin duda, el sentido del deber de Marco le llevaba a buscar el modo de realizar la intención de Adriano: que Marco y Lucio gobernaran en conjunto. Pío había prescindido del compromiso entre Lucio y Faustina, con lo que Lucio «quedó como ciudadano particular durante treinta y tres años» en la familia imperial. Ahora se le concedía el *imperium* y la potestad tribunicia. Tanto él como Marco devinieron augustos y modificaron sus otros nombres. En memoria de su padre adoptivo, Marco cambió el nombre de Vero por el de Antonino, mientras que Lucio adoptó el de Vero en lugar del de Cómodo. Así, los dos gobernaron como «Marco Aurelio Antonino» y «Lucio Aurelio Vero». Este cambio de nombres causó confusión en varias fuentes.

Los nuevos emperadores se comportaban *civiliter*, esto es, como dos ciudadanos amigables, que se entendían con los plebeyos, y había libertad de expresión; cierto escritor de comedias,

llamado Marulo, realizó críticas francas pero salió ileso del incidente (*HA Marc.*, VIII, 1). Frontón estaba encantado con el hecho de que sus antiguos alumnos fueran ahora coemperadores. Le dijo a Marco —que había estado releyendo el panegírico de Pío que pronunciara Frontón en 142— que el elogio del propio Marco que aparecía allí estaba completamente justificado: su extraordinaria capacidad natural se había transformado en «excelencia perfecta ... La esperanza se ha hecho realidad» (*Ad Ant. Imp.*, IV, II, 3). A Lucio le expresó su gratitud por el hecho de que los hermanos, a pesar de su alta condición, todavía lo tratasen con cordialidad (*Ad Verum Imp.*, I, 2-3).

En verano hubo motivos para la celebración general. Faustina, que ya había dado a luz a nueve hijos, estaba embarazada de nuevo cuando Marco se convirtió en emperador. El 31 de agosto dio a luz a dos hijos gemelos, a los que se dio los nombres de Tito Aurelio Fulvio Antonino (por Pío) y Lucio Aurelio Cómodo (por Lucio). Las monedas acuñadas por el imperio, que habían estado proclamando la *concordia Augustorum* (armonía entre los dos emperadores) anunciaban ahora la *felicitas temporum* (felicidad de los tiempos). Lucio, que al parecer aún no se había casado a sus treinta años, se comprometió con Lucila, de solo once años de edad; era la mayor de los otros cuatro hijos vivos de Marco, todas ellas niñas.

Entretanto, sin embargo, no todo iba bien en la ciudad y el imperio. En un principio, Marco «se había entregado por completo a la filosofía y a buscar el afecto de sus conciudadanos» y continuó recibiendo clases, sobre todo las de Sexto de Queronea. Esto no duró mucho. Pronto le pidió a Frontón otras lecturas, quizá «algún poeta, pues necesito distracción ... leer algo que eleve y alivie mis preocupaciones más apremiantes». Los problemas habían comenzado con una grave inundación primaveral: el Tíber destruyó muchos edificios, ahogó muchos animales y dejó tras de sí una hambruna muy fuerte. Los hermanos «se ocuparon en persona de todas estas cuestiones» y auxiliaron a las comunidades italianas afectadas por la escasez de alimentos.

Más grave fue la guerra desatada en Oriente. La muerte de Antonino animó a Vologases III de Partia a invadir Armenia, derrocar a su rey y poner en su lugar a su testaferro, Pacoro. El comandante romano más próximo, Marco Sedacio Severiano, gobernador de Capadocia, se desplazó hacia Oriente con una legión, pero quedó atrapado en Elegeia. Tras darse cuenta de que era inútil ofrecer resistencia, se suicidó y la legión fue «aniquilada» (quizá fuera la Legio IX Hispana, documentada por última vez en York, en tiempos de Trajano, y a principios del siglo II en Nimega, pero que quizá fuera transferida entonces a Judea por Adriano, y desde allí a Capadocia, por la amenaza alana). Los partos no tardaron mucho en invadir también Siria, donde derrotaron y obligaron a huir al gobernador Lucio Atidio Corneliano. También había problemas graves en otras fronteras. A pesar de la evacuación de la Muralla Antonina, la guerra «amenazaba en Britania». La provincia acababa de ser entregada a Estacio Prisco, pero se decidió trasladarlo a Capadocia, para ocupar el lugar del difunto Severiano. Como sucesor de Prisco se envió a Britania a Calpurnio Agrícola, desde la Germania Superior, que sin embargo sufría la amenaza de los catos, más allá del *limes*; la provincia se confió a un amigo íntimo de Marco, Aufidio Victorino, a su vez yerno de Frontón (*HA Marc.*, VIII, 7-8). En la *Strategica* que dedicó a Marco y Lucio en 162, Polieno se refiere a la «derrota de los britanos» (6, *pr.*), debida presumiblemente a Calpurnio Agrícola.

En cuanto a los partos, en el invierno de 161-162 se informó de que el pueblo de Siria se estaba rebelando y se decidió que un emperador debía dirigir el contraataque en persona. Nadie había adquirido experiencia militar durante el gobierno de Pío, pero se acordó que Lucio, al ser «de constitución robusta y más joven que Marco, era más apto para la actividad militar» (Dio, LXXI, I, 3). La *Historia Augusta* sugiere otros motivos y afirma que Marco envió a Lucio «para que no cometiera sus excesos en la ciu-

dad, ante los ojos de todos, o para que aprendiera a economizar mediante los viajes exteriores, o tal vez para que regresara reformado por el miedo que inspira la guerra o se diera cuenta de que era un emperador» (*Ha Verus*, V, 8). Lucio partió finalmente en verano de 162, con un séquito enorme y acompañado hasta Capua por Marco. El avance era lento: Lucio cazaba y organizaba festejos en las haciendas rurales y luego cayó enfermo en Canusio, donde Marco se apresuró a visitarlo. Tres días de ayuno y una sangría lo curaron y pudo embarcar en Brundisium (Brindisi). El viaje por Grecia, en compañía de músicos, era incómodo recuerdo del de Nerón, cuyo cumpleaños compartía Lucio (entre otros gustos, según se decía). En Atenas se alojó con Herodes Ático y, a diferencia de Nerón, pero al igual que Augusto y Adriano, se inició en los misterios de Eleusis. Luego continuó navegando hasta Asia y recorrió las costas de Panfilia y Cilicia hasta llegar a Antioquía, no sin detenerse en todos los centros de ocio y placer, según asevera su biógrafo.

Entretanto, Estacio Prisco había asumido el mando en Capadocia y combatía con vigor. Tomó la capital armenia de Artájata por asalto, en 163 (*HA Marc.*, IX, 1; cf. *Ha Verus*, VII, 1) y fundó otra ciudad nueva, en la que se acuarteló (Dio, LXXI, III, 1).[7] Lucio adoptó el nombre de Armeniaco (que Marco declinó en principio) y él y Marco fueron aclamados como *imperator II*. Según satiriza Luciano en *De conscribenda historia*, en una de las historias escritas inmediatamente después de la guerra se decía a los lectores que: «Bastaba con que el general Prisco gritara y veintisiete enemigos caían muertos».

Lucio viajaba con asesores importantes, *comites Augusti* de condición consular. Frontón describe las medidas adoptadas por uno de ellos, Marco Poncio Leliano, «un hombre de peso y disciplina a la antigua», para restaurar la forma del ejército sirio (*Ad Verum Imp.*, II, I, 19). Marco Annio Libón, primo de Marco, fue nombrado gobernador de Siria con la intención clara de mantener controlado a Lucio; pero murió al poco tiempo y fue sustituido por otro *comes Augusti*, Julio Vero, antiguo gobernador de Britania.

La participación de Lucio en la guerra se limitaba esencialmente a la de una figura simbólica. Pasaba buena parte de su tiempo en Dafne de Antioquía, un centro de ocio, y se hizo con una amante, la hermosa y dotada Pantea, objeto de dos encomios por parte de Luciano. No es de extrañar que en 164 Lucila, prometida con Lucio y a la sazón de catorce años, fuera enviada por Marco a Éfeso, donde se celebró el matrimonio y se concedió a Lucila el título de Augusta.

En ese mismo año se produjo, sin duda, una tregua entre los comandantes. Cierto Sohemo, elegido por los romanos, fue coronado por Lucio como rey de Armenia e inscrito en las monedas con la leyenda *rex Armeniis datus*; en este momento, Marco sí aceptó el título de Armeniaco. En 165 los romanos entraron con fuerza en Mesopotamia. Primero, en el norte, se restauró en el trono de Osroene a Manno, de tendencia prorromana. Los partos retrocedieron hacia el este, a Nisibis, que fue tomada, y su general Cosroe solo pudo escapar a costa de cruzar a nado el Tigris. Una fuerza dirigida por un joven senador de origen sirio, Gayo Avidio Casio, avanzó curso abajo del Éufrates, obtuvo la victoria en Dura y luego asaltó las ciudades gemelas del Tigris, la griega Seleucia (en la ribera derecha) y la capital de los partos, en la orilla contraria, Ctesifonte. Se enviaron a Roma partes de honor, se concedió a Lucio el título de *parthicus maximus* y él y Marco fueron saludados de nuevo como *imperatores*. Aunque al parecer fue Casio quien se llevó la mayor parte de la gloria, otros generales jóvenes también interpretaron un papel relevante, sobre todo Marco Claudio Frontón, Quinto Antistio Advento y Publio Marcio Vero.

La guerra estaba prácticamente acabada. Lucio encargó a Frontón que redactara una historia adecuadamente laudatoria, que éste no llegó a completar, pese a que la inició con entusiasmo; se supone que murió poco después de que Lucio regresara a Roma. Sin duda, Lucio era reticente a marcharse de Siria, donde se había sentido como rey autónomo. En 166 se produjo una campaña final en la que Avidio Casio llevó las armas de Roma al otro

lado del Tigris, en la zona de Media, lo que hizo que se concediera el título de *medicus* a sus emperadores y que los aclamaran de nuevo como tales.

Entre otras muchas medidas adoptadas por Marco durante estos años, hay que señalar la creación de los *iuridici* italianos. A diferencia de los cuatro legados consulares que estableció Adriano y abolió Antonino, los ocupantes del nuevo cargo solo eran antiguos pretores y sus deberes quedaban limitados a la administración de la justicia. Durante estos años, Marco y Faustina habían tenido otro hijo, nacido en 162 y llamado Annio Vero; pero en 165 murió uno de los gemelos.

El triunfo lo celebraron conjuntamente Marco y Lucio el 12 de octubre de 166. Los dos aceptaron en aquella ocasión el título de *pater patriae* y, a petición de Lucio, el gemelo superviviente (Cómodo) y su hermanito Annio Vero fueron nombrados césares. Una consecuencia indeseada de la vuelta a Roma de las tropas que habían combatido en Oriente (y sobre todo, de varios miembros de la guardia pretoriana) fue que trajeron la «peste» con ellos. Fuera cual fuese la naturaleza exacta de la epidemia, tuvo efectos desastrosos y se difundió con rapidez en buena parte de Occidente. Los supersticiosos echaron luego la culpa a Avidio Casio y sus hombres: la enfermedad era la venganza de Apolo por haber saqueado el Templo de Seleucia, junto al Tigris.

Guerra con Marcomania

«Mientras se libraba la guerra contra los partos estalló otra con los marcomanos ... que contuvo la pericia de los hombres de la zona», según la versión de la *Historia Augusta* (*HA Marc.*, XII, 13). Por otro lado, Marco había ordenado reclutar dos nuevas legiones, más adelante denominadas Legio II y III Italica: el reclutamiento, en el norte de Italia, fue dirigido en 165 por Julio Vero y Claudio Frontón. Apiano, que escribía en esta época, recuerda haber visto «enviados de los pueblos pobres e inaprove-

chables de Roma, que se ofrecían como súbditos; pero el emperador no quería aceptar a hombres que no le resultaban de ninguna utilidad» (prefacio de su *Historia romana*). La *Historia Augusta* muestra que aquello se estaba convirtiendo en todo un problema: «pueblos que habían huido bajo la presión de los bárbaros remotos amenazaban con desatar la guerra si no se les aceptaba en el seno del imperio» (*HA Marc.*, XIV, 1). Algunos de los invasores traían a sus mujeres consigo y más adelante Marco hizo asentarse a «grandes números» en las provincias septentrionales; algunos hallaron lugar en la propia Italia, cerca de Rávena, pero luego tomaron la ciudad y tuvieron que ser expulsados, tras lo cual no se aceptó a nadie más. Parece probable que hubiera comenzado entonces la larga migración de los godos, que los llevaría desde el Báltico hasta el mar Negro y creó un efecto de bola de nieve. En 166 o 167 la primera oleada —que incluía uno de aquellos pueblos «remotos», los longobardos— entró en Panonia. Los recibió una fuerza defensiva mixta, de infantería y caballería auxiliar. Poco después, una delegación de once pueblos, encabezada por Balomario, el rey marcomano, se presentó a pedir la paz, petición que el legado de Panonia Superior aceptó (Dio, LXXI, III, 1a).

Los combates del área danubiana, que comenzaron de este modo y se prolongaron (con una pausa en 175-176) hasta la muerte de Marco, acaecida en 180, se conocen con el nombre de guerra marcomana. Pero la *Historia Augusta* afirma que debería designarse como una «guerra de muchas naciones», dado que, como apunta en otro lugar, «conspiraban contra Roma todos los pueblos del otro lado del Rin y el Danubio». Las minas de oro de Dacia fueron atacadas claramente en mayo de 167 o poco después. No cabe duda de que Marco pretendía asumir la dirección personal del contraataque, junto con Lucio, pero la creciente virulencia de la peste imposibilitó que abandonara Roma: «se alejaba a los muertos con carros y carretas ... murieron miles de personas, incluidas muchas de calidad». En la ciudad cundió la histeria, al parecer, «por el terror de la guerra marcomana», que

sin duda fue exacerbado por la epidemia. Se convocó a los sacerdotes, se realizaron ritos religiosos especiales y se purificó la ciudad (*HA Marc.*, XIII, 1ss.). Galeno —el famoso médico— se hallaba en Roma en 166 y marchó de Roma a Pérgamo, su ciudad natal, para evitar la infección. Quizá como resultado del pánico general y los rituales religiosos, estallaron disturbios anticristianos que terminaron con el apresamiento y martirio de Justino. El magistrado que lo sentenció, a él y a sus compañeros, no era otro que Junio Rústico, el prefecto de la ciudad y amado preceptor de Marco.

Por entonces, los marcomanos y otros pueblos «estaban sembrando la confusión en todas partes y amenazaban con la guerra si no se les permitía entrar en el imperio». Marco y Lucio lanzaron finalmente la «expedición germánica» en 168 y su llegada a Aquilea causó que «se retirara la mayoría de los reyes, junto con sus pueblos». Luego, «tras cruzar los Alpes, continuaron avanzando y asegurando todo lo relativo a la protección de Italia e Iliria» (*HA Marc.*, XIV, 6). Esa «protección de Italia e Iliria» se refiere, sin duda, al mando especial otorgado a Antistio Advento sobre la *praetentura Italiae et Alpium*, para que protegiera los pasos de los Alpes Julianos, vía de entrada de Panonia a Italia. Marco y Lucio organizaron los cuarteles de invierno en Aquilea, con la intención obvia de acometer de nuevo en primavera. Pero en enero de 169, la gravedad de la epidemia en el campamento —que causó un gran número de muertes, incluida la del prefecto de la guardia Furio Victorino— hizo que Galeno aconsejara regresar a Roma, iniciativa que recomendaba igualmente Lucio. A los dos días, sin embargo, Lucio sufrió un ataque en su carruaje que le causó la muerte poco después. Marco lo deificó como *divus Verus*. Las bajas fueron tan cuantiosas que causaron una crisis financiera a la que Marco respondió con la subasta de tesoros de palacio. Por otro lado, las bajas también fueron críticas para el reclutamiento y, como medida de emergencia, se alistó a gladiadores y «hombres de mal vivir». Antes de que terminara el año, Marco tuvo que volver al norte, donde estaba em-

peorando la situación. Pero antes, «aunque no había terminado el luto oficial, casó a su hija Lucila con Claudio Pompeyano, hijo de un caballero romano de Antioquía, que era de avanzada edad y cuna no lo suficientemente noble».

La muerte de su hijo pequeño Annio Vero César, ocurrida a mediados de septiembre, supuso un nuevo golpe para Marco; aun así, el duelo se limitó a tan solo cinco días, porque la guerra exigía la presencia urgente de Marco. Como base para el invierno de 169-170 adoptó Sirmio, sin lugar a dudas, donde lo acompañaron Faustina y su hija menor, a la sazón de tres años, Vibia Aurelia Sabina. La ofensiva romana retrasada, con el paso del Danubio, se inició en la primavera de 170; pero se cree que los dos pueblos germánicos orientales, marcomanos y cuados, optaron por un ataque preventivo. Tras superar a las fuerzas de Marco por los flancos, irrumpieron a través de los Alpes Julianos y pusieron sitio efectivo a Aquilea, aunque no lograron tomarla. Era la primera invasión exterior de Italia en casi 300 años. Se alude a esta invasión de forma breve en un fragmento de Dión Casio, y el sitio de Aquilea se menciona en una anécdota (tirando a improbable) del texto de Luciano sobre el «pseudoprofeta» Alejandro de Abonutico (Dio, LXXI, III, 1-2; Luc., *Alex.*, 48). Mucho más adelante, Amiano Marcelino, en un pasaje sobre los cuados de finales del siglo IV, recordaría cómo éstos y los marcomanos habían irrumpido a través de los Alpes Julianos para sitiar Aquilea y saquear Opitergio, con un Marco apenas capaz de resistir (XXIX, VI, 1).

Para repeler a los invasores, limpiar las provincias septentrionales y restablecer el abastecimiento del ejército a lo largo del Danubio fue necesario adoptar medidas enérgicas, encabezadas por Pompeyano, con la habilidosa asistencia de Publio Helvio Pertinax (el futuro emperador). La última de estas tres tareas se confió a un oficial ecuestre de Petovio (en Panonia), Marco Valerio Maximiano. En 171 se produjo otra invasión desde el norte, en esta ocasión por obra de los costobocos, originarios de más allá de Dacia, que atacaron a través de los Balcanes, se abrieron

camino con violencia por las provincias de Mesia, Macedonia y Acaya, y llegaron al Ática antes de que su ataque perdiera fuerza. Un procurador ecuestre, Julio Juliano, dirigió una fuerza de choque con la misión de limpiar aquellas provincias, pero poco después tuvo que llevar a sus hombres al extremo más occidental del imperio, pues la Bética había sido invadida por los moros. Aufidio Victorino, el amigo de Marco y a la sazón gobernador de la Hispania Tarraconensis, asumió también la gobernación de la Bética.

El gobernador de la Mesia Superior, Claudio Frontón, tuvo que hacerse cargo de parte de Dacia, y luego de la provincia completa, pero perdió la vida «combatiendo hasta el final en defensa de la nación». En 172, mientras los marcomanos intentaban huir de vuelta a sus tierras de origen, fueron capturados por Marco en el paso del Danubio, cargado de un botín que se «devolvió a las provincias». Marco había establecido sus nuevos cuarteles en Carnunto. Al fin pudo comenzar con la ofensiva pospuesta durante mucho tiempo, pero es difícil seguir el curso de los acontecimientos posteriores, debido a la condición truncada del texto de Dión Casio y a la naturaleza confusa de la *Historia Augusta* a este respecto. No cabe duda de que los pueblos germánicos —sobre todo, cuados y marcomanos— fueron derrotados en primera instancia y Marco tomó el título de *Germanicus*. El famoso «milagro de la lluvia», una tormenta que se supone salvó la vida de las tropas romanas, ocurrió en territorio enemigo. Aparece ilustrado de forma notoria en la Columna de Marco, pero no se sabe con certeza ni la fecha exacta ni el lugar. Los encabezamientos del libro II de las *Meditaciones* —«entre los cuados, a orillas del Granua [el río Gran o Hron, un afluente septentrional del Danubio]»— y del III —«Esto, en Carnunto»— indican que Marco habría escrito estos libros en 172 y 173.*

* Propiamente, estas frases se hallan al final de los libros precedentes; por su sentido se supone, sin embargo, que son el encabezamiento de los posteriores. (*N. de los t.*)

En 174, Marco trasladó los cuarteles de vuelta a Sirmio, a orillas del río Sava, desde donde lanzó la segunda fase de la guerra, contra los yaciges de Sarmacia, mencionados en uno de los libros posteriores: «Una pequeña araña se enorgullece de haber cazado una mosca; otro, un lebrato; otro, una sardina en la red; otro, cochinillos; otro, osos; y el otro, sármatas. ¿No son todos ellos unos bandidos, si examinas atentamente sus principios?» (*Med.*, X, 10).* Aparte de estos detalles, es complicadísimo hallar siquiera reflejos indirectos de las circunstancias en las que escribía Marco.

La *Historia Augusta* afirma que el plan de Marco era anexionarse los territorios de los pueblos más peligrosos de la otra orilla del Danubio medio, como las provincias de Marcomania y Sarmacia. Dión Casio parece inquieto por negar que Marco tuviera tales intenciones y tampoco entre los historiadores modernos se considera verosímil que el emperador filósofo pudiera ser un expansionista (Dio, LXXI, XX, 1-2). Sea como fuere, a principios del verano de 175 un giro inesperado de los acontecimientos le obligó a poner fin a las campañas: llegaron noticias de que Avidio Casio, el héroe de la guerra contra los partos, que gobernaba Siria desde 166, había sido proclamado emperador en Oriente. La explicación más probable supone que Avidio se dejó llevar por una noticia falsa sobre el fallecimiento de Marco, pero aun así, una vez dado el paso, no podía volverse atrás. La autoridad de Casio fue reconocida en Siria, su provincia natal, así como en Egipto y en algunas otras zonas de Oriente, pero Marcio Vero, el gobernador de Capadocia, se mantuvo leal a Marco.

Marco hizo acudir al frente a su único hijo varón superviviente, Cómodo, a la sazón de trece años, y le concedió la *toga virilis*. También acudió Faustina, que fue nombrada *mater castrorum* (madre del campamento). El propio Marco asumió el título de *Sarmaticus* y firmó con los sármatas un tratado de paz; según lo acordado, ellos y los germánicos orientales debían proporcionar un gran número de jóvenes para que sirvieran en los ejércitos de Roma.

* Traducción de Ramón Bach. (*N. de los t.*)

La mayoría —unos cinco mil quinientos del total de 8.000— fue enviada a Britania, ora para tenerlos lo más lejos posible de sus hogares, ora porque volvía a haber disturbios en la isla. Entonces, con su esposa, su hijo y una importante fuerza expedicionaria, Marco partió hacia Oriente. Mucho antes de que llegaran a la zona afectada, el usurpador murió a manos de uno de sus propios hombres, tras un «sueño imperial» que duró tan solo tres meses. Aun así, se consideró que lo mejor, en aquellas circunstancias, era que Marco aprovechara para recorrer las provincias orientales y, sobre todo, Siria y Egipto. Durante el paso de los montes Tauro, en un lugar de Cilicia denominado Halala, murió Faustina. Había estado casada con Marco durante treinta años y le había dado al menos catorce hijos, de los que aún vivían Cómodo y cinco hijas. En el trayecto de retorno, Marco y su hijo se iniciaron en los misterios de Eleusis. Llegaron a Roma a finales de 176, tras siete años de ausencia del emperador. Marco elevó a Cómodo a la condición de augusto, de modo que volvía a haber dos coemperadores. Su hijo ocupó el consulado en 177 y un poco más tarde se lo comprometió con Brutia Crispina.

Marco pasó en Roma menos de dos años. Durante su estancia comenzó a preparar un decreto senatorial sobre los gladiadores. Desde que estos hombres habían sido reclutados para el ejército durante la emergencia de 169-170, los costes de la organización de espectáculos públicos se habían elevado mucho, pues los promotores habían subido los precios debido a la escasez de hombres entrenados. Una solicitud del consejo de las provincias gálicas logró una concesión: podrían comprar al *procurator* imperial a criminales condenados a muerte, a bajo precio, para utilizarlos como gladiadores. Quizá esta medida contribuyera a provocar la violenta persecución de los cristianos en Lyon y Vienne, descrita de modo muy vívido en la carta enviada por estas iglesias a sus correligionarios de Oriente, que luego citaría Eusebio palabra por palabra; todos los cristianos que se negaban a apostatar eran automáticamente condenados a muerte, con lo cual se obtenían sustitutos baratos para los gladiadores.



Cómodo

Entretanto, habían empezado de nuevo los conflictos del Danubio. Los hermanos Quintilio obtuvieron victorias que hicieron que Marco aceptara su novena aclamación, «aunque no pudieron poner fin a la guerra». El 3 de agosto de 178, Marco tuvo que partir de nuevo hacia el frente, y llevó a Cómodo con él, en la «segunda expedición germánica». En 179 el prefecto de la guardia Tarutieno Paterno obtuvo un triunfo que supuso la décima y última aclamación de Marco. Se hicieron algunas concesiones a los yaciges y Marco recibió a las delegaciones de algunos otros pueblos. Por entonces había veinte mil hombres destacados en las tierras de cuados y marcomanos, donde pasaron el invierno, en fuertes provistos de baños y toda clase de diversiones. Una inscripción hallada en Trenĕin (la antigua Leugaricio), en Eslovaquia, menciona que Valerio Maximiano pasó el invierno allí, 120 kilómetros más allá del Danubio, junto con un destacamento de más de ochocientos hombres. La *Historia Augusta* insiste en que el plan todavía era —o volvía a ser— el de anexionarse dos nuevas provincias, Marcomania y Sarmacia; también Herodiano parece convencido de que Marco albergaba ese proyecto y un medallón de Marco y Cómodo los denomina *propagatores imperii* (propagadores del imperio).

En su cuaderno de anotaciones personales, Marco dio las gracias por «haber conocido ... a Traseas, Helvidio, Catón, Dión, Bruto; el haber concebido la idea de una constitución basada en la igualdad ante la ley, regida por la equidad y la libertad de expresión igual para todos, y de una realeza que honra y respeta, por encima de todo, la libertad de sus súbditos» (*Med.*, I, 14). La reconciliación de *libertas et principatus* proclamada por Tácito en 98 (*Agr.*, III, 1) quizá hubiera tardado en madurar, pero este y otros pasajes de las *Meditaciones* demuestran que ciertamente había alcanzado la culminación. La actitud de Marco era, de hecho, mucho más elevada que la de Tácito: «Mi ciudad y mi patria, en tanto que Antonino, es Roma, pero en tanto que hombre, el mundo» (VI, 44). Pero era realista: «No tengas esperanza en la constitución de Platón; antes bien, confórmate, si progresas en el mínimo detalle, y piensa que este resultado no es una insignificancia» (IX, 29). En efecto, no tenía una idea exagerada de su propio valor: «Si alguien puede refutarme y probar de modo concluyente que pienso o actúo incorrectamente, de buen grado cambiaré de proceder. Pues persigo la verdad, que no dañó nunca a nadie; en cambio, sí se daña el que persiste en su propio engaño e ignorancia» (VI, 21); «¿Qué necesidad de recelos, cuando te es posible examinar qué debes hacer, y, caso de que lo veas en su conjunto, caminar por esta senda benévolamente y sin volver la mirada atrás? Mas, en caso contrario, detente y recurre a los mejores consejeros» (X, 12; cf. 16).* Esta advertencia para sí mismo la confirma el biógrafo de la *Historia Augusta*: «Antes de actuar, siempre consultaba con los más expertos,

* Las traducciones de Marco, en todo este apartado, se han tomado de la citada versión de Ramón Bach. En VIII, 16: «Ten presente que cambiar de criterio y obedecer a quien te corrige es igualmente acción libre. Pues tu actividad se lleva a cabo de acuerdo con tu instinto y juicio y, particularmente además, de acuerdo con tu propia inteligencia». (*N. de los t.*)

no solo en materia bélica, sino también en los asuntos civiles; de hecho, solía decir: "Es más justo que yo siga el consejo de mis muchos y buenos amigos que no que ellos sigan los deseos de un solo hombre"» (*HA Marc.*, XXII, 4).

Muerte

Naturalmente, cuando Tácito escribía sus palabras, Nerva acababa de adoptar como sucesor a un hombre sin parentesco alguno con él. Pero nunca existió ningún auténtico «principio adoptivo»: a Trajano lo sucedió su familiar varón más próximo, y Adriano, como se ha visto, estaba unido a la familia de Marco por alguna clase de parentesco. Por tanto, como primer emperador que, desde Vespasiano, tenía un heredero varón, Marco se sintió incapaz de prescindir de la sucesión hereditaria. Cayó enfermo a finales del invierno, poco antes de que debiera iniciarse la nueva estación de campañas, y murió el 17 de marzo de 180, o en Viena o en Sirmio. Su hijo de dieciocho años, que ya era augusto, fue el sucesor sin contestación. Los cinco yernos de Marco —y en particular, Claudio Pompeyano, el esposo de Lucila— fueron consejeros sabios y de confianza, al igual que Aufidio Victorino, su amigo íntimo. Sin duda, esperaba que guiaran a Cómodo, pero el joven recorrió caminos muy distintos.

En la valoración de Dión Casio, Marco «no tuvo la buena fortuna que merecía, pues no era un hombre de fortaleza física y durante casi todo su reinado se vio envuelto en una serie de problemas. Aun así, y en lo que a mí respecta, yo lo admiré más aún por esta misma razón: que entre dificultades inusuales y extraordinarias fue capaz tanto de sobrevivir como de preservar el imperio». A pesar de los problemas externos —guerras, rebeliones, epidemias—, el reinado de Marco había sido una edad de oro, a juicio de Dión Casio; en cambio, la que le siguió, la de Cómodo, no fue sino de hierro y herrumbre (LXXI, XXXVI, 3-4). Más de

doscientos años después del fallecimiento de Marco, Amiano Marcelino saludó el patriotismo que en aquellos días había inspirado la resistencia de Roma frente a la amenaza externa: «Después de unas pérdidas calamitosas, se restauró la situación como de nuevo ... con ardor unánime, los más altos y los más humildes se apresuraron, como si fuera un puerto pacífico y tranquilo, a asumir una muerte honrosa en servicio de la nación común» (XXXI, V, 14).

NOTAS

1. Con Augusto, Marco Agripa (27 a. C.); con Claudio, Lucio Vitelio (47 d. C.); con Nerva, Lucio Virginio Rufo (97); con Trajano, Sexto Julio Frontino (100) y Lucio Licinio Sura (107). Solo otro hombre lo consiguió: Lucio Julio Urso Serviano, cuñado de Adriano, en 134; pero poco después, este hombre, ya muy anciano, se vio obligado a suicidarse (véase más adelante). En 138, Vero aún estaba vivo y era una persona influyente.

2. Una hija de Vero, Annia Galeria Faustina, casó con Tito Aurelio Fulvio Boyono Arrio Antonino (el futuro emperador Antonino Pío), cónsul en 120 y miembro a su vez de la «élite colonial»: la familia Aurelia Fulvia procedía de Nemausus (Nimes), en la Galia Narbonense. Su abuelo paterno y su padre, llamados por igual Tito Aurelio Fulvio, habían desarrollado carreras distinguidas en tiempos de los Flavios, al par que su abuelo materno, Gneo Arrio Antonino, había sido cónsul en dos ocasiones, en 69 y 97.

3. La *Historia Augusta* (y con ella, muchos historiadores modernos) yerra al denominar a Elio César «Aelius Verus». Elio nunca fue Vero y su hijo solo adoptó tal nombre al convertirse en emperador, en 161 (véase más adelante).

4. RMD 264, 394. Estos diplomas del 1 de agosto de 142 también muestran que el consulado de Frontón se fecha en ese mismo año, no en el de 143, como se había supuesto anteriormente.

5. J. P. Gillam, «Roman and Native AD 122-197», en I. A. Rich-

mond (ed.), *Roman and Native in North Britain*, Thomas Nelson & Sons, Edimburgo, 1961, pp. 60-89, esp. 66-67.

6. Véase especialmente N. Hodgson, «Were There Two Antonine Occupations of Scotland?», *Britannia*, 26 (1995), pp. 24-49.

7. Manejo la edición de Earnest Cary (Loeb Classical Library), Heinemann, Londres, 1914-1927.

Lecturas recomendadas

Birley, Anthony R., *Marcus Aurelius: A Biography*, Londres, 1987, 2.ª ed. rev., reimpr. 1993.

—, «Hadrian to the Antonines», en *Cambridge Ancient History*, vol. XI, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, 2.ª ed., pp. 132-194.

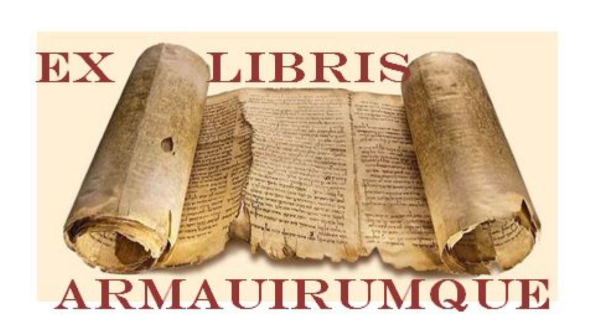
Champlin, Edward, *Fronto and Antonine Rome*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.) y Londres, 1980.

Rutherford, R. B., *The Meditations of Marcus Aurelius: A Study*, Clarendon, Oxford, 1989.

—, *A Selection from the Letters of Marcus and Fronto*, Clarendon, Oxford, 1989.

Stanton, G. R., «Marcus Aurelius, Emperor and Philosopher», *Historia*, 18 (1969), pp. 570-587.

—, «Marcus Aurelius, Lucius Verus, and Commodus: 1962-1972», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, 2: 2 (1975), pp. 478-549.



IX

Septimio Severo

David Potter



Por fortuna, poseemos una descripción del carácter de Severo escrita por un hombre que lo conoció en persona. Dión Casio nos indica que Severo era una persona de intensa actividad, que adoptaba una posición moral muy estricta, con frecuencia enfrentada a la moral más frecuente entre la clase senatorial. En general, trabajaba con denuedo día tras día y era poco amigo de los grandes festejos: no celebraba banquetes por placer, solo por obligación. Se levantaba temprano y se ocupaba de los asuntos públicos antes del amanecer, hora en la que salía a dar un paseo en el que hablaba de las cuestiones del imperio, y luego actuaba como juez, asegurándose de que los abogados de las dos partes tuvieran tiempo para exponer sus causas y permitiendo que los miembros del consejo hablaran con libertad. A mediodía, ponía fin a las audiencias legales y cabalgaba durante tanto tiempo como le permitían las fuerzas, hacía ejercicio y se bañaba. Tras ingerir una comida generosa, que tomaba en soledad o acompañado de sus

hijos, solía dormir la siesta. Al despertar, se ocupaba de otras tareas y salía de nuevo a pasear, charlando ora en griego ora en latín, hasta la caída de la tarde. Entonces tomaba un segundo baño y cenaba en compañía de sus socios más allegados. Era un hombre ávido de conocimientos y —aunque dado a los gastos públicos colosales, sobre todo en los edificios— reacio a gastar en placeres personales, así como frugal en sus gustos. Creía con sinceridad que el mundo estaba regido por los decretos del hado, amaba a su mujer y se sintió decepcionado por sus hijos. Contaba con pocos amigos cercanos (Dio, LXXVI, XVI;[1] véase también *HA Sev.*, XVIII, 4-5, XIX, 8-9).

Aunque Severo es uno de los emperadores mejor documentados de la historia de Roma —pues contamos, por ejemplo, con la descripción de su persona realizada por alguien que (al menos en ocasiones) fue miembro de su consejo, con un papiro que revela su manejo personal de las causas legales durante varios días de estancia en Egipto, con los restos de muchos proyectos de edificación a los que debió prestar su aprobación personal, con los elogios de su médico personal y con varias citas directas que manifestan cómo actuaba en los consejos—, sigue siendo una figura muy difícil de atrapar.[2] Parece que también lo fue para algunos romanos de su tiempo. Dión Casio admiraba su obra ética, de ello no cabe duda; pero también temía al hombre y situó su imperio en la época de hierro y herrumbre que afirma siguió a la edad dorada de Marco Aurelio (Dio, LXXI, XXXVI, 4). Aunque se sentía orgulloso del hecho de que Severo respetara su labor historiográfica —años después de la muerte del emperador, soñó que éste le ordenaba escribir sobre los asuntos de sus hijos—, en ocasiones fue muy crítico con las decisiones que adoptó y en varios pasajes afirma que Severo era mentiroso (Dio, LXXV, VII, 3-4; LXXVI, V, 2; LXXVIII, X, 2). Los historiadores posteriores no se han sentido menos confusos. Edward Gibbon lo describió como el «autor principal del declive y la caída del imperio romano», y Michael Rostovtzeff consideraba que había «militarizado el principado», entregando su floreciente vida cívica a los

soldados campesinos del ejército.[3] Su biógrafo moderno más destacado ha concluido que «debe continuar siendo un enigma».[4]

A pesar de todo el material del que disponemos, no se puede clasificar a Severo como un «buen» o «mal» emperador, sin más matices. Podía ser cruel, sin duda. Podía ser falso, tampoco cabe duda. Tenía un sentido de la moralidad personal muy poderoso que, según parece, no encajaba con el de la clase alta romana coetánea: cuando decidió hacer que se respetaran las leyes vigentes sobre el adulterio, que se remontaban al régimen de Augusto, halló que los casos eran tan numerosos que era preferible abandonar el empeño (Dio, LXXVI, XVI, 4). Gastó una fortuna en proyectos de construcción pública, pero era tan moderado en su vida personal que a su muerte dejó un Tesoro bastante más saneado que el que había heredado al subir al trono en 193 (Dio, LXXVI, XVI, 3). Si hay que juzgar su labor por los resultados inmediatos y de corto plazo, no cabe reprocharle demasiados errores: las fronteras eran estables, los ejércitos no habían sufrido catástrofes notables, las ciudades prosperaban y el emperador había hecho cuanto estaba en su mano para asegurarse de que sus hijos no resultaran desastrosos. Se equivocó al dejar a su hijo Caracalla en una posición desde la que podía adquirir la supremacía, pero ello se debió a que no fue capaz de darle muerte (Dio, LXXVI, XIV, 3). No fue un error más grave que el que cometió Marco Aurelio cuando permitió que lo sucediera Cómodo. No carece de fundamento la opinión de Dión Casio, cuando sostiene que la ocupación de la Mesopotamia septentrional fue un error terrible, pero no era ningún fallo obvio en el momento en el que Severo decidió incorporar la región al imperio; y hubo otros emperadores —como Diocleciano o Constantino—, cuyo juicio en materia de estrategia cabe considerar mucho más fundado que el de Dión, que también entendieron que la región era crucial. El gran problema de Severo no radicaba en ninguna supuesta maldad o torpeza. Se trata, ante todo, de que al parecer nunca se sintió a gusto con la clase gobernante del imperio y que esa incomodidad se tradujo en un comportamiento que socavó el sutil

equilibrio de poder entre los diversos grupos de intereses que había sido la base del gobierno antonino. Quizá el mejor resumen del problema sea el consejo último que se cuenta dio a sus hijos: «prestad atención a los soldados y haced caso omiso del resto» (Dio, LXXVI, XV, 2).

PRIMEROS AÑOS

El origen de Severo fue radicalmente distinto del propio de los emperadores de la era antonina. Mientras que Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio procedían de familias de origen italiano, unidas por vínculos muy profundos a la aristocracia senatorial y a tierras patrias con lazos muy duraderos con el mundo latino, Severo era de origen púnico. Por otro lado, aunque pertenecía a una familia que había ingresado en el Senado durante el imperio de Adriano, era de la rama más joven de la familia, que había permanecido en el norte de África. Su abuelo, denominado asimismo Lucio Septimio Severo, había pasado algún tiempo en Italia hacia el final del gobierno de Domiciano (donde recibió el elogio del poeta Estacio) antes de regresar a su hogar como dignatario local en Leptis Magna, donde ocupó, entre otros cargos, el de *sufes*, título con claras reminiscencias del pasado púnico que, a su vez, era en cierta medida un regalo púnico.[5] Aunque Dión Casio retrata a un Severo que hablaba en griego y latín con sus consejeros, otro testigo afirma que el emperador retuvo el acento púnico; cabe interpretar que pronunciaba las *eses* de su nombre como fricativas postalveolares sordas (inglés *she*, francés *chat*), a diferencia de su abuelo, más hábil, de quien se decía pronunciaba el latín sin acento.[6] El padre de Severo, Publio Septimio Geta, parece no haber continuado con el cargo local de su padre; quizá estaba ahorrando dinero para apoyar la carrera de sus dos hijos, que poseían, uno y otro, aspiraciones de recibir la dignidad senatorial. Independientemente de su cargo, de lo que no cabe duda es de que Publio Septimio

Geta era muy rico. Su riqueza quizá procediera de las grandes fincas que poseía en los alrededores de Leptis, pero también de la pericia con la que enviaba a Roma barcos cargados con los excedentes (presumiblemente, cereales y aceite de oliva).

Lejos de ser el hijo de un general famoso, como lo fuera Trajano, o sobrino de un emperador elevado luego a la condición imperial, como Adriano, o miembro distinguido del Senado, como Pío, o joven educado para ser rey, como Marco, Lucio Septimio Severo fue hijo de un hombre muy rico que jamás emprendió carrera pública. Su aspiración a la soberanía no procedía de su cuna, sino de la fortuna acumulada por su padre. Si con frecuencia pareció que Severo no encajaba con la «vieja» nobleza romana, la razón era sencilla: provenía del exterior del círculo privilegiado.[7] En la segunda mitad del siglo II, no fue una jugada exclusiva de los Severos, en ningún caso, pero su familia sí era singular por el hecho de ser de extracción púnica, antes que griega o italiana. Las regiones semíticas del imperio, en su conjunto, proporcionaban muy pocos senadores.

Aunque Lucio y Publio, el abuelo y el padre de Severo, evitaron el servicio imperial, no cabe afirmar lo mismo de los dos hijos del hermano de Lucio, Cayo Claudio Septimio Afer, que empezaron carreras senatoriales que los llevaron hasta el consulado. Dado el éxito de los hijos de Septimio Afer, quizá era de esperar que tanto Septimio, que nació el 8 de abril de 146, como su hermano probaran suerte en el Senado; y tampoco habría extrañado a nadie que se les concediera el *latus clavus* («franja amplia»), que indicaba que el emperador respaldaba la pretensión de unirse al Senado; o que se les asignara cargos entre los *vigintiviri*, cuyos diversos puestos eran un primer terreno de fogueo para aquellos hombres que serían admitidos en el Senado cuando se les concediera la cuestura, a los veinticinco años. El futuro emperador comenzó la carrera oficial en Roma a los dieciocho años y se cree que ya desempeñaba uno de los veinte cargos asignados a los *vigintiviri* en 164; el ejercicio del mecenazgo quizá fuera suficiente para excusarlo de realizar la tarea, más onerosa, del tri-

bunado militar, que por lo general habría representado el paso siguiente (*HA Sev.*, II, 2). Cinco años más tarde fue nombrado cuestor y en 170 se le designó como auxiliar del gobernador de la Bética. Durante los años intermedios es probable que aprendiera a actuar como abogado en los tribunales y para ello cabe la posibilidad de que contara con la instrucción de Cornelio Frontón, el orador latino más destacado de su época, que procedía igualmente del norte de África.[8]

Severo habría recibido su nombramiento como cuestor en el verano de 170, pero antes de que pudiera asumir el cargo ocurrieron dos cosas. Por un lado, la muerte de su padre lo obligó a regresar a casa para resolver los asuntos familiares; por otro, la Bética fue invadida por tribus norteafricanas. A la vista de aquella situación de emergencia, Marco asignó la provincia a otro cuestor con competencia militar y envió a Severo a Cerdeña (Sardinia). Dos años más tarde, el joven servía como *legatus* (asistente) de Gayo Severo como gobernador de África. En este año afirmó haber consultado a un astrólogo cuyo horóscopo le predecía un futuro «magno», que los dos interpretaron como «imperial» (*HA Sev.*, II, 9). Sin embargo, el futuro aún tuvo que esperar. Entretanto, contrajo matrimonio con una mujer llamada Paccia Marciana y fue nombrado tribuno de la plebe por Marco en 175 (*HA Sev.*, III, 3). Devino pretor dos años después y gobernador del sur de Hispania en 178. En 180 se trasladó a Siria, como primer puesto militar, como *legatus* de la cuarta legión. Hasta aquel momento, su carrera era sin duda respetable, pero apenas ofrecía signos de que pudiera culminar con el cumplimiento de la profecía recibida unos años antes.

El imperio de Cómodo

Marco Aurelio murió el 17 de marzo de 180, cuando por fin estaba concluyendo las prolongadas guerras que había librado con las tribus del norte del Danubio, desde que estallaran hacía más

de una década. Su hijo Cómodo, a la sazón con dieciocho años, había sido designado coemperador en 177 y continuó la labor en solitario. El resultado fue penoso.

Cómodo no solo era demasiado joven y carecía de la suficiente experiencia del mundo como para gobernar por sí solo, sino que heredó un gobierno ocupado por hombres mucho más viejos que él y acostumbrados a tipos específicos de relación con un emperador. Quizá benefició a Severo el hecho de estar apartado de Roma cuando comenzó el reinado en solitario de Cómodo. Se hallaba lejos del proceso de toma de decisiones sobre el Danubio cuando el nuevo y joven emperador se dejó aconsejar por los favoritos que se habían apercibido de que su temperamento no era adecuado para la vida en la frontera y las reuniones prolongadas con oficiales de gran experiencia militar; Cómodo prefería celebrar fiestas alcohólicas con amigos cercanos. Así pues, mientras la acción continuaba a las órdenes de estos generales durante los dos o tres años siguientes, Severo se perdió el triunfo que celebró Cómodo a los seis meses de la muerte de su padre y tampoco debió de ver cómo su soberano se besaba con su cubiculario, Saotero, mientras entraban en Roma en el carro triunfal (*HA Com.*, III, 6). Aun así, el emperador debió de sentir las tensiones de palacio, cada vez más fuertes. En 182, la hermana mayor de Cómodo, Lucila —de mucha más edad, viuda de Lucio Vero y esposa separada de Claudio Pompeyano—, organizó una conspiración para matar a su hermano. Al parecer, el problema eran los celos de Brutia Crispina, con la que Cómodo había contraído matrimonio en 175. La conspiración fue un fracaso sonado, puesto que el asesino gritó: «¡Ved la daga que os envía el Senado!» mientras sacaba el arma, con lo que alertó a los guardias (*HA Com.*, IV, 1; Dio, LXXII, IV, 4). El intento de asesinato llevó el caos al gobierno, cuando uno de los prefectos del pretorio aprovechó la confusión para ordenar el asesinato de Saotero y luegó murió de resultas de una conjura cuidadosamente tramada por su compañero Tigidio Perenio (*HA Com.*, IV, 5). Hubo otras conjuraciones, una de las cuales implicó directamente a Pertinax, uno

de los comandantes más capaces de Marco Aurelio (y a la sazón gobernador de Siria), que pasó a un retiro temporal antes de ser llamado de nuevo en 185 para gobernar Britania. En cuanto a Severo, que había dirigido una legión en Siria durante el período de gobierno de Pertinax, parece ser que consideró prudente no regresar a Roma mientras se desarrollaban estos acontecimientos, por lo que pasó cierto tiempo en Atenas, hasta que el mismo año de 185 se le otorgó el gobierno de la Galia Lugdunense. En esta época falleció Paccia Marciana.

Desde esta distancia temporal, no es fácil decidir cómo interpretar su decisión de casarse de nuevo, a la que sin duda Severo habría dado publicidad más adelante. Su segunda esposa fue Julia Domna, miembro de la familia que antaño había regido la ciudad de Emesa.* Según la biografía de la *Historia Augusta* —una obra con mucho peso de la propaganda severiana, al igual que ocurre con la historia de Dión Casio—, Severo supo que un horóscopo había predicho a Julia que se casaría con un rey, y por eso pidió su mano (*HA Sev.*, III, 9, con las salvedades recogidas por Rubin).[9] No es tan espectacular el relato de Dión Casio, quien refiere que la fiesta de la boda fue preparada en el Templo de Venus por Faustina, una de las tres hijas supervivientes de Marco Aurelio (Dio, LXXIV, III, 1). Pero no es un pasaje irrelevante, pues da a entender que Severo estaba ascendiendo de nuevo en el mundo; parece haber sido un subordinado leal a Pertinax y ahora que la estrella de Pertinax se alzaba de nuevo, mejoraron sus contactos. Probablemente contribuyó la buena reputación adquirida en su nuevo puesto (*HA Sev.*, IV, 1), algo que quizá lo ayudara a escapar de la acusación de haber consultado a astrólogos mientras era gobernador de Sicilia, en 189 (*HA Sev.*, IV, 3), iniciativa que podemos dar por segura, a juzgar por lo que sabemos de sus hábitos. Poco más tarde fue incluido en el vasto colegio consular que Cleandro designó para el año 190. Aunque no había ninguna gloria excepcional en el hecho de ser uno de los

* La actual Homs, en Siria. (*N. de los t.*)

veinticinco cónsules, el nombramiento le permitió acceder a cargos mucho más importantes de los que había ostentado hasta la fecha; también sugiere que el nuevo poder instalado en el palacio lo tenía por un hombre de fiar. En 191, un año después de que Cleandro fuera apartado del poder por otra conjuración cuidadosamente organizada para sacar partido de las debilidades de Cómodo, Severo fue nombrado gobernador de la Panonia Superior, un puesto de importancia genuina, con varias legiones a su mando. Tuvo que ser el prefecto del pretorio Emilio Leto, de origen africano, quien apuntó su conveniencia. El gobierno de la Panonia Superior también permitió a Severo no asistir a uno de los espectáculos más estrambóticos de la historia de Roma.

A Cómodo le gustaban los gladiadores. Tanto le gustaban que, de hecho, el emperador anhelaba convertirse en uno de ellos. También sentía pasión por Hércules, a quien consideraba un modelo. Y pasión por sí mismo, hasta el extremo de rebautizar a Roma como *colonia Commodiana* en su su propio honor. El cambio de nombre se produjo en 190, el mismo año en el que Cómodo se añadió el epíteto de Hercúleo, tras haber demostrado su pericia como cazador de animales en el anfiteatro de Lanuvio.[10] En los *ludi Romani* de 192, Cómodo apareció en el Coliseo como cazador y gladiador, en el marco de una serie de representaciones destinadas a evocar los doce trabajos de Hércules. Los acontecimientos de los *ludi Romani* quizá colmaran la paciencia de quienes llevaban las riendas reales del gobierno. En la Nochevieja de 192, Marcia sirvió a Cómodo carne de ternera envenenada. Como pareció que iba a sobrevivir, Marcia hizo llamar a un tal Narciso, luchador profesional que residía por entonces en el palacio, para que lo estrangulara.[11]

Revoluciones

Quizá no deba extrañarnos que los conspiradores, dos de los cuales tenían lazos con la familia de Pompeyano, buscaran el apo-

yo de Pertinax. En las primeras horas matinales del 1 de enero, Leto se presentó en la casa de Pertinax y lo invitó a acudir al campamento pretoriano para ser proclamado emperador, a cambio de la promesa de regalar doce millones de sestercios (doce mil por hombre, lo que suponía una cifra notoriamente más baja que la que habían recibido sus miembros tras el acceso al poder de Marco Aurelio). Pertinax cumplió con lo que le solicitaron y cuando el Senado se reunió para las ceremonias de apertura del nuevo año, siguió el ejemplo de la guardia y lo proclamó emperador.

Pertinax resultó ser una elección desastrosa, no porque fuera un mal hombre, sino ante todo porque el contraste entre su estilo y el de su predecesor era demasiado fuerte. En la medida en que Cómodo tenía un estilo de gobernar, éste pasaba por ceder virtualmente toda la autoridad cotidiana a manos de sus subordinados. Pertinax, cuya vida no estaba libre de escándalos —sobrellevó la infelicidad de su matrimonio manteniendo una relación con Cornificia, hija de Marco (*HA Pert.*, XIV, 9)—, tenía un estilo radicalmente distinto. Era de gustos sencillos e insistió en mostrar mucha deferencia ante el Senado, al par que censuraba que se consintiera a la guardia pretoriana, que al parecer estimaba a su predecesor. No contribuyó el hecho de que la relación con Leto se deteriorara con gran rapidez, sobre todo porque Pertinax no fue capaz de sufragar el regalo prometido; Leto apoyó un intento frustrado de nombrar emperador a uno de los cónsules del año, Quinto Pompeyo Sosio Falcón. Pertinax lo frustró al denunciar la conjura en el Senado, pero cometió un error fatal al ejecutar a algunos de los guardias implicados, mientras permitía que Falcón se retirara a sus tierras. A la guardia le sentó mal que se castigara a varios compañeros, pero no al líder de la conjuración, porque Pertinax había jurado no ejecutar nunca a un senador (*HA Pert.*, X, 1-4; Dio, LXXIV, 8).

El 28 de marzo, doscientos miembros de la guardia se dirigieron al palacio en formación cerrada. Pertinax había dado permiso a los miembros de su guardia personal y no pudo defenderse. Según Dión Casio, «no había sabido comprender ... que

no es seguro reformarlo todo de una vez» (Dio, LXXIV, X, 3). Esto representa el punto de vista de otro senador. Entiendo que habría sido más preciso observar que fracasó porque no se dio cuenta de que, en tiempos de incertidumbre, un emperador ha de depositar la confianza, antes que nada, en sus soldados.

El campamento pretoriano se tornó un lugar de gran ajetreo cuando se difundió la noticia de la muerte del emperador. Al tener noticias del alzamiento, Pertinax había enviado al campamento a su suegro, Flavio Sulpiciano, a la sazón prefecto de la ciudad, para que averiguara lo que ocurría. Sulpiciano se hallaba ahora negociando con la guardia su propia promoción al trono imperial, cuando se presentó en la puerta del campamento otro senador destacado, Didio Juliano, con un grupo de partidarios: deseaba poder realizar su propia oferta. Juliano supo negociar con éxito su acceso al trono al recomendar a los soldados que no aceptaran a un hombre que podría desear vengar a Pertinax y hacer profesión de afecto por Cómodo (*HA Jul.*, III, II, 6-7, fuente preferible a Dio, LXXIV, XI, 2-5). Antes de que cayera el sol, Sulpiciano había muerto y, tras prometer que donaría veinticinco mil sestercios a cada hombre de la guardia pretoriana, Juliano fue a buscar el reconocimiento del Senado. Se aprobó, en efecto, un senadoconsulto que le otorgaba el título de *imperator*, el poder tribunicio y la *ius proconsulare* o autoridad proconsular (*HA Jul.*, III, III; el episodio del *senatus consultum* se halla atestiguado asimismo por Dión Casio, que asistió a la reunión: Dio, LXXIV, XIII, 1).

Al parecer, Septimio Severo era consciente de que Pertinax estaba en problemas, aunque hoy es difícil discernir hasta qué punto se preparó para intervenir. Según fuentes que tal vez se apoyen demasiado en la autobiografía del propio Severo, comenzó a explorar la posibilidad de hacerse con el trono mediante conversaciones con grupos reducidos de oficiales, poniendo a prueba la voluntad de los hombres en cuanto supo de la muerte de Pertinax (Herodiano, II, IX, 7).[12] Pero no hay razones suficientes para dar crédito a tal versión de la cronología, pues fue pro-

clamado emperador el 9 de abril (*HA Sev.*, V, 1; *P. Dura*, LIV, II, 3), es decir, casi en la fecha más temprana posible desde que recibiera la noticia de los hechos acaecidos en Roma el 28 de marzo. Una versión que parece proceder de su propia pluma sugiere que se había granjeado el apoyo de su ejército antes de ser proclamado emperador (apoyo que no cabía obtener con seguridad de un día para otro).

Tras conocer la lealtad de las tropas, Severo tuvo que averiguar de qué opinión eran los colegas de las provincias adyacentes (algo que tampoco cabía resolver de la noche a la mañana, dadas las distancias existentes, que debían cubrir mensajeros a caballo). En todo ello, Severo se aprovechó del hecho de que su hermano mayor, Publio Septimio Geta, gobernaba la Mesia Inferior. Quizá también tuviera alguna clase de vínculos personales con el gobernador de Dacia, Quinto Aurelio Polo Terenciano, que era miembro del mismo colegio sacerdotal en el que Severo había sido admitido unos pocos años antes. Quedaban fuera los gobernadores de la Panonia Inferior y la Mesia Superior que, sin embargo, se cree que accedieron con relativa presteza (Herodiano, II, IX, 12 y X, 1; véase también Birley).[13] En una serie de monedas acuñadas a instancias de Severo en fechas posteriores del mismo año se hace conmemoración de quince de las dieciséis legiones acampadas en las provincias del Danubio. El proceso, en suma, tuvo que durar varias semanas y haber comenzado antes del 9 de abril.

Severo no fue el único que buscó sacar partido de la caída de Pertinax. Clodio Albino, gobernador de Britania, fue proclamado emperador mientras Severo marchaba hacia Roma, al igual que Pescenio Níger, gobernador de Siria; y aunque más adelante Severo dio a entender que la proclamación de aquéllos fue anterior a la suya propia, la geografía parece indicar lo contrario. Los dos hombres pueden haber sabido de la rebelión de Severo al tiempo que conocían el asesinato de Pertinax y cabe concebir sus acciones, razonablemente, como respuestas al golpe de Severo; el hecho de que Albino actuara con la mayor celeridad posible para garantizar la lealtad de las legiones destacadas en las provincias

del Rin da a entender que procuraba estabilizar su posición frente a Severo; Níger parece haber partido hacia el Helesponto con la mayor rapidez posible. Nadie podía confiar en que Juliano fuera capaz de organizar defensas eficaces contra las legiones del Danubio. Se recibieron cartas de Severo en numerosos cuarteles, desertaron las tropas de muchos puntos clave y Juliano se descorazonó (*HA Jul.*, VIII, v; Dio, LXXIII, xvii, 3). El 1 de junio convocó una reunión del Senado para pedir que Severo fuera nombrado coemperador, pero era demasiado tarde. Los pretorianos habían recibido cartas que les prometían cancelar las represalias si entregaban a los asesinos de Pertinax. Lo hicieron así y anunciaron tal hecho al cónsul Silio Mesala, quien usó su propia autoridad para convocar una reunión del Senado en la que se aprobaron tres decretos: uno sentenciaba a muerte a Juliano; otro nombraba emperador a Severo; y el tercero concedía honores divinos a Pertinax (Dio, LXXIV, xvii, 3-4; Herodiano, II, xii, 6-7). Se envió a palacio a un soldado que encontró a Juliano abandonado por sus partidarios y le dio muerte (*HA Jul.*,VIII, vii).

El avance de Severo hizo gala de un dominio absoluto de la estructura política de la ciudad y el emperador no se demoró en adoptar nuevas medidas para asegurarse de que seguiría bajo su control. Convocó a los pretorianos, desarmados, a una reunión celebrada fuera de la reunión, y los expulsó (Dio, LXXIV, i; *HA Sev.*, VI, 11; Herodiano, II, xiii, 1-12). Creó una nueva guardia a partir de los soldados venidos de los Balcanes, y los prefectos de Juliano, que cambiaron de bando en el momento oportuno, conservaron su puesto (*HA Sev.*, VI, 6). Aun así, Severo nombró también a un nuevo prefecto de la guardia, que se distinguió por acorralar a los hijos de Níger. Se llamaba Fulvio Plautiano y era pariente lejano del propio Severo (*HA Sev.*, VI, 10; *HA Pesc. Nig.*, V, 2).

La entrada de Severo en Roma demuestra que comprendía perfectamente la función del espectáculo como elemento de autorización del poder imperial. Según Dión Casio, que lo presenció:

> Toda la ciudad había sido cubierta por guirnaldas de flores y laurel y adornada con materiales de gran riqueza de colores, y estaba incendiada por las antorchas y el ardiente incienso; los ciudadanos, que vestían ropas blancas y exhibían rostros radiantes, expresaban a gritos sus buenos augurios; también destacaban los soldados, con sus brillantes armaduras, como participantes de alguna procesión festiva; y por último estábamos nosotros [los senadores], caminando con gran solemnidad (Dio, LXXV, I, 4).

La procesión, con los elementos distintivos de la estructura del poder romano indicados por los ropajes, prestaba confirmación visual del orden social. A los pocos días, la complementó otro espectáculo: el funeral oficial de Pertinax, que culminó con la liberación de un águila encerrada en una jaula sobre la pira funeraria, símbolo del ascenso del alma del emperador, que se reunía con los dioses (Dio, LXXIV, IV, 2-5; *HA Sev.*, VII, 8-9). Cuando Pertinax pasó al otro reino, Severo amplió su pretensión de legitimidad adoptándose a sí mismo en la familia del difunto (Herodiano, II, X, 1). Pero todo tenía que hacerse deprisa, dado que la guerra con Níger ya había estallado.

Pero el empeño de Níger estaba destinado a fracasar. Severo podía oponer las dieciséis legiones del Danubio frente a tan solo seis de las provincias orientales. Así pues, aunque sus fuerzas cruzaron el estrecho de los Dardanelos y derrotaron a parte del ejército de Roma antes de que Severo completara los acuerdos en Roma, Níger no pudo aprovechar su victoria. Un grupo de ejércitos formados a partir de las legiones de Panonia le obligó a retroceder a la Turquía occidental.[14] Una flota llegó de Italia con tropas suficientes para perseguir a Níger y, al mismo tiempo, iniciar un prolongado y sangriento sitio de Bizancio, ciudad que había dado la bienvenida a Níger y se negaba a mudar de lealtad. El asedio duró tres años.

A pesar de las tradiciones posteriores, que hablan de la pereza de Níger y las escasas cualidades militares de sus hombres (y deben mucho, si no todo, a la pluma de Severo), el ejército oriental combatió con energía y eficacia; su retirada se realizó con

pericia —pese a ser la más compleja de las operaciones militares— y en la batalla final de Iso, en mayo de 194, combatieron con gran intensidad, por mucho que el resultado último era bastante predecible.[15] Mucho antes de la batalla, Severo había sacado partido tanto del hecho de controlar a los hijos de los gobernadores provinciales que habían permanecido en Roma como de las rivalidades entre las ciudades de la región. El gobernador de Arabia cambió de bando y cabe suponer que también la legión que dirigía; desertó igualmente una segunda legión, destacada en Palestina, y se rebelaron varias ciudades.[16]

Nada más derrotar a Níger, Severo invadió la Mesopotamia septentrional con la intención de «castigar» a los partos por haber apoyado a su rival. A la postre, el reino de Osroene quedó reducido a la condición de provincia en la primavera de 195,[17] a lo que siguió, poco después, la proclamación de Caracalla como César y la adopción de su familia en el seno de la de Marco Aurelio. Esta proclamación de Caracalla equivalía a una declaración de guerra contra Albino, que fue acusado de conspirar para asesinar a Severo. El 15 de diciembre, el Senado declaró a Albino enemigo público.

El resultado de la guerra con Albino era tan predecible como lo había sido el de la guerra con Níger, puesto que, aunque Albino dirigía un ejército mayor (las tres legiones de Britania con las seis del Rin), Severo aún gozaba de una clara superioridad numérica. A pesar del hecho de que Albino podía llegar a Italia con relativa rapidez —Vitelio había realizado esa marcha en menos de tres meses, en el invierno de 69, después de haberse proclamado emperador—, fue incapaz de lanzar cualquier clase de ofensiva eficaz, ni siquiera mientras Severo regresaba de Oriente. Cabe conjeturar que antes de que se produjera la ruptura final de la relación, se habían desplazado al norte de Italia fuerzas significativas; algunas pruebas indican que Severo había organizado cierta forma de quinta columna en las provincias gálicas. Dión Casio menciona a un maestro de escuela llamado Numeriano que imitó a un senador y encabezó un grupo de soldados de reclutamiento

privado, con los que estorbó las operaciones de Albino y capturó cerca de setenta millones de sestercios en el transcurso de la guerra (Dio, LXXV, V, 1). Es improbable que actuara en solitario. Quizá Severo pudo aprovechar los vínculos establecidos como gobernador de la Lugdunense, que se hallaba en la ruta meridional de Albino, para fomentar las disensiones. La batalla final, que se libró cerca de Lyon, a finales del verano de 196, no fue poco sangrienta, pero Severo emergió como el vencedor.

En la estela de la victoria sobre Albino, Severo marchó de nuevo hacia el este, con solo un breve descanso en Roma, para invadir de nuevo Partia. Saqueó Ctesifonte y se retiró por la vía del norte de Iraq, donde fracasó de forma sonada en su intento de capturar la ciudad de Hatra. Aunque no está del todo claro qué pretendía con esta conquista —Hatra era un lugar destacado, con fuertes lazos de unión con las tribus indígenas de la zona—, parece ser que no pretendía ocupar la región de forma duradera, idea considerada muy poco práctica desde hacía ya tiempo. Quizá el único objetivo de la operación fuese intimidar a los vecinos orientales de Roma. De ser así, el fracaso de Hatra no parece haber surtido ningún efecto claramente contraproducente.[18] Tal como pondría de relieve la historia de los veinte años posteriores, los partos no querían tener nada que ver con los romanos, mientras pudieran evitarlo.

Severo y las ciudades del imperio

Las actividades del mañoso Numeriano eran tan solo un aspecto más de las relaciones entre la política imperial y la local que se habían manifestado en los años de las guerras civiles. El maestro vio en los disturbios una forma de reforzar su condición, aunque luego rechazara la categoría senatorial y se contentara con una vida tranquila y un retiro favorecido por una pensión imperial; su comportamiento, tanto a pequeña como a gran escala, debió de ser moneda bastante corriente. En el otro extremo del imperio,

cierto bandolero llamado Claudio se acercó a Severo en algún punto de Siria, al parecer en cabeza de una banda reducida, saludó al emperador y lo besó antes de desaparecer por el desierto. Ningún oficial romano lo volvió a ver, pero es fácil imaginar cómo reverberaron los relatos del encuentro en las tiendas de su gente (Dio, LXXVI, II, 4). En otros lugares, los efectos del contacto con el gobierno imperial eran más obvios, pero en todos los casos parece ser que la iniciativa procedía sobre todo de los habitantes de las provincias, que en los dos siglos anteriores de gobierno imperial se habían acostumbrado a utilizar la administración central para sus propios fines.

La extraordinaria resistencia de Bizancio a los ejércitos de Severo debe interpretarse en el contexto de la experiencia dilatada y de un profundo sentimiento de desesperación. Los miembros de la clase superior debieron comprender que su acción, al recibir a los ejércitos de Níger, era un paso irrevocable, a la luz de la condición de sus defensas. Habría sido mucho más prudente cerrar las puertas y esperar a ver quién cobraba ventaja en la guerra, salvo que existieran lazos de obligaciones pasadas a favor de Níger, de los que no tenemos constancia. La situación era muy distinta en otras zonas, donde las rivalidades locales —que se habían desa-rrollado durante años mediante legados que solicitaban favores— estallaron ahora en guerra abierta e imitaron la conducta de las autoridades romanas. El primer ejemplo sería el caso de Nicomedia y Nicea, rivales de antiguo por la supremacía de Bitinia.[19] Nada más recibir la noticia de que Severo había vencido en Cícico en 194, Nicomedia envió un embajador para proclamar que se adhería a su causa. En consecuencia, según nos indica Herodiano, «el pueblo de Nicea, por el contrario, debido a su rivalidad con Nicomedia, se unió al otro bando, abrió las puertas al ejército de Níger y acogió a todos los fugitivos que pasaban por su camino, así como al destacamento que Níger envió a Bitinia. Las dos ciudades eran como campamentos militares y fueron la base desde la que chocaron las fuerzas» (Herodiano, III, II, 9).

Otra consecuencia del hecho de que Nicea se decantara por Níger fue que Nicomedia vio confirmada su posición como metrópoli de Bitinia. Quizá sea síntoma de la atención que se estaba prestando al desarrollo de la guerra, pero mientras Níger preparaba su posición al sur de los montes Tauro se produjeron nuevas deserciones: las de Tiro y Laodicea. Lo más relevante del hecho es que los ciudadanos que dirigían el destino de estos lugares estaban dispuestos a asumir riesgos extremos para mejorar la posición de sus ciudades. Las distintas jerarquías cívicas del imperio no se podían contemplar a sí mismas como algo aislado del poder del gobierno central y la política de necesidad regional tomó su dirección a partir de las que adoptaba la administración imperial. Este nexo de relaciones lo pone de relieve con claridad Herodiano, cuando escribe: «Mientras ocurría esto [la retirada de Níger] en Capadocia, hubo un estallido de guerra civil: los laodicenses de Siria, por odio a Antioquía; y los tirios de Fenicia, por su enemistad con Beirut. Al conocer la derrota de Níger, se aventuraron a derribar sus honores y proclamar a Severo» (Herodiano, III, III, 3).

Laodicea y Antioquía eran las ciudades más señeras del valle del Orontes y habían sido fundadas, una y otra, por los seléucidas. En este caso, la rivalidad nacía de causas similares a las que separaban a las dos grandes ciudades de Bitinia, aunque Antioquía siempre había ocupado una posición más notoria en cuanto sede principal de los reyes seléucidas. El castigo impuesto a Antioquía no fue menor: fue reducida de la condición de ciudad a la de aldea y quedó adscrita a Laodicea, que fue nombrada *colonia*. Los Juegos Olímpicos de Antioquía se trasladaron a Antioquía de Cilicia, donde se celebraron, en adelante, junto con juegos que conmemoraban la victoria de Severo.[20]

En Fenicia la situación era algo distinta. Tiro era una de las ciudades más antiguas de la región, mientras que Beirut debía su eminencia a su fundación como colonia de veteranos por parte de Augusto, en 15 a. C.[21] En cultura e historia previa, no cabe imaginar dos lugares más diferentes. Tiro preservaba la memo-

ria de los antiguos reyes fenicios, acuñaba moneda con leyendas fenicias, honraba a sus antiguas divinidades y exigía ser hegemónica entre las ciudades de Fenicia. Era plenamente bicultural: sin la mezcla de elementos de su pasado fenicio con los griegos, su singularidad no habría resultado comprensible en época imperial. Esta fusión tan perfecta de tradiciones puede considerarse característica de la cultura fenicia y se oponía a la romanidad propia de Beirut: en las monedas y las inscripciones públicas figuraban los dioses romanos y la ciudad se vanagloriaba de su título de *colonia*. No es de extrañar que hubiera tensión entre las dos ciudades, pero fueron capaces de coexistir en tanto hubo unidad en la administración imperial. Pero esto tampoco basta para explicar la guerra civil. Tras haber obtenido la victoria, se cuenta que Severo castigó a los partidarios de Níger en todas las ciudades de Oriente (Dio, LXXIV, VIII, 4). Como cada uno de los lugares debió de contar con sus propios defensores, es fácil imaginar que se produjeron intentos desesperados por sacar provecho personal de la división. La guerra civil no fue un hecho aislado que afectara únicamente a los ejércitos de Roma.

Es de creer que, como hombre que unía en su propia persona la cultura de una patria alejada con la de la capital, Severo era especialmente consciente de que su comportamiento tendría impacto en todo el imperio. Parece haber estado resuelto a dejar su impronta en las provincias. La vieja provincia de Siria quedó dividida en dos: la *Syria Coele* o Celesiria (nombre que significa «Siria hundida»), que comprendía las regiones cuya cultura urbana había sido muy reformada por el reino seléucida, y la *Syria Phoenice* («Siria fenicia»), que incluía las regiones que conservaban un carácter más fuertemente semítico. Su propia mujer, Julia Domna, fue otro producto de la región, claro está; su ciudad natal, Emesa, desertó del bando de Níger, como hizo Heliópolis, a la que se recompensó con el título de *colonia* y el *ius italicum*. Tiro también fue premiada con la condición de colonia.[22] En Palmira, nombrada asimismo colonia, la historia fue algo distinta, cuando la familia de un dignatario local, llamado Odenathus u Odenato,

comenzó a adquirir una posición de dominio. El oráculo local de Zeus Belos en Apamea, que había cobrado cierta relevancia durante el gobierno de Trajano, incrementó su fama al realizar predicciones sobre Severo que se difundieron hasta el punto de atraer la atención de Dión Casio.[23]

Más adelante, concluida la segunda guerra con los partos, Severo retrasó la vuelta a Roma y realizó un viaje que le llevó a cruzar Egipto hasta su tierra natal, exhibiendo de nuevo su interés en la contribución semítica a la historia de Roma. En los programas de renovación urbana, no siempre es posible saber dónde radica la auténtica iniciativa del proyecto. Es obvio que el pueblo de Leptis Magna tendría un gran interés en honrar a la familia de su ciudadano más famoso, y ello, si no más, explicaría las estatuas que se han encontrado (y que probablemente, son reflejo de un programa más amplio) en honor de varios miembros de la familia del emperador, incluidos Paccia Marciana, sus padres y su abuelo. También es la iniciativa local la que parece subyacer a la erección de un altar dedicado a Liber Pater en el foro; pero la inclusión de Leptis en el mundo semita más general se refleja en una única dedicatoria preservada, por parte de la colonia de Tiro como metrópoli de Fenicia, al hijo menor de Severo, Geta. En su momento tuvo que estar acompañada por las estatuas de otros miembros de la familia.[24] Igualmente, la iniciativa local parece estar detrás de la redecoración del gran arco que se alzaba sobre un importante cruce de caminos de la ciudad, para celebrar la victoria frente a Partia. La respuesta de Severo fue otorgar a Leptis el *ius italicum*, construir un nuevo foro, además de una basílica, reconstruir la calle columnada que iba del puerto a los baños principales (una estructura de Adriano) y proporcionar a la ciudad unas instalaciones atléticas completamente modernizadas, enlazando el anfiteatro con un circo de vanguardia.[25] Por último, cabe la posibilidad de que el enorme Templo de Leptis que antaño se pensó era un templo dedicado a la casa de Severo sea en realidad el gigantesco Templo de Baco y Hércules sobre cuyos costes se quejaría más tarde Dión Casio.

En este contexto, Baco y Hércules no son más que Shdrp' y Mlk'shtrt, Shadrapa y Melqart, los antiguos patronos de Leptis, que solían identificarse con aquellas dos divinidades grecorromanas.[26] La clave de todo ello, sin embargo, es que la construcción no pretendía recrear Roma en Leptis, sino crear un paisaje urbano moderno y específicamente nuevo que incorporase el pasado semítico junto con el presente romano, para afirmar la igualdad de las dos tradiciones.

El hecho de que Severo integrase las partes semíticas del imperio en el centro del gobierno es un movimiento profundo, más hondo que las actividades culturales de los dos siglos anteriores, cuando las tradiciones de Oriente fueron aceptadas solo en la medida en que se las podía helenizar. En el trato que les dispensó Severo, no se «helenizaron» ni «romanizaron» las tradiciones, si cabe entender por ello una transformación del sentido que tenían como tradición nativa, sino que se las equiparó. La obra de Severo en Siria y Mesopotamia tuvo como fruto la alteración más notable de la forma de la frontera exterior desde los tiempos de Augusto y, en general, sus acciones suponen una afirmación novedosa de la unidad cultural del imperio.

Severo y la tradición romana

Hay razones para tildar de excéntrica la forma en la que Severo leyó la historia de Roma. Cuando estuvo en Egipto, hizo sacrificios en la tumba de Pompeyo, pues al parecer temía que el espíritu de Pompeyo estuviera furioso con él porque había sido un Severo quien lo había asesinado (Dio, LXXV, XIII, 1, junto con Birley).[27] En la propia Roma, tras la derrota de Albino, pronunció un discurso en el Senado en el que criticaba a Pompeyo y César por haber exhibido un grado de compasión que supuso su propia condena, mientras ensalzaba la ferocidad y el «rigor» de Mario, Sila y Augusto, que fue su salvación (Dio, LXXV, VIII, 1). Se diría que la palabra que eligió Dión Casio para «rigor» —*auste-*

ria, una cualidad moral— transmite ante todo el empeño por atrapar los matices de voces latinas como *rigor* o *disciplina*, puesto que, al parecer, las cualidades de *severitas* y de *disciplina/rigor* eran las que más enorgullecían a Severo. La Roma de su tiempo, debía de pensar el emperador, no estaba comprometida como era preciso con la rectitud moral. Ésta fue la razón, probablemente, de que intentara hacer valer —en lo que supuso un fracaso notorio— las penas contra el adulterio dispuestas en la *Lex Julia de adulteriis*. Se preguntó por qué el Senado objetaba en contra de que su línea fuera adoptada en el seno de la Antonina, y en contra de que restaurase la *memoria* de Cómodo, cuando compartían los mismos vicios por los que habían condenado a este emperador (Dio, LXXV, VIII, 2). Al recordar los oscuros años de la guerra civil del siglo I a. C., Severo no solo defendía su propia conducta, sino que proclamaba su adhesión a una visión de la historia romana en la cual la monarquía emergió a partir de las carreras sucesivas de los hombres fuertes del ejército; era una concepción más similar a la de Tácito que a la de finales del siglo II, y que pretendía establecer una ruptura clara entre la república y la monarquía con la batalla de Accio (Dio, LIII, XVII, 1).

La decisión de Severo, en 197, de incluirse como adoptado en la línea Antonina fue extensión lógica de la decisión que había tomado en cuanto subió al trono: hacer que lo retrataran con barba considerable, al estilo de Marco y de Cómodo. Pertinax había dado el mismo paso, al igual que Albino y Níger. Quizá todos tenían aquella barba tan poderosa, pero, de ser así, la elección de la apariencia era sin duda reflejo de la convicción de que tal era el aspecto de los hombres importantes, esto es, una señal de respeto hacia el estilo adoptado por los emperadores con posterioridad a Trajano. En el caso de Severo, el resultado adicional fue el de hacer hincapié en la continuidad con un pasado que se reputaba glorioso; sin duda, Dión Casio no era el único en considerar que el imperio de Marco Aurelio había sido una especie de edad de oro. La gloria del pasado también figuraría en otros aspectos públicos relevantes de la estancia de Severo en Roma,

con la salvedad de que era importante que la aristocracia y el pueblo romanos, que en 193 habían expresado una preferencia clara por Níger, hicieran honor a la tradición de sus antecesores. Una de estas tradiciones, a juicio de Severo, era el respeto por las tradiciones de otros pueblos. Así pues, se sintió horrorizado cuando un festejo con atletas femeninas —cuyas actuaciones habían adquirido auge en Oriente durante el siglo anterior y que figuraron de modo destacado en los Juegos que retornaron a Antioquía cuando la ciudad recuperó su condición de metrópoli en 198— provocó una respuesta vergonzosa por parte del público, cuando patrocinó una exhibición de su talento en 200 (Dio, LXXV, XVI, 1, junto con Potter).[28] De resultas de aquello, vetó que se celebrara una exhibición ya prevista de mujeres gladiadoras.

Severo tuvo más éxito en 204, con una representación más tradicional: la celebración de los Juegos Seculares. Estos juegos, organizados de acuerdo con el sistema de cálculo de Augusto/Domiciano, marcaron el noveno centenario de la fundación de la ciudad, con varios meses de ceremonias que sintetizaron la tendencia de Severo a hacer hincapié en la integración de su carrera en las tradiciones del estado romano. Es muy llamativo el hecho de que, mientras que las fórmulas de la oración tradicional del período augusteo fueron pronunciadas por Caracalla, parece ser que las divinidades que presidieron el festejo fueron Hércules y Baco.[29] La inserción de las divinidades principales de Leptis en estas ceremonias, cuyos rituales vinculaban al emperador con su pueblo por medio del mutuo intercambio de regalos, es hasta cierto punto paralela a la forma en la que Severo se insertó a sí mismo en el palacio. En efecto, aunque habitaba en la residencia tradicional de los emperadores, en el monte Palatino, pintó en el techo de las salas de celebración de audiencia «las estrellas bajo las que nació», con la sola excepción de aquella parte del cielo que revelaba la hora exacta de su alumbramiento (Dio, LXXVI, XI, 1). Esta información, que se consideraba habría ofrecido también al observador experto la ocasión de predecir el momento de su muerte, se reservaba para el techo de su dormitorio.

El interés de Severo por la astrología, junto con la importancia concedida al papel del hado en la consecución de su éxito, quedó aún más acentuado con la construcción de una estructura hídrica excepcional en el extremo suroriental del monte Palatino: el Septizodio, que combinaba elementos del gran Ninfeo y otras fachadas espectaculares del Oriente griego con elementos tradicionales del teatro romano. Miraba de frente la ruta triunfal de la Vía Apia y exhibía grupos de estatuas que resumían la esencia de la imagen de Severo, con referencias a la función del Hado con los siete dioses planetarios; a su familia (incluidos, muy probablemente, los emperadores de Nerva hasta Cómodo, como miembros de su familia adoptiva extensa); e imágenes que evocaban la campaña oriental.[30] No lejos de este monumento se alzaba un nuevo y vasto conjunto de baños con los que Severo dejaba su huella personal en el paisaje urbano de una zona que estaba especialmente relacionada con los placeres de Roma: el Septizodio se alzaba junto al Circo Máximo y a la vista del Coliseo. Aunque el arco que había construido en el Foro, al pie de la colina Capitolina y cerca de la Curia Julia, podría haber simbolizado su aspiración de ser visto en el Foro, contexto de los emperadores anteriores, estos nuevos edificios celebraban la unión de su dinastía y el pueblo romano.

El peso del destino en la decoración del Septizodio se había convertido, por entonces, en un aspecto notable del discurso de Severo en torno de las guerras civiles. Tenemos muchas razones para pensar que los relatos coetáneos de la guerra con Níger fueron embellecidos con referencias a varios milagros que pretendían recordar los días de Marco, y muy especialmente el famoso «milagro de la lluvia», que se dijo había salvado de una catástrofe inminente a parte de los ejércitos septentrionales, lo que a su vez fue decisivo para cambiar la tendencia de la guerra en contra de sus enemigos.[31] Parece ser que al concluir la campaña oriental se distribuyeron numerosas imágenes que mostraban cómo tormentas poderosas sembraban el caos en las fuerzas de los ejércitos orientales en terrenos espectacularmente montañosos que no cabe iden-



Arco de Severo, Roma

tificar con las ubicaciones conocidas de las batallas principales. El propio Severo también había hecho circular unas memorias en las que ofrecía detalles sobre los signos que precedieron su ascenso al poder (además, claro está, de una versión muy parcial de los acontecimientos predichos) e hizo constar los signos de manera visible en otros monumentos públicos; parece ser que incluso atribuyó el freno ante las murallas de Hatra a la intervención del dios Sol local (Dio, LXXV, XII, 4). Un altar hallado en Lyon, que se remonta aproximadamente a 198, muestra al emperador en compañía de los dioses planetarios en cuyos signos había confiado.

La forma en la que Severo usaba las imágenes y el lenguaje del destino puede parecer un reflejo de sus creencias personales más profundas, pero sin duda, no era excéntrico. A fin de cuentas, Marco había sido el primero en anunciar un milagro meteorológico y afirmar que sus oraciones habían conseguido que un rayo destruyera una máquina de asalto empleada por las tribus del norte; había a Alejandro de Abonoteico, que afirmaba ser profeta de una divinidad, cuando ordenó arrojar dos leones al Danubio; e hizo circular un procedimiento para evitar la peste obtenido mediante el oráculo de Apolo en Claros.[32] El lenguaje de los hados parece haber resonado profundamente en todas las clases dominantes del imperio. Al parecer, el propio Dión Casio era tan creyente como Severo y se había granjeado el favor del emperador con un libro sobre los signos que habían predicho los acontecimientos de la guerra civil,[33] en otro ejemplo clásico de las líneas de comunicación recíprocas entre emperador y súbdito.

Sin embargo, los portentos tampoco cesaron después de que Severo se asegurase el trono. En 200 apareció en los cielos un cometa que se interpretó que solo anunciaba buenos augurios (Dio, LXXV, XVI, 5). Las connotaciones de una erupción del Vesubio que Dión Casio pudo ver desde su residencia capuana fueron muy distintas: eran señal de algún cambio inminente en el régimen.

POLÍTICA DINÁSTICA

En algún momento durante su imperio, Cómodo había ordenado que los gobernadores provinciales dejaran a la familia en Roma. Una de las señales de la fuerza de la organización de Severo en Roma, después del asesinato de Pertinax, fue el hecho de que Julia Domna y sus hijos fueron trasladados en secreto fuera de la ciudad antes de que Juliano pudiera reaccionar (Herodiano, III, II, 4). Níger no había previsto tal eventualidad y su familia quedó detenida cuando Severo entró en la ciudad. El agente de su

arresto fue Cayo Fulvio Plautiano, un pariente lejano del nuevo emperador de quien se cuenta que, en el período de juventud de ambos, había sido su amante (*HA Sev.*, VI, 10; Herodiano, III, XI, 2-3).

Sabemos poco de la vida de Plautiano en los años previos a 193. Lo que es evidente, sin embargo, es que adquirió una riqueza fabulosa —tras su muerte fue necesario nombrar a un procurador especial para que supervisara el reparto de sus propiedades— y que su hija contrajo matrimonio con Caracalla. Aunque Dión lo comparó con Sejano (Dio, LVIII, XIV, 3), la función que aparenta haber desarrollado en esos años no habría sido tanto la de Sejano como la de Lucio Vero o, quizá con más precisión aún, la de Marco Agripa. Parece ser que el propio Severo era capaz de leer la historia de Roma con la hondura suficiente como para apreciar el paralelo. Una sutil variación sobre la fórmula augustea de los Juegos Seculares, en la que las 110 *matronae* que tradicionalmente ofrecían el sacrificio a Juno en el Capitolino son reemplazadas por 109 *matronae*, y Julia Domna, la *mater castrorum*, da a entender que buscaba maneras de adaptar las fórmulas de Augusto a sus propias necesidades. Al igual que Augusto, parece ser que Severo concebía la sucesión última en los términos de una pareja de herederos —Caracalla y Geta— que necesitaban tiempo para adquirir su *statio* futura.

Que la función de Agripa fuera la de ser heredero aparente de Augusto hasta que pudiera aparecer un heredero (o varios) de la familia quizá ayude a explicar el odio profundo que sentía Caracalla por Plautiano. Caracalla aspiraba a heredar la posición de su padre como soberano único —odiaba a su hermano menor tanto como a Plautiano— y en 205 había alcanzado por fin una edad en la que tal vez hallaría ocasión de eliminar a la competencia. En la noche del 22 de enero, Caracalla se presentó con tres centuriones de la guardia que indicaron a Severo que los habían sobornado, junto con otros siete, para asesinarlo. El emperador hizo llamar a Plautiano para mantener una reunión en palacio con él mismo y Caracalla, que había ocultado a los centuriones en la sala.

Cuando Plautiano comenzó a defenderse de la acusación, Caracalla lo golpeó y le habría dado muerte de no haberlo impedido Severo; en cualquier caso, los centuriones salieron del escondrijo y consumaron el acto inmediatamente después. Cuando Severo convocó al Senado al día siguiente, para explicar lo que había ocurrido, lo hizo de tal modo que hombres como Dión Casio comprendieron que Plautiano había sido la víctima de una conjura, antes que un conspirador (Dio, LXXVI, IV, 1 a V, 3; véase también Herodiano, III, XII, 1-12).

La muerte de Plautiano, que Severo quizá aceptó como acto del destino, dejó a Caracalla y Geta como herederos aparentes. Severo no abandonó nunca la pretensión de que lo sucedieran como pareja de coaugustos y parece haber dedicado el resto de su tiempo de gobierno a crear el suficiente entendimiento entre ellos como para hacerlo posible. Por eso, cuando partió de Roma en 208 para asumir la dirección personal de las campañas en el norte de Britania, se llevó a sus hijos con él (Dio, LXXVI, XI, 1). Los tres años de campañas, durante los cuales Severo se debilitó tanto que tuvo que acompañar a sus huestes en litera, contribuyeron en poco a mejorar la situación entre los gemelos (Dio, LXXVI, XIII, 3). Tampoco parecen haber aportado mucho a la hora de resolver la situación en la frontera, puesto que, aunque los ejércitos romanos alcanzaron el extremo septentrional de la Escocia moderna y se ocupó de nuevo la vieja Muralla de Antonino Pío, no podía haber cambios a largo plazo. Escocia estaba demasiado subdesarrollada, simplemente, como para soportar los mecanismos del gobierno imperial romano.

Dión Casio afirma que Severo era consciente de que no regresaría con vida de Britania (Dio, LXXVI, XI, 2). Cuando su salud empeoró no hizo intento alguno de regresar, lo que quizá confirma las palabras de Dión. Si Severo sabía de verdad lo que le esperaba, es del todo improbable que no hubiera solicitado conocer los horóscopos de sus hijos. A pesar de la intensa provocación, y de que él mismo había criticado a Marco por no haber apartado a Cómodo de la línea de sucesión, Severo se negó

a actuar con respecto a Caracalla, quizá porque sabía que la hora de la muerte de su hijo no dependía de él, pues él nada podía hacer para alterar las leyes del destino; lo mejor que podía conseguir era crear una situación en la que el feroz temperamento de Caracalla pudiera quedar controlado. En su testamento diseñó un gobierno en el que Caracalla y Geta compartirían el poder y estarían rodeados de hombres cuyo juicio estimaba Severo como digno de confianza. Si no podía cambiar el destino, al menos podía asegurarse en lo posible de que el imperio quedaría en buenas manos cuando él ya no pudiera verlo con sus propios ojos. Septimio Severo murió el 4 de febrero de 211 en York.

La dinastía severina

Severo parece haber confiado, durante todo su mandato, en varios consejeros próximos, muchos de los cuales poseían una pericia notable. Con ello daba continuidad al estilo de gobierno «de gabinete» que cabe detectar detrás de los emperadores de Trajano a Marco Aurelio. Procuró que tal estilo de gobierno continuase después de su muerte, para lo que confió en consejeros como Fabio Cilo; Papiniano, el gran jurista; Mecio Leto, compañero de Papiniano como prefecto del pretorio en los años posteriores a la caída de Plautiano; y Julio Asper, que ostentó el puesto de prefecto de la ciudad en 211. El hecho de que estos hombres no lograsen mantener la paz entre los hermanos tras la muerte de Severo —Caracalla asesinó a Geta en brazos de su madre el 25 de diciembre de 211— es quizá menos relevante que el hecho de que hubieran organizado una red de subordinados no menos capaces tal que lograron imponer cierto orden al gobierno del estado, incluso durante el extraordinariamente errático gobierno en solitario de Caracalla. En realidad, la caída de Caracalla parece haberse debido al hecho de que los prefectos del pretorio controlaban el flujo de la información; se supone que Macrino tramó el asesinato de Caracalla al descubrir, en el flujo normal de

los asuntos, antes de que la información llegara al emperador, que se estaba preparando una acusación de traición en su contra. Aunque Macrino fue un emperador fallido y el período de Heliogábalo estuvo marcado por la conducta excéntrica del emperador, la capacidad de los funcionarios de palacio que se habían conjurado para matar a Macrino fue suficiente para asegurar que los asuntos cotidianos del estado —en los que el emperador apenas mostró interés, al parecer— se resolvían de forma competente. La naturaleza colectiva del gobierno no mostró signos de desgaste claro hasta el reinado posterior de Alejandro Severo. Aunque los oficiales próximos al trono eran capaces, por su formación —a pesar de las tensiones evidentes entre los soldados del ejército—, no estaban preparados para manejar la nueva amenaza de Ardashir de Persia, cuyo régimen agresivo sustituyó al arsácida.

Los logros más duraderos del régimen severino se produjeron en el ámbito del Derecho, puesto que el tiempo de Severo y sus sucesores fue la edad dorada de la jurisprudencia. Papiniano y Ulpiano eran pensadores legales de primera categoría, cuya obra sirvió de modelo a los posteriores juristas de Roma.[34] Junto con el ascenso de los juristas a posiciones de genuina relevancia en la administración del imperio, el gobierno se alejó de la clase senatorial tradicional. Los juristas eran de otro origen, de la clase de los *equites*, y el grueso de los consejeros más cercanos a Severo era, como el mismo emperador, originario de grupos ajenos a la aristocracia italiana. La importancia de estos cambios quizá se tradujera en el hecho de que, en adelante, fueron muy pocos los italianos que se hallaron en posición de aspirar al trono. Quizá el hincapié en la pericia técnica, que obviamente era un rasgo de éxito para los que buscaban medrar en el seno del gobierno central —pues se mostraba menos respeto a las pretensiones de nacimiento o a los logros culturales de las artes—, fue lo que hizo que hombres como Dión Casio y Filóstrato considerasen la etapa de Severo y sus sucesores como inferior a lo que entendían fue la edad de oro antonina. Si lo contemplamos des-

de una perspectiva menos particular, sin embargo, el período severino continuó tendencias manifiestas ya desde los tiempos de Trajano, que incluían favorecer la difusión de la cultura grecorromana a lo largo y ancho del territorio del imperio, la ampliación general de la cultura urbana y el reclutamiento cada vez más numeroso de personajes de provincias en la clase gobernante. Tal vez la propia debilidad de la administración severina fue una consecuencia inevitable de su éxito. En efecto, al haberse creado un estilo de gobierno que no dependía de la capacidad del soberano —todos los sucesores de Severo fueron ejecutivos en jefe de escasa pericia— se reforzó una concepción inherentemente conservadora de la función de ese gobierno. Así, las deficiencias graves en la instrucción y la doctrina táctica del ejército pasaron inadvertidas y quedaron sin resolver incluso cuando los vecinos de Roma, después de mucho tiempo, desarrollaron la competencia necesaria para enfrentarse con el ejército imperial. No se resolvieron problemas estructurales básicos —especialmente, el hecho de que el sistema financiero no podía generar las reservas necesarias para enfrentarse a los nuevos desafíos militares—, porque Severo parecía pensar que sería suficiente con ahorrarle fondos del Tesoro mediante un estilo de vida muy moderado. Se le pasó por alto la conclusión más obvia que se derivaba de la condición del Tesoro a la muerte de Cómodo: que el ahorro de un emperador se desvanecía rápidamente con los excesos del siguiente, con lo cual era preciso realizar alguna reforma en el sistema básico de las finanzas imperiales.

Severo fue eficaz en el marco de gobierno que había heredado. Sin duda, no fue radical ni pretendió crear una monarquía militar, en contra de lo que afirmó Rostovtzeff; tampoco cabe achacarle el título de autor principal de la decadencia y la caída del imperio romano. Este título, en lo que respecta al siglo III, debe corresponder al personaje menos convencional y más creativo de su época, un soberano cuya importancia solo fue palmaria en la década posterior a la muerte de Severo. Nos referimos a Ardashir de Persia.

1. Manejo la edición de Earnest Cary (Loeb Classical Library), Heinemann, Londres, 1914-1927, con varias reediciones.

2. James H. Oliver (1989), *Greek Constitutions of Early Roman Emperors from Inscriptions and Papyri*, American Philological Society, Filadelfia, 1989, pp. 226-238, 227b; M. Peachin, «Jurists and the Law in the Early Roman Empire», en Lukas de Blois (ed.), *Administration, Prosopography and Appointment Policies in the Roman Empire*, J. C. Gieben, Ámsterdam, 2001, pp. 109-120.

3. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. D. Womersley, Allan Lane, Londres, 1994, p. 148; Michael Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire,* Clarendon Press, Oxford, 1957, p. 402.

4. Anthony R. Birley, *The African Emperor: Septimius Severus*, ed. rev., Batsford, Londres, 1988, p. 200.

5. Birley, *Septimius Severus*, p. 23.

6. Birley, *Septimius Severus*, p. 35.

7. David S. Potter, *The Roman Empire at Bay AD 180-395*, Routledge, Londres, 2004, pp. 99-102.

8. Birley, *Septimius Severus*, pp. 37-52.

9. Ze'ev Rubin, *Civil War Propaganda and Historiography*, Latomus-Revue d'Études Latines (vol. 173), Bruselas, 1980, pp. 178-179.

10. Para los detalles, véase Olivier Hekster, *Commodus: Emperor at the Crossroads*, Gieben, Ámsterdam, 2002.

11. Potter, *The Roman Empire at Bay*, p. 93.

12. Manejo la edición de C. R. Whittaker (Loeb Classical Library, vols. 454-455), Heinemann, Londres, 1969-1970.

13. Birley, *Septimius Severus*, p. 97.

14. Johannes Hasebroek, *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Septimius Severus*, Winter, Heidelberg, 1921, pp. 42-43, 54-57.

15. Rubin, *Civil War Propaganda*, pp. 92-96, y Birley, *Septimius Severus*, p. 113, n. 13.

16. Potter, *The Roman Empire at Bay*, pp. 104-107.

17. Fergus Millar, *The Roman Near East*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1993, pp. 125-126.

18. Sobre las cuestiones generales de la relación con Oriente, véase Millar, *The Roman Near East*, pp. 127-141.

19. Louis Robert, «La titulature de Nicée et de Nicomédie: la gloire et la haine», *Harvard Studies in Classical Philology*, 81 (1977), pp. 1-39.

20. G. Downey, «Malalas on the History of Antioch under Severus and Caracalla», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 68 (1937), pp. 141-156.

21. Fergus Millar, «The Roman coloniae of the Near East: A Study of Cultural Relations», en H. Solin y M. Kajeva (eds.), *Roman Eastern Policy and Other Studies in Roman History: Proceeding of a Colloquium at Tvärminne 2-3 October 1987*, Societas Scientiarum Fennica, Helsinki, 1990, pp. 7-58 (10-18).

22. Millar, «The Roman coloniae of the Near East», pp. 35-38; Millar, *The Roman Near East*, pp. 121-124.

23. David S. Potter, *Prophets and Emperors: Human and Divine Authority from Augustus to Theodosius*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1994, p. 170.

24. Birley, *Septimius Severus*, p. 149 y n. 6.

25. John H. Humphrey, *Roman Circuses: Arenas for Chariot Racing*, University of California Press, Berkeley, 1986, pp. 25-55.

26. Birley, *Septimius Severus*, p. 5.

27. Birley, *Septimius Severus*, p. 136.

28. David S. Potter, *A Companion to the Roman Empire*, Blackwell, Oxford, 2006., pp. 404-408.

29. Birley, *Septimius Severus*, p. 159.

30. Susann S. Lusnia, «Urban Planning and Sculptural Display in Severan Rome: Reconstructing the Septizodium and its Rome in Dynastic Politics», *American Journal of Archaeology*, 108 (2004), pp. 517-544, esp. 525, 533-534.

31. Rubin, *Civil War Propaganda*, pp. 66-74.

32. Christopher P. Jones, «Ten Dedications "To the Gods and Goddesses" and the Antonine Plague», *Journal of Roman Archaeology*, 18 (2005), pp. 293-302.

33. Alain M. Gowing, *The Triumviral Narratives of Appian and Cassius Dio*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1992, p. 20.

34. B. W. Frier, «Early Classical Private Law», en A. K. Bowman, E. Champlin y A. Lintott (eds.), *The Cambridge Ancient History*, vol. 10, 2.ª ed. (Cambridge, 1996), p. 959-978.

Lecturas recomendadas

Birley, Anthony R., *The African Emperor: Septimius Severus*, ed. rev., Batsford, Londres, 1988.

Millar, Fergus, «The Roman *coloniae* of the Near East: A Study of Cultural Relations», en H. Solin y M. Kajeva (eds.), *Roman Eastern Policy and Other Studies in Roman History: Proceeding of a Colloquium at Tvärminne 2-3 October 1987*, Societas Scientiarum Fennica, Helsinki, 1990, pp. 7-58.

—, *The Roman Near East*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1993.

Potter, David S., *Prophets and Emperors: Human and Divine Authority from Augustus to Theodosius*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1994.

—, *The Roman Empire at Bay AD 180-395*, Routledge, Londres, 2004.

—, *A Companion to the Roman Empire*, Blackwell, Oxford, 2006.

Rubin, Ze'ev, *Civil War Propaganda and Historiography*, Latomus-Revue d'Études Latines (vol. 173), Bruselas, 1980.

X

Diocleciano

Simon Corcoran



PRIMEROS AÑOS DE VIDA

El futuro emperador Diocleciano nació un 22 de diciembre. Este detalle es casi el único que se conoce con certeza sobre sus primeros cuarenta años de vida. Todo lo demás tiende a ser oscuro y a derivar de pruebas débiles y discutidas. De acuerdo con la edad que se le estimaba al morir, habría nacido a mediados de la década de 240, poco después de que Roma alcanzara su milésimo cumpleaños —memorable, pero problemático— en 248. Nació en Dalmacia, muy probablemente en Salona (el lugar donde decidió retirarse). Su nombre de nacimiento debió de ser Cayo Valerio Diocles. Hay tradiciones diversas con respecto a su origen. Se dice que era el esclavo liberto de un senador, Anulino, o que su padre era escriba, o funcionario, lo cual quizá indicaría que en realidad el liberto había sido su padre (Eutro., IX, XIX, 2). Que el hijo de un antiguo esclavo podía ascender hasta el trono

del imperio ya quedó demostrado por la meteórica carrera de Pertinax, que fue primero *eques* y luego senador antes de suceder por breve tiempo a Cómodo en 193. En las circunstancias cambiantes de mediados del siglo III, la carrera de Diocleciano fue, probablemente, ante todo militar, y habría servido a Claudio II, Aureliano y Probo (268-282). Quizá fuera prefecto de la primera cohorte de gálatas, luego tribuno militar de la Legio VII Gemina (con base en León, Hispania), y más adelante prefecto de una cohorte de dardanios. Una leyenda lo sitúa asimismo en la Galia, donde una profetisa druida habría predicho su destino imperial (la historia recibió un tratamiento musical en la «semiópera» de Purcell *Diocleciano*, de 1690). En alguna fecha de sus años de servicio contrajo matrimonio con Prisca, de la que solo se sabe que engendró a Valeria, única hija de la pareja. Cuando acompañó al emperador Caro en su campaña mesopotámica de 282-283, había medrado hasta ser comandante de los *protectores*, el cuerpo de oficiales que formaba la guardia personal del emperador.

Ascenso al trono de Diocleciano

Caro lo tenía bien para ser un emperador afortunado. Contaba con dos hijos, a los que pudo elevar para que compartieran el poder con él, y disfrutó de un éxito inicial en Mesopotamia. Pero los tres fallecieron en circunstancias turbias. En 283, Caro murió al ser alcanzado por un rayo (según se cuenta). Numerio, el hijo menor de Caro, regresó lentamente a través de Asia Menor en compañía de su ejército; tenía que viajar en litera, con las cortinas cerradas para que no vieran la luz sus ojos enfermos. Hacía cierto tiempo que no se lo veía en público hasta que, cuando el ejército descendió de la gélida meseta anatólica y alcanzó el clima más moderado de Nicomedia, en noviembre de 284, se detectó olor de corrupción y, al abrir la litera, se halló el cuerpo

del emperador sin vida. El ejército se reunió y Diocles fue nombrado emperador el 20 de noviembre. Su primer acto fue declararse inocente de todo crimen y culpar al suegro de Numerio, el prefecto del pretorio Aper, a quien dio muerte con su propia espada, de un modo extrañamente violento y repentino. ¿Era Diocleciano culpable y estaba cargando las culpas en otros hombros? ¿O quizá se limitaba a alejar de sí las sospechas, quizá infundadas, pero inevitables? Aper parece un candidato improbable como asesino de su yerno. Tal vez se limitó a esconder la muerte natural de Numerio mientras recababa los apoyos necesarios para ser proclamado emperador, o quizá mientras intentaba contactar con Carino, el hijo mayor de Caro, aunque éste se hallaba demasiado lejos para ser de utilidad. Sea cual fuere la verdad sobre la muerte de Numerio, la resolución de Diocleciano se impuso a la indecisión de Aper.

El nuevo emperador no vaciló en asumir un nombre más latino y magnífico, como Cayo Valerio Diocleciano. Aun así, todavía tendría que lidiar con otro emperador legítimo. Carino había quedado atrás, para ocuparse de la frontera del Rin, y luego se había trasladado a Italia. Las fuentes retratan a Carino como un tirano cumplido, que vivió un reinado agitado. Un gran incendio destruyó el Foro Romano en 283 y Carino ya había tenido que lidiar con al menos un pretendiente. Dejó Italia para enfrentarse con Diocleciano, que cruzaba los Balcanes, y los dos ejércitos chocaron en el río Margus (no lejos del Danubio, cerca de Viminacium). Pero justo cuando parecía que las tropas de Carino adquirían ventaja, un oficial contrariado lo asesinó y dejó a Diocleciano sin oposición. Diocleciano buscó una solución conciliadora al incorporar el *comitatus* de Carino y mantener a su prefecto del pretorio, Aristóbulo. De hecho, compartió retroactivamente el consulado de 285 con Aristóbulo, ocupando por su parte el lugar del difunto Carino. Aristóbulo no perdió el favor del emperador, pues más adelante fue nombrado procónsul de África y prefecto urbano. También se dictó una amnistía general.

Diocleciano avanzó hasta entrar en el norte de Italia, pero quizá no descendiera por la península para tomar posesión de Roma en persona.[1] Estratégicamente, Roma era una distracción innecesaria. En su lugar, adoptó su decisión más importante. Tras darse cuenta de que el imperio era demasiado extenso y un único soberano no podía manejar crisis simultáneas, en el verano de 285 nombró a Maximiano, compañero de armas y compatriota de la zona del Danubio, como su césar. Probablemente lo hizo en Milán. Con ello creó lo que los estudiosos modernos han denominado «diarquía», una elección que demostró ser acertada. Aunque Maximiano suele ser visto como el típico soldado sin refinar de los Balcanes, como un tirano convencional, codicioso, lujurioso y cruel, sobresalió en una virtud clave: su lealtad inquebrantable a Diocleciano. En este punto, la propaganda imperial no faltaba a la verdad, hecho que se refleja bien en la invectiva de Lactancio, cuyo opúsculo *Sobre la muerte de los perseguidores* (*Mort. Pers.*), escrito hacia 315, es una fuente crucial contemporánea, repleta de los detalles captados por un observador de la Nicomedia diocleciana, pero tejida con brillantez para subvertir la línea oficial.[2]

La hermandad imperial de Diocleciano y Maximiano fue un eje que trajo consigo casi dos décadas de estabilidad para el imperio y permitió a Diocleciano disponer de margen para planear, ejecutar e incluso concebir de nuevo toda una serie de reformas que sentaron los cimientos característicos del estado Romano tardío. Los dos «hermanos» celebraron sus lazos añadiendo el *nomen* del otro al suyo propio (así, Diocleciano devino Cayo Aurelio Valerio Diocleciano). En 287 adoptaron un protector divino cada uno: Diocleciano eligió a Júpiter-Jove y asumió el título de *Iovius*, mientras que Maximiano se adjetivó como *Herculius*. La elección no deja de ser un símbolo de la relación que mantenían. Diocleciano concebía las estrategias y dictaba las órdenes, como un rey de los dioses, mientras que Maximiano llevaba a término sin queja sus trabajos.

Maximiano fue enviado de inmediato a la Galia, para sofocar la sublevación de los bagaudas, a quienes se suele considerar aldeanos rebeldes, aunque sus líderes reclamaban para sí títulos imperiales. El césar lo hizo con eficacia y el 1 de abril de 286 fue premiado con el ascenso a la condición plena de augusto. Por desgracia, Carausio, uno de los comandantes principales de Maximiano, tras haber completado con éxito el trabajo encomendado de lidiar con los piratas sajones, fue acusado (probablemente, con razón) de haberse quedado con parte del botín. Para impedir el castigo se proclamó a sí mismo emperador y utilizó su fuerza naval para hacerse con el control de Britania y la Galia septentrional. Maximiano no halló un modo eficaz de responder. En cualquier caso, lo distrajeron las tribus germánicas. En particular, tuvo que abandonar las elaboradas ceremonias de inauguración de su primer consulado en Tréveris, el 1 de enero de 287, para enfrentarse a una invasión procedente de la otra orilla del Rin. Aquí tuvo más éxito: el año siguiente aceptó la rendición de un importante rey franco, Gennobaudes, y sus seguidores, a quienes se les concedieron tierras deshabitadas de las cercanías de Tréveris.

En cuanto a Diocleciano, tras confiar a Maximiano los asuntos occidentales, regresó hacia Oriente. Combatió contra los sármatas en el Danubio, en el otoño de 285, y luego se retiró a pasar el invierno en Nicomedia, que pronto se convirtió en su residencia favorita y emplazamiento de obras de construcción frenéticas. En la primavera de 286, tras haber aprobado el ascenso de Maximiano a augusto, viajó a través de Siria hasta Palestina. Permaneció un tiempo en Tiberíades y Paneas, donde celebró reuniones con rabíes destacados. Al año siguiente, Diocleciano seguía resolviendo asuntos en el frente oriental: negoció con los persas e instaló a Tiridates III como rey de Armenia. Hacia esta época consagró un nuevo mercado de Tiro en honor de «su hermano Hercúleo», con una decisión adecuada al lugar, dado que la deidad tutelar de la ciudad era Melqart/Hércules. En 288 regresó a Occidente e invadió Germania desde Retia, creando un

movimiento de pinza coordinado con Maximiano. Al año siguiente se hallaba de nuevo en la frontera del Danubio, antes de pasar el invierno en Sirmio. Marchó de allí en la primavera de 290, entró en Asia y llegó a Antioquía en mayo, dispuesto a luchar contra los sarracenos en el desierto de Siria. En verano estaba de vuelta en Sirmio, pero decidió bajar a Italia para el invierno, con la intención de reunirse con Maximiano. Los dos se encontraron con cierta pompa en Milán, durante diciembre de 290 y enero de 291, con la presencia de una gran muchedumbre, entre la cual estaban muchos senadores venidos no sin penalidades desde Roma. Posteriormente, Maximiano regresó a Tréveris y Diocleciano a Sirmio.

La primera tetrarquía

Diocleciano comenzaba a ver con claridad que un coemperador no era suficiente y quizá éste fue ya uno de los temas tratados en la conferencia de Milán. Maximiano se bastaba para controlar la frontera del Rin, pero eso dejaba a Carausio con el dominio de Britania y la costa gala del Canal. Carausio había acuñado moneda en la que se proclamaba igual a los dos augustos, pero Diocleciano no tenía intención de reconocerlo. En aquel momento llevaba siete años yendo sin descanso de las fronteras de Siria a las del Danubio, con éxito, pero con un esfuerzo extraordinario, al tiempo que intentaba vigilar que todo le fuera bien a su fraternal Maximiano. Se hallaban al límite y bastaría una nueva crisis o amenaza para superarlos.

En consecuencia, Diocleciano decidió que el colegio imperial necesitaba de una ampliación. No tenía hijos varones, ni parientes varones próximos, mientras que el hijo de Maximiano, Majencio, solo contaba diez años. En cambio, los dos emperadores tenían hijas casaderas. Así, del mismo modo en que Augusto había utilizado a su hija Julia, Diocleciano utilizó el matrimonio como forma de atraer candidatos adecuados para el co-

legio imperial, sin renunciar por ello a la cohesión dinástica. Los hombres que eligió eran, como era predecible, de origen ilirio y contrastada capacidad militar: Constancio y Galerio Maximiano (así lo solían denominar las fuentes antiguas, aunque los historiadores modernos optan por el nombre más simple y menos confuso de Galerio). Constancio se casó con Teodora, la hija de Maximiano, mientras que Galerio contrajo matrimonio con Valeria, hija de Diocleciano. El 1 de marzo de 293, ambos fueron elevados a la condición de césares (sin la calificación completa de *Imperator* y *Augustus*). Constancio fue investido en Milán por Maximiano y Galerio por Diocleciano, en Sirmio. Así nació la «tetrarquía» (un concepto moderno, no antiguo), el «gobierno de cuatro», un colegio imperial jerárquico en el cual los césares asistían a los augustos desde una posición subordinada pero la sucesión futura estaba organizada de antemano. Los calendarios respectivos de los matrimonios y las investiduras no están claros. Ya no se tiende a pensar, como antaño, que Constancio fuera el prefecto del pretorio de Maximiano, pero aun así parece haber ocupado un puesto de mando importante y estaría casado con su hija en 289 (*Pan. Lat.*, X [II], XI, 4; véase también Barnes).[3] Importa determinarlo porque suele atribuirse a Diocleciano —de acuerdo con las decisiones adoptadas en 293 y de nuevo en 305— el hecho de haber organizado un colegio deliberadamente meritocrático y conscientemente antidinástico. No cabe considerar como soluciones idénticas la de convertir a los nuevos césares en yernos que la de convertir a los yernos ya existentes en los nuevos césares. Lo mismo cabe afirmar de las decisiones de 305, que adquieren matices muy distintos según si los hijos adultos de los tetrarcas existentes eran o no los sucesores previstos en origen. Históricamente, los emperadores habían elegido a sus descendientes varones como herederos, siempre que la idea era practicable, y solo la carencia de hijos obligaba a adoptar a extraños. Puede observarse en el caso tanto de Augusto como de los Antoninos. Por ello, la política de Diocleciano puede interpretarse antes como pragmática que como

antidinástica: utilizó a los parientes que le había concedido el azar.

LAS CAMPAÑAS DE LOS TETRARCAS

El colegio imperial ampliado demostró muy pronto que era un buen sistema. Constancio se marchó directamente a la Galia y capturó Boulogne. La derrota de Carausio provocó que fuera asesinado y sustituido por su ministro de finanzas, Alecto. Tras realizar preparativos de importancia, en 296 Constancio organizó la inevitable invasión naval de Britania, con el apoyo de Asclepiodoto, prefecto del pretorio. Las fuerzas de Alecto fueron derrotadas de forma aplastante y con facilidad y una rápida acción del césar evitó que Londres fuera saqueada por mercenarios francos. La victoria de Constancio se conmemora en un medallón famoso, que lo retrata a caballo, recibiendo el saludo de una Londres arrodillada, con la leyenda «restaurador de la luz eterna». Entre tanto, en 296 Maximiano realizó una rara visita imperial a Hispania, que estaba viviendo tiempos de agitación, antes de cruzar el estrecho de Gibraltar y bajar por la costa de Mauritania. Derrotó a una peligrosa confederación tribal, los Quinquegentiani, y alcanzó Cartago en 298, desde donde regresó triunfante a Roma en 299. Luego se estableció tranquilamente en Milán, mientras Constancio, desde la sede de Tréveris, seguía ocupándose de la frontera del Rin.

Entretanto, Diocleciano se estableció en Sirmio, para ocuparse de la frontera del Danubio, y envió de inmediato al recién nombrado Galerio a Egipto, para lidiar con una sublevación en la Tebaida. Galerio pasó luego a Siria, porque Narsés, el nuevo rey de Persia, estaba mostrando una ambición peligrosa. En 296 Narsés invadió Armenia. Diocleciano pasó cierto tiempo reuniendo tropas antes de partir hacia Oriente. Un impaciente Galerio, por el contrario, no quiso aguardar a la llegada de su augusto y se adentró de forma prematura en Mesopotamia, en la

primavera de 297, y fue derrotado por Narsés al sur de Carras. Cuandio Diocleciano se reunió con Galerio cerca de Antioquía, hizo que el césar corriera kilómetro y medio junto a su cuadriga vestido con los ropajes más exquisitos. Por lo general se interpreta el hecho como un acto deliberado de humillación por parte del augusto enfurecido. Pero aunque todos los tetrarcas eran militares capaces, Galerio en particular era renombrado por su fortaleza y resistencia física, por lo que tal vez la exhibición fuera simbólica de su determinación de reconquistar los laureles. Tras recibir aún más refuerzos de los Balcanes, en el otoño de 297 Galerio partió de Satala y se adentró en Armenia, mientras Diocleciano mantenía la guardia en Siria. Cuando su ejército se aproximó al de Narsés, el césar fue en persona a reconocer las posiciones persas, con tan solo un par de soldados. Luego atacó de pronto y arrasó a las fuerzas persas. Narsés tuvo que huir a toda prisa, dejando tras de sí su extenso harén y el lujoso bagaje con el que se acompañaba. El botín de esta victoria cobró tintes legendarios. Galerio bajó luego por el Tigris y entró en Ctesifonte en enero de 298. Cuando un embajador persa, Afarbán, se acercó a solicitar la paz, Galerio le recordó acremente la crueldad con la que los persas habían tratado a Valeriano tras la derrota de 260, en el cautiverio y a su muerte, cuando se desolló al emperador y se rellenó la piel de paja. Los términos de la paz fueron duros, pero no ruinosos. Diocleciano, satisfechísimo con su césar, se reunió con Galerio en Nisibis durante la primavera de 299 para resolver los detalles, y envió a Sicorio Probo, el *magister memoriae* (literalmente, «maestro de la memoria»), para que se los presentara a Narsés. Cuando el rey intentó negociar, Probo replicó que carecía de autoridad para revisar las condiciones. Ante la inquietud por asegurar el regreso de su familia, Narsés las aceptó. Con ello, una gran franja de la Mesopotamia septentrional pasó a ser romana, con Nisibis a la puerta; cinco satrapías situadas más allá del Tigris devinieron estados clientes. Ésta fue la mayor de las victorias de la tetrarquía y garantizó la paz de Roma con su poderoso y problemático vecino durante cuarenta años.[4]

Justo cuando Galerio se trasladaba a Armenia, llegaron noticias de que un usurpador, Domicio Domiciano, se había apoderado de buena parte de Egipto. En un principio, quizá Diocleciano no se atrevía a abandonar Siria hasta recibir alguna señal de victorias iniciales de Galerio, pero al cabo de un tiempo actuó para ocupar de nuevo las zonas rebeldes, lo que completó antes de que Galerio hubiera entrado en Ctesifonte. Solo la explosiva ciudad de Alejandría mantuvo el desafío y tuvo que ser sitiada, hasta que se rindió en marzo de 298. Según cierta leyenda, Diocleciano juró que dejaría correr la sangre por la ciudad hasta que llegara a los corvejones de su caballo, cuando su caballo tropezó e hincó las babillas en la sangre. Diocleciano, que siempre fue supersticioso, detuvo de inmediato la matanza. Para terminar de resolver los asuntos de Egipto, también viajó al sur, a Elefantina, a fin de negociar la revisión de la frontera meridional con Nobatia (Nubia). Desde 299 residió en Antioquía, lugar más probable de emisión de su famoso edicto de los Precios, de 301 (véase más adelante). Pasó el invierno de 301-302 en Alejandría, a la que ya había concedido su perdón y donde estableció una libre distribución de cereales. Luego marchó a Nicomedia, a finales de 302. Entre tanto, tras haber derrotado a los persas, Galerio fue enviado a la frontera del Danubio, cuyo control, como el del Rin, exigía atención constante.

Aunque ni el Rin ni el Danubio estaban apaciguados por completo, sin embargo la importante serie de victorias militares —el objetivo primordial de la ampliación del colegio imperial— había consolidado la fuerza, la confianza y la paz del imperio. El encabezamiento del edicto de los Precios, en 301, demuestra que desde 285 los emperadores habían obtenido seis victorias contra los germanos, cuatro contra los sármatas, dos contra los persas, y una contra britanos, carpios, armenios, medas y adiabenos.[5] Esto justifica la afirmación de Diocleciano en el preámbulo del edicto, según la cual, gracias al sudor de los soldados, «el mundo se halla sentado en la falda de la calma más profunda».

Es hora de pasar página del avance cronológico de los principales acontecimientos políticos y militares y centrarnos en el gobierno de Diocleciano y las reformas que llevó a término. La primera mitad del siglo III fue una época problemática y difícil, marcada por la guerra, la peste, la inflación, el hundimiento económico y la decadencia de las ciudades, aunque no está claro que todo ello sea parte de una única crisis general que abarcara todas las regiones del imperio. Las estructuras del principado augusteo, que aún funcionaban en casi todos los aspectos esenciales durante el gobierno de los Severos, resultaron barridas por la sucesión de ciclos de invasión exterior y usurpación desde el interior. Por un lado, enemigos externos que eran de pronto agresivos y poderosos, con nuevas formaciones tribales en el Rin y el Danubio y reyes persas renacidos y ambiciosos en el este representaban una amenaza directa y colocaban a los emperadores más débiles en posiciones de fácil derrocamiento; por otro lado, el ejército, con poca lealtad, permitía ascender a los usurpadores con la esperanza de lograr no solo una mayor eficacia militar, sino también donativos cuantiosos. El punto más bajo se alcanzó tras la humillante captura y muerte de Valeriano a manos del victorioso Shapur I, rey de Persia y padre de Narsés. Fue en 260, cuando el imperio se partió en tres y su soberano «legítimo», Galieno, solo controlaba el núcleo central. Después de 268, no obstante, los «emperadores soldado» de Iliria, generalmente de orígenes humildes y de las provincias menos prósperas y culturizadas (con figuras como Diocleciano y sus compañeros), reunificaron el imperio y comenzaron a recobrar el dominio militar, aunque a costa de abandonar algunos de los territorios más expuestos (sobre todo, Dacia).

Diocleciano fue coronado en este contexto e inició reformas que sentaron las bases del posterior estado romano. Parte de su éxito se debió a su longevidad en el poder. Como retuvo el poder durante veinte años, tuvo ocasión de planificar, experimen-

tar, implantar y modificar. Sobre la cronología detallada, sin embargo, existen pocas certezas. Diocleciano tuvo que aprovechar el esfuerzo de sus predecesores, menos documentados; pero no debemos descontar el peso de sus cualidades personales, que combinaban una cautela clarividente con arranques de coraje, así como la prontitud con la que consultaba tanto a los dioses como a sus consejeros. Por descontado, Diocleciano no se veía a sí mismo como un reformador radical, sino como conservador y restaurador.

El cargo imperial

Dado que una de las características más notables de la crisis del siglo III fue la inseguridad del emperador, no es de extrañar que hubiera muchos cambios en el cargo. La principal innovación de Diocleciano fue instaurar un gobierno colegiado realista. Hubo emperadores conjuntos desde el imperio de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169), pero con frecuencia los cosoberanos eran menores de edad sin peso genuino en el gobierno. Pero con el tiempo se hizo evidente que la dirección simultánea de los acontecimientos en frentes muy separados entre sí distaba de ser práctica. La respuesta inicial de Diocleciano fue nombrar un colega para que se ocupara de Occidente, aunque luego decidió que aún no era suficiente. El modelo de la primera tetrarquía, con dos augustos y dos césares, parece organizado de un modo tan consciente que se excluye que fuese una mera medida de emergencia. Creó un número mayor de príncipes, para lidiar con las múltiples crisis, y determinó de antemano la disputada cuestión de la sucesión. Sin embargo, de entrada no parece haber existido ninguna previsión de abdicaciones, menos aún un sistema de retiro y sustitución cíclica dentro del colegio imperial. Cuando se producía la abdicación, el pueblo la consideraba inesperada e inexplicable.

Dentro del colegio de cuatro, Diocleciano retuvo la posición principal. Aun a pesar de que todos los tetrarcas disponían de la autoridad suficiente para actuar en su propia esfera y que las de-

claraciones de cada uno iban precedidas de los nombres de todos, Diocleciano podía intervenir en cualquier lugar: por ejemplo, respondió desde lugares de Oriente a peticionarios y funcionarios de África.[6] Las leyes —como la que instituía la persecución de los cristianos y, probablemente, el edicto de los Precios (véase más adelante)— podían ser enviadas sin más a los coemperadores para que las implantaran, dado que apenas era practicable realizar consultas largas y complejas entre soberanos situados a gran distancia. Por el contrario, era difícil asegurarse del cumplimiento de una ley y, en una ocasión, se cuenta que Constancio engañó a los mensajeros de Diocleciano (Euseb., *Const.*, I, 14). Diocleciano, sin embargo, mantuvo sin duda el suficiente prestigio durante todo el período para preservar la armonía y cooperación del colegio durante los años de la reforma, a pesar de los conflictos potenciales. Si la arbitrariedad de algunas medidas del período tardío de su reinado son un síntoma de la creciente influencia de Galerio, quizá no sea de extrañar que el gobierno colegiado acabara titubeando y no cayera hasta después del retiro de Diocleciano.

Las fuentes antiguas, por lo general, atribuyen a Diocleciano un cambio muy notable en las maneras imperiales (por ejemplo, Eutrop., IX, 26; Aur. Vict., *Caes.*, XXXIX, 2-4; Amm., XV, V, 18). La *civilitas* afectada de Augusto, con su teatro pseudorepublicano del «primero entre iguales», se abandonó en favor de la pompa y la ceremonia. El emperador se situaba aparte, se vestía de púrpura, exhibía una tiara e incluso tachonaba de piedras preciosas su calzado. Ahora los súbditos debían postrarse ante él y solo a los más afortunados se les permitía besar el ribete de los ropajes imperiales (*adoratio, proskynesis*). El emperador era *dominus noster* («nuestro señor»). Pero no es fácil atribuir estas innovaciones de forma específica a Diocleciano. El *consilium* —un cuerpo de consejeros elegidos por el emperador, relativamente informal (incluso creado ad hoc)— todavía existía en tiempos de Diocleciano y Constantino, aunque podemos suponer que comenzaba a manifestar el estilo de su sucesor, el consistorio más



Diocleciano

protocolario. Solo en la corte de Diocleciano se comienza a documentar la presencia destacada de chambelanes eunucos, en un cambio que quizá fuera respuesta a la captura del séquito del rey de Persia en 297. Las ceremonias magníficas, sin embargo, parece ser que ya estaban a la orden del día en la conferencia imperial de Milán en 290-291, a juzgar por la descripción de Mamertino (*Pan. Lat.*, XI [III]). Probablemente, fue la extensión temporal del imperio de Diocleciano lo que permitió que algunas tendencias que ya existían cristalizaran y se normalizaran. No obstante, sabemos que Majencio (hijo de Maximiano) se negó a realizar la *proskynesis* ante su padre o su suegro Galerio, lo que quizá fuera signo de tensión con respecto a una práctica relativamente nueva; aunque no se dice que Majencio se negara a inclinarse de esa forma ante Diocleciano (Lact., *Mort. Pers.*, XVIII, 9).

A pesar de estos cambios, los tetrarcas pasaban mucho tiempo en camino, en movimiento incesante, de modo que continuaban siendo muy visibles y era fácil aproximarse a ellos. Dio-

cleciano estaba muy abierto a recibir peticiones, tal como demuestran las miles de respuestas que emitió, incluidas respuestas para muchas personas de baja condición social.[7] La entrada formal (*adventus*) de un emperador en una ciudad era una ceremonia muy repetida. La gente recorría kilómetros para ver pasar el séquito imperial, como ocurrió cuando Diocleciano y Maximiano cruzaron el norte de Italia en el invierno de 290-291, y después en Milán, donde se los vio en varios puntos de la ciudad, aunque solo los más privilegiados tenían acceso a ellos en el palacio. Cuando Diocleciano visitó Tiro, se consideró aceptable que un rabí pasara por un cementerio (lo que generalmente se tenía por acto corruptor) en sus prisas por presentarse ante el emperador. Naturalmente, el espacio interior de palacio siempre estaba mucho más controlado, como indica el relato que realizó Lactancio (*Mort. Pers.*, XVII, 4-9) de los últimos meses del gobierno de Diocleciano, cuando había que deducir mucho de la aparición o no del emperador en los aniversarios periódicos. Sin embargo, la idea de que la actividad imperial se conducía en secreto y lejos del análisis público se remontaba al comienzo mismo del principado (Tac., *Ann.*, I, VI, 3).

Un último cambio se produjo en la iconografía imperial. En las monedas, el estilo griego de la barba rizada de los 150 años anteriores dio paso a un aspecto militar, recortado y severo. La colegiación del gobierno se refleja en retratos menos individualizados; el ejemplo más conocido es el del famoso grupo de porfirio que representa a los tetrarcas abrazándose en Venecia.

Roma

La posición de Roma cambió radicalmente. Los emperadores del agitado siglo III habían pasado en Roma todo el tiempo posible para tomar posesión formal de la ciudad como acto de legitimidad. Pero Diocleciano no lo hizo en 285 y no fue hasta 303, en ocasión de su *vicennalia* (celebraciones del vigésimo aniversario), cuan-

do visitó por fin la capital imperial. Incluso el propio Maximiano, que con frecuencia residió en Italia, quizá no visitara Roma hasta 299. Fuera cual fuese la importancia simbólica de Roma, su posición estratégica era débil y en la práctica dejó de funcionar como la capital, aunque siguió siendo el lugar de visitas ceremoniales dispersas. Durante este período, solo Majencio, el hijo de Maximiano, que ya residía en la ciudad como senador antes de ser proclamado en 306, convirtió Roma en su base principal. En realidad, fue precisamente el hecho de que Galerio no tuviera una idea clara de la magnitud de Roma lo que impulsó su expedición contra Majencio, en 307, mal concebida desde el principio. Pero ello no hace más que demostrar la marginalidad de Roma. Majencio se hallaba en una situación opuesta a la de Galieno. En la década de 260, Galieno había gobernado en Roma mientras que varios usurpadores ocupaban el resto del poder. En cambio, Majencio controlaba Roma como usurpador y ello apenas tuvo consecuencias prácticas para el resto del imperio.

Aun así, Roma retuvo la primacía en el honor y los privilegios espléndidos de la antigua capital: su población seguía disfrutando del pan y los espectáculos del circo. Era la sede del Senado, de gran riqueza, y la base principal de la guardia pretoriana. Los trabajos de construcción patrocinados por los emperadores eran constantes, sobre todo para restaurar el área del Foro, destruida en tiempos de Carino, incluido un imponente conjunto de columnas detrás de los Rostra, con estatuas de los tetrarcas y de Júpiter. Durante la tetrarquía también se restauró la sede senatorial que aún se conserva hoy (Curia Julia). Cuando regresó triunfante de Cartago, en 299, Maximiano hizo construir en Roma los Baños de Diocleciano, el mayor complejo balneario de la capital, que copiaba el que el tetrarca había erigido en Cartago en su propio nombre.

CAPITALES DE LA TETRARQUÍA

En la práctica, la sede del gobierno era el lugar en el que se hallaba el emperador y los tetrarcas viajaban de un punto a otro con un *comitatus* que incluía todo el aparato de gobierno necesario. Constantino describió a los funcionarios de este séquito como familiarizados con «el polvo y las penalidades del campamento» (*Cod. Theod.*, VI, XXXVI, 1). Pero mientras que muchos lugares sirvieron como sedes temporales del gobierno en movimiento, cierto número de ciudades situadas en puntos estratégicos cercanos a las fronteras críticas o a las líneas de comunicación principales devinieron residencias más regulares de los emperadores. Funcionaban como capitales alternativas, provistas de edificios monumentales: un complejo de circo y palacio, baños grandiosos, incluso mausoleos imperiales. Las «capitales tetrárquicas» más destacadas fueron: en la Galia, Tréveris (capital de Constancio); en Italia, Milán (sede de Maximiano) y Aquilea; en los Balcanes, Sirmio, junto al río Sava, no lejos de la vital frontera del Danubio, pero también Tesalónica (elección de Galerio); y en Oriente, Nicomedia (la favorita de Diocleciano), Antioquía (más próxima al frente persa) y Cesarea (popular con el césar Maximino, desde 305). Incluso en Roma, sede del complejo original de palacio y circo (Palatino y Circo Máximo), el propio Majencio construyó una imitación tetrárquica poco más allá de las murallas, junto a la Vía Apia. Lactancio (*Mort. Pers.*, VII, 9-10) ofrece un retrato vívido de la caprichosa y frenética actividad constructora de Diocleciano en Nicomedia, con edificaciones constantes, muchas de las cuales se derribaban para su rediseño. Por desgracia, la ciudad moderna (Izmit) apenas cuenta con ninguna huella de la presencia de Diocleciano. Aparte de Roma, solo Tréveris y Tesalónica, junto con el palacio del retiro de Diocleciano en Split, cuentan con vestigios monumentales suficientes para transmitirnos una impresión del aspecto que pudo tener una capital de la tetrarquía.

La multiplicación de emperadores, e incluso de capitales, comportaba que se incrementara el *comitatus* imperial, núcleo del gobierno y el ejército; cada uno de ellos era una réplica organizada de forma similar. Los oficiales principales de la corte eran ahora, casi exclusivamente, *equites* (caballeros). Los más importantes eran los prefectos del pretorio, uno para cada augusto (pero no para los césares), que ostentaban la elevada condición de *vir eminentissimus* y actuaban de forma colegiada, al igual que los emperadores. Aunque aún no se les había privado por completo de los deberes militares (así, Asclepiodoto interpretó un papel clave en la reconquista de Britania), en este período eran ante todo funcionarios civiles con amplios poderes, e incluso jurisdicción inapelable, en lo relativo al abastecimiento de los ejércitos. Los demás oficiales eran calificados de *viri perfectissimi*, incluidos los responsables financieros de la *summa res* (el Tesoro) y la *res privata* (gastos personales del emperador) y los «señores del escriño» (*magistri scriniorum*),* la sección de secretarios que se ocupaba de la correspondencia del emperador y las funciones judiciales. El servicio civil, en los niveles inferiores, ya no estaba dominado por la *familia Caesaris* (esclavos y libertos de la casa del emperador), cuya función se fue limitando. En su lugar, la práctica sostenida de nombrar a soldados como administradores marcó la pauta del aspecto militar de una plantilla cuyo servicio comenzó a ser denominado *militia*. También surgió una nueva tendencia: la de que los funcionarios adoptaran el *nomen* del emperador al que servían. Así, muchos exhiben el nombre de «Valerius» (que llevaban Diocleciano, Galerio y Maximiano), aunque no fue una práctica universal hasta el período de Constan-

* Hoy «escriño» es una palabra poco corriente, que el DRAE define, en su segunda acepción, como «cofre pequeño o caja para guardar joyas, papeles o algún otro objeto precioso». El *scrinium* era en general más específico para libros y papeles. (*N. de los t.*)

tino, cuando su *nomen* Flavius se convirtió en el signo más evidente que distinguiría a los funcionarios estatales de los civiles durante varios siglos.

Las provincias se hallaban, según la expresiva formulación de Lactancio, *in frusta concisae*: fragmentadas en pedazos (*Mort. Pers.*, VII, 4). No era algo nuevo, pero Diocleciano se hallaba en posición de emprender una reorganización más exhaustiva que la de sus predecesores, aunque ésta se desarrolló en fases. Un acto crucial, sin embargo, fue la creación de las diócesis, probablemente no mucho más tarde de 293. Eran doce grandes unidades administrativas que agrupaban a las diversas provincias y estaban encabezadas por un *vicarius* de los prefectos del pretorio, que representaban un nivel intermedio de jurisdicción entre el gobernador y el prefecto o emperador. Como estos nuevos vicarios, los gobernadores provinciales (*praesides*) eran ahora en su mayoría de la clase ecuestre y ya no ejercían labores militares, solo funciones civiles. En teoría, al concentrar la tarea de los gobernadores en las materias de justicia e impuestos en provincias menores y crear el escalón adicional de la administración diocesana, se debería haber logrado una eficacia y un control mayores. Esto también afectaba a la jerarquía financiera del Tesoro público e imperial, que era reflejo de la nueva estructura diocesana y provincial. En todos los niveles, tanto central como provincial, es obvio que había muchos más administradores; y a medida que se incrementó su número, también lo hizo la tendencia a una regulación minuciosa de los cargos y las remuneraciones. No es de extrañar que en ocasiones se atribuya a Diocleciano una mentalidad de burócrata estrecho de miras, sobre todo ante el hecho de que no es fácil evaluar hasta qué punto más gobierno se traducía en un gobierno más eficaz. Lactancio (*Mort. Pers.*, VII, 3-4) criticó este aparato por excesivo y abusivo, al reprochar que los que sufrían la carga impositiva alimentaban a demasiados administradores. No obstante, después del caos de mediados del siglo III, la iniciativa garantizó un nivel más elevado de estabilidad y predecibilidad.

Lactancio también acusó a Diocleciano (*Mort. Pers.*, VII, 2) de haber «multiplicado los ejércitos, puesto que los cuatro [tetrarcas] intentaron contar con un número de soldados muy superior al que habían tenido los emperadores anteriores cuando gobernaban el estado en solitario». Por el contrario, Zósimo (II, 34) elogia a Diocleciano por mantener fuerzas destacadas en defensas fronterizas reforzadas, a diferencia de Constantino, que retiró las tropas a ciudades interiores y distantes. Las dos concepciones son ciertas, al menos en parte. Sin duda hubo un incremento notorio en las dimensiones generales del ejército: las unidades de combate se redujeron pero aumentaron su número. Además, dejaron de estar bajo el control de los gobernadores provinciales y pasaron a ser dirigidas por *duces* (generales con rango de caballero), que con frecuencia encabezaban tropas repartidas entre varias provincias. Hubo asimismo cierto incremento en los ejércitos de campo móviles que formaban parte de los diversos *comitatus* imperiales —por ejemplo, las nuevas legiones de *Ioviani* y *Herculiani*— pero no había distinción, como sí existió más tarde, entre las tropas «palatinas» de primera categoría y las tropas «de frontera» y de segunda categoría (*limitanei*). Probablemente, aún debemos pensar en fuerzas que se reunían a partir de los *auxilia* y las legiones regulares para emprender campañas concretas, como en el reclutamiento generalizado de fuerzas para la guerra contra Persia. Al haber cuatro soberanos y disponer cada uno de sus propias tropas, era posible realizar operaciones militares múltiples, sin descartar por ello la eficacia de algunas acciones colaborativas (como ocurrió con Diocleciano y Maximiano en 288). Al mismo tiempo se trabajó mucho en las defensas fronterizas, tal como documenta, por ejemplo, una serie de inscripciones halladas en fuertes reparados a lo largo del bajo Danubio, así como la *Strata Diocletiana*, una carretera importante que enlazaba fuertes asociados al sur de Callinicum, junto al Éufrates, pasando por Palmira y llegando a Damasco y más allá.[8]

Los senadores, actores más destacados del principado augusteo, están en general ausentes de toda esta reorganización. En realidad, bajo el imperio de Diocleciano alcanzaron su punto más bajo de ocupación de puestos públicos, hecho que a veces atribuyen los estudiosos modernos a que los duros soldados ilirios solían sentir poca estima por la élite tradicional. Las fuentes antiguas, por el contrario, dan a entender que fue Galieno el que vetó el acceso de los senadores al ejército. Al parecer, sin embargo, estamos ante otro acto de celos o prejuicios imperiales, más que ante un proceso gradual. Cuando el ejército cobró más importancia política, el aumento de los gobernadores y oficiales militares de origen caballero, junto con la mayor distancia social y geográfica de los emperadores con respecto al Senado de Roma, hizo que los senadores fueran candidatos cada vez menos plausibles para dirigir las legiones u ocupar la gobernación militar, puestos que antaño eran prerrogativa senatorial. Así pues, en época de Diocleciano los senadores ya habían resultado eclipsados, en un proceso que a duras penas podían impedir, dado que el emperador se ausentó durante mucho tiempo no ya de Roma, sino incluso de Italia. La vida senatorial pasó a ser en general de un *otium* (ocio, placer) puntuado por breves momentos de *negotium* (asuntos públicos). Los puestos que a la sazón ocupaban los senadores eran en su mayoría las magistraturas tradicionales, otros cargos administrativos en Roma o, si no, gobernaciones (con frecuencia, en calidad de *corrector*)* en las provincias italianas recién creadas (las *regiones*). Era poco frecuente que actuaran como gobernadores fuera de Italia, con algunas excepciones: sobre todo, los proconsulados de Asia y África, aún prestigiosos, pero geográficamente reducidos. También se consideraba prestigioso ser uno de los cónsules *ordinarii* (que daban nombre al año), pero

* Delegado imperial. (*N. de los t.*)

más del 70 por 100 de ellos, en el período de 285 a 305, eran miembros del colegio imperial o sus prefectos del pretorio (que con ello accedían al Senado). La última lista detallada de cónsules sufectos es de 289 y aunque se los continuó designando como tales, desaparecen de la vista. En ese momento, el puesto senatorial más poderoso era el de *praefectus urbi* (prefecto de la ciudad), responsable de la ciudad de Roma y sus alrededores; la posición se reforzaba por la ausencia del emperador y, al igual que la prefectura del pretorio, terminó representando una jurisdicción inapelable. Aunque se dice que Maximiano apuntó a varios senadores debido a su riqueza, el hecho de que apenas visitara Roma debió de significar que los senadores se hallaban libres, en gran medida, de las presiones del cargo activo o de las intrigas cortesanas. Una de las razones por las que Majencio cobró tanta impopularidad en Roma entre 306 y 312 quizá fuera, sencillamente, porque el Senado recordó de pronto cuán incómoda les resultaba la residencia de un emperador en la ciudad.

LAS CIUDADES

Las ciudades eran, quizá, la subdivisión crucial del imperio, y fueron adornadas, durante los años prósperos del principado, con magníficos monumentos erigidos por la beneficencia competitiva de las élites locales. La crisis del siglo III hizo que esta actividad se redujera a un goteo. Los lugareños más ricos habían ingresado en la aristocracia imperial y, cuando las cargas oprimían a los que habían quedado atrás, el desempeño de cargos locales se tornó menos atractivo y se produjo una búsqueda incesante de exenciones y privilegios. Fue un tema constante de las peticiones presentadas ante Diocleciano, que se vio obligado a rechazar beneficios solicitados por motivos de ocupación (por ejemplo, como filósofo, organista hidráulico, cazador o contable), de edad o de enfermedad... ¡a veces, ajena![9] Otros, sin embargo, tenían más éxito. Aun así, los que eran nombrados para los cargos o la curia lo-

cal ascendían a una condición (elevada por Diocleciano) que los incluía en la clase favorecida de los *honestiores* (los más honorables), a los que el sistema judicial, por lo general temible, otorgaba un trato más leve que a los *humiliores* (los más humildes). Dos cartas grabadas en piedra muestran que Galerio favorecía con optimismo el incremento en el número de nuevas ciudades, al otorgar esa condición cívica a Timando (en Pisidia) y Heraclea Síntica (en Macedonia).[10] Diocleciano fomentó este desarrollo en Siria y Palestina, incluida la construcción de graneros y depósitos. Pero las reformas del propio Diocleciano habían tendido a socavar el atractivo de los cargos locales: los consejeros se habían convertido en recaudadores de impuestos, sin retribución pero con responsabilidad personal ante las carencias y con el deber de actuar solo como se les indicaba. Los deberes cívicos (*munera*) exigidos a la población se incrementaron y fueron en paralelo a una tendencia a la coacción hereditaria en todos los niveles. En Afrodisias (Caria), las últimas cartas imperiales escritas en griego y grabadas en lugares públicos que confirmaban privilegios públicos de los que enorgullecerse fueron redactadas por Valeriano y Galieno (257 d. C.). Los textos inscritos en piedra por Diocleciano son edictos imperiales de consideración, redactados en latín y realizados por encargo del gobernador local, quien pasó a administrar la estructura urbana.[11] Como es lógico, también antes se podía imponer la supervisión oficial a una ciudad que derrochase, para que recobrase la prudencia financiera (tal fue el propósito, por ejemplo, de Plinio el Joven en Bitinia), pero ahora el gobernador provincial ocupaba el vacío dejado por la atenuación de la élite local, al tiempo que reprimía cualquier posible independencia de maniobra que pudiera haber permitido su recuperación. Se dijo a las ciudades, verbigracia, que no podían costear festivales antes de realizar las reparaciones necesarias en sus murallas defensivas (*Cod. Just.*, XI, XLII, 1). Se trata de una exigencia, no de un consejo razonable. Quizá la prueba más negra de la actitud de Diocleciano hacia las ciudades fue la proporcionada en 303, cuando el consejo de la ciudad de Antioquía

empleó su propia iniciativa para reclutar fuerzas y derrotar a unos usurpadores que pretendían apoderarse de su puerto de Seleucia. No le correspondió la gratitud y la aprobación imperiales, sino la ejecución de todos los concejales por lo que se consideró una interferencia presuntuosa (Liban., *Or.*, I, 3). Esta vigilancia claustrofóbica del gobierno local, sin embargo, no era necesariamente efectiva. Los papiros de Panópolis indican que ni siquiera la inminente llegada de Diocleciano en septiembre de 298 pudo obligar a los lugareños mal dispuestos a realizar las tareas que su abrumado *strategos* les rogaba una y otra vez que hicieran.[12]

FINANZAS Y ECONOMÍA

Cuando Diocleciano subió al trono, la situación financiera del imperio era caótica. La acuñación se había corrompido y el viejo denario quedó reducido a metal vulgar bañado en plata. Así, los impuestos recaudados en dinero eran menos útiles que los obtenidos en especie, que, sin embargo, se recaudaban de acuerdo con principios irregulares y extraordinarios, más que mediante un sistema predecible. Diocleciano aplicó la nueva estructura diocesana a las jerarquías financieras. Casi todas las diócesis tenían una casa de la moneda, situada, por lo general, en lugares próximos a importantes fronteras o arterias de comunicación. Se estableció una red de fábricas estatales que producía armas, ropas, telas teñidas de púrpura y lino para los dos tipos de milicia, y se construyeron almacenes para guardar bienes como los cereales, ya fueran adquiridos o requisados. Se revitalizó el ciclo del censo cada cinco años, de modo que todo el imperio pudiera ser evaluado sobre una base más sistemática, que ahora incluía asimismo las últimas de las áreas anteriormente exentas (sobre todo, Italia). Cuando fuera preciso recaudar los diversos impuestos, en especie o metálico, se haría en adelante según una valoración concebida para realizar un cálculo (justo, en teoría) de la riqueza de la tierra y la magnitud de la población (rural). Las áreas y po-

blaciones urbanas solían quedar exentas (aunque debían satisfacer algunas otras tasas). Este nuevo sistema de Diocleciano se suele designar como *iugatio vel capitatio*. Varios tipos de tierra se redujeron a unidades teóricas conocidas como *iuga*, al par que las personas (incluidos los esclavos) se reducían a unidades denominadas *capita*.* Luego se sumaban para obtener un total para cada ciudad o pueblo. Aunque los detalles y la terminología diferían entre las regiones, el sistema era bastante coherente. También se hizo que los funcionarios del gobierno central trabaran contacto con las minucias de las condiciones locales: los *censitores* de Siria determinaban los límites de los pueblos, al par que en la diócesis de Asiana (Anatolia occidental y las islas del Egeo) se erigieron inscripciones para dar fe de las valoraciones de varias fincas con respecto a sus tierras, ganados y gentes.[13] Lactancio (*Mort. Pers.*, XXIII, 1-9) describe el censo de 306 de un modo típicamente implacable, con oleadas de funcionarios que recurrían a la tortura de la población sujeta a impuestos para maximizar el valor de los rendimientos del censo. Pero esta descripción crítica con el estado de Diocleciano, que proyecta su voluntad directamente hasta el nivel más bajo, se refleja positivamente en los textos oficiales optimistas, como en el edicto de Aristio Optado, prefecto de Egipto, al promulgar el censo de 296-297 (*P. Cairo Isid.*, 1; véase también Rees).[14] De una forma irónica, este censo de Egipto quizá fuera un detonante de la revuelta de Domicio Domiciano. No obstante, Diocleciano era consciente de que el sistema permitía abusos de los funcionarios y suprimió un cuerpo difícil de controlar (el de los *frumentarii*), al tiempo que intentaba descartar las reclamaciones falsas de los funcionarios del Tesoro del monarca contra la propiedad ajena.

Diocleciano intentó estabilizar la divisa con una reforma general del sistema de acuñación, a mediados de la última década del siglo III, cuando también se vivió el final de la última acu-

* Hasta cierto punto, *yugadas* y *cabezas*; como es sabido, el español conserva la *capitación* como «reparto de una contribución por cabezas». (*N. de los t.*)

ñación aislada del imperio (la del tetradracma alejandrino). Además de una moneda de oro más abundante (el áureo, valorado en mil denarios y en la sexagésima parte de una libra), se introdujo una nueva moneda de plata genuina (el argénteo); las monedas de cobre, de escaso valor, seguían acuñándose con libertad, como vestigios del antiguo denario. La carestía de metales preciosos, sin embargo, hizo que el gobierno pagara con metales viles incluso sus donativos (al menos, los otorgados a los soldados comunes), según se muestra en los papiros de Panópolis, de 300 d. C.,[15] al tiempo que retiraba oro a la fuerza.[16] No resultó una manipulación exitosa, por lo que en 301 (otro año de censo), Diocleciano, quizá a instancias del enérgico Galerio, se embarcó en otro plan ambicioso con miras a estabilizar el sistema monetario. Mientras que la acuñación se tasaba de nuevo en una serie de decretos, Diocleciano también promulgó el más famoso de todos sus mandatos, el monumental edicto de los Precios.[17] Determinó un techo para los precios en varios cientos de categorías de bienes y servicios. La ambición de la medida es casi mareante, como lo es el hecho de que algunos gobernadores la apoyaron hasta el extremo de ordenar la inscripción de al menos cuarenta copias en piedra a lo largo de las provincias. La retórica sostenida del edicto, aunque transmite adecuadamente lo difícil que había sido asentar la paz en el imperio, considera que la inflación debilitadora estaba causada por la avaricia de hombres tan poco civilizados como las recién domeñadas hordas bárbaras (Lactancio hace parodia de la idea y muestra a un Diocleciano avariento como causa de los males económicos del imperio: *Mort. Pers.*, VII, 5-7). Este análisis económico era erróneo, sin duda, aunque la percepción del problema por parte del emperador estaba distorsionada, sometida a una influencia excesiva de las fluctuaciones temporales de precio que se producían cada vez que aparecía su descomunal y perturbador *comitatus*. Pero la meta del control de precios no era descabellada y probablemente pretendía actuar en el interés inmediato tanto de los soldados con salarios fijos como de la administración, que con

frecuencia pagaba con dinero al reclutar bienes y servicios. El mercado, por el contrario, no se mostró dócil a tal dirección. Se ejecutó a algunos infractores, pero desaparecieron bienes y continuó la inflación. La medida era audaz, pero fracasó, como Lactancio se complació en señalar. Donde no fue revocada, se permitió que cayera en desuso. Las copias en piedra quedaron como testimonios de la frustrada ambición del emperador.

La materia legal

Caracalla había concedido la ciudadanía romana a la mayoría de la población libre del imperio, mediante un ambicioso edicto publicado en 212 d. C. (la *Constitutio Antoniniana*). Pero aunque esto dio millones de nuevos ciudadanos, no los hizo hablar latín ni usar el Derecho romano en sus vidas cotidianas, pues no lo conocían bien. Así pues, el jurista Modestino escribió en griego describiendo excusas para evitar cargas pesadas como guardianes. A mediados de siglo, sin embargo, Beirut se vanagloriaba de poseer una escuela jurídica asentada (a cuyos estudiantes concedió privilegios Diocleciano más adelante: *Cod. Just.*, X, L, 1) y comenzó a aprenderse latín en Oriente no por sus cualidades literarias (el que tiene a Homero, ¿para qué necesita a Virgilio?), sino porque proporcionaba acceso a las carreras legales y administrativas. Los emperadores ilíricos ya no procedían de aquellas élites para las cuales la cultura literaria griega era una condición previa y, cuando Diocleciano se asentó en Nicomedia, un tribunal latino echó el ancla de manera más o menos permanente en un entorno cultural griego. Esto parece haber surtido varios efectos relacionados, en la medida en que hizo aflorar en el emperador el chovinismo romano. Primero intentó fomentar el latín como lengua de gobierno. Para ello hizo venir de África a Lactancio, para que enseñase Retórica latina en Nicomedia, aun a pesar de que reclutar estudiantes no resultó tarea sencilla. En segundo lugar, mientras viajaba por las provincias, recibiendo incontables peticiones a

las que iba dando respuesta, muchas de las cuales concernían a disputas legales (lo que era parte común de las labores del emperador), debió de tomar conciencia de hasta qué punto amplias zonas de la población teóricamente romana apenas estaban al corriente de las normas legales romanas. No es que Diocleciano fuera experto en materia jurídica, que no lo era; pero sabía escuchar los buenos consejos, por ejemplo del funcionario clave en el manejo de aquellas causas, el *magister libellorum* (maestro de las peticiones), que por lo general sí era un jurista con experiencia.

Tres juristas capaces e identificables sirvieron en ese puesto entre 285 y 295, escribiendo respuestas (los *rescriptos*) en nombre de los emperadores. El primero, de 285 a 290, es un funcionario anónimo, que representa de modo emblemático el chovinismo romano del gobierno de Diocleciano. Así, desaprueba con rigor las prácticas ajenas a los romanos: bigamia, desheredación, matrimonio por rapto o incesto. En 290-291 fue turno de Arcadio Carisio, más retórico, y quizá menos satisfecho con la redacción de los sucintos rescriptos que con los edictos más largos y elaborados, como el edicto de los Precios, que redactó más adelante, cuando era *magister memoriae*. Finalmente, en 293-295 viene Aurelio Hermogeniano, quien exponía las cuestiones con claridad racional. Los rescriptos producidos por estos hombres, no obstante, aunque se los exponía en público y con frecuencia se los copiaba, solo podían lograr una circulación muy irregular. Como siempre hubo demanda de copias de las respuestas imperiales, que representaban el empeño profesional de juristas expertos, se antoja lógico que tales textos se recopilaran y publicaran en obras sistemáticas. Primero, en 292, un hombre llamado Gregorio (que quizá fuera el *magister libellorum* de 285 a 290) creó el *Código Gregoriano*, compuesto por los rescriptos imperiales emitidos por los emperadores de Adriano a 291. Se publicó en quince libros, que ya no constaban de rollos aislados, sino que se unieron en un único códice extenso (de aquí el nombre de *código*), como un libro moderno. El paso del rollo al código fue uno de los hitos más señeros del siglo III. Luego, en 295, Hermogeniano publicó el

Código Hermogeniano, de un solo libro, que contenía multitud de respuestas de los años 293 y 294, textos emitidos en origen en nombre de los tetrarcas, pero escritos por él, en cuanto maestro de las peticiones. Poco después fue ascendido a prefecto del pretorio de Diocleciano. ¿Cuál era el carácter de aquellos dos códigos? ¿Actuaban Hermogeniano y Gregorio esencialmente como juristas, aprovechando los rescriptos ya creados por ellos mismos para generar obras de su autoría, o acaso eran funcionarios del estado que recopilaban textos imperiales para una publicación gubernativa? Tal vez la respuesta más adecuada sea la de un carácter semioficial. Diocleciano conocía a sus hombres y le parecería sensato permitir que los mejor cualificados utilizaran los materiales imperiales para completar proyectos útiles sin reclamar el crédito para sí (como Lactancio afirma que tenía costumbre de hacer en otros campos), en contraste con los códigos imperiales posteriores de Teodosio II y Justiniano. Pero la escritura jurídica innovadora llega a su fin con Carisio y Hermogeniano. Así, los códigos de Diocleciano son liminares y marcan el paso último del control jurídico al control imperial en la interpretación de la ley. En adelante, los gobernadores, los abogados e incluso los ciudadanos litigiosos podrían tener en sus manos un volumen de interpretación legal actualizada y autorizada, para explotarlo o consultarlo.

La materia religiosa

En lo que respecta a la religión, Diocleciano fue conservador y buscó seguridad en la tradición. Su deidad titular fue el principal de los dioses romanos, al par que Maximiano eligió a Hércules, hijo de Júpiter, reflejo de la relación que mantenían en la vida real. Al mismo tiempo, ello no solo servía para invocar el apoyo divino a los emperadores, sino que explicitaba la confianza de éstos en los dioses. Así se publicitaba repetidamente en las monedas (en las que a las dos figuras citadas se unieron Marte y Apo-

lo/Sol) y, aunque no se normalizó como parte de los títulos imperiales, ya extensos de por sí, los adjetivos *Iovius-Herculius* aparecen una y otra vez como designaciones a juego de las unidades militares, las provincias y los edificios.

Según se ha indicado antes, entre las resoluciones legales de Diocleciano prima el hincapié en las costumbres tradicionales de Roma, lo que asociaba la antigua virtud romana con el favor divino. Esto se expresa bien en su fulminante edicto de 295, de condena de los matrimonios incestuosos, que se describen a un tiempo como impíos e impropios de romanos. La novedad religiosa se ve, por demás, como algo seductoramente subversivo. En respuesta a una pregunta del procónsul de África en 302, Diocleciano escribió desde Alejandría para imponer castigos muy severos contra los maniqueos, a los que se consideraba innovadores sin justificación al par que vicarios de los persas.[18] Galerio, el césar de Diocleciano, parece haber compartido esta perspectiva ultrarromana, lo que convierte en aún más mordaz el hecho de que Lactancio lo retratase como el auténtico bárbaro (Lact., *Mort. Pers.*, XXIV, 1 frente a IX, 2).

Desde que la «paz de Galieno» terminó una racha de persecuciones en 260, los cristianos habían disfrutado de muchos años de avances callados y se tornaron una presencia cada vez más aceptada, incluso en el ejército y los tribunales. A pesar de su buena fortuna, parece ser que Diocleciano siguió escudriñando el futuro con inquietud y aprensión e intentó evitar cualquier acto que pudiera contrariar a los dioses. La presencia de cristianos en el ejército no había impedido la gran victoria sobre Persia. Pero a los soldados leales al cristianismo, tales como el muy viajado Aurelio Gayo,[19] se los purgó del ejército en 299. A continuación, unos sacrificios que al parecer no surtieron el efecto esperado y un ataque incendiario contra el palacio terminaron por enardecer al emperador en contra de los cristianos; pero también lo espoleaban su césar, los intelectuales paganos de su corte (tales como Porfirio y Sosiano Hierocles, que ya habían hostigado al cristianismo en sus escritos) e incluso un oráculo de Apolo en Dí-

dima. Por sospechas en la corte, se ejecutó a dos chambelanes eunucos de religión cristiana, al tiempo que se obligó a las mujeres imperiales, que tal vez fueran receptivas al cristianismo, a ofrecer sacrificios. Por último, el 23 de febrero de 303, la notable iglesia cristiana situada frente al palacio de Nicomedia fue demolida por los soldados, y al día siguiente se promulgó un edicto por el cual se derribarían las iglesias, habría que entregar las escrituras cristianas para su destrucción, se privaría de su condición a los cristianos de clase alta e incluso se esclavizaría de nuevo a los libertos imperiales. El edicto se estaba haciendo cumplir en Palestina en marzo y en África en mayo. En el mismo año de 303 le siguió la detención de los clérigos, a los que se liberaría siempre que apostataran y ofrecieran sacrificios; aunque de hecho, muchos quedaron libres después de un cumplimiento teórico o forzoso, bajo la amnistía de las *vicennalia* (noviembre de 303). En 304 se adoptó una medida adicional, que exigía sacrificios en todas las partes del imperio, aunque tal vez fuera más bien una iniciativa de Galerio mientras Diocleciano estaba enfermo, iniciativa que al parecer solo se puso en práctica en Oriente.

La persecución perduró después de que Diocleciano y Maximiano abdicaran en 305, pero en Occidente se mitigó antes incluso de que la acabaran oficialmente Constantino y luego Majencio en 306. Incluso Galerio, quizá porque estuviera distraído por la desintegración de la tetrarquía, parece haber perdido impulso, de modo que fue solo el fervor del nuevo césar Maximino lo que revivió una y otra vez la persecución en Oriente, incluso después del edicto de tolerancia promulgado por Galerio en abril de 311. Solo al ser derrotado y hallarse próximo a la muerte aceptó Maximino la tolerancia, lo que puso fin a la Gran Persecución en el verano de 313.

La Iglesia cristiana sobrevivió al intento sostenido de acabar con sus rasgos esenciales (edificios, clérigos, escrituras) y desanimar a cualquier partidario de condición elevada o aspiraciones de mando. El deseo máximo de los perseguidores (y el temor más hondo de los perseguidos) no era la muerte, sino la apostasía. Sin

embargo, la ley se cumplía de forma irregular, pues dependía en gran medida del entusiasmo tanto de los magistrados como de los eventuales mártires. Incluso dentro del colegio imperial, Constancio obedeció con cierta timidez. También es de notar que las protestas populares contra los cristianos, que con frecuencia habían estado detrás de los anteriores episodios de persecución, se fueron desvaneciendo a medida que el cristianismo se normalizaba. Una persecución iniciada desde lo alto, sin una agitación popular extendida, carecía de alcance y resistencia. Irónicamente, los efectos más perdurables de la persecución fueron los cismas enconados entre los propios cristianos con respecto al modo de tratar a los caídos, como la disputa donatista en África, donde Constantino, a su vez, halló que era fútil desatar persecuciones. Toda la saga de las persecuciones iniciada por Diocleciano y Galerio pone de manifiesto las ambiciones del gobierno antiguo tardío, pero también sus límites.

La abdicación

El último acto del reinado de Diocleciano —la abdicación— fue el más innovador de todos sus experimentos, aunque también el menos exitoso. No había precedentes en la historia del principado. Lactancio la comparó con la sucesión de Trajano por Nerva, pero en realidad Nerva siguió siendo emperador hasta su muerte, por mucho que le hubieran impuesto a Trajano como césar. El paralelo más similar quizá sea el abandono de la dictadura por parte de Sila, en 80 a. C., acto que más adelante fue calificado de abnegado y noble, pero que otros (como Julio César) vieron como una locura política, puesto que el legado de Sila comenzó a deshacerse antes incluso de su muerte. Como ya se ha indicado, es improbable que Diocleciano concibiera la abdicación de buen principio como elemento integral de la tetrarquía, aun a pesar de haber clarificado la línea de sucesión. Lactancio atribuye la renuncia a la presión que Galerio había ejercido so-

bre Diocleciano y Maximiano unas pocas semanas antes del hecho, pero en realidad, la idea parece haber surgido antes. En noviembre de 303, Diocleciano hizo la que probablemente era su primera visita a Roma, para celebrar los festejos de su vigésimo año de reinado (*vicennalia*) y la victoria contra Persia. Le acompañaba Maximiano. Se organizó una procesión triunfal espléndida, se celebraron juegos magníficos y los augustos repartieron oro y monedas de plata entre la multitud de asistentes al circo. Hubo una amnistía general, que afectó incluso a los clérigos cristianos. No obstante, al parecer Diocleciano halló que la plebe de Roma hablaba con más libertad de la que él tenía costumbre de tolerar y dejó la ciudad antes de lo previsto, a mediados del mes de diciembre. Sin embargo, antes había arrancado a Maximiano el juramento, pronunciado en el Templo de Júpiter Capitolino, de que lo acompañaría en la abdicación. Se había acordado la sucesión, aunque probablemente no su calendario exacto. Los nuevos césares serían, en su debido momento, los únicos dos hijos varones adultos de los tetrarcas existentes: Constantino (hijo de Constancio) y Majencio (hijo de Maximiano).[20]

Tras abandonar Roma, Diocleciano llegó a Rávena para celebrar su noveno consulado el 1 de enero de 304, pero mientras viajaba hacia el norte, con un tiempo atrozmente invernal, su salud se deterioró. Aun así, pasó el verano inspeccionando la frontera del Danubio, para regresar por fin a su querida Nicomedia, donde dedicó un nuevo circo en la clausura de sus *vicennalia* el 20 de noviembre. El 13 de diciembre, Diocleciano se vino abajo; pasó todo el verano a las puertas de la muerte y no se le vio en público hasta el 1 de marzo de 305, cuando emergió del palacio con un aspecto débil y demacrado. En esa misma fecha y en la distante Tréveris, Constancio, ajeno a estos acontecimientos, entregaba medallones de celebración de sus trece años como césar. Entre tanto, Galerio emprendió una maniobra política atrevida. Fuera cual fuese su intervención en las conversaciones previas sobre la sucesión, de lo que no cabe duda es de que no le complacía el resultado. Desde la victoria contra los persas, conmemorada en

un arco en Tesalónica, su orgullo y su confianza habían ido a más. Su función en el gobierno de Diocleciano cobró más importancia y quizá fuera su energía la que impulsó, o al menos facilitó, políticas tan ambiciosas como el edicto de los Precios o la Gran Persecución. Sin embargo, si él y Majencio (que era su yerno) no se hubieran odiado tanto, la historia podría haber sido muy distinta. Tal como estaban las cosas, se veía integrado en un colegio que reuniría a Constancio, Constantino y Majencio, por lo que decidió crear otro colegio más próximo a sus preferencias. Es probable que Lactancio acierte al describir aquí a un Galerio que, primero, intimidó a un temeroso Maximiano antes de llegar a Nicomedia en marzo para enfrentarse con Diocleciano, convaleciente, e invalidar lo que parecía determinado. Así, el 1 de mayo de 305, en Nicomedia, Diocleciano se despojó del ropaje purpúreo y lo colocó sobre los hombros del nuevo césar, Maximino, sobrino de Galerio, mientras el propio Galerio era aclamado como augusto. El mismo día, en Milán, Maximiano invistió como césar a Severo, *uno de los compañeros* de Galerio *en el ejército*. Ahora era Constancio (en teoría, el nuevo augusto principal) el que se hallaba aislado.

RETIRO Y MUERTE

Diocleciano se retiró al gran palacio de Split, en el Adriático, cerca de su Salona natal. No está claro si se había construido a propósito para un ex emperador (y con qué grado de aviso) o si se adaptó un edificio erigido para otros fines. Incluía un pequeño templo para la deidad singular de Diocleciano, Júpiter, así como un mausoleo magnífico (que hoy es la catedral). Desde aquí, Diocleciano tuvo que observar con amargura cómo se deshacía la sucesión claramente definida que había posibilitado al abdicar. Al principio, el nuevo orden tenía un aspecto impresionante. Galerio publicó una importante serie de edictos que frenaban abusos de los funcionarios de finanzas,[21] mientras que los Baños de

Diocleciano en Roma fueron dedicados (probablemente, por iniciativa de Severo) a los cuatro tetrarcas y los dos augustos retirados.[22] Pero la proclamación de Constantino a la muerte del renqueante Constancio en 306 no fue bienvenida y desbarató los planes de Galerio; el control del colegio imperial se le escapó aún más de las manos entre guerras, usurpaciones e intrigas. Así, en 308, Galerio decidió invocar el prestigio del hombre que se había apresurado en retirar: Diocleciano fue cónsul por décima vez y aceptó asistir a una reunión en Carnunto (en el Danubio), en noviembre, para intentar restablecer el orden. Maximiano, que había aprovechado para recuperar ansiosamente el poder, intentó convencer a Diocleciano de la conveniencia de recrear su exitosa sociedad. Pero Diocleciano se negó, pues sabía que no había forma de dar marcha atrás en el tiempo, y con palabras que se hicieron famosas defendió ante un Maximiano que lo escuchaba atónito las bondades de cultivar las propias verduras (*Epit. de Caes.*, XXXIX, 6). Así pues, Maximiano se vio forzado a retirarse por segunda vez, aunque su incensante actividad conspirativa lo condujo a un final violento en 310.

A pesar del esfuerzo que realizó en Carnunto, Galerio fue incapaz de imponer el control y, atacado por un cáncer, falleció con dolor y decepción en mayo de 311. Había fracasado en su empeño sincero de mantener el sistema tetrárquico al interpretar el papel de Tiberio mientras Diocleciano desempeñaba el de Augusto. Así pues, Diocleciano, que en 304 se hallaba cerca de la muerte, era ahora el único superviviente de la primera tetrarquía. Aún no había ocurrido lo peor. En vida, ya supo que varias de sus estatuas e inscripciones estaban siendo borradas por una *damnatio memoriae* asociada con Maximiano, que había caído en desgracia, y luego se vio imposibilitado de socorrer a su hija Valeria, viuda de Galerio, que era sometida a planes de matrimonio indeseado y amenazador por los otros dos augustos, Licinio y Maximino. Este último despreció el ruego del augusto retirado conforme se le enviara de regreso a su hija. Quizá las calabazas habían perdido su atractivo.

Al final, parece ser que Diocleciano, enfermo y amargado, se dejó morir de hambre. La fecha es incierta. Al igual que conocemos el día de nacimiento de Diocleciano, pero no el año, así ocurre también con su muerte. Falleció un 3 de diciembre. Lactancio sitúa su muerte entre las de Galerio y Maximino, por lo que el año tuvo que ser 311 o 312. Como Diocleciano es el único miembro de la primera tetrarquía que no aparece como *divus* en las monedas acuñadas por Majencio, y es evidente que éste sentía la necesidad de contar con la máxima ayuda posible de sus parientes muertos en fechas próximas y divinizados tras el fallecimiento, cabe suponer que Diocleciano seguía con vida en octubre de 312, el mes en el que fue derrocado Majencio. Esto encaja asimismo con una fuente que indica que, cuando Constantino y Licinio le enviaron una invitación para las bodas del último con la hermana de Constantino (prevista para febrero de 313), Diocleciano declinó asistir por motivos de mala salud, razón por la que aquéllos consideraron su larga vida como algo detestable y aun sospechoso (*Epit. de Caes.*, XXXIX, 7). Así pues, lo más probable es que Diocleciano falleciese el 3 de diciembre de 312, en su mencionado palacio de Split, no lejos de su lugar de nacimiento. Y allí mismo fue enterrado, en el mausoleo guarnecido con tapices de púrpura. Eutropio (IX, 28) comenta que fue un personaje único al morir como particular para ingresar en el mundo de los dioses. Esto es cierto en el sentido en que todos los emperadores difuntos, salvo aquellos cuyo recuerdo se condenaba, incluidos los del imperio cristiano, podían ser denominados *divus*; pero se antoja improbable que los contemporáneos reconocieran formalmente su divinización, dado que ningún emperador acuñó moneda en la que se lo consagrara como tal.[23]

Diocleciano no llegó a conocer una última indignidad. Tras derrotar a Maximino en el verano de 313, Licinio no repitió el error de 305 e hizo ejecutar a todos los pretendientes al trono imperial: los hijos de Galerio y Severo y la familia de Maximino (ejemplo que siguieron los hijos de Constantino en 337). Cuando por fin atrapó a Valeria y su madre, Prisca, quiso vengarse de haber

sido rechazado en matrimonio y no vaciló en ordenar asimismo su ejecución. Así pues, la hija y la esposa de Diocleciano murieron en Tesalónica (donde fallecería más adelante el propio Licinio) en el verano de 314, en lo que supuso un final lamentable para la familia de un soberano tan duradero y exitoso.

Valoración

El período posterior a la abdicación de Diocleciano fue un desastre para el estilo de gobierno colegiado que había intentado mantener, así como para sí mismo y su familia. Como hizo más tarde Constantino, no logró resolver el grave problema de la sucesión. Pero aunque no creó un modelo fiable para gobiernos colegiados a largo plazo, sí demostró que era factible y el hecho de haber logrado que funcionara durante dos décadas, gracias a la pericia con la que lo dirigió, resultó fundamental a la hora de promover éxitos militares sostenidos y permitir que se promulgaran y asentaran importantes reformas administrativas y de otro tipo.

No se ha podido establecer con certeza cuál fue su carácter, pues las pruebas no lo permiten. El crudo soldado, el burócrata mezquino, el chovinista romano, el perseguidor supersticioso: todo ello parece ser verdad al mismo tiempo, pero no ofrece un retrato justo. Quizá la mejor descripción de Diocleciano como soberano sea la proporcionada por Lactancio, si sabemos mirar por debajo del barro de sus invectivas. Consideraba perniciosa la relación «fraternal» que se estableció entre Diocleciano y Maximiano, pero no fue capaz de negar el éxito esencial del régimen hasta 303, algo que hicieron posible los estrechísimos lazos de unión entre los dos (Lact., *Mort. Pers.*, VIII, 1-2, IX, 11).

De un modo similar, cuando Lactancio retrata a un Diocleciano tímido, no menos presto a echar la culpa a los demás que a atribuirse todos los éxitos (*Mort. Pers.*, XI, 5), quizá la imagen sea significativamente cierta (es habitual que los soberanos busquen cabezas de turco para sus fracasos), pero la sátira oscure-

ce el reflejo de un gobernante dispuesto tanto a dejarse aconsejar como a delegar. Tanto si pensamos en su elección de los compañeros imperiales o los funcionarios como Hermogeniano, como si recordamos la rápida creación de nuevas cadenas de mando, cabe afirmar que su estilo de consultas y cautela funcionó. Los escritores de fechas posteriores del siglo IV no carecen de sentido crítico (véase por ejemplo Eutrop., IX, 26), pero por lo general aprecian el sistema colegiado de Diocleciano (Aur. Vict., *Caes.*, XXXIX, 8 y 29; Juliano, *Caes.*, 315A-B) y su combinación de audacia moderada y cautela astuta.

Hay que reconocer, claro está, que también hubo un exceso de ambición. Algunas leyes eran en exceso optimistas, como las que intentaron regular los precios o las creencias —lo que quizá fuera signo de la influencia de Galerio en su augusto ya envejecido—, y exhiben una incoherencia entre el tono retórico de superioridad moral y las limitaciones de su puesta en práctica. Esto marcó la pauta, sin duda, de todos los sucesores, que solo intensificaron la retórica, así como los ceremoniales magníficos de la corte antigua tardía. Sin embargo, quizá Diocleciano logró triunfar de modo notable en algunas áreas solo porque lo había intentado en gran número de ellas. El hecho de que, en muchos casos, Constantino partiera de las reformas iniciadas por él es un signo de que eran, en lo esencial, razonables. A ello se debe que los historiadores hablen con frecuencia del «nuevo imperio» de Diocleciano y Constantino.

NOTAS

1. Es posible, pero no está confirmado, que visitara Roma en fecha temprana. Véase Timothy D. Barnes, *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.) y Londres, 1982, p. 50, y Barnes, «Emperors, panegyrics, prefects, provinces and palaces (284-317)», en *Journal of Roman Archaeology*, 9 (1996), p. 537.

2. Compárense *Pan. Lat.* X (X), 9 y 11, y XI (III), 11-12, con Lactancio, *Mort. Pers.* VIII, 1-2.

3. Barnes, *The New Empire of Diocletian and Constantine*, p. 125; Barnes, «Emperors, panegyrics, prefects, provinces and palaces», pp. 546-547.

4. Para la cronología más consolidada, véase Barnes, «Emperors, panegyrics, prefects, provinces and palaces», pp. 543-544.

5. Barnes, *The New Empire of Diocletian and Constantine*, p. 255.

6. Simon Corcoran, *The Empire of the Tetrarchs: Imperial Pronouncements and Government AD 284-324*, 2.ª ed, Oxford University Press, Oxford, 2000, pp. 116, 271-272.

7. Corcoran, *The Empire of the Tetrarchs*, pp. 96-114.

8. M. Zahariade, «The Halmyris Tetrarchic Inscription», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 119 (1997), pp. 228-236; Roger Rees, *Diocletian and the Tetrarchy*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2004, p. 19.

9. Corcoran, *The Empire of the Tetrarchs*, pp. 101-105.

10. La publicación de la carta de Galerio en Heraclea (*AE* 2002, 1293) lo convierte en el autor más probable del texto anónimo de Timando, que con frecuencia se había atribuido a Diocleciano (*Monumenta Asiae Minoris Antiqua*, IV, 236).

11. Corcoran, *The Empire of the Tetrarchs*, p. 296.

12. Rees, *Diocletian and the Tetrarchy*, pp. 35-36.

13. Corcoran, *The Empire of the Tetrarchs*, pp. 175-176 y 346-347.

14. Rees, *Diocletian and the Tetrarchy*, p. 158.

15. Rees, *Diocletian and the Tetrarchy*, p. 155.

16. Corcoran, *The Empire of the Tetrarchs*, pp. 143-144 n.º 50, 176 n.º 8.

17. Véase Rees, *Diocletian and the Tetrarchy*, pp. 139-146.

18. Rees, *Diocletian and the Tetrarchy*, pp. 174-175.

19. Al que conocemos por su epitafio: *AE* 1981, 777; Barnes, «Emperors, panegyrics, prefects, provinces and palaces», pp. 542-543.

20. Con respecto a la adbicación, sigo principalmente la interpretación de Barnes, «Emperors, panegyrics, prefects, provinces and palaces», pp. 544-546.

21. Corcoran, «Galerius's Jigsaw Puzzle: The Caesariani Dossier», *Antiquité Tardive*, 15 (2007).

22. *ILS* 646; Rees, *Diocletian and the Tetrarchy*, p. 147.

23. Aunque sabemos de una pareja única de hitos de Heraclea/Perinto que mencionan a Diocleciano como *divus*, junto con Constancio y Galerio (*AE* 1998, 1180-81).

LECTURAS RECOMENDADAS

Barnes, Timothy D., *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.) y Londres, 1982.

—, «Emperors, panegyrics, prefects, provinces and palaces (284-317)», en *Journal of Roman Archaeology*, 9 (1996), pp. 532-552.

Bowman, Alan K., «Diocletian and the First Tetrarchy, AD 284-305», en *Cambridge Ancient History*, vol. 12, 2.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 67-89.

Corcoran, Simon, *The Empire of the Tetrarchs: Imperial Pronouncements and Government AD 284-324*, 2.ª ed, Oxford University Press, Oxford, 2000.

—, «Galerius's Jigsaw Puzzle: The Caesariani Dossier», *Antiquité Tardive*, 15 (2007).

Leadbetter, Will L., *Galerius and the Will of Diocletian*, Routledge, Londres y Nueva York, 2008.

Rees, Roger, *Diocletian and the Tetrarchy*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2004.

Williams, Stephen, *Diocletian and the Roman Recovery*, Batsford, Londres, 1985.

XI

Constantino

Noel Lenski



Entre Augusto y Justiniano, ningún emperador gobernó durante tanto tiempo como Constantino. Y hay razones para creer que, aparte de estos dos, ningún otro emperador provocó un impacto tan profundo en el mundo romano. Constantino estableció una nueva capital imperial en Constantinopla, creó una herencia arquitectónica distintiva y perdurable, revisó el nuevo aparato administrativo de Diocleciano, reestructuró el ejército, introdujo un nuevo sistema de acuñación e inició una nueva dinastía y un nuevo estilo de gobierno dinástico; todo ello tuvo un impacto muy poderoso en los siglos posteriores. Más que cualquier otro aspecto, sin embargo, su conversión al cristianismo y la persistencia en la defensa de su nueva religión dentro del imperio y fuera de sus fronteras le proporcionó a ésta el impulso que necesitaba para saltar a la vanguardia de la historia mundial. Sin duda, es posible concebir un mundo occidental dominado por el cristianismo sin la contribución de Constantino, pero es im-

posible negar que el emperador aceleró su aparición en la escena mundial y dejó una marca indeleble en su historia y en la historia del mundo mediante su conversión.

Orígenes

Constantino nació cerca de la ciudad balcánica de Naissus (la moderna Nis, en Serbia), muy probablemente en 272 d. C. En su infancia, los emperadores soldado Aureliano (r. 270-275) y Probo (r. 276-282), ambos asimismo de los Balcanes (antigua Illyricum o Iliria), rescataron al imperio de un prolongado período de guerra civil, caos económico e invasiones bárbaras. Cuando Constantino se aproximaba a la adolescencia, el emperador Numerio (r. 282-284) fue asesinado por su prefecto del pretorio mientras regresaba de una expedición militar en Persia. La muerte de Numeriano fue vengada por el comandante de la guardia imperial, también ilirio, que fue proclamado emperador bajo el nombre de Diocleciano el 20 de noviembre de 284.

Cuando Diocleciano llegó al poder, el imperio romano estaba acostumbrado a la cosoberanía de emperadores que se rodeaban de uno o varios compañeros en el gobierno imperial, para aumentar la seguridad. Su territorio y sus posesiones eran vastos y, en el siglo III, demasiado difíciles de manejar por el gobierno de un solo emperador. Para resolver este problema, así como para ayudar a consolidar una dinastía y con ello reducir las ocasiones de usurpación, un emperador de mediados del siglo III solía proclamar a su hijo o hijos como coemperador(es), cuando ello resultaba posible. Aunque Diocleciano no tenía hijos, tomó la sabia decisión de continuar con la tendencia y nombró a un cosoberano en la persona de Maximiano, amigo y antiguo compañero de la guardia, en 285. La tradición del cogobierno imperial había distinguido tradicionalmente entre el título de *Augustus*, que se concedía a un emperador provisto de plenos poderes, y el de *Caesar*, que suponía un nivel de autoridad subordinado al del augusto.

Aunque Diocleciano nombró a Maximiano como césar en 285, consideró necesario o ventajoso ascenderlo a la condición igualitaria de augusto un año más tarde. Los dos augustos se enfrentaron en conjunto con los desafíos del imperio (sobre todo, las oleadas incesantes de invasores bárbaros) durante siete años, pero en 293 determinaron nombrar a otros dos corregentes, en calidad de césares: Diocleciano eligió a un compañero más joven, Galerio, y Maximiano seleccionó a Constancio Cloro. Al igual que sus superiores, los dos eran ilirios y antiguos hombres de la guardia. Constantino era hijo de Constancio Cloro. Constancio era majestuoso y distinguido, lo que sin duda creó ciertas expectativas en Constantino acerca de su futuro.

Los historiadores modernos han acuñado el término de «tetrarquía» (del griego, «gobierno de cuatro») para caracterizar el sistema imperial diseñado por Diocleciano. También han puesto de manifiesto que este sistema de gobierno «colegiado» mantenía elementos de la cosoberanía dinástica característica de la etapa anterior del siglo III. En los monumentos y el arte públicos, los emperadores aparecían regularmente al unísono y con rostros uniformes y esquemáticos; en las declaraciones públicas, los augustos se referían al otro augusto como «hermano» y a los césares como «hijos»; y los tetrarcas unieron las familias respectivas mediante los lazos del matrimonio en ceremonias públicas, pues Galerio se casó con Valeria, hija de Diocleciano, y Constancio Cloro casó con Teodora, hijastra de Maximiano. Este último acuerdo se hizo en detrimento de Helena, la madre de Constantino, que tal vez estuvo casada con Constancio Cloro o tal vez, según indican algunas fuentes, fue tan solo su concubina. Sea como fuere, Helena fue apartada en beneficio de la princesa. Este golpe seguramente obligó a Constantino a reconocer que sus ambiciones de poder, aunque no infundadas, tampoco avanzarían sin oposición, y más cuando Teodora no tardó en engendrar hijos propios con Constancio. Así, Constantino se vio forzado a demostrar que era válido para el gobierno del modo más apropiado a los emperadores romanos tardíos: luchando en el campo de batalla.

Lo hizo a las órdenes de Galerio, en cuyo ejército combatió tanto en Persia como en el territorio de Sarmacia (más allá del Danubio). En estos conflictos adquirió experiencia de combate y se preparó para una vida de dedicación militar.

AMBICIONES TEMPRANAS Y ACCESO AL PODER

La primera opción de ascender al trono surgió el 1 de mayo de 305, cuando, por primera vez en la historia de Roma, los emperadores abdicaron voluntariamente. De un modo ordenado, los augustos Diocleciano y Maximiano cedieron el poder a sus césares Galerio y Constancio Cloro, que entonces fueron elevados a la condición de *Augusti*. Con la intención aparente de mantener un sistema «tetrárquico», Galerio y Constancio nombraron de inmediato a césares propios. Si Constantino confiaba en ser uno de los elegidos, debió de sufrir una amarga decepción, dado que Galerio escogió a su sobrino Maximino Daya mientras que el padre de Constantino —probablemente bajo una importante presión tanto de Diocleciano como de Galerio— se decantó por cierto Severo. Los dos nuevos césares encajaban en el perfil de sus predecesores tetrárquicos, sin duda, puesto que ambos eran de origen ilirio y habían servido como soldados y comandantes militares. No obstante, era evidente que en el ascenso de Maximino habían pesado mucho las inquietudes dinásticas, por lo que Constantino debió de sentirse aún más airado ante el hecho de haber sido descartado pese a su experiencia militar, su origen ilirio y los vínculos dinásticos.

Es probable que Constantino aún estuviera irritado cuando, a los pocos meses, surgieron atisbos de una segunda ocasión de alzarse con el poder. A finales de 305, el padre de Constantino, que a la sazón se preparaba para guerrear contra los pueblos bárbaros del norte de Britania, solicitó a Galerio que enviara a Constantino al oeste (desde la corte oriental) como asistente en las campañas militares. Con gran ambigüedad, Galerio dio su consentimiento

por la noche, pero retiró el permiso a la mañana siguiente; aunque era demasiado tarde, puesto que Constantino ya había partido. Según la leyenda, se anticipó a la persecución de los esbirros de Galerio apresurándose a dirigirse a Occidente mediante los caballos de la posta imperial; y cada vez que llegaba a una estación de posta seleccionaba la montura más idónea y luego mataba o lisiaba a las demás para retrasar a los perseguidores enviados por Galerio. Tanto si la historia es cierta como si no, nos ofrece un reflejo preciso del grado de la ambición de Constantino. Alcanzó a su padre en Boulogne antes de que terminara el año y lo acompañó en la misión de Britania. Allí, tras varios enfrentamientos victoriosos a lo largo del verano de 306, Constancio cayó enfermo y falleció a finales de julio. Lejos de los centros de poder y libre de los rigores de los otros tres coemperadores, Constantino y el ejército de su padre aprovecharon la ocasión para proclamar a Constantino augusto de pleno derecho el 25 de julio.

Esto no sentó bien a Galerio, el sucesor de Diocleciano como miembro más fuerte del colegio tetrárquico. Sin embargo, al tener en cuenta que Constantino se hallaba muy lejos y contaba con el apoyo de un ejército más leal al hijo de Constancio que a los protocolos de la tetrarquía, Galerio se rindió a la realidad y reconoció la proclamación de Constantino. No obstante, exigió que ostentara la condición de césar, no la de augusto. Constantino tuvo la prudencia de asentir, al menos por el momento, y se trasladó a la Galia, donde se estableció en el centro estratégico de Tréveris, desde donde gobernaría (con algunos períodos de estancia en Arles) durante la década siguiente.

Entre tanto, en Roma, otro pretendiente dinástico se hallaba no menos descontento con la transferencia del poder tetrárquico en 305. Majencio, hijo del antiguo augusto Maximiano, era tan ambicioso como Constantino y, cuando supo que éste había ascendido al trono sucediendo a su propio padre, convenció a la guardia pretoriana de Roma para que lo proclamara emperador, lo que ésta hizo el 28 de octubre de 306. Galerio no toleró la iniciativa y ordenó a Severo, a la sazón augusto de la zona

occidental, que entrara en Italia para sofocar la usurpación de Majencio. Éste, entretanto, había obtenido el apoyo de su padre, Maximiano, que solo había abdicado con reticencia y bajo la presión de Diocleciano. Como no era de extrañar, Maximiano volvió al trono y, junto con su hijo, logró convencer a las tropas de Severo —a las que había dirigido hasta hacía poco tiempo— de que desertaran. Severo fue capturado y ejecutado poco después. Enfurecido, Galerio tomó las armas en persona y bajó hasta Italia para combatir con Majencio. Una vez más, sin embargo, Majencio fue capaz de superar la maniobra de su oponente al persuadir a sus soldados, acampados frente a las formidables murallas de Roma, de que desertaran. De hecho, Galerio, como otros muchos de los emperadores tardíos de «Roma», no había visto nunca la ciudad antes de marchar contra Majencio. Así, tanto él como sus hombres se sintieron algo apabullados ante el perímetro de murallas, de casi veinte kilómetros de extensión y unos seis metros de altura, que se alzaba ante ellos y las tropas de Majencio. En un movimiento desesperado para preservar la lealtad de sus hombres, Galerio permitió que levantaran el asedio y los convenció de que podrían compensar el saqueo de Roma (previsto, pero frustrado) saqueando en su lugar Italia durante el regreso a Oriente. Fue la segunda ocasión en la que Galerio se vio obligado a permitir que un soberano de origen dinástico permaneciera en el trono: la atracción tradicional de la dinastía estaba resultando ser una fuerza más poderosa que el sistema más novedoso del gobierno colegiado tetrárquico.

A Majencio se le había concedido un aplazamiento, pero en ningún caso el perdón. Aunque Galerio se había visto obligado a admitir la derrota, continuaba viendo a Majencio como un usurpador y enemigo público. Sin embargo, dejó para otro el trabajo de eliminarlo. Constantino no tardó en responder al desafío, pero solo después de permitir a Majencio que se tomara el espacio necesario para organizar el escenario de su propia caída. En la fase inicial de su imperio, Majencio había trabajado denodadamente para obtener el favor de los guardias imperiales,

las multitudes de Roma, el pueblo de Italia y su propio padre y antiguo emperador. Pero a medida que Majencio no lograba responder adecuadamente a las exigencias del gobierno, los aliados se iban apartando de él. Ya en fecha temprana, Majencio se peleó con Maximiano, hasta el punto de provocar que éste fuera recibido con los brazos abiertos ni más ni menos que por Constantino. Éste ya se había aliado con Maximiano en 307, al contraer matrimonio con su hija Fausta, lo que cuadraba con la tendencia tetrárquica de cimentar las alianzas imperiales con vínculos matrimoniales. Cuando Maximiano fue expulsado de Italia por su hijo Majencio, Constantino recibió con agrado al anciano, al que nombró cosoberano. Esta ruptura familiar debilitó considerablemente la autoridad de Majencio, sobre todo en África, donde el vicario (representante supremo del prefecto del pretorio) Domicio Alejandro se rebeló abiertamente. Como el norte de África proporcionaba una buena parte de los cereales que daban de comer a las masas de Roma, la sublevación produjo tal escasez en la capital que, incluso una vez corregida, causó alzamientos populares que Majencio reprimió brutalmente con sus guardias. La situación se tornaba más precaria día a día.

El 11 de noviembre de 308, Galerio había convocado a los tetrarcas legítimos para celebrar una conferencia en la ciudad de Carnunto (Petronell, en la moderna Austria) y allí, en compañía del gran Diocleciano, negoció con dureza acuerdos destinados a reforzar el temblequeante colegio imperial. El primer punto del orden del día fue elegir un sustituto para Severo, el difunto emperador occidental. Antes que aceptar el ascenso de Constantino a augusto en Occidente y elegir un nuevo césar para que lo asistiera, Galerio defendió con energía el nombramiento inmediato, en calidad de augusto pleno, de otro de sus compatriotas balcánicos, un confidente y militar llamado Licinio. Además, se ordenó a Maximiano que abdicase otra vez y se promulgó de nuevo la condena de Majencio como usurpador.

Después de combatir durante varios años más contra los pueblos bárbaros a lo largo del Rin, en 312 Constantino estaba lis-

to al fin para enfrentarse con Majencio. En el verano de aquel año reunió una fuerza de élite, incluidos varios grupos de bárbaros francos a los que había reclutado hacía poco tiempo como auxiliares, atacó por los Alpes occidentales e hizo una barrida por el norte de Italia, capturando Susa, Turín, Milán, Verona y Aquilea. Al hacerlo así, aisló la zona septentrional de la península y derrotó a las fuerzas de vanguardia de Majencio, dirigidas por el general Ruricio Pompeyano. Constantino, que era veloz como el rayo y muy arrojado y resolutivo en combate, no perdió tiempo y marchó hacia Roma en aquella misma estación. Allí lo aguardaba Majencio, quien al parecer se contentaba con retomar la estrategia de obligar al oponente a establecer un asedio precario y prolongado, como les había ocurrido a Severo y Galerio. Con esto en mente, Majencio había derribado los puentes que daban acceso a la ciudad a través del Tíber, incluido el puente Milvio, que se alzaba directamente en la ruta de Constantino. Sin embargo, cuando Constantino se hallaba a pocos kilómetros al norte de la ciudad, en la Vía Flaminia, Majencio cambió de estrategia, al saber que sus adivinos habían predicho que «el enemigo de Roma perecería en aquella fecha» (Lact., *Mort. Pers.*, XLIV, 8), por lo que decidió salir de Roma y enfrentarse a Constantino en una batalla franca. Para avanzar tuvo que construir un pontón temporal sobre el Tíber, junto al truncado puente Milvio. La batalla se produjo al norte de Roma, en un lugar denominado Saxa Rubra. Las tropas de Constantino derrotaron sin paliativos a las de Majencio y sus hombres, que pusieron pies en polvorosa. Cuando alcanzaron el Tíber e intentaron cruzar el pontón a toda prisa, formado con barcas unidas entre sí, éste cedió y fueron muchos —incluido Majencio— los que cayeron al río y se ahogaron. El cuerpo del usurpador fue recobrado del agua, se lo decapitó y se exhibió la cabeza por la ciudad, al día siguiente, con la entrada triunfal del ejército de Constantino. Los ciudadanos de Roma, a la sazón muy fríos, si no enemistados, con su antiguo campeón, saludaron a Constantino con júbilo.

En la fase de preparativos para la batalla del puente Milvio, se dice que Constantino tuvo una visión que se convertiría en el acontecimiento central de su largo reinado. Por desgracia, las dos mejores fuentes de las que disponemos para saber lo que ocurrió son decepcionantemente breves e incluso aparentan contradecirse entre sí. Según Lactancio, que fue tutor del hijo del emperador y escribió el tratado *Sobre la muerte de los perseguidores* (*Mort. Pers.*) hacia 315:

> Durante un sueño, se aconsejó a Constantino que marcara el signo divino de Dios en los escudos de sus soldados y luego entrara en combate. Hizo como se le ordenó y por medio de una letra X inclinada y con la punta de su cabeza doblada, marcó «Xristos» en sus escudos. Una vez provisto de este signo, el ejército tomó las armas (XLIV, 5-6).

Eusebio, que compuso su *Vida de Constantino* poco después de la muerte del emperador, acaecida en 337, recoge una versión claramente relacionada con la anterior, que sin embargo difiere en detalles importantes:

> Hacia la hora del sol de mediodía, a punto de empezar la tarde, afirmó que había visto con sus propios ojos, en lo alto del cielo y por encima del sol, un trofeo cruciforme, creado de luz, y un mensaje junto a él que decía: «Con este signo vencerás». La sorpresa ante aquella visión se apoderó tanto de él como de toda la compañía de soldados que a la sazón participaban de una campaña que él dirigía por alguna parte y contemplaron el milagro. Constantino se preguntaba, dijo, cuál podía ser el sentido de aquella manifestación; mientras meditaba y pensaba largo rato y con suma concentración, se hizo de noche. Entonces, mientras dormía, el Cristo de Dios se le apareció con el signo que había aparecido en el cielo y lo instó a copiar el signo que había aparecido en el cielo y emplearlo como protección contra los ataques del enemigo (I, xxviii, 2-xxx, 1).

Eusebio continúa narrando que el propio Constantino le refirió la historia, en una conversación que los historiadores fechan en 325, y afirma que el emperador le mostró una copia del estandarte de combate que había creado en respuesta al sueño. Las dos versiones poseen credibilidad circunstancial y los dos autores parecen haberse hallado lo suficientemente próximos a Constantino para haber hablado con él sobre lo que ocurrió. Sin embargo, Lactancio solo describe la visión experimentada durante un sueño, mientras que Eusebio refiere la observación de algunos signos celestiales antes del propio sueño.

La complejidad de la situación no termina aquí: se atribuye a Constantino otra visión celestial en 310, visión que los coetáneos asociaban con el dios Sol, Apolo.[1] De hecho, desde esta fecha y hasta 325, una deidad solar denominada *Sol Invictus* («Sol Invencible»)* aparece con gran frecuencia en las monedas y el arte imperial de Constantino. Es difícil no llegar a la conclusión de que Constantino creía haber visto una luz aparecida para él en los cielos, pero las variaciones de los relatos oscurecen nuestra interpretación de ella. Quizá la mejor resolución del problema (aunque no todos los autores lo consideran soluble) sea la propuesta por Peter Weiss:[2] Constantino tuvo una visión en un mediodía de 310 cuya descripción encaja con un fenómeno atmosférico bien documentado, conocido como «halo solar»; como aún era pagano en aquellas fechas, la interpretó como un signo de Apolo u otra divinidad solar relacionada; no obstante, Constantino sentía una honda inquietud religiosa que lo había llevado a mostrar simpatías claras por el cristianismo, ya en los primeros años de su imperio; cuando, poco antes de su batalla contra Majencio, soñó que la visión celestial había sido de Cristo, se convirtió a esta religión y blasonó los escudos de sus hombres con el signo que había visto, el *crismón* o *lábaro* (☧, un mo-

* No hay error; además de «nunca vencido», *invictus* tenía asimismo los sentidos de «invencible, indestructible, insuperable, incomparable». (*N. de los t.*)

nograma formado con las dos primeras letras del nombre de Cristo en griego). Cuando el emperador se reunió con Eusebio, unos trece años más tarde, las dos experiencias —visión y sueño— se fundieron en una única relación abreviada y continua de su conversión.

Independientemente de cómo elijamos interpretar los detalles de las fuentes sobre su conversión, poseemos muchas pruebas que demuestran que sus efectos fueron reales e inmediatos. En el primer año posterior a la batalla del puente Milvio, Constantino concedió a los clérigos cristianos exenciones especiales del servicio que debía prestarse al gobierno de manera obligatoria y ofreció a las iglesias cristianas una parte de los ingresos imperiales.[9] También contribuyó a resolver las acaloradas disputas que habían surgido en la Iglesia a consecuencia de la Gran Persecución, una serie de ataques implacables contra la Iglesia cristiana, que se iniciaron en 303 y perduraron, al menos en el imperio oriental, hasta 313. Como es sabido, las autoridades locales e incluso imperiales iniciaron numerosas persecuciones ya desde el siglo I d. C. Sin embargo, Diocleciano y sus compañeros de la tetrarquía —que eran, como se ha visto, particularmente sistemáticos— realizaron persecuciones tan generales, duraderas y concienzudas que merecen sin duda el apelativo antes citado. La Gran Persecución causó la muerte de muchas personas y familias y la destrucción de ciudades y propiedad privada. Partió por la mitad a muchas comunidades al arrojar a los no cristianos contra sus vecinos cristianos y provocar resentimiento dentro de las propias iglesias cristianas asediadas. Ante toda la agitación, el padre de Constantino solo había concedido un apoyo vacilante a las persecuciones en su esfera de influencia del extremo occidental del imperio. Por su parte, Constantino, que había visto surgir la Gran Persecución en la zona oriental, adoptó una política que reflejaba la indulgencia de su padre. Casi de inmediato, tras subir al trono, concedió la libertad de culto para todos en el imperio occidental. El esfuerzo de sanar las heridas creadas por las persecuciones no empezó en serio, sin embar-

go, hasta su conversión y la derrota de Majencio. En este punto comenzó a mostrar de forma clara su acercamiento a la Iglesia y amplió el empeño pacificador al espacio de los coemperadores.

La Gran Persecución había tenido efectos muy intensos en el norte de África, donde muchos cristianos se habían rendido y habían entregado las propiedades de la Iglesia, habían abjurado de su fe e incluso habían realizado sacrificios a los dioses paganos. Como era comprensible, los norteafricanos que se habían resistido a retractarse —y habían sido castigados por ello— se hallaban resentidos por la actitud de los renegados. Surgieron problemas cuando los rigoristas comenzaron a denegar la autoridad a aquellos clérigos ordenados o consagrados por superiores que posteriormente cedieron a la persecución. Estos mismos rigoristas empezaron a crear una clerecía propia, distinta de la reconocida por la prelatura de Cartago, una división que fue preludio de acres disputas por el control de las congregaciones y la propiedad eclesiástica. Es el «donatismo», la doctrina cismática del obispo Donato de Casae Nigrae, que ya era muy fuerte cuando Constantino se hizo con el control de Italia y África en 312, al derrotar a Majencio. Exigió la atención del emperador casi inmediatamente después de su victoria, dado que la oferta de exenciones y emolumentos a la prelatura topaba con la cuestión de quiénes eran los superiores eclesiásticos legítimos. Con la intención de contribuir a solucionar la disputa, Constantino convocó dos concilios eclesiásticos, el primero en Roma, en el otoño de 313, y uno posterior, en Arles, en 314. Los dos sínodos condenaron el donatismo, pero ninguno acertó a poner fin a la controversia, que se mantuvo viva hasta bien entrado el siglo V. Dejando a un lado el resultado de este episodio en particular, lo relevante es que Constantino había mostrado de forma abierta su lealtad a la Iglesia, no solo como benefactor, sino como árbitro activo de sus querellas.

Constantino comenzó a favorecer igualmente su nueva fe más allá del territorio imperial que controlaba. Para comprender cómo pudo ocurrir, es preciso examinar los cambios experimentados por el sistema de gobierno conjunto tetrárquico. En la época en la que Constantino derrotó a Majencio, en 312, el sistema de Diocleciano estaba viviendo una caída libre. La conferencia de Carnunto, en 308, había dejado a cuatro emperadores reconocidos: Constantino en el oeste, Licinio en los Balcanes, Galerio en Anatolia y Maximino en Oriente. Cuando falleció Galerio, en 311, de resultas de una enfermedad intestinal degenerativa, los tres miembros del colegio comenzaron a disputar entre sí, en vez de nombrar a un cuarto hombre que completara de nuevo el colegio imperial tetrárquico. Maximino precipitó el enfrentamiento al apoderarse por la fuerza de Anatolia, antes ocupada por Galerio, y anexarla a su esfera de autoridad. Además, molesto con la acelerada promoción de Licinio a augusto de pleno derecho, Maximino también se hizo proclamar con el mismo título. Por su parte, Constantino se venía denominando augusto desde finales de 307 y en los años posteriores a la derrota de Majencio (312) dio por hacerse llamar *Maximus Augustus*, claro anuncio de su pretensión de ostentar la autoridad superior. El colegio imperial, por lo tanto, dejó de ser un grupo cooperativo de colegas de primero y segundo rango, para dar origen a un grupo de tres augustos rivales y enfrentados entre sí. Para aprovechar la posición geográfica central en la palanca de aquel triángulo de poder, Licinio tenía que aliarse ora con Maximino, ora con Constantino. Dada la agresión descarada de Maximino en 311, Constantino era la elección más obvia, por lo que Licinio se reunió con él en los primeros meses de 313, en la ciudad de Milán, donde los dos consolidaron su alianza al acordar un matrimonio entre Licinio y Constancia, la hermanastra de Constantino.

Licinio también aceptó suscribir un decreto que garantizaba la libertad de culto a los cristianos en su imperio y determi-

naba la devolución de las propiedades que aquéllos habían perdido durante la Gran Persecución. Este acuerdo de 313, conocido hoy como «edicto de Milán», era parte de una tendencia creciente hacia la aceptación del cristianismo como religión legítima. No cabe duda de que la corriente había empezado cuando Constantino reconoció a los cristianos en el principio de su imperio, pero también fue favorecida por Galerio, que antaño fuera su perseguidor furibundo pero que, poco antes de su muerte, había emitido un «edicto de Tolerancia» que concedía la libertad de culto a los cristianos en todo Oriente ya en el mes de abril de 311. Tras el fallecimiento de Galerio, Maximino hizo caso omiso del edicto y reanudó las persecuciones por última vez. Pero su voluntad de nadar contra la corriente no hizo más que contribuir a su caída. El apoyo conjunto de Constantino y Licinio al edicto de Milán se concibió, en parte, para disparar una flecha de advertencia que atravesó el arco de Maximino: en aquel momento, los dos augustos defendían a los cristianos y utilizarían las persecuciones de Maximino como razón para declararle la guerra.

A la postre, sin embargo, fue Maximino el que desató la guerra contra Licinio. Mientras este último estaba todavía en la zona occidental, negociando con Constantino, Maximino intentó apoderarse de la Tracia, territorio de Licinio, al otro lado del Bósforo. Al regresar hacia Oriente, Licinio se enfrentó a Maximino en una serie de batallas que se iniciaron cerca de Adrianópolis (hoy Edirne, en la frontera de Turquía con Bulgaria), donde Maximiano fue derrotado. Licinio siguió hacia el este, adentrándose en los montes Taurus de Cilicia; Maximino sufrió otra grave derrota y a la postre perdió la vida en Tarso (sur de Turquía) a finales de 313.

La tetrarquía quedó reducida con ello a una diarquía: dos emperadores, ambos augustos, con territorios igualmente expansivos y, temporalmente, aliados. No obstante, el atractivo de la supremacía era demasiado poderoso como para permitir que se tolerasen mutuamente durante períodos largos. De nuevo, fue la cuestión de la cosoberanía y los sucesores la que causó un en-

frentamiento. En un incidente complicado y pobremente documentado en las fuentes, Licinio y Constantino se enredaron en una disputa por el nombramiento como césar de un pariente de Constantino, cierto Basiano. Al parecer, Licinio sobornó a Basiano, que a la postre fue ejecutado por Constantino. La tensión continuó al alza cuando Licinio empezó a profanar estatuas de su colega a lo largo de la frontera entre sus territorios, hasta que en 316 estalló la guerra declarada. Con su característico genio militar, Constantino derrotó a su rival en una gran batalla en las inmediaciones de la ciudad de Cibalae (Vinkovci en la Serbia moderna). Sin inmutarse, Licinio se retiró hacia el este, cruzando el río Sava hacia Tracia, donde fue vencido en otros dos enfrentamientos. Consumado artista de la huida, Licinio lograba huir después de todos los combates con las tropas justas para mantener a Constantino a distancia y forzar una situación de tablas. A finales de 316, los dos bandos estaban cansados de la guerra y abrieron negociaciones que se prolongaron hasta los primeros meses de 317. Constantino salió de ellas como claro vencedor, pues adquirió control de los Balcanes centrales, mientras que Licinio, que durante el conflicto erigió como cosoberano a un general llamado Valente, fue obligado a entregar a su nuevo socio, que murió ejecutado. Aun así, los dos bandos nombraron a nuevos compañeros imperiales, aunque, como no es de extrañar, eran dinásticos: Constantino nombró como césares a su hijo adolescente Crispo y al pequeño Constantino II, mientras que Licinio eligió a su hijo de un año de edad, llamado asimismo Licinio.

Aunque estos acuerdos trajeron consigo otros cinco años de paz, en 322 se avecinaron nuevos problemas, cuando Licinio se negó a hacerse eco en las monedas que acuñaba de las exitosas campañas de Constantino contra los sármatas (pueblo bárbaro del otro lado del Danubio). Después que Constantino invadiera el territorio de Licinio en 323 para contener una amenaza de los godos (otro pueblo transdanubiano), las tensiones dieron origen a otra guerra civil. Al partir de la zona central de los Balcanes, Constantino contaba con muchas más opciones de elimi-

nar a Licinio que en la contienda anterior, siempre que pudiera hacerse con el control de la Propóntide, el canal de aguas rápidas que separaba Europa de Asia.* Con ese objetivo en mente, envió a su hijo Crispo —que había heredado el genio militar de su padre— al Helesponto, al mando de una flota. Constantino atacó entonces a Licinio, aniquiló a su ejército en Adrianópolis y luego derrotó a sus restos con el asedio de la ciudad de Bizancio, en el Bósforo. Cuando Crispo neutralizó la flota de Licinio y se hizo con el control de la Propóntide, Constantino organizó el paso a Asia justo al norte de Calcedonia. Allí se había retirado Licinio para reorganizar sus fuerzas maltrechas; el 18 de septiembre, Constantino le asestó la derrota definitiva cerca de la ciudad de Crisópolis. Licinio logró escapar con vida una vez más, junto con una fuerza minúscula, y llegó a Nicomedia, donde su mujer, Constancia (la hermanastra de Constantino) rogó por la vida de su esposo y su hijo. Ambos fueron privados de sus poderes y enviados a Tesalónica en calidad de prisioneros, donde fueron ejecutados al poco tiempo, bajo sospechas de traición. En la práctica, por lo tanto, desde el otoño de 324 Constantino gobernó en todo el imperio en solitario.

Años finales

Como es natural, las inquietudes de Constantino, así como su estilo de gobierno, cambiaron en parte después de adquirir el poder en solitario. La tendencia ya era perceptible antes de ese momento, en las medidas que adoptó para asegurar la pervivencia imperial de su dinastía. Ya había estado gobernando de forma conjunta con sus dos hijos Crispo y Constantino II desde principios de 317. Solo alcanzaron la condición de césar, con lo que

* Hoy más conocido como mar de Mármara. Como es sabido, se comunica con el Egeo por el sur, por el estrecho de los Dardanelos (antiguo Helesponto); y con el mar Negro por el norte, mediante el estrecho del Bósforo. (*N. de los t.*)

se les negaba explícitamente la capacidad de legislar o dirigir los asuntos imperiales sin la autorización de su padre. Al poco de haberse apoderado de las posesiones orientales de Licinio, Constantino aumentó el número de césares hasta tres, al añadir a la lista a su tercer hijo, Constancio II, el 8 de noviembre de 324. Nada podría haber dejado más claro que no pensaba seguir el modelo tetrárquico de cosoberanía, que, como hemos visto, evitaba de manera deliberada el ascenso de los miembros de la dinastía. Sin duda, Constantino se basaba en el precedente tetrárquico, al crear un colegio de emperadores —cuatro, incluso— que compartían el poder; pero los miembros del colegio eran solamente parientes de sangre y Constantino hizo hincapié regularmente en su propia superioridad dentro del grupo, al continuar denominándose Máximo Augusto en la propaganda imperial. Así pues, su organización encajaba mucho más con el modelo orgánico del gobierno compartido en el seno de la familia, dominante a mediados del siglo III, que con la estéril esquematización de Diocleciano. El deseo de Constantino de dar forma a un consorcio dinástico se tornó aún más pronunciado en los años posteriores: aunque Crispo murió en 326 (en circunstancias que se describen más adelante), en 333 nombró césar a su cuarto hijo (Constante) y en 335 favoreció a dos sobrinos, Dalmacio y Anibaliano, a los que nombró césar y «rey de reyes y de los pueblos pónticos», respectivamente. A su muerte, acaecida en 337, Constantino dejó un colegio de cinco cosoberanos, todos ellos parientes de sangre; un número complicado y una fórmula que no tendía demasiado a la cooperación, como se hará evidente más abajo.

El estilo de gobierno de Constantino también cambió en el hecho de que su abundante reserva de sucesores dinásticos le proporcionó una fuente directa de comandantes a los que podía emplear para la dirección de campañas militares. Los conflictos militares no cesaron con la muerte de Licinio, ni siquiera las guerras civiles. En 334, una sublevación popular en la isla de Chipre fue encabezada por cierto oficial denominado Calocero. An-

tes que reprimir a Calocero por sí mismo, no obstante, Constantino envió a su medio hermano Dalmacio (padre del césar del mismo nombre). En los años posteriores a 324 también se vivieron varias guerras con pueblos extranjeros. Constantino ya se había enfrentado en la primera década de su imperio con francos y alamanes, y desde 317 luchó con sármatas y godos, a lo largo del Rin, después de haber trasladado su capital a Sárdica. Desde 324, aunque perduraron conflictos similares, Constantino comenzó a delegar cada vez más las labores de combate en sus hijos. Cuando en 332 los formidables godos —el mismo pueblo que saquearía Roma en 410— atacaron a sus vecinos sármatas, Constantino ordenó a Constantino II que los sometiera. Dos años más tarde, cuando los sármatas se dividieron de resultas de una guerra civil, Constantino II volvió a interpretar un papel clave a la hora de asentarlos de nuevo al sur del Danubio. Finalmente, cuando el sah persa Shapur II invadió Armenia, en la frontera oriental, el emperador envió a su sobrino Anibaliano y a su hijo Constancio II para que resolvieran el problema. Solo cuando las negociaciones se vinieron abajo y temió el estallido de una gran guerra, Constantino movilizó una expedición contra Persia, que planeaba encabezar personalmente en 337. En el proceso de la marcha hacia Oriente, en esta misma campaña, falleció.

UNA NUEVA CAPITAL

Constantino también fue capaz de dar nueva forma al imperio tras haber derrotado a Licinio al crear una capital nueva, de importancia decisiva, en el emplazamiento de Bizancio, a la que denominó Constantinopla en su propio honor. Bizancio se alza sobre una península estrecha, a la que solo se puede acceder por tierra desde el oeste, por lo que resulta inusualmente fácil de defender. Su ubicación en el Bósforo la convertía en el punto de contacto más importante entre Europa y Asia, su acceso al mar por tres costados la hacía fácil de abastecer y su proximidad al Danubio

le concedía singular importancia estratégica en una época en la que la frontera septentrional de Roma exigía una vigilancia creciente. Constantino fue ciertamente previsor al haber comenzado la reconstrucción de Bizancio como nueva capital. Sin duda, hacía mucho tiempo que Roma había perdido su condición de sede exclusiva del gobierno imperial. A mediados del siglo III, los emperadores solían verse obligados a pasar la mayor parte de su tiempo de reinado lejos de Roma, en la lucha por contener las persistentes incursiones de los pueblos bárbaros de las fronteras. Los tetrarcas siguieron la tendencia y apenas visitaron Roma. De hecho, Diocleciano y sus compañeros embellecieron deliberadamente otras ciudades de las provincias, tratándolas como capitales, como ocurrió con Antioquía, Nicomedia, Sirmio, Tesalónica, Milán y la primera favorita de Constantino, Tréveris. A pesar de ello, rebautizar y reconstruir Bizancio era algo distinto, pues suponía invertir capital y conceder honores en una escala inaudita hasta la fecha.

Constantinopla fue fortificada, en su extremo occidental, con unas murallas formidables; se erigió un palacio imperial anexo a un hipódromo ampliado, unos baños colosales y complejos, un enorme foro circular con una columna monumental de porfirio y, como no era de extrañar, una serie de iglesias, incluida la iglesia mausoleo de los Santos Apóstoles, en la que se enterraría a Constantino. También se dotó a Constantinopla de una casa de la moneda imperial, de abastecimiento de cereales con fondos imperiales y de un Senado cuyos miembros gozaban de privilegios similares a los de los senadores romanos. El 11 de mayo de 330, cuando la ciudad fue dedicada, ya se hacía referencia a ella como la «Segunda Roma». Continuó siendo rival de la capital tradicional durante el siglo siguiente y, tras los saqueos de Roma en 410 y 455 y el hundimiento del gobierno occidental a finales del siglo V, sustituiría a Roma como capital del imperio. Los bizantinos, que se referían a sí mismos como *Romaioi*, heredaron las tradiciones políticas y culturales de Roma, que ayudaron a preservar para todas las generaciones futuras. Mantu-

vieron esta función de continuadores de la tradición romana hasta 1453, cuando Constantinopla fue invadida finalmente por los otomanos.

PROGRAMA ARQUITECTÓNICO

Constantinopla no fue la única ciudad afectada por la construcción y renovación urbana del imperio de Constantino. En la medida en la que podía seguirse el recorrido que trazó de oeste a este, en su persecución constante de adquisiciones territoriales, también se podía seguir su programa arquitectónico, de oeste a este, como reflejo de los cambios vividos en sus prioridades constructivas, así como del desarrollo de sus gustos arquitectónicos. En su primera capital, Tréveris, la estructura más perdurable de Constantino fue una nueva cámara de las audiencias imperiales, descomunal, a la que los arquitectos denominan *aula palatina* (sala de palacio) o *basilica* (sala regia). Este tipo de estructura, común en la arquitectura romana desde el período republicano, había adoptado una forma distintiva en la Antigüedad tardía: una sala grande, abierta, rectangular, de techo con frecuencia abovedado y siempre con un ábside opuesto a la entrada, desde el cual celebraba la audiencia el emperador. Esta misma forma se repite en los palacios imperiales de varias «capitales» y villas tetrárquicas, con lo cual la basílica de Constantino en Tréveris no destaca tanto por su singularidad formal como por su escala colosal. Aún más grande era la basílica levantada cerca del Foro Romano, que iniciara Majencio y completó Constantino tras privar a éste de la ciudad en 312. En contraste con la basílica de Tréveris, que permanece intacta porque fue convertida en iglesia cristiana, la basílica de Majencio y Constantino en Roma se halla en ruinas, aunque la sola magnitud de éstas, junto con su relativamente buen estado de conservación, ya reflejan la magnificencia de esta estructura de tres naves laterales y sus techos ricamente artesonados.



Constantino

Aunque Constantino no fue el único que construyó tales basílicas imperiales, ciertamente sí fue el único que adoptó esta forma arquitectónica para satisfacer las necesidades de la floreciente Iglesia cristiana. La primera prueba cabe hallarla en Roma, donde Constantino autorizó la construcción de la primera catedral de la historia erigida con fondos imperiales: la basílica de Letrán. Iniciada poco después de la batalla del puente Milvio, la Lateranense fue concebida para servir como iglesia catedral del obispo de Roma (el papa), función que continúa desempeñando en el presente.[3] La planta de la iglesia Lateranense adoptaba forma de basílica: una gran sala rectangular que culminaba en un ábside en un extremo. Su interior abierto, sin embargo, fue ampliado con dos filas de columnas en dos lados, que dividen el espacio en cinco naves laterales. Esto permitió que el edificio diera cobijo a grandes muchedumbres de fieles, ya que los cristianos celebraban sus ceremonias en espacios interiores, en marcado contraste con la mayoría de sus coetáneos paganos, que tendían a

realizar el culto al aire libre. Otra de las iglesias romanas de Constantino fue la basílica de San Pedro original, se comenzó poco después de 320 en la colina del Vaticano, al otro lado del Tíber, con respecto a las murallas de la ciudad. La iglesia se radicó fuera de la ciudad porque se concibió para incluir la tumba de san Pedro, que, como todos los cementerios, se hallaba fuera de las murallas. Constantino erigió otras muchas iglesias en Roma y casi todas recuerdan, de un modo similar, a mártires cristianos, por lo que se alzaban extramuros. Además, la mayoría seguía un modelo arquitectónico común, como una planta que se aproximaba mucho a la forma de las antiguas pistas de circo. Se han identificado seis de estas iglesias «circiformes» en Roma y los alrededores (una de ellas, por medio de vestigios arqueológicos descubiertos hace menos de veinte años). Resulta extraño, por ende, que al parecer esta forma arquitectónica no se difundiera fuera de Roma ni más allá del imperio de Constantino. De hecho, el emperador erigió varias iglesias distintas en las ciudades del imperio, que hasta cierto punto reflejan el grado de experimentación que cabe suponer cuando alguien inventa una clase completamente nueva de edificios. Hacia Oriente, parece ser que la iglesia de los Santos Apóstoles que construyó en Constantinopla unía un mausoleo circular (forma bastante común en los períodos tempranos) con un santuario cruciforme. Esta última forma, completamente nueva, adquiriría carta de naturaleza en Bizancio. La catedral que erigió en la capital oriental de Antioquía, en cambio, contaba una planta octogonal, otra forma que se reproduciría mucho en la arquitectura religiosa posterior, sobre todo en Oriente Medio.

También una estructura octogonal enmarcaba la cueva de Belén en la que Helena, la madre de Constantino, creyó haber encontrado el lugar de nacimiento original de Jesucristo. Este descubrimiento se produjo tras un viaje a Palestina que Helena emprendió poco antes de 330, con la esperanza de descubrir de nuevo los lugares consagrados por la vida de Jesús. La visita de Helena a Palestina parece haber sido parte de un proyecto más amplio, de reclamación de Tierra Santa para los cristianos, que

Constantino realizó en la última década de su imperio. Entre los lugares a los que prodigó más atenciones destacaron los emplazamientos que se creía habían sido lugar de la crucifixión de Cristo y, en las cercanías, su entierro. En ellos, Constantino ordenó a Macario, obispo de Jerusalén, que construyera un complejo conjunto de edificios, con una basílica (muy similar a las que había alzado en Roma) que se abría a un patio, que a su vez daba acceso a un altar circular, levantado para rodear el Santo Sepulcro (la tumba de Jesucristo). Con anterioridad a Constantino, apenas hay muestras de interés o de peregrinación cristiana a Palestina. Después de su reinado, por el contrario, Tierra Santa fue destino común de los peregrinos y espacio habitual de patrocinio arquitectónico tanto del emperador como de los súbditos. Aparte de este interés, se descubrió lo que se creía era la Santa Cruz (un descubrimiento que la leyenda atribuye a Helena, pero que, en realidad, no se documenta hasta algo después de 350). Esta reliquia, la más sagrada de todas las reliquias cristianas, devino un foco de veneración para los peregrinos cristianos de muchos siglos posteriores y no tardó en convertirse en objeto de enfrentamientos feroces entre Bizancio y sus vecinos persas (y en su momento, musulmanes). El interés de Constantino por la geografía sagrada de Palestina, por lo tanto, dio origen a las rivalidades por el control de Tierra Santa que se desbordaron con las cruzadas y continúan agitando la política mundial hasta el presente.

Medidas administrativas

Constantino dejó una huella duradera en las estructuras administrativa y militar. En este campo, buena parte del terreno había sido preparado por los antecesores de la tetrarquía, que ya concibieron un sistema nuevo y de jerarquía más compleja. Durante mucho tiempo, el imperio había estado dividido en provincias, que habían pasado a ser de las cerca de veinticinco de tiempos de Augusto a casi cincuenta en el siglo III, en su mayoría por la

división de las provincias ya existentes. Diocleciano continuó la tendencia hasta el extremo de que, hacia el final de su gobierno, se documenta casi un centenar de provincias. La «división» provincial siguió durante el gobierno de Constantino y el siglo IV. Las provincias más pequeñas se agruparon, por disposición de Diocleciano, en doce unidades administrativas mayores (las «diócesis»), que gobernaba un «vicario» (o delegado). El vicario era responsable de la administración financiera y, sobre todo, de recopilar los impuestos de acuerdo con un nuevo sistema introducido por Diocleciano, que incluía medidas regulares para los jornaleros y la tierra. Este vicario era delegado del prefecto del pretorio, un funcionario cuyo cargo existía desde los tiempos de Augusto y que en la práctica había actuado casi como un visir imperial, dadas sus responsabilidades administrativas, judiciales y militares.

Constantino mantuvo intacto en buena parte el sistema administrativo tetrárquico, pero también realizó modificaciones importantes. Relevó al prefecto del pretorio tanto de las responsabilidades militares como de algunos controles financieros y legislativos y con ello le concedió más tiempo para centrarse en la recaudación y redistribución de los impuestos. Además, aunque no había sido infrecuente que un solo emperador o una pareja de emperadores contaran con dos prefectos del pretorio al mismo tiempo, en la época de su muerte Constantino contaba con múltiples prefectos (hasta cinco) que trabajaban simultáneamente, con una organización que perduraría a lo largo de la Antigüedad tardía. Para realizar las funciones de las que se habían liberado los prefectos del pretorio, Constantino hizo ascender al *quaestor* imperial, un cargo muy antiguo, a la función de consejero legal sumo y creó al «conde de los tesoros imperiales» y el «conde de las haciendas reales», responsables, respectivamente, de la administración del abastecimiento monetario y de la gran diversidad de las propiedades imperiales.* Por último, es probable, aunque no seguro, que

* La palabra «conde», que asociamos esencialmente con un título nobiliario, deriva en realidad de este *comes, comitis*, cuyo sentido básico era el de «compañero».

instituyera el cargo de *magister officiorum* («maestro de los oficios» o los cargos públicos), un puesto cargado de una serie diversa de responsabilidades tales como la supervisión de las secretarías imperiales y la recién creada guardia imperial, las *scholae palatinae*, que sustituyeron a la vieja guardia pretoriana, desmantelada por Constantino en 312.

Diocleciano también había alterado estructuras anteriores al desproveer de autoridad militar a la mayoría de los gobernadores provinciales, que hasta aquel momento había dirigido ejércitos además de cumplir con las responsabilidades administrativas. Estas funciones militares las asignó a oficiales de nuevo cuño, los *duces* («comandantes»),* que podían centrarse exclusivamente en los problemas militares de la provincia o el grupo de provincias que se les asignaban. Al quitar la autoridad militar a los prefectos del pretorio, Constantino creó la necesidad de otro sustituto similar en los escalones superiores del mando. Llenó el hueco con otro nuevo cargo, el de *magister militum* («maestro de los soldados»). Se asignó a cada augusto o césar uno o dos de esta clase de generales, a los que se otorgaba el mando sobre divisiones militares que también experimentaron transformaciones considerables bajo los tetrarcas y Constantino. El ejército romano se tornó bastante esclerótico durante la paz relativa del siglo II d. C., cuando las legiones tradicionales de cerca de cinco mil hombres dieron paso a ciudades fortificadas permanentes y descomunales a lo largo de las fronteras principales. En el siglo III, cuando ya se avecinaban problemas mayores, los emperadores hallaban

---

Para un ejemplo intermedio en la historia de la lengua, véase la acepción tercera del DRAE, según la cual *conde* era «entre los godos españoles, dignidad con cargo y funciones muy diversas, como los condes de los tesoros, de las escuelas, palatinos y otros». (*N. de los t.*)

* Sin embargo, la palabra *duque* también significó antaño «comandante general militar y político de una provincia» o «general de un ejército», según el DRAE, por lo que podría haberse utilizado con las mismas salvedades indicadas en la nota anterior. (*N. de los t.*)

dificultades en movilizar esas unidades sin dejar huecos en las defensas fronterizas. Con frecuencia, para resolver este problema enviaron unidades menores seleccionadas de las respectivas legiones y optaron cada vez más por crear regimientos móviles de élite, no adscritos a ninguna base estable. Diocleciano continuó la tendencia y fue particularmente dado a dispersar destacamentos menores en fortificaciones más numerosas y distribuidas abundantemente por todas las fronteras. Por su parte, Constantino se centró ante todo en incrementar las dimensiones y la capacidad de estas fuerzas móviles, que dividió en regimientos agrupados en parejas, de un millar de hombres o menos, designados como *palatini* (tropas móviles imperiales) y *comitatenses* (tropas móviles no imperiales). Mantuvo las tropas de los campamentos dispersos por las fronteras (a las que con frecuencia se conocía como *limitanei*, de *limes*, «linde, frontera»), pero las completó con su ejército móvil, mucho mayor, que era capaz de desplazarse con rapidez a los puntos calientes o emprender expediciones ofensivas. De nuevo, en este aspecto Constantino no era innovador, sino que partía de modelos exitosos ya introducidos en el pasado. En cualquier caso, incrementó la magnitud total del ejército imperial desde los cuatrocientos hasta los seiscientos mil hombres en activo, más del doble de lo que suponía en el siglo I d. C. Para lograrlo, Constantino reclutó cada vez más a hombres pertenecientes a los mismos pueblos bárbaros contra los que combatían regularmente. De nuevo, se trataba de un proceso iniciado en siglos anteriores, pero que Constantino elevó hasta nuevos máximos. Los efectos a largo plazo de esta dependencia de los soldados bárbaros, según algunos autores, fueron la concesión de más poder a los bárbaros y un debilitamiento de la independencia romana.

Reorganización financiera

Constantino intentó atajar el problema de la inflación y la depreciación de la moneda, que había acusado el imperio desde me-

diados del siglo III. Como era de esperar, también Diocleciano lo había intentado, introduciendo reformas en el sistema de acuñación y, sobre todo, promulgando en 301 el complejo edicto de los Precios, que determinaba límites legales precisos sobre las cantidades que se podían cobrar por una lista de varios miles de bienes o servicios. La ley de Diocleciano, de hecho, fue tan complicada y restrictiva que resultó ser un fracaso colosal y tuvo que ser derogada al poco de haber sido aprobada. La solución de Constantino al problema inflacionario fue mucho menos grandiosa, pero a la postre más eficaz, al menos desde la perspectiva de la clase gobernante y acaudalada. En 309, ante una carestía en sus reservas de oro, Constantino redujo el peso de la moneda de oro común, el *aureus* (áureo) de cerca de 5,4 gramos a 4,5 y cambió su nombre por el de *solidus* (sólido o sueldo). Sin duda, no pretendía implantar una reforma económica de gran calado, sino sobre todo aumentar el número de monedas de oro que podía acuñar con reservas limitadas. A la postre, no obstante, la introducción del sólido tuvo un gran impacto en la economía, ante todo porque, después de crear esa moneda de oro más pequeña, Constantino la transformó en la unidad principal de intercambio en sus dominios. Al acuñar grandes cantidades de *solidi* e insistir en que las tasas, los impuestos y las multas se satisficieran en esa nueva unidad, antes que en la moneda de plata tradicional desde el siglo III a. C., favoreció que el patrón de la plata cediera terreno al del oro, lo que surtió efectos perdurables durante los siglos posteriores.

Para garantizar el éxito de la reforma, Constantino fundió los tesoros de los templos paganos —colmados de monedas y objetos de oro— y los acuñó de nuevo como sólidos; eso supuso al mismo tiempo un golpe deliberado contra las religiones tradicionales y una enorme entrada de oro en la economía monetaria. Le permitió emitir la nueva moneda de oro en cantidades suficientes para asegurar una difusión general y situarla en posición de predominio duradero. A su vez, ello creó un grado de estabilidad económica que se mantuvo a lo largo del siglo IV en Oc-

cidente y hasta el siglo VI en Oriente. Sin embargo, como cada sólido equivalía a varios meses de salario de un jornalero medio, la reforma de Constantino también sirvió para concentrar el poder económico en las manos de los más ricos, que podían permitirse hacer los tratos en oro. Mientras que éstos disfrutaron de una nueva prosperidad, las clases inferiores —la inmensa mayoría de la población— sufrieron un deterioro brutal de su poder adquisitivo, ya que los bronces con los que se veían obligados a negociar experimentaron una inflación terrible con relación al nuevo patrón de oro. Aun así, el profundo y perdurable efecto del sólido se documenta claramente en su pervivencia de las lenguas románicas, por ejemplo en el español *sueldo*, su equivalente francés *solde* o el término genérico en italiano para el dinero: *soldi*.

REFORMAS RELIGIOSAS

Así pues, las numerosas reformas estructurales, administrativas, militares y financieras introducidas por Constantino surtieron un efecto general muy hondo y perdurable. Sin embargo, si existe un ámbito en el que puede afirmarse que el emperador dejó una huella crucial en la historia del mundo es en el reino de la religión. Muchos de los efectos de la línea de actuación religiosa de Constantino ya se han expuesto anteriormente, pues no existe ningún método fácil para separar, en el mundo antiguo, la religión de la política o el gobierno. Ello es doblemente cierto con respecto a su reinado, dado que el emperador no se consideraba un simple gobernante, sino un visionario religioso y agente del plan de Dios en la tierra. Una y otra vez se refiere a sí mismo como «servidor de Dios» en documentos conservados (Euseb., *Const.*, II, XXIX, 3, LV, 1, LXXI, 2; cf. *Tric. Or.*, VII, 12), un sobrenombre que le permitía presentarse al mismo tiempo como esclavo humilde y líder exaltado.

Ya hemos visto que Constantino comenzó a conceder privilegios a la Iglesia cristiana a los pocos meses de haber derrota-

do a Majencio, al eximir a los clérigos del servicio estatal obligatorio, convocar dos concilios para analizar la polémica donatista y defender la libertad de culto y la restitución de las propiedades confiscadas durante la Gran Persecución. En los meses posteriores a la batalla del puente Milvio otorgó rentas de dominios imperiales a iglesias romanas y africanas, donación que luego hizo extensiva por todo el imperio. Aquello equivalía a que el imperio financiara a la Iglesia cristiana, convirtiendo su religión en algo similar a una religión oficial. Constantino dio nuevos pasos por este camino, desde mediados de la década de 310, cuando concedió autoridad a los obispos para manumitir formalmente a esclavos y arbitrar en pleitos civiles. La combinación de estos poderes y privilegios convirtió a los obispos en una élite que, hacia finales del siglo IV, había pasado a dominar el gobierno local e incluso a interpretar un papel significativo en la política de ámbito imperial.

También hemos visto que, nada más llegar a Roma en 312, Constantino se topó con el problema del cisma donatista, que había empujado a los rigoristas cristianos norteafricanos contra otros cristianos mejor conectados pero menos severos, en una disputa que pretendía determinar a qué grupo correspondía de forma legítima el control de «la Iglesia». El emperador tuvo que encararse con problemas similares cuando adquirió el control del imperio oriental en 324. En esta ocasión, sin embargo, la polémica no obedecía a las consecuencias de la Gran Persecución (aunque éstas también estaban en juego), sino que se trataba sobre todo de una disputa doctrinal sobre la naturaleza del propio Jesucristo. La sede de Alejandría, la poderosa ciudad portuaria egipcia, se había rebelado después de que un sacerdote de la zona, Arrio, afirmase que Cristo no había existido durante toda la eternidad, sino que había sido creado por Dios Padre y, por ende, se hallaba en cierta forma subordinado a él. Esta aseveración, independientemente de sus méritos o deméritos teológicos, provocó una hostilidad declarada entre Arrio y su obispo Alejandro, que pronto se expandió por las provincias vecinas del este. Al saber de la

controversia, Constantino envió una carta en la que reprendía a las dos partes por entrometerse en cuestiones que, a su entender, no correspondía resolver al ser humano; cuando se evidenció que la reprimenda no serviría por sí sola para poner fin a la pelea, convocó un concilio ecuménico que se celebraría en 325. Tuvo lugar en la ciudad de Nicea, justo al este del Bósforo, en mayo de aquel año, con la asistencia de cerca de trescientos obispos. Al parecer, Constantino interpretó un papel activo en los debates y a la postre concedió su apoyo al credo que afirmaba que Cristo era a un tiempo «no creado» y «de la misma naturaleza de Dios Padre». Todos los presentes firmaron la declaración, con la excepción de Arrio y dos de los obispos, a quienes se castigó con el exilio. El credo emitido por el concilio, conocido en la actualidad como Credo Niceno o Símbolo de la Fe, es una declaración de fe y doctrina que aún se recita en las iglesias cristianas de todo el mundo. Al implicarse de forma directa en los debates e interpretar un papel determinante en las resoluciones del concilio, Constantino fue mucho más allá de la función que había desempeñado al organizar los concilios donatistas de Occidente. Al igual que con la disputa donatista, no obstante, la controversia del arrianismo perduró mucho más allá del empeño de Constantino por erradicarla. De hecho, estalló de nuevo antes de la muerte del emperador, pues éste la reanimó al negociar con varios obispos arrianos y restaurar la posición del propio Arrio. A la postre, Constantino fue bautizado en su lecho de muerte por Eusebio de Nicomedia, que era uno de los obispos arrianos.[4]

La forma en la que el propio Constantino concebía su función en la historia religiosa se ejemplifica de un modo particularmente claro en la afirmación que hizo ante un grupo de obispos, al parecer durante el concilio de Nicea: «Mientras que vosotros sois obispos de cuantos se hallan dentro de la Iglesia, yo quizá sea un obispo nombrado por Dios para los que están fuera» (Euseb., *Const.*, IV, XXIV, 1). El significado preciso de estas palabras sigue siendo poco claro para los expertos, pero, en su sentido más amplio, indican que se consideraba elegido para cuidar de los cris-

tianos potenciales, ya fueran los súbditos no acogidos a la Iglesia u otras personas, sobre todo cristianos, que vivían fuera del imperio y necesitaban de su protección. No es de extrañar que Constantino actuara en los dos frentes. Con relación a los que residían fuera del imperio, parece ser que contribuyó a difundir el cristianismo en territorio godo y, sin duda, lo hizo entre los georgianos del Cáucaso y los aksumíes de Etiopía. También emprendió su expedición última contra los persas con el motivo declarado de defender a los cristianos de territorio persa y armenio, que el sah había empezado a perseguir. Aunque la muerte impidió que Constantino completara su acción militar, es obvio que la expedición representaba una especie de protocruzada y con ello sentó las bases de posteriores acciones militares de los soberanos cristianos contra aquellos que se entendía estaban persiguiendo su fe.

Con respecto a los no cristianos de su imperio, Constantino también hizo esfuerzos para «ocuparse de ellos» de tal modo que se favoreciera su conversión. Así, despreció repetidamente a los judíos en afirmaciones públicas y los cargó de exigencias legales que desaparecían con su conversión. También hostigó a los paganos, cuyos sacrificios le parecían particularmente repulsivos, al limitar las artes adivinatorias, confiscar los tesoros de sus templos e incluso destruir algunos lugares de culto. Hay mucha polémica al respecto de si Constantino también promulgó una ley que prohibía los sacrificios de sangre, el acto ritual básico de los cultos paganos. Por desgracia, las pruebas son insuficientes para zanjar la cuestión. Algunos datos apuntan en esta dirección, pero también hay indicios claros de que, si llegó a existir la citada ley, no se exigió su cumplimiento por la fuerza. Antes al contrario: Constantino mostró su favor a muchos paganos destacados de todo su imperio e incluso fue dando a entender, hasta el final de su gobierno, que seguía considerando positivamente ciertos aspectos de las creencias paganas. Por encima de todo, no se apagó nunca la fascinación de Constantino por el dios solar (Apolo o Sol Invictus), hasta el extremo de que incluso en 325, mucho des-

pués de haberse convertido al cristianismo, se complacía en retratarse en las monedas muy asociado con esta deidad pagana. De hecho, incluso en fecha tan tardía como la de 330 se atrevió a erigir una estatua de sí mismo con los atributos del dios Sol sobre una columna de porfirio levantada en su nuevo foro de Constantinopla.

Aunque pueda parecer extraño para la sensibilidad moderna, por lo tanto, Constantino logró proyectar al mismo tiempo la imagen de cristiano devoto y la de criptopagano, hasta los días de su muerte. Es imposible determinar si ello se debió a una estrategia de *realpolitik* en un mundo en el que los paganos representaban aún la inmensa mayoría de la población, o si bien obedecía a alguna ambigüedad psicológica más profunda. Sea cual fuere el caso, no tardarían en implantarse medidas más estrictas contra el paganismo y a finales del siglo IV es razonable decir que los paganos sufrieron persecuciones similares en su escala a las que habían padecido los cristianos hacía menos de un siglo, aunque sin tanto derramamiento de sangre.

SUCESIÓN

Ya hemos visto que, a su muerte, Constantino había nombrado a no menos de cinco sucesores, cada uno de ellos adscrito a una esfera territorial concreta. Entre ellos figuraban sus hijos Constantino II, que gobernaba en Britania, Galia e Hispania; Constancio II, soberano del imperio oriental; y Constante, emperador de Italia y África. Además, Constantino había elegido a su sobrino Dalmacio como soberano de los Balcanes y elevado a Anibaliano como emperador del Ponto y de Armenia, que Constantino confiaba en recuperar de manos persas. Sin embargo, nada más expirar éste, el 22 de mayo de 337, esta disposición se vino abajo. El ejército, al parecer en connivencia con los sucesores naturales de Constantino, ejecutó a Dalmacio, Anibaliano y la mayoría de sus parientes vivos. Esta purga, que recorda-

ría con amargura uno de sus pocos supervivientes, el futuro emperador Juliano, no debería extrañarnos si recordamos la propia historia de Constantino como asesino familiar en los primeros tiempos de su imperio. Por razones que no se han desvelado, en 326 Constantino había ordenado la ejecución de su propio hijo Crispo, engendrado con su primera mujer, Minervina, aun a pesar de que había interpretado un papel crucial en la victoria contra Licinio. Según relatos transmitidos en las fuentes paganas, se ordenó la muerte de Crispo al sospecharse que había intentado violar a la emperatriz Fausta, la segunda mujer de Constantino y, por lo tanto, madrastra de Crispo. En realidad, es más probable que Fausta se inventara la acusación para eliminar un posible sucesor rival de sus propios hijos Constantino II, Constancio II y Constante. De ser así, Fausta fue pagada con la misma moneda cuando Constantino ordenó que muriera ahogada en una cámara de baño caldeada hasta el extremo. Así pues, el asesinato familiar no era desconocido en la propia casa de Constantino. Tampoco cesó con las ejecuciones de 337: ya en 340, Constantino II comenzó a pelearse con su hermano menor y los dos se enzarzaron en conflictos que terminaron en una guerra abierta. A la postre, Constante derrotó y mató a Constantino II; pero en 350, Constante fue ejecutado por el usurpador Magnencio, lo que dejó solo a Constancio II para vengar su muerte. Para poder conseguirlo, Constancio II nombró césar a su primo Galo (uno de los dos supervivientes de la masacre familiar de 337). Pero al poco tiempo de derrotar a Magnencio, Constancio ordenó la ejecución de Galo y, poco después, nombró césar a su hermanastro Juliano. Cuando, en 360, Juliano se proclamó Augusto en contra de la voluntad de Constancio, éste se preparó para combatir contra él, algo que solo impidió su muerte, ocurrida en 361. Juliano solo le sobrevivió dos años, antes de morir en una batalla en Persia, lo que puso fin a la dinastía constantina.

Debido en parte al trauma que le causó la ejecución de su familia más próxima en 337, Juliano fue muy reticente a continuar promoviendo el programa político y religioso de su tío. Tras ser

proclamado Augusto de pleno derecho, Juliano se declaró públicamente «apóstata» de la fe cristiana y comenzó un proceso por el que intentó devolver el imperio a sus raíces paganas. Pero aunque su empeño fue decidido, su muerte temprana impidió que pudiera dar marcha atrás al reloj de la cristianización del imperio. De hecho, tras casi cincuenta años de emperadores cristianos, la apostasía de Juliano apenas tuvo más efecto que el de provocar que los sucesores cristianos acelerasen la represión de la religión pagana y de esa forma culminara el proceso de cristianización iniciado por Constantino.

Así pues, Constantino transformó su conversión religiosa personal en un factor crucial de la historia del imperio romano. Dado que el carácter dramático de su historia vital, colmada de ambiciones, intrigas y golpes asombrosos de buena fortuna, se desarrolló en un escenario mundial, no es de extrañar que muy pronto pasara a interpretar un papel legendario de primer orden. Ya hemos visto que la atención que él y su madre Helena prestaron a Tierra Santa dio origen a una leyenda según la cual la propia Helena había descubierto la auténtica cruz en la que se crucificó a Jesucristo. Aunque tenemos pruebas claras de que lo que se consideró como «Vera Cruz» había aparecido ya en la década de 350, el primer testimonio que vincula su hallazgo con Helena no consta hasta la última década del siglo. La credibilidad de la leyenda queda con ello en entredicho. En el siglo V había surgido otra leyenda, según la cual Constantino fue un pagano feroz al que curó de lepra milagrosamente el papa romano Silvestre y que eligió ser bautizado en fecha temprana de su reinado por un sanador. Se trata de una falsedad pía, inventada, al parecer, para ocultar el hecho de que el bautismo de Constantino no se realizó hasta el final de sus días y lo llevó a término un obispo arriano. A pesar de ello, la leyenda de Silvestre se complementó con otra referida a las supuestas «donaciones de Constantino», según la cual el emperador concedía a Silvestre y a todos los papas que lo sucedieran la autoridad suprema sobre la Iglesia cristiana y el control político sobre Roma, Italia y Occidente en ge-

neral. Aunque las «donaciones» se usaron para justificar la hegemonía papal en cuestiones eclesiásticas y temporales a partir del siglo VIII, en el siglo XV se demostró que eran una falsificación. En esta misma época se comenzó a desinflar la santificación de Constantino, a quien volvió a considerarse un mero soberano, cuando no un auténtico granuja.

El hecho es que una figura tan extraordinaria y crucial como la de Constantino cuenta con todos los números para atraer la atención, negativa y positiva, de las generaciones posteriores. Incluso en la actualidad, el libro y la película de *El código Da Vinci* representan a Constantino como un actor principal en su versión (quizá elaborada, pero no poco legendaria) del desarrollo de la cristiandad. Constantino fue, se mida como se mida, una figura exuberante, cuya historia han narrado, narrarán y volverán a narrar todas las generaciones.

NOTAS

1. *Panegyrici Latini*, VI, XXI, 4-5. La traducción inglesa más útil a este respecto es la de C. E. V. Nixon y Barbara S. Rodgers, *In Praise of Later Roman Emperors: The Panegyrici Latini, Introduction, Translation and Historical Commentary*, University of California Press, Berkeley y Londres, 1994, pp. 248-250.

2. Peter Weiss, «The Vision of Constantine», *Journal of Roman Archaeology*, 16 (2003), pp. 237-259.

3. La basílica de San Juan de Letrán sigue siendo la catedral oficial del papa en cuanto obispo de Roma, aunque éste resida, desde el siglo XV, en San Pedro del Vaticano.

4. Los emperadores romanos de época tardía solían bautizarse al final de sus vidas, para no cargar su alma de pecados —especialmente, al tener que ordenar guerras y ejecuciones— después de haber recibido este sacramento expiatorio.

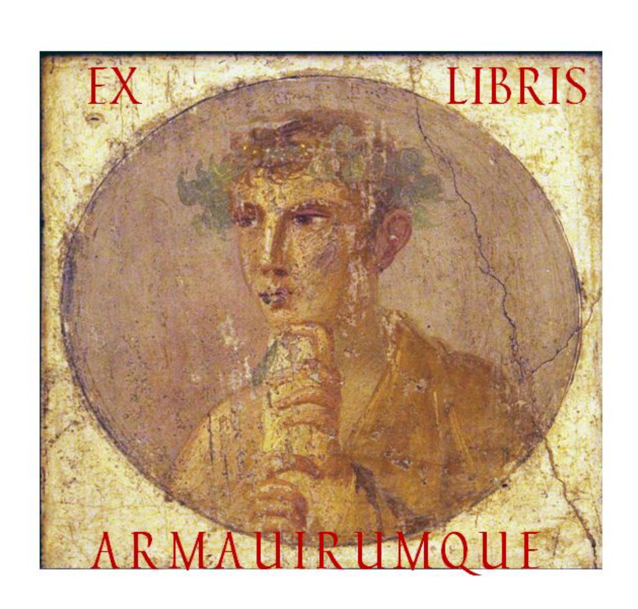
Barnes, Timothy D., *Constantine and Eusebius*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.) y Londres, 1981.

Cameron, Averil y Stuart G. Hall, *Eusebius' Life of Constantine: Introduction, Translation and Commentary*, Clarendon Press, Oxford, 1999.

Lenski, Noel (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.

Nixon, C. E. V. y Barbara S. Rodgers, *In Praise of Later Roman Emperors: The Panegyrici Latini, Introduction, Translation and Historical Commentary*, University of California Press, Berkeley y Londres, 1994.

Weiss, Peter, «The Vision of Constantine», *Journal of Roman Archaeology*, 16 (2003), pp. 237-259.



XII

Justiniano

James Allan Evans



ORÍGENES

Hacia 470, mientras en Constantinopla gobernaba el emperador León I (r. 457-474), tres campesinos de la Alta Macedonia, que huían de la durísima miseria de su tierra natal, emprendieron camino a pie hacia la capital, sin más recursos que unas tostadas envueltas en sus ropajes. Dos de ellos, Zimarco y Ditivisto, tenían nombres tracios, pero el tercero, Justino, exhibía un nombre latino y había nacido en Bederiana (cerca de la moderna Skopie), donde la gente hablaba más latín que griego y la Iglesia debía obediencia a Roma. Al llegar a Constantinopla se enrolaron en los *excubitores*, un nuevo cuerpo de guardaespaldas que León había fundado para contrarrestar a las tropas germanas de la ciudad, que eran leales ante todo a Aspar, el todopoderoso *magister militum*. Aspar era alano y, por tanto, de origen iranio, antes que germano; pero al igual que los federados germanos, se

adhirió a la herejía arriana. Aunque ello le impidió ascender al trono, no representó obstáculo para que fuese el poder que subyacía al puesto imperial. Ya existía un cuerpo de guardia palatina, los *scholarii*, que Constantino I había creado para sustituir a la antigua guardia pretoriana; pero con el tiempo, devinieron más ornamentales que eficaces y en cambio León deseaba que el cuerpo de excubitores fuera capaz de luchar. La mayoría de los hombres eran isáuricos del Asia Menor, famosos tanto en las labores de cantería como en las de combate, pero aunque Justino y sus compañeros no eran isáuricos, sin embargo eran reclutas ideales, en cuanto jóvenes resistentes y habituados a las privaciones. No se sabe más de Zimarco ni Ditivisto, pero Justino fue ascendiendo hasta la condición de *comes excubitorum* (jefe o conde de la guardia) y posteriormente emperador, con lo que allanó el camino de ascenso al poder de su sobrino e hijo adoptivo Justiniano.

Aspar fue asesinado en 471 y se eliminó el poder de los federados germanos mediante una masacre que valió a León el sobrenombre de *Makelles* («carnicero»). Pero el baño de sangre liberó Constantinopla del control de los caudillos bárbaros que ya habían castrado a los emperadores romanos occidentales y acabarían con el cargo formal de emperador occidental tan solo cinco años después de la caída de Aspar. En los libros de historia, 476 es una fecha crucial que marca el fin de una era, pero para los contemporáneos debió de pasar como una vicisitud más del imperio romano, que en efecto continuó existiendo en el sentimiento y la mente de sus ciudadanos. La ciudad de Roma había sido saqueada en dos ocasiones (en 410 y de nuevo en 455) y en aquel momento era solo un museo magnífico que recordaba su pasado imperial, con su desorbitado palacio del monte Palatino listo para recibir a los emperadores de Occidente, que sin embargo lo habían abandonado hacía mucho tiempo, primero en favor de Milán y luego, en 402, de Rávena. Pero los emperadores orientales sobrevivieron: cuando el caudillo Odoacro destronó al último emperador occidental, Rómulo Augusto, envió las insignias imperiales a Zenón el Isáurico, en Constantinopla, con el men-

saje de que el imperio solo necesitaba un emperador. La condición de *rex* (rey) ya lo satisfizo, así como el título antiguo de *patricius* (patricio), que había revivido Constantino I y se aplicó en adelante a las personas que ocupaban el puesto supremo en la corte. Zenón dio una respuesta evasiva y en 490 animó al ostrogodo Teodorico el Ámalo a invadir Italia y derrocar a Odoacro. La tarea de regularizar la posición de Teodorico y reconocerlo como *rex* y soberano legítimo de Italia correspondió al sucesor de Zenón, Anastasio. Teodorico se apropió de un tercio de las tierras para sostener a sus seguidores ostrogodos, y los italianos que poseían las fincas principales de Italia se empobrecieron en alguna medida, pero romanos y godos vivieron juntos y en un estado de relativa paz hasta que Justino sucedió en el trono a Anastasio.

Desde el punto de vista de los romanos de Italia, su soberano legítimo era el emperador oriental, pero Teodorico no tenía razones para temer por su lealtad, dado que Anastasio era un hereje y, por ende, una figura poco atractiva. El escollo era el credo calcedonio, adoptado por el concilio de Calcedonia en 451, pero muy ceñido al dogma del papa León el Grande. Definía a Cristo como un ser de dos naturalezas, una humana y otra divina, que permanecían aisladas. Este credo era peligrosamente próximo a la herejía de Nestorio, quien predicaba que Cristo poseía a un tiempo una divinidad y una humanidad perfectas, separadas entre sí. Pero aun así fue defendido con terquedad por Roma, hasta el extremo de que se identificó con la supremacía romana. En la prefectura de Oriente, sin embargo, que se extendía de Constantinopla al Éufrates, se lo detestaba, salvo en algunas zonas aisladas, sobre todo de Palestina. Resultaba particularmente abominable para los cristianos cuyas lenguas nativas no eran ni el latín ni el griego; en Egipto, los coptos eran anticalcedonianos, al igual que los hablantes de sirio de la citada prefectura. El cristianismo había devuelto su identidad a los pueblos no griegos que habían sido absorbidos primero por la cultura helenística y luego por Roma, y detrás de la resistencia al credo calcedonio latían aspiraciones separatistas.

La etiqueta aplicada más comúnmente a los anticalcedonios es la de monofisitas —«creyentes en una sola naturaleza»—, pero no se los denominó así hasta mucho después de la muerte de Justiniano y, aunque el término pueda ser útil en ciertos sentidos, da la impresión errónea de que los anticalcedonios estaban unidos por un credo único. En tiempos de Justiniano emergieron dos grupos principales. Uno era el de los miafisitas, que creían en una única naturaleza; su portavoz era Severo, que fue nombrado patriarca de Antioquía por Anastasio. No negaron nunca la naturaleza humana de Cristo, pero, siguiendo la doctrina de Cirilo, patriarca de Alejandría a principios del siglo V, sostenían que las dos naturalezas se fundían en Cristo para formar una naturaleza divina única. Sus descendientes teológicos constituyen las actuales iglesias monofisitas de Egipto y Oriente Próximo. La segunda rama era más extrema: designados con una variedad de nombres (julianistas, fantasiastas, gayanistas o aftartodocetas), negaban la naturaleza humana de Cristo y enseñaban que era divino en todo, hasta el extremo de que la carne de Cristo era incorruptible.

El emperador Zenón había intentado hallar un terreno común. Emitió un edicto de unidad —*Henotikon*— compuesto por el patriarca de Constantinopla, Acacio. Era aceptable para la mayoría de los miafisitas, pero el papa Félix III lo condenó y el «cisma acaciano» resultante dividió las Iglesias de Constantinopla y Roma desde 484 hasta el ascenso al poder de Justino. Anastasio, partidario del *Henotikon*, tuvo que moverse con cuidado, porque tanto los Balcanes como la propia ciudad real eran mayoritariamente procalcedonios. En 512, una multitud estuvo a punto de expulsarlo del trono cuando introdujo una coda a la liturgia de Santa Sofía con un matiz de anticalcedonianismo. Al año siguiente, Vitaliano, jefe de los mercenarios bárbaros de Tracia y calcedonio confeso, se rebeló para obligar a Anastasio a ceder a las exigencias papales, no negociables. Vitaliano fue derrotado, pero a la muerte de Anastasio permanecía oculto en su provincia natal de la Escitia Menor, en la desembocadura del Danubio, esperando otra oportunidad de atacar.

Anastasio falleció en una noche de 518, mediado el verano, mientras bramaba una tormenta y en el momento en el que un rayo sacudió el palacio imperial: fue el final más propio para un viejo emperador herético, a juicio de los calcedonianos. El Senado, el patriarca y los altos funcionarios del gobierno se reunieron en palacio para elegir al siguiente emperador, mientras en el exterior, en el Hipódromo constantinopolitano, una gran muchedumbre se congregaba y aguardaba con impaciencia. No había ningún sucesor claro. Anastasio tenía un sobrino, Hipacio, con una carrera militar prolongada y sin distinción alguna, pero se hallaba en Antioquía y todo apuntaba a una lucha de poder. El chambelán Amancio, que deseaba el trono pero no era un candidato válido, en cuanto eunuco, apoyaba a un miembro de su núcleo familiar, el conde Teócrito, quien confió a Justino una suma de dinero para que realizara los sobornos oportunos. Justino gastó el dinero, pero no se eligió a Teócrito, sino al propio Justino, cuya primera decisión de gobierno fue la de condenar a muerte a Amancio y su camarilla. Contaba a la sazón unos sesenta y cinco años de edad, y al aparecer en el *kathisma*,* situado a mucha más altura que la muchedumbre del Hipódromo, fue recibido con la aclamación: *Justinus Augustus, tu vincas!*.** Su esposa Lupicina, antaño esclava adquirida por Justino, que luego la liberó y se casó con ella, adoptó el nombre de Eufemia, pues el de Lupicina era más habitual entre las meretrices que entre las emperatrices. La elección era relevante, además, porque el concilio ecuménico que se reunió en 451 para adoptar el credo calcedonio lo hizo en la iglesia de Santa Eufemia, a las afueras de Calcedonia. Justino y Eufemia estaban resueltos a poner fin al cisma acaciano. También estaba resuelto Justiniano, hijo de la hermana de Justino,

* Trono o solio imperial (o en otra forma, monástico). Uno de los *kathismata* más conocidos es justamente el del Hipódromo constantinopolitano. (*N. de los t.*)

** ¡Justino Augusto, que seas el vencedor! (*N. de los t.*)

que en aquel momento todavía no era más que un *candidatus*: uno de los cuarenta soldados de uniforme blanco que atendían al emperador.* Justino se había esforzado por que Justiniano tuviera la educación de la que él había carecido y los contemporáneos, al mirar atrás hacia el reinado de Justino, lo consideraron simple preludio del de Justiniano. Pero aun así, el acceso al poder del nuevo emperador no se produjo sin problemas.

Los calcedonios consolidaron su victoria con rapidez. A los diez días de la muerte de Anastasio se reunió en Constantinopla un sínodo que restauró los concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia a las tablillas que se leían en voz alta ante las congregaciones durante la eucaristía. Severo, el patriarca anticalcedonianos de Antioquía que había sido protegido de Anastasio, fue depuesto y a punto estuvo de perder la vida, aunque al final logró huir a Alejandría. El papa Hormisdas recibió entonces tres invitaciones enviadas desde Constantinopla: la primera, del patriarca Juan de Capadocia; la segunda, de Justino; y la tercera, de tono más perentorio, de Justiniano. Llegaron a Roma tres meses más tarde. El papa se negó a acudir en persona y envió una delegación con instrucciones de no entrar a debatir sutilezas teológicas y no aceptar más que la sumisión. El patriarca Juan recibió con desagrado aquella exigencia papal de vil rendición, pero Justino y Eufemia estaban preparados. El 28 de marzo de 519, Jueves Santo, bajo la atenta mirada de Justino, del Senado y el clero, Juan firmó el *libellus* papal que rechazaba el *Henotikon* compuesto por Zenón y Acacio.** Aunque Justiniano lo ignoraba, él y su sucesor Justino II buscarían en vano un sustituto.

* *Candidatus* procedía de *candidus*, «blanco». Los candidatos a un puesto iban vestidos, durante la candidatura, con una toga blanca, de aquí su sentido derivado. (*N. de los t.*)

** *Libellus* era diminutivo de *liber* y tenía el sentido básico de «escrito» u «opúsculo». En español antiguo, *libelo* valía por «librito», pero el sentido se ha perdido en el español actual. (*N. de los t.*)

Hormisdas exigió entonces la persecución de los anticalcedonianos y Justino no vaciló. Se desalojó a los monjes de los monasterios, se hizo bajar de sus columnas a los santos estilitas y se expulsó de sus iglesias a los obispos de la prefectura de Oriente. El hostigamiento se limitó a los clérigos, pero, en adelante, los laicos anticalcedonianos que desearan recibir los sacramentos tendrían que tomarlos de manos de clérigos calcedonianos. Justino no hizo extensiva a Egipto la persecución, aunque el papa le instó a hacerlo, porque Egipto era el granero de Constantino y a Justino, viejo soldado, no se le escapaban las consecuencias de una escasez de cereales en la capital. Egipto se convirtió en un refugio para los anticalcedonianos, porque allí, al menos, sus vidas estaban a salvo. Se llamó de nuevo a Vitaliano a la capital, en cuya iglesia de Santa Eufemia juró lealtad a Justino. A cambio se lo nombró patricio, se lo designó comandante de un ejército en Constantinopla y se le prometió un consulado en 520. Parecía ser un buen candidato a suceder al viejo Justino. Pero fue asesinado en su año de consulado, lo que eliminaba un rival de Justiniano, de quien se sospechó que había tramado el asesinato. Al año siguiente, Justiniano era *magister militum praesentalis* e inauguró su propio consulado con celebraciones extravagantes. En su propia residencia, el palacio de Hormisdas, estaba construyendo la basílica de los Santos Pedro y Pablo y solicitó al papa las reliquias de san Pedro, san Pablo y san Lorenzo, para reforzar su santidad. Ello valdría para conmemorar el fin del cisma acaciano y la victoria de los calcedonianos.

Pero no podía sentirse a salvo. Justino y la antigua esclava que era ahora su emperatriz seguían siendo considerados advenedizos por la vieja élite de los senadores e incluso Justiniano era visto como un extraño, aun a pesar de haber adquirido la educación adecuada para el cargo. Constantinopla estaba llena de monumentos que conmemoraban la antigua y valorada casa de Teodosio. Además, en aquel momento, uno de sus miembros más ricos y distinguidos, Anicia Juliana, hija de un emperador de Occidente y heredera de la casa de Teodosio por la vía de su ma-

dre, estaba construyendo una iglesia palatina dedicada a San Polieucto, que sería la mayor y más espléndida iglesia constantinopolitana hasta que Justiniano hizo construir Santa Sofía, que pervive en la moderna Estambul. San Polieucto era un desafío calculado al nuevo régimen y quizá fuera la determinación de Justiniano de crear su propio círculo, sin dejarse afectar por el desdén de las viejas familias de Constantinopla (como la de Juliana), la que hizo que se identificara con los Azules, los aficionados de los aurigas que dirigían los carros del bando Azul.

Por «bandos» debemos entender aquí las compañías que organizaban las carreras de carros en el gran Hipódromo que flanqueaba el palacio imperial, al par que ofrecían entretenimiento en los teatros y el propio Hipódromo, donde acróbatas y bailarines distraían al público entre las carreras. Los colores de los equipos de aurigas —rojo, blanco, azul y verde— procedían del Circo Máximo de Roma, aunque en aquella época Rojos y Blancos ya no



Iglesia de los Santos Sergio y Baco, hoy la pequeña mezquita de Ayasofya (Santa Sofía) en Estambul. Quizá fue ésta la iglesia utilizada por los anticalcedonianos a los que la emperatriz Teodora cobijó en el palacio de Hormisdas.

poseían establos propios, sino que eran socios subordinados a Verdes y Azules. En el Hipódromo, los aficionados se sentaban en bloques de asientos específicos para ellos, frente al *kathisma* que ocupaba el emperador. Los hombres jóvenes de Constantinopla se sentían atraídos, sobre todo, por Verdes y Azules, que adoptaban un aspecto de estilo similar al de los hunos, con bigotes y barbas sin recortar, melenas recogidas en coletas y frentes afeitadas, con ropas de mangas anchas para acomodar sus bíceps (probablemente extraordinarios). Las pandillas de Verdes y Azules tornaron inseguras las noches constantinopolitanas y se acusó a Justiniano de fomentar la violencia, porque cuando los Azules atacaban a los Verdes y tenían problemas con la ley, podían contar con su apoyo. La respuesta de los Verdes fue feroz. Los hombres acaudalados se inquietaron ante la situación, hasta el punto de que algunos consideraron más prudente cancelar importes que se les adeudaba y otros manumitieron a sus esclavos.

El historiador Procopio de Cesarea, a quien debemos gran parte de lo que hoy sabemos sobre estos bandos y sus enfrentamientos, consideraba que la furia fue irracional y carecía por completo de razones. Los historiadores modernos han buscado explicaciones más convincentes. Cierta hipótesis que hoy tiene poca vigencia sugirió que los Azules representaban a los calcedonianos y los Verdes, a los anticalcedonianos. Pero no cuadra: el emperador anticalcedoniano Anastasio era partidario de los Rojos y la emperatriz Teodora era fanática de los Azules, pese a ser anticalcedoniana. Así pues, la división entre Verdes y Azules no podía obedecer a razones teológicas. Otra teoría indica que las bandas eran la milicia urbana; y es cierto que cuando los persas tomaron Antioquía en 540, quienes opusieron una resistencia más vigorosa y continuaron combatiendo incluso después de que huyera el ejército regular fueron justamente las bandas de Verdes y Azules. Sin embargo, eran una milicia creada ad hoc, que combatía sin armadura y con meras piedras y bastones. La mejor explicación es la ofrecida por Edward Gibbon, planteada de nuevo en fecha más reciente por Alan Cameron: los miembros de las bandas eran jó-

venes con ocupaciones parciales que daban salida al impulso de la testosterona juvenil; aunque era fácil politizarlos, no respondían a ninguna estrategia política ni teológica coherente.

Parece ser que Justino no era consciente de la extensión de la violencia callejera. Procopio (*Anek.*, VIII, 1-6) lo califica de asno estúpido y ciego a las fechorías de Justiniano. Pero a la postre, los gamberros llegaron demasiado lejos y mataron a un ciudadano respetable dentro de la propia iglesia de Santa Sofía. Justiniano estaba enfermo y los oficiales de palacio aprovecharon la ocasión para informar a Justino, quien respondió ordenando al prefecto de la ciudad que restaurase el orden. El prefecto actuó con vigor e imparcialidad. Cuando Justiniano recobró la salud, intentó que se ejecutara al prefecto, pero solo pudo conseguir que lo exiliaran a Jerusalén y, con posterioridad a 523, la violencia callejera se redujo. Cuando Justiniano devino coemperador con Justino en 527, promulgaron un decreto que imponía la ley y el orden en todas las ciudades del imperio y dictaba que se castigara la violencia independientemente de si sus responsables eran Verdes o Azules. Pero Justiniano siguió siendo Azul.

Teodora

Durante este período, cuando la violencia de la calle era más intensa, Justiniano conoció a la mujer que se convirtió en su esposa y compañera en el poder. Para los primeros años de carrera de Teodora dependemos de Procopio de Cesarea, quien escribió una diatriba inédita en el mismo momento en que completaba su *Historia de las guerras* e introdujo en ella todo el escándalo y el veneno que no se atrevía a publicar. A principios del siglo XVII apareció una copia en la Biblioteca Vaticana, aun cuando había dudas al respecto de su autenticidad, pues su retrato de Teodora cuadraba de un modo llamativo con la opinión del papado. No obstante, en la actualidad se tiende a pensar que es una obra genuina de Procopio, que da cabida a escándalos con cierta base

factual, pese a que no todos los detalles serían ciertos. Teodora era la segunda hija del cuidador de los osos del equipo Verde (la persona que atendía a los osos utilizados en actuaciones acrobáticas y luchas de animales salvajes). Éste murió repentinamente y dejó a tres hijas: Comito, Teodora y Anastasia. Su viuda, mujer de recursos, contrajo un nuevo mátrimonio de inmediato, con la esperanza de que los Verdes concedieran a este segundo esposo el cargo del anterior; pero era prerrogativa del bailarín principal realizar tal elección y éste escogió a otro candidato, que había pagado una suma generosa por el puesto. En consecuencia, la pequeña familia de Teodora quedó en la miseria. La madre vistió a las hijas como suplicantes y, cuando se celebraron las siguientes carreras en el Hipódromo, hizo que se arrodillaran ante la sección verde de las gradas y rogaran piedad. Pero los Verdes no tenían nada que ofrecer. En cambio, los Azules acababan de perder también a su cuidador de osos, se compadecieron de las tres jóvenes y dieron trabajo a su padrastro.

En cuanto cumplieron la edad suficiente, la madre subió a las hijas al escenario. No tenía muchas más opciones, dado que pertenecía al submundo del teatro, tenido por despreciable. Se repudiaba tanto a las actrices, que los clérigos les negaban los sacramentos hasta que no se hallaban a las puertas de la muerte, y aun en esos casos se daban instrucciones a los sacerdotes para que se aseguraran de que la muerte era inevitable, de modo que no pudiera producirse una recuperación y un posterior retorno a los escenarios. Las actrices, al igual que sus hijas, solo podían cambiar de profesión si se acogían a la santa vida monacal, puesto que los espectáculos debían continuar y las masas exigían diversión. Probablemente, si Teodora hizo subir a escena a sus hijas fue porque ella misma había sido *mima* (actriz de mimo).*

* Quizá convenga recordar que el mimo clásico era distinto de la teatralidad estilizada y elegante de un Marcel Marceau. En palabras del DRAE: «Entre griegos y romanos, farsante del género cómico más bajo, bufón hábil en gesticular y en imitar a otras personas en la escena o fuera de ella». (*N. de los t.*)

Comito se convirtió pronto en una estrella y Teodora debutó como auxiliar de su hermana mayor, hasta que cumplió la edad para actuar por sí sola. A juicio de Procopio, Teodora carecía de talento y no sabía ni bailar ni tocar instrumento musical alguno, pero era ingeniosa y de respuesta rápida y su interpretación del mito de Leda y el cisne era notable. Al igual que la mayoría de las actrices, parte de su tiempo lo dedicaba a la prostitución y engendró una hija ilegítima, cuyo nombre se ha perdido (y según rumores que probablemente son falsos, también un hijo). Escapó cuando cierto funcionario llamado Hecébolo se la llevó a Cirenaica, donde había sido destinado como gobernador; pero pronto se cansó de ella y la dejó que regresara a su aire. Teodora llegó a Alejandría, una ciudad repleta de refugiados anticalcedonianos que huían de la persecución de Justino, y allí, al parecer, se convirtió. Según cierta tradición, conoció al patriarca de Alejandría, Timoteo III; de lo que no cabe duda es de que, más adelante, lo tuvo por padre espiritual. No tomó bautismo, pero quizá fuera catecúmena. En cualquier caso, fue anticalcedoniana convencida y mantuvo esa posición a lo largo de toda su vida.

De Alejandría pasó a Antioquía, donde conoció a una bailarina del bando Azul, Macedonia, quien llevaba una doble vida: no solo actuaba en escena, sino que además era espía de Justiniano (*Anek.*, XII, 28-32). Al hallar a Teodora deprimida y desanimada, intentó animarla y le predijo que su fortuna cambiaría. Luego Teodora recordó que poco antes había soñado que al llegar a Constantinopla se casaría con el Señor de los Demonios, que le proporcionaría riquezas nunca vistas. La historia exhibe el sello de los denigradores de Teodora, pero es probable que contenga un germen de verdad. Parece asimismo probable que Macedonia reclutara a Teodora en el servicio secreto de Justiniano y que ésa fuera la ocasión del encuentro de la futura pareja imperial.

Hay otras historias más complacientes sobre la carrera temprana de Teodora, puesto que aún se la reverencia en las iglesias monofisitas del Oriente Próximo que rechazan enérgicamente el relato de Procopio. Sea como fuere, en 521 Justiniano y ella

estaban viviendo en el palacio de Hormisdas, próximo al palacio imperial —cuando Justiniano ascendió al trono, ordenó unir los dos edificios con una pasarela cubierta—, y Teodora ya era conocida como partidaria de la causa anticalcedoniana. Por petición de Justiniano, Justino la hizo patricia, pero con el rechazo de la emperatriz Eufemia, que se opuso con denuedo al matrimonio de Justiniano y Teodora: ella era anticalcedoniana, procedía de un entorno de mala reputación y, para colmo, la pareja tendría una hija ilegítima. Pero Eufemia falleció hacia 523 y, sin ella, Justino era maleable.

Aún faltaba sortear una ley, dado que Constantino I había prohibido los matrimonios entre actrices y senadores. Pero Justino abrió el camino al promulgar un edicto que autorizaba a las actrices arrepentidas de su pasado a casarse sin restricciones e hizo innecesario que las actrices de condición patricia solicitaran la aprobación imperial (*Cod. Just.*, V, IV, 23). El edicto debe fecharse en 524 y el matrimonio de Justiniano y Teodora se celebró poco después.

La salud de Justino, ya muy entrado en años, no era buena. No se había recuperado de una vieja herida y, aunque no sin reticencias, nombró a Justiniano coemperador el 1 de abril de 527, coronando a la nueva pareja imperial en el Gran Palacio antes de presentarlos en el Hipódromo para que la multitud los aclamara. Justino murió cuatro meses más tarde y dejó a Justiniano como emperador único.

LOS PRIMEROS AÑOS EN EL PODER: TIEMPOS DE OPTIMISMO

La primera década del reinado de Justiniano fue un período de logros y avances extraordinarios. Menos de seis meses después de subir al poder, el 15 de febrero de 528, comenzó su gran codificación del Derecho, seguida por el *Digesto* y las *Instituciones*, y más adelante por una segunda edición del *Codex*. Los juristas

del siglo XVI designaron el conjunto de la obra como *Corpus Iuris Civilis*, que es el nombre con el que se lo conoce hoy.

Tras haber reformado y codificado el Derecho, Justiniano pasó a reorganizar la administración. En la frontera oriental, la guerra con Persia, que había estallado de nuevo en 525, acabó en tablas; en 533, los dos imperios, de fuerzas similares, firmaron una paz que se pretendía durase para siempre. Al año siguiente, Belisario, el gran general de Justiniano, dirigió una fuerza expedicionaria contra el reino africano de los vándalos, a los que derrotó; en 536 comenzó la conquista del reino ostrogodo. El Gran Palacio de Constantinopla desbordaba optimismo en 536: en una de sus leyes, Justiniano proclamaba la esperanza de que Dios le permitiera recobrar las tierras que la indolencia de los emperadores precedentes había dejado perder (*Nov.*, XXX, XI, 2). Roma cayó en manos de Belisario sin asestar ni un golpe, antes de que concluyera el año, gracias a la cooperación —o a la traición, desde el punto de vista de los godos— del papa Silverio. A la caída de Roma siguió un asedio poderoso, que duró más de un año, pero terminó con la derrota de los godos y en 540 Belisario entró en Rávena.

No solo hubo triunfos, sino también contratiempos. En enero de 533 se produjeron tales disturbios en Constantinopla que Justiniano y Teodora casi se vieron obligados a huir del Gran Palacio. La destrucción del reino vándalo fue solo un primer paso en la pacificación de Libia. Los bereberes estaban intranquilos y los bizantinos no lograron derrotar a los rebeldes hasta 547, bajo la dirección de un general y administrador muy capaz, Juan Troglita. En 540, cuando Belisario regresó de Italia con el rey godo como prisionero, también se produjo una incursión de hunos y esclavenos, que cruzó el Danubio y a punto estuvo de llegar a Constantinopla, sembrando el pánico entre los ciudadanos que se escondían atemorizados por detrás de las grandes Murallas de Teodosio, las cuales aún podemos ver en la moderna Estambul. En el este, el sah de Persia, Jusro, quebró la «Paz Eterna» a los siete años del acuerdo, invadió las provincias de la diócesis de Oriente y destruyó la ciudad de Antioquía, haciendo añicos el prestigio imperial en el este.

Tampoco hubo paz teológica. Justiniano y Teodora se esforzaron por lograr un nuevo *Henotikon* aceptable por igual para calcedonianos y anticalcedonianos y Teodora estuvo a punto de conseguir uno, que sin embargo quedó hecho trizas por el empecinamiento del papa Agapito. Agapito mereció el elogio de Dante en su *Paraíso* por aquella exhibición de santa intransigencia, pero la cristiandad ya no volvió a hallarse nunca tan cerca del consenso.

En 541 hubo una plaga de peste bubónica en Alejandría, que al año siguiente se extendió a Constantinopla. El imperio encaraba el futuro con una disminución de los ingresos derivados de impuestos, pero sin haber reducido sus gastos. Pero aun así, la boyante década de la década de 530 debe estudiarse con más detalle, puesto que es el período en el que Justiniano confiaba en alcanzar grandes cosas, que de hecho logró en parte.

La codificación del Derecho

El primer paso fue crear una comisión presidida por Juan de Capadocia para realizar el borrador de un nuevo código. Juan actuó con eficacia; un año más tarde apareció la primera edición del código. En 530 una segunda comisión, encabezada por Triboniano —un jurista brillante, aunque corrupto— se puso a trabajar en el *Digesto* (o *Pandectas*), que reunía y organizaba las opiniones legales de los juristas romanos del pasado. Fue una obra magna: se leyeron y extractaron 1.528 libros y el resultado fue un monumento al talento jurídico romano. Se publicó a finales de 533 y aquel mismo año vieron la luz las *Instituciones*, manual para la formación de juristas. En aquel momento era evidente que el *Codex Justinianus* había quedado anticuado y se realizó una nueva edición. Ésa es la edición que conocemos en la actualidad; la primera, creada bajo la supervisión de Juan de Capadocia, no se conserva.

Se reformó la educación legal. Las *Instituciones* no eran solamente un libro de texto; tenían valor de ley y se las podía ci-

tar en los tribunales. La instrucción en materia de Derecho se centralizó en Beirut y Constantinopla; se clausuraron las escuelas jurídicas de Alejandría, Cesarea y Atenas y, después de que Beirut fuera devastada por un terremoto en 550, la escuela no se volvió a abrir. También se reformó el currículo: desde entonces, los estudiantes debían completar cinco años de estudio antes de que se los autorizara a comprar las togas y manejar casos ante los tribunales. La importancia del latín decayó. La educación jurídica había sido su último bastión en el imperio oriental; era la lengua del *Corpus* y Beirut, que fuera fundada por Augusto como colonia de veteranos, mantenía aún la reputación de hablar un latín elegante. Pero el griego era la lengua de la calle y las leyes promulgadas por Justiniano con posterioridad a 535 —*Novellae Constitutiones*— se redactaron en griego, salvo cuando se dirigían a los súbditos latinohablantes de Italia o África.

Justiniano pretendía crear una recopilación de sus leyes nuevas —*Novellae*—, pero no llegó a hacerlo. Apareció una compilación en latín, no oficial, que no incluye leyes posteriores a 555, por lo que debió de editarse poco después. La colección más completa apareció en el reinado del emperador Tiberio II (578-582). La tercera colección es la denominada *Authenticum*, con 134 *novellae*, la más tardía de las cuales se remonta a 556. Contiene traducciones literales de los textos griegos originales y es probable que se compusiera para ser utilizada en Italia cuando el imperio se esforzaba por restaurar la sociedad civil después del caos de la guerra goda. El *Código*, el *Digesto*, las *Instituciones* y las *Novelas* integran el corpus de las leyes de Justiniano y son un tributo magnífico a la excelente jurisprudencia de los romanos.

REPRESIÓN DE LOS HETERODOXOS

En la mentalidad de Justiniano, la división entre ortodoxos y heterodoxos era una división entre lo correcto y lo incorrecto. Entre las sectas heterodoxas se incluía a los helenos (como se deno-

minaba a los paganos), judíos, samaritanos y varios grupos de cristianos heréticos, como los montanistas, julianistas, ofitas y arrianos. Aunque la ley no los trataba a todos por igual: el judaísmo seguía siendo una «religión licenciada» y el emperador no alteró su posición legal; en Palestina, la arqueología demuestra que durante su reinado se vivió un auge en la construcción de sinagogas. Pero al modo de ver de Justiniano, el judaísmo era una herejía equiparable al arrianismo y las comunidades judías fueron muy cautelosas. El samaritanismo, al igual que el judaísmo, disfrutaba de una condición protegida, pero los samaritanos no eran bien vistos ni por los cristianos ni por los judíos. En 529 una revuelta samaritana fue reprimida sin compasión: Procopio escribió que la mayoría de los agricultores de los alrededores de su ciudad natal (Cesarea, en Palestina) era samaritana, antes de la revuelta; pero después, eran tantos los muertos o esclavizados que sus campos quedaron sin labrar y sus impuestos tuvieron que ser satisfechos por sus vecinos cristianos (*Anek.*, XI, 30). Pero a quien no se dio cuartel fue a los paganos.

La primera ley de Justiniano contra los heterodoxos (*Cod. Just.*, I, 5) se remonta a su primer año de gobierno y le siguió, dos años más tarde, un edicto aplastante contra los paganos, que prohibía de nuevo los sacrificios y repetía y reforzaba los diversos castigos prescritos para ellos. En ese año, el celo antipagano del emperador se acrecentó hasta convertirse en una caza de brujas (Malalas, XVIII, XLII, 47); en 545-546, otro estallido atrapó en sus redes a toda una serie de profesores, juristas y médicos. Sin embargo, era sobre todo en las provincias donde había más paganos. En 542, durante la peste de Constantinopla, Justiniano envió a Juan de Éfeso —a pesar de ser anticalcedoniano— a las provincias de Asia, Caria, Lidia y Frigia, en Asia Menor, para que erradicara a los «helenos»; Juan aseveró posteriormente que había destruido numerosos templos, ídolos, altares y árboles sagrados y erigido noventa y seis iglesias.

Una de las bajas del celo antipagano del emperador fue la Academia Neoplatónica de Atenas. Juan Malalas (XVIII, XLVII) es

la única fuente conocida que describe el cierre de la academia y se limita a mencionar que, en 529, Justiniano envió un decreto a Atenas por el que prohibía que los no cristianos enseñaran filosofía o interpretaran la ley. Aunque la academia mantenía un vínculo muy débil con la academia platónica original, representaba un lazo de unión con la tradición intelectual pagana y en 529 adquirió una condición simbólica de final de la tradición intelectual clásica. Las ruinas de una casa (edificio Ji) en la colina sur de la Acrópolis se han identificado con la «Casa de Proclo», en la que vivía el «diádoco» (es decir, el jefe de la academia), y se han hallado ciertas pruebas de un abandono apresurado. Sin embargo, y aunque sea curioso, los escritores coetáneos guardaron silencio sobre este cierre. El historiador Agatías Escolástico (II, XXX, 3-4), que continuó la obra de Procopio, narra una historia según la cual siete filósofos —entre ellos Damascio, el último diádoco— visitaron al sah de Persia, pues habían oído que era un monarca filósofo; pero quedaron decepcionados y regresaron. Agatías no enlaza el relato con la clausura de la academia, pero aun así, esta noticia dio origen a otra historia según la cual los filósofos expulsados de Atenas viajaron a Persia con la esperanza (frustrada) de hallar un clima menos frío. Hay pocas pruebas al respecto del cierre de la academia, pero no es improbable que se fueran perdiendo desde el momento en que se abandonó el «edificio Ji», puesto que resulta difícil de creer que Justiniano hubiera pasado por alto la existencia de aquel centro intelectual de paganismo cuando estaba persiguiendo a los paganos en todos los rincones del imperio. Sea como fuere, a mediados de siglo Atenas había perdido su último bien exportable, la filosofía, y se hundió en la oscuridad.

Paz con Persia

En la frontera oriental de Justiniano saltaban chispas entre los imperios romano y persa. La rivalidad entre los dos se remon-

taba al siglo III, cuando la dinastía persa sasánida desplazó a los partos arsácidas y ninguno era lo suficientemente fuerte como para lograr una victoria decisiva. En 525 estalló de nuevo la guerra e hicieron su aparición dos brillantes oficiales jóvenes del ejército: Sittas, que contrajo matrimonio con Comito, la hermana de Teodora, y Belisario, que se casó con Antonina, amiga de Teodora y procedente a su vez del submundo teatral. Aparecen por vez primera encabezando dos incursiones en el sector de Armenia controlado por los persas. En el segundo sufrieron una derrota, pero aun así, Belisario fue nombrado comandante de las tropas de Dara, una gran fortaleza en el Éufrates, que Anastasio había erigido no sin violar las condiciones de un viejo tratado. El *asesor* (secretario legal) de Belisario no era otro que el palestino Procopio de Cesarea, a quien debemos la mayoría de nuestra información, tanto buena como mala, sobre Belisario y su esposa. Sittas era igual de capaz y sus conexiones con la corte eran impecables, pero carecía de un agente de prensa del estilo de Procopio y falleció en una escaramuza en 538, antes de haber dejado huella en la historia.

En 530, Belisario derrotó a una fuerza persa mucho más numerosa frente a las murallas de Dara: era la primera ocasión, en 109 años, que un ejército romano derrotaba a los persas. En aquel mismo año, el *magister militum* de Iliria, llamado Mundos —un príncipe gépido que había apostado por Justiniano—, derrotó a un grupo de merodeadores búlgaros en los Balcanes, y Justiniano conmemoró ambas victorias erigiendo en el Hipódromo una estatua ecuestre de sí mismo. La fama de Belisario ascendió. Pero al año siguiente estuvo a punto de cambiar su fortuna, pues dirigió un ejército que fue derrotado en Callinicum, en el Éufrates, al menos en parte debido a sus errores de mando (aunque Procopio hizo cuanto pudo por exculparlo). Se lo hizo acudir a Constantinopla; Mundos asumió su puesto de forma temporal y Sittas se hizo cargo de la defensa en general de la frontera de Oriente. Sin embargo, la estrella de Belisario no se apagó: cuando estallaron los disturbios de Niká, al año siguiente, se halla-

ba en Constantinopla —a diferencia de Sittas— y la lealtad de su escolta salvó el régimen de Justiniano.

LA REVUELTA DE NIKÁ

Según dos fuentes (Teófanes, CLXXXI, 32 - CLXXXIV, 2; *Crónica oriental* R776, p. 620), el domingo 11 de enero de 532 precedió a la revuelta de Niká un diálogo notable en el Hipódromo, entre el emperador, sentado en su *kathisma*, que habló a través de un heraldo entrenado para proyectar su voz, y los Verdes, quienes, desde sus gradas, pronunciaban sus agravios en un cántico rítmico dirigido por un *praecentor* (una suerte de chantre). Los Verdes protestaban porque el *spatharius* Calopodio (guardia de la cámara nupcial imperial) los estaba humillando. No se ha podido identificar a este último, aunque cierto eunuco de Armenia, Narsés, era *spatharius* en aquel momento y tal vez «Kalopodius» («el de pie hermoso») fuera su mote. Los Verdes gritaban: «¡Ojalá Sabatio no hubiera nacido, pues tuvo un hijo que es un asesino!» (Flavio Pedro Sabatio era el padre de Justiniano). Se había cometido un asesinato, el vigésimo sexto en una cadena de muertes en las que los Verdes creían que Justiniano estaba implicado. Los Azules se levantaron de sus gradas para defender al emperador: «¡Vosotros sois los únicos asesinos de este Hipódromo!», dijeron a los Verdes. El diálogo terminó cuando los Verdes se marcharon maldiciendo los huesos de los patrones del Hipódromo.

Aquella noche, el prefecto de la ciudad, Eudemón, que retenía a varios criminales tanto Verdes como Azules, ordenó la ejecución de siete condenados por asesinato. Pero el verdugo era incompetente, el cadalso se rompió y dos de los convictos, uno Verde y uno Azul, cayeron a tierra aún con vida. Desde el vecino monasterio de San Conón salieron a toda prisa varios monjes que rescataron a los convictos y les dieron asilo en la iglesia de San Lorenzo. El prefecto hizo custodiar la iglesia. En las carreras del jueves siguiente, Justiniano, en lo alto de su trono, se

enfrentó por igual a Azules y Verdes, que le pedían compasión. Pero se mantuvo en silencio mientras se sucedían las carreras (eran veinticinco por día). En la carrera vigésimo segunda, Verdes y Azules gritaron al unísono: «¡Larga vida a los Verdes y Azules misericordiosos!». Se habían unido para formar una chusma con un lema, «Niká!» («¡Venceremos!»). Había empezado la revuelta.

Aquella tarde, la muchedumbre se manifestó frente al cuartel del prefecto de la ciudad y, al no obtener respuesta, dio muerte a los guardias, liberó a los presos del interior y prendió fuego al edificio. El fuego bajó por la calle principal hasta la iglesia de Santa Sofía, que redujo a cenizas. La primera reacción de Justiniano fue la de apaciguar los ánimos; intentó celebrar carreras otra vez, pero la masa estaba fuera de control y el centro de la ciudad, incluida la monumental entrada al palacio imperial (conocida como «la casa de bronce») estaba en llamas. La muchedumbre exigía la destitución de tres ministros impopulares: Eudemón, el prefecto de la ciudad; Triboniano, cuestor del palacio sacro, que trabajaba a la sazón en el *Digesto*; y el prefecto del pretorio de la diócesis de Oriente, Juan de Capadocia. El emperador los sustituyó por hombres que gozaban del respeto de los senadores y su elección demostró dónde creía que estaba obteniendo apoyo la revuelta. La vieja élite constantinopolitana estaba molesta con Justiniano, por su avidez reformista, y odiaba a Teodora, la antigua artista del desnudo que ahora insistía en que los senadores se prostraran ante ella y el emperador cuando se les concedía audiencia. Pero el apaciguamiento solo sirvió para aumentar el coraje de los rebeldes, que pasaron a otra meta: derrocar el régimen.

La situación era crítica. Justiniano no podía contar con la lealtad de las tropas destacadas en la capital y la guardia de palacio era más ornamental que efectiva. Pero Belisario disponía de sus bucelarios, un cuerpo de soldados de élite dependientes de un general y sufragados por éste, aunque fueran tropas regulares. Intentaron salir armados desde palacio, pero en las estrechas calles de Constantinopla no eran enemigo para la plebe. La multitud

estaba resuelta a librarse de Justiniano. En la tarde del jueves 15 de enero, se apiñó frente al palacio de Probo, sobrino del antiguo emperador Anastasio, con la determinación de elevarlo al trono imperial; como Probo había tenido la prudencia de retirarse de la ciudad, quemaron su palacio. Continuaron desatándose incendios violentos durante los dos días siguientes y Justiniano, temeroso de los senadores que se habían refugiado en el palacio imperial junto con él, les ordenó que regresaran a sus mansiones y las defendieran. Dos de ellos, Hipacio y Pompeyo, eran sobrinos de Anastasio y le rogaron que les permitieran quedarse; pero Justiniano, en estado paranoico, hizo oídos sordos a sus súplicas.

El domingo, Justiniano apareció en la platea imperial del Hipódromo e intentó calmar a la multitud. Hubo alguna aclamaciones, porque Narsés había estado ofreciendo sobornos entre la muchedumbre, pero quedaron ahogadas por el grupo y Justiniano se retiró. La turba supo entonces que Hipacio estaba en su hogar y decidió coronarlo. Fue arrastrado al Foro Oval, donde, a los pies de la Columna de Constantino, se le colocó una cadena de oro en la cabeza. En un principio, Hipacio se mostró reticente a aceptarla; pero corrió el rumor de que Justiniano había huido y comenzó a sentir el atractivo de la púrpura imperial. Así pues, se dejó conducir al Hipódromo y apareció en la platea imperial sobre una multitud que lo vitoreaba.

Procopio (*Guerras*, I, XXIV, 25-38) describe este momento de crisis con la máxima pericia literaria de la que era capaz. En la casa senatorial, situada frente al Foro Oval, cierto senador llamado Orígenes (del que no sabemos más) pidió cautela. En el palacio imperial dominaba el pánico. Los asesores de Justiniano, incluidos Belisario, Juan de Capadocia y Mundos (que había recalado en Constantinopla de camino a su nuevo destino en Iliria y dirigía un cuerpo de hérulos), le aconsejaron que huyera. Justiniano estaba presto a hacerlo, hasta que emergió Teodora, movida por una determinación férrea. Los otros se podían marchar, si así lo querían, dijo. Pero en cuanto a ella, no viviría para oírse llamar con otro nombre distinto al de emperatriz, pues

le gustaba aquel viejo proverbio según el cual el trono era la mejor mortaja.

La gran escena de Teodora fue producto, en realidad, de la imaginación de Procopio, pero aun así, no cabe duda de que fue el coraje de Teodora lo que salvó la ocasión. Justiniano ordenó a Belisario que dirigiera sus tropas por el pasillo que conectaba el palacio con el *kathisma* y sorprendiera a Hipacio por la espalda. Pero los guardias de la puerta negaron a Belisario el acceso a la platea y éste tuvo que regresar con el emperador, quien le dijo que lo probara de nuevo, llevando a sus hombres por las cenizas ardientes de la «casa de bronce» y accediendo a la *kathisma* por una entrada exterior. Aquí se halló igualmente bloqueado, por lo que resolvió ordenar a sus tropas que sacaran las espadas y asaltaran a la multitud del Hipódromo. Mundos, entre tanto, penetró en el Hipódromo por la puerta de retirada de los carros accidentados y los cadáveres de aurigas y monturas, y sus hérulos cayeron con alegría sobre la muchedumbre. El número de muertos en aquella acción se calculó entre diez mil y treinta mil.

De esa forma se restauraron la ley y el orden. Hipacio y Pompeyo, los sobrinos de Anastasio, fueron condenados a morir y ser arrojados al mar, pero cuando la corriente los arrastró a tierra Justiniano permitió que fueran enterrados en el mausoleo familiar. Más adelante, Teodora encontró un marido para su hija ilegítima en la familia de Anastasio. El poder de la vieja élite senatorial que tanto despreciaba a Justiniano y Teodora quedó roto, pero el emperador no sentía deseos de venganza. El centro de la ciudad de Constantinopla había sido devastado por las llamas, pero el incendio había liberado la zona para el programa arquitectónico de Justiniano: tan solo cuarenta y cinco días después de la revuelta de Niká, comenzó a construirse la gran iglesia con cúpula de Santa Sofía, en el emplazamiento de la basílica incinerada, erigida por Teodosio II. Justiniano tenía al fin en sus manos, plenas de confianza, las palancas del poder.

La revuelta de Niká había demostrado la lealtad de Belisario, a quien fue natural elegir para encabezar la ofensiva contra el reino vándalo, al año siguiente. En la corte del emperador era escaso el entusiasmo al respecto, pues muchos recordaban la mala fortuna del ejército enviado contra los vándalos africanos sesenta años antes, dirigido por el cuñado del emperador León. De no haber sido por el anhelo de ayudar a los católicos de África —perseguidos por los vándalos, que eran de filiación arriana—, quizá Justiniano no se habría arriesgado a enviar aquella expedición. Por sus dimensiones, en cualquier caso, no supuso un gran riesgo, dado que la fuerza expedicionaria de Belisario ascendía a tan solo unos dieciocho mil hombres. Tres años más tarde, cuando invadió Italia, el ejército tenía la mitad de soldados.

La armada de Belisario, compuesta de barcos de guerra veloces y naves de transporte de tropas, llegó a África sin que los vándalos tuvieran noticia de que se aproximaban. El reino vándalo cayó después de dos batallas: la primera fue una victoria en la Décima Piedra Miliar, a corta distancia de Cartago, ciudad en la que los bizantinos hicieron entrada al día siguiente. Tres meses más tarde, Belisario obtuvo otra victoria y el rey vándalo, Gelimer, huyó a la tierra de los bereberes numidios («moros», según los llamaban en Bizancio), donde los bizantinos lo sitiaron durante tres meses en la cima de una montaña. Fueron tres meses terribles para Gelimer, que no estaba acostumbrado a la dureza de los asedios y a la postre se rindió.

Cuando Belisario regresó a Constantinopla fue recibido como un héroe. Traía consigo a prisioneros vándalos, incluido Gelimer, y los tesoros de su reino, aunque de manera subrepticia se quedó una parte. En su honor, Justiniano revivió el antiguo ceremonial romano de los triunfos, adaptado a un imperio cristiano, y lo nombró cónsul para 535. Aunque los bizantinos apenas contaban con ello, África no estaba pacificada: el reino vándalo se había hundido, pero faltaba lidiar con los bereberes.

Justiniano tenía buenas razones para atacar al reino ostrogodo en Italia, porque el rey de los ostrogodos, Teodato, había hecho matar a Amalasunta, hija de Teodorico, e Italia parecía pronta a caer —como manzana madura— en manos del emperador bizantino. Belisario conquistó Sicilia con facilidad en 535 y al año siguiente cruzó el estrecho de Mesina y se dirigió hacia el norte. Nápoles aguantó el asedio por breve tiempo, pero Teodato no envió ayuda y los propios godos lo sustituyeron por un líder más capaz para la guerra, Vitiges. Pero los francos, animados por Justiniano, amenazaban con invadir Italia por el norte y Vitiges consideró que aplacarlos era más urgente que defender Roma. Así pues, hizo jurar lealtad al papa Silverio, dejó un pequeño destacamento en la ciudad y fue hacia el norte, tanto para calmar a los francos como para legitimar su reinado casándose con la hija de Amalasunta, la última de los Amales. Cuando Belisario se aproximó, los romanos siguieron el consejo del pontífice y abrieron las puertas de la ciudad.

Vitiges comprendió que se había equivocado. Regresó a Roma y le puso sitio. Belisario contaba únicamente con cinco mil soldados, pero supo defender Roma durante más de un año hasta que, a mediados de marzo de 538, los godos dieron la plaza por perdida. Pero la guerra prosiguió, al igual que la devastación de Italia, y cuando Belisario tomó por fin Rávena, lo hizo a traición: hizo creer a los godos que si entregaban la ciudad, prescindiría de su lealtad hacia Justiniano y haría renacer el imperio romano de Occidente con él mismo como emperador, en régimen de asociado con los godos. Éstos entregaron Rávena, tal cual se había acordado; pero Belisario no tardó en zarpar de vuelta a Constantinopla con el tesoro real y la familia de la monarquía goda. Los godos se dieron cuenta con amargura de que habían caído en una trampa y buscaron un nuevo rey.

Belisario halló la corte en crisis y, en esta ocasión, la recepción fue gélida. Hacía poco que una incursión bárbara había cruzado el Danubio hasta amenazar la propia Constantinopla. El sah de Persia había invadido las provincias orientales y captu-

rado y destruido Antioquía. El tesoro godo que trajo Belisario era bienvenido, pero Justiniano se sentía inclinado a permitir un reino godo al norte del río Po, que serviría como barrera protectora de la Italia central. Belisario fue enviado a la frontera oriental para contener a los persas, y se quedó con la impresión de que no lo estimaban como merecía.

Entonces estalló la peste bubónica en Egipto, en 541, que llegó a la capital bizantina al año siguiente. Contamos con dos relatos al respecto. El primero, modelado en imitación de Tucídides, es de Procopio (*BP* II, XXII, 1-39); el segundo, de Juan de Éfeso, se conserva en la *Crónica de Zuqnin* (*anno* 855 de la era seléucida). El bacilo que causa la peste viaja con las pulgas de los roedores; se culpa a la rata negra, hoy casi extinta, de la Peste Negra de mediados del siglo XIV, y quizá fuera también la transmisora de la enfermedad en tiempos de Justiniano, aunque carecemos de pruebas al respecto.

En la época de Justiniano, se creía que había demonios caminando por las calles que, a guisa de personas, paralizaban a sus víctimas con la mirada. Hubo noticias frecuentes de botes de bronce tripulados por criaturas sin cabeza, que se movían por el mar con celeridad y nocturnidad para atacar nuevos puertos y extender la pestilencia. El propio Justiniano cayó enfermo y, aunque se recuperó, fueron tiempos de inquietud: cuando Teodora supo que Belisario y un oficial de su Estado Mayor habían conversado sobre la sucesión al trono, les ordenó que regresaran a Constantinopla, se confiscó la propiedad de Belisario y éste llegó a temer por su vida. A la postre fue liberado por consideración a Antonina, y Justiniano aceptó la petición del general de volver a Italia; no influyó poco el hecho de que Belisario se ofreciera a reclutar por sí mismo las tropas necesarias.

Cuando Belisario llegó a Rávena, halló la situación peor de lo que imaginaba. Los godos habían elegido a un nuevo rey, Totila (Baduila, en las monedas), que se había movido con habilidad para obligar a los funcionarios bizantinos a refugiarse en ciudades fortificadas. En los cuatro años siguientes, Belisario batalló

por mantener su posición en Italia, mientras Justiniano hacía oídos sordos a sus peticiones de refuerzos. Al final, envió a su esposa Antonina a Constantinopla para que intentara conseguir el apoyo de Teodora, a quien Justiniano escucharía. Pero Teodora falleció antes de que Antonina llegara a la capital, por lo que ésta no tuvo a quién suplicar. Pidió a Justiniano que ordenara volver a Belisario, a lo que aquél accedió. Pese a que no pudo encontrar tropas de refuerzo para su general, sin embargo en 552 sí envió un ejército a Hispania, encabezado por Liberio —un funcionario civil de más de ochenta años de edad—, para respaldar a un pretendiente al trono visigodo, con lo que pudo añadir una provincia hispánica al imperio. A la postre, Justiniano envió a Narsés a Italia, con tropas más que adecuadas para la misión, y en 522 esta fuerza aniquiló al ejército godo, muy inferior en número, en un lugar conocido como Busta Gallorum. Faltaban realizar labores de limpieza, pero aun así, cuando Justiniano falleció en 565, Italia estaba empobrecida, pero segura. Tres años más tarde hubo una invasión de los lombardos.

TABLAS TEOLÓGICAS

Justiniano había apoyado la estrategia procalcedoniana de Justino; sin embargo, cuando se casó con Teodora, se estaba asociando con una anticalcedoniana. Los contemporáneos se extrañaron: ¿por qué tal desacuerdo deliberado? ¿Había algún motivo siniestro? Cuando Justiniano y Teodora se convirtieron en emperadores y se mudaron al Gran Palacio, Teodora convirtió su residencia anterior, el palacio de Hormisdas, en un refugio para santos varones anticalcedonianos; y Justiniano no solo lo permitió, sino que en ocasiones la acompañó en las visitas regulares con las que su esposa recibía las bendiciones de sus santos anticalcedonianos. Sin duda fue a instancias de ella por lo que de pronto, hacia 531, la persecución se relajó y cedió terreno al diálogo. Los líderes calcedonianos y anticalcedonianos, monjes y clérigos

por igual, fueron llamados al palacio de Hormisdas para entablar conversaciones. Severo, el patriarca de Antioquía, a la sazón en el exilio, que era un líder reconocido de los miafisitas, fue invitado pero declinó asistir; ahora bien, fueron muchos los anticalcedonianos que asistieron, abandonando para ello los lugares desiertos donde se habían refugiado. Las conversaciones duraron un año y culminaron con un debate de tres días, que no resultó concluyente. Uno de los seis obispos calcedonianos que tomaron la palabra fue Antimo, de la sede de Trebisonda (aunque prefería residir en Constantinopla); por alguna razón, Teodora se fijó en él y cuando falleció Epifanio, el patriarca constantinopolitano, movió los hilos para que lo designaran sucesor.

Entonces llegó Severo desde Alejandría. Al principio había rechazado la invitación de Justiniano, pero en aquel momento se arriesgó a viajar a mediados del invierno. Existía una razón para ello: el papa de Alejandría, Timoteo III, se hallaba en su lecho de muerte y debían tratar de quién sería su heredero. El miafisitismo de Severo había estado perdiendo terreno ante el aftartodocetismo que enseñaba Juliano de Halicarnaso, antiguo amigo de Severo, que también había encontrado en Egipto refugio frente a la persecución. Severo preveía que se desataría una lucha por el alma de la cristiandad egipcia. Al llegar a la ciudad de Constantinopla, Teodora hizo que se reuniera con Antimo y los dos hombres se apercibieran de que existía tan poca diferencia entre sus doctrinas, que bien podían acordar un credo común.

El abismo entre Oriente y Occidente, entre calcedonianos y anticalcedonianos, parecía a punto de cerrarse. Sin duda, el patriarca de Antioquía quedó horrorizado, al igual que los monasterios calcedonianos de Palestina; pero el patriarca de Jerusalén era flexible. Todo dependía de Roma. Allí hacía muy poco que había fallecido el papa Juan II y se desconocía el punto de vista del sucesor, Agapito, quien descendía de una noble familia romana. Pero no tardó en conocerse. El ejército de Belisario estaba listo para invadir Italia y el rey Teodato envió a Agapito a Constantinopla para que intercediera. Una vez allí, Agapito per-

dió poco tiempo en rogar por la tranquilidad del rey ostrogodo y en su lugar destruyó el acuerdo de Severo y Antimo.

En un principio, Justiniano bramó y amenazó, pero Agapito no se acobardó y, a la postre, después de que Antimo se negara a admitir las dos naturalezas de Cristo tal cual fueran definidas en Antioquía, Justiniano lo abandonó. Severo huyó a Egipto con ayuda de Teodora y Antimo desapareció. Justiniano supuso que Teodora lo mantenía oculto en algún «piso franco» y no presionó para que lo encontrasen, pero aun así, incluso él debió de sorprenderse cuando, a la muerte de Teodora, Antimo salió de la residencia femenina del Gran Palacio, donde Teodora lo había escondido de la indiscreción masculina. Sin embargo, Justiniano lo saludó con respeto y no le hizo daño alguno.

En cuanto a Agapito, usó los pocos días que le quedaban para limpiar Constantinopla de anticalcedonianos. Pero la lengua con la que había vilipendiado a Antimo y Severo se le inflamó hasta colgarle por fuera de la boca, y todos los intentos por sajar el entumecimiento fueron inútiles, hasta que en abril de 536 falleció con agonía. Se había liberado el camino para un nuevo pontífice, y el nuncio papal en Constantinopla, Vigilio, estaba ansioso por ocupar el puesto.

También en Alejandría la muerte del papa Timoteo III, al que Teodora solía denominar su «padre espiritual», desató una explosión de pasión religiosa. El chambelán de la emperatriz, que vivió el fallecimiento de Timoteo, hizo elegir al secretario del papa moribundo, Teodosio; pero cuando éste era entronizado, una multitud de aftartodocetas irrumpió en la catedral, obligó a Teodosio a huir para evitar la muerte e instaló en su lugar a un diácono llamado Gayano. Teodora, con la aquiescencia de Justiniano —que en secreto se complacía al saber que los distintos anticalcedonianos se peleaban entre sí—, envió a Narsés al mando de una fuerza de seis mil hombres para derrocar a Gayano y restaurar a Teodosio. Pero los gayanistas replicaron y las batallas callejeras entre ellos y las tropas de Narsés continuaron hasta el otoño de 536, cuando Narsés desistió y regresó a Constantinopla con Teodosio. Du-

rante este período, Belisario estaba defendiendo Roma con la sola ayuda de cinco mil hombres, sitiado por un ejército de godos muy superior en número.

El papado de Roma era una recompensa aún mayor. Vigilio acordó con Teodora anular la excomunión de Antimo si le ayudaba a convertirse en pontífice y marchó hacia Roma con grandes expectativas. Pero al llegar, encontró que ya habían elegido como papa a Silverio, el hijo del papa Hormisdas, con el que Justino había negociado el final del cisma acaciano. Pero Teodora no se conformó con tal fracaso. Roma estaba ocupada por el ejército de Belisario y su esposa, Antonina, era una de las agentes de Teodora. Así pues, Antonina amañó pruebas para acusar de traición a Silverio, quien fue expulsado de Roma y murió de inanición en el exilio. Vigilio lo reemplazó.

Pero cuando Vigilio asumió el pontificado, renegó del acuerdo. La oposición de Roma a cualquier pacto con el credo calcedoniano estaba demasiado arraigada como para que el nuevo papa la modificara. Éste dio evasivas y buscó subterfugios, hasta que, al final, Teodora aceptó la verdad, por amarga que le resultara: que Vigilio no anularía la excomunión de Antimo y éste debería continuar oculto en la residencia femenina del Gran Palacio.

La controversia de los «Tres Capítulos»

Mientras tanto, Justiniano pasaba las noches analizando complejas cuestiones de teología con su círculo de eruditos religiosos preferidos. Uno de ellos, Teodoro Askidas, sugirió a Justiniano otra posibilidad de reducir el abismo abierto en la cristiandad. Los calcedonianos y los anticalcedonianos demonizaban por igual a Nestorio. Pero el credo calcedoniano también definía una doctrina sobre la doble naturaleza, tan próxima al nestorianismo que ni siquiera el propio Nestorio halló nada que objetarle. El concilio de Calcedonia había aceptado la comunión de tres antiguos nestorianos —Teodoro de Mopsuestia, de quien se decía que ha-

bía sido maestro de Nestorio, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa—, lo que sirvió para cargar de munición el reproche de que calcedonianismo y nestorianismo eran nombres distintos para la misma doctrina. Justiniano, por sugerencia de Askidas, determinó remediar el error condenando a aquellos ex nestorianos del siglo anterior y en 544 promulgó su edicto de los «tres capítulos», en el que condenaba tres cosas: a la persona y los escritos de Teo-doro; algunos escritos del teólogo Teodoreto; y una carta de Ibas a un obispo persa. Esto desató un combate titánico con el papa Vigilio.

Era un enfrentamiento que el papa no podía evitar, pues Justiniano reinvidicaba el derecho, como emperador, de enmendar la sentencia del concilio de Calcedonia al condenar a eclesiásticos muertos hacía mucho tiempo; y los demás patriarcas aguardaban a ver qué haría Roma. Menas de Constantinopla refrendó el edicto, con la condición de que si Vigilio no lo refrendaba también, podría retirar su firma. Lo mismo hizo Zoilo de Alejandría. Pero Vigilio pospuso su refrendo. Ahora bien, Justiniano estaba preparado para adoptar medidas duras: en noviembre de 545, unos pocos días antes de que comenzara un segundo asedio godo de Roma, un destacamento de tropas bizantinas arrestó a Vigilio mientras celebraba la misa y lo trasladó a Sicilia, donde permaneció más de un año, antes de proseguir viaje a Constantinopla y ser recibido con calidez por Justiniano y Teodora. Pero la calidez era ilusoria, porque los obispos de Occidente confiaban en que Vigilio encabezara la batalla.

La lucha de Vigilio fue prolongada y enérgica, pero al final se vio forzado a ceder. Debió de hallarse siempre en una posición insegura, dado que, como la mayoría de los obispos latinos, no era bilingüe. No poseía la fluidez necesaria para leer en griego los escritos que Justiniano condenaba y cuando el patriarca Menas hizo traducir varios pasajes para él, reconoció que eran heréticos y que la condena estaba justificada. Le habría gustado hallar algún terreno intermedio, pero los vociferantes obispos latinos —especialmente los de África— no le permitían dar

ni un paso atrás. Cuando en mayo de 533 se inauguró en Santa Sofía el quinto concilio ecuménico, Vigilio no asistió, pero emitió un *Constitutum* en el que condenaba los escritos atribuidos a Teodoro y Teodoreto. ¿Quizá, apuntaba, la adscripción era incorrecta? Justiniano no quiso saber nada de la propuesta y el concilio lo condenó. Al final, a principios del año siguiente, se rindió: el papa era un hombre enfermo, que falleció en el camino de retorno a Roma; pero se le negó el derecho a ser enterrado en la basílica de San Pedro. Justiniano había conseguido lo que esperaba, pero, en lo que se refería a los anticalcedonianos, la controversia de los «tres capítulos» no marcó ninguna diferencia.

Ya se estaba organizando una jerarquía anticalcedoniana. Justo mientras estallaba la peste bubónica, al-Harith, emir de la tribu gasánida de los árabes cristianos —aliados de vital importancia, que custodiaban la frontera suroriental para el emperador— visitó Constantinopla y, mientras estaba en la ciudad, pidió a Teo-dora obispos con los que guiar a su pueblo; eran anticalcedonianos y la persecución de Justino los había dejado sin clérigos. Teodora se acercó a Teodosio, el patriarca de Alejandría, que a pesar de hallarse cómodamente exiliado en Constantinopla era reconocido como líder por los miafisitas, y éste consagró a dos monjes: Teodoro, como metropolitano de Bostra, y Jacobo Baradeo, como metropolitano de Edesa. A este último, la Iglesia jacobita lo considera su fundador. Baradeo pasó poco tiempo en Edesa, donde lo habrían detenido; en vez de eso fue de lugar en lugar, consagrando a clérigos para el culto anticalcedoniano. La policía imperial intentó atraparlo, pero era un maestro de los disfraces y siempre los eludía. Cuando murió Justiniano había dos iglesias paralelas: los melquitas (del siríaco *melek*, «rey»), controlados por el emperador y concentrados en las ciudades, y los anticalcedonianos, con especial fuerza en los monasterios rurales, que predicaban a quienes no hablaban griego.

Justiniano vivió aún diecisiete años más, desde la muerte de Teodora, la que había sido tanto su aliada como su adversaria en los temas religiosos y que el emperador describió en una de sus *Novellae* como «la consorte más pía que nos ha otorgado Dios». Las incursiones de tribus protobúlgaras y eslavas aún acosaban los Balcanes casi cada año; en 559, una incursión de los kutrigures amenazó la propia ciudad de Constantinopla y, desesperado, Justiniano echó mano de su viejo comandante Belisario, por entonces retirado, que sin embargo logró sorprenderlos con una fuerza improvisada y ponerlos en fuga. Aun así, Justiniano se esforzó por defender la frontera del Danubio y hasta después de su muerte no hubo asentamientos eslavos permanentes al sur de ese límite.

Continuó su programa arquitectónico en todas las regiones del imperio, excepto en Italia, y sus nuevas iglesias, los fuertes y los lugares de ocio público consumieron el Tesoro. Se reconstruyó Antioquía, que los persas habían destruido en 540. En 558 —el mismo año en el que la peste regresó a Constantinopla para cosechar otra partida de víctimas— se hundió la cúpula de Santa Sofía, dañada por un gran terremoto de diciembre del año anterior; fue reconstruida y se la consagró de nuevo en la Nochebuena de 562. También en 562, la prolongada guerra con Persia acabó con un tratado que otorgaba a Persia un impuesto anual de poco más de cuatrocientas libras de oro, y hacia la misma época, un nuevo enemigo de las estepas, los ávaros, alcanzó el Danubio y pidió tierras en las que asentarse en la región de Dobruja, en la desembocadura. Su jaghan, Bayán, obtuvo dinero, pero no tierras, y en un principio permaneció inactivo.

Bajo la superficie, imperaba el descontento. Se estaba incrementando de nuevo la violencia callejera de Constantinopla, que enfrentaba a Verdes y Azules. En noviembre de 562 se descubrió una conjura para asesinar a Justiniano, en la que estaba implicado Belisario. Justiniano lo puso bajo arresto domiciliario, pero

siete meses más tarde retiró la acusación. Mucho más adelante, una novela de caballerías anónima, del siglo XIV, contó que Justiniano había cegado a Belisario, quien tuvo que mendigar por los caminos; pero el Belisario histórico falleció en su lecho solo unos meses antes que Justiniano.

El viejo emperador continuó persiguiendo la meta de la ortodoxia. En 563 peregrinó al santuario del Arcángel San Miguel, en Germia, cerca de la moderna Ankara. Durante su largo reinado nunca se había desplazado más que a unos pocos kilómetros de distancia de la ciudad real, pero ahora, algún impulso lo llevó a consultar al arcángel. Sea lo que fuere, al regresar descubrió al fin su fe verdadera: el aftartodocetismo. Hacia finales de 564 publicó un edicto que declaraba el aftartodocetismo como la fe ortodoxa. Los patriarcas quedaron horrorizados, pero Justiniano no estaba de humor para nimiedades. Se despachó a Eutiquio, el patriarca de Constantinopla, a un monasterio, y Justiniano estaba preparando acciones rigurosas contra los demás patriarcas cuando murió mientras dormía. El sucesor, Justino II, revocó el edicto.

Había sido un reinado largo: de cuarenta y siete años, si incluimos el de Justino, como hicieron sus contemporáneos. Según Edward Gibbon, el único logro perdurable de Justiniano fueron sus leyes, pero Gibbon ponía el listón muy alto: solo Augusto y Constantino podían reivindicar logros más perdurables que Justiniano. Presidió el último florecimiento del imperio romano, una época de avance literario, artístico y arquitectónico que solo tiene igual en pocos períodos. Los años iniciales de optimismo, cuando todo parecía posible, se desvanecieron por culpa de la peste, que siguió visitándolos una y otra vez. Hacia 600 se calcula que la población era de solo el 60 por 100 de lo que había sido un siglo antes. Los objetivos de Justiniano eran elevados, pero le tocaron tiempos poco favorables.

Lecturas recomendadas

Browning, Robert, *Justinian and Theodora*, Thames and Hudson, Londres, 1987.

Cameron, Averil, *Cambridge Ancient History*, vol. 14, 2.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge (RU), 2000, pp. 63-258.

Evans, James Allan S., *The Age of Justinian: The Consequences of Imperial Power*, Routledge, Londres y Nueva York, 1996.

—, *The Empress Theodora: Partner of Justinian*, University of Texas Press, Austin, 2002.

Greatrex, Geoffrey, «The Nika Riot: A Reassessment», *Journal of Hellenic Studies*, 117 (1997), pp. 60-86.

Maas, Michael (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Moorhead, John, *Justinian*, Longman, Londres, 1994.

Glosario de términos romanos

asambleas Grupos de ciudadanos romanos reunidos para llevar a cabo tareas específicas.

autoridad, tribunicia Aunque los emperadores no ocupaban el cargo de tribunos de la plebe, se les concedía la autoridad tribunicia (*tribunicia potestas*) y su carácter sacrosanto. Esta autoridad era, en muchos sentidos, la base de la posición imperial y los emperadores fechaban su acceso al poder de acuerdo con el momento de la concesión de esta *potestas*.

auxiliares Cuerpos del ejército romano formados por soldados no eran ciudadanos, a diferencia de los legionarios, que sí lo eran.

bucelarios Unidades de soldados de los imperios tardorromano y bizantino, a las que no mantenía el estado, sino un gobernador o general concreto.

caballero Véase ***eques* (caballero)**.

censor Magistrado responsable de la moral pública, con la tarea esencial de controlar la lista de ciudadanos (el *censo*) y los rollos del Senado. Con el advenimiento del período imperial, el cargo quedó sin funciones.

centurión Jefe de una «centuria» de legionarios, compañía que en origen constaba de cien hombres, aunque en el período imperial eran solo ochenta.

cognomen Tercer elemento de un nombre romano, que en ocasiones refleja un atributo físico supuestamente ancestral y a veces un título concedido en ocasión de un logro.

cohorte Unidad operativa de la milicia romana; diez cohortes formaban una legión. La voz se usa también para las unidades independientes de los auxiliares.

colonia En origen, asentamiento de ciudadanos romanos, por lo general veteranos. Más adelante, se podía otorgar la condición a otras ciudades, como signo de distinción.

cónsul Magistrado romano con la autoridad temporal suprema. Se elegían dos cónsules para un período de un año.

cuestor Magistrado que, por virtud de su cargo, devenía miembro del Senado. Sus tareas eran con frecuencia fiscales.

denario Moneda de plata equivalente a cuatro sestercios.

dictador Magistrado supremo elegido durante la república en tiempos de peligro. Su cargo duraba seis meses.

diócesis Una de las doce grandes unidades administrativas en las que se agrupaban las provincias a finales del siglo III, cada una de ellas dirigida por un vicario de los prefectos del pretorio.

donativo Reparto de dinero en ocasión de una fecha especial.

dux Jefe militar. En el imperio tardío, los *duces* asistían a los gobernadores de las provincias y, con posterioridad a las reformas de Diocleciano, a los vicarios de las diócesis.

***eques* (caballero)** Miembro de una orden relacionada, en principio, con el servicio militar en la caballería; más adelante, clase de ciudadanos con propiedades por valor de cuatrocientos mil sestercios. Aunque no eran elegibles para el Senado romano, los *equites* o caballeros desempeñaron una función importante en la administración del período imperial y ocuparon algunos puestos clave como las prefecturas de Egipto y de la guardia pretoriana.

excubitores Cuerpo de la guardia de palacio organizado por el emperador León I para compensar la influencia de los germanos en el ejército imperial.

gens Grupo familiar que cuenta con un antecesor y un *nomen* comunes.

guardia pretoriana Guardia imperial, que en origen constaba de nueve cohortes, dirigida por uno o dos prefectos.

imperator Durante la república, un general victorioso era aclamado como *imperator* (comandante) por sus tropas. En el período imperial, los comandantes eran legados del emperador y los saludos que seguían a sus victorias fueron considerados prerrogativa de éste.

imperium Autoridad ejecutiva asignada a los magistrados de cierto rango durante un período de tiempo establecido.

iuridici Funcionarios imperiales de provincias, con amplia actividad en las cuestiones jurídicas, que actuaban con independencia del gobernador.

legado Término lato con tres sentidos frecuentes: (a) persona asignada a una tarea en particular; (b) comandante de una legión; (c) gobernador de una provincia imperial.

legión Principal unidad operativa de la milicia romana, que constaba de entre cinco y seis mil hombres, todos ellos ciudadanos romanos, a las órdenes de un legado nombrado por el emperador.

lesa majestad Véase **traición**.

liberto Esclavo al que se ha concedido la libertad. Con frecuencia, el liberto permanecía al servicio de la familia en la que había sido esclavo.

magister memoriae («maestro de la memoria») Funcionario notable del imperio tardío, que redactaba los borradores de las decisiones imperiales, las promulgaba y respondía a las apelaciones.

magister militum («maestro de los soldados») Puesto creado por Constantino, cuyo titular era elegido entre los principales comandantes militares del imperio.

maiestas Véase **traición**.

nomen Elemento central de un nombre romano, que indicaba la *gens* o familia del titular.

ornamenta, triumphalia Los legados del emperador no podían celebrar triunfos personales y sus victorias se reconocían por el derecho a exhibir distintivos de triunfador.

pater patriae **(«padre de la patria»)** En el período republicano, este título se concedió por vez primera a Cicerón, por sus servicios excepcionales al estado. En 2 a. C. fue otorgado a Augusto, que lo consideró el honor más destacado de todos los recibidos y en un principio lo rechazó. Parece ser que Tiberio no aceptó nunca el título de manera oficial e incluso Calígula fue remiso a aceptarlo.

patricio Miembro de una rama selecta de la aristocracia romana, que controlaba el poder en la etapa temprana de la república. Era una condición que, en la mayor parte del período republicano, solo podía heredarse de la propia familia, pero cuando su número se redujo, Julio César y sus sucesores otorgaron nuevas cartas de condición patricia.

plebeyo En origen, miembro de la clase inferior de los ciudadanos no patricios. En la época imperial hubo varias familias plebeyas prominentes y distinguidas.

pontífice Miembro de uno de los cuatro colegios sacerdotales de Roma. El más destacado era el *pontifex maximus.* Véase **sumo pontífice (*pontifex maximus*)**.

praenomen Primer elemento de un nombre romano, equivalente al nombre de pila. La lista de *praenomina* era muy limitada.

prefecto Este término significaba, en lo esencial, «persona al cargo» y podía aplicarse en toda clase de ámbitos militares y administrativos. Los más relevantes en el campo militar eran: (a) jefe de una unidad auxiliar o de la flota; (b) prefecto de campo, segundo en la jerarquía de mando por detrás del legado de la legión y comandante de las tropas en ausencia de éste; y (c) jefe de la guardia pretoriana y de los *vigiles* (patrulla de bomberos). Los prefectos administrativos más destacados eran el gobernador de Egipto y el prefecto del suministro de cereales. Todas estas prefecturas eran ocupadas por caballeros. El antiguo puesto de prefecto de la ciudad (*praefectus urbi*)

era ocupado por un senador de condición consular. En el período tardío de la república, sus deberes eran en gran medida rituales, pero Augusto revivió sus funciones y se otorgó al prefecto urbano la responsabilidad de preservar el orden y dirigir la policía de la ciudad (*cohortes urbanae*); se le permitió ejercer justicia sumaria en el trato con los delitos menores y fue asumiendo progresivamente la responsabilidad de los casos más graves. En el imperio tardío ostentaba un poder considerable.

pretor Magistrado principal, solo superado por los cónsules. Su tarea principal era la de presidir los juicios.

procónsul Gobernador senatorial de una provincia «pública», elegido a suertes.

procurador Término muy flexible. Designaba a un administrador o agente privado de una finca. A partir de Claudio, la voz se aplica a los administradores de distritos de poca extensión, como Judea. También hubo procuradores que supervisaban los asuntos financieros relativos a las propiedades imperiales de las provincias, algunos de los cuales terminaron asumiendo deberes administrativos oficiales, en cuanto procuradores «provinciales», en funciones subordinadas a los gobernadores, tanto en las provincias imperiales como en las senatoriales. Era un puesto ocupado por caballeros o libertos.

propretor Pretor que gobernaba una provincia pretorial. Los legados (gobernadores) de las provincias imperiales ostentaban este rango para ser inferiores jerárquicos de la autoridad consular del emperador.

protectores Soldados que pertenecían a una de las ramas de la guardia imperial en el imperio tardío, seleccionados por su servicio y competencia probada.

provincia El término hacía referencia, en origen, a la esfera de competencia de un magistrado, pero adquirió un carácter más geográfico y pasó a definir territorios externos definidos controlados por Roma. De acuerdo con el sistema augusteo, las provincias externas eran de dos clases. Las «imperiales», en

la parte más inestable del imperio, albergaban legiones romanas y eran administradas por gobernadores nombrados directamente por el emperador. Algunos distritos menores eran regidos por caballeros con el rango de procuradores, desde los tiempos de Claudio (el título de prefecto era habitual anteriormente). Egipto era una provincia imperial de primer orden y de categoría especial, gobernada por un prefecto caballero. Las provincias «públicas», en las zonas más estables del imperio, no albergaban legiones, salvo algunas excepciones raras. Eran regidas por procónsules, salidos de la clase senatorial y elegidos por sorteo.

rescripto Respuesta escrita de un emperador a una consulta legal.

Seculares, Juegos Festival que indicaba el final de una época (*saeculum*) y el principio de otra. Se celebraba el 21 de abril, la fecha de nacimiento tradicional de la ciudad.

Senado Cuerpo gubernativo principal del estado romano, compuesto de ex magistrados con un rango mínimo de cuestor y de otros a los que consideraban dignos del cargo ora el censor, ora el emperador. En tiempos de Augusto, su número era de unos seiscientos, cada uno de ellos con una calificación censal personal de un millón de sestercios.

sestercio La moneda romana de más valor de entre las acuñadas con metales de baja ley (una aleación de cinc y cobre). La usaban los romanos como unidad básica de expresión de los valores monetarios, con el símbolo HS.

sumo pontífice (*pontifex maximus*) Sumo sacerdote de Roma. Desde 12 a. C., el cargo fue ocupado por el emperador.

Tesoro El tesoro estatal se albergaba en el Templo de Saturno, en la colina Capitolina. Se usaba también como archivo de documentos senatoriales.

toga Vestimenta pública tradicional de los hombres romanos, hecha de lana blanca fina. Los niños vestían la *toga praetexta* de borde púrpura. Hacia los catorce años la cambiaban por la versión blanca y sin adornos, la *toga virilis*, en una ceremonia que

señalaba la transición a la edad adulta. Quienes ostentaban cargos de ediles curules recuperaban la *toga praetexta*.

traición Las leyes contra la *maiestas* (lesa majestad) fueron la fuente principal de terror y resentimiento en el período imperial. Desde los tiempos de Augusto ofrecían protección contra las injurias y la difamación (protección que existía asimismo durante la república, aunque nunca se la invocó). Un insulto dirigido al emperador o a un miembro de su familia se consideraba ofensa al estado.

tribuno de la plebe Magistrado encargado, en origen, de proteger a los plebeyos frente a los patricios. Durante la república, el tribuno era poderoso por su derecho de veto y de iniciar nuevas leyes, al tiempo que el titular del cargo era sacrosanto. En el imperio, su importancia se redujo y devino un puesto de paso entre la cuestura y la pretura.

triunfo Procesión solemne encabezada por un jefe militar tras una victoria importante. Cruzaba la ciudad de Roma hasta el Templo de Júpiter, en la colina Capitolina, junto con el botín y los prisioneros de guerra. En el período imperial, el triunfo quedó restringido a los miembros de la familia imperial.

vigintiviri Titulares de cargos menores, con frecuencia ocupados por personas que empezaban su carrera administrativa o política.

Apéndice I:

Abreviaturas de obras y autores citados en el texto

Agatías	Agatías Escolástico, *Historias*
Agr.	véase Tac., *Agr.*
Amm.	Amiano Marcelino, *Historia*
App., *Rom.*	Apiano, *Historia romana*
Athen.	Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos*
Aug., *De Civ. D.*	San Agustín, *La ciudad de Dios*
Aul. Gell., *NA.*	Aulo Gelio, *Noches áticas*
Aur. Vict., *Caes.*	Aurelio Víctor, *Libro de los césares*
Calpurnio	Calpurnio Sículo, *Églogas*
Cic., *ad Att.*	Cicerón, *Cartas a Ático*
Cic., *Phil.*	Cicerón, *Filípicas*
Cod. Just.	*véase* Just., *Cod. Just.*
Cod. Theod.	*Codex Theodosianus*
Dio	Dión Casio, *Historia romana*
Dio Cris., *Or.*	Dión Crisóstomo, *Discursos*
El. Aris., *Or.*	Elio Arístides, *Encomio de Roma*
Ep.	*Epístolas*, *Epigramas* o *Épodos*
Epit. de Caes.	*Epitome de Caesaribus* (*Epítome de los césares*)
Euseb., *Const.*	Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*
Euseb., *Tric. Or.*	Eusebio de Cesarea, *Encomio de Constantino en ocasión de las tricennalia* (por ejem-

	plo en H. A. Drake, *In Praise of Constantine: A Historical Study and New Translation of Eusebius' Tricennial Orations*, University of California Press, Berkeley, 1976)
Eutrop.	Eutropio, *Breviario*
F. Amit.	*Fasti Amiternini*
F. Ost.	*Fasti Ostienses*
Fro., *Ad Ant. Imp.*	Frontón, *Epistulae ad Antoninum imperatorem et invicem*
Fro., *Ad M. Caes.*	Frontón, *Epistulae ad M. Caesarem et invicem*
Fro., *Ad Verum Imp.*	Frontón, *Epistulae ad Verum imperatorem Aurelium Caesarem*
Frontin., *Aq.*	Frontino, *Sobre los acueductos*
Gaius, *Inst.*	Gayo, *Instituciones*
HA	*Historia Augusta*
HA Com., Pert., Sev...	*Historia Augusta*: Cómodo, Pertinax, Severo, etc.
Herodiano	Herodiano, *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*
Hor., *Epist.*	Horacio, *Epístolas*
ILS	*Inscriptiones Latinae Selectae*
Jer., *Dial.*	San Jerónimo, *Diálogo (contra los luciferianos)*
Jos., *AJ*	Flavio Josefo, *Sobre la antigüedad de los judíos*
Jos., *BJ*	Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*
Juliano, *Caes.*	Juliano, *Césares*
Just., *Cod. Just.*	Justiniano, *Codex Justinianus*
Just., *Nov.*	Justiniano, *Nuevas constituciones*
Juv., *Sat.*	Juvenal, *Sátiras*
Lact., *Mort. Pers.*	Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*
Liban., *Or.*	Libanio, *Discursos*
Luc., *Alex.*	Luciano, *Alejandro o el falso profeta*

M. Aur., *Med.*	Marco Aurelio, *Meditaciones*
Malalas	Juan Malalas, *Chronographia*
Mart., *Ep.*	Marcial, *Epigramas*
Mart., *Spect.*	Marcial, *Libro de los espectáculos*
Or. Sib.	*Oráculos sibilinos*
Oros., *Con. pag.*	Paulo Orosio, *Historias (Contra los paganos)*
Ov., *AA.*	Ovidio, *Ars Amandi*
Ov., *Fast.*	Ovidio, *Fastos*
Ov., *Pont.*	Ovidio, *Pónticas*
P. Cairo Isid.	Papiros de Aurelio Isidoro en el Museo Egipcio de El Cairo
P. Dura	Papiros de Dura (*The Excavations at Dura-Europos ... Parchments and papyri*, Yale University Press, New Haven, 1959)
P. Oxy	Papiros de Oxirrinco
Pan. Lat.	*Panegyrici Latini*
Pan. Lat. Vet.	*Panegyrici Latini Veteres*
Paus.	Pausanias, *Descripción de Grecia*
Pers.	Persio, *Sátiras*
Phil., *Flacc.*	Filón de Alejandría, *Flaccus*
Phil., *Leg.*	Filón de Alejandría, *Legatio ad Gaium*
Philostr., *VS.*	Fabio Filóstrato, *Vidas de los sofistas*
Plin., *NH.*	Plinio (el Viejo), *Historia natural*
Plin., *Pan.*	Plinio (el Joven), *Panegiricus Trajani*
Plut., *De Sera*	Plutarco, *Sobre el retraso de la divina venganza*
Proc., *Anek.*	Procopio, *Historia secreta*
Proc., *BP*	Procopio, *De Bello Persico* (los dos libros iniciales de *Historia de las guerras*)
Proc., *Guerras*	Procopio, *Historia de las guerras*
RG, Res Gestae	*Res Gestae Divi Augusti*
RIB	*Roman Inscriptions of Britain*
RIC	*Roman Imperial Coinage*
SCPP	*Senatus consultum de Pisone patre*

Sen., *Apoc.*	Séneca, *Apocolocintosis*
Sen., *Ben.*	Séneca, *Sobre los beneficios*
Sen., *Clem.*	Séneca, *Sobre la clemencia*
Sen., *Const.*	Séneca, *Sobre la firmeza del sabio*
Sen., *Ep.*	Séneca, *Epístolas morales*
Sen., *Tranq.*	Séneca, *Sobre la tranquilidad del espíritu*
Suet., *Aug.*, *Tib.*, etc.	Suetonio, *Vida de los doce césares: Augusto, Tiberio*, etc.
T. Siar.	*Tabula Siarensis*
Tac., *Agr.*	Tácito, *Agrícola*
Tac., *Ann.*	Tácito, *Anales*
Tac., *Germ.*	Tácito, *Germania*
Tac., *Hist.*	Tácito, *Historias*
Teófanes	Teófanes el Confesor, *Crónica*
Tert., *Apol.*	Tertuliano, *Apologético*
Val. Max.	Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*
Vell. Pat.	Veleyo Patérculo, *Historia romana*
Ver., *Ecl.*	Virgilio, *Bucólicas*
Zósimo	Zósimo, *Nueva historia*

Apéndice II:

Traducciones castellanas de las fuentes clásicas más citadas*

Como obras de referencia en general, véanse Simon Hornblower y Tony Spawforth, *Diccionario del mundo clásico*, Crítica, Barcelona, 2002; y *Diccionario de la literatura clásica*, M. C. Howatson, Alianza, Madrid, 1991, además de los manuales clásicos de literatura latina de Bayet, Bickel, Bieler o Rostagni.

La historiografía clásica apenas está traducida en fuentes bilingües (con unas pocas salvedades en la colección Alma Mater, del CSIC) por lo que, para el texto original, será preciso consultar las ediciones de Les belles lettres, Loeb Classical Library, Teubner o similares. Para textos castellanos, la colección más completa y rigurosa es sin duda la Biblioteca Clásica de Gredos (BCG), aunque no sea específicamente histórica; también conviene mirar los catálogos de Akal Clásica, Ediciones Clásicas, Alianza Bolsillo o Letras Universales de Cátedra.

Amiano Marcelino, *Historia del imperio romano*, Viuda de Hernando, Madrid, 1895, reed. Orbis, Barcelona, 1986.
—, *Historia*, Akal (Akal Clásica, 66), Madrid, 2002.

* Pensando en el lector hispánico, y como complemento a la edición original inglesa, añadimos en este apéndice la información más relevante respecto a la bibliografía española. (*N. de los t.*)

Apiano, *Historia romana*, 3 vols., Gredos (BCG, 34, 83, 84), Madrid, 1980-1985.
—, *Guerras ibéricas*, Alianza Bolsillo (Clásicos de Grecia y Roma, 8283), Madrid, 2006.
Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos*, 4 vols., Gredos (BCG, 257, 258, 349, 350), Madrid, 1998-2006.
Aulo Gelio, *Noches áticas*, 2 vols., Universidad de León, León, 2006.
—, *Noches áticas*, antología en Alianza Bolsillo (Clásicos de Grecia y Roma, 8292), Madrid, 2007.
Aurelio Víctor, *Libro de los césares*, Gredos (BCG, 261), Madrid, 1999.
Cicerón, *Cartas a Ático*, 2 vols., Gredos (BCG, 223, 224), Madrid, 1999.
Dión Casio, *Historia romana*, 2 vols., Gredos (BCG, 325 y 326), Madrid, 2004.
Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma*, 4 vols., Gredos (BCG, 73, 74, 123, 124), Madrid, 1984-1987.
Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, Gredos (BCG, 190), Madrid, 1999.
Eutropio, *Breviario*, Gredos (BCG, 261), Madrid, 1999.
Flavio Josefo, *Autobiografía. Sobre la antigüedad de los judíos (Contra Apión)*, Gredos (BCG, 189), Madrid, 1994.
—, *La guerra de los judíos*, 2 vols., Gredos (BCG, 247, 264), Madrid, 1997-1999.
Herodiano, *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*, Gredos (BCG, 80), Madrid, 1985.
Historia Augusta, Akal (Akal Clásica, 23), Madrid, 1989.
Juliano, *Discursos*, 2 vols., Gredos (BCG, 17 y 45), Madrid, 1979-1981.
—, *Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, Gredos (BCG, 47), Madrid, 1982.
Julio César, *Comentarios a la guerra de las Galias*, Alianza Bolsillo (Clásicos de Grecia y Roma, 8254), Madrid, 2002.
—, *Comentarios a la guerra civil*, Alianza Bolsillo (Clásicos de Grecia y Roma, 8262), Madrid, 2003.

Justiniano, *El Digesto*, 3 vols., Aranzadi, Cizur Menor (Navarra), 1975.
Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, Gredos (BCG, 46), Madrid, 1982.
Libanio, *Discursos*, Gredos (BCG, 290, 292, 293), Madrid, 2001.
Lucano, *Farsalia*, Gredos (BCG, 71), Madrid, 1984.
Marcial, *Epigramas*, 2 vols., Gredos (BCG, 236, 237), Madrid, 1997.
Marco Aurelio, *Meditaciones*, Gredos (BCG, 5), Madrid, 1977.
—, *Meditaciones*, Alianza Bolsillo (Clásicos de Grecia y Roma, 8216), Madrid, 2005.
Ovidio, *Fastos*, Gredos (BCG, 121), Madrid, 1988.
—, *Pónticas*, Gredos (BCG, 165), Madrid, 1992.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, 3 vols., Gredos (BCG, 196-198), Madrid, 1994.
Plinio el Joven, *Epistolario (libros I-X) ; Panegírico del emperador Trajano*, Cátedra (LU), Madrid, 2007.
Plutarco, *Vidas paralelas*, 6 vols., Gredos (BCG, 77, 215, 354, 356, 362, 363), Madrid, 1985-2007.
—, *Vidas paralelas*, vols. seleccionados, Alianza Bolsillo, Madrid, 1998.
Procopio de Cesarea, *Historia secreta*, Gredos (BCG, 279), Madrid, 2000.
—, *Historia de las guerras*, Gredos (BCG, 280, 282, 355, 358), Madrid, 2000-2007.
Salustio, *La conjuración de Catilina. La guerra de Yugurta*, Alianza Bolsillo (Clásicos de Grecia y Roma, 8231), Madrid, 2000.
Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, 2 vols., Gredos (BCG, 92, 129), Madrid, 1989-1994.
—, *Diálogos. Apocolocintosis; Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio*, Gredos (BCG, 220), Madrid, 1996.
—, *Diálogos: Sobre la Providencia. Sobre la firmeza del sabio. Sobre la ira. Sobre la vida feliz. Sobre el ocio. Sobre la tranquilidad del espíritu. Sobre la brevedad de la vida*, Gredos (BCG, 276), Madrid, 2005.

Suetonio, *Vida de los doce césares*, 2 vols., Gredos (BCG, 167-168), Madrid, 1992.
—, *Vidas de los césares*, Cátedra (LU), Madrid, 1998.
Tácito, *Anales*, 2 vols., Gredos (BCG, 19 y 30), Madrid, 1979-1980.
—, *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, Gredos (BCG, 36), Madrid, 1981.
—, *Anales*, trad. Carlos Coloma de Saa, Planeta (Clásicos Universales, 116), Barcelona, 1990.
—, *Historias*, Cátedra (LU, 384), Madrid, 2006.
Tertuliano, *Apologético. A los gentiles*, Gredos (BCG, 285), Madrid, 2001.
Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 8 vols., Gredos (BCG, 144, 145, 148, 176, 177, 183, 187, 192), Madrid, 1990-2002.
Veleyo Patérculo, *Historia romana*, Gredos (BCG, 284), Madrid, 2001.
Virgilio, *Obras completas*, Cátedra (Bibliotheca Aurea), Madrid, 2003.
Zósimo, *Nueva historia*, Gredos (BCG, 174), Madrid, 1992.

Índice alfabético

Las referencias a páginas en cursiva remiten a las ilustraciones

Lista de ilustraciones

Breve biografía de los colaboradores

Anthony A. Barrett es profesor emérito y *Distinguished University Professor* en la Universidad de British Columbia, Vancouver. Es miembro de la Royal Society of Canada. Se le debe una extensa bibliografía sobre el mundo antiguo; es autor de biografías de Calígula, Agripina la Menor y Livia. En los últimos tiempos ha colaborado con John Yardley en la edición de los *Annales* de Tácito publicados por Oxford World's Classics. Desde que se jubiló estudia las lenguas anglosajonas, nórdicas y celtas en el Sidney Sussex College, en Cambridge.

Anthony R. Birley fue profesor de Historia Antigua en las universidades de Manchester, desde 1974 a 1990, y Düsseldorf, desde 1990 hasta 2002. Entre sus publicaciones se incluyen las biografías de los emperadores Adriano, Marco Aurelio y Septimio Severo. Ocupa la cátedra «Trustees of the Vindolanda Trust».

Mary T. Boatwright es profesora de Historia Antigua en el Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad de Duke. Cuenta con numerosas publicaciones sobre el mundo romano y entre sus obras destacan *Hadrian and the City of Rome* (Princeton, 1987) y *Hadrian and the Cities of the Roman Empire* (Princeton, 2000). Es coautora, junto con Daniel Gargola y Richard

J. A. Talbert, de *The Romans: From Village to Empire* (Oxford, 2004) y *A Brief History of the Romans* (Oxford, 2005).

Simon Corcoran es *Senior Research Fellow* en el Departamento de Historia de la Escuela Universitaria de Londres. Su trabajo se centra actualmente en el Derecho romano y su legado en la Antigüedad tardía y principios de la Edad Media como parte de los proyectos de investigación Volterra sobre Derecho romano. Su libro *The Empire of the Tetrarchs: Imperial Pronouncements and Government AD 284-324* (Oxford, 1996) mereció la medalla de plata en el «IV Premio romanistico internazionale Gérard Boulvert» (1998).

Werner Eck es profesor de Historia Antigua en la Universidad de Colonia y uno de los principales historiadores del imperio romano. Entre sus títulos destacan *Die Verwaltung des römischen Reiches in der Hohen Kaiserzeit* (Basilea, 1995, 1998, 2 vols.), *Das senatus consultum de Cn. Pisone patre* (con A. Caballos y F. Fernández; Múnich, 1996), *Tra epigrafia, prosopografia e archeologia: scritti scelti, rielaborati ed aggiornati* (Roma, 1996), *Köln in römischer Zeit* (Colonia, 2004) y *The Age of Augustus* (Oxford, 2007²).

James Allan Evans fue profesor de Clásicas en la Universidad British Columbia de Vancouver hasta su jubilación y es miembro de la Royal Society of Canada. Publicó numerosos trabajos sobre la historia económica de Grecia, Heródoto y las guerras médicas y el período protobizantino. Su último libro es *The Beginnings of History: Herodotus and the Persian Wars* (Campbellsville, Ont., 2006); pronto se podrá disponer de *Everyday Life in the Hellenistic World from Alexander the Great to Cleopatra* (2008) y *The Power Game in Byzantium: Antonina and the Empress Theodora* (Londres, en prensa).

Miriam Griffin es miembro emérito del Somerville College, de Oxford, después de treinta y cinco años como tutora académi-

ca de Historia Antigua. Es la autora de *Seneca, a Philosopher in Politics* (Oxford, 1992), *Nero, the End of a Dynasty* (Londres y New Haven, 1984) y (junto con E. M. Atkins) *Cicero: On Duties* (Cambridge, 1991). También es coeditora junto con Jonathan Barnes de *Philosophia Togata I* y *II* (Oxford, 1989 y 1997). Actualmente trabaja en un estudio sobre *De Beneficiis* de Séneca.

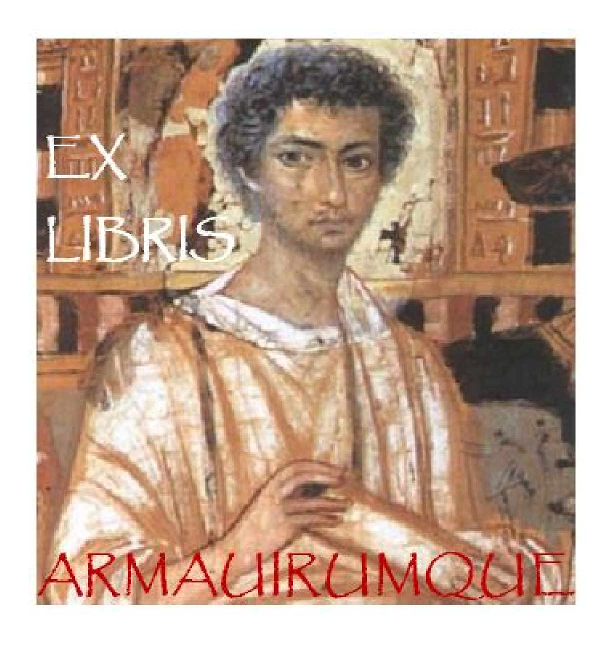
Donna W. Hurley ha enseñado en las universidades de Columbia, Princeton y Rutgers. Es autora de numerosos artículos sobre historia romana y dos comentarios sobre Suetonio: *An Historical and Historiographical Commentary of Suetonius' Life of C. Caligula* (Atlanta, 1993) y *Suetonius: Divus Claudius* (Cambridge, 2001).

Noel Lenski es profesor asociado de Clásicas en la Universidad de Boulder (Colorado), como especialista en la Antigüedad tardía. Es autor de *Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century AD* (Berkeley, 2002) y editor de *The Cambridge Companion to the Age of Constantine* (Cambridge, 2005).

Barbara Levick, miembro emérito y tutora en *Literae Humaniores* del St. Hilda's College de Oxford, es autora de *Claudius* (Londres y New Haven, 1990), *Vespasian* (Londres y Nueva York, 1999) y *Tiberius the Politician* (Londres y Nueva York, 2000[2]), además de haber coeditado con Richard Hawley *Women in Antiquity: New Assessments* (Londres, 1995). Actualmente trabaja en un libro sobre Augusto.

David Potter es profesor de la cátedra Arthur F. Thurnau de latín y griego en el Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad de Michigan. Entre sus libros más recientes se cuentan *The Roman Empire at Bay* (Londres, 2004), *A Companion to the Roman Empire* (editor; Oxford, 2006) y *Emperors of Rome* (Londres, 2007).

Greg Rowe es profesor asociado de Estudios Griegos y Romanos en la Universidad de Victoria, Canadá. Es el autor de *Princes and Political Cultures: The New Tiberian Senatorial Decrees* (Ann Arbor, 2002).



Índice